

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

FACULTAD DE FILOLOGÍA
DEPARTAMENTO DE LENGUA ESPAÑOLA



“GENERACIÓN-21”: LOS TEMAS DE LA NARRATIVA CANARIA DEL SIGLO XX AL XXI

TESIS DOCTORAL

SINESIO VICENTE DOMÍNGUEZ SURIA

2018

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
FACULTAD DE FILOLOGÍA
DEPARTAMENTO DE LENGUA ESPAÑOLA



**“GENERACIÓN-21”: LOS TEMAS DE LA
NARRATIVA CANARIA DEL SIGLO XX AL XXI**

TESIS DOCTORAL

AUTOR: SINESIO VICENTE DOMÍNGUEZ SURIA

DIRECTORA: DRA. MARÍA JOSÉ RODRÍGUEZ SÁNCHEZ DE LEÓN

Vº Bº



2018

A mi familia

A la Literatura

Agradecimientos

A Rosa María García Acosta, que soportó con paciencia mis momentos alternos de alegría y de desazón durante los años en que realicé esta Tesis y que esperó con paciencia a que terminara cualquier párrafo para cenar juntos.

A los Doctores María Noemí y David Domínguez García, la primera en Filología y el segundo en Medicina, de los que me siento absolutamente orgulloso. Siempre cubrieron con demasía mis expectativas.

A Sergio Domínguez Mangas, de 12 años, estudiante de 1º de la ESO, que me decía a cada poco que tenía que acabar la Tesis, que era el único que quedaba por terminarla para parecerme a su padre y a su tía. Ojalá la vida me depare la salud suficiente para verlo defender la suya.

A mi directora, la Doctora María José Rodríguez Sánchez de León, a quien pregunté muchas veces que para qué serviría esta Tesis y me contestó siempre favorable y animosamente. Le agradezco la paciencia que demostró durante mis altibajos y la dificultad que entrañó dirigir a un doctorando tan mayor y con tantas manías.

A mi amigo Carlos Suárez Dols, *in memoriam*, director en Tenerife de la empresa constructora en la que trabajé 40 años menos un mes que, aún sin jubilarme, me permitió estudiar la licenciatura de Filología hispánica en la Universidad de La Laguna. Yo salía a toda prisa de mi cambiante centro de trabajo -una obra en construcción- e iba a toda velocidad a la Facultad para asistir a las clases.

A mis amigos Tomás de Armas Schmölzer, *in memoriam*, Ruperto González Blanco y Gumersindo González González, a los que conozco desde que hicimos el Ingreso al Bachillerato de nuestro Plan de Estudios de la década de los 50, con los que voy a almorzar todos los segundos y cuartos lunes de cada mes, que siempre me han animado incondicionalmente.

A Domingo-Luis Hernández Álvarez, amigo y profesor de la Facultad de Filología, a quien debo toda la ayuda en mi carrera literaria y con quien compartí las tareas en la revista de literatura y pensamiento *La Página* y en la editorial *La Página Ediciones*.

A Juan José Delgado Hernández, amigo, maestro, profesor de la Facultad de Filología de La Laguna, *in memoriam*, al que nombro varias veces en este trabajo, que

no merecía morir, sino vivir siempre para ser el crítico más veraz de la literatura canaria. Todos nos quedamos huérfanos cuando nos dejó.

A Cecilia Domínguez Luis, una potente voz de la poesía española, a la que conozco desde los años 80 cuando íbamos, como acólitos, a la tertulia del *Arkaba* a escuchar a Isaac de Vega y a Rafael Arozarena, que nos echaban por tierra cualquier cosa que escribiéramos.

A Andrés Servando Llopis, escritor, amigo y colega en la carrera y en la vida.

A mis profesores de la Facultad de Filología de la Universidad de La Laguna, en especial a Carlos Brito, Isabel Castells, Rafael Fernández, Marcial Morera y Nilo Palenzuela, que creyeron que sabía más de lo que realmente sé.

A mis amigos Soledad Ferreiro, Ana Trujillo La-Roche, Carlos Arocha Isidro, José Ángel, Javier y Pedro Domínguez Anadón, Federico García Barba, José Trujillo La-Roche y Cristóbal Vargas Casañas, tan dispares todos.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	1
1. La narrativa canaria como concepto de estudio.....	1
2. Objeto de esta Tesis doctoral	2
3. Metodología y estructura	5
CAPÍTULO 1. BREVE REVISIÓN BIBLIOGRÁFICA DE LA NARRATIVA CANARIA	11
1.1. Preliminares	11
1.2. La novela canaria del siglo XX.....	16
1.2.1. Costumbrismo. Regionalismo. Modernismo	16
1.2.2. La vanguardia	20
1.2.3. La posguerra	22
1.2.4. El <i>Grupo fetasiano</i>	24
1.2.5. Años 70: el <i>boom</i> de la narrativa canaria.....	26
1.2.6. Las décadas de los 80 y 90: la <i>Generación del silencio</i>	31
CAPÍTULO 2. TEMAS DE LA NOVELA CANARIA DEL SIGLO XX	39
2.1. Las señas de identidad de la novela canaria del siglo XX.....	39
2.1.1. La isla y la condición archipelágica. La isla como espacio insular	41
2.1.2. La soledad, la angustia.....	51
2.1.3. El mar como barrera y el mar como istmo que nos une a la Península.....	55
2.1.4. El hecho geográfico	63
2.1.5. Difusión, producción y distribución.	67
2.1.6. El complejo de lejanía, el complejo de prisión y la rebeldía del prisionero	68
2.1.7. El rechazo a lo que procede del exterior, la conciencia de ser diferente	70

2.1.8. La bipolaridad en la escritura: escribir dentro o escribir fuera de Canarias	74
2.2. Vías abiertas, ¿o no?	75
CAPÍTULO 3. EL G-21	77
3.1 Autores y obras	77
3.2. Los autores del G-21: biografía, bibliografía, <i>Poética</i>	80
3.2.1. María Teresa de Vega	81
3.2.2. Cecilia Domínguez Luis	85
3.2.3. Damián Hernández Estévez	93
3.2.4. David Galloway Rodríguez	100
3.2.5. José Luis Correa Santana	105
3.2.6. Anelio Rodríguez Concepción	111
3.2.7. Santiago Gil García	120
3.2.8. Cristo Hernández Morales	126
3.2.9. Javier Hernández Velázquez	130
3.2.10. Ángel Vallecillo	134
3.2.11. Nicolás Melini Concepción	138
3.2.12. Víctor Álamo De La Rosa	145
3.2.13. Alexis Ravelo Betancor	158
3.2.14. Víctor Conde (Alfredo Moreno Santana)	163
3.2.15. Carlos Cruz	165
3.2.16. Eduardo Delgado Montelongo	167
3.2.17. Daniel (Hernández) María	173
CAPÍTULO 4. TEMAS Y GÉNEROS DE LA NARRATIVA CANARIA DEL SIGLO XXI: LOS NUEVOS NARRADORES	187
4.1. Preliminares	187
4.2. El nuevo espacio insular, el nuevo escenario, el nuevo paisaje	188
4.2.1. La isla imaginaria	188
4.2.2. El paisaje desde las azoteas	194
4.2.3. La isla como centro vital	197

4.2.4. El paisaje urbano canario: las ciudades y los pueblos	201
4.2.5. Otros escenarios	206
4.3. El mar.....	212
4.4. Los personajes. Las situaciones	218
4.5. El humor en la narrativa canaria	230
4.6. El sexo.....	232
4.7. La violencia de género	236
4.8. La emigración	238
4.9. La novela “experimental”	240
4.10. Los géneros	242
4.10.1. La novela negra.....	242
4.10.1.1. La ciudad como escenario.....	244
4.10.1.2. Los personajes.....	248
4.10.1.3. El sexo.....	254
4.10.1.4. La intriga	257
4.10.2. La novela de ciencia ficción	264
4.11. El habla canaria.....	268
CAPÍTULO 5. COMPARACIÓN DE LOS TEMAS DE LA NOVELA	
DEL SIGLO XX Y DEL SIGLO XXI	273
5.1. Las comparaciones no son odiosas	273
5.2. La isla.....	275
5.3. La soledad y la angustia.....	287
5.4. El mar.....	289
5.5. Los otros temas del siglo XX.....	293
5.6. Los otros temas del siglo XXI	295
5.6.1. La novela “experimental”	300
5.6.2. La novela negra.....	300
5.6.3. La novela de ciencia ficción	300
CONCLUSIONES.....	303
1. Proceso de recopilación de datos	304

2. Análisis	305
3. Final	310
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	313
I. Novelas estudiadas	313
II. Obras de consulta	316
APÉNDICE	323
I. Corpus textual de referencia de los autores del siglo XX (Capítulo 2)	323
II. Corpus textual de referencia de los autores del siglo XXI (Capítulo 4)	341

INTRODUCCIÓN

1. LA NARRATIVA CANARIA COMO CONCEPTO DE ESTUDIO

Entendemos por narrativa canaria aquella que se escribe en Canarias y por autores residentes en las islas: así, por ejemplo, hay autores peninsulares que se han afincado en Canarias por razones familiares, laborales, etc., que tienen, a estos efectos, la consideración de narrador canario. Son los casos, entre otros, de Luis Alemany (nacido en Barcelona), Ángel Vallecillo (nacido en Valladolid) o Antonio Lozano (nacido en Tánger)¹. Además, se incluyen en la narrativa canaria los autores canarios que, aunque viven en la Península, tienen una intensa relación con su tierra, acuden a ella con cierta frecuencia y mantienen un contacto constante con ella. Son los casos de Juan Cruz Ruiz, J. J. Armas Marcelo, Fernando G. Delgado, Sabas Martín o José Cataño, entre otros. Están en la Península por razones de trabajo, ya fueran estas razones por voluntad propia o por necesidades de tipo laboral.

Según este concepto, Benito Pérez Galdós no puede ser considerado para esta Tesis como “narrador canario” porque su obra literaria está producida en la Península y, lo que es más importante, porque no representa en ella una forma de ser, de vivir, de pensar o de sentir identificable con lo canario y porque, en consecuencia, se le considera un autor español tanto a nivel nacional como internacional. Esto no obsta para que se le tenga en Canarias un infinito respeto y un recuerdo continuo, como lo demuestran los innumerables enclaves urbanos en todas las ciudades del archipiélago o los centros educativos que toman su nombre. Un hecho parecido, aunque en menor escala, sucede con el dramaturgo Ángel Guimerá. Y, a otro nivel, con Alberto Vázquez Figueroa, que ha desarrollado su producción de *best seller* fuera de nuestras fronteras.

¹ El primero, de la *Generación del boom* de la narrativa canaria (años 70); el segundo, incluido en esta Tesis y, el tercero, de la *Generación del silencio* (años 80-90).

2. OBJETO DE ESTA TESIS DOCTORAL

En 2011 aparece el libro *Generación 21: Nuevos novelistas canarios*, editado por Ángel Morales García, quien afirma en su “Introducción”:

En 2010 se cumplieron cuarenta años desde que la historia de la literatura canaria registrara el último hito de nuestra narrativa, la llamada Generación del 70 o boom de la narrativa canaria. Aquel importante fenómeno significó indudablemente un despertar de la narrativa de Canarias, una especie de gran patada a ese tópico que todavía se escucha a veces y que refiere que Canarias es tierra casi exclusivamente de poetas [...]. Cumplida la primera década del siglo XXI, podemos decir sin temor a equivocarnos que nuestra literatura ha consolidado una novísima (y potente) generación de novelistas que, solo para ubicarnos, llamaré Generación 21, precisamente por situar su brillante eclosión en la primera década del siglo XXI (Morales, 2011: 7-8).

Generación 21 es, pues, en opinión de este editor, la expresión de un conjunto de novelistas canarios nacidos alrededor de los años sesenta y cinco del siglo XX que han sido antologados por él, promotor de las ediciones novelísticas de principios de siglo en el archipiélago. De él partió la idea de llamarlos así, *Generación 21*, o *G-21*, que es el término que utilizaremos más frecuentemente en esta Tesis.

Nuestro propósito es, pues, estudiar los temas de la obra narrativa de este G-21 y, sobre todo, de la novela, aunque no relegamos la mención y análisis por su importancia de algunos libros de relatos, para comprobar cuáles son sus señas de identidad y relacionarlas con las de los autores del siglo pasado en un intento de encontrar similitudes y diferencias.

La novela canaria, o de Canarias o escrita en Canarias -estas precisiones no son inocentes, como se desprende de lo dicho en el apartado anterior-, ha sido estudiada, de manera general, por diferentes investigadores. Hay muchas tesis que tratan de la obra de escritores en particular -sobre Pérez Galdós pueden rondar las sesenta- pero las que estudian de manera general la narrativa en Canarias solo conocemos cuatro.

Así, Juan José Delgado Hernández (1986) escribe sobre el grupo *fetasiano* (1950-1970) integrado por Isaac de Vega, Rafael Arozarena, Antonio Bermejo y José Antonio Padrón, su gran teórico.

Por su parte, Pablo José Quintana Déniz (1989) hace un estudio historicista de la narrativa canaria desde 1500 hasta 1930, en el que dice que “se trata de una narrativa tan poco conocida y tan poco estudiada que algunos han podido dudar de la existencia real de la misma”, comentario a todas luces exagerado que no corresponde a la realidad:

Un segundo nivel presenta la autoconciencia crítica de la narrativa canaria, sobre todo a partir del Romanticismo y del Modernismo [...] Durante el setecientos las relaciones británicas con Canarias permiten un desarrollo de la cultura liberal cuya herencia puede verse en la literatura de ese centenio y también en la posterior novela galdosiana [...] Durante el Romanticismo, la narrativa canaria, como perteneciente a una literatura colonial o africana, se vuelve hacia el pasado precolonial. Y durante el Modernismo, será la narrativa, antes que la lírica, más conocida, la que permite la afirmación de una personalidad independiente de la literatura canaria (Quintana, 1989²).

Creemos que de dos afirmaciones que encierra ese resumen, una de ellas es cierta, pero la otra es exageradamente tendenciosa. Es cierto que “durante el Modernismo, será la narrativa canaria, antes que la lírica, más conocida, la que permite la afirmación de una personalidad independiente de la literatura canaria”. Sin embargo, “la narrativa canaria, como perteneciente a una literatura colonial o africana, se vuelve hacia el pasado precolonial” es, a nuestro juicio, una visión equivocada, pues esta narrativa no pertenece a literatura colonial alguna y, muchísimo menos, a literatura africana, ni tampoco que se vuelva al pasado o a lo precolonial. Únicamente aceptamos que, en efecto, la literatura canaria es “particular” (por no utilizar el término independiente) en cuanto a su temática, a su idiosincrasia, a su identidad con respecto al resto de la literatura nacional.

Francisco Juan Quevedo García (1994³) estudia la narrativa canaria de los años 70 y sus constantes temáticas y formales:

Es un estudio sobre la obra de un conjunto de escritores que publican en torno a esa década. Este estudio establece las constantes, las líneas formales y temáticas que la conforman. Así, se muestra la presencia de la guerra civil y de la impronta que originó la misma en el ámbito insular, de la emigración canaria (sobre todo hacia América) como una huida, como una

² Referencia obtenida de la Base de datos de Tesis doctorales (TESEO), gestionada por el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, <<https://www.educacion.gob.es/teseo/mostrarRef.do?ref=66873>>.

³ Obsérvese la escasa diferencia entre los años de estas Tesis: desde 1986 a 1994, lo que puede dar idea de la urgencia con que se tomaron las investigaciones sobre la narrativa canaria en ese periodo.

evasión de la situación de malestar en que se encuentran; de la marginalidad literaria, afianzada en el concepto lúdico del lenguaje, instrumento expresivo ilimitado para estos escritores; de la tragedia como un fin que se enmarca para subvertir la realidad de la que nace. Estas constantes son analizadas bajo la premisa de considerar a la narrativa canaria de los años setenta, como una escritura que se afianza en la necesidad de explicación del ser insular, un hecho que está presente en todos sus textos (Quevedo García, 1994⁴).

Por último, el repaso a las Tesis existentes sobre la literatura canaria nos lleva a la titulada *Señas de identidad de la narrativa infantil y juvenil canaria. La caracterización temática*, del año 2015, escrita por Ángeles Perera Santana y defendida en la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, que, si bien en el título tiene connotaciones parecidas a las de esta Tesis, estudia la narrativa canaria, también de manera general, de otro tipo de autores y temas.

A partir de estas fechas, hay, en lo que a la novela canaria se refiere, multitud de artículos críticos en prensa y en revistas especializadas sobre la literatura canaria de las dos últimas décadas del siglo XX, pero no una amplia monografía que la abarque y, menos aún, ningún trabajo que estudie la de principios del presente siglo.

Estas épocas de la novela canaria tan distintas entre sí tienen una identidad común a la que haremos referencia en este trabajo, incluso algunos aspectos diferenciales que también se abordarán. En este sentido, el objeto básico y principal de esta Tesis es el estudio de la novela producida por esta Generación 21 y los autores canarios de los primeros diecisiete años de este siglo XXI. Con ello se trata de mostrar su identidad y si esta ha tenido en cuenta o se ha contaminado de la propia de la novela canaria anterior -la del siglo XX- o si, por el contrario, la ha soslayado, actuando al margen de los conceptos que, históricamente, la han conformado y confirmado. Dicho de otro modo, se pretende averiguar si estas obras y sus autores han conseguido alcanzar una identidad propia.

⁴ Referencia obtenida de la Base de datos de Tesis doctorales (TESEO), gestionada por el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, <<https://www.educacion.gob.es/teseo/mostrarRef.do?ref=146685>>.

3. METODOLOGÍA Y ESTRUCTURA

La narrativa canaria es una gran desconocida. Por las causas que sean -por la lejanía de los centros de producción, quizá- dicha narrativa no ha tenido la ocasión o la oportunidad de acercarse al público lector, debido en mucho a la pacata dimensión de lo canario.

Por esa razón, esta Tesis expone en el Capítulo 1, a modo de contexto, una breve reseña histórico-literaria de la narrativa canaria, por otro lado rica en cuanto al número de autores y a su calidad. Se exponen las diversas épocas literarias y las biografías de los autores que componen cada una de ellas.

En el Capítulo 2 se analizan las diferentes señas de identidad de esta narrativa que tratamos con la exposición de lo que creemos ha perturbado el caminar de los escritores del siglo pasado. Esas señas identitarias de lo producido en Canarias se realiza tomando como referencia los textos de estos autores, de forma que cada seña identitaria viene acompañada de un texto -una cita- que demuestra lo que se expone. Dichos textos conforman nuestro corpus textual de referencia para el estudio de la novela canaria del siglo XX y se hallan recogidos en el apartado I del Apéndice.

De las novelas que forman el corpus de los narradores del siglo XX, hemos optado por aquellas más conocidas, mejor distribuidas. Algunas han sido traducidas a otros idiomas, síntoma de su mayor difusión no solo dentro de Canarias sino también fuera, en el resto del panorama literario nacional y en el internacional; otras, se convirtieron durante años en objeto curricular de la enseñanza media de los centros educativos canarios.

Como se irá justificando, es casi una obligación seleccionar *Fetasa* de Isaac de Vega (1920-2004) porque significó un antes y un después en la narrativa canaria, porque es una obra que mitifica a la isla y porque dio nombre a un grupo generacional y de pensamiento literario del medio siglo. Asimismo, hemos escogido *Mararía* y *Cerveza de grano rojo* de Rafael Arozarena (1923-2009), que comparte grupo generacional con Isaac de Vega, por motivos diferentes pero ambos importantes: *Mararía* fue lectura obligatoria para los estudiantes de Bachillerato y fue adaptada al cine; *Cerveza de grano rojo* marca la narrativa de “lo fetasiano”. Ambos autores fueron

fetasianos, ambos fueron íntimos amigos y ambos fueron Premio Canarias de Literatura *ex aequo* en 1988⁵.

Para representar a la generación de los años 50 del siglo XX hemos elegido *Guad* de Alfonso García-Ramos (1930-1980), que trata el nacimiento (alumbramiento) del agua en las islas, elementopreciado y precioso. Su autor pertenece a la llamada *Generación del traje virado*.

La Generación del 70 o *Generación del boom*, la más prolífica y difundida dentro y fuera de Canarias, alumbró varias obras maestras. De ellas, hemos escogido *Los puercos de Circe* de Luis Alemany Colomé (1944), sobre la burguesía de la ciudad de Santa Cruz de Tenerife. Ha sido traducida a varios idiomas, lo que significa el traspasar las fronteras del archipiélago; también las novelas *El collar de caracoles* de Félix Casanova de Ayala (1915-1990), que describe la unión entre personajes de dos islas (Tenerife y La Gomera) a través del cruce del mar en barcas precarias, lo que en épocas pasadas fue un medio de comunicación necesario ante las privaciones económicas de la isla menor, y *Nos dejaron el muerto* de Víctor Ramírez (1944), que narra la vida de la gente de la costa de Las Palmas de Gran Canaria, de los hombres enrolados en buques comerciales como cocineros, peones o simples marineros. Ambas novelas nos son útiles para ilustrar los temas del mar y la soledad. Hemos añadido a la selección de la Generación del 70 *El árbol del bien y del mal* de J. J. Armas Marcelo (1946), porque habla de Canarias desde fuera, ya que este autor ha sido uno de los que han logrado trabajar y vivir en Madrid, y *Las espiritistas de Telde* de Luis León Barreto (1949), que también ha sido traducida a varios idiomas lo que, al igual que la novela de Luis Alemany, significa que ha traspasado las fronteras de las islas.

Finalmente, hemos escogido cuatro novelas de autores representativos de la llamada *Generación del silencio* (década 80-90 del siglo XX): *Especulaciones fugitivas* de Andrés Servando Llopis (1949), porque mantiene el espíritu de una narrativa insular del aislamiento, como *Tiritaña* de Emilio González Déniz (1951), que describe mundos solitarios. *El camarote de la memoria* de Agustín Díaz Pacheco (1952), porque incide en la isla mítica de Isaac de Vega, y *Canto de verdugos y ajusticiados* de Juan José Delgado Hernández (1949-2017), que revisita la época de la conquista de Canarias.

⁵ Javier Hernández Velázquez en su novela *Los ojos del puente* (2014:87) dice: “Ellos eran el mito”.

El Capítulo 3 contiene la relación de los autores que son objeto de estudio de esta Tesis. En él se citan, al igual que se hizo en el Capítulo 2 con los representantes de la novela canaria del siglo XX, los novelistas del siglo XXI y se añaden sus biografías, su bibliografía y las referencias sobre su obra. Además, incluimos siempre que ha sido posible una Poética propia que el autor de este trabajo les solicitó personalmente⁶. Creemos que esta Poética añade a esta Tesis el valor de contar con obra original e inédita escrita por los mismos autores que son -y se saben- objeto de estudio.

Los autores seleccionados deben cumplir, como condición necesaria para su inclusión, que su fecha de nacimiento sea posterior a 1965, esto es, que sus primeras publicaciones hubieran visto la luz con el nuevo siglo o que rozaran el final del XX. Pudiera darse el caso de que, para su inclusión en esta Tesis, la fecha de nacimiento no fuera la real, la física, y que pesara más la fecha del nacimiento literario. Ese es el caso de autores como María Teresa de Vega y Cecilia Domínguez Luis, nacidas en 1948, o Damián Hernández Estévez y David Galloway, ambos de 1960. Se incluyen en G-21 porque su principal producción narrativa ha visto la luz muy al final del siglo XX o al principio del siglo XXI y constituyen, así, el nexo de unión entre las últimas generaciones del siglo XX y los nuevos escritores del siglo XXI, ya que, como es natural y sabido, las generaciones se superponen y los finales de una y los principios de la siguiente tienen ciertas imbricaciones.

Otra condición que debían cumplir los autores para ser seleccionados es que cada uno de ellos contara, al menos, con dos obras publicadas y que alguna de sus obras, no necesariamente las escogidas para esta Tesis, hubiera sido publicada, o bien en la *Antología* que editó Ánghel Morales García (*vid.* Apartado 2 de esta misma Introducción) o en la colección posterior de treinta títulos que produjo a continuación de la publicación de la antología y que terminó de editarse en 2017 (Domínguez Suria, 2017: 84-85). Dicha colección llevaba como título, precisamente, *G-21*, término que utilizamos en esta Tesis como albergue de los autores seleccionados.

⁶ He de confesar en este punto que, como escritor de la *Generación del silencio -vid.*, al respecto, el Capítulo 2-, tengo la enorme fortuna de ser conocido por todos los autores que son objeto de estudio de esta Tesis, con quienes comparto tertulias, conferencias y seminarios en los centros académicos y culturales de Tenerife (principalmente en las ciudades de La Laguna y Santa Cruz), presentaciones de libros, colaboraciones en los suplementos literarios de los periódicos de las islas y cuantos eventos literarios nos suelen congregarse. Igualmente me preció de conocer al editor artífice del término *G-21*, Ánghel Morales. Todos ellos tienen noticia de esta investigación y han aportado datos biográficos, bibliográficos e incluso de creación, a través de estas Poéticas, cada vez que se los he requerido.

Así pues, bajo estas dos condiciones, se han elegido diecisiete autores y treinta y cuatro novelas cuyos textos refrendan este estudio. La relación de autores y obras, como hemos señalado, inicia el Capítulo 3, pero anticipemos en este punto sus nombres. Son, ordenados por fecha de nacimiento:

1. María Teresa de Vega (La Laguna, Tenerife, 1948)
2. Cecilia Domínguez Luis (La Orotava, Tenerife, 1948)
3. Damián Hernández Estévez (Los Realejos, Tenerife, 1960)
4. David Galloway Rodríguez (Santa Cruz de Tenerife, 1960)
5. José Luis Correa Santana (Las Palmas de Gran Canaria, 1962)
6. Anelio Rodríguez Concepción (Santa Cruz de La Palma, 1963)
7. Santiago Gil García (Santa María de Guía, Gran Canaria, 1967)
8. Cristo Hernández (La Laguna, Tenerife, 1968)
9. Javier Hernández Velázquez (Santa Cruz de Tenerife, 1968)
10. Ángel Vallecillo (Valladolid, 1968)
11. Nicolás Melini Concepción (Santa Cruz de La Palma, 1969)
12. Víctor Álamo de la Rosa (Santa Cruz de Tenerife, 1969)
13. Alexis Ravelo Betancor (Las Palmas de Gran Canaria, 1971)
14. Víctor Conde (Santa Cruz De Tenerife, 1973)
15. Carlos Cruz (Los Realejos, Tenerife, 1977)
16. Eduardo Delgado Montelongo (Santa Cruz de Tenerife, 1981)
17. Daniel Hernández María (Agulo, La Gomera, 1985).

En el Capítulo 4 se estudia, a través de citas de sus escritos, los temas narrativos de este siglo XXI. De manera análoga a como hemos procedido en el Capítulo 2, hemos utilizado los textos de los escritores del siglo XXI como corpus textual de referencia. De ese modo, podremos comparar la narrativa de los autores actuales con los autores de las generaciones anteriores, el análisis de las diferencias generacionales y, por descontado, de las seculares. Este segundo corpus se halla recogido en el apartado II del Apéndice.

Es obvio que los autores que componen este estudio sobre la narrativa del siglo XXI solo ocupan los primeros diecisiete años de la centuria. Algunos ya escribían y publicaban a finales del siglo pasado y, en algún caso, contemplamos alguna de sus

novelas. Por otra parte, en la antología de Ángel Morales García (2011) no se incluía a ninguna mujer, quizás porque la narrativa canaria producida por mujeres es bastante exigua en todo el archipiélago. En este trabajo incluimos dos autoras, María Teresa de Vega y Cecilia Domínguez Luis, que pertenecen, en sus comienzos literarios, al siglo pasado, especialmente en géneros distintos a la novela. De su producción novelística hemos escogido *Merodeadores de orilla* (2012) y *Divisa de las hojas* (2014); y *Si hubieras estado aquí* (2013) y *La muchacha del ajeno* (2016), respectivamente.

Asimismo, hay dos autores, Damián Hernández Estévez y David Galloway Rodríguez nacidos en el límite cronológico que nos hemos marcado y que comparten con ellas el hecho de ser nexos de unión con los escritores del siglo XX. De ellos hemos seleccionado *...En el aire queda* (2012) y *Quién como yo* (2015) de Damián Hernández, por ser obras iniciáticas, y *Agua de arroz y flores* (1991) y *El perfil de las esquinas* (2012) de David Galloway, porque representan la evolución estilística del mismo autor entre su publicación de finales de siglo XX y la de entrada el siglo XXI.

A estos autores los acompañan Anelio Rodríguez Concepción, con sus obras *El león de Mr. Sabas* (2004) y *La abuela de Caperucita* (2008), y *Cuaderno de mis mayores* (2006) y *El futbolista asesino* (2012) de Nicolás Melini, ambos naturales de la isla de La Palma. Ellos conforman otro nexo entre los cuatro primeros y el resto de los narradores del siglo XXI.

Nuestra Señora de la Luna (2012) y *El detective nostálgico* (2017) de José Luis Correa Santana, *El sueño de Goslar* (2013) y *Los ojos del puente* (2014) de Javier Hernández Velázquez, *Bang Bang Wilco Wallace* (2014) de Ángel Vallecillo, y *La última tumba* (2013) y *Las flores no sangran* (2015) de Alexis Ravelo Betancor representan el género de novela negra que se realiza en Canarias.

Víctor Álamo de la Rosa es uno de los narradores con mayor proyección nacional. De él hemos elegido *El humilladero* (1994) e *Isla Nada* (2013) porque están separadas entre sí por diecinueve años sin merma alguna de calidad ni frescura. En contraste, hemos escogido *h.*⁷ (2009) y *No es la noche* (2012) de Carlos Cruz, *Envasados al vacío* (2005) y *Unidades libres* (2014) de Cristo Hernández, y *El hombre que ama a Gene Tierney* (2014) y *Un crimen lejos de París* (2014) de Daniel María por

⁷ Así de breve es el título de la primera novela de Cruz.

ser las dos primeras obras de cada autor. Los tres están dedicados actualmente a su tercera novela.

Yo debería estar muerto (2011) y *La costa de los ausentes* (2016) de Santiago Gil, *Cuaderno afortunado* (2011) y *El centro del gran desconocido* (2013) de Eduardo Delgado Montelongo han sido escogidas como muestra de una ágil y moderna narrativa que quiere insuflar nuevos tiempos y nuevas formas.

Y hemos traído a esta selección a Víctor Conde con sus novelas *Crónicas del multiverso* (2010) y *Malpaís* (2012) como único exponente de la novela de ciencia ficción en la narrativa canaria.

En el Capítulo 5 realizamos la comparación de los temas de la narrativa canaria presente en los autores de ambos siglos. G-21 es similar a las demás generaciones literarias en el aspecto más superficial: a sus integrantes los une solo la época de nacimiento, los conceptos de la isla y del mar, porque ni siquiera el género literario sirve para agruparlos. Lo que sí parece una característica satisfactoria es la amistad que los aglutina. Cuando el editor Ángel Morales publicó su antología en 2011, terminó reuniéndolos a todos alrededor de una mesa festiva y los conjuró a escribir y hablar bien los unos de los otros, tal como habían hecho los integrantes de la Generación del 70 del siglo XX, la del llamado *boom* de la narrativa canaria. Además de ese conjuro, que se sigue cumpliendo en la actualidad, de la isla y el mar, los une la narrativa y el amor a la literatura.

Acompañan a este trabajo, como es de rigor, las “Conclusiones”, las “Referencias bibliográficas” y un “Apéndice” que, según hemos indicado, comprende el corpus de textos de los autores citados en el Capítulo 2, o del siglo XX, y los textos de los autores del presente siglo, que conforman el Capítulo 4.

CAPÍTULO 1. BREVE REVISIÓN BIBLIOGRÁFICA DE LA NARRATIVA CANARIA

1.1. PRELIMINARES

La primera muestra de la novela canaria, *Ninfas y Pastores de Henares*, publicada en 1587, cuyo autor es Bernardo González de Bobadilla, no alcanzó la gracia de salvarse de la quema de los libros que el Cura y el Barbero, quizá con algo de ligereza, incluyeron en el escrutinio que hicieron de las obras que Alonso Quijano guardaba en sus estantes y que se perdieron en la hoguera en el patio de su hacienda manchega:

Púsole aparte con grandísimo gusto, y el Barbero prosiguió, diciendo:

–Estos que se siguen son El Pastor de Iberia, Ninfas de Henares y Desengaño de celos.

–Pues no hay nada más que hacer -dijo el Cura- sino entregarlos al brazo seglar del Ama; y no se me pregunte el porqué, que sería nunca acabar (*Don Quijote de la Mancha* I, VI⁸).

Poco se sabe de la vida del autor de esta novela salvo que “es natural de las nombradas islas de Canaria”, lo cual dice él mismo en el prólogo. Otro de los datos conocidos es que fue estudiante de la Universidad de Salamanca y pariente lejano de doña Beatriz de Bobadilla, a quien Isabel la Católica envió a la isla canaria de La Gomera y casó con Hernán Peraza para alejarla del rey don Fernando el Católico. La obra, al parecer, de mediocre calidad literaria (Santana, 2008) es una novela pastoril que habla de los amores de Roselia y Florino, que el autor debió de escribir en su época universitaria y que fue impresa por Juan Gracián en Alcalá de Henares, con lo que parece justo el fuego al que la destinó el señor Cura.

Desde entonces y hasta finales del siglo XIX y principios del XX, solo podemos citar otra obra novelística de la que se tiene conocimiento: *Vida del noticioso Jorge*

⁸ Citamos por la edición de Justo García Soriano y Justo García Morales, Madrid: Aguilar, 1966¹¹.

Sargo de José de Viera y Clavijo, de corte picaresco, que ha sido profusamente estudiada por Yolanda Arencibia (1994).

La literatura de los siglos XVII, XVIII y XIX se interesó por otros géneros literarios: la historia, la poesía, el teatro, el ensayo, la fábula y el periodismo. Es natural que la historia de las islas fuera tema fundamental, tratándose de territorios nuevos y conquistados, más bien legendarios, de los que se tenían noticias hasta entonces a través de las culturas griega y romana que las llamaron indistintamente Islas Afortunadas, de la Fortuna, las Hespérides o, incluso, componentes de la Atlántida, el gran continente sumergido. De lo primero de que son objeto las islas recién conquistadas es de la plasmación en los mapas de la época y de su historia, no en vano estamos en el siglo de los descubrimientos y cualquier hallazgo del hombre es un evento crucial y significativo.

Así, son importantes las obras históricas como la *Historia de la conquista de las siete islas de Canaria*, atribuida a Fray Juan de Abreu y Galindo (1600); los mapas de fortificaciones de Leonardo Torriani (Cremona, 1560 - Coimbra 1628), ingeniero, a quien Felipe II encargó, además del reconocimiento de un lugar y la construcción de un puerto en la isla de La Palma en 1580, un estudio de las fortificaciones en el resto de las islas, y cuya obra principal, *Descripción e historia del reino de las Islas Canarias, antes Afortunadas, con el parecer de sus fortificaciones*, sigue en mucho las fuentes de la historia de Abreu y Galindo; y la de Pedro Agustín del Castillo (Las Palmas de Gran Canaria, 1669-1741), autor de la *Descripción histórica y geográfica de las Islas Canarias*, que tardó cuarenta años en escribirla y que algunos la consideran precursora de la de Viera y Clavijo.

Mención aparte merece José de Viera y Clavijo (Realejo Alto, Tenerife, 1731 - Las Palmas de Gran Canaria, 1813). De sus primeros años es la obra *Vida del noticioso Jorge Sargo*, ya referida. Pero su obra más importante es *Noticias de la historia general de las Islas de Canaria*, que es la base de los estudios historiográficos de las islas (Fernández, 2008). El Gobierno de Canarias decretó Día de las Letras Canarias el 21 de febrero, conmemorando así el día del fallecimiento de este hijo de la Ilustración.

Siguiendo en la línea de la obra no narrativa, entre los autores de obras líricas y teatrales cabe destacar la personalidad de Bartolomé Cairasco de Figueroa (Las Palmas, 1538-1610), cultivador del verso esdrújulo que tanto admiraba y llegó a imitar en

alguna ocasión Luis de Góngora y Argote⁹. El mismo Cervantes lo elogia en *La Galatea* -“Canto a Calíope”- usando sus mismos recursos poéticos (Micó 1990: 24); Antonio de Viana (La Laguna, Tenerife, 1578-1650), médico, historiador y poeta, autor del poema *Antigüedades de las Islas Canarias*, considerado como el poema épico canario por excelencia; Cristóbal del Hoyo, Vizconde de Buen Paso (Tazacorte, La Palma, 1677 - La Laguna, Tenerife, 1762), personaje ilustrado, autor de *Soledad escrita en la isla de la Madera*, versión propia de las *Soledades* de Góngora, y de la *Carta de la Corte de Madrid*, titulada también *Madrid por dentro*, en el más puro sarcasmo que retomaría Larra más tarde; Tomás de Iriarte (Puerto de la Cruz, Tenerife, 1750 - Madrid 1791), el más famoso de los Iriarte (que eran su tío Juan, académico y diputado, y su hermano Bernardo) autor de las *Fábulas Literarias* (1782) y de las obras dramáticas *El señorito mimado* (1787) y *La señorita malcriada*; y Antonio Saviñón Yáñez, que nació en La Laguna en 1768 (otros dicen que en Las Palmas de Gran Canaria en 1774) y murió en Madrid en 1814. Literato y abogado de los Reales Consejos, desde 1795 vivió en Madrid. Como dramaturgo adaptó textos extranjeros, como *La muerte de Abel* (1803) y *Polinice o los hijos de Edipo* (1806). Diputado en la Junta de Bayona, tradujo y adaptó a la escena *Roma libre*, que se representó en Cádiz por el restablecimiento de la Constitución. Por ello fue encarcelado y murió en la cárcel en 1814, habiéndose declarado testamentariamente como “pobre de solemnidad”¹⁰.

Cabe destacar, también, la obra periodística de José Clavijo y Fajardo (Teguise, Lanzarote, 1726 - Madrid 1806), que fue director de *El Pensador*, semanario madrileño, traductor de dramas y tragedias y director de los Teatros de los Reales Sitios, quien alcanzó la merecida fama de ser protagonista del *Clavijo* de Goethe.

Fue fecunda esta cosecha de autores e intelectuales canarios que mostraron y expandieron sus conocimientos en la Península. Durante el período de la Ilustración, el archipiélago canario a través de sus puertos fue tránsito de los ideales humanistas y científicos que iban en dirección a Hispanoamérica y quizá en este aspecto fuera una región privilegiada como receptora de ideas, no en vano tenía un floreciente comercio con Inglaterra y con Francia, como lo demuestran los nombres de algunas empresas que

⁹ En el Prólogo de la traducción castellana de *Os Luisiadas*, a cargo de Gómez Tapia (1580), patrocinada por la Universidad de Salamanca, figura la composición *Canción de Esdrújulos* de don Luis, que permite la comparación con la obra de Cairasco (Micó, 1990).

¹⁰ Para abundar en la vida y obra de este autor canario de la Ilustración, *vid.* Guimerá Peraza (1978).

hoy perviven: Yeoward, Hamilton, Miller, Elder, etc.; apellidos como Cologan, Lang-Lenton, Murphy, Franchy o Ladeveze; y la multitud de anglicismos (la papa *autodate* < *up to date*, la papa *quinegua*, o *chinegua*, o *guinegua* < *King Edward*, (Corrales, Corbella y Álvarez, 1996), palabras que estaban pintadas en las sacas que llegaban de Inglaterra, la *chercha* -‘lugar funesto’ < *church*, la iglesia que acogía el cementerio anglicano-, *nife* ‘cuchillo que el campesino llevaba al cinto’-, etc). Rafael Fernández Hernández (2008: 47) parafrasea la aportación de Yolanda Arencibia en “El Siglo XVIII: Contextos y Literatura” cuando señala:

En Canarias los ilustrados, al igual que en otros lugares de España, crearon Sociedades Económicas de Amigos del País en Las Palmas de Gran Canaria, en La Laguna, en Santa Cruz de La Palma y en San Sebastián de La Gomera, en fechas muy cercanas a 1777, y ellas, además de fomentar las actividades académicas, sirvieron de singular beneficio a la sociedad en diversos campos: agricultura, industria y educación, principalmente. La enseñanza superior, por su parte, fue surgiendo no sin problemas: la sociedad canaria vio fracasar, en 1747, la Universidad Eclesiástica que había sido concedida a los agustinos de La Laguna en 1744; y luego, en 1777, vio poner en marcha el Seminario Conciliar en Las Palmas promovido por el Obispo Juan Bautista de Cervera. Por fin, conoció la concesión de una Universidad Literaria en La Laguna (1793), cuya puesta en marcha hubo de posponerse hasta 1816. En cuanto a las tertulias, fue la más importante (y la mejor documentada hoy) la de Nava, que reunió a los ilustrados tinerfeños en la residencia lagunera del Marqués de Villanueva del Prado, Tomás de Nava y Grimón.

El siglo XVIII es el periodo en que se produce la *diáspora intelectual* de nuestros más sobresalientes representantes de las letras y de la ciencia de la época, impulsados a formarse fuera de nuestras fronteras y a residir, para siempre o eventualmente, en la villa y corte madrileña: baste señalar José Clavijo y Fajardo, los hermanos Iriarte -y antes, su tío Juan, educado en París- Viera y Clavijo o el ingeniero Bethencourt.

Todos son eximios representantes del *Siglo de las Luces*, del hombre ilustrado. Se colocarán al frente de las tareas educativas, movidos por los principios críticos y didácticos de la centuria.

Hasta mediados del siglo XIX prevalece el imperio de la poesía y algunas muestras teatrales. Es la prensa quien fomenta la difusión de las corrientes poéticas y se acrecienta un sentimiento regionalista que todavía no desemboca en un verdadero movimiento. Yolanda Arencibia (2008: 82) analiza esta situación:

De la concreción filosófica [...] será la prensa receptora y vehículo de expresión más que apropiado. Como lo será para la literatura que ahora

nace que, en efecto, cumplió un importante papel en la prensa periódica canaria del XIX como materia ilustradora por excelencia que, además, abría la recepción de la publicación a un público más amplio: el femenino, por ejemplo. Los anuncios de las novedades literarias, los comentarios ensayísticos sobre cuestiones de pensamiento o filosofía, los “remitidos” de publicaciones nacionales sobre actualidad literaria o estética, etc., son lugar común en lo más destacado de los semanarios.

Aunque entre la literatura de creación que aparece en la prensa no escasea la narrativa, la expresión literaria de la época es por excelencia la poesía; y no solo por la facilidad de adaptación de su formato a las columnas periodísticas y el agrado del público por el género (que también), sino por la oportunidad que la poesía ofrece de estrechar lazos entre el periódico -sus pocos redactores- y el público receptor (casi una relación cómplice), cubriéndose así una importante parcela del diálogo social: la sociedad se reconoce en el lirismo humano de su temática que ningún otro género consigue condensar de modo más directo; y en la prensa se dan a conocer los poetas noveles que esa sociedad celebra como propios [...].

Con el transcurrir de los años, también habrá de reflejar la prensa de la época las estéticas insulares del siglo XIX, los ecos de la madurez decimonónica que llamamos realismo, que adensa, sin variarlos, los temas literarios y sus motivos: así el indigenismo que, al adoptarlo los escritores del segundo tercio del siglo, lo moderarán, lo cimentarán en la geografía y en lo que podríamos llamar una conciencia regional, y lo consagrarán como característico.

Figura de este tiempo es Graciliano Afonso (La Orotava, Tenerife, 1775 - Las Palmas de Gran Canaria, 1861), que fue diputado a Cortes por Las Palmas. Su actividad política lo lleva al exilio a Puerto Rico por firmar la incapacidad de Fernando VII. Allí compone *El beso de Abibina*. Cuando regresa a Tenerife, su *Oda al Teide* lo convierte en un referente para la Escuela Regionalista. Otro exponente de esta tendencia es Rafael Bento y Travieso (Guía, Gran Canaria, 1782 - Las Palmas de Gran Canaria, 1831), que ejerció la carrera militar y fue poeta. Dedicó composiciones a personajes y regimientos militares y a asuntos amorosos. Sus principales obras son *Oda a la tempestad de 1825 en Gran Canaria* y *El despecho*. Destaca, también, en la traducción de poesía y en entregas dramáticas.

En 1857 aparece el *Álbum de la literatura isleña*, en donde figuran autores del Prerromanticismo y del Romanticismo canario. Es una primera antología en la que casi todos los autores expresan sus sentimientos al campo, al paisaje, al mar, a la ciudad que los acoge, cantos melancólicos llenos de soledad, temas que nacieron con ese Romanticismo de la época y con un cierto sentimiento nacionalista o, mejor, regionalista. José Plácido Sansón (Santa Cruz de Tenerife, 1815 - Madrid, 1875), cuyos

primeros poemas aparecen en los periódicos *El Atlante* y *La Aurora*, es autor de un poema, *La Familia*, que es un resumen de sus poesías y piezas dramáticas. Ventura Aguilar (Las Palmas de Gran Canaria, 1816-1858), colabora en el periódico *El porvenir de Canarias* y escribe *Cantos de un canario* y *La muerte de Doramas*.

La Escuela de La Laguna (Tenerife) se crea en 1878, impregnada de la corriente romántica y del realismo: se continúa cantando al mar, al paisaje, al campesino y a la ciudad y se añade a estos temas el recuerdo de la raza aborigen, de la patria chica y de la añoranza del pasado. La figura señera de este movimiento es Nicolás Estévez Murphy (Las Palmas de Gran Canaria, 1838 - París, 1914), que se traslada a La Laguna siendo muy pequeño y posteriormente, de mayor, a Madrid. Llegó a ser Gobernador de Madrid, Ministro de la Guerra y Diputado por Santa Cruz de Tenerife durante la I República. En 1878 aparece en *Revista de Canarias* su célebre poema *Canarias*, que es un canto de amor a su tierra. En un fragmento, simboliza a la patria como la sombra del mítico almendro¹¹ que estaba en la finca de la familia y que aún hoy existe:

Mi patria no es el mundo,
mi patria no es Europa,
mi patria es de un almendro
la dulce, fresca, inolvidable sombra.

Con este movimiento Romántico-Realista termina la hegemonía de la poesía en la literatura de Canarias. A partir de aquí surge, como acompañante de los movimientos literarios, la novela, que será el centro de nuestra atención y de nuestro estudio.

1.2. LA NOVELA CANARIA DEL SIGLO XX

1.2.1. Costumbrismo. Regionalismo. Modernismo

En 1898 aparece *Muchachita* de Miguel Sarmiento (Las Palmas de Gran Canaria, 1876-1926), llena de lirismo y expresividad en tono poético. Este mismo autor publica en 1909 *Así* y en 1918 la novela autobiográfica *Lo que fui*. *Muchachita* está

¹¹ En 1925, durante el segundo viaje que giró a Canarias, Miguel de Unamuno visitó la finca y la casa de Nicolás Estévez en la que pudo ver el almendro.

considerada como la primera novela canaria, aunque su autor marcha de las islas cuando tenía tres años, su vida transcurre entre Baleares y Cataluña, se casa en Barcelona, tiene cuatro hijos, desarrolla su vida en la Península y vuelve a Las Palmas de Gran Canaria en 1923, tres años antes de su muerte.

Con *Muchachita* nace la novela costumbrista en las islas: se mira al campesino, a su habla, a sus costumbres, a su manera de vestir, al paisaje, al mar e, incluso, al folklore. Se mira a lo canario. Son años convulsos en la historia de España, se han consolidado en los últimos cincuenta años las independencias de los países de Hispanoamérica a las que el archipiélago sirvió de trampolín, se tambalean las últimas posesiones de ultramar y Canarias, tan vinculada a ellos, vuelve los ojos hacia el interior del país y se aferra a la identidad de la patria chica, un sentimiento nuevo que, no obstante, subyacía en la mente colectiva. Se reconoce como territorio no peninsular. La patria grande la ha decepcionado.

Un hecho de singular importancia sucede en Canarias en el último cuarto del siglo XIX: Benito Pérez Galdós, que se ha instalado en Madrid en 1862 con el fin de estudiar Derecho, se consolida como escritor de carácter nacional tres décadas más tarde. Esa circunstancia es una piedra de toque para el resto de los novelistas de la época. Y aún más: en su “Contestación” al discurso de aceptación de José María Pereda como miembro de la Real Academia Española reafirma a los demás escritores en el movimiento regionalista de entonces: “Lo que importa es que el artista sepa encontrar la desnudez humana, y acierte á ornarla con el colorido local sin que sus bellezas se pierdan, y en esto es Pereda consumado maestro” (Pérez Galdós, 1897: 40), dice Galdós del montañés y eso justifica a todos los demás. Se crea una gran dosis de regionalismo como afirmación literaria nacional.

En Lanzarote nace Benito Pérez Armas (Yaiza, 1871 - Santa Cruz de Tenerife, 1937), periodista y escritor. Marcha a Sevilla a estudiar Derecho. Cuando regresa a Canarias se constituye en un alto exponente de la literatura de la época. Su novela *De padres a hijos*, de 1901, es su obra más conocida, seguida de otras como *Rosalba*, *La vida*, *Juego de naipes* y *Las lágrimas de Cumelia*, publicadas entre 1915 y 1925.

También lanzaroteño, Ángel Guerra (Teguise, Lanzarote, 1874 - Madrid, 1950), seudónimo de José Betancort, escritor, fue diputado por Lanzarote durante una década. Cuentista y novelista. Su obra principal, *La Lapa*, se edita en 1908 en París.

En esta larga cita, Juan José Delgado Hernández (2008: 95 y ss.) expresa así la narrativa de aquella época:

El Regionalismo comienza a mostrarse en los años finiseculares del XIX y mantendrá exponentes literarios genuinos al borde mismo de la tercera década del XX. El paisaje insular es un espacio recurrente que se propaga por los sucesivos tramos que constituyen la centuria del XX [...] La narrativa de Canarias en los años finales del siglo XIX muestra unas formas, una ideología y unos temas que se prolongan hasta la primera década del nuevo siglo. La mayoría de los autores mantienen las pautas propias del realismo y del naturalismo decimonónico [...].

En el Regionalismo canario queda marcada una estrecha relación entre la naturaleza insular y el ser que la habita. El espacio elegido es el del mundo rural, en donde se ha depositado y se mantiene la tradición. Es una realidad que apenas ha sido alterada o modificada por el espíritu de los nuevos tiempos. Se mira la tierra y se la ve eterna en su cotidianidad. Se describe el paisaje, se detallan las costumbres y, en algunos casos, se busca forzosamente la descripción de los cuadros típicos procedentes del folklore. Todo ello se conserva en el pueblo; todo ese pasado se transmite casi inalterable al tiempo presente. Tal escenario acoge una trama cuyo tema expresa la indisoluble relación antedicha: el personaje nativo en la tierra insular [...].

El Naturalismo se ha impuesto en su modalidad espiritualista en la última década del siglo XIX. Benito Pérez Galdós (1843-1920) influye en aquellos narradores que, iniciando su andadura en esos años finiseculares, la proseguirán en los comienzos del siglo XX. Los casos de los hermanos Luis (1861-1925) y Agustín Millares Cubas (1863-1935) y de *Ángel Guerra*, expresan la natural conexión que el habitante insular sostiene con su medio geográfico.

Hay otro factor que, al margen del Naturalismo, actúa en novelas de principios del siglo XX: la raza. En 1901, *Guillón Barrús*, seudónimo de Luis Rodríguez Figueroa (1875-1936) publica *El Cacique*. Ese mismo año se publica *De padres a hijos* [de Benito Pérez Armas]. Las dos novelas tienen el mismo tema: el cacique. Pero la inclusión del factor étnico las orienta hacia una justificable denominación: novela indigenista. En ese espacio se desarrolla la vida de un grupo racial explotado por la clase dominante. Se muestra una situación socioeconómica y, sobre todo, se proyecta un retrato moral y cultural de la población indígena [...].

En 1899, escritores de todas las islas se reúnen con el propósito de fundamentar el modelo del regionalismo cultural y literario que le corresponde a Canarias. En ese mismo año, *Ángel Guerra* mantiene la idea de que cada región produce una literatura especial. El dialecto expresará la fisonomía y el carácter genuino. A partir de 1900 se observa cierta apertura: el espíritu regional no debe recluirse, necesita la expansión. Se aproxima a la idea de Galdós, quien en 1900 en el *Discurso en el banquete de la colonia canaria*, invita a que aviven el amor a la patria chica con el fin de encender el amor a la grande [...].

Francisco González Díaz (1864-1945) declara su confianza en una escritura que, libre ya de toda regla, consiga ampliar las posibilidades del

idioma, infundirle un nuevo espíritu y una vida nueva. Modernista, aunque reacio a aceptar el modernismo rubendariano, publica en 1913 *El viaje de la vida* al que subtitula *Cuentos, narraciones, impresiones* [...].

Rafael Mesa y López (1885-1924) escribe a comienzos de la primera guerra mundial un relato que aparecerá publicado como folletín en un periódico grancanario en 1922. *Las luces de la noche sin fin* es una novela compuesta de dos partes claramente diferenciadas. La acción se desarrolla en dos ciudades. París y Las Palmas [...].

Los escritores quieren romper con el hastío y el cerco de un regionalismo que permitía mirar más allá de los paisajes reconocibles. Se fue creando la necesidad de abrir la puerta a otros espacios para satisfacer el anhelo de expresar novedosamente mundos nuevos [...].

En el primer lustro de la época del XX se reivindica la vocación cosmopolita de Canarias y se busca sobrepasar el Regionalismo de la generación precedente.

Alonso Quesada (Las Palmas de Gran Canaria, 1896 - Santa Brígida, Gran Canaria, 1925), cultivó poesía, teatro, prensa y novela. En 1919 apareció *Crónica de la ciudad y de la noche*, que es una colección de sus artículos de prensa. *Smoking room*, colección de cuentos, fue publicada en 1950 aunque fue escrita sobre el año veinte. Lo mismo ocurre con su novela *Las inquietudes del Hall*, publicada en 1975 aunque escrita en 1922.

Víctor Doreste (Las Palmas de Gran Canaria, 1902-1966), que residió en Salamanca y en Leipzig, donde estudió música, publicó en 1945 su novela *Faycán*, en la que los perros, que son los protagonistas, opinan sobre la historia y la identidad canaria.

El puente entre siglos nos regala la inconmensurable figura de Claudio de la Torre (Las Palmas de Gran Canaria, 1895 - Madrid, 1973). Licenciado en Derecho, su obra abarca la narrativa y el drama. Fue un destacado director del Teatro María Guerrero de Madrid. Desarrolló una febril actividad como dramaturgo, traductor y guionista de cine. En 1924 ganó el Premio Nacional de Literatura con la novela *En la vida del Señor Alegre*. En 1940 publica *Alicia al pie de los laureles* y en 1954 *Lluvia de arena*. Posteriormente, en 1971 publica *Verano de Juan el Chino*, novela en la que sus personajes se abaten en medio de la epidemia de cólera que asoló Las Palmas de Gran Canaria en 1851.

1.2.2. La vanguardia

Con seguridad, Canarias, y más concretamente Tenerife, fue la avanzadilla, el lugar de España en el que antes arraigó y se desarrolló la corriente surrealista. Un hecho de capital importancia fue la II Exposición Internacional Surrealista de 1935, organizada por el grupo de la revista *Gaceta de arte*. El poeta Domingo López Torres, autor del artículo “Surrealismo y Revolución” aparecido en esa revista en 1932, Domingo Pérez Minik y Eduardo Westerdahl, acompañados de un grupo de escritores como fueron Agustín Espinosa, Pedro García Cabrera y Emeterio Gutiérrez Albelo, se desvivieron para atender a André Breton, a su mujer y a Benjamín Péret¹². Tuvo lugar una exposición en el Ateneo de Santa Cruz de Tenerife, en la Plaza de la Candelaria, con obras de Picasso, Dalí, Magritte, Max Ernst, Óscar Domínguez y otros. La burguesía santacruzera no estuvo en absoluto de acuerdo con aquella manifestación artística y ni la prensa ni el Cabildo Insular hicieron nada en pro de la celebración del evento. Sin embargo, la repercusión, sobre todo cultural, supuso situar a Santa Cruz de Tenerife en el marco mundial del aperturismo.

La Guerra Civil, iniciada al año siguiente, cercenó toda esta iniciativa y los componentes de la *Gaceta de arte* corrieron diversos infortunios: Domingo López Torres fue arrojado al mar enfundado en un saco; Domingo Pérez Minik estuvo prisionero en Fyffes¹³; Pedro García Cabrera escapó del barco prisión en donde estaba recluido y huyó hacia Villa Cisneros; y Agustín Espinosa fue desposeído de su Cátedra de Instituto.

Dos autores destacan en esta época: Elfidio Alonso Rodríguez (Tacoronte, Tenerife, 1905 - La Laguna, Tenerife, 2001), escritor y periodista, que en 1928 edita *Los guanches en el cabaret*, su obra más importante. Diputado republicano de la II República en 1933. Dirige el diario *ABC* en Madrid y en 1939 se exilia en Francia y varios países más.

¹² Domingo Pérez Minik y Eduardo Westerdahl corrieron con los gastos del viaje y estancia de André Breton y sus acompañantes. Tuvieron que firmar una letra por 4.000 pesetas de la época que tardaron diez años en liquidarla. Paul Eluard no pudo viajar a la isla porque se encontraba enfermo.

¹³ La Prisión de Fyffes durante la Guerra Civil española era una nave industrial de empaquetado de plátanos, a la sazón propiedad de la Casa African Eastern Spain que previamente había pertenecido a la empresa exportadora Fyffes.

La otra figura interesante y de la que acabamos de hacer referencia, es la de Agustín Espinosa (Puerto de la Cruz, Tenerife, 1897 - Los Realejos, Tenerife, 1939). Crítico y escritor, estudió Filosofía y Letras en Madrid. Catedrático de Instituto, dio clases en Lanzarote, Gran Canaria, Tenerife y La Palma. Conoció a los componentes de la Generación del 27. En 1929 publica *Lancelot, 28º-7º (Guía integral de una isla atlántica)* y *Media hora jugando a los dados*, en 1933. Participa en las revistas *La Rosa de los Vientos* y *Gaceta de arte* donde publica en 1934 *Crimen*, novela vanguardista de gran calado, considerada como el mejor texto surrealista del área hispánica. En 1935 publica *Sobre el signo de Viera*. Póstumamente, en 1980, aparecen recogidos sus artículos en un volumen titulado *Textos (1927-1936)*, su poemario inédito *Poemas a Mme. Josephine* y una obra teatral titulada *La casa de tócame Roque*. Una preocupación constante en Espinosa es la isla y el aislamiento. En el “Epílogo en la isla de las maldiciones”, de su obra *Crimen*, expresa el carácter del ser aislado y marca la condición de la isla-geografía y de la isla-frontera:

Esta isla lejana, en la que ahora vivo, es la isla de las maldiciones.

Bulle a mi alrededor un mar adverso, de un azul blanquecino, que se oscurece en un horizonte marchito, vacío de velas latinas y de chimeneas trasatlánticas. Hay bajo mis pasos una masa de tierra parda bajo puñales curvos de cactus, higueras mórbidas y aulagas doradas. Sobre unas rocas frontales se desmayan las sombras violetas de unas garzas.

Yo, el hijastro de la isla. El aislado ([1934] 1990: 73).

A propósito de este texto, Domingo-Luis Hernández (2008: 211-212) comenta la importancia y significación del pensamiento de Agustín Espinosa:

Para Espinosa, el recinto que incluye al sujeto del escrito en el epílogo (frente a lo ficcional, y en el que no sobra la infancia que toca algunas veces en *Crimen*) es cárcel, playa con cardos, es “mar adverso”, “horizonte marchito”, “vacío de velas latinas y de trasatlánticos”. Lo cual nos lleva a afirmar que el sujeto en el lugar se abisma y revela, desvela (según mi lectura) el absoluto, el todo que lo responsabiliza, lo implica, lo involucra. Y esa es la enseña de Espinosa. Isla incluso en su esencia maldita, isla que contiene al hijo que vive y se deja vivir por la isla e hijo de la isla que urde su más en el escrito [...].

Aquí, en el límite, en la frontera del escrito-isla, de la isla en el límite del escrito, el sujeto, el yo (que ya hemos enunciado, que ya hemos caracterizado) es el “hijastro de la isla. El aislado”.

Eso recuerda a Alonso Quesada en letras de Unamuno. Y eso nos hace detener sobre la única cláusula que se repite en el “Epílogo”: “yo, el hijastro de la isla. El aislado”.

[...] La condición de isla es ser isla-frontera. Físicamente (geográficamente, como vimos al principio) se caracteriza por ser un territorio aislado, separado, confinado en el centro de los límites absolutos del mar, que se repite. La condición del sujeto, por esa (con)centralidad, que reactualiza lo factual, es ser (insisto como la isla, o por la consecuente sucesión histórica de la isla) “hijastro de”. La isla pare, alumbró, forja, amarra en sí las proyecciones productivas. Condición del sujeto es ser, por tanto, como la isla es, hombre-frontera-identidad, es decir, a-isla-do.

1.2.3. La posguerra

Tras la Guerra Civil, época en la que no hubo manifestación novelística alguna, al menos en Canarias, llega la etapa de la posguerra o, mejor, de las posguerras porque en el archipiélago continuaron las tensiones bélicas. Las islas, abiertas al comercio con Gran Bretaña, Francia y Alemania, fueron apetecibles para las fuerzas beligerantes, si no hasta el punto de apropiárselas, sí como lanzadera de las acciones atlánticas, sobre todo cuando Estados Unidos entró en el conflicto¹⁴.

En un interesantísimo trabajo que abarca el periodo comprendido entre 1939 y los años finales de la década del 60, y que, resumido, fue objeto de unas conferencias dictadas en la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, Luis Alemany (1975: 611 y ss.) señala:

Me estoy refiriendo, claro está, a la posguerra; o mejor dicho, a las posguerras, o todavía mejor dicho, a la narrativa *escrita por aquellos autores nacidos en Canarias o vinculados estrechamente a ella*¹⁵, que vivieron su juventud en los años que median entre el final de una guerra (la nuestra: 1939) y el final de la otra (la de Europa: 1945). Se trata, en definitiva, de los narradores canarios nacidos a lo largo de la década de los llamados felices veinte, y de las significaciones de todo orden que su obra posterior pudo tener, vinculada -como lo estaba- a estos condicionamientos hermenéuticos de base.

Si escudriñamos la producción narrativa publicada en las Islas Canarias desde esas fechas de referencia hasta hoy, nos encontramos con una nómina no demasiado numerosa: Pedro Lezcano, Julio Tovar, Isaac de Vega, Ventura Doreste, Rafael Arozarena, Carlos Pinto Grote, Enrique Lite, Alfonso García-Ramos... y pare usted de contar. Apenas algo más de

¹⁴ Conocidos son los túneles horadados en las islas en tiempos de la Dictadura como previsión de bases de submarinos alemanes en la Montaña La Altura en Santa Cruz de Tenerife y en Guanarteme -El Arsenal- en Las Palmas de Gran Canaria.

¹⁵ Cf. con nuestra concepción de “narrativa canaria” con la que abríamos la “Introducción” de este trabajo.

media docena de nombres con una obra narrativa de peculiaridades diversas cuando no encontradas: desde el narrador ocasional (sin que esa ocasionalidad afecte por sí misma a la calidad de sus producciones), hasta el que carece de libro publicado [...]. No pertenezco al grupo de los críticos hidráulicos, esos que, según el decir de Andrés Amorós, se pasan la vida buscando las fuentes, concretamente las biográficas; sin embargo, con los superficiales datos que poseo, me sorprendería saber que cualquiera de los escritores mencionados no cruzó jamás palabra con todos los demás.

Pero lo que no admite ningún lugar a dudas es que pocas generaciones - con razón o sin ella- han asumido tan terriblemente su condición de malditas, y han partido de esa condición para todo lo que viniera después. Los términos generación del bache, generación escachada y otros similares proceden de los propios miembros de esa generación.

Hay que hacer hincapié en cinco hechos importantes que se desprenden de este texto de Luis Alemany sobre los escritores de la posguerra: el primero, que, bien contados, los autores que cita son ocho; el segundo, que algunos, aunque eran reconocidos como narradores porque tenían textos aparecidos en periódicos o revistas, no tenían libro alguno publicado; el tercero, que de ellos solo tres son novelistas, Isaac de Vega, Rafael Arozarena y Alfonso García-Ramos; cuarto, que mantenían entre ellos una buena relación, “bien por sus relaciones personales, bien por moverse dentro de similares coordenadas profesionales o intelectuales; y, desde luego, por el contacto habitual entre todos” (Rodríguez Padrón, 1992: 25); y, el quinto, que ellos mismos se autodenominaban la *Generación del bache* o la *Generación escachada*. Alfonso García-Ramos la llamaba, también, la *Generación del traje virado* porque sus trajes provenían de los de sus padres o hermanos mayores a los que se les daba la vuelta¹⁶ para que la tela pareciera nueva. Eran tiempos de penuria en los que España, y como parte integrante de ella Canarias, sufría las consecuencias de las conflagraciones recientes.

De estos tres novelistas, Isaac de Vega y Rafael Arozarena formaron parte más tarde del grupo denominado *fetasiانو*, que se analizará a continuación, por lo que únicamente citaremos en este apartado, como exponente de la novela de posguerra, a Alfonso García-Ramos (Santa Cruz de Tenerife, 1930 - La Laguna, Tenerife, 1980). Periodista, fue director de *La Tarde* y *Diario de Avisos*. Es autor de tres novelas: *Teneyda* (1960), Premio Santo Tomás de Aquino; *Guad* (1971) cuyo argumento gira

¹⁶ El traje virado tenía un solo inconveniente: el bolsillo superior exterior de la americana (el del pañuelo de adorno) quedaba, obviamente, al lado derecho y no al izquierdo como en el traje original. Pero para la época, no era un demérito.

alrededor del alumbramiento del agua en las galerías¹⁷ de la isla, Premio Benito Pérez Armas; y *Tristeza sobre un caballo blanco* (1979), Premio Agustín Espinosa. Póstumamente se publicó un volumen con sus artículos de prensa, titulado *Pico de Águilas* (1985). Alfonso García-Ramos habla del momento histórico de Tenerife en las páginas iniciales de *Guad* ([1971] 1983: 83):

Por la isla corría un viento de locura. Había acabado la guerra mundial. Volvían los barcos al puerto tinerfeño y, con ellos, el whisky, la cerveza y la ginebra, cuyos sabores se habían olvidado; las máquinas fotográficas, las neveras, los tocadiscos. Cambiaron los vientos. Pasó la exaltación patriótica, la austeridad religiosa y las enemistades políticas. Cambiaron los hábitos y las costumbres. La noche de la capital se prolongó hasta la madrugada con la apertura de cabarets y lujosas casas de citas; se hizo de buen tono tener algún lío con las pelotaris.

Luis Alemany (1975: 616) se refiere también a esta época tomando las palabras de Enrique Lite:

En ningún momento se acusó tanto la soledad a que nos compromete siempre ser isleños como a la generación que empezó a serlo después de las últimas contiendas [...]. El hombre del que hablamos, de esta generación de la isla, va y viene, sin saber el porqué de su tránsito. Le han puesto aquí, en medio de un conflicto que desconoce y que indudablemente le aterra.

1.2.4. El Grupo *fetasiano*

No se trata de un grupo que abarque una época, sino un grupo que se construye alrededor de una ideología literaria. Rafael Arozarena define la filosofía *fetasiana* como “ese caminar sin saber adónde, ese pasear alegres por la vida sin pedirle muchas explicaciones a la muerte... Buscamos una verdad que tiene nuestra sangre” (GEVIC, s.v. *Movimiento fetasiano*). Son novelistas nacidos en torno a los años 20 del siglo pasado que vieron publicadas sus obras en los años 60-70.

Isaac de Vega (Granadilla, Tenerife, 1920 - Santa Cruz de Tenerife, 2004), maestro nacional, ejerció en El Hierro, La Gomera y Tenerife. Es, sin ninguna duda,

¹⁷ La galería es una fuente de agua, típica de la provincia de Santa Cruz de Tenerife. Se consigue horadando el volcán en horizontal -*galería*-, en busca de agua que, por filtración desde las altas montañas, se acumula en bolsas. La financiación para hacer la galería se obtiene vendiendo acciones de la compañía que la ejecuta. En la provincia de Las Palmas el agua se consigue por pozos artesianos y era, hasta hace unos años, del propietario de la finca donde se ubique el pozo.

uno de los novelistas más grandes de toda la literatura canaria. *Fetasa*, que, como hemos dicho, da nombre al grupo, fue publicada en 1957 y es su obra más conocida, reeditada en varias ocasiones. En 1965 se publica *Antes de amanecer* en el suplemento cultural *La Gaceta de las Artes* del periódico *La Tarde*. En 1977 publica *Parhelios*, en 1988 *Pulsatila*, en 1992 *Tassili*, *Carpanel* en 1996 y *El cafetín* en 2002. Cuentista de extraordinaria calidad, publica en 1968 *Cuatro relatos*, *Conjuro en Ijuana* en 1981, *Siempre vivas* en 1983, *Cuando tenemos que huir y otras historias* en 1997 y *Gehena y otras historias* en 1999. Miembro del Instituto de Estudios Canarios, Miembro de Honor de la Academia Canaria de la Lengua y Premio Canarias de Literatura en 1988. En 2005 se publicaron sus *Obras completas* en cinco volúmenes¹⁸.

Rafael Arozarena (Santa Cruz de Tenerife, 1923-2009), graduado en Enfermería, pertenece a la *Generación del bache* y más tarde, se incorpora al grupo *fetasiano*. Miembro de Honor de la Academia Canaria de la Lengua, Medalla de Oro de la Universidad Menéndez Pelayo en 2004 y Premio Canarias de Literatura en 1988 (*ex aequo* con su eterno amigo Isaac de Vega). Poeta de obra reconocida y novelista, publica en 1973 la novela *Mararúa*, finalista del Premio Noguer, que se constituyó en el libro canario más leído y que, incluso, pasó al cine. En 1983 publica *Cerveza de grano rojo* y en 2008 *Los ciegos de la media luna*. Cuentista excepcional, también, es autor de *La garza y la violeta* (1996), *Fantasmas y tulipanes* (1998), *El dueño del arco iris* (2003) y *El barco de los sueños* (2004).

Antonio Bermejo (Santa Cruz de Tenerife, 1926-1987), licenciado en Ciencias Químicas, colaboró frecuentemente en el periódico *La Tarde*. Solitario y bohemio, tuvo a su favor la crítica y la admiración de las generaciones más jóvenes, a las que dio clases particulares de Matemáticas y Química. Es fundamentalmente cuentista y tiene una obra breve. En 1944 publicó *María del Mar* y en 1981 se publicó el conjunto de sus cuentos en un volumen titulado *La huida*. En 1956 ganó el Premio Benito Pérez Armas con la novela *La lluvia no dice nada*, hoy desaparecida.

José Antonio Padrón (Santa Cruz de Tenerife, 1932-1993). Tras algunos años en Colombia, vuelve a Tenerife, donde gana una Cátedra de Instituto. Publicó una sola

¹⁸ Volveremos sobre Isaac de Vega y sobre *Fetasa* cuando tratemos las señas identitarias de la narrativa canaria de la segunda mitad del siglo XX.

novela, *Tubalcain setenta veces siete* (1989). Es el ideólogo del grupo, cuyas ideas recoge en este texto (1988: 10):

Los fetasianos son individuos que por diversos azares entraron en contacto y que, a pesar de sus acusadas diferencias se confesaron haber presentido o estar bajo el dominio de una realidad que rebasaba absolutamente lo humano, que hacía sentir su presencia envolvente en la isla. Frente a esa realidad, todo lo social, el propio yo y sus avatares carecían de importancia. Y como todo misterio, el misterio de *Fetasa* no podía ser pensado, solo sentido, vivido desde una lejanía no humana. Este es el punto inicial y final de la búsqueda fetasiana, el itinerario en la indagación de lo absoluto. Durante años, esa experiencia metafísica fue el centro de apasionadas discusiones. Así, en esta búsqueda, irá surgiendo el hombre fetasiano, ese *animal insecurem*, sin metas, ese *homo viator* impulsado y perseguido por una realidad ensombrecida y deslumbrante, que descubre por breves momentos la cara oculta de lo infinito.

Antes de iniciar su ruta, los fetasianos tuvieron clara conciencia de la aguda crisis imperante en el tiempo que les tocó vivir. Ninguna de las concepciones filosóficas, religiosas o políticas era válida. Las sentían como peso inerte, ya agónico o muerto. En contra de lo que se suele pensar, los fetasianos no tomaron como punto de partida una posición irracionalista. Pero tampoco renunciaron de antemano a ninguno de los posibles instrumentos no ortodoxos de indagación metafísica; los sentimientos, lo onírico, la fantasía, la alucinación y aun el absurdo, todos los superadores de la inercia de los hechos podrían quizá desvelar profundidades a las que no alcanzara la pura razón [...]. Por eso miraban como patéticos y casi infantiles los esfuerzos del hombre actual de ser lo que no es: alguien poseedor de un sentido inmanente [...]. Aquella intuición fundamental que los unió, junto con estos supuestos inciertos, estuvo siempre en la búsqueda de los fetasianos por trascender la condición humana. Un proceso complejo y contradictorio, una nada volviendo a rehacerse como trayectoria sin móvil.

Juan José Delgado, amigo de los escritores de este grupo y especialista en el significado de lo que es ser *fetasiano*, editó en 2006 la obra de Isaac de Vega y de Rafael Arozarena en tres volúmenes.

1.2.5. Años 70: el *boom* de la narrativa canaria

En la década de los 70 se produjo la eclosión de la narrativa canaria. Fue una explosión, un movimiento sin parangón en la literatura del archipiélago y la época de

mayor esplendor en lo que se refiere a la producción, difusión, crítica, venta y lectura de prensa, poesía, teatro y, sobre todo, novela en el ámbito canario.

La mayoría de estos novelistas eran universitarios y su conciencia colectiva determinó que era el momento del despegue literario de una generación bien avenida en la que todos hablaban y escribían reseñas de la obra de los demás. La prensa hablaba de los autores y de las obras, los profesores de los institutos recomendaban las novelas que, a veces, eran lecturas obligadas en Bachillerato, los autores acudían a las aulas para dar charlas. No ha habido época más brillante.

Una de las características principales de este grupo del *boom* era la firme intención mayoritaria de salir de Canarias, seguir los pasos de Galdós, establecerse en Madrid, publicar allí su obra y conseguir un puesto en la literatura nacional. Era esta una cuestión obsesiva. Entre los que lograron emigrar a la capital del país se encuentran Juan Jesús Armas Marcelo, Fernando G. Delgado, Juan Cruz Ruiz, Sabas Martín, José Carlos Cataño, que marchó a Barcelona, y Emilio Sánchez Ortiz, que se estableció en París. A todos ellos les parecía que Canarias era la periferia, un marco demasiado pequeño y alejado del centro para dar a conocer su obra.

Los premios literarios que se habían establecido con anterioridad, el “Pérez Galdós” de Novela del Cabildo de Gran Canaria, el “Benito Pérez Armas” de Novela de la Caja General de Ahorros de Santa Cruz de Tenerife y el “Alfonso García-Ramos” de Novela del Cabildo de Tenerife reverdecieron sus laureles y sus cuantías en aras de una mayor y mejor literatura.

Otra circunstancia que favoreció este despertar de la literatura en Canarias fue el *boom* hispanoamericano de los Borges, Vargas Llosa, García Márquez, Juan Rulfo, Benedetti, Miguel Ángel Asturias, Carpentier, Cortázar y tantos otros que se estudiaban en las aulas universitarias y que, sin duda, eran piedras de toque para unos escritores que estaban encerrados en la pequeña burbuja colectiva que significaban las siete islas atlánticas, podría decirse que olvidadas.

Los autores de esta década de los 70 querían incluir en ella a los dos escritores *fetasianos* por excelencia: a Isaac de Vega y a Rafael Arozarena. Como ya se ha dicho, el grupo *fetasiano* era la respuesta a una ideología literaria única y reconocida por sí sola, pero los del *boom* querían incluir a Isaac de Vega porque su novela cumbre *Fetasa* (1957) fue reeditada en 1973; y a Rafael Arozarena porque su novela *Mararúa*, que fue

editada precisamente en 1973, tuvo una enorme difusión porque fue lectura obligatoria en Bachillerato¹⁹. Y porque a todos les venía bien, era un respaldo importante.

Como integrantes, propiamente dichos, de este *boom* de los 70 podemos citar a los escritores:

Félix Casanova de Ayala (San Sebastián de La Gomera, 1915 - Santa Cruz de Tenerife, 1990), médico. La guerra interrumpe sus estudios, los que reanuda al finalizar la contienda en la que cayó prisionero. Es autor de los poemarios *El paisaje continuo* (1952) y *La casa vieja* (1953). Regresa a Canarias y publica *Conquista del sosiego* (1959); *Otoño mío* (1962); y *Oración para un nuevo día* (1963). Recibe un duro golpe con la muerte de su hijo, el joven escritor Félix Francisco Casanova en 1976. Continúa con la publicación de sus poemarios y también con una serie de cuentos, pero el éxito le llega con su novela *El collar de caracoles* (1981).

Emilio Sánchez Ortiz (Madrid, 1933), cuentista y novelista, vivió largo tiempo en París, donde se dedicó a la radio. Entre sus novelas están *P.DEM.A35*, de 1973; *O*, de 1975; *Apocalípsola*, de 1981; *El ojo de la nieve*, de 1993; y *Diario de la Peste*, de 2005, que obtuvo el Premio “Benito Pérez Armas”.

Alberto Omar Walls (Santa Cruz de Tenerife, 1943) se ha dedicado al teatro, el cuento y la novela. En 1972 publica *La canción del morrocoyo*, finalista el año anterior del Premio “Benito Pérez Armas” y ganadora al año siguiente del Premio “Benito Pérez Galdós”, que goza de una amplia repercusión. Otras novelas son *El tiempo lento de Cecilia e Hipólito* (1986); *El unicornio dorado* (1989); *Soledad Amores* (2003); *Arréglame el alma* (2005); e *Inmenso olvido* (2010).

Luis Alemany Colomé (Barcelona, 1944) fue profesor durante casi veinte años en Rouen (Francia), La Laguna y Sevilla. Ha publicado muchas colecciones de cuentos. Dramaturgo, director de teatro y novelista. Su novela *Los puercos de Circe* (1973) es una de las mejores muestras de la narrativa canaria de los 70. Suya es también la novela corta *Los inquietos*. Es miembro del Instituto de Estudios Canarios y es Premio Canarias de Literatura de 2012.

Víctor Ramírez (Las Palmas de Gran Canaria, 1944), maestro nacional, es uno de los mejores autores de la narrativa en Canarias. Cuento y novela se han alternado

¹⁹ Sin embargo, Isaac de Vega y Rafael Arozarena eran mayores en edad (habían nacido en los años veinte) que los autores del *boom*, que habían nacido ya metidos en los cuarenta. Lo mismo sucede con Félix Casanova de Ayala (1915-1990).

desde el principio de su producción literaria. Entre sus obras están *Lo más hermoso de mi vida* (1982); *Nos dejaron el muerto* (1984), que ha sido llevada al cine en 2007; *De aquella zafra* (1992); *Sietesitios queda lejos* (1998); *El arrorró del cabrero* (1999); *En la burbuja* (2000); y *Largo oscuro origen* (2008). Es miembro de la Academia Canaria de la Lengua.

Juan Pedro Castañeda (Valverde, El Hierro, 1945 - Santa Cruz de Tenerife, 2016), químico, fundador con Juan Manuel García Ramos de la revista *Liminar*. Suyas son las novelas *La despedida* (1977); *Muerte de animales* (1982); *En el reducto* (1986), que obtuvo el Premio “Benito Pérez Armas”; *El mar de la calma* (1996); *Territorio del padre* (2006); y *Público y privado* (2009) que está dividida en dos partes: *El amigo de Galdós* e *Y sin embargo...*

Juan Jesús Armas Marcelo (Las Palmas de Gran Canaria, 1946), periodista y filólogo, su novela *El camaleón sobre la alfombra* (1975) gana el Premio “Benito Pérez Galdós”. Tiene una labor narrativa muy sólida: *Calima* (1978); *Las naves quemadas* (1982); *El árbol del bien y del mal* (1985); *Los dioses de sí mismos* (1989), ganadora del Premio “Internacional de Novela Plaza y Janés”; *Madrid, distrito federal* (1994); *Cuando éramos los mejores* (1997); *Así en La Habana como en el cielo* (1998); *El niño de luto y el cocinero del Papa* (2002); *La orden del tigre* (2003); *Casi todas las mujeres* (2004), Premio de Novela “Ciudad de Torre vieja”; y *Al sur de la resurrección* (2006). El Gobierno de Canarias le concede su Medalla de Oro en 2009.

Fernando G. Delgado (Santa Cruz de Tenerife, 1947), periodista y filólogo como el anterior. En 1973 gana el Premio “Benito Pérez Armas” con su novela *Tachero*. En 1980 publica *Exterminio en Lastenia*, que obtiene el Premio “Benito Pérez Galdós”. Su obra narrativa continúa con *Ciertas personas* (1989); *Háblame de ti y Génesis* (1993); *La mirada del otro* (1995) que merece el Premio Planeta; *No estabas en el cielo* (1996); *Escrito por Luzbel* (1998), que es Premio Europa y, por último, *Islas sin mar*, en 2003.

Juan Cruz Ruiz (Puerto de la Cruz, Tenerife, 1948), periodista. En 1971 gana, con la novela *Crónica de la nada hecha pedazos*, el Premio de Novela “Benito Pérez Armas”, que abre brillantemente su carrera narrativa. En 1975 aparece *Naranja* y, al poco, marcha a Madrid donde participa en la fundación del periódico *El País*. Su producción novelística es muy extensa: *Retrato de humo* (1982); *El sueño de Oslo* (1988); *En la azotea* (1989); *Edad de la memoria* (1992); *El territorio de la memoria*

(1995); *Asuán* (1996); *La foto de los suecos* (1998); *Una historia pendiente* (1999); *La playa del horizonte* (2004); *Retrato de un hombre desnudo* (2005); *Ojalá octubre* (2007); y *Muchas veces me pediste que te lo contara* (2008). Es también articulista y ensayista, Miembro de Honor de la Academia Canaria de la Lengua y Premio Canarias de Literatura de 2000.

Juan Manuel García Ramos (La Laguna, Tenerife, 1949), Catedrático de Literatura de la Universidad de La Laguna. Figura de enorme importancia y repercusión en la literatura. Ensayista, crítico y novelista, ha impartido un sinnúmero de conferencias, charlas y seminarios. Fundador con Juan Pedro Castañeda de la revista *Liminar*. Sus novelas son: *Bumerán* (1973), que recibió el Premio de Edición “Benito Pérez Armas”, *Malaquita* (1978), Premio de Novela “Benito Pérez Armas”; *El inglés* (1991), Premio de Literatura al mejor libro canario y *El guanche en Venecia* (2011). Cuando ocupó el puesto de Consejero de Cultura, Educación y Deporte del Gobierno de Canarias, fundó y dirigió la “Biblioteca Básica Canaria”. Es Académico de número de la Academia Canaria de la Lengua y Premio Canarias de Literatura 2006, amén de poseedor de multitud de reconocimientos, méritos y premios.

Luis León Barreto (Los Llanos de Aridane, La Palma, 1949), periodista, empezó su carrera literaria como poeta, pero pronto sintió la llamada de la narrativa, donde ha conseguido un puesto de relevancia. En 1975 gana el Premio “Benito Pérez Galdós” de Novela con *Ulrike tiene una cita a las 8*; en 1978 publica *Memorial A.D.* Su novela *Las espiritistas de Telde* obtuvo el Premio “Blasco Ibáñez” de Novela en 1981 y ha sido traducida a diversos idiomas. Luego publicó *La guerra infinita* (1984); *El mar de la fortuna* (1986); *Los días del paraíso* (1988); *No me mates, vida mía* (1992); *La casa de los picos* (2000); *Mamá, yo quiero un piercing* (2003); *El velero Libertad* (2003); *Los enanos danzones* (2005); y *El crimen del contenedor* (2005).

José Carlos Cataño (La Laguna, Tenerife, 1954), filólogo, reside en Barcelona. Su novela *El exterminio de la luz* (escrita en colaboración con Carlos E. Pinto) gana el Premio “Benito Pérez Armas” de 1975. Otros trabajos son *De tu boca a los cielos* (1985) y *Madame* (1989).

Félix Francisco Casanova (Santa Cruz de La Palma, 1956 - Santa Cruz de Tenerife, 1976), hijo de Félix Casanova de Ayala, estaba estudiando Filosofía y Letras en la Universidad de La Laguna cuando un accidente acabó con su vida. Poeta de

extrema calidad y novelista, gana, en 1973, el Premio “Benito Pérez Armas” con su novela *El don de Vorace*. Con su poemario *Una maleta llena de hojas* (1977) gana el Premio “Matías Real”.

El escritor y crítico Daniel Hernández María (2008: 207) decía, con cierto pesimismo, de este fenómeno del *boom*:

Decíamos al principio [del artículo] que se mantienen en la actualidad debates sobre el fenómeno de los setenta que, en gran medida, se aprecian ya superados. La cuestión está en la espontaneidad del fenómeno. Quizá el empeño de llevar las riendas de un acontecimiento sin precedentes, del que no se tenía referencias para aplicar moldes, originó que las acciones dispersas, en algunos casos comunes, no fueran suficientes o fueran demasiadas para conseguir un resultado eficaz.

Se alinearon los planetas para que un viento favorable impulsara definitivamente la narrativa canaria y, en gran medida, a la literatura canaria en general. Un *boom* hispanoamericano con tantos vasos comunicantes (vasos de comunicación, que no tanto de influencia directa) servía de apoyo, un buque al que amarrar la barca para evitar el hundimiento. El fenómeno de una nueva narrativa española y el auge de las traducciones de la última novela europea, que traía nuevas corrientes en las que penetrar para hallar un hueco en la estrechez de las estanterías, ayudaban también a conseguir el objetivo.

Puede que el objetivo no estuviera claro o que el momento para plantearlo obligara un retraso o incluso que no hubiese tiempo físico para un planteamiento cuando el devenir les estaba pillando tarde. Sobre lo que ocurrió en estos años se leen y, sobre todo, se escuchan muchas y diversas interpretaciones. Desde que no existe generación alguna hasta que el fenómeno es un invento de aquellos que con mayor proyección en la Península se beneficiaban más directamente de que existiera una generación y autoproclamarse cabecillas del grupo. Hay mucho que sanar, aunque no sean heridas propiamente, sino rasguños.

1.2.6. Las décadas de los 80 y 90: la *Generación del silencio*

El *boom* de los 70 duró esa década y desapareció como tal, aunque los narradores encuadrados en él siguieron desarrollando sus creaciones. La tensión y la atención de la década fueron difíciles de mantener por diversas razones por la generación siguiente. La primera, porque aquel peso específico de los narradores, hablando los unos de los otros y publicando reseñas y críticas laudatorias en los periódicos, era muy superior al de los narradores posteriores. La segunda, porque el país

entraba a finales de los setenta en una dinámica política de libertades muy diferente a la que había existido -o no existido- en la década anterior. La tercera, porque estos novelistas habían sido alumnos de aquellos y las distancias se habían convertido, seguramente sin razones de peso, en insalvables. Y, la última, porque aún se seguía hablando del *boom* como si fuera un estigma para los escritores de los 80-90.

Los jóvenes de entonces que no habían llegado o los que no habían terminado de cuajar en aquellos años por razones de trabajo o por falta de oportunidades, quedaron huérfanos y dispersos. Juan José Delgado (1996: 57-58) analiza así el momento:

En definitiva, el 70 fue un suceso, que en menos de una década inició y cerró un ciclo: nace en los primeros años del decenio, se desarrolló en un corto arco temporal y se disuelve antes de que llegue a su fin una década, la del 70, que bien podría perfilarse como un pico sobresaliente, alto y flaco, en el gráfico de la novela canaria del siglo XX.

No hay perfil de meseta en ese marco cuando juntamos al grupo de los setenta con el grupo de los ochenta. A finales de los setenta se ha puesto fin a esa cohesión narrativa, intencional o involuntariamente conseguida. Ante ese vacío, los narradores del 80 no pueden articularse ni guarecerse bajo la gracia de aquel clima. Los nuevos narradores han de crear su propio ámbito de actuación y se disponen a hacerlo con procedimientos similares a los de la década precedente. Pero aquella es una maquinaria deshecha y sus trozos se hallan dispersos.

Aquellos que “crearon su propio ámbito de actuación y que se disponen a hacerlo con procedimientos similares a los de la década precedente” formaron una generación con entidad que supo resurgir de tanto desconcierto. La temática de la novela no había cambiado sustancialmente de la de la generación anterior y seguía tratando aspectos generales e insulares sin distinción. Y, si había cambiado, fue para añadir tintes de la literatura latinoamericana y algo de realismo mágico. Lo cierto es que la prensa fue silenciando los comentarios, solo anunciaba las apariciones y presentaciones de libros y alguna reseña o la publicación que el presentador enviaba al periódico por si tenían a bien publicar lo que se había dicho en el acto. El propio Juan José Delgado se esforzaba en tirar de un carro lleno de voces nuevas y dirigir unas páginas culturales en *La Gaceta*, que fueron recortándose con el tiempo. Lo mismo ocurrió con *Tagoror*, del periódico *El Día*.

Juan José Delgado (2004: 136 y 137) insiste en las claves y en las tendencias literarias que apuntaban los novelistas:

¿Cuál podría ser la causa de la diversidad de tendencias que caracterizan a la narrativa de los ochenta? Probablemente se encuentre en que el mundo de la realidad ya no trasluce aquella solidez, aquel compacto objetivismo, aquel frente común, cohesionado social y culturalmente, que se dio en las décadas anteriores. Quisiéramos precisar aún más: es posible que la realidad exterior no haya cambiado en demasía, pero sí se ha producido un fuerte cambio en la conciencia que percibe la realidad. Porque el narrador de hoy la ve fragmentada; su mente no vislumbra las junturas de las distintas parcelas que dan sentido a la vida. Es un *yo* roto pero consciente de una entera libertad en la escritura, lo cual le permite partir por mil las posibilidades novelísticas.

Se produce, por tanto, en primer lugar y fundamentalmente, una territorialización del *yo* en la narrativa del 80: el *yo* crea su espacio y lo crea para establecer en ese lugar su propio nacimiento [...]. Este predominio del *yo* ha beneficiado la escritura de la narración corta.

En cualquier caso, los autores de estas décadas se miraban más en los autores *fetasianos* que en los de la generación precedente. Para ellos, *Fetasa* de Isaac de Vega seguía siendo una piedra de toque y lo mismo ocurría con *Mararía* (no tanto) y con *Cerveza de grano rojo*, de Rafael Arozarena.

Los componentes de esta generación, unos más conocidos que otros, son:

José Rivero Vivas (Santa Cruz de Tenerife, 1934) es autor prolífico de novela, ensayo, teatro y cuento, aunque la mayor parte de su obra está inédita. Entre sus novelas, *Ni una palabra* (1972), finalista del Premio Benito Pérez Armas; *La espera* (1978), también finalista del mismo Premio, y *La magua* (1995), que es su novela más conocida.

Ángel Sánchez Rivero (Gáldar, Gran Canaria, 1943) cursó sus primeros estudios en Las Palmas de Gran Canaria. Estudió Filosofía y Letras en la Universidad de La Laguna y Letras Modernas en la Universidad de Salamanca, en la de Grenoble y en la de Göttingen. Ha desarrollado su actividad creativa en el ensayo, la novela y la poesía virtual. Ha escrito las novelas *Cuchillo criollo* (1995) y *Calibán* (2013). Entre sus ensayos figura *La balcanización de la cultura, ensayo sobre la cultura canaria* (1983). Es Premio Canarias de Literatura 2018.

Elsa López (Santa Isabel de Fernando Poo, Guinea Ecuatorial, 1943), Catedrática de Filosofía, imparte clases en un instituto de la isla de La Palma. Propietaria-editora de Ediciones La Palma. Ensayista y poeta. Sus poemarios más conocidos son: *Inevitable Océano* (1982); *Penumbra* (1985); *Del amor imperfecto*,

Premio Internacional de Poesía “Ciudad de Melilla”; *Magarzas* (1997); *Mar de amores*, Premio Nacional de Poesía “José Hierro” (2002); y *Travesía*, Premio de Poesía Ciudad de Córdoba “Ricardo Molina” (2005). Novelista tardía, hasta el año 2001 no publica su primera novela *El corazón de los pájaros*. En 2006 publica *Las brujas de la isla del viento*.

Sinesio Domínguez Suria (Santa Cruz de Tenerife, 1944), arquitecto técnico y filólogo. *La tregua* gana, *ex aequo*, el Premio Nacional “Salamanca” en 1966. *Crónica de una angustia* gana el Premio de novela “Ciudad de La Laguna” en 1981. *Los juegos del tiempo*, finalista del Premio “Benito Pérez Armas” de 1992, fue editada en dos ocasiones (1994 y 2006). A ellas les siguen *Los sueños imposibles*, (1999 y 2006), *Los caminos de Creta*, (2006), *La arboleda de adelfas* (2007), *Elena vuelve a estar de luto* (2012) y *El síndrome de Tarzán* (2015). Es miembro del Instituto de Estudios Canarios y fue subdirector (1994-2009) de la revista de literatura y pensamiento *La Página*, en la que ha publicado numerosos artículos.

Cecilia Domínguez Luis (La Orotava, Tenerife, 1948), filóloga, ha mantenido una constante preocupación por la juventud aficionada a la literatura dando charlas y conferencias allá donde la han llamado. Poeta de excelente voz, acudía a la tertulia de los *fetasianos* en la cafetería *Arkaba* de la santacruzera Avenida de Anaga por los años 80. Colabora con Juan José Delgado en la revista *Fetasa*. Presenta magníficos poemarios, como *Porque somos de barro*, *Presagios de sueños en las gargantas de las palomas* con el que logró el Premio “Pedro García Cabrera” de 1982, *Víspera de la ausencia*, *Así en la tierra* y otros. Novelista tardía, ha publicado *Mientras maduran las naranjas* (2009); *La luna en el agua* (2010); *Los niños de la lata de tomate* (2012); *Si hubieras estado aquí* (2013), *El sepulcro vacío* (2015) y *La muchacha del ajenjo* (2016). Es miembro de la Academia Canaria de la Lengua y del Instituto de Estudios Canarios. Es Premio Canarias de Literatura 2015.

Juan José Delgado Hernández (Arona, Tenerife, 1949 - La Laguna, Tenerife, 2017), Profesor Titular de la Universidad de La Laguna, escritor, articulista, ensayista, crítico y experto conocedor de la literatura en Canarias. Especialista en el *Grupo fetasiano*, a cuya tertulia asistía también. Fundador de las revistas *La teja de Bogotá* y *Fetasa*. Director del suplemento cultural del periódico *La Gaceta* (hoy desaparecido), la revista *Cuadernos del Ateneo* y de la revista *ACL* (Academia Canaria de la Lengua).

Poeta, cuentista y novelista. Sus poemarios más importantes son: *Tres gritos favorables bajo las nubes* (1985); *Comensales del cuervo* (1989), *Un espacio bajo el día* (1996) y *Los cielos que escalamos* (2017). Sus libros de cuentos son: *Estantigua* (1988), Premio de Cuentos “Ciudad de Santa Cruz”; y la antología *El cuento literario del siglo XX en Canarias* (1999). Entre sus novelas: *Canto de verdugos y ajusticiados*, que gana en 1988 el Premio de Novela “Ciudad de La Laguna”; *Viaje a las tierras perdidas* (2002), novela juvenil; *La fiesta de los infiernos* (2002), *La trama del arquitecto* (2011). Es miembro de número del Instituto de Estudios Canarios y miembro de la Academia Canaria de la Lengua. Su muerte, a los 68 años, ha consternado a toda la familia literaria de Canarias.

Andrés Servando Llopis (Santa Cruz de Tenerife, 1949), arquitecto técnico, ha compaginado su profesión con su vocación literaria. Cuentista y novelista. En 1982 gana el 2º Premio del concurso de Cuentos “Santa Cruz para vivir” con un libro de cuentos titulado *Gestos de una calle*. Ese mismo año obtiene el premio de novela corta “Ciudad de La Laguna” con *Informes vanos*. En el año 2000, recibe el Premio de Cuentos “Ciudad de La Laguna” con el titulado *Juana la madre*, perteneciente a un libro inédito de relatos titulado *Nosotras*. El Colegio de Aparejadores lo incluye en el año 2007, junto con otros profesionales de la arquitectura, en una antología titulada *Argamasa literaria* con el relato *El pleito*. En 2009, Ediciones Idea recoge en un libro titulado *Especulaciones fugitivas* un conjunto de novelas cortas. En 2014, La Página Ediciones le publica la novela *La maleta y el obelisco*. En 2017 publica *Elisia, la de Arguamul* y *El brujo de El Moquinal*, ambas en Ediciones Idea.

Emilio González Déniz (Gran Canaria, 1951), maestro. Sus novelas son: *Bolero para una mujer* (1985); *El obelisco* (1986); *El llano amarillo* (1986); *Bastardos de Bardinia* (1990); *Sáhara* (1995); *La nube transparente* (1997); *Hotel Madrid* (2001); *Crónica del salitre* y *El rey perdido* (2006).

Agustín Díaz Pacheco (La Laguna, Tenerife, 1952), Graduado en Relaciones Laborales. Autor de cuentos y novelas. Entre estas se encuentran: *Los nenúfares de piedra* (1981), ganadora del Premio “Ángel Acosta”; *El camarote de la memoria* (1987) Premio de Novela “Ángel Guerra”; y *La mirada de plata* (1991).

Antolín Dávila (Vega de San Mateo, Gran Canaria, 1952) escribe indistintamente cuento y novela. En 1988, publicada por el Centro de Cultura Popular

Canaria, *Una orla para todos*; *La calle de la Concordia*, editada por la Viceconsejería de Cultura del Gobierno de Canarias (1989); *El cernícalo*, editada por la Caja General de Ahorros de Santa Cruz de Tenerife (1990); y *El roble del olvido* (1991). El periódico *La Provincia* le publica por entregas tres novelas: *El eucalipto azul* (1992-1993), *La sombra de los grillos* (1993-1994) y *El amigo de humo* (1993-1994). En 1996, publica en la Editorial Fundamentos la novela *Alguien cabalga sobre su seno* y en 2007 *Una rosa en la penumbra*, en Anroart Ediciones.

Sabas Martín (Santa Cruz de Tenerife, 1954), poeta y novelista. Su primer poemario, *Títere sin cabeza*, mereció el Premio “Julio Tovar” en 1978. Otros poemarios son *Indiana Sones*, *Peligro intacto*, Premio “Tomás Morales” de Poesía, *Mar de fondo* y *La luz del silencio*. Es letrista de canciones, guionista de televisión y dramaturgo. Novelas suyas son: *Nacaria* (1990), Premio “Alfonso García-Ramos”; *Los trabajos de Esther* (1999); *La heredad* (2001); *La noche enterrada* (2002); *Pleamar* (2012); *El farallón* (2013); *La isla interior* (2015); y *Absurdos mueren los ángeles* (2015). Es Miembro de Honor de la Academia Canaria de la Lengua.

Domingo-Luis Hernández Álvarez (Tánger, 1954), Profesor Titular de la Universidad de La Laguna. Crítico, articulista, ensayista, poeta y escritor, es un animador habitual en prensa y radio y goza de un merecido prestigio literario. Propietario-director de la revista *La Página*, que tiene más de veinticinco años de vida y es la más longeva del archipiélago en toda su historia, con más de cien números publicados. Entre sus poemarios están *hEcatombe* (1982), *Ilión, Ilión o Troya irresurgente* (1986), *Taller de transfugas* (1989), *Arbustos en el pantano* (1991) y *La llama ardiente* (1998). Entre sus novelas se destacan *El ojo vacío* y *Erich el Zurdo*.

Roberto Cabrera (Santa Cruz de Tenerife, 1954), profesor de Filosofía. Estudioso de la narrativa canaria e investigador. Sus trabajos son: *Ídolos de bruma* (1979); *Suicidio en Desolación Road* (1980); *Viaje a Hero* (1988); *La nube especular* (1989); *La yerba negra* (1995); y *Los lunares del césped* (1999).

Dolores Campos Herrero (Arona, Tenerife, 1954 - Gran Canaria, 2007), poeta, cuentista, periodista y narradora. Trabajó en televisión algunos años y trabajó, también, la literatura infantil. Escribió *Basora* (1989); *Veranos mortales* (2005); *Eva, el Paraíso y otros territorios* (2006); y *Ficciones mínimas* (2007).

Antonio Lozano (Tánger, 1956), narrador. Lleva muchos años afincado en Canarias. Estudió Traducción e Interpretación y ha destacado como una importante figura en la promoción cultural de las islas. Novelas suyas son *Mamáfrica* (2002), *El caso Sankara* (2006), *Preludio para una muerte* (2006), *Donde mueren los ríos* (2007), *Las cenizas de Bagdad* (2009), *La sombra del minotauro* (2011).

CAPÍTULO 2. TEMAS DE LA NOVELA CANARIA DEL SIGLO XX

2.1. LAS SEÑAS DE IDENTIDAD DE LA NOVELA CANARIA DEL SIGLO XX

La novela canaria ha estado inmersa desde los inicios de la segunda mitad del siglo XX en diferentes disyuntivas derivadas de la condición insular. Esta condición ha pendido como espada de Damocles sobre textos y autores sin que ninguna de las diversas épocas -o décadas- haya podido quitársela de encima. Hasta ahora, se ha vivido con ella y se la ha rehuido. Ciertamente es lo que quiera que sostiene dicha espada a veces es más fuerte que otras y parece como si no la dejara caer sobre la cabeza de los escritores o sobre las páginas de los textos, y la mantenga viva a través de los tiempos; otras veces, es tan fino el soporte que hace presumir un desastre inminente. Esta situación no dejará de ser un vaivén peligroso hasta que varíen las condiciones de y para Canarias, o de un sentimiento insular más abierto propiciado por los propios autores. Estas condiciones afectan a todos los canarios, ya sean particulares, profesionales, empresarios o comerciantes, músicos, escultores, pintores o escritores. Las futuras generaciones tendrán mucho que decir. En lo que a nosotros nos atañe, hablemos de los escritores.

Ya anunciamos en el apartado 1.2.4 que volveríamos sobre Isaac de Vega y sobre su novela *Fetasa* (1957) porque es él y en esa novela donde, en nuestra opinión, plantea, instaure y pone de manifiesto los sentimientos que producen esos condicionantes y que son características de la narrativa canaria de la segunda mitad del siglo XX.

Jorge Rodríguez Padrón (2006: 44) señala:

Cuando se habla de *Fetasa* casi siempre se piensa en la isla, en la condición insular canaria de los implicados o en aquello que se dijo broma pero fue muy serio. Seriedad que empieza a aflorar precisamente cuando encaramos, no esa localización geográfica y humana, sino cuando vemos la

soledad del creador como centro medular de aquella propuesta y cuando descubrimos en ella el fundamento de la perspectiva que la literatura de Canarias introduce en el conjunto de la escrita en lengua española: una reflexión que me parece imprescindible.

No es que autores de antes de los años 50 del siglo pasado no hubieran mencionado lo insular, que por supuesto sí los hay. Tanto Agustín Espinosa en *Lancelot 28º-7º* como Alfonso García-Ramos en *Guad*, por citar dos ejemplos, hablan de la isla como entidad y de sus circunstancias. Pero lo hacen desde una perspectiva geográfica, con tintes surrealistas el primero y con tintes sociales el segundo. No lo hacen, desde luego, con el sentido de espacio literario mítico con que se dice en *Fetasa*. Y que no es lo insular la única afectación principal de esta narrativa, sino que viene acompañada de otros condicionantes u otras disyuntivas. Son la mayoría de los escritores de después de los años 50 los que recalcan esas características de la narrativa en Canarias, que han resultado ser siempre un lastre, sobre todo para esas generaciones de escritores nacidos, como hemos indicado, entre las décadas de los 30 y de los 60 y que empezaron a publicar sus textos dos o tres décadas más tarde, respectivamente. Podrían resumirse o sintetizarse en los enunciados siguientes:

- 2.1.1. La isla y la condición archipelágica. La isla como espacio insular.
- 2.1.2. La soledad, la angustia.
- 2.1.3. El mar como barrera y el mar como istmo que nos une a la Península.
- 2.1.4. El hecho geográfico

Y derivadas de estas características, que decimos que inauguran Isaac de Vega y los *fetasianos*, añadimos estas otras más generales:

- 2.1.5. Difusión producción y distribución.
- 2.1.6. El complejo de lejanía, el complejo de prisión y la rebeldía del prisionero.
- 2.1.7. El rechazo a lo que proceda del exterior, la conciencia de ser diferente.
- 2.1.8. La bipolaridad en la escritura: escribir dentro o escribir fuera de Canarias.

Para ilustrar y estudiar estos enunciados, como apoyatura y ayuda de lo que exponemos y queremos explicar, incorporamos textos de narradores canarios. La

presencia, y la presencia que a veces descubre una ausencia, la evocación o el rechazo y la llamada y referencia de estos rasgos en sus novelas es constante y recurrente para la mayoría de los autores de estos textos de cualquiera de estas décadas -en unas más que en otras-. Desde los títulos de las mismas puede apreciarse ya una carga, una constante que, si bien no los empequeñece, los ensombrece. El conjunto de estas caracterizaciones constituye la seña de identidad de la narrativa canaria del siglo XX por antonomasia: la *insularidad*.

2.1.1. La isla y la condición archipelágica. La isla como espacio insular.

La última de las islas canarias se incorporó a la Corona de Castilla en 1496 y lo hizo por la puerta pequeña, esto es, los nativos no sabían nada de los castellanos ni de lo que suponía pasar a depender de España. Aún se tardará casi un siglo en empezar a notar los efectos de tal dependencia. Los habitantes de las islas pasaron a ser esclavos y tratados como tales y fueron moneda o material de cambio hasta bien entrado el siglo XVI²⁰, de manera que nuestra identidad histórica tiene solo cinco siglos de vida. Data, sin ninguna duda, de esos tiempos de la conquista. Los incontables acontecimientos históricos que Canarias tuvo que soportar, la desaparición de su mundo y de su cultura, la esclavitud de sus gentes, la pérdida de sus bienes, los abusos de los conquistadores, los ataques de los piratas, las epidemias, los lazaretos, la peste de Las Palmas y otras adversidades de este corte, las invasiones de Drake, y de Nelson, las razias de Van der Roer y otros holandeses en las islas, sobre todo en la de La Palma, la situación de “colonias” hasta finales del siglo XIX y principios del XX, las levadas para atender las guerras de la independencia de las posesiones americanas, las emigraciones a Venezuela y a Cuba, la Primera Guerra Mundial, la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial no dejaron jamás asomar la cabeza por fuera del agua y llenaron todo de soledad y de tristeza en un territorio tan pequeño y disperso. Lo historicista, la incorporación de las islas al mundo moderno en un momento determinado de la historia, como si tomaran el

²⁰ Juan Manuel García Ramos narra que los reyes españoles regalan un *mencey guanche* al Dux de Venecia en su novela *El guanche en Venecia* (2011).

vagón de cola, desarrolló el gusto por los hechos históricos y esa circunstancia está siempre presente en nuestros narradores. Juan José Delgado relata:

[44]²¹

La isla entró en la historia la jornada antes a la del conquistador poner los pies en la orilla. Nada dicen las crónicas de la silueta aumentada en el catalejo del navegante, con la costa en los ojos y a unas diez millas de distancia. Soplabla competente el viento, y el capitán, equilibrado en el puente de mando, no bien la supo a su alcance, reencendióse la vocación conquistadora y de futuro señor de la próxima tierra y de otros piélagos que hubieren y se le cruzasen por los contornos. Mitigaba así la pena de haber ido a parar al paraje más longicuo de todos los reinos, en el mismo culo - opinaban muchos- de los de su graciosa majestad.

Los conquistadores, desde que pisaron orilla de arena, se ordenaron en cautelosa formación; apretaron nalga contra nalga como glúuticos janos para evitar caer en la consuetudinaria emboscada que urden los pueblos incivilizados. Se mantuvieron en tal prevención hasta que las patrullas regresaron de figonear los alrededores. Se ordenó doble centinela, y ya tranquilizados, estimaron picar lanzas y plantar pendones. Tomaron posesión con modestísima parafernalia, y un misionero bautizó santamente el lugar, viniéndolo a llamar de la Santa Cruz, e imploró a su Dios conceder a sus soldados una buena ventura y matanza de indígenas (pp. 17-18).

Sin embargo, no es la insularidad desde el punto de vista histórico, económico, demográfico, naturalista, etc., ni desde punto de vista tangible alguno lo que queremos traer aquí (que también). No son estas características geográficas de la insularidad lo que queremos desmenuzar en este trabajo, sino tratarla desde una perspectiva anímica, desde “algo” que atenaza al canario -y, por tanto, al narrador canario- y lo condiciona: el espacio insular del que estuvieron impregnados los narradores de la última mitad del siglo XX. Unos más que otros, sin duda, pero todos coincidían en buscar ese espacio común donde resguardar sus ideas y sus inquietudes. Esa es una forma de defensa solidaria y comunitaria que parte de y que conduce a la defensa individual.

Jorge Rodríguez Padrón (1982: 25-26) es otro de los especialistas y críticos de nuestra narrativa que ha contribuido a delimitar la situación:

Todos parten [los autores], hemos dicho, de una realidad común: la isla. Prefiero el término “Universo-isla”, utilizado por uno de estos narradores, porque eso es exactamente lo que los condiciona a todos: no la isla como ente geográfico o como paradigma de determinadas costumbres, sino como actitud, incluso moral, en muchos casos hasta lingüística, y desde luego

²¹ Los números de los textos citados corresponden al orden consignado en el “Apéndice”.

social e histórica, pero con la suficiente dimensión como para que la concreta ubicación de las historias no se convierta en transformación empequeñecedora. Todo lo contrario: esa relación se intensifica, pues al reducirse notoriamente el ámbito de la pugna, esta se hace más acuciante y significativa.

Domingo-Luis Hernández (2008: 3), profesor, investigador, escritor y crítico con muchos años de experiencia, hace referencia a los conceptos básicos de una insularidad entre la ciencia física -tiempo y espacio- y una insularidad antropológica -hombre y geografía-, y apunta:

Una certidumbre marca a los canarios: la insularidad. Somos insulares. Luego cabe un discurso particular y relativo a lo que ha moldeado a los naturales de las Islas de la Fortuna, con una condición: en lo esencial no andamos solos por esta senda. Lo sabemos al transitar por instancias similares, desde la voz perdida en desplazamientos y conquistas, los Robinson Crusoe, las Barataria... hasta la articulación del pensamiento ínsito de islas. Lo cual quiere decir que reconocer la insularidad en Canarias dice poco si no reparamos en el hecho de que nos condiciona una instancia mayor y que afecta a todos los insulares de la Tierra: la cualidad, que precisa el modo de ser y de estar en la isla, cosa que arrastramos a cualquier parte del mundo en el que nos encontremos. Lugar, tiempo y espacio, hombres y geografía, fundan el dilema.

La insularidad tiene que ver con el aislamiento, con la distancia al centro y con las comunicaciones y, sin duda, el concepto ha ido variando a medida que el progreso ha ido ganando espacio y tiempo a esa distancia que ya no es insalvable. En los tiempos del siglo XIX, cuando se hablaba del regionalismo, cuando no se conocía el avión²² y los viajes en barco a Cádiz, Valencia o Barcelona tardaban diez o doce días, las comunicaciones entre Canarias y la Península negaban el contacto, y el canario se resignaba y se parapetaba, se llenaba de excusas y razones ante la imposibilidad de trasladarse. El canario del XIX sabía que estaba condenado a permanecer en la isla y esa insularidad no iba más allá de la dificultad “física” y de la resignación: éramos insulares. A medida que los viajes fueron haciéndose con más rapidez, cuando el penoso puente entre el archipiélago y la metrópoli parecía que podía ser cruzado, el canario fue ansiando el contacto. Así nacieron, a la espera de una esperanza, las disyuntivas y los conflictos de la insularidad porque ya el impedimento había cambiado de signo: la dificultad no era toda física sino *ánimica*. Sin embargo, seguían existiendo trabas al

²² El aeropuerto de Las Palmas - Gando se inauguró en 1933 (sin terminal) con la única línea que existía entonces: Madrid - Canarias. El aeropuerto de Los Rodeos (Tenerife Norte) se inauguró en 1941.

viaje, trabas económicas que parecían insalvables: el costo del viaje, las aduanas, el estraperlo y los fielatos. Era una insularidad también económica. Si antes un viaje en avión desde Canarias a la Península en aparatos de hélice, como eran los DC-3, tenía que hacer escalas en Sidi Ifni, Casablanca y Sevilla antes de aterrizar en Madrid en lo que era un viaje a saltos, los Super Constellations y, luego, los DC-9 a reacción facilitaron el viaje directo. No obstante, la isla seguía pesando en el ánimo de los escritores y en el resultado de sus escritos. No estaba todo ganado o, mejor dicho, no estaba todo vencido. Las novelas o las colecciones de cuentos -y los poemarios- se enviaban a las imprentas peninsulares en paquetes postales que tenían que llevar onerosas declaraciones aduaneras, los impresores las montaban en sus cajas, remitían las galeradas a los autores para las correcciones y estos, de vuelta, las reenviaban a las imprentas. En total, dos meses mal contados para tener un libro. Demasiado tiempo.

Los novelistas del *boom* de los 70 fueron profundamente conscientes de estas dificultades, aunque veían y sentían que las barreras al viaje y al salto a la Península podían ser vencibles, estaban al alcance de la mano. Muchos, casi todos, quisieron dar ese salto, pero, a pesar de los adelantos técnicos, las progresiones exponenciales de la técnica en los temas aeronáuticos, entonces en desarrollo, y en las comunicaciones que todavía no eran ni en sueños tan “globales” como en la actualidad, la situación no había variado demasiado de lo que había significado la insularidad para los escritores nacidos entre los años 30 a 60. Se seguía hablando de ella con la misma urgencia, efectos, pesadumbre e importancia que tiempo atrás. Si la insularidad era un fenómeno casi tangible, fue verdaderamente insufrible y agobiante para la generación de los 70.

Volvamos a Isaac de Vega, con sus metafóricas imágenes llenas de significados, porque es quien canta con una desesperada e inaugural resignación a ese aislamiento insoportable, a la esterilidad devenida en dos pasajes de *Fetasa*, que son muy próximos en el texto y resultan muy similares. Es la visión de un espacio insular mítico:

[1]

–Me llamo Juan -le dijo-. Toda la isla es mía y en ella permaneceremos por muchos años, casi por una eternidad. Mientras dure el sol alumbrando los espacios y siga batiendo el mar estas rocas estaremos aquí. La isla forma parte de mí. Me agrada sentir el paso fatal de las estaciones por sus llanos y barrancos, el sonido del mar, el cruzar de las nubes arrastrando sus sombras sobre la tierra, el susurro del viento al deslizarse por las colinas... (p. 83).

[2]

Tomaron el sendero que lleva a lo alto de la colina. Desde allí se domina toda la isla. Apenas si tiene cien kilómetros cuadrados. La mañana diáfana permitía determinar claramente todo su contorno y observar la espuma del oleaje al chocar contra la costa. Estaban situados en el centro. No se destacaban irregularidades notables. Algunos barrancos surcaban el paisaje casi llano, cubierto de matorrales y de algunos árboles aislados. Juan miraba en silencio, dejando posar la vista en cada palmo de terreno.

–Es estéril -dijo-, pero no siempre fue así. En tiempos anteriores existió una gran riqueza. Cedros superiores en calidad a los nombrados del Líbano la cubrían completamente y dejaban apenas pequeñas zonas para los cultivos. Durante una centuria representaron una corriente caudalosa de dinero, que los propietarios iban a gastar alegremente en Roma, como entonces era costumbre entre los bien nacidos [...]. Pero se acabaron los cedros y los ricos propietarios que iban a pasar en otro tiempo sus vacaciones en Roma marcharon a América para fundirse con las gentes aquellas o murieron. El centenar de artistas y poetas que la isla tenía empapándose de cultura pasaron a engrosar su contingente de inadaptados y mendigos, hasta que años después el gobierno de la ciudad los expulsó, o los obligó a entrar en las tropas coloniales. Una generación más tarde la isla había desaparecido como factor humano [...].

–Completamente desaparecido -continuó-. Vinieron las sequías, y [...] las plantas se llenaron de enfermedades y pasaron a los hombres. No quedó sino barrancos estériles y los llanos que fueron ocupando matorrales espinosos, y ruinas de muchas casas. Pueblos enteros en ruinas. Edificios en los que faltaban las puertas y ventanas, de magnífico y curado cedro, que fueron arrancadas a medida que la gente se fue en una última y desesperada exportación. Luego las muchachas acabaron por exportarse ellas mismas, y hoy yacen en variados cementerios del mundo entero, la mayoría sin lápidas y sin nombres.

Se volvió hacia él. En sus negros ojos había una luz fanática y apasionada. Lo miró de frente.

–Así la encontré yo. Estéril y abrupta. Seca. Nadie vive en ella sino yo, y ya es mía para siempre (pp. 85-86).

La isla para Isaac de Vega es, desde luego, un espacio mítico donde nace y muere lo geográfico. En *Fetasa*, ese espacio insular circunda al autor y en él halla su soledad de creador y su angustia de ente único.

También Andrés Servando Llopis, en *Especulaciones fugitivas*, habla por boca de un viejo pensionista abandonado por la familia que rara y raramente lo visita, asilado en un convento, con palabras que hacen recordar una estrofa del poema de Nicolás Estévanez sobre lo que es la patria, también con ciertas connotaciones míticas:

[8]

Resiste el tiempo acodado sobre la baranda, embelesado con el estruendo de las olas contra las rocas y el pie de este muro enorme que sostiene al convento y a la plaza sobre el horizonte, o recorriendo la villa en el mapa de sus tejados, las torres de los conventos, las sombras de sus calles tramadas en idas y venidas. ¿Se fijó? Solemos pasear en esta plaza acompañados por esa fuente incansable que destila horas interminables sobre las ñameras. Mire, los parterres no son vistosos por culpa de la frondosidad de los laureles que les roban luz, pero a nosotros nos libra del calor. Preferimos el bullicio de la pajarera -así llamamos a la arboleda- a la vistosidad de las flores. [...] Por detrás, al pie del volcán -familiar pero dicen que de aspecto amenazante-, las plataneras, los canales de agua cruzando la ladera, los pinos que bajan desde el monte... Disculpe mi entusiasmo pero es nuestra patria. No se ría. A nuestra edad la patria se reduce a una sombra fresca, al saludo de los gorriones, a lo palpable por nuestras articulaciones gastadas, a lo que nos dispensa el escaso afecto, a lo que nos entretiene la espera, en resumen (pp. 21-22).

Qué coincidencia. En el primer texto que acabamos de anotar de Isaac de Vega y en este anterior de Andrés Servando, se cita el mar y las rocas como algo consustancial: “Mientras [...] siga batiendo el mar estas rocas estaremos aquí”, dice el primero; “el estruendo de las olas contra las rocas”, dice el segundo. No es de extrañar, pues, que esa fusión de los elementos -la isla es tierra y mar; sin mar no hay isla-tierra- haya calado y siga calando en el ánimo de los narradores.

No podemos soslayar en ningún instante, en lo histórico-legendario, el descubrimiento de la isla mítica, lo que de misterio tenían aquellas singladuras de las primeras veces que la tierra se les presentaba. Agustín Díaz Pacheco lo narra así:

[10]

Contaban los viajeros que las naves se detenían en alta mar. El asombro tensaba los cuerpos, acallaba mástiles y velas, y sobrecogidos por el paisaje que se divisaba, los tripulantes, escogían la solidez de las regatas de babor o estribor, según por donde surgiera la sorpresa, o subidos como aves expectantes en las cúspides de las embarcaciones, pugnaban por ocupar las reducidas y vertiginosas cofas, boquiabrían la imaginación y por su cerebro corría una voz espectral.

Callaba hasta el aire, que tiene la tenacidad de su aliento, y se quietaba el agua para poder mejor ver desde la mansedumbre. Una isla, siempre lejana, dando la impresión de estar suspendida en el aire, interrumpiendo la recta imaginaria del horizonte, se decoraba con un misterioso bosque de brumas.

Entusiasmada, la marinería afinaba catalejos, precisaba la vista e intercambiaba frases de admiración, mientras se extasiaba en una contemplación inédita. Tozudas, las naves, presintiendo tal vez la dificultad, se negaban a emprender rumbo a la isla. Tajamares dormidos,

velas asombradas, en un mar calmo que también ojeaba a la isla con leves e irónicas olas, hasta que liberados de la pesada y húmeda alforja de pavor, y animadas por un viento imprevisto, emprendían veloz carrera, galope náutico al encuentro de la misteriosa tierra (p. 13).

Emilio González Déniz, impregnado de ese extraordinario hálito legendario y misterioso que parece inevitable para él, canta a una isla primitivista, recién descubierta y todavía inexplorada a la que es necesario dar nombre:

[14]

Antes de mí, mucho antes, cuando esta tierra era virgen y sus habitantes incorruptos por la ingenuidad de su nobleza, antes de la llegada de los europeos a estos lugares atlánticos, para ellos malditos, ya estabas tú entre el rumor de las palmeras y el olor de la resina forestal, sobre las piedras mojadas de la costa y en las arcillosas laderas de las montañas.

Bajaste para vivir tu nueva vida en las orillas del mar de una isla vecina; tomaste el nombre que yo te di. El de una playa de piedras; te llamé Tiritaña, que probablemente signifique “Playa de piedras” en el marino lenguaje de la impetuosa espuma que conviertes en humedad y que en ese tiempo pasado del que te hablé me dio cobijo misericordioso contra la noble agresión de los habitantes de tu isla (p. 85).

También Emilio González Déniz, en este mismo tono de leyenda, recrea la historia de un topónimo (Garajonay) que hoy es parque nacional y reserva de la biosfera:

[15]

En ese conjunto insular, contado por el mágico siete, dos se parecen: La Gomera y Gran Canaria, ambas de origen ignorado y belleza inusitada, con profundo barrancos y encrespados acantilados defensores.

Allá en La Gomera, una morena aborigen, que eras tú, y que entonces te llamabas Gara, recogías el nombre de la piedra, igual que ahora, y amabas la libertad hasta negarte a ti misma con tal de no claudicar.

En contra de la voluntad de su padre, Gara se prendió en la mirada de Jonai, un hermoso guanche, descendiente directo del dios Atlante. Se vieron en la intrincada impunidad del frondoso bosque, en los espacios arenosos de las playas de roca, en la oscuridad de la limitada llanura gomera, llanura que se recorría con una onda y que, estando juntos, poseía la infinitud del universo.

Delatados, heridos y condenados a una vida sin libertad de elegir, unidos en un solo cuerpo, se arrojaron desde el roque nominado desde entonces con el apócope de sus nombres: “Garajonai” (p. 85-86).

Ni podemos soslayar tampoco que ese espacio insular fue trampolín de las ansias de aventuras, la mirada hacia la América hispana, la que tiene el mismo idioma, ni olvidar que los puertos canarios fueron la última singladura de donde partieron las

almas y las naves de la conquista. Lo cita Luis León Barreto en *Las espiritistas de Telde*:

[20]

Viven cabalgando desde lejos las trece generaciones que marcaron la isla durante trescientos cincuenta años, una legión de soldados para el rey, visionarios para las Indias Occidentales, monjas y mercaderes, expósitos y primogénitos marcados por el estigma de los Van de Valle, sus ramificaciones y mixturas en las tierras del Alto México, la multitud de sus bastardos en las Antillas, sus enlaces con las últimas nietas de Maninidra que se libraron de ser vendidas en el puerto de Valencia, su fundición de sangre con moriscos que buscaban refugio de la persecución del rey Felipe, sus expósitos que llevan la marca de Guinea, sus enlaces de interés con otros emigrantes del continente, sus conciertos con los Wangüemert, los Porlier, los Van Baumberghen, los O'Daly, los Poggio, los Groenemborch o Monteverde y los Tabares; avalancha de aventureros de Flandes, Normandía, Escocia, Malta, Irlanda, Génova, Nápoles y Portugal cuya esencia se ha trasmutado tras las sucesivas expediciones de extremeños, andaluces y vascones que vinieron a poblar las tierras ganadas por la Corona en la primavera de 1496, tras noventa y cinco años de desembarcos y treguas que precisaron continuos esfuerzos, en prolongados asedios cuya certeza ponen en duda los historiadores [...] (pp. 201-202).

Para los narradores canarios, la isla se presenta y representa de múltiples maneras, tantas como cuantas piense el autor y eso dependerá de su visión, de su estado de ánimo, de su inclinación temática o, incluso, de sus apetencias políticas. La visión negativista o la del espacio insular desde la desesperanza de Rafael Arozarena en *Mararía*, hace que este la compare con figuras de animales en lo que es un espacio insular simbólico. La isla está llena de símbolos. El autor aplica a la isla uno de los nombres originarios principales, ya usado desde el tiempo de los griegos y de los romanos: Canarias proviene de *can* y *can* es igual a perro.

[21]

Entorné los párpados. Me vencía el calor, la modorra de la tarde. A mis espaldas, al otro lado de las casas, el mar murmuraba monótono y suave. Ahora estaba en Lanzarote, la más oriental de las Islas Canarias y era como si estuviera sobre el lomo de aquel perro flaco, aquel perro de cal y arena (p. 45).

[22]

Al fin salimos de Arrecife, hacia el campo abierto, hacia la inmensa llanura. El camión emprendió un galope desenfrenado por una carretera recta y terrosa que se perdía lejana en un horizonte de montañas azules y rojizas. A nuestra izquierda, la llanura terminaba en el mar y a la derecha se

limitaba por una cordillera arenosa, dorada, de curva suave como la giba de un camello. El motor hacía un ruido monótono, continuo, adormecedor. El aire era caliente y el sol que avanzaba en su descenso, se nos metía en los ojos (p. 49).

[23]

En Femés no hay gallos para cantar la madrugada; en Femés este oficio es para los perros, que perros sí que hay, delgados, asustadizos, con las orejas puntiagudas y más de cuatro garrapatas en el cuello. En Femés, los perros son los amos porque son muy dueños de sus vidas, porque son los amos de sus amos, aunque de patadas, piedras y variscazos tengan el lomo más que satisfecho. Los perros de Femés son amigos de las moscas, a quienes nunca espantan por verdes que estas sean. Los perros en el pueblo son los señores, porque si es verdad que no comen, también es verdad que no trabajan. Los hombres y los perros cuando se cruzan por los caminos se saludan interiormente con una reverencia porque ambos se saben guardadores de secretos especiales (p. 61).

O la visión externa, algo “colonizadora” de J. J. Armas Marcelo, inconformista siempre, en *El árbol del bien y del mal*, donde presenta a la isla como receptora de males o de contrariedades venidas de fuera. Es un espacio insular colmado de resentimientos. Las contrariedades no son propias de la isla de *Salbago*, nombre inventado que da a Gran Canaria y la hace escenario de sus tramas:

[31]

Soñaba con el imposible estudio de todas aquellas enfermedades que nunca llegaron a tener nombre científico alguno, porque los médicos las creían ya desaparecidas de la isla para siempre. Todavía le esperaba la terrible realidad de la neumonía atípica que, como todos los males de *Salbago*, vino de fuera. La llamaron la enfermedad del síndrome tóxico, para salir del paso que no entendían ni en los hospitales, y fue un mal que asoló la isla luego de la muerte de Franco (p. 27).

[33]

Cuando la calima africana asoló una vez más la isla de *Salbago*, los campos de labranza, los barrancos, las presas vacías, las cumbres, las carreteras, los pueblos, las medianías, los cementerios, los puertos de mar, la ciudad y los barrios aledaños a ella no escaparon a los tentáculos de la ventolera, sino que sintieron en sus carnes la picadura venenosa de la arenisca, quedaron teñidos de polvo seco y fueron barridos por la metralla fulminante de un terrible golpe de calor. Ocurrieron además en un mismo día varios episodios, que marcaron con claridad solar el comienzo de un nuevo ciclo de disturbios y cataclismos (p. 74).

Luis León Barreto en *Las espiritistas de Telde*, habla también de misterios, de vivos y muertos y de la indiferencia que parece poseer a las gentes de la isla, con el empleo, incluso, de expresiones y palabras del habla dialectal:

[16]

–Más alantito es la casa de los señores. ¿Y qué se le ofrece allí? -le miraba incrédulo el hombre sentado en un poyo del camino sin cesar de liar su cigarro junto al sacho, el cuchillo de mango labrado en su cintura, sus ojos desconfiados bajo el sombrero.

–Tenga cuidado, cristiano, que en esta tierra los muertos se comen a los vivos y los vivos se comen entre sí (pp. 64-65).

[17]

Le impresiona el lento discurrir del aire, esa pachorra densa que apreció desde que desembarcara en Gando, en la capa plumiza de panza de burro que se forma a lo largo del litoral igual que una telaraña, en los gestos de los conductores y en el de los peatones que cruzan por cualquier parte, en la lasitud de los camareros y, en fin, en esa calma santa de un pueblo que parece indiferente [...] (p. 67).

[18]

Y hablaron los vecinos que veían la hacienda desde sus azoteas, y el barbero que tenía su industria no lejos del camino, y los guardias que habían sido requeridos por la vecindad al oír los lamentos de procedían de aquella casa tras la muerte de Jacinto, y los cronistas atacaban la falta de instrucción en que vive la isla por la falta de escuelas y remedios, Tamarán²³ tan distante como incomprendida pese a que desde sus playas partió la conquista del Nuevo Mundo y sus hombres se dieron a la fundación de un sinfín de ciudades para mayor gloria de la Corte (p. 109).

Cada cual presenta y representa la isla como la ve pero, en cualquiera de los casos, la isla es una protagonista real, con presencia fehaciente, con cuerpo no siempre en equilibrio y con alma atormentada. Esa fiebre efervescente, que no parece tener medicamento y que, a veces, es como una prisión para el pensamiento, tiene todas las trazas de ser la definición -una más- de la insularidad.

²³ Nombre *guancho* de la isla de Gran Canaria.

2.1.2. La soledad, la angustia

Se diga lo que se diga, la sensación de estar solos y, lo que es peor, la sensación angustiosa que eso causa es profunda. Nuestros escritores vierten en sus novelas esas sensaciones con lo que se corrobora esa angustia y lo demuestra la cantidad de referencias textuales de las que nos hacemos eco.

Para Kierkegaard ([1844] 2007: 73) la angustia es la conciencia de la libertad, la lucha contra lo nocivo -contra el pecado en los cristianos católicos- que nos dicta lo que somos. Lo que vamos a ser depende de nosotros mismos. La angustia aparece al sentirnos responsables de nuestra existencia.

También en Ledesma Ramos (1931: 15), la angustia, como concepto, puede ser el miedo derivado de la elección de la libertad.

En Isaac de Vega, la soledad y la angustia son sensaciones iguales a la pérdida de la luz, al caminar bajo tierra sin saber a dónde llegar. La isla no es solo la tierra que asoma por encima de la línea del mar sino también la parte de la isla que está sumergida y en la que imagina que existe vida, otra clase de vida sojuzgada por otros seres anteriores que horadaron cuevas y túneles. Pero no son otros seres distintos de nosotros. Somos nosotros mismos que nos vemos de otra manera. La oscura longitud de un túnel le inspira una desazón similar a la angustia y a la cobardía. La ciudad, la humanidad ha quedado sobre las cabezas de los angustiados, pesando sobre ellos. La realidad está arriba, en la parte exterior, en el mundo visible. La angustia, la soledad, el miedo, todo lo que el personaje no domina representa un mundo de tiniebla. La isla vista al revés, de abajo a arriba. Lo metaforiza en *Fetasa* en estos tres pasajes:

[4]

A los pocos pasos se apagó la linterna y todo fue sombras sin relieve, sintiéndose transportado a un mundo diferente. Tuvo entonces el conocimiento certero -como si hubiera caído sobre su espíritu una luz cegadora e ideal- de que su relación con la isla y con Juan había terminado. Que ellos se hundieron en el vacío, desapareciendo de la realidad. No obstante, no lo abandonó el temor de su futuro incierto. Todos sus deseos de decisión y fortaleza fueron, de nuevo, suplantados por el miedo y la angustia. Tiene el presentimiento de que no llegará a sitio alguno, ni aun retrocediendo a la ciudad recién abandonada (p. 103).

[5]

–Después de todo... Es el castigo de mi cobardía. He estado muchos años viviendo, aguantando los fríos y calores, los vientos, las lluvias. Un día tras otro subyugado cobardemente, violentando mi vocación

Y mi horror... ¡Dios mío!... Parece increíble: diez, quince años entregado a la labor que exige el más completo renunciamiento, la más absoluta entrega... Pero nada se hace impunemente, y ahora me encuentro aquí porque toda la maldición ha caído sobre mi cabeza (p. 104).

[6]

Iba despacio, con paso seguro y sin vacilaciones. Aquel túnel fue obra de los hombres. De otros hombres que picaron bajo el sol, de otra raza de hombres, ya perdida, que habitaron los subterráneos y horadaron grutas bajo la tierra. Era algo maravilloso: no se podía suponer cómo fueran sus pensamientos, ni siquiera que hubiesen existido. ¡Había una lejanía terrible que lo separaba de la Humanidad! Las nuevas gentes aún están en gestación en su cerebro, presas en sus surcos... (p. 105).

Para Isaac de Vega, siguiendo a *Fetasa*, aun estando sin luz, en un subterráneo, hay un punto para la reflexión. En medio de unos hongos y de la inmundicia de pozos negros que descubre, que se inventa en su ficción, hay un espacio seco donde sentarse a pensar en un posible escape. La búsqueda de esa salida continúa:

[7]

Ahora estoy debajo de la tierra. Por encima, en la superficie, puede haber una ciudad. Estas plantas son hongos, seguro que de una nueva especie, a las cuales, según creo, me está permitido bautizar. Son hongos porque viven sin la ayuda del sol y porque no pueden arrancar sus alimentos de las rocas. Necesitan sustancias creadas por otras vidas, sus cadáveres en descomposición. Estos hongos viven en los detritus de una gran ciudad, de las filtraciones de sus pozos negros.

Por fin estaba prendido en su conciencia un punto de partida. Después de unos pasos vacilantes se detuvo. Escogiendo un lugar seco, sin plantas, se sentó en el suelo, adosando su espalda a la pared.

–Si arriba hay pozos negros, es probable que el poblado se encuentre lejos del mar. Por lo mismo que sus filtraciones llegan hasta aquí y porque no he notado pendiente alguna, debo estar cerca de la superficie. Tal vez más adelante encuentre una chimenea que me lleve hasta arriba, o que, de improviso, esto termine en un valle o barranco, o quizá enlace con una nueva alcantarilla de otro poblado. De todas formas, es preciso seguir (p. 112).

En Jung ([1956] 1999: 205) hay una situación muy parecida a la precedente. Jung sueña que está en una caverna, excavando por debajo de la superficie de la tierra, desenterrando huesos de animales prehistóricos. Eso es lo que yace por debajo de la

superficie de la conducta. La soledad en Jung se centra en el crecimiento interno del individuo, más que en las relaciones con otras personas.

Del mismo modo, Rafael Arozarena, el otro gran *fetasiario* y amigo íntimo de Isaac de Vega, parece no querer relacionarse con nadie. Es su soledad interna. En *Mararía*, se rebela con un matiz de maldad y contempla cómo el paisaje se deteriora, cómo la isla se deshace siendo él un espectador dentro de un espectáculo decadente en el que el fuego interior de su volcán, su rabia y su ira, se enfrían irremediablemente. Él no busca una salida sino que se sienta a la vera del camino a esperar la debacle:

[25]

– [...] Entonces es bueno sentarse a la vera del camino y estar, sencillamente. La felicidad o la desgracia pasan bajo mi ventana. Las llevan otras personas, con el saquito de esperanzas a cuestas.

–Es usted un espectador -le dije.

–Pero de un espectáculo singular. Yo no soy un santo. Nunca tuve materia de redentorista. En verdad soy un malvado, un ser ahído de ruindad que a los setenta y más años se sostiene por ver el fin de una condena. Me divierte observar el óxido que día tras día va destruyendo el hierro, el fruto que se pudre, la flor que se aja, la piel que se arruga, el viento que deshace la piedra hasta convertirla en polvo, los cuerpos que se encorvan, la tierra que se vuelve yerma, el sol blanqueando los huesos de lo que fue un magnífico ejemplar y, allá al final del desierto, el horizonte vacío años tras años por donde nadie ha de venir a salvarnos porque sería ridículo. Esta es mi condena y aún me queda por ver cómo se apagan unos ojos, cómo se enfría del todo un volcán (pp. 154-155).

De otro modo, Vicente Hernández Pedrero (1992: 168) alude a la angustia como una consecuencia del propio discurso y lo ejemplifica con un texto de *Estantigua*, de Juan José Delgado:

Cuando nos quedamos solos frente al ser, la angustia existencial es un efecto del propio poder anterior al discurso, resaca de una embriaguez histórica en la que nos sentíamos identificados con la perfección emancipadora del futuro. La filosofía del absurdo, tan cerca en el tiempo y tan lejana a la vez en el transcurso de este siglo que se acaba, también se asoma al crepúsculo de estas líneas escritas en Canarias.

“Débil criatura, ente precario, soy una existencia sufriente que no se detiene. Cuando consigo hacerme con renovados bríos enfilo el camino como un suplicante más, un cuerpo que muestra el vaivén de su cansancio y de la apuesta o castigo interminable... Evito los cobardes pensamientos pero acabo por desear creer en los ángeles guardianes que bajan hasta mí desde el cielo. Se ofrecerán a socorrerme. Los ahuyento. Y antes de proseguir este absurdo viaje vuelven los labios a probar la queja”.

En el mismo artículo, citando a Spinoza, Hernández Pedrero (1992: 169) habla de la soledad como una componente de una travesía ética:

“Nos balanceamos, semejantes a las olas del mar agitadas por vientos contrarios, ignorantes de nuestro destino y del futuro acontecer”, Spinoza, *Ética*, III, LIX, Escolio.

Desplegadas las velas del ser, todo indica que la travesía va a ser implacablemente dura. No hay destino futuro al cual fijarse. Solo queda la confianza en uno mismo, y desde ahí, la entrega al propio destino, que es la soledad del ser, su memoria constitutiva creada y recreada mil veces.

Al final del relato en *El camarote de la memoria* (1987) de Agustín Díaz Pacheco, cuando no han encontrado la Isla Fugaz y han perdido la ruta de regreso a las otras islas sí conocidas, el personaje del Ocupante del Camarote de la Memoria dice al Capitán Montelongo, marino ciego que ha gobernado la expedición:

[12]

–Conforme, capitán. Conténtese entonces con la soledad. Escoja su patria y su bandera. Una esposa y varios hijos y muy pocos amigos. El hogar y la fidelidad. El aislamiento y el amor, una satisfacción triste. La travesía le ha servido para medir el horror de las multitudes, la fiebre pesarosa de la demagogia de los pueblos. La soledad, capitán, sería su himno, su código. La soledad, solo la soledad, es lo que nos aguarda. Estaremos siempre acompañados de ella. Aunque algunos lo nieguen. La soledad, sí, la soledad, esa es nuestra patria, capitán (p. 176).

Y en la escena final, cuando está todo perdido, cuando el navío es una isla y así lo comprenden los personajes, la angustia se desata entre ellos, que se ven destinados a lo irremediable.

[13]

–¿Cómo está el reloj, Peñate?

–Las ampolletas, capitán, las ampolletas...

–Sí, qué sucede con las ampolletas, no dude tanto.

El primer piloto titubea, anda su voz por las ramas de la decisión, hasta que dice:

–La arena ha desaparecido de las ampolletas. Están vacías.

El capitán se contiene y fuerza la voz:

–¿Y el reloj de arena de proa?

Grita lastimosamente Carmelo Peñate a un anciano que está junto al reloj de proa.

–¿Cómo está ese reloj, Sebastián?

Y el anciano levanta una mano y parece borrar horizontalmente el aire, luego cierra los puños y segundos después los abre, como disparando los dedos. Sebastián China, el segundo piloto del *Hades*, ha contestado.

–Tampoco hay arena en el reloj de proa -indica Carmelo Peñate.

El anciano capitán Montelongo se estremece en aquel mundo hueco, ante una inmensa extensión de vacuidad e incomprensible quietud, y no ataja un comentario.

–Si hubiera un relojero.

[...]

–Junto a la popa del *Hades* está esa barca, y un anciano hace gestos, quiere subir. Su rostro me resulta familiar.

–Ayúdalo, ayúdalo a subir, Peñate.

El primer piloto le tiende una escalerilla y el anciano de la barca sube por ella. Sus pasos estremecen aún más al capitán Montelongo. La lechuza de la anciana se prepara para emprender el vuelo, el verdino aúlla, y la voz del recién llegado sobrecoge.

–Capitán Montelongo, estos relojes no se pueden arreglar.

Solo le queda a la nave un pedazo de noche. El abatimiento de los cuerpos. Pero no cabe la preocupación por esa extraña oscuridad. Es la que siempre han tenido (p. 182).

2.1.3. El mar como barrera y el mar como istmo que nos une a la Península

En una columna editorial aparecida en el suplemento cultural de *La Gaceta de Canarias*²⁴, titulada “El Pirineo azul”, con cierta ironía lastimera, señalé (Domínguez Suria, 1993:1):

Es lo de siempre, el mar. Para gentes de tierra adentro quizá sea un aliciente y una curiosidad, pero para quienes lo ven día tras día y lo llevan en las retinas, tal vez sea una mera anécdota que termina siendo hasta un obstáculo. El mar, un istmo. En este caso, no es un istmo que une sino que separa. Existen en Canarias, en todos los órdenes del Arte, artistas muy capaces. No solo en aquellas viejas Artes que nos enseñaron como una retahíla, sino, incluso, en las Artes casi nuevas y casi de este siglo, existen por aquí personas con la sensibilidad necesaria para progresar en este mundillo tan duro aunque tan gratificante. ¡Ah, si estuvieran en la Península! ¡Ah, si estuvieran...! Es una verdad que se sufre por aquí. Y es un lamento. Cuesta mucho vencer esa distancia. Y, en cierto modo, también es una excusa: por eso los artistas canarios no salen, por eso la distribución de las obras es deficiente, por eso...

En el campo de las letras, es normal que solo se impriman y se vendan, si es que se venden, quinientos ejemplares de un libro; mil es ya una

²⁴ Diario hoy desaparecido.

cantidad respetable y dos mil es ser afortunado, y valga el símil con la tan cacareada condición afortunada de las islas. Queda el consuelo de que así, con el esfuerzo añadido, el artista es más artista y más auténtico. Y, también, más resignado: Quien puede, no quiere y viceversa. Hay que dejar las dificultades a un lado y a ver si se abren ya las aguas de este mar y se salva esa lejanía y se derrota al istmo. Para el siglo que se nos viene, al menos, debería conseguirse.

La línea cambiante de la orilla es mar y merece la atención del narrador que lo toma como la cosa más natural del mundo o se extasía con el flujo y el reflujo de las aguas que arrastran los callaos de la playa. En *Fetasa* (1957), de Isaac de Vega, que sigue siendo nuestra guía, Juan, el guardián de la isla, comparte sus soledades y sus borracheras con los límites de la tierra y el agua.

[3]

El mar acababa por parecerle como algo lejano, difuminado, pálido, y los peces unos seres de existencia más imaginaria que real. Juan combatía la frialdad nocturna con unos tragos de aguardiente, que el mismo destilaba en un rudimentario alambique, y le obligaba a hacer lo mismo. Allí, en la orilla del mar, se sumía en borracheras nocturnas. Borracheras melancólicas, como las estrellas que los alumbraban, con los ojos semicerrados, sin ver nada, y sin cerrarlos del todo porque el Universo comenzaba a dar vueltas (p. 89).

También para Víctor Ramírez, en *Nos dejaron el muerto*, el mar se confunde con la costa. Es la misma cosa. El personaje del padre, dice Ramírez, no había regresado de la costa cuando realmente no está en la costa sino en el mar, empleado como cocinero de un barco que está navegando:

[35]

Mi padre no había regresado aún de la costa. Lo esperábamos desde cuatro días antes, pero sus retrasos no nos extrañaban, ya conocíamos a la mar y sus caprichos. Era cocinero del barco cuando eso y regresó a la mañana siguiente, tempranito y a tiempo de tropezarse él también con el cuerpo presente de don Lucio Falcón, allí en medio de la alcoba y junto a la cama de matrimonio (p. 50).

La isla y el mar son como la uña y la carne, pero en movimiento. La isla acoge en sus costas, en sus playas, con brazos abiertos, al mar y este, vigoroso y luchador, no ceja de enfrentarse, infructuoso, a la tierra impertérrita y ciclópea. Sin embargo, el tiempo dará la razón a la fuerza del mar y, no tan infructuoso, lo declarará vencedor. El mar tiene inagotables perspectivas reales y ficcionales. Es tan cambiante y embaucador,

tan impetuoso e irrespetuoso con las gentes y las costas que desconoce las consecuencias de su bravura.

El mar provoca, de vez en cuando, el accidente. Y siempre, por su inesperada impronta natural, el accidente es indeseado y temido. Félix Casanova de Ayala, en *El collar de caracoles*, nos da una de las versiones del accidente:

[36]

Intentaron desesperadamente gobernar aquel cascarón de nuez. El mar se había convertido en una escarpada montaña de la que rodaban vertiginosamente al abismo. Las rachas parecían arrancarles en tiras la piel. Botaron al agua los cestones de pescado, los aparejos, todo lo que pudiera estorbarles en la maniobra suprema de salvar sus vidas. Ya solo esperaban un milagro. ¡Sí! Allá en la costa gomera, a dos horas de buena travesía estaba la playa de Puntallana, y en ella el santuario de la Virgen de Guadalupe, su Patrona. Chano pensó en su madre y lloró silenciosamente. Era el más joven de los tres, casi un muchacho. Recordó el día, siendo niño, en que se ahogó su padre. En parecidas circunstancias, según dijeron. Recordó a su madre en aquellos dramáticos momentos, estrujándolo contra su pecho. Y aquellas palabras suyas que aún le aullaban en los oídos, porque no las había podido olvidar: “¡No quiero que mi hijo muera así! ¡No quiero que sea pescador! ¡Ayúdanos, Madre mía!” (p. 8).

A veces, el accidente puede acabar en tragedia y sume a las familias, sobre todo a las madres y a las esposas de los pescadores, en la desgracia permanente. La figura del padre es la figura del destino, el que marca el futuro del hijo navegante, del emigrante, del pescador, del que necesita el mar como elemento de evasión o de sustento. Alrededor de la tragedia se crea, casi siempre, lo misterioso y lo arcano. En *Mararía* (1973)²⁵, Rafael Arozarena, recrea el misterio:

[24]

La mujer de señor Sebastián trabó la aguja en el pantalón y se arregló el nudo del pañuelo. Luego me dijo:

–Estos trapos son de mi hijo. Son los que se pone en las faenas de a bordo. Con el salitre se acartonan y los remiendos se pasan. ¡Ay -suspiró cansada-, cuánto mejor estaría aquí, cerquita de nosotros! El padre se empeñó en que se fuese a la mar, que trabajase en los barcos, porque la mar, dice mi Sebastián, hace a los hombres duros para el trabajo y resignados para la vida. Les tiembla los ánimos.

[...] –¡Ay, Señor! ¡Lo que más pido a los santos es que nunca tenga que ir a la Bahía de Ávila para ver a mi hijo!

–Pues, ¿qué hay en la Bahía de Ávila? –pregunté.

La mujer del señor Sebastián me miró por encima de sus lentes.

²⁵ Usamos la edición de 1983, en Interinsular, Santa Cruz de Tenerife.

–¿No sabe usted? Es la bahía de los ahogados.

Hizo una pausa y prosiguió en tono más bajo y misterioso.

–Es la bahía de los ahogados. La bahía a donde vienen para que sus familiares los vean. Una vez que fui a ver a mi padre se apareció también el marido de seña Carmen, el padre de Isidro, que tuvo muerte en la mar.

–¿Y los vio usted, señora?

–¡Ay! ¡Que si los vi! ¡Y con mis propios ojos y tan clarito como lo estoy viendo a usted ahora!

–Cualquier día por la noche. Cuando uno quiera ir a verles. Aquella vez vino a buscarme seña Carmen y me dijo si quería acompañarla a la costa para ver a su marido. Yo aproveché para ver a mi padre y cogimos unas antorchas y nos fuimos a la bahía. Una no tiene que hacer nada sino ponerse en la orilla y esperar a que sea bien cerrada la noche y luego encender la antorcha y sentarse en un risco y aguardar (pp. 87-88).

Casi de una manera obsesiva, como si tuviera permanentemente en su cabeza la figura del accidente, Rafael Arozarena vuelve sobre este tema en otra novela, *Cerveza de grano rojo*, publicada diez años después²⁶, tal es su grado de preocupación:

[27]

El soplo cae sobre nosotros hinchando la vela y escuchamos el grito de la mar lastimada. Las embarcaciones navegan muy cerca una de la otra. Apenas ocho metros nos separan. Los patrones agitan sus brazos, se insultan, dan puñetazos en la borda. Veo con claridad en rostro congestionado del Rey del Atún. Me asombra su rostro enrojecido, su barba amarilla. Amenaza con el puño en alto, chilla en alemán. Su voz encrespa las olas. A bordo lleva dos niñas que ríen y nos saludan alborozadas. Una de ellas va erguida en la proa y sostiene las riendas de dos hermosos caballos que parecen sacados de las cuerdas líricas del poeta Marinetti. Las gaviotas chillan con entusiasmo sobre nuestras cabezas. De pronto...

–¿Cómo ocurrió, señor Jacobo?

–Fue un golpe de mar. Una ola desfasada. La barca hundió mucho la proa y al levantarla de nuevo...

[...]

Entre dos aguas ya, en un descenso lento hacia las profundidades, un cuerpo delicado, con los brazos en alto, parece decirme adiós bajo la superficie. Unos ojos de niña me miran con espanto. Se hunde. Algo mío se hunde también en un espacio oscuro y profundo. Recojo todo el dolor posible, todo mi susto infantil ante la escena.

El señor Jacobo sigue hablando y rompe:

–Me lancé al agua y nadé unas brazas hacia el fondo. Logré asirla por los cabellos y llevarla a la superficie. Fue entonces cuando sentí el tironazo en mi pierna. ¡Un escualo gigante, compañero!

Mi cuerpo atraviesa cortinas de niebla, masas traslúcidas y gelatinosas tratando de alcanzar el borde de la cama de Sir Jacob. Las sábanas de

²⁶ *Mararía* se publicó por primera vez en 1973 y *Cerveza de grano rojo* en 1984.

Holanda forman un solo caballón, una única ola. Es cierto. El cuerpo no se bifurca después del tronco.

–¿Y la niña? -pregunto con timidez porque espero, como siempre, que el señor Jacobo me ponga el lazo doloroso, el dogal que me ata a su voz.

–La niña se salvó, muchacho. Con el tiempo se hizo una bella mujer.

Al llegar a este punto de la narración tengo por costumbre levantar uno de mis pies, dejarlo flojamente en el aire, hacerme liviano tratando de guardar el equilibrio. Lo hago siempre cuando presiento alguna sensación dolorosa.

El viejo Jacobo aspira con fuerza de la pipa. La cazoleta cruje con las hierbas ardientes. La estancia se llena de corpúsculos luminosos, cegadores. Una noche de humo procura el escozor en mis ojos.

–Llegó a ser tu madre -termina el anciano (p. 44-45).

El mar es, también, el ámbito adecuado para esconder secretos de amor. Es el espacio donde se oculta un misterio, o los mitos de amor o la pasión amorosa. ¿Dónde, si no? En el mar siempre hay un “san Borondón”²⁷ que nos espera, que nos confunde y que nos lanza a la aventura. Agustín Díaz Pacheco en *El camarote de la memoria* (1987), lo expresa así:

[11]

Simón Toledo indaga en los ojos del médico una respuesta ante aquella insólita situación, porque las ideas se le enmarañan en la mente, le maniatan la voluntad. Busca alguna razón que rellene aquel vacío.

–Bien, y qué pretenden encontrar en la isla.

Se teje un silencio que recuerda al mármol, a la parálisis definitiva, y ha de ser el propio Simón Toledo quien los saque de su ahogo:

–La isla corre, se evade; he leído que viene de norte a sur. En esa trayectoria esconde algo, explica algún enigma, algún misterio que comienza a mortificar. Qué importancia guarda aquel pedazo de tierra, sin áncora que la sujete al fondo del océano.

El capitán Montelongo lo interrumpe:

–Señor, la isla, movediza y observadora, tan fisgona que intuye en la proa de las naves abordajes e invasiones, tiene la misma sensación que la mayor parte de los hombres y mujeres que se atrevan a formular una pregunta.

–¿Cuál es esa sensación, capitán? -interroga algo cohibido Simón Toledo.

–Miedo, y si la isla posee un temor hondo, lleno de negrura, imagínese usted el pánico del hombre durante la travesía. Ahí está el misterio, señor Toledo (p. 32).

²⁷ Dice la leyenda que san Borondón es una isla de las Canarias que aparece y desaparece, que tiene forma de ballena.

En *Guad*, la novela de Alfonso García-Ramos, hay también un Ulises atrapado por la diosa o un Eneas enamorado de la hermosa Dido:

[39]

Los viejos tenían más miedos y cuentos. Les gustaba dar por el pico en las escalinatas de la Hoya hablando de cosas que oyeron contar a sus abuelos. Hasta decían que en otros mares aparecían sirenas que cantaban y miraban a los marineros con sus ojos verdes y los dejaban tan alhelados que se iban al fondo con ellas. Cuentos misteriosos que debieron aprender en cualquier película. Lo de las brujas sí era más serio. Se aparecen desnudas en las playas desiertas y tientan a los marineros. Que lo diga padre que vio a una muy hermosa y echó vela para huir de allí porque enseguida vio que tenía parte con el diablo. Tío Polo se reía de estas cosas, el muy tunante creía que las brujas eran mujeres con ganas de macho y retozar que, por miedo a las lenguas y a los palos, acudían a tales artimañas. Hasta presumía el muy bragado de estarse beneficiando a una de las mujeres desnudas que le esperaba siempre en la playa de Las Salvajes. Dijo que era mujer y bien mujer, con marido en América y mucho recato y disimulo en el pueblo donde vivía. No se ha vuelto a saber del Tío Polo, ni si es vivo o muerto, si hubo o no hubo maleficio. Su barca apareció rota cerca de la playa de sus juergas y eso que la mar estaba esa noche quieta como un plato (p. 204).

Para el hombre canario, narrador o no, el mar permite siempre los dos sentidos del viaje: el viaje de ida y el de vuelta. Es inevitable. Solo una minoría insignificante se queda en el sitio de la ida. El resto vuelve a la tierra que lo vio nacer aunque muchas veces sea para morir. Sigamos con dos citas de *El collar de caracoles* en las que los dos sentidos quedan explícitos, el viaje desde Tenerife a La Gomera, el de ida:

[37]

Chano, acodado en la borda, taladraba la oscuridad con ojos alucinados. Aquel resplandor rojizo, fluctuante, visible tan pronto abandonaron la costa, no podía ser otro que el de la hoguera de Roque. Coincidió el lugar en la sombra nocturna de la isla. Y hasta le pareció ver, durante un fugaz destello ígneo, el ondular de un trapo blanco en señal de despedida. Estuvo a punto de gritar por Cayaya, en la ilusión de ser oído. Pero había gente a su lado (p. 27).

Y, luego, el viaje de vuelta, el que culmina el ciclo, el final de un recorrido que al viajero le parece vital:

[38]

Antes de las siete remaba ya rumbo a Tenerife. Comenzaba a levantarse la brisa e izó la vela. No había nadie en el mar. Solo Juan, parado en la orilla, cada vez más lejana.

Un hermoso resplandor naranja, con franjas verdes y azules, reflejándose en el agua, preludiaba la inminente salida del sol. Poco después, una vivísima estría dorada abrió el cielo por encima del pico del Teide. El globo solar emergió en escasos instantes pasando del rojo intenso al amarillado deslumbrador. Daba la sensación de un inmenso trompo bailando. Los rayos de luz, decantados en la enrarecida atmósfera, serpenteaban en todas direcciones como cintas rutilantes. Ningún espectáculo tan grandioso como ese orto solar en pleno océano (pp. 51-52).

El mar propicia el viaje definitivo, el viaje hacia la muerte. En *Cerveza de grano rojo* (1984), Rafael Arozarena expresa ese definitivo viaje en estos dos pasajes:

[28]

N. Wennofer N. convertido en carroña para los buitres. ¡Ni pensarlo!

Y ya lo traen. Descienden dos hombres arrastrando un saco cerrado con el bulto dentro. Y va entero, parece, aunque enroscado en sí mismo, como una pescadilla comiéndose la cola, pienso. Lo bajan a tirones y con prisa. Rasss y rassss, rozando el pedreguillo que bordea la escalera. Detrás viene el abuelo, a pequeños saltitos, deteniéndose, mirando al cielo unas veces y otras al mar.

Siento un algo de consuelo cuando deslizan el bulto por la arena de la playa. El Rey del Atún se detiene junto a nosotros y se enfrenta con Issatus:

—¿Eres tú Rafael?

Pregunta con voz autoritaria y las erres suenan como las cadenas de un barco en el momento de fondear.

Issatus no contesta. Se le queda mirando provocativo con la boca cerrada y sonrisa de conejo.

Rápido y brillante el entierro. Se van en la chalana hasta la “Barracuda”. El Rey del Atún, erguido en la proa, parece muy atento al cielo.

Masticamos tallos de hinojo. Escuchamos el tambor lento del mar. Olemos intensamente a incienso. Rápido y brillante el entierro. Pero no. Issatus dice que no ha sido entierro, que no se le ha dado tierra. ¿Cómo llamarlo? Rpto. Bueno, rpto. Seguimos masticando hinojo y siento un sabor de ceremonia grande, de algo que se celebra en una catedral sin techo. Inundado de luz es más el desconsuelo que el dolor. Una gran belleza se instala en el espíritu cuando es más intenso el perfume de inciensos y lavándulas. Nada fúnebre. ¿Porras fúnebres! Envidia sí, mucha, deseando penetrar en el concierto de la muerte fría y el sol caliente. Alguien besará el brazo blanquísimo de tía Nut. Esta noche. Y blum, blum, rompiendo el pensamiento, los motores en marcha ya. Y nosotros echando los ojos adelante y Nito que levanta el brazo despidiéndose y el Rey del Atún que da un puntapié a la chalana y la deja al garete. Adiós (p. 61).

[29]

La línea de flotación está sumergida. Es mucha carga para la “Barracuda” que parece va a estallar de un momento a otro. Uno de los tripulantes grita: “¡No podemos con más, patrón! ¡Nos hundiremos!”.

–¿Quién dijo? –salta el viejo– ¡Al agua con todo lo que no sea atún! ¡Fuera las anclas! ¡Lancen al mar sus botas, la ropa, las hebillas, los ganchos, las garruchas! ¡Fuera peso! ¡Por los cuernos del diablo! ¡Tenemos que embarcar peces!

El mismo comienza a desnudarse. Se queda con la gorra y los calzoncillos largos de lana que llegan hasta los pies. Se descalza y lanza al mar sus pesadas botas germánicas. Los demás seguimos las órdenes y el ejemplo del abuelo y da gusto estar como Dios nos echó al mundo y sentirnos inmersos y triunfadores de la gran batalla contra el mar y el atún, sintiendo la protesta airada de los pájaros, los coletazos agónicos de los monstruos, el embate de la brisa en nuestros cuerpos, la metralla hiriente de la espuma. Manos a la obra. El abuelo se encara con el saco que contiene el cadáver de N. Wennofer N., lo levanta con esfuerzo, lo coloca sobre la banda de babor, le engancha el pico de un ánora y, metiendo los brazos por debajo, toma impulso y lo tira al mar (pp. 79-80).

Insistimos con Rafael Arozarena: poeta además de narrador, *fetasi*ano, amigo inseparable de Isaac de Vega hasta el punto de haber obtenido *ex aequo* el Premio Canarias de Literatura, vuelca en la escena siguiente de *Cerveza de grano rojo* (1984) la sensibilidad de la que siempre hizo gala. Es el pasaje de los ahogados:

[30]

Es noche sin luna. Nut, antes de sumergirse del todo en el mar, trata de interpretar los signos celestes. Casiopea colgada cabeza abajo por su orgullo, y Perseus con la pierna derecha luminosa parece descansar junto a su caballo. Lejana, la luz de Betelgeuse. La gran ballena Cetus desaparece en el horizonte tras las huellas de Andrómeda. Es entonces el mes de marzo, cuando Neptuno dirige su carro hacia Nut y ella deja que su hermoso cuerpo se hunda en el océano.

Es su primera profundidad en el escalofrío de la caricia, en el volteo rítmico de las algas, entre cintas, cabellos y brazos y piernas lisas, desnudas, blandas manos que la rozan y la dirigen en el interior de la grande y misteriosa ciudad repleta de luces, entre ventanas iluminadas y semáforos verdes y rojos y verdes para indicar el camino libre del cuerpo de Nut, el nácar admirado por tantos ojos sin párpados, apetecido en el frío del fondo, en el salón de las espirales, donde la orquesta suena siempre con el mismo danzón y la maraca insiste atrayéndola envuelta en las burbujas ascendentes del champán que surge de las copas invertidas de las medusas y los encendidos falos erectos o curvos o simples cintajos salomónicos que la fustigan suave, medrosos, guiándola con respeto hacia lechos de esponjas en la mejor habitación del W. Astoria, por ejemplo, puede pensar ella, pero no es así, que es más, por la luz glauca que la rodea y la soledad y el espacio y el sueño de América que nunca tuvo y sí este deseo de ahora en el fondo del mar y en el fondo de su alma, viendo las delicadas lenguas de

cristal de las ascidias y las más ondulantes de las planarias que una y otra vez resbalan por el cuerpo, lamen sus senos, con el son desangelado de la orquesta, de los razonamientos de los callaos, las maracas insistidoras, distantes y cansinas. Que así sí, que siempre lo soñó con N. Wennofer N., fuerte en el abrazo, como este de ahora cuando se siente inmovilizada con la pretina de un reloj del Octopus mientras indefensa y gustosa nota la hombría de Neptuno penetrando en su cuerpo ansioso, haciéndola recibir el máximo placer del encuentro con un sueño que hasta entonces había estado prisionero de una lágrima tan grande como el océano mismo. Que así sí, mientras el brazo que le atenaza la garganta le sublima los ojos con los cristales de sal que van cortando la piel, desgarrando las entrañas de un pasado tan sometido a la voluntad de los dioses, a los proyectos futuros de glorias y vanidades, que ahora sí que se rompen como su cuerpo se deshace y rehace entre las ondas de fucos y luminarias danzarinas ante la presencia y acecho del holotúrido que al fin cede su gelatina blanca y azulenta como de cielo pegajoso para recomponer las nuevas formas de un futuro más cierto y acorde con su destino de mujer.

Y asciende, levita ya, hacia un techo traslúcido de jade, con la nueva esperanza de la luz, exánime y dejándose llevar por una escolta de espadas brillantes a través de la fiesta de los fósforos encendidos y miradas de asombro y caballos amarillos con cuerpo de sirena y bellos guerreros embutidos en corazas de plata que abren el paso en medio de un tráfico de carrozas extraordinariamente laqueadas y cabelleras rubias y antorchas, atravesando la lluvia densa del confeti luminoso de las noctículas (p. 265-266).

2.1.4. El hecho geográfico

Una cuestión que molesta en grado sumo al canario es el total desconocimiento de los demás hacia nuestra situación geográfica, hacia nuestro lugar en el mapa, en el mundo. Rafael Arozarena, en *Mararía*, se hace eco, en boca de don Fermín, el médico venido de la Península, de este malestar que provoca el desconocimiento hacia lo canario:

[26]

– [...] Al viejo le pasaba lo que a mí. Como no habíamos sido marinos ignorábamos la geografía práctica y por vagas asociaciones ubicábamos a las Canarias, climatológicamente, unos grados más al Sur.

Mi esposa prefirió quedarse y esperar a que yo me estableciera y le diese a conocer algunos pormenores de estas islas, para luego decidir si valía o no la pena de compartir la existencia a mi lado, en sitios que a su parecer tenían trazas de salvajes.

No tengo que confesar ninguna decepción. Mis ideas sobre negros, cocoteros y recibimientos con cantos y flores me fueron disipados en la travesía, gracias al capitán del barco, don Francisco Jordán, natural de

Fuerteventura, buen conocedor del archipiélago y de los vericuetos del espíritu humano. Él señaló la isla de Lanzarote como lugar idóneo para mi anclaje, cambiando cuidadosamente en su charla la copra por las tamaras, la orquídea por el tuno, la desnudez por el embozo y el ukelele por el timple. Así, al desembarcar, ya sabía yo que mi pie no se hundiría en verdes alfombras de helechos y no fue sorpresa pisar sobre la piel ocre, dura y rapada de este animal muerto que es la isla, de este camello que permanece ahogado en el Atlántico (pp. 160-161).

Andrés Servando Llopis, en *Especulaciones fugitivas*, persistía en ese desconocimiento hacia lo canario y escribe sobre alguien que no quiere *ofender a las peculiaridades*:

[9]

Oye, escucha, antes de nada, ¿cómo está la familia? Bien, hombre, bien, cuánto me alegro. La familia de Canarias, ¿cómo está? ¿Quién te queda en el paraíso? ¡Ah, tu padre, nada más! Bueno, pero tendrás primos, tíos, alguien ¡digo yo! Hombre pues sí, no me extraña que te resulte chocante mi interés. No, no quiero ningún favor. ¿De viaje? ¡Qué va! Ya sé que me sentaría un descanso, allá, tendido al sol en la playa, comiendo pescado en sal y papas estropeadas. ¿Cómo? ¡Ah, sí!, pescado salado y papas arrugadas. Perdona, chico, no quise ofender a las peculiaridades. Bueno, a lo que iba. No, no es un asunto político, ni europeo, perdona que lo haya planteado así. Pero al tratarse de un asunto familiar, preferí dar un rodeo. Para que no te escurrieras. ¡Estáis siempre tan ocupados! No, no te alarmes. Es solo una aclaración. No te alarmes todavía. Ya habrá tiempo. Entonces, volviendo a lo que te decía, ¿no te ha llamado ningún pariente? ¿Ni siquiera la dirección regional, ni la insular, ni el comité local? Asombroso. Voy a mandar un fax rápidamente para que se agilicen las comunicaciones entre los órganos de base y sus representantes a cualquier nivel. Entonces, si tampoco has leído la prensa, ¿no te has enterado que tu padre está retenido en un hospital por la Guardia Civil? (p. 111).

Otra de las cuestiones que se pregunta el ciudadano en general y, por ende, el novelista o cuentista canario, es si el hombre de otras latitudes tiene sus mismas oportunidades. ¿Es el narrador canario diferente del narrador periférico de la Península? ¿Tiene sus mismas dificultades? ¿Tenemos algún rol que nos diferencia? Luis Alemany (1975: 616), analítico cauteloso y crítico perspicaz, hace este comentario:

Las circunstancias isleñas juegan algún papel diferenciador con respecto a la Península: si este fenómeno es común a toda España o si se circunscribe solamente a nuestras latitudes; no sé hasta qué punto la peculiar idiosincrasia del canario, su consciencia de la soledad, su tristeza innata, pueden reaccionar de una forma peculiar ante unos estímulos

determinados. No lo sé [...]. Centrándonos en el terreno de la literatura, de la narrativa, las circunstancias presentan una doble vertiente: una más amplia, que puede ser común para cualquier latitud celtibérica y que afectaría por igual a todos los escritores; y una segunda propia e intransferible, que sería algo así como la versión particular de unos rasgos comunes.

Vamos a centrarnos en esas primeras aseveraciones, cuando dice: “si este fenómeno [el papel diferenciador] es común a toda España o si se circunscribe solamente a nuestras latitudes [las canarias]”, y en las últimas cuando añade: “... una [circunstancia] más amplia que puede ser común para cualquier latitud celtibérica y que afectaría por igual a todos los escritores...”. Habla Alemany, claramente, de si estas circunstancias por las que pasa el narrador canario se producen por esa condición insular o si es por una cuestión genérica de los narradores, incluso, de los de la Península.

Creo firmemente que es una condición insular del canario y para demostrarlo recurrimos a una comparación: tomemos, de los sillones de la Real Academia Española, tanto de las letras mayúsculas como de las minúsculas, los que están ocupados por escritores y comparemos su narrativa con la de los escritores de Canarias. Con esta elección, la intención de lo que queremos (de)mostrar queda fuera de toda conspiración o de duda. La relación del sillón académico, el nombre del escritor y la procedencia del mismo es la siguiente:

Sillón	Escritor	Procedencia / Lugar de nacimiento
C	Luis Goytisolo Gay	Barcelona
I	Luis Mateo Díez	Villablino (León)
L	Mario Vargas Llosa	Arequipa (Perú)
R	Javier Marías	Madrid
T	Arturo Pérez Reverte	Cartagena (Murcia)
g	Soledad Puértolas	Zaragoza
j	Álvaro Pombo	Santander

m	José María Merino	La Coruña
n	Carme Riera	Barcelona / Palma de Mallorca
u	Antonio Muñoz Molina	Úbeda (Jaén)

Excepto Mario Vargas Llosa y aquellos escritores que son de Madrid y de Barcelona, los demás pueden considerarse de la periferia, de la misma periferia en la que vive un narrador canario, esto es, de una periferia que está a dos horas y media del centro, de Madrid. Pero ninguno de ellos tiene la carencia, la magua²⁸ a la tierra como la tiene el narrador canario a la isla. En los escritores citados, la tierra no es definitoria ni decisoria de su narrativa, no pesa sobre ellos como una espada damoclesiana. Los temas de Antonio Muñoz Molina (Úbeda, Jaén), de Álvaro Pombo (Santander), de Soledad Puértolas (Zaragoza), de José María Merino (La Coruña) o de Luis Mateo Díez (Villablino, León) son generalistas. Si acaso, en este último, el territorio de *Celama* quiera ser una extensión del paisaje castellano y leonés pero es solo una alusión al paisaje y, también, al paisanaje, una propiedad de la narrativa de Luis Mateo Díez pero, de ninguna manera, tratado desde el punto de vista de la “queja”, del “pesar”, de lo que pueda significar ser castellano y leonés para su literatura. Queremos decir que no es como el caso de la insularidad para un narrador canario. Por cierto, y esto da idea de que el territorio de *Celama* no es una carga psico/sociológica para Luis Mateo Díez, que él ha dicho en multitud de ocasiones que desearía que fuera un territorio universal, de una comunidad universal. *Celama* para Luis Mateo es como *Comala* para Rulfo, *Macondo* para García Márquez, *Vetusta* para Clarín, *Región* para Juan Benet, *Salbago* para J. J. Armas Marcelo y otros espacios o territorios literarios para tantos otros autores. No es un espacio que agobie, que atenace, que condicione al narrador peninsular como agobia, atenaza y condiciona la insularidad a un narrador de Canarias.

²⁸ ‘Desconsuelo por la falta, perdida o añoranza de algo’ (Corrales, Corbella y Álvarez, 1996: 1739 s.v. *magua*).

2.1.5. Difusión, producción y distribución

Jorge Rodríguez Padrón (1983: 9-10), tras el momento histórico de las posguerras, constata que empezó a hacerse más patente y profundo el conflicto de la insularidad, descubriendo otros problemas inherentes a las publicaciones:

Sin olvidar tales condicionamientos (carencia de una infraestructura editorial y la escasa competitividad de los productos logrados), y convencido de que solamente podrá alcanzarse un nivel óptimo de difusión y calidad evitando la tentación del regionalismo autosuficiente en ambos sentidos, creo yo que –a estas alturas– ya es posible afirmar sin temor a equivocarnos que, si se ha iniciado venturosamente el camino de una narrativa en verdad nueva, ello es debido a que, en un momento determinado de la historia insular, el escritor ha sentido la necesidad de explicar lo que sea la insularidad, y de explicarse en ella. Novela es, ante todo, análisis, explicación; y por lo tanto, desarrollo de un tiempo y un espacio literarios (novelescos) en los cuales sea posible alumbrar unas determinadas señas de identidad.

Quedaba claro, entonces, que otro de los problemas con que se enfrentaba aquella “narrativa en verdad nueva” era la difusión de los textos en el exterior, la distribución de los mismos. “La necesidad del escritor de explicar lo que sea la insularidad, y de explicarse en ella” quedaba en nada y, en este sentido, poco se ha hecho y se sigue haciendo por parte de las instancias públicas para salvar este inconveniente.

Con respecto a la difusión y distribución de los libros producidos en las islas, especial relevancia tuvo un evento en 1994, dirigido por Juan José Delgado y celebrado en el Ateneo de La Laguna. Fue el *II Encuentro de narrativa canaria. Narradores hacia el fin de siglo*, que tuvo ponencias de mérito, expuestas en general a un escaso público asistente, en las que se habló de este problema:

Hablar sobre Producción, Difusión, Crítica o cualquier otra cuestión relacionada con la narrativa canaria es pecar de reiterativo. Es llover sobre mojado. Y además ocurre algo curioso: todos somos conocedores de los problemas pero se nos resisten las soluciones [...]. En Canarias se produce muchísimo, hay un sinfín de escritores, ya sean poetas, dramaturgos o narradores que no hacen otra cosa que producir. Y todo lo que se produce, se publica. Constatábamos en días pasados que en el año 92 se publicaron en Canarias alrededor de 400 títulos. Más de un libro al día de los que tiene

el año. Y se han producido de forma proporcionalmente similar desde los 70. Hemos oído también en días pasados que no hay crisis de escritores. Menos mal [...]. La solución de los problemas de la narrativa en Canarias, como también se ha dicho -no ya en días pasados sino desde mucho tiempo atrás-, tendrá que venir, entonces, por otros caminos. Y es que el libro se difunde mal, se distribuye mal, se promociona mal y no se vende (Domínguez Suria, 1996: 97).

Quedaron patentes, además, las individualidades de los escritores que dejó la herencia del *boom* de los setenta. Si en esta época primó cierta unidad de crítica y de comportamiento por la que todos hablaban de todos y de las obras de todos, en las ponencias sobre la narrativa canaria de este *Encuentro* finisecular quedaron al descubierto las individualidades de cada narrador.

Daniel Duque (1996: 46), que no fue ponente y sí muy crítico, testificó en un resumen que realizó y publicó sobre este encuentro:

Ya fue leído en su integridad en esta misma casa [el Ateneo] por sus autores, lectura dicho sea de paso y sin ánimo de ofender, que interesó a bien pocas personas, tan pocas que no sé si alguno de los que participaron como ponentes podría vanagloriarse de haber oído el 10% de las restantes exposiciones. Juan José Delgado lo señaló en la prensa por aquellas fechas y como es costumbre por estos riscos se le contestó con un silencio de escándalo [...].

Sin embargo, el debate podía haberse producido porque ideas y enfoques, ya lo hemos dicho, había más que de sobra. Lo que no hubo fue paciencia, acaso humildad, y sobre todo curiosidad por escuchar a los otros.

Las secuelas de la insularidad siguen gravitando sobre el alma de estos narradores nacidos entre los 30 y los 60 como un estigma que nadie es capaz de quebrar. Cualquier intento de vencer a la isla y lo que esta significa es un esfuerzo tan descomunal que las ansias quedan ancladas al borde de la costa, sin avanzar más allá de ella ni adentrarse en el mar.

2.1.6. El complejo de lejanía, el complejo de prisión y la rebeldía del prisionero

Ya nos pueden hablar de que estamos en medio de tres continentes, que somos un nudo que une la Europa que nos dio la cultura, el África que nos da la situación

geográfica o la América que emite una llamada fuerte y racial; que somos coyuntura, encrucijada. Es obvio que eso nos condiciona pero es más obvio que la isla y el mar nos condicionan más. Nos aíslan. Al canario le cuesta salir de su tierra y alejarse de ella. Quizá lo atraiga el arrullo del mar, ese ruido presentido de movimiento repetido de todas las noches lo que imanta la mente del hombre de aquí. Si no, no se comprendería ese síndrome o ese complejo humano que no terminamos de precisar ni de definir. Sin embargo, lo sentimos como un componente más de nuestra esencia. Cuando estamos fuera de casa necesitamos saber en qué dirección está el mar, por muy lejano que esté. Somos una isla dentro de otra isla.

Agustín Díaz Pacheco (2010: 26), en los momentos en que se siente encerrado en una cárcel sin barrotes y sin puertas, dice con cierto aire de lamento:

Salvo contadas excepciones, los escritores canarios se autoexilian, quedando doblemente marginados en su propia tierra. No es más que la consecuencia de una paradójica distancia en un mundo comunicado por una metódica labor de silenciamiento o la misma consciencia que late en muchos creadores. Lo que lamentablemente sucedió con Tomás Morales y Alonso Quesada, e incluso con *Gaceta de Arte* [sic], fecunda en su carácter pionero de orden surrealista, continúa manifestándose en el terreno de editoriales, lectores, suplementos y crítica. Somos, ha dicho Sánchez Robayna, una “luz añadida”, pero esa luz añadida ha generado deliberadas sombras en el archipiélago, tanto entre ciertos críticos como en la atención que merece por parte de los lectores. Más que luz añadida, tal vez la narrativa (cuento y novela) ha sufrido una constante Neocensura. Escritores como los aludidos Tomás Morales y Alonso Quesada, las primeras víctimas, hay que añadir a [lista de autores canarios], por citar a algunos de los muchos destacados o prometedores escritores de Canarias [...]. Más que escritores desalentados constituyen creadores con suficiente coraje e imaginación, sabedores del doble aislamiento, el primero: por la irrefragable tiranía geográfica, y el segundo por una innegable subjetividad neocensora. Nuestra trilateralidad los acosa a la vez que los enriquece. La estructura de sus obras marcan una peculiaridad sintáctica, determinada hechura diferenciadora, bien definida singularidad sin pretender mantenerse situados en la lejanía.

En *Los puercos de Circe*, novela que marcó un hito en la narrativa de Canarias y que dibujó y puso al descubierto las costumbres aburguesadas de la población de Santa Cruz de Tenerife, Luis Alemany da cuenta de esos muros emocionales que nos encierran:

[43]

Porque todo, todo, todo, empieza y termina entre estas cuatro costas que nos unen, que nos separan, que nos limitan, ¡esa!, esa es la palabra: que nos limitan, que nos constriñen, que nos marcan la falsilla a la cual debemos atenernos forzosamente, nos basta con eso..., estamos excusados de todo lo que vaya más allá del terreno que podemos recorrer con los zapatos, nada – nada verdaderamente importante, queda claro– puede trascender en absoluto por encima de las aguas azuladas: nada puede caminar por encima de las olas sin hundirse, sin anularse definitivamente: es necesario que todo quede entre nosotros, que nos pertenezca verdaderamente, para que podamos utilizarlo a nuestro placer, para que podamos manejarlo como creamos más conveniente, para que podamos darle la forma que nos apetezca, [...] ... posturas susceptibles de ser adoptadas llegado el momento, pero que empiezan y terminan entre nosotros, entre Anaga y Los Cristianos, entre Teno y Bajamar, entre San Marcos y El Médano, entre cunas húmedas y nichos subtropicales, y que, como tales formas, se reducen a una sola llegado el momento, como ahora (pp. 328-329).

Cierto es que la isla nos presta la sensación de estar encerrados. La isla hace las veces de una prisión. Muchos hemos pensado más de una vez en nuestra vida, cómo escapar de la isla en caso de una catástrofe, que el canario asocia con una catástrofe volcánica. ¿Cómo escapar si el Teide explota? ¿Cuándo nos tocaría el turno de escapar y salir de la isla? No hay barcos ni aviones para tanta gente. En el desgraciado incendio de La Gomera, el verano pasado, tuvieron que desalojar a las personas de Valle Gran Rey a través del mar y llevarlas a San Sebastián. Por eso el canario se rebela y golpea los hierros de su prisión, gritando desde siempre más transportes, más transportes, más transportes.

2.1.7. El rechazo a lo que procede del exterior, la conciencia de ser diferente

En los años inmediatamente siguientes a la finalización de la Guerra Civil española y para controlar de cerca las diferentes administraciones públicas, llegaron a Canarias un enjambre de funcionarios, autoridades y mandatarios que provenían de la Península. Eran personas comunes, sin más recurso ni mérito que el haber ganado unas oposiciones y con una característica muy peculiar: eran los “vencedores” de la contienda y los que habían jurado fidelidad al Dictador. No deberían de ser muy letrados, salvo en lo suyo, ni muy educados en las costumbres sociales. De modo que

llegaron a Canarias como los nuevos conquistadores y con la pesadumbre de estar “fuera” de España. Para ellos, lo más alejado de España terminaba en Cádiz. El resto era el “plus ultra” de las “columnas de Hércules”. Es decir, insisto, venían como nuevos colonizadores.

Aquella fauna fue rápidamente catalogada por los canarios con la resignación de lo irremediable y con la certeza de que en Canarias, que no habíamos sido capaces de ganar unas oposiciones como aquellas, había que soportar lo que venía de fuera: peninsulares eran los que con una disposición más clara, venían a trabajar, a integrarse, a entablar relaciones bilaterales...; por el contrario, *godos* eran los que venían a arrasar con sus abusos. El ser “godo” era un estigma. La defensa del hombre canario -no tenía otra- fue la burla, el no dejar pasar ni una y el llegar hasta el insulto. La narrativa canaria se hace eco de estas circunstancias y lo refleja en sus páginas a través de sus escritores. La burla, incluso, podía ser entre funcionarios, unos ya afincados en las islas y otros que llegaban nuevos. Juan José Delgado, en *Canto de verdugos y ajusticiados*, lo refiere así:

[45]

Finiquitando el siglo XVI llegó a la ciudad de los Adelantados, capital de la isla por aquel entonces, un visitador cargado de misiones secretas. Tan reservado y plenipotenciario se calificaba el asunto que hasta el propio gran funcionario temblaba del carácter de su misión. En verdad su cargo era el de Intendente General y podía nombrar o incluso, si motivos encontrase que lo dispusieran, nombrarse nuevo Gobernador y Capitán General de la Colonia.

A su llegada se le facilitaron los libros buenos para supervisarlos, se le desfiló por logros y construcciones diligenciadas por el Ayuntamiento; se le encaminó por calles urgentemente remozadas, que fijara la vista en la pujanza evidente de la cosa pública. En pocos días se le mareó suficientemente y de tal modo que no advirtiera nada que no fuera bueno.

El hecho fue que, satisfecho de su encargo de fiscal, se embarcó de nuevo a la Metrópoli con vítores, salvas de cañón de bronce y tras un brindis que los dignatarios del Excelentísimo Ayuntamiento habían organizado en su honor (p. 71).

Víctor Ramírez, en *Nos dejaron el muerto*, habla de la esposa de don Lucio, el fallecido, como de una mujer que no conocía el mar porque era de *muy adentro de la península*. Y don Lucio *se había hecho malo* cuando entró en posesión de su mando -el mando que le daba su camisa azul-:

[34]

Eloisita Peralta no procedía de aquí en la isla. Había nacido en la península, muy adentro de la península, y no conocía el mar cuando tuvo que subir al barco para venirse acá. Se casó jovencita, casi niña, a causa del hambre cuando la guerra, se casaron allá. Dijo en una ocasión que don Lucio se había hecho malo después de volver a pisar su tierra, cuando hubo de ponerse la camisa azul. Allá era cariñoso y atento, y cantaba y reía fuerte, con ganas. Aquí ya no le vi cantar jamás, ni reír saludable (p. 24).

Quizá sea Luis Alemany, en *Los puercos de Circe*, quien más crudamente refleje el trato de los canarios hacia los peninsulares *godos*. En estos tres textos no hay lugar a la duda sobre la animadversión que los unos sentían hacia los otros, aunque mediara entre ellos la amistad:

[40]

–En este puñetero país -protesta Rafa-, hace un calor insoportable siempre, trescientos sesenta y cinco días al año.

–Estos godos -dice Martínez mirando a Rafa- se creen que son los dueños de las islas. Si nadie los mandó venir, jediondos...

–No sé qué sería de vosotros sin los godos -dice Rafa bebiendo un trago de whisky y mirando a las muchachas que entran de la terraza luminosa (p. 78).

[41]

Pero ahora, (de las tres mil pesetas no dices nada, gruñe casi en voz alta,) desde hace unos minutos, desde que nos sentamos, ¡mucho antes!, (que es lo que éramos y somos nosotros para ti en realidad,) vosotros (o ustedes), (y las tres mil pesetas del lunes) como dicen por acá, con ese giro tan peculiar y, paradójicamente, tan entrañable), (y las tres mil pesetas del martes, y colorín colorado;) vosotros sois un grupo magnífico, (delante de Alberto, Linares, el catedrático de literatura,) un grupo que no parece encerrado en una isla, (parece seriamente interesado en las palabras del Notable Poeta,) que no parece encontrarse ajeno del territorio español..., peninsular, quiero decir: (¿qué se habrá creído este tipo?, mira instintivamente a Carlos, esperando que salte de un momento a otro llamando). Nunca sospeché vuestra humanidad, (godo jediondo, y con razón, piensa Alberto, al tipo este de...) vuestra simpática humanidad o vuestra humana simpatía, como preferáis (p. 97-98).

[42]

–¡Qué bonito, qué bonito es esto! -dice pausadamente el Notable Poeta mientras el Alfa Romeo de Manolito Trujillo desciende por la sinuosa carretera de Las Cañadas, cortada casi a pico sobre mares de nubes y flanqueada por raquíticas retamas-. ¿Sabéis qué me recuerda este paisaje? Me recuerda a Jaén.

Alberto, recostado sobre una de las portezuelas de detrás, emite un gruñido extraño. Siente escalofríos, modorra y malhumor, y el Notable Poeta hace un rato que le parece insoportable. Maldice cada vez más la hora en que Manolito lo llevó a su casa la noche anterior, después de la cena, y las copas de más que debía tener Manolito para proponer esta excursión, y no comprende cómo Manolito puede estar tan alegre y tan despejado después de lo de anoche.

-¿A Jaén? -pregunta Alberto con los ojos entornados-. ¿Tú has visto alguna vez retamas en Jaén, coño?

-Bueno, hombre -interviene Manolito Trujillo saliendo al quite del Notable Poeta-. Pepe tiene razón en parte -Manolito y Alberto tutean al Notable Poeta desde que se tomaron juntos la primera copa en el bar del Mencey; y lo llaman Pepe desde la hora del almuerzo-: estos paisajes del Teide se parecen a muchos paisajes a la vez; nuestra isla, en realidad, se parece a toda España un poco, ¿no crees? (pp. 127-128).

A veces, lo que procede del exterior viene acompañado de una violencia aumentada por la distancia. J. J. Armas Marcelo lo muestra así en *El árbol del bien y del mal*:

[32]

Todo acabó con la misma fuerza que había empezado, como un rayo repentino en un cielo azul y abierto a todos los vientos. El Duque de Tormes, personaje sumamente influyente en la Corte española, amenazó con acercarse a la isla de Salbago y saldar las cuentas de honor manchado mandando matar a aquel plebeyo con suerte. “Si voy -le hizo saber a Blanca Francisca de Tormes a través de un mensajero de toda su confianza-, es para que ese criollo palurdo no pueda ni contar su epopeya”. Blanca Francisca entendió a la perfección el aristocrático gesto de su marido (p. 38).

Hoy, la situación ha cambiado. Afortunadamente. El auge de la escolarización, las comunicaciones, el crecimiento tecnológico, lo que le corresponda de él al área de la informática, la globalización y, sobre todo, la llegada invasiva del turista, el convertirnos en cosmopolitas, han propiciado que ese rechazo a lo que procede del exterior haya desaparecido. Nos sigue molestando que una población que es el 4,6 % de la total española -más alta que la del País Vasco y que la de Extremadura, por ejemplo-, siga siendo ignorada en los medios peninsulares.

2.1.8. La bipolaridad en la escritura: escribir dentro o escribir fuera de Canarias

Jorge Rodríguez Padrón (2002: 25-27) hace una llamada a lo que él denomina o bautiza como la “bipolaridad”:

Pero allí [en la isla] germinó, también, un elemento perturbador. Como he dicho, los límites de la isla se estrecharon y se estableció una bipolaridad lógica, pero que ha sido muy mal entendida y peor asimilada por la mayoría de estos escritores. Todo el debate sobre la narrativa entonces iniciado se redujo -de buenas a primeras- a una simple disyuntiva circunstancial: o escribir en la isla o escribir fuera de la isla. Y poco a poco, aquellos alevines aventajados fueron desapareciendo gradualmente para aparecer -años después- en esa feria capitalina donde ya la literatura comenzaba a formar parte del gran espectáculo mediático: “la movida” y sus más tristes secuelas que hoy sufrimos. Digo desaparecer en el doble sentido: porque ya no entregaban su vida a la escritura; porque se perdieron al perder su voz y su mundo novelesco propios. Puede que así dieran el salto deseado; pero, en vez de hacer la aportación de su diferencia a la novela española, aunque para conseguirlo hubieran de mantener su marginalidad combativa, prefirieron sumergirse en las mansas aguas del decir general que se imponía sin obstáculo alguno.

Esta “bipolaridad lógica”, como la denomina Rodríguez Padrón, fue muy mal entendida y peor asimilada, como él mismo anota. Aquellos escritores que cambiaron de domicilio e iniciaron la aventura peninsular y se establecieron en los dos grandes polos de la cultura, que eran -y siguen siendo- Madrid y Barcelona se diluyeron entre las grandes masas, costumbres y modas de esas urbes y, si llevaban alguna intención de defender o auspiciar una narrativa canaria, todo se quedó en agua de borrajas. Lo dice el propio Rodríguez Padrón: “prefirieron sumergirse en las mansas aguas del decir general”. Y no es porque las raíces de su narrativa desaparecieran o quedaran mermadas, sino porque la enorme maquinaria de las capitales los engulló y los hizo hijos suyos. Los periódicos -*El País* para Juan Cruz, *ABC* para Armas Marcelo- y la radiotelevisión -para Fernando G. Delgado-, por citar algunos, fueron sus centros de trabajo y la dinámica que les marcaron estos medios los envolvió. Siguieron escribiendo, sin duda, pero de manera generalista.

A nosotros no nos gusta el término *bipolaridad* porque no se trata de diferenciar una manera de escritura, sino de marcar el sitio donde se crea. Escribir dentro de la isla

o escribir fuera de ella. Y eso no significa cambio sustancial alguno, ni para bien ni para mal. Lo que escribió cada uno de ellos -y sí que escribieron- no tuvo nada que ver con la narrativa insular, aunque en sus temas nombren a las islas. *Salbago* para Armas Marcelo es lo más parecido a la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, así como para Juan Cruz su Puerto de la Cruz, el Patio de su casa o la Playa de El Médano son su isla.

La universalidad no tiene nada que ver con el sitio en donde se escribe, ni el sitio tiene nada que ver con la calidad de lo escrito. Innumerables ejemplos me vienen a la cabeza a bote pronto: Bartolomé Cairasco de Figueroa -y no consulto dato alguno- escribió “dentro” y condujo a Luis de Góngora a componer versos esdrújulos; Benito Pérez Galdós escribió “fuera” y poco más hay que agregar sobre su universalidad; José Viera y Clavijo escribió “dentro” y tampoco hay que hacer notar su universalidad. Me vienen a la memoria algunos más: Tomás de Iriarte, Agustín de Bethencourt... La disposición a expresar las ideas por escrito y su alcance no tiene nada que ver con el lugar donde se escribe.

Si hago referencia a ello es para que quede constancia de él, para no ignorarlo, como una estrategia más para cruzar el mar y romper el istmo. Los jóvenes de la última hornada que viven hoy en Madrid, como Rafael-José Díaz o Javier Rivero Grandoso, lo están por motivo del trabajo conseguido -la enseñanza o los estudios de postgrado, respectivamente- y, exagerando, claro está, están más preocupados por coger el metro a su hora y llegar a tiempo a sus destinos que de cualquier otra cosa. Y sanseacabó con la bipolaridad.

2.2. VÍAS ABIERTAS, ¿O NO?

[19]

Le daba la razón a don Miguel de Unamuno cuando en su destierro majorero llegó a la conclusión de que esta soñarrera insular, el estado belicoso en que viven los seres cercados por el océano, se curarán con comunicaciones más rápidas e intensas con España y con el resto de Europa y América, pues con ello se olvidarían de sus rivalidades mezquinas, del abatimiento de sus espíritus: -Sois islas dentro de islas, dijo Enrique sintiéndola respirar cerca, como si les aproximara la lluvia fina que golpea los cristales frente al mar turbio... (p. 111).

Este texto de *Las espiritistas de Telde*, de Luis León Barreto, que el personaje Enrique pone en boca del de don Miguel de Unamuno de hace casi un siglo, encaja perfectamente en este epígrafe. Nuestros males, dijo el erudito maestro, “se curarán con comunicaciones más rápidas”. Era una premonición. Está claro que esa premonición se ha cumplido; las nuevas tecnologías desbaratan para los narradores canarios gran parte de los inconvenientes de la insularidad expuestos. Las consecuencias de la insularidad y de sus cuestiones conexas expresadas en este Trabajo han pasado al archivo *histórico* gracias a las modernas técnicas informáticas. Sobre todo para los narradores más jóvenes, que ocuparán el núcleo de esta Tesis.

¿O no es así todavía y siguen embarcados en siete naves con rumbo cambiante?
¿O sigue existiendo alguna de las viejas barreras?

No obstante, sigue siendo conveniente salir de la isla, de las islas, y escribir en los centros de producción y de difusión, pero no más conveniente que para otros escritores de ciudades peninsulares. No por bipolaridad geográfica alguna, sino por la practicidad. En esta cuestión de vivir fuera, el canario en general es bastante renuente a salir de su tierra, pero el que se queda ya sabe que no se puede quejar a la postre de no haber salido.

Una cosa sí nos sigue molestando. No sé si son palabras del personaje Enrique puestas en boca de don Miguel, o son palabras reales, las que se refieren a “comunicaciones más rápidas e intensas con España y con el resto de Europa...”. Hizo falta en el texto, lo dijera el personaje por boca de don Miguel o fueran palabras reales dichas por tan insigne persona, haber dicho “comunicaciones más rápidas e intensas con el *resto de España*”, y no *con España*, teniendo en cuenta que Canarias es una parte de España. O, en otro caso, decir comunicaciones más rápidas e intensas con la Península, con el resto de Europa y América. Somos también España y nos duele la exclusión.

CAPÍTULO 3. EL G-21

Como ya señalamos en la “Introducción”, en 2011 apareció la antología *Generación 21: Nuevos novelistas canarios*, escrita y editada por Ángel Morales García, el promotor de dar noticia de este grupo de escritores. El libro fue acogido con agrado porque se intuía por parte de la crítica que era necesaria una revisión de la narrativa última que estaba surgiendo en el panorama de las Letras canarias. Fue una antología sobre doce escritores que propició, enseguida, la necesidad de montar una colección sobre la generación porque, al calor de aquella antología, emergieron otros escritores jóvenes que mostraban una fuerza inusitada. El editor, propietario de Ediciones Agüere, estableció entonces llegar a la treintena de novelas, que comenzó como continuación de la antología y terminó alrededor de febrero de 2017 con la misma -mucho- ilusión.

3.1 AUTORES Y OBRAS

Como es lógico, teníamos que elegir entre los autores de la antología y los autores de la colección de las treinta novelas: un buen número de estos eran escritores noveles y no era prudente dar cabida a todos sin una previa selección que determinara o sopesara la calidad de sus obras. Establecimos entonces dos criterios ya explicados en la “Introducción”. Con ellos, los autores seleccionados para este trabajo son diecisiete, y treinta y cuatro las novelas objeto de análisis. Ordenados según su fecha de nacimiento, la nómina de autores, junto a las obras seleccionadas, es la que sigue:

1. **María Teresa de Vega** (La Laguna, Tenerife, 1948).

Merodeadores de orilla, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Agüere–Ediciones Idea, 2012.

Divisa de las hojas, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Agüere–Ediciones Idea, 2014.

2. **Cecilia Domínguez Luis** (La Orotava, Tenerife, 1948).

Si hubieras estado aquí, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Agüere–Ediciones Idea, 2013.

La muchacha del ajeno, Santa Cruz de Tenerife, Diego Pun Ediciones, 2016.

3. **Damián Hernández Estévez** (Los Realejos, Tenerife, 1960).

... En el aire queda, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Agüere–Ediciones Idea, 2012.

Quién como yo, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Agüere–Ediciones Idea, 2015.

4. **David Galloway Rodríguez** (Santa Cruz de Tenerife, 1960).

Agua de arroz y flores, Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias: Nuevas Escrituras Canarias, 1991.

El perfil de las esquinas, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2012.

5. **José Luis Correa Santana** (Las Palmas de Gran Canaria, 1962).

Nuestra Señora de la Luna, Barcelona, Alba Editorial, 2012.

El detective nostálgico, Barcelona, Alba Editorial, 2017.

6. **Anelio Rodríguez Concepción** (Santa Cruz de La Palma, 1963).

El león de Mr. Sabas, Santa Cruz de Tenerife, InterSeptem, 2004.

La abuela de Caperucita, Santa Cruz de Tenerife, La Caja Literaria, 2008.

7. **Santiago Gil García** (Santa María de Guía, Gran Canaria, 1967).

Yo debería estar muerto, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2011.

La costa de los ausentes, Madrid, Mercurio Editorial, 2016.

8. **Cristo Hernández Morales** (La Laguna, Tenerife, 1968).

Envasados al vacío, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2005.

Unidades libres, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Agüere–Ediciones Idea, 2014.

9. **Javier Hernández Velázquez** (Santa Cruz de Tenerife, 1968).

El sueño de Goslar, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Agüere–Ediciones Idea, 2013.

Los ojos del puente, Madrid, M.A.R. Editor, 2014.

10. **Ángel Vallecillo** (Valladolid, 1968).

Bang bang Wilco Wallace, Valladolid, Difácil, 2014.

9 horas para morir, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Agüere–Ediciones Idea, 2014.

11. **Nicolás Melini Concepción** (Santa Cruz de La Palma, 1969).

Cuaderno de mis mayores, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2006.

El futbolista asesino, Madrid, Editorial Casa de Cartón, S.L., 2012.

12. **Víctor Álamo de la Rosa** (Santa Cruz de Tenerife, 1969).

El humilladero, Madrid, Ediciones La Palma, 1994.

Isla Nada, Zaragoza, Tropo Editores, 2013.

13. **Alexis Ravelo Betancor** (Las Palmas de Gran Canaria, 1971).

La última tumba, Madrid, Edaf, 2013.

Las flores no sangran, Barcelona, Ediciones Alrevés, 2015.

14. **Víctor Conde** (Alfredo Moreno Santana) (Santa Cruz de Tenerife, 1973).

Crónicas del multiverso, Barcelona, Editorial Minotauro/ Grupo Planeta, 2010.

Malpaís, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Agüere-Ediciones Idea, 2012

15. **Carlos Cruz** (Los Realejos, Tenerife, 1977).

h., Madrid: Ediciones Dilema, 2009.

No es la noche, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Agüere- Ediciones Idea, 2012.

16. **Eduardo Delgado Montelongo** (Santa Cruz de Tenerife, 1981).

Cuaderno afortunado, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2011.

El centro del gran desconocido, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Agüere-Ediciones Idea, 2013.

17. **Daniel (Hernández) María** (Agulo, La Gomera, 1985).

El hombre que ama a Gene Tierney, Santa Cruz de Tenerife: CajaCanarias/La Página Ediciones, 2013.

Un crimen lejos de París, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Agüere-Ediciones Idea, 2014.

De ellos, María Teresa de Vega, Cecilia Domínguez Luis, Damián Hernández Estévez, Carlos Cruz y Daniel Hernández María no estuvieron en la antología *Generación 21: Nuevos novelistas canarios*, pero tienen obra publicada en la Colección G-21.

3.2. LOS AUTORES DEL G-21: BIOGRAFÍA, BIBLIOGRAFÍA, POÉTICA

La recopilación de los datos biográficos y bibliográficos de los autores seleccionados se ha efectuado a partir de cualquier documento que hablara de ellos: la nota de prensa sobre las presentaciones de sus libros, las solapas y contrasolapas de estos, recortes de prensa y revistas que contuvieran cualquier dato, por mínimo que fuera...; he recurrido también a los *blogs* que muchos de estos autores tienen activos, a la información sobre ellos que proporciona *Internet*; y, sobre todo, a ellos mismos, pues con ellos mantengo una constante relación literaria, bien a través de la prensa escrita, bien a través del correo electrónico y de las redes sociales, bien a través de la coincidencia en cuantos actos literarios se organizan en torno a sus obras, o a las mías. Así pues, puede decirse que me he servido y aprovechado de todo. Un aspecto importante de esta Tesis que debe tenerse en cuenta es el hecho de que estamos

hablando de personas vivas que están entre la treintena y la cincuenta de sus existencias (excepto dos, que son María Teresa de Vega y Cecilia Domínguez Luis, que son mayores, de mi generación). Otro aspecto interesante que debe destacarse es que, gracias a que conozco a todos los autores, y viceversa, he podido solicitarles por correo electrónico cualquier dato que me faltara y, sobre todo, y esto quiero recalcarlo especialmente, por el valor que supone contar con obra de creación original e inédita en un trabajo de este tenor, les he solicitado una Poética: cómo ven ellos su narrativa, su forma de narrar, cualquier influencia recibida y que les haya servido para sus narraciones. La elaboración de este Capítulo ha sido, desde estos presupuestos, mutuamente enriquecedora.

3.2.1. María Teresa de Vega

Nació en 1948 en la ciudad de La Laguna, Tenerife, y “fui engendrada en el ‘año de la seca’ en El Hierro, isla a la que mi madre fue destinada como maestra”.

Su infancia transcurrió en La Laguna donde asistió al colegio religioso de las Madres Dominicas hasta que ingresó en la universidad. A diferencia de lo que se cuenta en algunos relatos de escritores que fueron alumnos de colegios de monjas o curas, no sufrió situaciones de excesiva severidad, sino que “puedo decir que fueron, en conjunto, años felices”. De esta etapa le quedó, porque allí los había, el amor por los patios con arriates, por los estanques con pequeños peces rojos, por la simetría y el orden, orden que, como niña y después adolescente, pugnara por romper cuando se volvía contrario a deseos urgentes. En cuanto a las materias que estudió, ninguna fue su predilecta, si bien la literatura le resultaba agradable, casi como una labor de recreo. Como no se sentía especialmente atraída por ninguna, hizo un bachillerato superior y un preuniversitario de Ciencias: reinaba en ella la idea de que los conocimientos adquiridos en esta rama eran más amplios y variados, y que, no menos que en Letras, eran indispensables para una adecuada formación. La orientación cambió cuando ingresó en la universidad.

Paralelamente, leía mucho. Su padre era escritor y un gran lector (Isaac de Vega), así que dispuso siempre de libros de calidad. Las grandes obras de la literatura universal estaban en las estanterías, y también las clásicas del pensamiento

contemporáneo. No es que las leyera porque estaban ahí, sino porque gozaba de una buena curiosidad intelectual, y una disposición a encontrar gusto en la lectura. Encontrar el objetivo cerca, indudablemente acrecentó su amor por los libros.

En esta época, no le rondaba todavía la idea de escribir. Pensaba que había que tener mucha experiencia de la vida y ella, desde la posición de entonces, amable y recogida en un ordenado colegio, no se veía candidata a ejercer tan compleja tarea.

Se matriculó en Filosofía y Letras, y después de los dos años comunes, en Filología Románica. Dado el bachillerato que había cursado, tuvo que luchar con el latín, que apenas había estudiado, y elegir árabe, pues no sabía una palabra de griego. Ya en la especialidad, comenzó su etapa estructuralista, la corriente lingüística y de crítica literaria que estaba entonces de moda. Dominaba, pues, en aquellos tiempos, la curiosidad por las *estructuras* en que había ido a resolverse todo y *el todo*, pues este tendría que ser la estructura de las estructuras.

Los estudios de la especialidad, con buenos profesores, fueron muy de su gusto. Por otra parte, los años comunes con las otras especialidades no fueron seguidos sino que se alternaron con dos cursos que siguió en la Escuela de Bellas Artes. Creía entonces que su vocación era la pintura.

Terminada la carrera y después de ejercer un año en un instituto de Santa Cruz de Tenerife, estuvo trabajando como *au-pair* en París durante un año. En París frecuentó sus museos, su arquitectura y urbanismo y reforzó su francés de estudiante. De vuelta a casa, ya hubo que enfrentarse con la necesidad de trabajar sin interrupciones.

Así que empezó de nuevo en Santa Cruz de Tenerife y al año siguiente en un instituto en Madrid. En esta ciudad hizo las oposiciones y, ya como funcionaria de enseñanza, su primer destino fue un pueblecito de Cáceres, Valencia de Alcántara, a 10 kilómetros de la frontera con Portugal. Aquí comenzó su conocimiento del país vecino y en los dos años que permaneció en ese destino lo visitó muchas veces.

En Madrid de nuevo, dio clase durante muchos años en un pueblo de la provincia, Arganda del Rey. En el invierno, muy temprano por las mañanas, la niebla subía desde el Jarama a la carretera y era un hermoso espectáculo. Como tantos otros de esta región madrileña.

Con el tiempo, la idea de escribir anidó en su cabeza y empezó con un libro de relatos que se publicó en 2000. Ya en Canarias, se dedicó a escribir. Participa en un

grupo de lectura de poesía, escribe en la sección cultural de un periódico y acude a muchos actos culturales en la isla.

Poética, por María Teresa de Vega

Mis obras nacen de una o dos ideas que se convierten en impulsos narrativos. Generalmente, cuando son dos o tres, en principio no parecen estar relacionadas entre sí, pero me dejo convencer por ese, diríamos, mandato del inconsciente y a lo largo de la escritura esos núcleos temáticos llegan a encontrarse.

Empiezo con borradores, y todavía la estructura no hace su aparición. Es con el desarrollo amplio del texto cuando veo qué organización del material narrativo es la más conveniente. Ocurre así en términos generales. No obstante, en algún caso sí que he visto de antemano el hilo conductor de lo narrado y sus adherencias, y cómo los textos tenían que adaptarse a él, ese hilo que condicionará el transcurrir de la obra.

En varias narraciones hay bastante diálogo. Muchas veces tiene que ver con una característica de mis escritos y es la intertextualidad, es decir, el diálogo con otros textos de creadores y creadoras de la historia cultural. En muchos casos, puestos de manifiesto a través del encuentro entre los protagonistas. Conversaciones con libros que me han interesado. Que el ser humano ha debatido: filosofía, religiones, ideales, sueños... que están por debajo de lo que vemos y creemos. Por supuesto, otros diálogos tienen que ver con las vidas de los personajes.

En lo que es puramente narrativo, utilizo tanto la primera como la tercera persona omnisciente. A veces, se dan juntos en un mismo párrafo ambos puntos de vista: la tercera persona perfila la situación y el estado de ánimo y, luego, la voz del sujeto, lo que él o ella siente y piensa dado directamente. Ocurre también que esas distintas voces, esas primeras personas y sus circunstancias se alternan en lo que quiere ser una medida distribución.

En cuanto al estilo, el mío se aleja voluntariamente del estilo de “grado cero”, de la “escritura blanca” que decía R. Barthes. Del estilo neutro. Carece de esa simplicidad

y sencillez que a muchos gusta, pero que a mí me parece -aplicado a mi caso- un tanto insípido, sin ecos, ajeno a lo que entiendo por lengua literaria.

En algún caso, como en los relatos de *Sociedad sapiens*, mi actitud con respecto a la lengua empleada es, a veces, de juego. Es puro “divertimento” emplear palabras hoy no usadas, con todo su halo aristocrático, o construcciones sintácticas un poco alambicadas, solo para poder entrar en la realidad al modo como ellas lo hicieron. En estos relatos, utilizo a veces una lengua de empaque altanero, por pura diversión y disfrute de su caudal de resonancias.

Las sensaciones que experimento mientras escribo son muy comunes al escritor. Depresión cuando lo que escribo no me parece aceptable, y de satisfacción cuando creo que lo conseguido es de cierta calidad. También me río de cosas escritas, que seguramente solo a mí hacen gracia.

Bibliografía

Novela:

Niebla Solar, Santa Cruz de Tenerife, Baile del Sol, 2010.

Merodeadores de orilla, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Aguiere -Ediciones Idea, 2012.

Divisa de las hojas, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Aguiere-Ediciones Idea, 2014.

Relato:

Perdidos en las redes, Santa Cruz de Tenerife, Editorial Benchomo, 2000.

Sociedad sapiens, Santa Cruz de Tenerife, Baile del Sol, 2005.

Poesía:

Perdonen que hoy no esté jovial, Santa Cruz de Tenerife, Editorial Benchomo, 2001.

Cerca de lo lejano, Santa Cruz de Tenerife: Editorial Benchomo, 2006.

Mar cifrado, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Idea, 2009.

Referencias sobre su obra

- Cabrera Cartaya, Iván (2014), “Hojas de Vega”, *La Opinión de Tenerife*, 06/11/2014: 25.
- Del Rey Poveda, Juan J. (2005), “Sociedad sapiens”, *Espéculo, Revista de estudios literarios*, 30, Madrid, Universidad Complutense de Madrid.
- García Rojas, Eduardo (2012), “María Teresa de Vega / Escritora”, *El Perseguidor*, Suplemento Cultural del *Diario de Avisos*, 01/08/2012: 1.
- Hernández Estévez, Damián (2014), “Divisa de las hojas”, *El Perseguidor*, Suplemento Cultural del *Diario de Avisos*, 09/11/2014: 2-3.

3.2.2. Cecilia Domínguez Luis

Su biógrafo Eduardo Pedro García (2014) escribe que nació en La Orotava (Tenerife) en 1948 y comenzó sus estudios de Filosofía y Letras en la Universidad de La Laguna. Más tarde marchó a Madrid para realizar la especialidad de Historia del Arte y, finalmente, concluyó la licenciatura en Filología Hispánica. Ejerció primero como profesora de Educación General Básica y, más tarde, como profesora de Enseñanzas Medias en Tenerife. Compaginó la labor docente con el trabajo en revistas, fue secretaria de la revista de Arte y Literatura *Fetasa*, y formó parte del comité de redacción de *Cuadernos del Ateneo*. También ha realizado trabajos de gestión cultural, entre los que cabe destacar su periodo de Presidenta del Ateneo de La Laguna entre 1999 y 2001. Asimismo, ha escrito diversos artículos de investigación publicados en revistas y libros de conjunto sobre literatura, y ha participado en diversas jornadas y congresos.

Comenzó a escribir siendo una niña y más tarde, en los años setenta publicó poemas y relatos en revistas y en las páginas literarias de la prensa de Tenerife, en *La Tarde*, *El Día*, *Diario de Avisos*, o *La Gaceta de Canarias*. Y más tarde también en otras publicaciones peninsulares e internacionales. Su primer libro de poemas es del año 1977, se trata de *Porque somos de barro*, en el que hallamos algunos temas que

devienen en recurrentes a lo largo de su producción posterior, como es la reflexión sobre las relaciones humanas y la introducción de elementos de la cotidianidad para hablar del hombre y su esencia. Esta temática volvió de modo más patente cuatro años más tarde en *Objetos*, tal y como queda reflejado en el título. *Presagio de sueños en las gargantas de las palomas* (1982) fue su tercer libro, que ya la convirtió en una autora conocida en los círculos literarios y empezó a ser una de las voces más peculiares e importantes de la poesía canaria. *Un cierto sabor ácido para los días venideros* (1987) continúa con su particular modo de observar la realidad, su entorno, que convierte en universal desde la cotidianidad de su isla de origen. Observamos una mayor profundidad en la temática en torno al hombre y comenzó a percibirse esa visión burlesca e irónica de las relaciones humanas, y también de algunos de los conceptos o personajes de la propia historia de la literatura que será habitual en ella. *Víspera de la ausencia*, un poemario de 1989, significó el salto a la publicación fuera del archipiélago y en él reflexionaba sobre la pérdida. En 1993 realizó una suerte de antología en su libro *Poemas 1981-1992*, donde incluyó los poemarios ya editados *Objetos*, *Presagios de sueños en las gargantas de las palomas*, *Un cierto sabor ácido para los días venideros* y *Vísperas de la ausencia*, así como los inéditos hasta ese momento. *Otoño de los dáciles dedos* y *Fábulas y otros desconciertos*. Los libros publicados entre 1997 y 2000 desarrollan temáticas que ya venía apuntado en obras precedentes, pero en los que ahora indaga nuevas formas expresivas, como puede verse en *Y de pronto anochece*, *Así en la tierra* o *Solo el mar*, obra esta última que realiza en colaboración con el fotógrafo y arquitecto Carlos Schwartz. En su siguiente texto, *Doce lunas de Eros* (2003), se adentró en la temática erótica, un recorrido por la tres estaciones y sus peculiaridades eróticas, y está ilustrado por doce pintores canarios. *Azogue* (2005) es una entrada en el mundo de la magia y el viaje hacia lo desconocido. Tema este el del viaje que vuelve a aparecer al año siguiente en *Para cruzar los puentes*, donde deviene en *leitmotiv*, vertebra el poemario. Aunque estos viajes no son similares a los de los viajeros clásicos que vuelven enriquecidos, sino que los de la autora no tienen puerto al que volver. En *Duda* (2007) incluye veinte poemas estructurados -según menciona Domingo Báez- de forma “tan simétrica como un objeto y su imagen ante un espejo o como un número o una palabra capicúa”. En este poemario vuelve al uso de estrofas tradicionales, tales como el soneto alejandrino, los tercetos o la sextina.

A estos libros debemos sumar la antología *Octubre* (2003), y también debemos mencionar que aparecen poemas suyos en diversas antologías de literatura canaria y también de mujeres poetas. Asimismo, su obra ha sido estudiada por diversos críticos.

Incursionó en la narrativa, primero desde el relato, que la autora considera el género más cercano a la poesía, debido a la necesidad de síntesis que conlleva. Había publicado relatos en publicaciones periódicas, pero su primer libro en prosa no apareció hasta el año 1994: se trata de *Futuro imperfecto*, donde trata temas similares a los que hallamos en la poesía, pero lo hace desde la narración porque consideró que quería contar historias que no podía decir a través de la poesía. En ellos propone un juego al lector sobre el concepto de lo femenino y lo masculino, al no dar pistas del sexo de algunos de sus protagonistas. Otros libros de cuentos son los dos volúmenes infantiles *Entre Tejados* y *Fompi*, el juvenil *Días de abril* y la novela *El viento en contra*.

A partir de 2012 se declaró como una narradora de primera línea al escribir *Los niños de la lata de tomate*, *Si hubieras estado aquí* (2013), *El sepulcro vacío* (2015), y *La muchacha del ajenjo* (2016), con las que irrumpió en el ámbito novelístico con una fuerza arrolladora

Toda su producción, tanto poética como narrativa parte de la experiencia, del mundo que la rodea. Los objetos de la cotidianidad entran con naturalidad en sus poemas, del mismo modo que los elementos de la naturaleza (tierra, agua, fuego, árbol). Si fuese pintora diríamos de ella que es muy matérica, con una materia cargada de vida que dota a su obra de gran cercanía y verdad. A ello hay que sumar su gran preocupación por las problemáticas que asolan la sociedad, el aislamiento, la soledad, la pérdida de identidad, la transformación de los valores, la xenofobia, el racismo, la deshumanización, etc., sobre los que reflexiona con gran calado y una visión abarcadora, pues si bien es cierto que parte de la vivencia personal o ajena del entorno, sabe trascender y dar una visión universal.

Asimismo, lo lúdico está siempre presente, pero como un juego en el sentido más serio y lúcido, desde una concepción casi antropológica. Juega con las ideas preestablecidas, con las supuestas verdades sociales, con las relaciones humanas en general, con los matices del amor, etc., lo que la conduce a que encontremos a menudo una gran desacralización de lo admitido como políticamente correcto. Elemento este que también está enriquecido con la ironía que está siempre presente en su producción.

En cuanto a su palabra poética siempre hay una búsqueda y un juego con la significación. Ella sabe del gran poder de la palabra para moldear un mundo a través de ella y desde esa certeza experimenta y pule hasta lograr el término adecuado.

Por ello, su obra conforma una unidad y es una de las producciones más lúcidas del archipiélago, pues tiene un imaginario muy definido sobre el que se interroga continuamente y hace que los lectores hagan lo propio, pues considera que el lector debe contribuir desde su lectura para completar los juegos de lectura e imágenes que crea y los caminos que abre para la reflexión sobre nosotros mismos y sobre el hombre en general.

Poética, por Cecilia Domínguez Luis

Debo comenzar confesando que para mí la poesía es mi primera vocación y, por lo tanto, una necesidad vital que reconozco y en la que me reconozco cada día.

En mi evolución poética creo que existe una cada vez más exigente investigación sobre mi propio yo, sobre mi mundo, el real y el imaginario y su reflejo en los otros; y también un deseo de comunicar la inocencia primera que pretende que las cosas sean más allá de sus propios límites

Por esos mis poemas, sobre todos los últimos, plantean preguntas y buscan posibles caminos desde una reflexión, un tanto escéptica del pasado, donde nada parece haber sido importante ni definitivo.

Pero un día me di cuenta de que había cosas que quería contar y que no podía hacerlo con el lenguaje poético, Eran historias que me habían sucedido o que me habían contado y necesitaba narrarlas, siendo consciente de que, como me aconsejaba Isaac de Vega, debía de olvidarme de la poesía, algo que sabía me iba a costar y de la que aún no puedo, para bien o para mal, prescindir del todo.

Como primer paso en mi introducción en la narrativa escribí un libro de cuentos. Era una manera de iniciarme en un lenguaje diferente y, al mismo tiempo, no abandonar del todo una de las características de la poesía que, para mí, se acerca bastante a la del relato: la síntesis.

Como sabemos, en el relato lo importante es el tema, y hay que contar mucho en pocas palabras, y yo, en este sentido, me sentía cómoda, pues la poesía me había enseñado que en un solo verso puede caber hasta una vida.

Claro que no fue solamente esta la causa que me decidió a empezar con relatos. También influyó mi falta de disciplina. Sabía perfectamente que para enfrentarme a una novela, la constancia y la continuidad en el trabajo era fundamental y yo, ni tenía un horario fijo para escribir (aún no lo tengo), ni tenía la capacidad de aguante suficiente para estar frente al papel sin que me saliera nada, al menos, pasable.

Así, poco a poco, fui “curtiéndome” en esto de la narrativa y un día me dije que había historias que no cabían en tres o cuatro páginas y me decidí a escribir mi primera novela.

A partir de ese momento y sin dejar, ni mucho menos el mundo de la poesía, la novela empezó a ocupar un lugar importante en mi vocación de escritora.

Siempre que me enfrento con una novela, lo primero que hago es documentarme sobre el tiempo, los espacios, la historia, las costumbres etc. de donde voy a situarla. También suelo leer, o releer autores que, en cierta manera, me enseñan sus “trucos” de armazón y agilidad narrativa que es algo que siempre me ha interesado. Sobre todo no perder el ritmo narrativo me parece fundamental, es una labor ardua pero apasionante y con la que he aprendido mucho.

Una vez que me parece que tengo la información suficiente, cojo el lápiz y empiezo a escribir. Por lo general no hago esquemas escritos. Aún me fío de las estructuras que elaboro mentalmente y que, como todo, están sujetas a cambios.

Y así, y proponiéndome escribir al menos, media página diaria -aunque la rompa luego- he escrito y sigo escribiendo historias que quiero contar y contarme a mí misma.

Bibliografía

Novela:

El viento en contra, Santa Cruz de Tenerife, Ed. Resma, 2002.

Los niños de la lata de tomate, Madrid, Alfaguara, 2012.

Si hubieras estado aquí, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Agüere-Ediciones Idea, 2013.

El sepulcro vacío, Las Palmas de Gran Canaria, NACE (Nueva Asociación Canaria de Editores), 2015.

La muchacha del ajeno, Santa Cruz de Tenerife, Diego Pun Ediciones, 2016.

Mientras maduran las naranjas, Santa Cruz de Tenerife, Diego Pun, 2017.

Relato:

Futuro imperfecto, Madrid, Ed. La Palma, 1994.

Entre tejados, Islas Canarias, Septem, 2003 [literatura infantil].

Fompi, Islas Canarias: Interseven, 2007 [literatura infantil].

Días de abril, Islas Canarias: Interseven, 2007 [literatura juvenil].

Poesía:

Porque somos de barro, Santa Cruz de La Palma, Ed. Taiga, 1977.

Objetos, Santa Cruz de La Palma, Ed. Taiga, 1981.

Presagio de sueños en las gargantas de las palomas, Santa Cruz de Tenerife, CajaCanarias, 1982.

Un cierto sabor ácido para los días venideros, Santa Cruz de Tenerife, Editor D.L. [Añil / Poesía], 1987.

Víspera de la ausencia, Madrid, Ed. Libertarias, 1989.

Poemas 1981/1992, Islas Canarias, Gobierno de Canarias, 1993.

Y de pronto, anochece, Santa Cruz de Tenerife, Ed. La Calle de la Costa, 1997.

Así en la tierra, La Laguna, Editorial Globo, 1999.

Solo el mar, Santa Cruz de Tenerife, Cabildo Insular de Tenerife/COAC, 2000.

Doce lunas de Eros, Santa Cruz de Tenerife, la Caja Literaria, 2000 [ilustrado por doce artistas canarios].

Doce lunas de Eros, Madrid/Santa Cruz de Tenerife, CajaCanarias/ Ed. La Palma, 2003.

Azogue, Tegueste, Baile del sol, 2005.

Para cruzar los puentes, Madrid, Ediciones KA, 2006.

El libro de la duda, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2007.

Cuaderno del orate, Madrid, Ediciones La Palma, 2014.

Antologías:

Los transeúntes de los ecos: Antología de poesía contemporánea en Canarias, La Habana: Editorial Arte y Literatura, 2001.

Plenilunio, Tegueste: Baile del Sol, 2003 [antología de mujeres poetas canarias del siglo XX, dirigida por Sabas Martín].

«Antología. Literatura canaria» [Poesía], *La Página*, nº 25/26: 140-277, 1996.

Delgado; Juan José, Sabas Martín, Cecilia Domínguez Luis, *Poesía canaria (1980-2002): Propuestas críticas*, Tegueste, Baile del sol, 2003.

Perdomo Hernández, Guillermo (coord.), Dolores Campos Herrero y Cecilia Domínguez Luis, *Bartolomé Cairasco de Figueroa: a Viana, en desagravio*, Islas Canarias: Viceconsejería de Cultura y Deportes, 2007.

Reseñas:

Domínguez Luis, Cecilia (2014), “La trama del arquitecto: Un aviso a navegantes”, reseña del libro de Juan José Delgado *La trama del arquitecto*, *Cuadernos del Ateneo*, 31: 88-94.

Domínguez Luis, Cecilia (2014): “El equilibrista y los jardines, de Víctor Álamo de la Rosa”, *Revista de la Academia Canaria de la Lengua*, 2, <<http://aclrevistaliteraria.academiacanarialengua.org/el-equilibrista-y-los-jardines-de-victor-alamo-de-la-rosa/>>.

Premios

Primer Premio de Poesía “Pedro García Cabrera” 1981 por *Presagio de sueños en las gargantas de las palomas*.

Premio “Emilio Algaba Guimerá” 1991, convocado por la Casa de Venezuela en Canarias, por *Otoño de los dáciles dedos*.

Premio Canarias de Literatura otorgado por el Gobierno de Canarias, 2015.

Referencias sobre su obra

Arroyo Silva, Antonio (2014), “Cuaderno del Orate”, *El Perseguidor*, Suplemento Cultural del *Diario de Avisos*, Santa Cruz de Tenerife, 30/11/2014.

Dávila, Jorge (2012), “Que un joven lea literatura basura es mucho más positivo que no leer nada”, *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 05/04/2012.

Delgado, Juan José (2003), “Prólogo”, *Octubre*, Tegueste: Ed. Baile del Sol: 7-32.

Fernández Hernández, Rafael (1981), “Cecilia Domínguez y su universo de *Objetos*”, *Borrador*, Suplemento del *Diario de Avisos*, Santa Cruz de Tenerife, 27/12/1981.

Hernández Hernández, Humberto & León Felipe, Benigno (2003), “Selección y estudio del libro *Poemas*, Santa Cruz de Tenerife: InterSeptem Canarias.

Hernández Quintana, Blanca (2004), *Desde su ventana: Antología de poetas canarias del siglo XX*, Madrid: Ediciones La Palma.

Hierro, José (1987), “Prólogo”, *Un cierto sabor ácido para los días venideros*, Santa Cruz de Tenerife: Editor D.L.

Maiki Martín, Francisco (1998), “Un cierto sabor ácido”, *Revista Mandala, Cuaderno de artes y letras*, La Laguna, nº 2.

Pérez Plasencia, Ezequiel (2001), «El poemario erótico de Cecilia Domínguez Luis», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 25/03/2001.

Reyes, Benjamín (2014), “El lenguaje no es sexista, lo que es sexista es la sociedad”, *Diario de Avisos*, Santa Cruz de Tenerife, 07/06/2014.

Sánchez, Ángel (2017), “Profesión de descreencia”, *La Provincia*, Las Palmas de Gran Canaria, 22/07/2017.

3.2.3. Damián Hernández Estévez

Nació el 11 de septiembre de 1960 en Los Realejos (norte de Tenerife), “cuyas laderas de Tigaiga y las extrañas luces que se extraviaban por ellas en las noches de su infancia, lo convirtieron en un apasionado de la mentira de fabular”.

Una familia humilde, de agricultores; su padre emigró a Liberia, en África, cuando lo normal en aquella época era la migración a Hispanoamérica, especialmente a Venezuela y Argentina.

Estudió los primeros años de bachillerato en el colegio San Agustín, de Los Realejos, el único centro de enseñanzas medias del pueblo, pero terminó esos estudios en el instituto público de dicha localidad, en cuanto este se inauguró. Fue un alumno de ciencias, pero cursó la carrera de Filología Hispánica en la Universidad de La Laguna. Ha impartido docencia como profesor de enseñanza secundaria de Lengua y Literatura en centros públicos de El Hierro, Gran Canaria y Tenerife. Actualmente lo hace en el IES de Tegueste.

Obtuvo el Premio “Félix Francisco Casanova” del diario *El Día*, en el año 1977, y publicó algunos textos en ese periódico y en *La Tarde*. Publicó *El atleta descalzo*, en el ya desaparecido periódico *Liberación*. Trabajó como corresponsal del periódico *El Día* en Los Realejos desde el año 1978 hasta el 1982

Con Ediciones Idea ha publicado el libro de relatos *Lo que queda en el aire* (2010), cuyas tramas transcurren en la isla canaria de Lotavia. Dos años después, otra colección de relatos fue publicada por la editorial Agüere-Idea, con el título *...En el aire queda*, lo que da indicios de la relación entre ambos volúmenes.

Siempre se ha movido entre dos grandes intereses intelectuales: las ciencias y la literatura. A ello obedece el cambio de tipo de estudios que se señaló más arriba. Como estudiante de Bachillerato eligió siempre asignaturas de ciencias; en concreto, le entusiasaban las Matemáticas y la Física. Pero al mismo tiempo, la lectura fue una actividad que le cautivó desde siempre, desde muy pequeño, y ya de adolescente, también la escritura. De hecho, recuerda cómo en su época escolar, los profesores elegían sus composiciones escritas para ser expuestas en la clase; también obtuvo los premios escolares que se convocaban en el centro o en el municipio. La conjunción de ambos gustos se encuentra arraigada en su obra, pues a la imaginación y creatividad que

exige la actividad literaria, le unió una exigencia de sistematización, precisión y perfeccionismo propio del análisis científico.

Reconoce la deuda con sus profesores de Lengua y Literatura de esa época, que lo iniciaron en el estudio de obras y autores de forma sistemática y crítica. En los años setenta, en que estudió el Bachillerato, predominaban los autores del “boom” hispanoamericano. El descubrimiento de García Márquez en esa época, de sus cuentos mágicos y de su obra *Cien años de soledad* fue lo que le hizo formular el deseo de ser escritor.

Con anterioridad, había leído buena parte de la narrativa que se consideraba juvenil: Stevenson, Defoe, Swift, Mark Twain, Dickens. Y Julio Verne. Un par de autoras inglesas: Agatha Christie, Enid Blyton, quienes, con sus sencillas historias le infundieron el gusto por los sucesos narrados.

Fueron los narradores sudamericanos quienes le hicieron ver que no solo importaban los hechos, sino que tan importante como ellos es el modo como se cuentan. Así, se le abrió la posibilidad de la ruptura temporal, de las historias paralelas, del lenguaje preciso pero abigarrado... Borges, Cortázar, Carlos Fuentes, Vargas Llosa, Carpentier, Rulfo... A todos esos autores les debe la obsesión por el texto bien escrito, exigente, planificado, estructurado hasta el último signo de puntuación. En los primeros años universitarios, a estos autores de la explosión sudamericana, se unió el conocimiento de quienes le precedieron en la forja de la literatura de esos lares: desde la *Araucana* de Ercilla, hasta la *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos, pasando por los cuentos de Horacio Quiroga.

Su deuda con toda esa literatura del sur es evidente. En sus primeros cuentos se palpa y continúa así en la actualidad, aunque depuradas sus técnicas y, sobre todo, su temática.

El segundo gran descubrimiento fue la literatura de la otra parte del continente americano. Sin duda alguna, William Faulkner es su maestro. Llegó a él a través de la admiración que le profesaban los autores hispanos. Macondo y Yoknapatawpha: dos territorios propios que quiso hacer suyos. Y ahora sus historias transcurren en su territorio propio: esa isla a la que denomina Lotavia.

También la literatura española, pero no de forma general, solo autores aislados. El primero, Valle-Inclán, tanto en su vertiente narrativa como en la dramática; el

segundo, anterior en el tiempo, Clarín, y más *Su único hijo* que *La Regenta*. Y Pío Baroja. Menos, Unamuno. Admira a estos autores finiseculares. Las primeras novelas de Cela, y casi todo Torrente Ballester. Y por encima de ellos, la compleja *Tiempo de silencio*, esa obra de Martín-Santos que lo deslumbró.

Los grandes maestros universales también han tenido cabida en sus lecturas. Suele decir que es, sobre todo, un gran y desordenado, lector. Los rusos, sus historias, su técnica, su análisis de la condición humana. A los que une Flaubert, sobre todo su *Madame Bovary*.

De los autores canarios le interesan Isaac de Vega, Rafael Arozarena, Alfonso García-Ramos, Luis León Barreto. Y ahora lee mucho lo que se está publicando, acaso para encontrar entre todo ello su propio camino como escritor.

Reconoce también que le atrae mucho más la prosa que la poesía, especialmente como autor.

***Poética*, por Damián Hernández Estévez**

Planteando incertidumbres, más que estableciendo certezas, la literatura se acerca a la realidad para guiarnos por ella, porque, de igual modo que en los relatos, en cada episodio de cualquier vida hay sucesos inacabados, inexplicados e inexplicables. Historias que suceden sin que sus protagonistas puedan controlar sus propios deseos y a veces ni siquiera sus propias reacciones, ni, por supuesto, lo que les rodea. Y es eso, lo que queda en el aire, lo que hace que cuando se termina de leer, se quiera saber más, igual que cuando acaba un capítulo de la vida nos preguntamos por sus motivos, su origen, sus consecuencias... Lo que queda en el aire impide que la literatura y la vida acaben alguna vez.

Lo importante son las palabras que crean a todos los personajes literarios, que es como decir a nosotros mismos; las palabras impiden que la literatura, y la vida, acabe alguna vez: nuestro afán por comprendernos a través de los personajes, trasuntos literarios de nuestro existir.

Me gusta abordar la literatura desde una perspectiva que nadie más que quien escribe puede saber acerca de lo que escribe, pero que suele suscitar cierto interés o

morbosidad, depende: aquello de mi propia vida que cada uno de mis relatos contiene. También todos quisiéramos saber si Nabokov conoció a Lolita, si Arozarena conoció a Marararía en Femés.

Hay quien escribe para recuperar lo que ha perdido u olvidado de sus propias vidas, otros escriben para vivir otras vidas.

En mi caso aúno ambos motivos. Todos mis relatos surgen de una experiencia vivida, insignificante o trascendental, no importa, que se replegó en la memoria y en una situación determinada regresa a ella, bien en el momento oportuno en que yo ando buscando algo que suponga el germen de una historia, o bien regresa de improviso, mientras camino o mientras intento poner un poco de concierto en la desarmonía que suele reinar en nuestras aulas. Luego fabulo para crear otras vidas, otras posibilidades que no he vivido, otros finales que no ocurrieron.

Nunca, pues, me ha ocurrido lo que desarrollo en mis relatos más allá de esos lugares mínimos en que convergen la realidad y la ficción. Comparto con Vargas Llosa las razones para escribir: “Inventamos las ficciones para poder vivir de alguna manera las muchas vidas que quisiéramos tener cuando apenas disponemos de una sola”. Así que a mis pequeñas peripecias y episodios añado historias, personajes y lugares de ficción. Y añado una isla y unas ciudades y unos montes y unas calles y unos parques y tantas otras cosas que espero que sigan en todas mis páginas por escribir.

Quiero también citar las palabras de Mijail Chejtoievstoi (1835-1916), una de cuyas novelas, *La dama y la muerte de los demonios*, fue analizada ante sus alumnos por Nabokov e incluida luego en el “Curso de Literatura Rusa”. Chejtoievstoi, en un opúsculo que se tiene por su *Ars Poética*, escribió: “La literatura funciona como una llave que abre las puertas que separa la realidad de la ficción. Entre esas puertas corre un pasillo que comunica ambas dimensiones. Es un pasaje exiguo y muy transitado en uno y otro sentido, de modo que con frecuencia quienes van y quienes vienen chocan y caen, sucediendo que una vez puestos en pie se sienten del todo desorientados y olvidan el rumbo que llevaban y emprenden una existencia que no saben si es sustancia o si es invención, independientemente de la puerta por que salgan”.

Yo suscribo esta imagen del autor ruso. Ese pasadizo que describe lo transito yo cuando escribo, y todos los lectores en el acto de leer. Es un territorio cuya naturaleza nos impregna para siempre. Deseamos abrir la puerta y adentrarnos en el pasillo

literario, chocar, caer, levantarnos, perder el sentido. Vivir en esa semiinconsciencia que nos brindan las palabras. No solo como lectores, o como escritores, sino como personas, o como personajes, que nunca podremos estar seguros de qué lado del pasadizo de Chejtoievstoi nos encontramos.

Lotavia es un territorio ficticio, otra isla canaria que junto con San Borondón, formaría una tercera provincia. Me atraen los lugares imaginarios, aquellos que, junto a los personajes y sus historias, crean los escritores. Pero no un territorio válido para un relato, o una historia, sino un territorio que se va conformando poco a poco en cada relato, como un lugar auténtico, donde transcurren todas (o casi todas) las historias que el escritor crea. Los referentes inmediatos, para mí, son el condado de Yoknapatawpha, donde Faulkner ambienta sus historias del profundo sur de Estados Unidos, y, por supuesto, Macondo, el lugar que para García Márquez representa el mundo mágico de toda Sudamérica.

El recurso a lugares ficticios ha sido frecuentado por los autores de todos los tiempos. Permite al autor crear un mundo propio, irle añadiendo personalidad hasta convertirla en un símbolo de su ser como escritor. Además, técnicamente, le permite crear el sitio que le conviene para una historia determinada, sin someterse a una geografía real.

Lotavia no es un territorio mítico, característica a la que tienden con frecuencia estos territorios ficticios. Es un lugar realista, que reúne características en su geografía y su Historia, comunes con el resto de las islas canarias.

Su larga historia y de la de su ciudad capital, San José, fundada el 19 de marzo de 1407. Algunos estudiosos sostienen que la isla fue conquistada por el conde de Arcipes, natural de Sevilla; don Cristóbal Montés de Tería, desdoblándolo, otorgaría su primer apellido a lo que desde su fundación hasta hoy constituye la arteria principal de la ciudad, la Alameda del Conde de Montés (por donde transitan muchos de los personajes de mis relatos), y el segundo a la Ensenada del Conde de Tería, el estrecho golfo que separa las dos partes de la isla convirtiéndola en un remedo de las otras dos islas mayores de nuestro archipiélago. Otros historiadores han defendido que se trataba de dos militares diferentes, el uno de noble abolengo y el otro un arribista, que además de disputarse las glorias de la invasión, se repartieron la toponimia. Lo aceptado en la actualidad se sostiene en la acreditación como auténticas de las crónicas manuscritas de

Fray Antón de Alacena, encontradas por el historiador tinerfeño Rodrigo Francisco Trujillo Camino a principios del pasado siglo XX; estas crónicas, citadas ya por Viera y Clavijo en su *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias*, habían sido puestas en entredicho por varios investigadores; lo aceptado es la primera de las teorías que acabo de enunciar: un solo conquistador que decidió fragmentar su apellido haciendo honor a las dos semi-islas que componen la isla de Lotavia.

Muchas veces, cuando un novelista inventa un territorio, lo hace dándole unas características; por ejemplo, García Márquez convierte a Macondo en ese lugar donde se forjó la historia y la cultura de Sudamérica, lo que sucede en Macondo intenta explicar lo que sucede en ese continente. Pero a mí me seduce más el territorio ficticio de Faulkner, Yoknapatawpha, porque el autor norteamericano se inspira en lugares “reales” para crear el suyo. Esta característica la comparten los personajes. ¿Para qué inventarse un territorio entonces, por qué no situar mis historias en Santa Cruz o en Los Llanos o en Artenara? Creo que por el gusto de crear, simplemente, con el mismo objetivo con que creo personajes y sus historias.

Digamos que en el plano de lo real, Lotavia está sometida a las mismas características que el resto del archipiélago. Pero, en un plano literario, Lotavia es una isla independiente de todas las otras, que me permite inventar montes, pueblos, calles... como dije antes, por el placer de crear. Hay, sin embargo, algunas cosas más sobre Lotavia que, por ahora, prefiero no desvelar.

En Lotavia existen paisajes de Gran Canaria y de las otras islas. Eso es lo que pretendo... Cuando ideé La Pared pensé sin duda en los riscos de la Aldea, y la carretera que la atraviesa es tan espeluznante como la que va de Agaete a San Nicolás. Pero el parque Guadantor está inspirado en el García Sanabria de Santa Cruz de Tenerife; San José es una ciudad con más habitantes que Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas de Gran Canaria; el macizo de Tarco es tan abrupto como el de Anaga; el golfo de Tería es una recreación del brazo de mar que separa cada una de las islas de las otras; el Corro de los Volcanes semeja la zona de Timanfaya de Lanzarote; el norte de Lotavia, con el caserío de Érica, es el norte de La Palma, con los pueblos de Gallegos o El Tablado suspendidos en los acantilados sobre el mar; el valle de Azguán, tan cerrado e inaccesible, es un trasunto del Valle del Golfo herreño, aunque en ella se ubique una enorme ciudad cuyo urbanismo me lo ha inspirado tanto Telde, con su abigarramiento y

sus barrios tradicionales, como Las Palmas y su actividad portuaria. Incluso hay un pequeño archipiélago de roques, los Roques de las Islas, bajo el acantilado de La Pared, que es como una maqueta natural de todo el archipiélago...

Soy un escritor muy lento y meticuloso, y como no dispongo de mucho tiempo para escribir, mi producción literaria no ha sido muy extensa. Necesito hacer una planificación previa de la historia que voy a contar. Hago cuadros cronológicos con los acontecimientos, esbozo un retrato de los personajes y una imagen de los espacios, ensayo párrafos para encontrar el punto de vista narrativo, la voz narrativa, hago esquemas con diferentes posibilidades de desarrollo, dedico mucho tiempo a buscar documentación sobre cualquier aspecto, aunque sea secundario, sobre el que no me siento muy seguro.... Realizo todos estos preparativos precisamente porque luego rompo con ellos, con el orden cronológico, con las servidumbres de las descripciones ordenadas, incluso con el argumento que tenía previsto. Porque muchos de estos aspectos exigen ser cambiados según avanza la redacción de la historia; por ejemplo, más de una vez, al desarrollar un personaje, he comprendido que su reacción ante una situación tiene que ser diferente de la (o las) que había previsto. Para redactar, soy igualmente lento. Necesito saber que un párrafo está bien escrito para pasar al siguiente (aunque no siempre los escribo en el mismo orden en que van a aparecer en el relato), consulto muchos diccionarios, entre ellos los muy buenos sobre el léxico canario de los que disponemos, y luego, al final, repaso una y otra vez el conjunto. Pero cuando doy por terminado un relato con este sistema, raramente vuelvo sobre él pasado algún tiempo.

Bibliografía

Novela:

Quién como yo. Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Agüere-Ediciones Idea, 2015.

...En el aire queda. Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Agüere-Ediciones Idea, 2012.

Colección de cuentos:

Lo que queda en el aire. Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2010.

Referencias sobre su obra

- Bernal, Daniel (2015), “Quién como yo: Semillas para un desvelamiento”, *El Perseguidor*, Suplemento Cultural de *Diario de Avisos*, Santa Cruz de Tenerife, 09/08/2015.
- García Rojas, Eduardo (2013), “XXV Feria del Libro de Santa Cruz de Tenerife: En Canarias se escribe”, *El Perseguidor*, Suplemento cultural de *Diario de Avisos*, Santa Cruz de Tenerife, 28/04/2013.
- García Rojas, Eduardo (2015), “No soy un escritor de género”, *El Perseguidor*, Suplemento cultural de *Diario de Avisos*, Santa Cruz de Tenerife, 09/08/2015.

3.2.4. David Galloway Rodríguez

Nació en Santa Cruz de Tenerife el 2 de diciembre de 1960. Él dice de sí: “según me contaron nació a las siete y media de la tarde de un viernes de temperatura agradable al que alumbraba la luna llena, lo cual bien pudo conferirme un sesgado carácter lunático”.

Sus primeros escauceos con las letras vinieron de la mano de su precoz entusiasmo por los libros “a fin de contrarrestar cierta tendencia al insomnio, desobedecidos los imperativos familiares de que apagara pronto la luz”. Lecturas autodidactas y desordenadas de Wilde, Bradbury, Cortázar, Rulfo, Miller, Kundera, Sender, Faulkner...

Cursó estudios de Filología y de Geografía e Historia en la Universidad de La Laguna, que no culmina, y de guion cinematográfico en la Fundación Universitaria Iberoamericana de Barcelona.

Ha cultivado diferentes géneros narrativos, desde el cuento a la novela, tanto corta como larga y ha colaborado en revistas literarias como *Disenso* y *La Página*. Además de la literatura, a Galloway le interesa el cine y el jazz y ambas pasiones marcan su escritura dándole ritmo y visualidad, aparte de que son temas de alguno de sus cuentos.

En 1985, con *Testigo*, gana el Certamen de Novela Corta Canaria. En 1992, invitado por el Gobierno de Canarias, participa en el proyecto *Nuevas Escrituras* con la novela *Agua de arroz y flores*. Entretanto, el tiempo sigue haciendo de las suyas y durante algunos años, salvo puntuales publicaciones en Antologías de cuentos, revistas literarias y suplementos culturales de prensa local, se arroga, entre otras cosas, el derecho al trabajo en *silencio* y a emprender estudios de Guion Cinematográfico en la Fundación Universitaria Iberoamericana de Barcelona. En 1999 es guionista del docudrama *Los otros canarios*, emitido por la TVC, y no es hasta 2003 -con reedición en 2012- cuando se decide a publicar nuevo libro, en este caso de relatos y que responde al título de *El perfil de las esquinas*. A este libro siguió en 2006 otro, también de relatos, de título *Los días menos pensados*, y posteriormente, ya en 2010, con la novela *Entre Cuevas*, participa en el proyecto titulado *La cueva de las mil momias*, libro que en el mismo volumen aúna el ensayo histórico y la ficción literaria.

“El resto de la biografía, como siempre, es tiempo y de nuevo, puntual y emanado de la propia voluntad, se hace presente un circunstancial *silencio*”, mientras en la Universidad de La Laguna realiza los estudios de Filosofía. Otro circunstancial *silencio* que, una vez más, bien puede ser obra de la mera especulación, de un coqueteo con la ontología o, sin más dilaciones -en su inalienable medida y léase con el sesgo que se quiera leer-, bien puede no significar nada en absoluto.

Poética, por David Galloway Rodríguez

Primera. Cuando a los cincuenta y tres años se presenta la ocasión de actualizar la poética, se hacen como nunca notorias las dudas, ahora para recordar que, junto a la soledad, son las amantes más celosas. Pero, ¿tienen edad las poéticas? En absoluto existe una poética única, definitiva. Su contenido corre paralelo a la trayectoria vital del autor, a su búsqueda de antídotos contra el escepticismo mientras sueña despierto con la posibilidad de pronunciarse ante una página en blanco, pues frente a ella, a diferencia de ante otras personas, el orgullo no siente esa punzada siempre presente cuando se reconoce que las certezas propias pueden andar descaminadas. Sin embargo, pasado el entusiasmo inicial, se comprende lo espinoso que resulta escribir acerca de las

pretensiones porque uno nunca sabe cuánto hay de cierto, y cuánto de visión idealizada, aunque la misma destile la mejor de sus intenciones.

Segunda. Si buscan génesis de verdades reveladas, energías madres, golondrinas anidando a las aromáticas horas del café, o puntos suspensivos de esos que ocultan más de lo que insinúan, de antemano sugiero la finalización de esta lectura, dedicándole tiempo a otra que puntual encuentren en sus propios anaqueles.

Porque aquí, a escaso palmo del ombligo en sentido ascendente, lo pretendido es brindarle a cada lector la posibilidad de que en su pecho, a modo de página en blanco, insufla en Cosmos donde el Caos conste como una vieja ironía caída en desgracia y enfundada en smoking alquilado sin nada debajo. Cosmos donde valiéndose del verbo -creación humana- se atesore otro orden de ordenamiento. Cosmos donde íntima, limpia, variopinta sea la relación entre seres humanos y naturaleza, entre los seres humanos como sujetos, no objeto de sus propias culturas. Cosmos donde, limpio de polvo y paja, nada se venda tras la apariencia de nueva invención: siempre estuvo, está aquí, acaso al distintivo alcance de la buena voluntad (obsérvese que sin entrecomillar).

Porque aquí -donde superado el trámite de levantar el telón de la página en blanco, el calor del deseo funde al calor de la violencia- al unísono el relato ocurre a escaso palmo del ombligo en un sentido descendente que desemboca en las respectivas entrepiernas, entretanto húmedas como procede del Cosmos.

Lentas; minuciosas; al amparo de la lámpara de la mesilla mientras la inigualable, impagable música del silencio nocturno colaboraba lo suyo, las horas señeras previas al alba se desgranaban y gracias a esas primeras lecturas comienza a comprender que su lugar en el mundo era, en su oportuna, inalienable medida, una de las tantas extensiones del mismo. Y claro... Acogido a tales presupuestos aquellas compulsivas lecturas generaron nuevas expectativas pronto complementadas por unas primeras letras escritas al amparo de esas mismas madrugadas. Poemas ingenuos, acaso mera expresión del siempre creciente deseo y dedicados al primer amor surgido en torno a los ocho años. En torno a esa primera niña con la que, ocultos entre sombras o cualquier parapeto al alcance, jugaba al escondite mientras entre siseos, miradas veladas y el clamor de unos nervios de causa por entonces desconocida, con mejor o peor suerte intentaba convencerla de la perentoria necesidad de intercambiarse las camisetas a fin de confundir al vigilante de turno.

Luego, ese mismo misterioso deseo, ya en un sentido más amplio, se hizo mayúsculo, el tiempo más consciente de su significado y de paso a la literatura le nacieron espejos gemelos, sumándosele, como necesidades no menos perentorias, la música -sobremanera, el jazz- y también el cine. Las lecturas, como las influencias, se diversifican y la lista es lo suficientemente extensa como para albergar el sano temor de que en el tintero se quedan, sin duda, autores significativos. “A partir de ahora, en proceso paralelo, una y otra vez comprueba que la vida de ordinario no satisface las expectativas despiertas años ha por los motivos apuntados. Como si la vida estuviese en otra parte, pero al mismo tiempo estuviese aquí ahora mismo, la pregunta, obsesiva, cae por su propia premura: ¿dónde nacen y donde mueren las apariencias? En la búsqueda de respuestas, se vive más, se piensa más, se sueña más y más se desea en clave de arte, que a ojos de muchos resulta una clave inequívoca de tedio y ascetismo; y no obstante, para el resto, resulta ser el antídoto eficaz contra el ordinario aburrimiento en la certeza de que quien no se ha escondido...”

La escritura fija su centro en el descubrimiento del espacio interior de sus personajes, fundamento que comporta, a la par, el desarrollo de un lenguaje idiosincrático y de una representación particular de la realidad para cada uno de ellos. El argumento de la mayoría de sus cuentos y novelas surge del conflicto y la confrontación de las interpretaciones de los sucesos narrados que aporta cada personaje a partir de su propia arquitectura psicológica, y tiende a reflejar la imposibilidad de delimitar una realidad única para hechos y vidas. Este aspecto, sin que suponga el quebrantamiento de la verosimilitud realista de lo narrado, pone en cuestión tanto la utilidad de la figura del narrador omnisciente, como la idea de discurso único y de sentido último de la existencia humana. Lo que se relata intenta evidenciar, por tanto, la inexistencia de visiones exclusivas del mundo.

Bibliografía

Novela:

Testigo, Santa Cruz de Tenerife, Centro de la Cultura Popular Canaria, 1989.

Agua de arroz y flores, Colección Nuevas escrituras canarias, Viceconsejería de Turismo, cultura y deportes, 1991.

Entre cuevas (La cueva de las mil momias), Santa Cruz de Tenerife, Editorial Herques, 2010.

Relato:

El perfil de las esquinas, Tegueste, Ediciones Baile del Sol, 2003, reedición en 2012, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea.

Los días menos pensados, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2006.

Antologías:

Cuentos de la Atlántida (Antología del cuento canario actual), T&B Editores, 2005.

Generación 21: Nuevos novelistas canarios, Ediciones Agüere-Ediciones Idea, 2011.

Premios

Premio de Novela Corta Canaria 1985 por su novela *Testigo*.

Referencias sobre su obra

Delgado, Juan José (1999), *El cuento literario del siglo XX en Canarias (Estudio y antología)*, La Laguna: Ateneo.

Pulido García, Daniel (2011), “*Entre cuevas* (la novela de *La cueva de las mil momias*)”, *La Prensa*, Suplemento de *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 29/10/2011.

Suárez, Ernesto (2012), “Una aproximación a los relatos de David Galloway”, prólogo de *El perfil de las esquinas*, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Idea.

3.2.5. José Luis Correa Santana

Nació en Las Palmas de Gran Canaria en 1962. Es Doctor en Filología Hispánica desde 1992 y Profesor Titular de Didáctica de la Lengua en la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Su docencia e investigación giran alrededor de la literatura juvenil y los talleres de creación literaria. Sobre ellos, ha impartido cursos en 2005 en la Universidad Cristóbal Colón de Veracruz (México), en la Universidad de Castilla La Mancha y en la Universidad de La Rioja. Su vida ha estado marcada por la lectura de libros y por la escritura. Julio Verne, Emilio Salgari, Robert L. Stevenson y los Dumas fueron sus lecturas juveniles preferidas. A partir de los ochenta fue estudiante de filología española y desde 1985 hasta 1992 fue agregado como profesor de Lengua y Literatura de Instituto. Desde 1992 es Profesor Titular de la Universidad de Las Palmas, en donde imparte sus clases de Didáctica de la Lengua y la Literatura.

Como escritor, sus comienzos están relacionados con los relatos que escribía para sus alumnos del Instituto. Algunos de ellos alcanzaron la fortuna de ser premiados en distintos certámenes. Inicia su carrera como novelista a finales de los noventa, por la que también ha recibido varios premios. Su novelística se concreta en el género de la novela negra y su personaje protagonista es el detective Ricardo Blanco, del que ha lanzado cinco entregas.

Actualmente, imparte clases de Didáctica y de Comunicación oral y escrita en la Escuela de Profesorado de su Universidad y es profesor participante en los programas de Máster y Doctorado.

Sus trabajos de investigación giran alrededor de la literatura canaria, la literatura infantil y juvenil y la enseñanza de la lengua escrita en la que destacan muchos de sus trabajos.

***Poética*, por José Luis Correa Santana**

Uno vuelve siempre a los viejos sitios donde amó la vida. La canción de Mercedes Sosa tiene mucho que ver con mi obra literaria. Por eso es que toda ella transcurre por las mismas calles como un *continuum*. Y por eso es que la ciudad de Las

Palmas de Gran Canaria es un personaje más (a veces *el* personaje) de mis novelas. No puede entenderse a un artista sin su espacio. En ocasiones uno puede pensar que Correa es su espacio.

En cuanto a la voz poética, mi evolución en estos casi 20 años de producción literaria es bien notable. Mis primeras novelas y cuentos muestran un parentesco ineludible (diría que también ineludido) con la literatura latinoamericana. Detrás de *Me mataron tan mal*, mi primera obra, está García Márquez, pero también, Borges, Rulfo o Vargas Llosa. Al final de mis relatos breves, aparecen los laberintos argumentales de Cortázar, los juegos de palabras de Cabrera Infante o el humor desconcertante de Bryce Echenique. Si hablamos de novela negra, el primer Ricardo Blanco (*Quince días de noviembre* y *Muerte en abril*) pretende homenajear al cine negro americano, a la versión fílmica de Marlowe o Spade con todo lo que ello conlleva: sus tópicos y sus contradicciones.

Sin embargo, a medida que pasa el tiempo, cuando mi obra se va asentando, cuando parece que comienzo a sentirme escritor de verdad y no un profesor que escribe, surge una voz propia y reconocible en toda su extensión: el lenguaje poético y directo a la emoción; la prosa ágil y dinámica; los personajes solitarios y complejos; el tema de la muerte. Pero siempre el humor como telón de fondo, incluso en el Correa más descarnado (véase *El tanatorio* o *Murmullo de hojarasca*).

Escritor galdosiano en tanto que observador de la realidad que vivo, huyo de estridencias formales, de juegos dramáticos. En lugar de héroes que enfrentan sus problemas con naturalidad, mis personajes son simples seres de carne y hueso enfrentados a conflictos complejos. La pregunta que planteo al lector es siempre la misma: ¿qué haría yo si me sucediera esto?, ¿qué camino elegiría? Buen ejemplo de tal dilema es *Una canción para Carla*.

Por último, soy un autor que no puede (o no quiere) sustraerse a su propia realidad, a sus circunstancias vitales. Por ello no escasean momentos que recuerdan al padre, muerto cuando yo contaba 18 años (*Me mataron tan mal*). O a la muerte de la madre (*El tanatorio*). O al nacimiento de mi hijo (*Una canción para Carla*).

Bibliografía

Novela:

- Un tango con la muerte*, Barcelona, Alba Editorial, 2001.
- Me mataron tan mal*, Santa Cruz de Tenerife, CajaCanarias, 2002.
- Échale un ojo a Carla*, Murcia, Editum, 2002.
- Quince días de noviembre*, Barcelona, Alba Editorial, 2003.
- La hija del naufrago*, Barcelona, Alba Editorial, 2003.
- Muerte en abril*, Barcelona, Alba Editorial, 2004.
- Muerte de un violinista*, Barcelona, Alba Editorial, 2006.
- Los viejos retratos de A.M.*, Barcelona, Alba Editorial, 2007.
- Una canción para Carla*, Córdoba: Almuzara, 2008.
- Escena de terraza con suicida*, Barcelona, Alba Editorial, 2009.
- Un rastro de sirena*, Barcelona, Alba Editorial, 2010.
- Murmullo de hojarasca*, Barcelona, Alba Editorial, 2011.
- Nuestra Señora de la Luna*, Barcelona, Alba Editorial, 2012.
- Blue Christmas*, Barcelona, Alba Editorial, 2013.
- El verano que murió Chavela*, Barcelona, Alba Editorial, 2014.
- El tanatorio*, Las Palmas de Gran Canaria, ATTK, 2015.
- El detective nostálgico*, Barcelona, Alba Editorial, 2017.
- La décima caja*, Las Palmas de Gran Canaria: CanariaseBook, 2017.

Relato:

- ¿Qué quieres que te diga?*, Las Palmas de Gran Canaria, Editorial InterSeptem, 2004.
- La verdadera historia de Helena-con-hache*, Las Palmas de Gran Canaria, Editorial InterSeptem, 2004.
- La maestra de cocina*, Barcelona, Alba Editorial, 2009.

Obra colectiva:

- Cuentos*, Santa Cruz de Tenerife, CajaCanarias, 1998

Rojo sobre Negro: 17 relatos criminales, Las Palmas, En Eduvigis Hernández, Macarena N. Cáceres y Berbel, (eds.), 2007

Cuentos en el Día del Libro, Las Palmas, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, 2008

La lista negra, (Prólogo de Álex Martín Escribá y Javier Sánchez Zapatero), Madrid, Ediciones Salto de Página, 2009

Vida, pasión y muerte de Felipe Marqués, Santa Cruz de Tenerife., Ediciones Aguerre-Ediciones Idea, 2011.

Premios

Premio de Cuentos “Julio Cortázar”, por *Cuentos*, La Laguna, 1998.

Premio de Cuentos “Campus”, Las Palmas de Gran Canaria, 1999.

Premio de Novela “Benito Pérez Armas”, por *Me mataron tan mal*, 2000.

Premio de Novela “Ciudad de Telde”, por *Quince días de noviembre*, 2002.

Premio de Novela “Vargas Llosa”, por *Échale un ojo a Carla*, 2002.

Referencias sobre su obra

A.B., *El gran canario José Luis Correa gana el Julio Cortázar de relato Breve*, La Provincia, Las Palmas de Gran Canaria. <
<http://www.jlcorrea.com/Sin%20fechar%204.JPG>>

Álamo, Victoriano S. (2008), “El negro como nexa”, *Canarias 7*, Las Palmas de Gran Canaria, 28/05/2008.

Aranda, Carmen Delia (2012), “Correa, un novelista isleño apreciado en Finlandia”, *Canarias 7*, Las Palmas de Gran Canaria, 29/02/2012.

Armas Marcelo, J. J. (2008), “Tal como somos”, *Canarias 7*, Las Palmas de Gran Canaria, 03/07/2008

Armas Marcelo, J. J. (2008), “El futuro”, *ABC*, Madrid, 29/11/2008.

Belmar Talón, Ángela (2009), “Manual de sentimientos”, *El Faro de las Letras*, 25/01/2009.

Benítez, Santiago (2009), “Crítica a *Una canción para Carla*”, *El Arte de la Guerra*, 12/03/2009.

- Correa, José Luis (2003), “Canarias, dentro de la novela negra de Correa”, *La Provincia*, Las Palmas de Gran Canaria, 12/12/2003.
- Correa, José Luis (2007), “Asómate a Las Palmas”, *La Provincia*, Las Palmas de Gran Canaria, 12/08/2007.
- Correa, José Luis (2009), “Los sentimientos nos engañan”, *Diario de Córdoba*, Córdoba, 29/03/2009.
- Dávila, Jorge (2015), “Interrogados”, *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 19/03/2015.
- Dávila, Jorge (2015), “Yo no sufro nada escribiendo; sufro más corrigiendo exámenes”, *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 19/03/2015.
- Díaz, Saro (2003), “*La novela negra centró la incursión literaria del club La Opinión*”, *La Opinión*, Santa Cruz de Tenerife, 30/10/2003.
- Domínguez Suria, Sinesio (2015), “Triángulo de la novela negra en Canarias”. En Àlex Martín Escribá y Javier Sánchez Zapatero (eds.) *El género negro de la marginalidad a la normalización*, Santiago de Compostela: Andavira Editora, pp. 141-149.
- García Rojas, Eduardo (2011), *No puedes entender al artista sin su paisaje*, Diario de Avisos (El Perseguidor), Santa Cruz de Tenerife, 9/10/2011.
- García Rojas, Eduardo (2015), “La semana más negra”, *El Perseguidor*, Diario de Avisos, p. 2, Santa Cruz de Tenerife, 15 de marzo.
- García Saleh, Alberto (2003), *Correa adapta los cánones de la novela negra a Canarias*, *La Provincia*, Las Palmas de Gran Canaria, 17/10/2003.
- González, J. Leoncio, (2003), *Quince días de noviembre*, Marcapáginas digital, 05/09/2003
- Hernández, Diego F. (2017), *Esta es una novela sobre el miedo, la muerte, lo que es importante en la vida*, *La Opinión*, Santa Cruz de Tenerife, 12/05/2017, p. 56.
- J. G. G. (2001), *José Luis Santana gana el premio de novela Benito Pérez Armas*, *La Opinión*, Santa Cruz de Tenerife, 29/9/2001.
- León Barreto, Luis (2004), *El Balcón, J.L. Correa*, *La Opinión*, Santa Cruz de Tenerife, 9/3/2004.
- Morote Medina, Cira (2003), *El milagro de publicar en Canarias*, *La Provincia*, Las Palmas de Gran Canaria, 23/4/2003.

- Morote Medina, Cira (2003), *Reivindico Las Palmas de Gran Canaria como una ciudad narrativa*, La Provincia, Las Palmas de Gran Canaria, 7/10/2003.
- Morote Medina, Cira (2004), *No creo que haya géneros menores, sino buena y mala literatura*, La Provincia, Las Palmas de Gran Canaria, 21/4/2004.
- Morote Medina, Cira (2007), *Ricardo Blanco viaja a Bremen*, La Provincia, Las Palmas de Gran Canaria, 29/10/2007.
- Morote Medina, Cira (2010), *Mi libro trata de la mafia, pero no quiero ver el Saviano canario*, La Provincia (34/IV Cultura), Las Palmas de Gran Canaria, 18/2/2010.
- Morote Medina, Cira (2012), *Correa: Ricardo Blanco ha ideado cambiando como yo*, La Provincia, Las Palmas de Gran Canaria, 9/3/2012.
- Ojeda, Armando (2003), *Reserva de letras*, La Provincia, Las Palmas de Gran Canaria, 29/4/2003.
- Pedros, María Luisa (2001), *José L. Correa novela el desarraigo en Me mataron tan mal*, Diario de Avisos, Santa Cruz de Tenerife: 2/10/2001.
- Quevedo García, Francisco J. (2002), *Nuevo registro narrativo*, La Provincia, Las Palmas de Gran Canaria, 8/8/2002.
- Ravelo, Alexis (2012), *Trópico de Cáncer vs. Trópico de Capricornio*, Ceremonias (Internet), 14/3/2012.
- Rivero Grandoso, Javier (2007), *Me mataron tan mal*, 16/10/2007.
- Ruiz, Julio (2001), *El novelista José Luis Correa se hace con el premio Benito Pérez Armas*, La Provincia, Las Palmas de Gran Canaria, 29/9/2001.
- Santa Ana, Mariano de (2002): *José Luis Correa recrea la vida de un indiano en Me mataron tan mal*, La Provincia, Las Palmas de Gran Canaria, 12/08/2002.
- Tuñón, P. (2014), “La novela negra tiene ahora más sentido, es el género crítico y social”, La Opinión, Santa Cruz de Tenerife, 15/07/2014.
- Valdés, Asunción (2012), José Luis Correa: *La novela negra actual es un retrato de la corrupción política*, La Opinión, Santa Cruz de Tenerife, 13/3/2012.
- www.laverdad.es: *La diosa de la venganza*, Murcia.
- Zanón, Carlos (2010), *Negra, el vull negra*, (Traducción), 28/10/2010.

3.2.6. Anelio Rodríguez Concepción

Nació en Santa Cruz de La Palma en 1963. Es Doctor en Filología Hispánica y trabaja como profesor de Lengua y Literatura de Enseñanza Secundaria y Bachillerato en el IES “Luis Cobiella Cuevas”, en su ciudad natal.

Ha sido columnista de los diarios *Canarias 7*, *La Provincia* y *La Tribuna de Canarias* y actualmente participa en el periódico digital *El apurón* con el blog *Manual de subsistencia para una isla desierta*. Entre 1995 y 2005 dirigió la revista *La fábrica (Miscelánea de Arte y Literatura)* a través de la cual dio a conocer a escritores canarios en la Península y contó con la colaboración de figuras internacionales de la literatura, las artes plásticas, el cine y la música.

Como filólogo ha publicado reseñas y estudios literarios sobre el poeta tinerfeño adscrito a las vanguardias Ramón Ferial, de quien ha preparado las *Obras completas* sobre las que versó su tesis doctoral.

Ha sido traducido al italiano, alemán, francés y portugués. Textos suyos han aparecido en diversas revistas nacionales como *Leer* o *Magazine* y en publicaciones extranjeras como *Linea d'ombra* y *Meridiani*.

En 1992 obtuvo el Premio “Ciudad de Santa Cruz de Tenerife” con *Ocho relatos y un diálogo* y en 2004 el Premio “Tiflos”, que convoca la ONCE con *El perro y los demás*.

Ha sido incluido en diferentes antologías de narrativa como *L'oceano, la chitarra e vulcani*, en 1995 (Ediciones Argo, Bari), *Los mejores relatos canarios del siglo XX*, en 2005 (Ediciones Alfaguara, Madrid) y *Cuentos de la Atlántida*, en 2005 (Ediciones Bandini, T&B, Madrid).

Ha cultivado diferentes géneros y subgéneros, de la poesía a la narrativa, de la novela al relato corto en el que centra gran parte de su actividad creadora, del ensayo filológico e historiográfico al artículo de opinión.

En la actualidad compagina las labores de la escritura con las de la pintura²⁹.

²⁹ Biografía proporcionada por el propio autor de su página personal <http://www.aneliorodriguezconcepcion.com/>.

Poética, por Anelio Rodríguez Concepción

Ahora que lo pienso

1. Misterio.

Sin renunciar al sustrato cultural del realismo, mis relatos intentan incidir, siquiera con el pretexto de un hecho susceptible de ser contado no siempre linealmente, en la fuerza arrolladora del misterio. El pensamiento, la voz interior, la memoria, dan sobradas muestras de la maravillosa -terrible o divertida, turbia o refulgente- irradiación del misterio, ese temblor que nos deja perplejos, frágiles, ante el milagro de la vida.

2. Humor.

En cada uno de mis relatos hay un poso -que no veladura- de humor, ese fluido agridulce, tan pronto frío como hirviente, que libera un halo de tensión cuando menos se espera: ese golpe de aire que le da la vuelta al calcetín y hace que la moneda, después de volar, caiga de canto para que podamos verla tal cual es.

3. Primeros relatos.

Mis dos primeros libros de relatos, escritos entre 1989 y 1992, se deben tanto a la tradición literaria como a la oralidad y la idiosincrasia insulares. Su tono conversacional toma como referentes expresivos los rasgos dialectales del habla canaria, lo que dota a los cuentos de una apariencia desmañada, quizá demasiado dependiente del pintoresquismo. De hecho *La Habana y otros cuentos* (Madrid, 1990), una secuencia de monólogos independientes aunque brotados de la misma realidad psicosocial, gira en torno al uso de una primera persona que pretende *sonar en voz alta*. En *Ocho relatos y un diálogo* (Santa Cruz de Tenerife, 1994), si bien se implanta el uso de la tercera persona, en líneas generales persisten las constantes temáticas y el tono lingüístico del libro anterior. Durante años el autor se vio asociado a ese código narrativo y lingüístico, pero después de dirigir la revista *La fábrica (Miscelánea de arte y literatura)* entre 1995 y 2005, período en el que un arduo proceso de autocrítica redujo sus labores de creación, quiso probarse en otros registros y texturas: en otra cadencia, otra prosodia, otro plano morfosintáctico, otra intensidad expresiva.

4. Bestiario.

Una serie de dibujos infantiles de mi hijo Anelio me han llevado en volandas hasta el género híbrido del bestiario. En *Relación de seres imprescindibles* (Badajoz, 1998) la prosa se reconcentra y chasquea entre imágenes frescas, divertidas, y asociaciones de ideas que buscan la originalidad. El discurso poético pretende revestirse de cierto candor -en pos del espíritu de los dibujos- y paradójicamente acaba rezumando ironía.

5. El perro y etcétera.

Los de *El perro y los demás* (Madrid, 2004) y casi todos los escritos hasta hoy son relatos despojados de retoricismo, urdidos con una prosa clara que aspira a la transparencia. Se centran en historias de corte intimista y descubren sin aspavientos la complejidad vital oculta bajo menudencias cotidianas. Minuciosamente descriptivos, se detienen en aspectos superficiales debajo de los cuales vibra la esencia de lo que el narrador quiere contar. Así, lo primordial de cada historia no se explicita: rebulle entre líneas como el palpito de un secreto. El lector, desprevenido entre tanto recuento de nimiedades, acaba acusando el efecto de tensión, e incluso en un determinado punto de inflexión narrativa puede llegar a recibir el palmetazo de lo inesperado. Esa sencillez y esa frialdad aparentes alientan una escritura trabajada, compacta, sin fisuras, con la que no se señala ni se enuncia el fondo de cada conflicto, por más que amenace con estallar en cualquier momento.

6. Novela.

Aunque haya escrito dos novelas, una publicada -*La abuela de Caperucita*, Santa Cruz de Tenerife, 2008- y otra inédita, no sé si puedo llamarme novelista. Quizá no debiera. Con la novela me siento igual de cachazudo y quisquilloso que con el relato corto. Rehúyo los lugares comunes, los juicios categóricos, los excesos expresivos, los recursos facilones que alargan a placer las líneas de la trama, las ínfulas que suelen elevar al narrador omnisciente hasta no se sabe dónde. Con tantos escrúpulos, qué complicado resulta meter la mano de lleno en el saco sin fondo de la novela.

Bibliografía

Novela:

La abuela de Caperucita, Santa Cruz de Tenerife, La Caja Literaria, 2008

Historia del mundo ilustrada, Santa Cruz de Tenerife, La Caja Literaria, 2008.

Cuento y relato:

Ocho relatos y un diálogo, Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife, 1994.

La Habana y otros cuentos, Madrid, Ediciones La Palma, 1996.

Relación de seres imprescindibles, Badajoz, Del Oeste Ediciones, 1998

El perro y los demás, Madrid, Ediciones Castalia, 2004.

El león de Mr. Sabas, Santa Cruz de Tenerife, InterSeptem, 2004

Ensayo y Comunicación:

“En torno al léxico de los tabaqueros en La Palma”: 1991, *El español de América: actos del III congreso internacional del español en América*, 2, pp. 863-870, Valladolid (de 3 a 9 de julio de 1989).

“La trayectoria de Ramón Ferial”: 1991, *Atlántica: Revista de arte y pensamiento*, 2-3, pp. 66-69.

“Domingo Acosta Guion, poeta satírico”: 1993, *Homenaje a José Pérez Vidal* (coord. por Carmen Díaz Alayón), pp. 697-713.

“Vocabulario tabaquero de La Palma”: 1993, *Revista de filología de la Universidad de La Laguna*, 12, pp. 249-262.

“Lluvia” [cuento]: 1997, *Cuadernos del Ateneo* 3, pp. 82-85, La Laguna, Tenerife.

La tradición insular del tabaco: 2003, Gobierno de Canarias, Santa Cruz de Tenerife.

“Mientras me cepillo los dientes”: 2011, *El Rapto de Europa: crítica de la cultura*, 19, pp. 13-14.

Premios

Premio “Ciudad de Santa Cruz de Tenerife”, con *Ocho relatos y un diálogo*, 1992.

Premio “Tiflos” (que convoca la ONCE) con *El perro y los demás*, 2004

Referencias sobre su obra

- Armas Marcelo, J. J. (2013), “En las islas del sur”, *El Cultural* (suplemento de *El Mundo*), p. 50, 12-18 de julio.
- Bassas, Alejandro (1999), “La inocencia irónica de un adulto”, *La Tribuna de Canarias*, p. 58, 12/04/1999
- Batista, José Juan (1987), “Prólogo”, en Anelio Rodríguez Concepción, *Poma*, Cuadernos Insulares de Poesía, Santa Cruz de Tenerife, p. 7.
- Bruno Castañeda, Carlos (2009), “Anelio Rodríguez Concepción”, *Las Hendiduras*, blog literario, 17/01/2009.
- C.D.A. /L.R. (2011), “Novelistas de nuevo cuño”, *Canarias 7*, pp. 40-41, 04/06/2011.
- Care Santos (1993), “Jóvenes escritores”, *Leer*, núm. 69, pp. 88-91, diciembre-enero/1993.
- Care Santos (1999), “Relación de seres imprescindibles”, *El Cultural* (suplemento de *La Razón*), p. 16, 16/05/1999.
- Castañeda, Carlos Bruno (1990), “Poemas para una ciudad”, *Borrador* (Página Literaria de *Diario de Avisos*), p. 15, 24/05/1990.
- De la Nuez, Sebastián (1987), “Palabras para una poma poética”, *Archipiélago Literario* (suplemento de *Jornada*), p.9, 03/10/1987
- De la Nuez, Sebastián y Barrera Álamo, Lilia (2000), “La literatura [en La Palma]”, en AA.VV., *Canarias isla a isla*, Centro de la Cultura Popular Canaria, pp. 516-518, La Laguna.
- Delgado, Juan José (2004), “Prólogo” de *Los mejores relatos canarios del siglo XX*, Ed. Alfaguara, pp. 7-16, Madrid.
- Delgado, Juan José (2004), Nota preliminar al cuento “Novela”, en *Los mejores relatos canarios del siglo XX*, Ed. Alfaguara, p. 108, Madrid.
- De Santa Ana, Mariano (2000), “Escritores de los noventa, a la búsqueda de un lugar visible”, *Cultura* (Suplemento de *La Provincia*), pp. 46-47, 23/9/2000.
- Díez, Luis Mateo (1998), “Los seres imprescindibles”, *La Provincia*, p.45, 31/12/1998.
- Domínguez Jaén, Sergio (1999), “Los seres imprescindibles de Anelio”, *Cartel de las letras y las artes* (Suplemento de *Diario de Las Palmas*), núm. 99, p. I, 15/12/1999.

- Domínguez Jaén, Sergio (2000), “Los seres imprescindibles de Anelio”, *Cuadernos del Ateneo*, núm. 8, p. 137, junio de 2000.
- Esther Candelaria (2004), “Estudio”, en Anelio Rodríguez Concepción, *El león de Mr. Sabas*, InterSeptem Canarias, pp. 71-79, Santa Cruz de Tenerife.
- Fernández Hernández, Rafael (2005), “Hay relatos que brotan de una raíz inmemorial”, en AA. VV., *Canarias. La gran enciclopedia de la Cultura*, Centro de la Cultura Popular Canaria, pp. 232-233, La Laguna.
- Fernández Hernández, Rafael (2008), “Vigilias de Anelio Rodríguez Concepción”, *Borrador -Cuaderno Semanal de Ciencia y Arte*, del *Diario de Avisos*- núm. 33, pp. 2-3, 22/11/2008.
- Fernán-Pérez, Cristina (2003), “Hernández dice que pintar y escribir sirven de apoyo recíproco al creador”, *La Opinión de Tenerife*, p. 30, 07/05/2003.
- Flores, Pedro (2003), “Anelio Rodríguez Concepción/Escritor: Las fronteras que separan los géneros literarios a veces son borrosas y frágiles”, *El Mundo-La Gaceta de Canarias*, p. 29, 21/12/2003.
- García, Omar G. (1994), “Anelio Rodríguez Concepción: El oficio de escribir”, *Islas*, núm. 15, pp. 17-18, noviembre.
- García, Omar G. (1997), “Sacan una nueva edición del libro *La Habana y otros cuentos*”, *Canarias* 7, p.23, 28/03/1997.
- García Rojas, Eduardo (2009), “Dos recomendaciones y un aviso, Eliseo Alberto está en Tenerife”, *El escobillón*, blog literario, 13/09/2009.
- García Rojas, Eduardo (2010), “Las nuevas apuestas narrativas de Canarias”, *El perseguidor* (suplemento cultural del *Diario de Avisos*), pp. 4-5, 30/10/2010.
- García Rojas, Eduardo (2011), “¿El nuevo boom de la novela canaria?: *Generación 21: Nuevos novelistas canarios*, *El Perseguidor* (suplemento cultural del *Diario de Avisos*), pp. 1-5, 30/04/2011.
- García Rojas, Eduardo (2011), “A propósito de *Generación 21: Nuevos novelistas canarios*”, *El perseguidor* (suplemento cultural del *Diario de Avisos*), p. 8, 07/05/2011.
- García Rojas, Eduardo (2011), “Apuesto por la poesía y la gente joven” (entrevista a Elsa López), *El Perseguidor* (suplemento cultural del *Diario de Avisos*), pp. 2-3, 18/06/2011

- Jiménez, B. (1993), “Letras canarias con futuro”, *Domingo tras domingo* (suplemento de *La Gaceta de Canarias*), p. 17, 21/03/1993
- Jiménez Paz, Antonio (2008), “Cuentista y a mucha honra”, *Borrador. Cuaderno Semanal de Ciencia y Arte, Diario de Avisos*, 24, pp. 2-3, 20/09/2008
- Jorge, Domingo J. (2000), “Anelio Rodríguez publica *La tradición insular del tabaco*”, *La Opinión de Tenerife*, p. 54, 02/12/2000.
- Koch, Christiane (1999), “Entrevista a Anelio Rodríguez Concepción: «Ser hoy un lector empedernido es una tarea de aventureros, ¿no?»”, *Al Norte. Revista del Instituto Cervantes de Bremen*, núm. 9, pp. 9-12, septiembre de 1999.
- León Barreto, Luis (1998), “La isla de los Anelios”, *La Provincia*, P. 29, 18/12/1998.
- León Barreto, Luis (1998), “Anelio Rodríguez Concepción, un escritor”, *Diario de Avisos*, p. 38, 20/12/1998.
- León Barreto Luis: 2004, “Anelio”, *La Opinión de Tenerife*, p. 15, 30/06/2004.
- León González, Susana (1990), “Los cuentos de Anelio Rodríguez Concepción”, *Cultura* (suplemento de *La Provincia*), p. VI, 24/05/1990.
- León Barreto, Luis (2008), “Anelio, poeta”, *La Opinión de Tenerife*, 23/04/2008.
- León Barreto, Luis (2009), “Una abuela porno”, *La Opinión de Tenerife*, P. 14, 02/05/2009.
- Maccanti, Arturo (1998), “Sr. Don Anelio Rodríguez Candelaria. Ateneo de La Laguna” [texto de presentación de *Relación de seres imprescindibles*], La Laguna, 18/11/1998.
- Macho, Martín (2010), “Mr. Sabas no murió de pena”, *Canarias 7*, p. 54, 31/01/2010.
- Mainer, José Carlos (1993), “Las vanguardias canarias”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 513, marzo.
- Marcos Arvelo, Álvaro (2011), “Ediciones de La Palma y el *Fast food* de la literatura”, *El Perseguidor* (suplemento cultural del *Diario de Avisos*), p. 5, 21/05/2011.
- Martín, Sabas (2001), “Nuestra tradición tabaquera”, *La Gaceta de Canarias*, p. 6, 15/02/2001.
- Martín, Sabas (2004), “Oleada en Madrid”, *El Mundo-La Gaceta de Canarias*, p. 3, 25/05/2004.
- Martín Sabas (2004), “Los cuentos de Anelio”, *El Mundo-La Gaceta de Canarias*, p. 3, 20/07/2004.

- Martinón, Miguel (2010), “La poesía canaria actual (De Jiménez Paz a Cabrera Cartaya”, [introducción de] *Poesía canaria actual (A partir de 1980)*. Antología, Ediciones Idea, pp. 9-29, Santa Cruz de Tenerife.
- Martinón, Miguel (2001), “Anelio Rodríguez Concepción”, en *Poesía canaria actual (A partir de 1980)*. Antología, Ediciones Idea, pp. 77-79, Santa Cruz de Tenerife.
- M. S. A. (2001), “Rodríguez Concepción estudia en *La tradición insular del tabaco* el peso cultural de esta planta”, *La Provincia*, p. 20, 13/02/2001.
- Mateo, María José (1993), “Crítica” [del cuento “Una aventura de El Zorro”], *Caminos. Revista de la Asociación de Jóvenes Escritores*, núm. 3, p. 91, primavera.
- Medina, Esther R. (2005), “Lápida para Mr. Sabas”, *Canarias 7*, 04/03/2005.
- Melini, Nicolás (1992), “Anelio Rodríguez Concepción: Oficio narrativo”, *Azul*, núm. 3, pp. 6-7.
- Melini, Nicolás (2011), “Radiografía literaria de una isla”, *El Perseguidor* (suplemento cultural del *Diario de Avisos*), p. 4, 21/05/2011.
- Melini, Nicolás (2011), “Poetas de una sola isla”, *El rapto de Europa*, núm. 18, p. 65, junio de 2011.
- Melini, Nicolás (2011), “Escribir narrativa en Canarias durante los noventa”, *El Perseguidor* (suplemento cultural del *Diario de Avisos*), pp. 4-5, 23/07/2011.
- Melini, Nicolás (2012), “Elsa López, Ediciones La Palma y otras razones para esta antología”, en AA.VV., *Poetas de una sola isla. El grupo de La Palma (1990-2011)*, selección de Nicolás Melini, prólogo de Ernesto Suárez, Ediciones Idea-Ediciones Aguiere, pp. 17-35, Santa Cruz de Tenerife.
- Méndez Guédez, Juan Carlos (2009), “Una tensa, irrepitible hermosura”, *La Mancha Literaria. Espacio de literatura en español*, núm. 14, 03/01/2009.
- Méndez Guédez, Juan Carlos (2009), “Una tensa, irrepitible hermosura”, *La Provincia*, p. 41, 29/01/2009.
- Millán, Eduardo (1994), “Receta”, *Caminos. Revista de la Asociación de Jóvenes Escritores*, núm. 6, p. 114, marzo.
- N.C.A. (1992), “Canarias, paraíso del genuino americano”, *Tiempo*, núm. 550, pp. 108-110, 16/11/1992.

- Ortega, Leocadio (1997), “Anelio Rodríguez Concepción, escritor y profesor: «El sistema de distribución es el talón de Aquiles de las ediciones canarias»”, *La isla de La Palma*, pp. 10-12, 14-21/03/1997.
- Ortiz, Carmen (1998), “Anelio Rodríguez, escritor: «He intentado ver el mundo con los ojos de un niño»”, *La isla de La Palma*, pp. 12-13, 30/12/1998.
- Sanz, Ignacio (1999), “Un bestiario heterodoxo”, *Ítaca* (Suplemento de *El Día*), p. VI, 06/11/1999.
- Sanz, David (2004), “En mi escritura importa tanto la literatura como la música, la pintura o el cine. Anelio Rodríguez: escritor, premio de literatura Tiflos 2004”, *Diario de Avisos*, p. 27, 20/06/2004.
- Sanz, David (2005), “Anelio Rodríguez narra en su última obra la historia del león de Mr. Sabas”, *Diario de Avisos*, p. 23, 24/05/2005.
- Sanz, David (2008), “El Instituto Cervantes lleva a Anelio Rodríguez a Belgrado para disertar sobre literatura”, *Diario de Avisos*, p. 18, 07/02/2008.
- Sanz, David (2008), “*Vigilias*, nuevo poemario de Anelio Rodríguez”, *Diario de Avisos*, p. 22, 22/05/2008.
- Sanz, David (2010), “Mr. Anelio, el señor Sabas y el león Sultán”, *Diario de Avisos*, p. 33, 24/01/2010.
- Sanz, David (2011), “Nace un nuevo Grupo de La Palma. Una generación de escritores marcados por señas comunes como Ediciones La Palma o la revista *Azul*”, *Diario de Avisos*, p.13, 16/05/2011.
- S. R. (2000), “Anelio Rodríguez Concepción, escritor: «El tabaco puede tener el mejor de los futuros»”, *La isla de La Palma*, pp. 5-6, 22-29/12/2000.
- Sanz Villanueva, Santos (1999), “Una realidad diferente”, *Esfera*, suplemento cultural del diario *El Mundo*, p. 12, 20/03/1999.
- Senante, Fernando (1990), “Un recorrido por los libros del año / 1”, *Borrador* (Página Literaria de *Diario de Avisos*), 27/12/1990.
- Suárez, Ernesto y otros (Lorenzo Croissier, Carlos Bruno, Francisco Croissier, Daniel Bellón Serrano, José Marrero y Castro): 1984, “Prólogo intencionado”, en Anelio Rodríguez Concepción, *Poemas de la guagua*, Ed. Pilar Rey-Caja General de Ahorros de Canarias, Santa Cruz de Tenerife, p.7.

- Suárez, Ernesto (1984), “Anelio Rodríguez Concepción: De los trayectos al margen”, *Avisos de Cultura* (suplemento cultural de *Diario de Avisos*), p. 15, 06/12/1984.
- Suárez, Ernesto (1998), “Anelio Rodríguez Concepción: literatura para un imaginario imprescindible” [texto de presentación de *Relación de seres imprescindibles*], *La Laguna*, 18/11/1998.
- Suárez, Ernesto (1999), “Literatura para un imaginario imprescindible”, *La Tribuna de Canarias*, p. 56, 10/02/1999.
- Suárez, Ernesto (2004), “Relación de secretos”, *La Provincia*, p. 45, 11/11/2004.
- Suárez, Ernesto (2005), “Relación de secretos”, *2·C = Revista Semanal de Ciencia y Cultura* (suplemento cultural de *La Opinión de Tenerife*), pp. 6-7, 19/02/2005.
- Suárez, Ernesto (2012), “El grupo de La Palma: notas que buscan su evidencia”, en AA.VV., *Poetas de una sola isla. El grupo de La Palma (1990-2011)*, selección e introducción de Nicolás Melini, Ediciones Idea-Ediciones Agüere, pp. 7-15, Santa Cruz de Tenerife.
- Trujillo, Ramón (1990), “*La Habana y otros cuentos*” (inédito), texto para la presentación del libro en La Laguna.
- Valls, Fernando (ed.) (2012), “Pirañas de agua salada”, prólogo de AA.VV., *Mar de pirañas. Nuevas voces del microrrelato español*, Menoscuarto Ediciones, pp. 9-25, Palencia.
- Zabaleta, Alejandro (2011), “Cosecha del 21”, *La Provincia*, pp. 29-31, 26/05/2011.

3.2.7. Santiago Gil García

Nació en Santa María de Guía de Gran Canaria, provincia de Las Palmas, el 10 de abril de 1967. Realizó sus estudios primarios y secundarios en el Colegio Nicolás Aguiar y el Bachillerato en el IES de su ciudad natal. Estudia Derecho, pero abandona esta carrera en el tercer curso. Vive primero en Londres, luego en Dublín. Cuando regresa a España se instala en Madrid. Se matricula en la Universidad Complutense y obtiene la Licenciatura de Periodismo.

En 1995 regresa a Gran Canaria y colabora con los periódicos *Diario de Las Palmas*, *La Provincia* y *Canarias 7*. Actualmente publica una columna dominical en *Canarias 7* y colabora con la Radio Autónoma y trabaja como responsable de comunicación en distintas instituciones de la isla.

Ha sido escritor invitado por la UNAM de México o la Universidad polaca de Lodz. También ha sido invitado por la Feria Internacional del Libro de Guadalajara o la Feria del Libro de Madrid a través de la Cátedra Vargas Llosa. Ha impartido durante seis ediciones el Taller de Escritura de Ámbito Cultural en El Corte Inglés de Las Palmas de Gran Canaria y actualmente imparte ese mismo taller en la Casa Museo Pérez Galdós.

Mantiene activos tres blogs: uno con microrrelatos o pequeñas reflexiones en *Canarias 7* (<http://www.canarias7.es/blogs/ciclotimias/>); otro con contenidos poéticos (http://santiago_gil2006.blogspot.com.es/); y un blog alojado del equipo de fútbol de la Unión Deportiva Las Palmas en el que trata de unir literatura y fútbol (<http://juego-entrelneas.blogspot.com.es/>)

***Poética*, por Santiago Gil García**

No entendería la vida sin la literatura. Para mí leer y escribir son verbos tan necesarios como respirar, comer o amar. Soy lector. Siempre. Incluso creo que escribo para seguir leyendo. Aprendí de Kafka a escribir entre sombras, rebuscando mucho más allá de las palabras y de mis vivencias, con Stendhal supe que la novela es como un espejo que se pasea a lo largo del camino y de Galdós me queda la certeza de que por doquiera que el hombre vaya lleva consigo su novela.

Mi patria, como escribía Rodrigo Fresán, es mi biblioteca. Soy escritor por todos los escritores que escribieron antes y por los que siguen escribiendo.

Me da lo mismo la fama o el reconocimiento. Me considero un hombre afortunado porque puedo escribir como soñaba a los veinte años. Entonces carecía de vivencias y de lecturas, y en todo este tiempo he sabido que solo el trabajo, la paciencia y el oficio me ayudarían a cumplir aquel sueño del joven que escribía versos y que ya

pergeñaba sus primeras novelas. Luego está la mirada, la manera en que te asomas al mundo que te rodea y a tu propia memoria, y está también la música, la voz propia que uno tiene que ir encontrando entre miles de palabras y de argumentos.

Me gusta contar la vida de los perdedores, acercarme a lo cotidiano, y pensar siempre que yo pude haber sido cualquiera de los otros. Estoy con Delibes en que es el azar y no el tiempo el que va poniendo a cada uno en su lugar. Por eso escribo, por jugar con la suerte de otra manera, en otras vidas, para entender y para entenderme, porque cuando escribo siento que hago más que vivir como un autómatas. Creo en la confluencia de los géneros y en que el poeta, el novelista y el periodista se encuentran en todos mis textos. No entiendo la literatura sin emoción, sin que despabile al lector con un sustantivo, un verbo o un punto y aparte. Escribí al principio que no entendía la vida sin la literatura. Podría haber escrito justo lo contrario, que tampoco entiendo la literatura si no tiene vida más allá de las palabras.

Bibliografía

Novela:

Los años baldíos, Las Palmas de Gran Canaria, Anroart Ediciones, 2004.

Por si amanece y no me encuentras, Las Palmas de Gran Canaria, Anroart Ediciones, 2005.

Un hombre solo y sin sombra, Las Palmas de Gran Canaria, Anroart Ediciones, 2007.

Como ganarse la vida con la literatura, Las Palmas de Gran Canaria, Anroart Ediciones, 2008.

Las derrotas cotidianas, Las Palmas de Gran Canaria, Anroart Ediciones, 2010.

Los suplentes Madrid, Las Palmas de Gran Canaria, Anroart Ediciones, 2010 (juvenil)

El motín de Arucas, Las Palmas de Gran Canaria, Cam-PDS, 2010.

Sentados, Las Palmas de Gran Canaria, Anroart Ediciones, 2011.

Queridos Reyes Magos, Las Palmas de Gran Canaria, Anroart Ediciones, 2011.

Yo debería estar muerto, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2011.

El destino de las palabras, Madrid, ATKK Editores, 2013.

La costa de los ausentes, Madrid, Mercurio Editorial, 2016.

Gracias por el tiempo, Madrid, Mercurio Editorial, 2017.

Dos, Las Palmas de Gran Canaria, Editorial Siete Islas, 2017

Relato:

El parque, Las Palmas de Gran Canaria, Anroart Ediciones, 2005.

Equipaje de mano, Las Palmas de Gran Canaria, Anroart Ediciones, 2006.

Poesía:

Tiempos de Caleila, Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria, 2006.

El color del tiempo, Ayuntamiento de Tegui, 2007.

Una noche de junio, Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria, 2010.

Trasmallos, Ediciones La Discreta, Madrid, 2014.

La extraña suerte, Gas Edition (digital), 2017

Artículo:

Psicografías, Fundación Néstor Álamo, 2010. Recopilación de artículos publicados en el periódico *Canarias 7*.

Aforismos y Microrrelatos:

Tierra de nadie, Las Palmas de Gran Canaria. Anroart, 2004

Equipaje de mano, Las Palmas de Gran Canaria. Anroart, 2006

Memorias:

Música de papagüevos, Las Palmas de Gran Canaria. Editorial Domibari, 2008.

Memorias de infancia

Obra colectiva:

Rojo sobre Negro: 17 relatos criminales. Editorial Anroart, Las Palmas de Gran Canaria, 2007.

Madrid en los poetas canarios, Editorial Puentepalo, Las Palmas de Gran Canaria, 2010.

Doble o Nada, Huerga y Fierro, Madrid, 2010.

Generación 21, Nuevos novelistas canarios, Ediciones Agüere-Idea, Santa Cruz de Tenerife, 2011.

Premios

Premio de Poesía “Esperanza Spínola” del Ayuntamiento de Tegüise (Lanzarote), por *El color del tiempo*, en 2007.

Accésit en el Premio Internacional de Poesía “Ciudad de Las Palmas”, con *Una noche de junio*, 2010.

Referencias sobre su obra

Agencia (2013), “Nuevas voces de la narrativa canaria”, *La Provincia*, Las Palmas de Gran Canaria, 18 de junio.

Álamo, Victoriano S. (2009), “Una novela del siglo XXI”. *Canarias 7*. Las Palmas de Gran Canaria, 16/09/2009.

Álamo, Victoriano S. (2013), “La poesía es lo que te queda cuando pierdes la batalla”, *Canarias 7*, Las Palmas de Gran Canaria, 12/11/2013.

Álamo, Victoriano S. (2016), “Nieves Rivero me va a sobrevivir”, *Canarias 7*, Las Palmas de Gran Canaria, 18/04/2016..

Aranda, Carmen Delia (2015), “Camille Saint-Saens soy yo”, *Canarias 7*, Las Palmas de Gran Canaria, 10/06/2015.

Aranda, Carmen Delia (2017), “Villa Melpómene llegará al cine”, *Canarias 7*, Las Palmas de Gran Canaria, 23/01/2017.

Arencibia, Yolanda (2006), *Por si amanece y no me encuentras*, *La Provincia/Diario de Las Palmas*, Las Palmas de Gran Canaria, 04/05/2006.

Artiles, Teresa (2004), “Santiago Gil narra en su primera novela la historia de un perdedor”, *Canarias 7*, Las Palmas de Gran Canaria, 21/10/2004.

- Benítez Florido, Rubén (2012), “Con la literatura se vence a la muerte”, *Canarias 7*, 07/03/2012.
- Benítez Florido, Rubén (2012), “La dialéctica del triunfo y el fracaso”, *Canarias 7*, Las Palmas de Gran Canaria, 28/11/2012.
- García Rojas, Eduardo (2012), “Queridos Reyes Magos o una serie de catastróficas desgracias”, *El Escobillón*, 24/01/2012.
- García Rojas, Eduardo (2012), “Quedarse en los huesos”, *El Escobillón*, 18/09/2012.
- García Rojas, Eduardo (2016), “Hay que escribir mucho para aprender a escribir”, *Diario de Avisos*, Santa Cruz de Tenerife, 17/04/2016.
- García Rojas, Eduardo (2016), “La costa de los ausentes”, *El Escobillón*, 10/05/2016.
- González Déniz, Emilio (2015), “El juego de espejos de Santiago Gil”, *Canarias 7*. Las Palmas de Gran Canaria, 07/06/2015.
- González Déniz, Emilio (2016), “La escritura en curva de Santiago Gil”, *Canarias 7*, Las Palmas de Gran Canaria, 18/04/2016.
- Guerra Aguiar, Nicolás (2013), “Santiago Gil o la novela como un largo poema”, *Canarias 7*, Las Palmas de Gran Canaria, 27/04/2013.
- Hernández, Germán (2014), “El destino de las palabras”, *El signo roto*, 09/01/2014.
- Jiménez de Paz, Antonio (2009), “No creo en las patrias ni en las tradiciones forzadas”. *La Opinión*, Santa Cruz de Tenerife, 28/04/2009.
- León Barreto, Luis (2005), “Santiago Gil”, *La Provincia/Diario de Las Palmas*, Las Palmas de Gran Canaria, 10/10/2005.
- León Barreto, Luis (2009), “Santiago Gil”, *La Provincia*, Las Palmas de Gran Canaria, 28/01/2009.
- Marrero, Erika (2008), “Santiago Gil: Intento acercarme a la realidad desde la ironía”, *Canarias 7*, Las Palmas de Gran Canaria, 03/02/2008.
- Martín, Mayte (2016), “A través de La costa de los ausentes”, *Rebobinando*, 04/11/2016.
- Martínez, Fernando (2005), “Santiago Gil trata en su última novela de las personas que dependen de otras para vivir”, *La Provincia/Diario de Las Palmas*, Las Palmas de Gran Canaria, 28/10/2005.
- Ravelo, Alexis (2007), “Hombre A-sombrado”, *Guiadegrancanaria.org.*, 12/05/2007.

Rosales, Víctor J. (2008), “Ganarse la vida con las palabras sería un lujo”, *La Gaceta de Canarias*, Las Palmas de Gran Canaria, 18/03/2008.

Silva, Federico J. (2006), “Santiago Gil: de nacionalidad, la literatura”, *Canarias 7*, Las Palmas de Gran Canaria, 17/05/2006.

Silva, Federico J. (2007), “Un huracán llamado Santiago Gil”, *Contemporánea*, Revista grancanaria de Cultura, número 6/2007

Silva, Federico J. (2008), “El universo de Gil”, *Canarias 7*, Las Palmas de Gran Canaria, 26/03/2008.

3.2.8. Cristo Hernández Morales

Nació en La Laguna, Tenerife, provincia de Santa Cruz de Tenerife, en 1968. Es Licenciado en Filología Clásica y, durante más de veinte años, profesor de griego en el Instituto de La Guancha, Tenerife. Es profesor de teatro y ha dirigido y presentado el programa radiofónico *El libro de arena*. Ha impartido cursos de formación y actualización didáctica.

***Poética*, por Cristo Hernández Morales**

La palabra como reflexión.

Me considero un escritor entusiasta, amante y apasionado de la escritura y de las ideas que esta encierra. Pienso que la Literatura juega en estos tiempos un papel de reivindicación de la palabra frente a la imagen y es por ello que me esfuerzo en defender la palabra. Para mí vale más una palabra que mil imágenes, porque cada palabra escrita invita a una reflexión, a toda una filosofía que subyace tras ella.

Me considero ante todo un lector empedernido que evoluciona a escritor, una suerte de pokemon literario. Sin lectores empedernidos no hay escritores. Me gusta la narrativa, contar y que me cuenten historias, y leo de todo, de cualquier género narrativo. Me considero un lector que deviene escritor por necesidad y luego en lo que

escribes se manifiesta todo ese bagaje que uno tiene como lector. Una verdad de perogrullo que en mi caso es crucial porque siempre fui un lector heterogéneo.

Como escritor soy muy metódico. Me gusta trabajar las estructuras de las obras y jugar en ellas con distintos puntos de vista y distintos géneros, como ya dije. Me empecé a enamorar de la Literatura tras leer en COU *Crónica de una muerte anunciada*, de Gabriel García Márquez. *Cien años de Soledad* está bien, pero *Crónica...*, no del todo reconocida, es la perfección hecha palabra, mezcla de literatura y periodismo. Me interesa analizar la acción desde distintos puntos de vista y *Crónica...* me guio por ese camino.

Tanto en lo que leo como en lo que escribo busco una trama, una historia donde se vayan descubriendo elementos, a veces de forma sutil, otras de manera obscena. Por eso me gusta cuidar la técnica narrativa.

Soy filólogo clásico y en mi obra se trasluce mi formación académica. Mis referencias a la antigüedad clásica son constantes en mis obras: la literatura, el arte, la mitología..., la cultura clásica en general.

Mis maestros literarios son muchos, pero principalmente Márquez, Borges y Francisco Umbral, un genio denostado, éste último, al que siempre he admirado, por su raza literaria, pero sobre todo por su pasión periodística, su fina y elocuente crítica social.

Pero también me considero un escritor imaginativo como así demuestra mi obra narrativa que no se ciñe a un único género. En mi juventud me harté de leer a Stephen King y me encantaba Edgar Allan Poe. El misterio, lo irracional, el terror... son temas que me interesan. Trato de entender todos esos aspectos inasibles que rondan en torno al ser humano y, como escritor, intento darles un orden y crear mi propio universo donde me encuentro más seguro que en la propia realidad. Es algo característico de quienes sufrimos el Síndrome de Asperger.

La novela, ese cajón de sastre que preside mi obra, representa un juego donde todo es lícito. Y como todo me está permitido, me gusta emplear el mayor número de recursos literarios. Creo que dejo clara esta visión en mi obra *El Jardín de las Especies*, donde intenté crear un Universo alternativo, totalmente cerrado y comprensible, al menos para mí.

Escribir es un estado de ánimo. Me gustaría escribir más de lo que lo hago, pero los libros no dan de comer y a veces se tiene uno que rendir a la evidencia de la realidad. Hay etapas de mi vida en las que he escrito más y otras en las que apenas he pergeñado alguna línea. Y no porque padeciera el “Síndrome de la Página en Blanco” (tonta excusa); al contrario, en mi cabeza bullen a diario ideas para una nueva obra y tengo numerosos cuadernos con obras recién comenzadas, algunas totalmente estructuradas; otras simples párrafos que tal vez pudieran convertirse en obras maestras pero que nunca llegarán a nada.

Ahora mismo vivo un descenso vertiginoso hacia la total inacción literaria, de la que solo me salva mi arraigada condición de lector. No tengo tiempo ni ganas de escribir. Mi universo se desmorona por momentos y solo leo para no morir definitivamente como escritor.

Bibliografía

Novela:

Recuerdos consentidos, Santa Cruz de Tenerife, Baile del Sol, 2000.

El jardín de las especias, Santa Cruz de Tenerife, CajaCanarias, 2001.

La mirada de Gioconda, Santa Cruz de Tenerife, Editorial Afortunadas, 2002.

Los Hermenautas y el Código de Apolo, Santa Cruz de Tenerife, Editorial Afortunadas, 2004.

Biografía reciclada de Manolito el Camborio, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Agure-Ediciones Idea, 2011.

Relato:

Fragmentos dispersos de un mundo futuro, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2005.

Envasados al vacío, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2005.

Las seis caras del azar, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Agure-Ediciones Idea, 2011

Minitextos comprometidos, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2013.

Minitextos para sonreír, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2013.

Minitextos de amor y lujuria, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2013.

Unidades libres, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Agüere-Ediciones Idea, 2014.

Premios

Premio de Cuentos “Club Náutico de Bajamar”, con *El tañedor de oboe* (incluido en *Envasados al vacío*), 1997.

Finalista Premio de Cuentos “Ateneo de La Laguna”, con *Los senos de La Laguna*, (incluido e *Envasados al vacío*), 1997.

Premio “Benito Pérez Armas”, con *El jardín de las especias*, 1999.

Accésit I Concurso de Relato Corto sobre la Mujer, Ayuntamiento de San Miguel de Abona, con *La Revolución de las Tijeras* (incluido en *Unidades libres*), 2005.

Referencias sobre su obra

Báez, Domingo (2000), “La novela de Cristo”, *La Opinión de Tenerife*, 30/11/2000.

Fernán-Pérez, C. (2000), “*El Jardín de las Especies*, Premio Benito Pérez Armas”, *La Opinión de Tenerife*, 26/11/2000.

Fernán-Pérez, C. (2001), “Baile del Sol edita *Recuerdos consentidos*, de Cristo Hernández”, *La Opinión de Tenerife*, 01/03/2001.

García Rojas, Eduardo (2011), “A propósito del puchero narrativo canario”, *El Escobillón*, 10/09/2011.

García Rojas, Eduardo (2015), “Un año de narrativa en Canarias”, *El Perseguidor, Diario de Avisos*, 28/12/2015.

Lorenzo, María Concepción (2003), “La ambigüedad de la literatura y el arte. A propósito de *La mirada de Gioconda*, de Cristo Hernández”, *Revista Acta Médica*, julio-agosto.

Méndez, Mayte (2005), “Hernández reivindica la palabra como reflexión frente al mundo de la imagen”, *La Opinión de Tenerife*, 28/10/2005.

Pedros, María Luisa (2000), “Un detective llamado Chelo Olmes protagoniza la última edición del Premio de Novela Benito Pérez Armas”, *Diario de Avisos*, 26/11/2000.

Redacción (2000), “Cristo F. Hernández gana el Premio de Novela “Benito Pérez Armas”, *El Día*, 25/11/2000.

Redacción (2000), “Cristo Hernández gana el Premio Benito Pérez Armas”, *La Gaceta de Canarias*, 26/11/2000.

Redacción (2001), “La novela es para mí un juego donde todo es lícito”, *El Día*, 19/01/2001.

Redacción (2001), “CajaCanarias edita *El jardín de las especies*, de Cristo Hernández”, *La Opinión de Tenerife*, 06/06/2001.

Redacción (2001), “Cristo Hernández ve publicada su novela *El Jardín de las Especies*”, *El Día*, 06/06/2001.

Redacción (2003), “Maresía confía en jóvenes escritores sus cinco nuevas obras”, (sobre la publicación de *La mirada de Gioconda*), *Diario de Avisos*, 25/04/2003.

3.2.9. Javier Hernández Velázquez

Nació en Santa Cruz de Tenerife, el 13 de agosto de 1968. “Nací en el epicentro de una época de grandes revoluciones culturales y políticas, como las revueltas estudiantiles de mayo del 68, la radicalización del maoísmo en China o la invasión en la primavera de Praga por las tropas soviéticas”.

Estudió en el colegio de la capital tinerfeña de los Hermanos de La Salle San Ildefonso donde culminó los cursos de Bachillerato. Luego cursó Derecho en la Universidad de La Laguna y accedió a la condición de funcionario de carrera de la Administración Local.

No fue difícil caer en las redes seductoras de la época: las luces de Manhattan y París; la música de Dylan, la pintura de Van Gogh, los escritos de la facción surrealista

de Santa Cruz de Tenerife después de la Exposición Internacional de 1935 y la forma de actuar de Paul Newman y Robert Redford.

Participa como contertulio en el programa *La Puerta Sonora* de Radio Norte (Tenerife) y ha mantenido colaboraciones en las revistas culturales de *La Puerta* y *Lunula*.

Es un autor que mira de frente a la sociedad y utiliza la narrativa para contar lo que ocurre a su alrededor, dando una respuesta rotunda a sus acontecimientos, intentando que su ambición, explícitamente urbana, despierte la conciencia general sobre la realidad. Se dedica a la *novela* y sus autores preferidos del género son MacDonald, Spillane y Hammett, entre los clásicos, y Marian Coben y Craig Russell entre los modernos. Su detective-protagonista es Mat Fernández.

***Poética*, por Javier Hernández Velázquez**

La literatura es todo lo que queremos y la vida nos impide. En las frases de mis novelas ejecuto y resuelvo gran parte de los problemas a los que me enfrento y que el sistema no me va a permitir resolver. Escribo sobre mi ciudad y mi isla. Soy del barrio de Duggi, pero me siento más santacrucero que de mi barrio.

Cualquier obra de género puede ser muy buena. Lo que me causa repulsión son los cenáculos y sus patricios que se creen investidos de la potestad de indicar a los lectores lo que es, o no, alta literatura y excluyan la literatura de género sin previa lectura.

En Canarias quizá que no somos tan aplanados como como se cree. Nos estamos limitando a desechar Macondos y Comalas, que tuvieron su función en una época cuyos parámetros calcaron al grupo *fetasiano*. Eran tiempos de postguerra y represión y era aconsejable meter el mundo y las ideas dentro de una burbuja. Ahora no estamos en la misma tesitura, así como es más liberador dar bocados a la realidad que nos ha tocado vivir.

En una isla, rodeados de agua, la presión sobre el individuo es diferente, Hay más opresión, hay más silencio. No se dice lo que pasa, lo que hace que sea más creíble leer una novela de género que las noticias a la carta de los medios de comunicación. Sabemos cuáles son las reglas del juego: la política tiende a absorber todos los ámbitos de la vida.

Una influencia innegable en mi vida y en mi literatura son los efectos de los años sesenta del siglo pasado. Los tiempos estaban entonces cambiando como cantaba Dylan y el clima socio-político no se ha repetido. Se construye el Muro de Berlín, encarcelan a Mandela, muere Marilyn, Concilio Vaticano II, la crisis misiles, la carrera espacial, la primavera de Praga, el verano del amor y los grandes conciertos del 67, el mayo francés, Vietnam, asesinato de JFK y de Martin Luther King... ¿te parecen pocas razones?

Bibliografía

Novela:

Factotum, Santa Cruz de Tenerife, Editorial Benchomo, 2005.

La identidad fragmentada, Santa Cruz de Tenerife, Editorial Benchomo, 2007.

Los días prometidos a la muerte, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea-Aguere, 2010.

En el fondo de los charcos, Santa Cruz de Tenerife, Baile del Sol, 2011.

El sueño de Goslar, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Aguerre-Ediciones Idea, 2013.

Un camino a través del infierno, Madrid, M.A.R., 2013.

Los ojos del puente, Madrid, M.A.R., 2014.

Mientras mueres, Barcelona, Alrevés Editorial, 2017.

Relato:

El eco de Cobain, 2012, inédita.

Cajonera City, 2012, inédita.

Artículos:

“Escritores canarios en el cónclave del crimen”: 2014, *El perseguidor*, Diario de Avisos, p. 2, Santa Cruz de Tenerife, 20 de julio.

Premios

Finalista del Premio “Benito Pérez Armas” 2009 por *El fondo de los charcos*.

Segundo Premio del Concurso de Relatos “Ciudad del Rosario” 2012 por *Cajonera City*.

Finalista del XIII Premio Internacional “Sexto Continente” de Relato Negro 2012 por *El eco de Cobain*.

Mención Especial del Jurado del Premio Internacional de Novela Negra “LH Confidencial”, 2013 por *Un camino a través del infierno*.

IV Premio “Wilkie Collins” de Novela Negra 2014 por *Los ojos del puente*.

Premio “Novelpol” 2015 a la Segunda Mejor novela publicada en España en 2014 a juicio de los lectores por *Los ojos del Puente*.

Referencias sobre su obra

Arias, Marisa (2016), “*Los ojos del puente*”, *Solo novela negra (La revista del mundo criminal)*, 7/7/2016.

Bosque, Ricardo (2017), “*Mientras mueres*, de Javier Hernández Velázquez”, *Calibre 38, Revista*, 24/4/2017.

Contreras, Miguel A. (2017), “*Mientras mueres*”, *Solo novela negra (La revista del mundo criminal)*, 4/3/2014.

Del Árbol, Víctor (2015), “*Juega con nosotros*”, *El Perseguidor, Diario de Avisos*, p. 4, Santa Cruz de Tenerife, 15/2/2015.

Domínguez Suria, Sinesio (2015), “Triángulo de la novela negra en Canarias”. En Àlex Martín Escribá y Javier Sánchez Zapatero (eds.) *El género negro de la marginalidad a la normalización*, Santiago de Compostela: Andavira Editora, pp. 141-149.

García Rojas, Eduardo (2014), “*Los ojos del puente*, una novela de Javier Hernández Velázquez”, *El Escobillón*, 23/11/2014.

García Rojas, Eduardo (2015), “*La semana más negra*”, *El Perseguidor, Diario de Avisos*, p. 2, Santa Cruz de Tenerife, 15/3/2015.

Lens, Jesús (2015). “*¡Bang, ya estás muerto!*”, *El Perseguidor, Diario de Avisos*, p. 4, Santa Cruz de Tenerife, 15/2/2015.

Martínez Escalona, Virginia (2015), “*Bajo el puente... está el barranco*”, *El Perseguidor, Diario de Avisos*, p. 3, Santa Cruz de Tenerife, 8/3/2015.

3.2.10. Ángel Vallecillo

Nació en Valladolid en 1968. Es Arquitecto Técnico. Colaborador durante tres temporadas del programa radiofónico *Objetivo La Luna*, de la Cadena SER Radio Club Tenerife como especialista en viajes y temas marinos. En 2010 y 2011 colaboró en el programa de radio *Mar de Nadie*. Entre 2014 y 2015 presentó el programa de música *Una Hora con Satán*, en Radio Unión Tenerife. Ha sido corrector y escritor de los libros *Bucear en Canarias*, *100 invertebrados de Canarias*, *100 peces de Canarias* y *Bucear en Canarias 2*, todos ellos en colaboración con el fotógrafo submarino Sergio Hanquet. También con este fotógrafo, buceador y guionista como él, ha publicado libros de Naturaleza como *Mar Atlante* (2001), y el corto *Ballenas en libertad* (2001).

Como guionista ha trabajado para la productora de cine submarino *Aquawork*, y ha firmado títulos documentales como *Durante la Noche*, *Bucear en Gran Canaria*, *LIC La Gomera* o *La Foca Monje de Mauritania* (este último por encargo de la UNESCO). Es director y guionista de la película documental *Mar de Nadie*, estrenada en 2009, un ambicioso y vanguardista proyecto sobre el mar en el que han colaborado instituciones como el Museo de la Ciencia de Valladolid, el Instituto Oceanográfico Español, el Astrofísico de Canarias o la Armada Española.

Ha publicado en revistas como *Viajeros*, *Scuba*, *Divin*, *Conde Nest*, *Canarias Paraíso*, en su mayor parte como redactor pero también como fotógrafo.

Es autor y editor de la guía de viaje *Bienvenido a La Graciosa* (2012). En 2008 representó a España en el festival de novelistas europeos en la ciudad de Kiel (Alemania) con su novela *Colapsos*.

En 2010 representó a Castilla y León en el *Festival Internacional de Literatura de Guadalajara* (México). Ese mismo año presentó en el festival de las artes escénicas de Salamanca *Cráneos de bronce* y dio una conferencia TEDx titulada *La verdad de las mentiras*.

En 2011 colaboró en *Lo demás es Silencio*, en colaboración con el DJ Óscar de Rivera, fusión de música electrónica y literatura en directo.

En 2012, la Universidad de Valladolid publicó un estudio sobre el tratamiento del espacio literario en todas sus novelas escrito por Carmen Morán Rodríguez, y un segundo estudio sobre la novela *Los Comedores de Tierra* escrito por María Pilar Celma Valero.

Poética, por Ángel Vallecillo

Dividiría mi obra en tres periodos: formación, vanguardia y apatía.

Mis dos primeras novelas, *Los Comedores de Tierra* y *La Sombra de una Sombra*, son una literatura de apariencia costumbrista, influenciada por Miguel Delibes pero también por recuerdos de mi infancia y de la geografía castellana. Los narradores de los que me sirvo son niños o adolescentes, pero ya bajo esa mezcla de belleza y tragedia que es de las pocas constantes que encuentro en todos mis libros: una obsesión por mezclar lo bello con el horror. Los autores que más me influenciaron entonces fueron los poetas románticos franceses, los románticos ingleses y americanos y la literatura castellana, como Cela y especialmente Miguel Delibes.

La ruptura con esta primera época fue la novela *Colapsos*. Tras dos novelas costumbristas me sentía técnicamente castrado. La literatura clásica (por su orden formal) la sentía como una fuente agotada; una vía muerta. *Colapsos* fue una ruptura técnica y estética. Tenía la sensación de estar haciendo algo nuevo, de estar rompiendo ataduras que constreñían mi forma de expresarme. Me obsesionaba la dureza, la fuerza, la potencia, la violencia más que la belleza. También empecé a dar forma a mi obsesión

por la economía de medios: transmitir la máxima información con el mínimo consumo de energía (palabras). Los saltos. Las rupturas. El mestizaje. *Colapsos* fue ante todo libertad, amplitud de miras, investigación de técnicas: diversidad de narradores, espacios y formas de expresión. Los autores que más leía entonces eran los americanos de la vanguardia de los años 30, 40 y 50.

Hay un millón de razas fue una continuación en la investigación formal, esta vez obsesionado por el falsorrealismo: una técnica encaminada a dar verosimilitud a lo narrado mediante técnicas usadas por historiadores, periodistas o ensayistas. Una literatura de ficción pero que en muchos pasajes transmite una absoluta sensación de ser real, veraz, no ficción. Mediante falsas reseñas, pies de páginas, referencias a textos históricos inexistentes. El tema seguía siendo un gran colapso mundial. En todas mis novelas ha habido un trasfondo de tragedia apocalíptica: bien económica o medioambiental, como es el caso de *Hay un millón de razas*.

Mi obsesión como autor ha sido no repetirme. Nunca he tenido una sola forma de escribir. He querido variar, saltar. Me identifico con un camaleón que va variando su forma de escribir en cada novela. Variando la técnica. Investigando nuevas formas de expresión. Siempre cercano a la vanguardia. En *9 Horas para morir* investigué el amasamiento de la idea, la repetición, la verborrea, el exceso de palabras hasta resultar agotador, pero es porque el fondo de la novela así lo pedía. Es una novela casi sin diálogos, con párrafos extensos, de conciencia interior, de soltar ideas filosóficas, pero siempre con ese trasfondo de belleza y horror.

En esta fase de experimentación alcancé un límite con *Bang Bang, Wilco Wallace*. Una novela en la que me obsesionaba la velocidad. Imprimir al texto la mayor velocidad posible. Acción, acción. Una novela dura, violenta, excesiva, divertida. Llena de frases secas, contundentes, aforísticas. Mordaz.

Y el tercer periodo de mi narrativa, tras una primera fase clásica, una segunda de vanguardia y experimentación en la forma, es en el que me encuentro al escribir estas notas: la de una absoluta apatía. Fue como si el haber jugado con tal variedad de logros técnicos de repente me hubiera dejado vacío. *La forma por la forma* me dejó seco. Y aún estoy averiguando cómo continuar, cómo lograr recuperar la pasión literaria. He encontrado pequeños apoyos en el párrafo corto y musical, prosa poética como la que utilicé en *Mar Atlante* y que he recuperado para *Rapaces de Canarias*, que se publicará

en primavera. Textos filosóficos, potentes, muy grandilocuentes... Épicos. También sigo revisando *Akúside*, una novela en la que llevo trabajando desde el año 2005 sobre el terrorismo etarra y que nunca encuentro bien rematada. Pero en este 2016 encuentro mi ficción en un callejón sin salida, sin saber muy bien qué derroteros tomar, cómo si se me hubieran agotado las ideas y ya no tuviera ni confianza ni alicientes suficientes para atacar una aventura tan larga y agotadora como es siempre escribir una novela.

Bibliografía

Novela:

La Historia de mi primo Alister, Ayuntamiento de Oviedo, 1996.

Relatos Históricos, Valladolid, Difácil, 1996.

Los Comedores de Tierra, Valladolid, Colegio de Aparejadores, 1999.

La Sombra de una Sombra, Valladolid, Difácil, 2002.

Colapsos, Valladolid, Difácil, 2006.

Hay un millón de razas, Valladolid, Difácil, 2008.

Sospechosos habituales Antología española de relato negro, 2013.

9 Horas para morir, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Agüere-Ediciones Idea, 2014.

Bang Bang, Wilco Wallace, Valladolid, Difácil, 2014.

Premios

Premio “Ciudad de Oviedo”, por *La historia de mi primo Alister*, 1996.

Premio “Miguel Delibes”, por *Colapsos*, 2006.

Referencias sobre su obra

Álvarez, Víctor (2008), “*Colapsos*”, *El Faro de Aqualung*, 06/11/2008.

Cacho, Rubén (2008), “Ángel Vallecillo se apoya en el falso realismo para construir una trama policíaca en torno a la ecología y los excesos de la genética en *Hay un millón de razas*”, *Ical* (Agencia de noticias de Castilla y León), 18/12/2008.

- Celma Valero, María Pilar (2012), *Más allá de Castilla: espacios reales y espacios imaginarios en la narrativa castellana última*, Universidad de Valladolid.
- De la Hueriga, José Manuel (2007), “Colapsos, Ángel Vallecillo”, *Revista La Tormenta en un vaso*, 3/1/2007.
- EFE (Valladolid) (2007), “Ángel Vallecillo, ganador del Premio Miguel Delibes de Narrativa, 2006”, *Canarias 7*, 20/6/2007.
- García Rojas, Eduardo (2014), “Literariamente, me identifico con un camaleón”, *El Perseguidor, Diario de Avisos*, Santa Cruz de Tenerife.
- Morán Rodríguez, Carmen (2005), “Ángel Vallecillo, Colapsos”, *Revista Clarín*, nº 65.
- Morán Rodríguez, Carmen (2012), “Alcores y simulacros: evolución del tratamiento espacial de la narrativa de Ángel Vallecillo”, *Colapsos*, Universidad de Valladolid.
- Sánchez Zapatero, Javier (2015), “Sabor americano”, *La Gaceta (Saber leer)*, Salamanca. 17/5/2015.
- Szilágyi-Nagy, Ildikó (2008), *Clearness, perfection and something more*.
- Rodríguez, Víctor (2005), “Voy a matar a todos”, *Mentes inquietas* (revista digital).
- Tovar, J. (2010), “Vallecillo antepone ‘instinto a razón’ en la literatura”, *El Mundo* (Opinión).

3.2.11. Nicolás Melini Concepción

Nace en Santa Cruz de La Palma en 1969. De él señaló Antonio Gala, en el “Magazine” del diario *El Mundo*, que demostraba “cómo los jóvenes son capaces de escribir una poesía transparente, en apariencia fría y absolutamente emocionante”. Según varios críticos canarios, “es uno de los autores más interesantes del panorama literario insular” (Luis León Barreto, *La Opinión*) y “uno de los narradores más inquietos y rompedores de cuantos han nacido en los últimos tiempos a este lado del Atlántico” (Eduardo García Rojas, “El Perseguidor”, *Diario de Avisos*). Ha sido incluido en la antología *Inmenso estrecho II* (Cuentos sobre inmigración) y en *Cuentos de la Atlántida (Antología del cuento canario actual)* y *La narrativa española de hoy*

(2000-2010) (*Luminaires, passages interculturels*, Suiza). Cuentos y poemas suyos han sido traducidos al árabe, francés, inglés, alemán y rumano.

Suele colaborar con varios medios digitales y en papel: *El Estado Mental*, *Frontera*, *El País*, *Revista Colofón*, *Diario de Avisos*, *Revista ACL (Academia Canaria de la Lengua)*, *El rapto de Europa*, *La Palma Ahora (Diario.es)*, con artículos sobre literatura, cine o actualidad política.

Actualmente vive en Madrid dedicado al cine, como guionista, ayudante de dirección y dirección de cortometrajes, la edición y la gestión cultural.

Entre sus obras fílmicas destacan: *La maleta de Cervantes* (51 min, 2011); *Bucarest 2005* (7 min, 2007); *Lejos de casa* (2,30 min., 2006); *Hijo* (8 min, 2005), protagonizado por Nieve de Medina e Israel Rodríguez; *Mirar es pecado* (14 min., 2010); *238* (7 min, 2004), de Andrés Koppel, protagonizado por Antonia Sanjuán y Lola Dueñas; *La balsa de piedra* (largometraje, 2001), de George Sluicer, sobre la obra homónima de Saramago y protagonizada por Federico Luppi, Icíar Bollaín y Gabino Diego; *La raya* (28 min., 1997, de Andrés Koppel; *La sombra de Caín* (largometraje, 1998) de Paco Lucio, con Eusebio Poncela, Laia Marull y Alberto Sanjuán. Ha merecido el Primer Premio al Mejor Guion en el Festival de Cine de Alcalá de Henares, Primer Premio Festival de Cine de Medina del Campo, Premio Iberia al Mejor Cortometraje del Año.

Recientemente se ha estrenado en México y Los Ángeles el monólogo *50 de Cien*, sobre los 50 años de la novela *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez, escrito con Fernando León Rodríguez y que interpreta y dirige el actor Rodrigo Murray.

La crítica ha dicho de su obra:

“*Africanos en Madrid* es algo más que una rareza literaria, pero eso no significa que no lo sea: la rareza de lo precioso”. J.A. Juristo (*ABC*).

“Nicolás Melini, para comprobar cómo los jóvenes son capaces de escribir una poesía transparente, en apariencia fría y absolutamente emocionante”. Antonio Gala, (Libro recomendado para el verano, *Revista Magazine, El Mundo*).

“*La sangre, la luz, el violoncelo* es para mí una novela perfectamente lograda, por la maestría con la que consigue articular fondo y estructura”. Jacques Soubeyroux (“Manipular, mentir”, Université Lumière Lyon 2).

“En Marcial, sin duda la joya de este libro, hay dosis homeopáticas de Melville, de Kafka y del Gracq de El mar de Sirtes. Que no es poco”. Javier Moreno (*Quimera*).

“Es uno de los autores más polifacéticos e interesantes de nuestro panorama creativo”. Pedro Flores (*El Mundo-La Gaceta de Canarias*).

“De lo que no me cabe duda es que leer a Melini es exponerse. Cada cuento, cada una de sus historias te confronta con los miedos y deseos desterrados más allá del alma”. David Sanz (*Diario de Avisos*).

“Nicolás Melini demuestra en estos cuentos su capacidad para dilatar los instantes, iluminarlos y convertirlos en fracciones de vida perdurable. No es fácil capturar instantes: tomarlos por un lado, expandirlos e ir ralentizando las emociones para revelarnos su luminoso lado oscuro. Una impronta personal de un autor que merece ser ampliamente difundido y leído. Literatura de la buena que nos dejará más de un instante de verdadero placer estético”. Pedro Crenes (*El placer de la lectura*).

Poética, por Nicolás Melini Concepción

No estoy muy a favor de la posibilidad de expresar mi poética. Creo que iría variando a lo largo del tiempo, a medida que me voy preparando para escribir nuevos libros o debido a la mutación de mis reflexiones hacia nuevos temas. Por decir algo que me importa ahora: creo que en literatura merece la pena la aventura de ir hacia allí donde detectemos que se encuentran los límites de lo conocido: acertar a decir el tiempo que te ha tocado vivir, pero incluso reflejar lo que podría encontrarse un poco más allá.

Bibliografía

Novela:

El futbolista asesino, LaCajaLiteraria, editado por Ediciones La Palma, Madrid, 2000.

Reeditada por Ediciones Idea, 2006; Casa de Cartón, Madrid, 2012.

La sangre, la luz, el violoncelo, Brandini/T&B, Madrid, 2005.

Relato:

Historia sin cariño de Remedios Quiero Besarte (Resma, Tenerife, 1999. Reeditada por Baile del Sol, Tenerife, 2005.

Cuaderno de mis mayores, Alternativas, La Palma, 2001. Reeditada por Ediciones Idea, Tenerife, 2006.

Pulsión del amigo, KRK ediciones, Oviedo, 2010.

Africanos en Madrid, Reino de Cordelia, Madrid, 2017.

Poesía:

Cuadros de Hopper, Ediciones La Palma, Madrid, 2002

Adonde marchaba, Ediciones La Palma, Madrid, 2004.

Los chinos, Vitruvio, Madrid, 2012.

Crítica cinematográfica:

De cine. Cine español, francés y otros, Ediciones Baile del Sol, 2007.

Premios

Primer Premio al Mejor Guion en el Festival de Cine de Alcalá de Henares por *La raya*, 1997.

Primer Premio Festival de Cine de Medina del Campo, por *La raya*, 1997.

Premio Iberia al Mejor Cortometraje del Año, por *La raya*, 1997.

Referencias sobre su obra

Arroyo Silva, Antonio (2011), “Pulsión del amigo, de Nicolás Melini”. *Revista digital Cinosargo*, Chile, 08/01/2011.

Arroyo Silva, Antonio (2010), “Azul detrás de blanco”. *El Perseguidor, Diario de Avisos*, 18/12/2010.

- Bocanegra, Vanesa (2001), “Nicolás Melini, un evocador de realidades” (Entrevista). *Atlánticocanarias.com.*, 24/12/2001.
- Bolognese, Chiara (2011), (Universitat Autònoma de Barcelona). “Propuesta de un nuevo espacio para el cuento en español”. *El Perseguidor, Diario de Avisos*, febrero.
- Bordón, Antonio (2000), “Los sonidos de nuestro tiempo”. *La Fábrica*, número 23. Verano de 2000.
- Bregante, Jesús (2003), *Diccionario Espasa de literatura española*, Madrid, Espasa Calpe.
- Caballero, Chema (2017), “Casas y almas de senegaleses en Madrid” (Entrevista). Blog África no es un país, *El País*.
- Campos Herrero, Dolores (2005), “La enfermedad y sus metáforas”. *Canarias 7*, 18/05/2005.
- Castilla, Paca (2000), “Me gustaría escribir guiones de películas que sólo se desarrollasen en Canarias”. *Diario de Avisos*, 28/02/2000.
- Chiappe, Domenico: “Dos libros de Nicolás Melini”. Revista digital de *Jazztelia*.
- Chirinos, Juan Carlos (2003), “La nueva poesía prosaica. Cuadros de Hopper, de Nicolás Melini”. *Ficción Breve Venezolana*.
- Crenes, Pedro (2011), “Pulsión del amigo”. *El placer de la lectura* (Web), abril.
- De Vega, Isaac (1997), “La sede del dios, de Nicolás Melini”. *Diario de Avisos*, domingo, 18/05/1997.
- Delgado, Juan José (2000), “Conformación mítica de la realidad (Sobre *El futbolista asesino* de Nicolás Melini)”. Presentación de *El futbolista asesino*. Tenerife.
- Del Rosario, Luisa (2017), “Nicolás Melini: “El lector es un ente activo” (Entrevista) *Canarias 7*.
- Díaz Pacheco, Agustín (2010), “Nicolás Melini”. *La Opinión de Tenerife*, sección de Opinión, 27/11/2010.
- Flores, Pedro (2002), “Cuadros de Hopper, palabras de Melini”. *La Provincia*, Cultura 40/IV, 25/07/2002.
- Flores, Pedro (2003), “La novela consiste en conseguir que el lector viva una historia” (Entrevista). *El Mundo-La Gaceta de Canarias*.

- Gala, Antonio (2003), “Dos libros para julio, dos libros para agosto”. *Magazine. El Mundo*, 29/06/2003.
- García Rojas, Eduardo (2000), “Mi novela es una crónica sobre la autodestrucción” (Entrevista). *Diario de Avisos*, 26/04/2000.
- García Rojas, Eduardo (2000), “Nicolás Melini juega con el azar en su último libro de relatos”. *Diario de Avisos*, 05/01/2000.
- García Rojas, Eduardo (2000), “Empiezo a tener esa edad en la que ya soy responsable de lo que escribo” (Entrevista). *Diario de Avisos*, 07/07/2000.
- García Rojas, Eduardo (2017). “Vidas”. Suplemento *El Perseguidor*, *Diario de Avisos*.
- García Rojas, Eduardo (2017), “Creo en mirar desde un rincón muy chiquitito, que soy yo” (Entrevista). *El Perseguidor*, *Diario de Avisos*.
- García Rojas, Eduardo (2010), “Pulsión del amigo o doce excelentes cuentos”. *El Perseguidor*, *Diario de Avisos*.
- García Rojas, Eduardo (2010), “Una afortunada corriente de aire fresco”. *El Escobillón*, 23/07/2010.
- García Rojas, Eduardo (2010), “Narradores sin incómodas denominaciones de origen”. *El Escobillón*, 05/05/2010.
- Gil, Santiago (2011), "Cuadros de Hopper". *Ciclotimias* (blog), *Canarias 7 digital*. 28/10/2011.
- Gil, Gustavo (2017), “Nicolás Melini: «Ese negro que ves en las calles de Madrid es el Estado del bienestar para un montón de gente»”. (Entrevista) *Revista 7IM*.
- Jiménez de Paz, Antonio (2008), “En Madrid la literatura canaria no se conoce o no existe” (Entrevista). *Diario de Avisos*, 05/07/2008.
- León Barreto, Luis (2000), “El tremendismo de Nicolás Melini”. *La Provincia*, Cultura XI/53, 27/05/2010.
- León Barreto, Luis (2002), “Nicolás Melini, un escritor moral”. *La Provincia*, Cultura V/45, 03/10/2002.
- Martín, Sabas (2000), “*El futbolista asesino*”. *La Gaceta de Canarias*, sección de Opinión, 08/06/2000.
- Martín, Sabas (2000), “*Poética desolación*”. *La Tribuna de Canarias*, domingo 18/06/2000.
- Martín, Sabas (2002), “Cuadros de Hopper”. *La Fábrica*, número 28.

- Martín, Sabas (2002), “El milagro poético”. *La Gaceta de Canarias*, sección de Opinión.
- Martín, Sabas (2007), “*Sobre el volcán (a propósito de Canarias)*” (Ediciones Idea, Tenerife).
- Martín Carbajal, Pablo (2010), “Nicolás Melini”. *Diario digital Archipiélago Noticias*, 27/04/2010.
- Medina, Esther R. (2017), “En el rechazo al inmigrante hay mucho miedo por desconocimiento” (Entrevista) *La Palma Ahora*, 2017.
- Méndez Guédez, Juan Carlos (2001), (Selección), “Cuatro poetas Canarios”. *El impulso*, Venezuela, 22/04/2001.
- Méndez Guédez, Juan Carlos (2004), “*Cuentos de la Atlántida*”. Prólogo a *Cuentos de la Atlántida, antología del cuento canario actual*, Bandini/T&B.
- Moreno, Javier (2011), “Pulsión del amigo de Nicolás Melini”. Revista *Quimera*, número 327, febrero.
- Pérez, Manolo (2010), “He podido crear buenas novelas mucho antes de conseguirlo con los cuentos” (Entrevista). *Diario de Avisos*, 08/08/2010.
- Revista Leer* (2010), “Pulsión del amigo”. N° 217, noviembre.
- Rodríguez Concepción, Anelio (2000), “*El futbolista asesino*”. *La Tribuna de Canarias*, 05/05/2000.
- Sanz, David (2010), “Pulsión del amigo, Nicolás Melini”. *Diario de Avisos*, sección de La Palma, 04/12/2010.
- Soubeyroux, Jacques (2008), “Lo real y lo ficcional en la obra de Nicolás Melini”. *Le créateur et sa critique. Manipuler, Mentir*, sous la direction de Philippe Merlo, *Actes du colloque de Lyon* (28 et 29 mars 2008). Publications de l’université de Saint-Etienne, 2009.
- Soubeyroux, Jacques (2011), “Nicolás Melini”. *La narrativa española de hoy (2000-2010) La imagen en el texto I*, Edición de Natalie Noyaret. *Luminaires, Passages interculturels*, Volumen 20.
- Zupcic, Slavko (2001), “*El futbolista asesino*”. Revista *Lateral*, n° 73. Barcelona, enero.

3.2.12. Víctor Álamo De La Rosa

Nació en Santa Cruz de Tenerife, el 29 de octubre de 1969. Descubrió la literatura de la mano de Juan José Delgado cuando cursaba el Bachillerato en el IES La Laboral, en La Laguna (Tenerife).

Se licenció en Filología Hispánica por la Universidad de La Laguna en 1994. Es profesor de la Escuela Canaria de Creación Literaria y Director de Comunicación y RSC de la Mutua de Accidentes de Canarias (MQAC), desde donde coordina la programación sociocultural de sus salones de actos y salas de exposiciones.

Sus primeros poemas obtuvieron un accésit en el Premio Félix Francisco Casanova en 1987. Escribe su primer relato en 1988, *Hacia el agua, el fuego*, que fue publicado en el periódico *El Día*, de Santa Cruz de Tenerife. Su primer libro de poemas, *Fósiles o armaduras del tiempo*, obtuvo el premio de poesía ‘Casa de Venezuela’ en 1989. Su segundo poemario *Ángulos de la media noche*, se publicó en 1990 en la colección Nuevas Escrituras Canarias, promovida por la Viceconsejería de Cultura del Gobierno de Canarias. En 1991 publicó su primer libro de narrativa, *Las mareas brujas*, que reunía cuentos escritos entre 1987 y 1990.

En 1993 fue seleccionado para participar en el Foro Internacional de Jóvenes Escritores celebrado en Málaga, donde conocería a José Saramago, con cuyo apoyo contó desde entonces.

Viaja a Río de Janeiro donde se queda a residir y a desarrollar su carrera como escritor. En 1994, Ediciones La Palma (Madrid) publicó su primera novela, *El humilladero*, que fue presentada en el Ateneo de la capital con la asistencia de Saramago. En 1995, residiendo en Río de Janeiro, publicó la primera traducción de su obra *As marés bruxas*, en la editorial brasileña Sette Letras. Durante su estancia en Brasil, escribió su segunda novela, *El año de la seca*, que vio la luz en 1997 en Río de Janeiro, en portugués, con prólogo de José Saramago. Esta novela, desde su primera traducción, ha tenido multitud de traducciones y publicaciones, no solo en Brasil sino también en Venezuela (Monte Ávila Editores), España (Espasa-Calpe y Tropa Ediciones), Francia (Grasset), Croacia (Oceanmore), Portugal (Casa das Letras), consolidando la trayectoria internacional del escritor.

En 2001, Espasa publica *Campiro que*, su tercera novela, que tuvo dos ediciones y que fue alabada por la crítica nacional e internacional gracias a sus traducciones al francés y al portugués. Importantes medios de comunicación reseñaron la obra, sobre todo en Francia, en los suplementos literarios de *Le Monde* y *Le Figaro*, hasta situarla en 2005 entre las finalistas del Prix Fémina a la mejor novela extranjera editada en Francia. En ese mismo año, el escritor participó, como invitado, en el Festival de Libro Elonnats Voyageurs de Saint-Malo, el más importante del país. Grasset, su editorial francesa, compra en 2005 los derechos de su cuarta novela, *Terramores*, que traduce y publica en 2007. Esta novela solo conocerá edición en su original español en 2008, editada por Artemisa, en Madrid.

Sin embargo, la novela no le impidió continuar escribiendo poesía y, así, en 1997, publica su tercer poemario, *Altamarinas*, seleccionado por Luis Antonio de Villena entre los mejores del año para el suplemento “La Esfera”, del diario *El Mundo*; en 2002, Baile del Sol publica en Tenerife, *Mar en tierra*, una antología de su obra poética que incluye una selección de poemas inéditos titulada *Últimos poemas (1997-2002)*. Su último libro de poemas es *El equilibrista y los jardines* (Ediciones La Palma, Madrid, 2013).

Tropo Editores le publica en 2011 un volumen de relatos que reúne cuentos escritos entre 1987 y 2009, titulado *Mareas y marmullos*, prologado por Andrés Neuman. Sus últimas novelas publicadas son *La cueva de los leprosos* (La Caja Literaria, Santa Cruz de Tenerife, 2010), *Isla Nada* (Tropo Editores, 2013), su sexta novela en la trayectoria del autor, con la que cierra el ciclo narrativo dedicado a la construcción del territorio mítico de la Isla Menor, trasunto literario de la isla canaria de El Hierro, y *Todas las personas que mueren de amor* en 2015.

También es autor de dos narraciones dedicadas al público infantil y juvenil, *El naufragio de los mapas* y *Omar el Cangrejo*, publicadas en Tenerife, en 1998 por Editorial Afortunadas y en 2004 por Ediciones Idea, respectivamente.

Tras una breve etapa como profesor de enseñanzas medias, Víctor Álamo de la Rosa ha desarrollado su carrera profesional en el ámbito periodístico, tanto en televisión (*Televisión Española en Canarias*, *Televisión Canaria*) como en prensa escrita (*La Gaceta de Canarias*, *Diario de Avisos* y *La Opinión de Tenerife*), lo que le ha valido su afiliación a la Asociación de Directivos de la Comunicación. Producto de esta

dedicación al periodismo es su libro *Escritores en su tinta*, un volumen de entrevistas a escritores canarios. Colaborador habitual de la revista *National Geographic*, sección Viajes, ha publicado, además, cientos de artículos en revistas y periódicos.

Poética, por Víctor Álamo de la Rosa

CREPUSCULAR

Escribo estas líneas, a modo de poética, el 27 de septiembre de 2017. Si pongo esta fecha es para enseguida remontarme a 1991, año en que publiqué *Las mareas brujas*, mi primer libro de relatos, es decir, mi primer libro de narrativa. Antes había dado a conocer algún relato en periódicos o revistas, porque la escritura de poesía y narrativa en mí siempre se ha dado al mismo tiempo y, a mis 47 años, sigue siendo así, pues hasta ahora he ido publicando indistintamente poesía y narrativa: ambos géneros, siempre guardando sus márgenes, son los que ordenan y desordenan mi escritura. Mi narrativa, y lo han dicho varios críticos, tiene elementos digamos habitualmente más asociados a lo poético, y no digo que no, pero en mi concepción de la narrativa siempre ha estado la voluntad de que sea narrativa, es decir, en las antípodas de lo que se ha llamado alguna vez novela lírica. La novela es un artefacto literario para contar historias y eso es lo que hago pero, derivado de mis intereses y aprendizajes de la poesía, mi prosa busca siempre la denotación, la sugerencia, una escritura que no sea plana y que no vaya planamente acabándose, sino que fondo y forma se imbriquen de un modo en que ambas desaparezcan, es decir, que no haya preponderancia de ninguna de ellas sino una simbiosis artística. Creo que las historias están todas contadas, básicamente contadas, y que el trabajo del narrador es volver a contarlas a su modo, es decir, según le dicte su escritura, su estilo.

A día de hoy he publicado siete novelas pero, el caso, es que hay dos más, ya escritas y pulidas, esperando edición. Sin embargo, de ahí el título de este texto, creo que, más allá de consideraciones artísticas, los escritores de este siglo XXI debemos empezar a confesar situaciones más pedestres, pero creo que sociológicamente importantes, incluso para ayudar a evaluar la literatura contemporánea. Me explico: yo

no he podido jamás dedicarme a la escritura de modo profesional porque de lo contrario pasaría hambre. De este modo tan gráfico quiero denunciar que las cosas para el escritor de este siglo tampoco han mejorado, porque si quiere enfrentar escrituras de novelas la vida actual no le dejará ni tiempo ni tranquilidad suficientes para hacerlas con el rigor necesario, pues deberá atender su oficio como un simple pasatiempo, es decir, a ratos. Tenemos que atender obligaciones laborales para poder subsistir económicamente y en los pequeños momentos de ocio ponernos a escribir, circunstancia que lastra emprender sobre todo proyectos narrativos ambiciosos o complejos. La mayoría de las novelas que se publican en la actualidad son tan malas porque no se trabajan lo suficiente, ni se dejan reposar, ni se pulen con mimo y todos los sentidos. Yo mismo he dejado de publicar y apenas escribo porque la Realidad me impone su realidad, es decir, debo atender primero las necesidades primarias de comida y vivienda y eso implica un compromiso laboral y una hipoteca. Si escribo esto en una poética es porque me parece necesario, cada vez más, decirlo. Y no como pataleta, sino como un ingrediente que debe ser tenido en cuenta para evaluar la narrativa actual, repleta de presuntos escritores que no lo son y que ni siquiera pueden serlo. Un escritor riguroso no está sujeto a modas, sino que escribe contra viento y marea para sentirse sinceramente recompensado con la propia escritura y, eso, en fin, es cada vez más difícil, por no decir imposible. Al menos en mi caso, no concibo escribir novelas como churros, sin suficiente rigor artístico, sino que la prosa debe, en este sentido, acercarse a la poesía en cuanto a exigencia. La autoedición y el abaratamiento de la edición gracias a las nuevas tecnologías han contribuido a la proliferación de nombres y libros que ni por asomo pueden considerarse escritores. Todos podemos jugar a la pelota, pero eso no significa que todos sepamos jugar al fútbol.

Cuando escribo mis novelas, de lo primero que me preocupo es de tener el tiempo suficiente. Por regla general se me ocurre una idea, un esqueleto de argumento, un personaje, pero solo de modo aproximado empiezo a escribir porque, tras treinta años de escritura, sé que cada novela crecerá en su escritura, porque la propia escritura esconde y revela caminos para la prosa que no pueden estar previstos de antemano sino solo parcialmente. Es lo que prefiero de escribir, emprender ese camino de descubrimientos, una aventura, una zozobra, un susto feliz detrás de cada palabra o de las rutas de cada personaje. Una fascinación a menudo casi mágica.

Bibliografía

Novela:

- El humilladero*, Madrid, Ediciones La Palma, 1994.
- El año de la seca*, Rio de Janeiro, Sette Letras, 1997 (Prólogo de José Saramago).
-----Caracas, Ediciones Monte Ávila, 2000.
-----Madrid, Espasa, 2002.
- L'anne de la sécheresse*, París, Grasset 2003.
- Godina suse*, Zagreb, Oceanmore, 2006
- O anno da seca*, Lisboa, Casa das Letras, 2008.
- Campiro que*, Madrid, Espasa, 2001.
- L'ile aux lézards*, París, Grasset, 2005
- A ilha de Campiro*, Lisboa, Casa das Letras, 2005
- Terramours*, París, Grasset, 2007.
- Terramores*, Madrid, Artemisa, 2008.
- La cueva de los leprosos*, Santa Cruz de Tenerife, CajaCanarias, 2010.
- Isla Nada*, Zaragoza, Tropo Editores, 2013.
- Todas las personas que mueren de amor*, Santa Cruz de Tenerife, CajaCanarias, 2015.

Poesía:

- Desde el prodigio de la palabra*, Santa Cruz de Tenerife, Editorial Pilar Rey, 1987.
- Ángulos de la media noche*, Viceconsejería de Cultura del Gobierno de Canarias, 1989.
- Fósiles o armaduras del tiempo*, Cabildo de Tenerife-Ayuntamiento de La Laguna,
1991.
- Altamarinas*, (Prólogo de Bernd Dietz), Madrid, Ediciones La Palma, 1997.
- Mar en tierra*, (antología poética), (Estudio de Juan José Delgado), Santa Cruz de
Tenerife, Ediciones Baile del sol, 2002.
- El equilibrista y los jardines*, Madrid, Ediciones La Palma, 2013.

Relato:

Las mareas brujas, (Prólogo de Juan José Delgado), Santa Cruz de Tenerife, Centro de la Cultura Popular Canaria, 1991.

As marés bruxas, Río de Janeiro, Sette Letras, 1995.

Vino el azúcar, Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de San Miguel de Abona, 2008.

El tamaño del daño, Santa Cruz de Tenerife, CajaCanarias, 2008.

Mareas y marmullos, Zaragoza, Tropo Editores, 2011.

Literatura Infantil y Juvenil:

El naufragio de los mapas, Santa Cruz de Tenerife, Editorial Afortunadas, 1998.

Omar el Cangrejo, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2004.

Periodismo:

Escritores en su tinta, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 1995.

Ensayo:

Usurpar lo aparente: la pintura de Pedro Raidel, 1998, Catálogo de la Exposición en la Casa Massieu, Tazacorte (La Palma), Santa Cruz de Tenerife.

Neomisticismo: las nuevas realidades de Manuel Padorno, 2002 (noviembre), *Cuadernos del Ateneo*, nº 13, 11/2002: 38-39.

Palabras para una intemperie, 2005, “El libro de la intemperie, de Juan José Delgado”, *La Opinión de Tenerife*, Santa Cruz de Tenerife, 21/12 /2005: 15-21.

Fetasianos y nuevos escritores canarios, 2006, *Fetasianos*, CajaCanarias, Santa Cruz de Tenerife, pp 115-129.

Urgencias del paisaje, 2007, *Paisaje y esfera pública*, Centro Atlántico de Arte Moderno, Colegio de Arquitectos de Canarias, Volumen colectivo.

El tiempo del estilo: La narrativa de Félix Francisco Casanova, 2007, 2C revista semanal de Ciencia y Cultura, *La Opinión de Tenerife*, 27/1/2007.

Isaac de Vega: un escritor que buscaba el alma de las cosas, 2014, *El País*, 5/2/2014: 42.

Colaboraciones:

- Hacia el agua, el fuego*, (1988), *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 10/07/1988.
También en *Los Cuadernos del Sur, Revista de Filosofía y Literatura*, p. 109, La Laguna, Santa Cruz de Tenerife.
- Hacia el agua, el fuego*, (1988), *Los Cuadernos del Sur, Revista de Filosofía y Literatura*, La Laguna, Santa Cruz de Tenerife, p. 109.
- El año de la seca*, Capítulo I, 1996, Antología. Literatura Canaria, *La Página*, nº 25-26 (doble), pp. 267-270.
- Marmullo, siete poemas de Altamarinas*, 1997, *La Fábrica, Miscelánea de Arte y Literatura*, nº 9, pp. 11-13.
- Correo certificado y Edad Media* (poemas), 1998, *Irararana, revista de Arte, crítica e literatura*, Salvador de Bahía (Brasil), p. 28.
- De cómo mi abuelo pescador me demostró que venimos del pez* (cuento), 1999, *Cuadernos del Ateneo de La Laguna*, Santa Cruz de Tenerife.
- Tiempo al tiempo*, 2000, *La Provincia*, Las Palmas de Gran Canaria, 30/12/2000.
- La nueva poesía canaria, 1986-2000* (varios poemas), 2001, Editorial Verbum, Madrid, pp. 99-112.
- Omar el Cangrejo*, (2004), Los mejores relatos canarios del siglo XX (antología), Juan José Delgado (ed.), Madrid, Alfaguara.
- Juan el Chingo supo volar* (cuento), 2007, *Mnemósyne, revista del Festival Internacional del Cuento de Los Silos*, nº 10, 12/2007.
- El Hierro, la isla del fin del mundo*, 2008, *National Geographic, Viajes*, nº 103, pp. 43-51, Barcelona.
- El Teide, ruta hacia el volcán*, 2009, *National Geographic, Viajes*, nº 106, pp. 26-29, Barcelona.

Conferencias:

- I Foro Internacional de Jóvenes Escritores, Sede del Centro Eurolatinoamericano de la Juventud (CEULAJ), Málaga, 1993.
- La Laguna: cuna del periodismo canario, La Laguna (Tenerife), 1/10/1993.

I Taller de Jóvenes Escritores latinoamericanos (TIJEL), Barquisimeto (Venezuela), 1994

Técnicas narrativas en mi obra literaria, Facultad de Filología de la Universidad de La Laguna, 24/4/1998.

Canarias: Identidad y Cosmopolitismo, Instituto Cervantes de París, 2/3/1999.

Poesía en Feria, 1º Aniversario de la muerte del poeta Luis Ferial, Santa Cruz de Tenerife, 19/5/1999.

Literatura y erotismo, CELARG, Caracas, 9/8/2000.

Escritores ante el siglo XXI, Valsequillo, Gran Canarias, 15/3/2002.

La Literatura como espejo de conflictos, Encuentro de Escritores Brasileños, Casa de América, 19/6/2003.

Festival Internacional du livre et du film, Etonnats Voyageurs, Saint-Malo (Francia), 5/5/2005.

Fetasianos, Espacio Cultural CajaCanarias, 18/5/2005.

XXI Festival Internacional del Cuento, Los Silos (Tenerife), 2007.

Literatura y mujer: Perspectivas desde el siglo XXI, Santa Cruz de Tenerife, 19-23 de marzo de 2007.

Lectura de poemas de Luis Ferial, Congreso Internacional “Con permiso del olvido”, Tenerife, 27/5/2005.

II Encuentro de Jóvenes Escritores y escritores canarios, Santa Cruz de Tenerife, 12 -15 de febrero de 2009.

Entrevistas:

Canino, Erick, (2009), “La cultura en Canarias siempre está en crisis”, *La Opinión de Tenerife*, 14/2/2009: 58

Cruz, Almudena, (2008), “No creo en la literatura sin vuelos de poesía”, *La Opinión de Tenerife*, 21/4/2008: 65.

Dávila, Jorge, (2011), “En mi mundo literario yo era un dios, yo lo inventé y lo manejé a mi antojo”, *El Día*, 8/11/2011.

García, Nana, (2006), “Víctor Álamo: todos llevamos en nuestro interior el motor de la escritura”, *Diario de Avisos*, 4/1/2006: 12-18.

- González Jerez, Alfonso, (1995), “Mi narrativa cifra mitológicamente la realidad de las islas”, *La Gaceta de Canarias*, 22/10/1995: 27-28.
- González Jerez, Alfonso, (2005), “No me siento cómodo, ni política ni culturalmente en la sociedad tinerfeña”, *La Opinión de Tenerife*, 10/1/2005: 10-11.
- González Ramírez, Federico, (1992), “Canarias dará talentos este fin de siglo”, *Canarias 7*, 16/3/1992: 17.
- Gutiérrez Trujillo, Sergio, (2008), “Estoy unido a El Hierro por la memoria de la infancia y por mi mitad de sangre herreña”, *Diario de El Hierro*, 8/2008: 12-13.
- Medina, Ester R. de, (1997), “El Hierro que aparece en mi obra quizás no sea el real”, *La Isla de El Hierro*, 8/1997: 26.
- Méndez, Mayte, (2004), “Es la primera vez que premian mi obra en Canarias”, *La Opinión de Tenerife*, 24/9/2004: 20.
- Méndez, Mayte, (2008), “Víctor Álamo de la Rosa: El arte de las palabras”, *Top Canarias* (revista), 22/11/2008.
- Zurita, José Luis, (2008), *Fama*, nº 50, 4/2008: 34-35.

Premios

- Accésit del Premio de poesía “Félix Francisco Casanova” 1987, La Palma, Santa Cruz de Tenerife con *Desde el prodigio de las palabras*.
- Premio de poesía “Casa de Venezuela” 1989, Santa Cruz de Tenerife con *Fósiles o armaduras del tiempo*.
- Premio de Literatura “Mercedes Pinto” 2004, Santa Cruz de Tenerife.
- Prix Fémina 2005 a la mejor novela extranjera editada en Francia con *Campiro que*.
- Premio de Creación Literaria (Novela) “Alfonso García-Ramos” 2007, Santa Cruz de Tenerife con *La cueva de los leprosos*.
- Premio Relato Corto “Isaac de Vega” 2008, Santa Cruz de Tenerife con *El tamaño del daño*.
- Premio de Relato “Taramela” 2008 de la Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de San Miguel de Abona, con *Vino el azúcar*.
- Premio de Periodismo “Leoncio Rodríguez” 2008, Santa Cruz de Tenerife, por su obra periodística.

Premio de Novela “Benito Pérez Armas” 2014, Santa Cruz de Tenerife, por *Todas las personas que mueren de amor*.

Referencias sobre su obra

A. C. (2007), “Ile de Fer, terre de ténèbres”, *Lire*, 6/2007.

A. H. (2007), “Passions franquistes”, *l’Hemicycle*, 5/2007.

Alemany, Luis (2007), “Trayecto generacional de la moderna literatura canaria”, Santa Cruz de Tenerife, *Vía*, nº 20.

Armas Marcelo, J.J. (2008), “Isla Nadie”, *ABC de las artes y las letras*, 03/2008, p. 8.

Arozarena, Rafael, (1992), “Las mareas brujas, de Víctor Álamo de la Rosa”, *Planas de Cultura, Diario de Avisos*, 17/1/1992, p.6.

Batista, Felicidad (2015), *Morir siete veces o el amor, El Perseguidor, Diario de Avisos*, Santa Cruz de Tenerife, 09/08/2015.

Beux, Martin (2010), *El Hierro literario, exploración de la obra de Víctor Álamo de la Rosa*, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Agüere.

Bregante, Jesús, (2003), *Diccionario Espasa, Literatura Española*, p.13.

Castañeda, Juan Pedro; Delgado, Juan José y Martín, Sabas, (editores), (2006), *Doce novelas que se pueden leer*, “El año de la seca, de Víctor Álamo de la Rosa”, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Idea/Asociación Cultural Cabrera y Galdós.

Clavel, André (2004), “Même les pierres ont soif”, *Lire*.

Delgado, Juan José (Prólogo) 1991, *Las mareas brujas*, Santa Cruz de Tenerife: Centro de la Cultura Popular Canaria.

Delgado, Juan José (1997), “La realidad polifónica: señales para El año de la seca”, 2C, revista de Ciencia y Cultura, *La Opinión de Tenerife*.

Delgado, Juan José y VV.AA. (1993), “Narradores y espacios narrativos en la España de los ochenta”, *Rumbos* 11, Institut d’Espagnol, Université de Neuchâtel-Suisse, pp. 9-23.

Delgado, Juan José (1994), “El territorio exacto de un creador”, *La Provincia*, 04/08/1994, p. 6.

- Delgado, Juan José (1999), “El cuento literario del siglo XXI en Canarias, (Estudio y Antología)”, Santa Cruz de Tenerife, *Cuadernos de Literatura del Ateneo de La Laguna*.
- Delgado, Juan José (1999), “El cuento literario del siglo XX en Canarias”, Santa Cruz de Tenerife: Ateneo de La Laguna.
- Delgado, Juan José (Prólogo) (2002), *Mar en tierra: antología poética 1989-2002*, Santa Cruz de Tenerife: Baile del sol.
- Delgado, Juan José (2002), “De la novela colectiva a la memoria del autor”, Santa Cruz de Tenerife, *Cuadernos del Ateneo de La Laguna*, sección Reseñas, nº 12, pp. 141-143.
- Delgado, Juan José (2002), “En torno al mundo novelístico de Víctor Álamo de la Rosa”, Santa Cruz de Tenerife, *La Página*, nº 50.
- Delgado, Juan José (ed.) (2004), “Omar el Cangrejo, los mejores relatos canarios del siglo XX (antología)”, Madrid: Alfaguara.
- De Vega, Isaac (1998), “Altamarinas, de Víctor Álamo de la Rosa”, *Diario de Avisos*, 8/2/1998, p. 39
- Dietz, Bernd (Prólogo) (1997), *Altamarinas*, Madrid: Ediciones La Palma.
- Dietz, Bernd (1998), “Energía e insularidad en la poesía de Víctor Álamo de la Rosa”, *La Provincia*, 21/01/1998, p. 39.
- Domínguez Luis, Cecilia (1998), “Altamarinas, de Víctor Álamo de la Rosa, en cuatro escalas”, Suplemento *La Prensa, De las Artes y las nuevas letras canarias*, nº 42, *El Día*, 30/05/1998, p. 12.
- Domínguez Luis, Cecilia (2003), *Poesía Canaria: 1980-2002/Cuatro propuestas críticas. Alrededores de la poesía canaria de los 80*, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Baile del sol.
- Fernández Hernández, Rafael (1990), “Víctor Álamo de la Rosa, entre la finitud y la pasión”, Santa Cruz de Tenerife: *La Gaceta de Canarias*, sección *Vuelta atrás*.
- Fonseca, Aleiton (1996), “Navegação seductora”, *A Tarde Cultural*, 23/11/1996, p. 10.
- García de Mesa, Roberto (2007), *Enciclopedia de la Literatura Canaria (Víctor Álamo de la Rosa)*, Santa Cruz de Tenerife: Centro de la Cultura Popular Canaria, pp. 328-321.
- García Ysábal, Antonio (2001), *La nueva poesía canaria*, Madrid: Ediciones Verbum.

- Gateau, Jean Charles (2005) “Les Canaries ont leur roman”, *Le Temps*, 14/5/2005.
- González Jerez, Alfonso (1992), “Las mareas brujas”, *La Gaceta de Canarias*, 6/3/1993.
- Hernández, Domingo-Luis (2007), “Escribir el lugar”, Santa Cruz de Tenerife, *La Página*, nº 50.
- Hernández Gutiérrez, Eligio (1994), “Acotaciones a El humilladero, de Víctor Álamo de la Rosa”, *La Gaceta de Canarias*, 29/9/1994, p.5.
- Hernández Quintero, Armando (2001), “El año de la seca, una tragedia del mundo, en la Isla Menor”, Santa Cruz de Tenerife, sección Cultura, *Disenso, revista de análisis y opinión* nº 34, pp. 50-51
- Izquierdo, Eliseo (2005), *Periodistas canarios, Siglo XVIII al Siglo XX (Enciclopedia)*, Santa Cruz de Tenerife: Centro de la Cultura Popular Canaria, p.120.
- Jorge, Domingo J. (2002), “Campiro que”, *La Opinión de Tenerife*, 26/09/2002, p.12.
- Juristo, Juan Ángel (2001), “De los recursos barrocos, *Campiro que*”, *ABC Cultural*, 15/12/2001.
- Juristo, Juan Ángel (2008), “Terramores”, *ABC de las letras y las artes*, 2008, p. 24.
- Lebon, Manuel (2000), “Pasión amorosa y cruel en un archipiélago reseco”, *El Universal de Caracas*, 09/08/2000.
- León Barreto, Luis (1994), “La primera novela de Víctor Álamo”, *Dominical, La Provincia*, 24/7/1994, p. 10.
- León Barreto, Luis (1998), “Altamarinas, poesía de Víctor Álamo de la Rosa”, *La Provincia*, 10/01/1998.
- Montesdeoca, Marian (2008), “Contra la resignación”, *Borrador, Diario de Avisos*, 5/4/2008.
- Marsan, Hugo (2005), “Les herós se Font la Belle”, *Le Monde des livres*, 11/02/2005, p. 4.
- Marsan, Hugo (2004), “Les fleches d’Eros changet de cible”, *Le Monde*, 13/2/2004.
- Martín, Sabas (1994), “Los cuatro puntos cardinales de *El humilladero*, de Víctor Álamo de la Rosa”, *Cultura, La Provincia*, 16/6/1994, pp. 6-7.
- Martín, Sabas (1998), “*Altamarinas*, de Víctor Álamo de la Rosa”, *Suplemento La Prensa, El Día*, 30/05/1998.

- Martín, Sabas (2000), “La isla como cerco, la maldición de la sed”, Santa Cruz de Tenerife, sección Reseñas, *Cuadernos del Ateneo de La Laguna*, nº 9, pp. 187-188.
- Martín, Sabas (2003), *Poesía Canaria: 1980-2002/Cuatro propuestas críticas. Alrededores de la poesía canaria de los 80*, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Baile del sol.
- Mercier, Cristophe (2004), “Les Canaries ne changet plus”, *Le Figaro Litteraire*, 4/3/2004.
- Molinero, Antonia (2008), “Terramores”, Santa Cruz de Tenerife, *Cuadernos del Ateneo de La Laguna*, nº 25.
- Orsini, Elisabeth (1995), “O cronista das marés”, *O Globo*, 14/10/1995.
- Osorio, Francisco (1992), “Donde cada cuento es una pequeña joya”, *El Día*, 16/1/1992, p. 63.
- Quevedo García, Francisco Juan (2002), “Acercamiento a la narrativa de Víctor Álamo de la Rosa: *El humilladero* y *El año de la seca*”, Las Palmas de Gran Canaria, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, *Studia Humanitatis in honorem Antonio Cabrera*, pp. 281-297.
- Rodríguez Hage, Teresa (2004), “Las novelas de Víctor Álamo de la Rosa se publican en Francia”, Santa Cruz de Tenerife, sección Reseñas, *Cuadernos del Ateneo de La Laguna*, nº 17, pp. 217-220.
- Rodríguez Gago, Víctor (1994), “Prodigios herreños”, *Canarias 7*, 8/7/1994, p. 16.
- Rodríguez Gago, Víctor (1994), “El humilladero”, *Canarias 7*, 21/6/1994, p. 18.
- Rodríguez Gago, Víctor (1998), “Caídos del mar, una lectura de Altamarinas”, *Diario de Avisos*, 3/1998, p.40.
- Rojas, Félix (1992), “Hierro mágico”, *La Gaceta de Canarias*, 18/9/1992, p. 10.
- Rosell, José F. (2000), “El exitoso naufragio de Víctor Álamo de la Rosa”, Santa Cruz de Tenerife, sección Cultura, *Disenso, revista de análisis y opinión*, nº 31, pp. 56-58.
- Santana, Milagros (2000), “Mi gran sueño es ser un gran poeta”, *El Globo de Caracas*, 09/08/2000.
- Saramago, José (Prólogo) (1997), “*O anno da seca*”, Río de Janeiro: Sette Letras.
- Saramago, José (Prólogo) (2000), “*El año de la seca*”, Caracas: Monte Ávila.

- Saramago, José (Prólogo) (2002), *“El año de la seca”*, Madrid: Espasa.
- Saramago, José (Prólogo) (2008), *“O anno da seca”*, Lisboa: Casa das Letras.
- Suárez, Ernesto, (1990) “Una poesía desde el lado salvaje: Ángulos de la media noche”, Santa Cruz de Tenerife, *Borrador, Diario de Avisos*, 18/10/1990.
- Suárez, Ernesto (1993), “Lectura de los 80: Víctor Álamo de la Rosa”, *La Gaceta de Canarias*, 22/5/1993, p. 7.
- Suárez, Ernesto (1993), “La lectura del deseo: la obra de Víctor Álamo de la Rosa”, *Cultura, La Provincia*, 9/12/1993, p. 45.
- Villalba Perera, Manuel (1992), “Las mareas brujas, de Víctor Álamo de la Rosa”, *La Gaceta de las Letras, La Gaceta de Canarias*, 19/7/1992, p. 38.
- Villamizar, Pablo (2000), “En mis novelas, las palabras zarandean al lector”, *El Nacional de Caracas*, 15/08/2000.
- Villena, Luis Antonio de (1998), “Altamarinas”, *La Esfera, cultural de El Mundo*, 30/5/1998, p. 11.

3.2.13. Alexis Ravelo Betancor

Nació en Las Palmas de Gran Canaria en 1971. Autodidacta, trabajó como camarero en su juventud. Estudio Filosofía en la Universidad a Distancia pero abandonó la carrera en el tercer año. Fue alumno de talleres de narrativa impartidos por Mario Merlino, Augusto Monterroso, Alfredo Bryce Echenique y Andreu Martí. Colaborador de revistas literarias, fue cofundador de la revista *La Plazuela de Las Letras* y creador del espacio cultural *Matasombras* en Las Palmas de Gran Canaria, junto a Antonio Becerra Bolaños. Es autor de espectáculos teatrales y guionista de programas infantiles de televisión. En 2006 entró a formar parte de la Asociación Canaria de Escritores, que abandonó dos años más tarde por divergencias con la Junta Directiva. Dicta varios talleres literarios, como son *La máquina del cuento*, *Factoría de Ficciones* y *Vidas cruzadas*.

En el 2000 publicó su primer libro de relatos, *Segundas personas*, que mereció el “Premio Poeta Domingo Velázquez, 1999” y, a partir de entonces, se dedicó a escribir

teatro y publicidad durante seis años. En esos años aparecen también relatos y artículos suyos en revistas, periódicos, volúmenes colectivos y antologías. En 2006 publica el libro de relatos fantásticos *Ceremonias de interior* y su primera novela *Tres funerales para Eladio Monroy*, novela negra ambientada en Las Palmas de Gran Canaria, que ha supuesto un éxito de ventas. Esto le ha dado pie para tener una carrera literaria emergente. Así, ha continuado publicando cuentos, microrrelatos y novela, como *Algunos textículos*, 2007; *La princesa cautiva* e *Historia del bufón alegre* y la novela juvenil *Los perros de agosto*.

Resulta imposible hablar con Alexis Ravelo y no bajar al fango de la crítica social: “¿Faltan elementos críticos en la novela negra española? No falta aspecto crítico pero sí es verdad que los que más venden no están en esa onda. El problema es que a veces tendemos a aburguesarnos por las necesidades del mercado y yo trato de escribir para sacar al lector de la zona de confort”. Sus novelas se sitúan siempre en Las Palmas de Gran Canaria porque “es un mundo que conozco bien y al que estoy cercano. En Canarias somos muy fans de Juan Rulfo y sabemos que se puede contar una historia desde lo universal a lo más próximo”.

Es un autor muy prolífico, lo que en alguna ocasión la crítica le ha echado en cara, pero está considerado como uno de los escritores más prometedores de su generación.

***Poética*, por Alexis Ravelo Betancor**

No me gusta (aunque lo esté haciendo ahora mismo) reflexionar sobre mi propio trabajo, porque eso podría hacerme caer en la tentación de sentirme importante, trascendente sobre eso que es lo único que importa en mi oficio y que es más importante que yo mismo: el texto. Digamos que un ciclista puede intentar ascender el Tourmalet o comentar el ascenso al Tourmalet para una cadena de televisión, pero no puede hacer las dos cosas al mismo tiempo. Si se me obliga a hacerlo, a reflexionar sobre cómo hago mi trabajo y cómo me considero a mí mismo, tendré que comenzar diciendo que creo que un novelista en activo es más un artesano que un artista, y que siempre he preferido, a las obras de los malos artistas, las de los buenos artesanos. Solo el tiempo (que todo lo

decide) determinará si mis textos son arte, verdadera literatura. Y eso ocurrirá dentro de mucho tiempo, cuando yo ya no esté aquí para defenderlos; entonces se comprobará si esa máquina de inmortalidad que uno pone en funcionamiento cuando toma la estilográfica continúa en marcha y engrasada. Así que, mientras tanto, me preocupo solamente de hacer bien mi trabajo, que consiste en encontrar buenas historias y contarlas de la mejor manera posible. Por eso me niego también a esa búsqueda de un estilo propio e inconfundible que preocupa tanto a otros y prefiero buscar el estilo que cada historia precisa. Me interesa, antes bien, encontrar argumentos que, teniendo una unidad y claridad de significado, se abran a una multivocidad de sentidos. No me interesan los textos que intentan proporcionar respuestas, sino aquellos que provocan preguntas o, al menos, trasladan al lector las mismas preguntas que el autor se hace, especialmente aquellas que aluden a la forma del mundo y a la condición humana. Por eso pienso también que en los buenos textos “lo que se dice” no es tan importante como “lo que no se dice”. Mi intención es escribir ese tipo de textos. Y me enfrento cada día a esa labor armado con los ideales que proponía Italo Calvino en sus *Seis propuestas para el próximo milenio* y con unos cuantos rudimentos normativos que me auxilian en la lucha con (contra) el lenguaje: que en literatura los sinónimos no existen, que siempre es preferible un sustantivo a un adjetivo y un verbo a un adverbio, que es mejor mostrar que explicar y que todo está escrito salvo aquello que has de escribir tú.

Bibliografía

Novela:

Tres funerales para Eladio Monroy, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones Anroart, 2006

La noche de piedra, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones Anroart, 2007

Solo los muertos, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones Anroart, 2008

Los tipos duros no leen poesía, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones Anroart, 2009

Los días de mercurio, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones Anroart, 2010

Morir despacio, Madrid, Editorial Mercurio, 2013

La estrategia del pequinés, Barcelona, Editorial Alrevés, 2013

La última tumba, Madrid, Edaf, 2013

Las flores no sangran, Barcelona, Editorial Alrevés, 2014

La otra vida de Ned Blackbird, Madrid, Siruela Ediciones, 2016.

Los milagros prohibidos, Madrid, Siruela Ediciones, 2017.

El peor de los tiempos, Barcelona, Editorial Alrevés, 2017

Relato:

Segundas personas, Cabildo de Fuerteventura, 2000

Ceremonias de interior, Baile del Sol, 2006

Algunos textículos, 2007

La princesa cautiva, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones Anroart, 2008

Historia del bufón alegre, Anaya, 2008

Los perros de agosto, Anaya, 2009

Las pruebas de Maguncia

Premios

Premio “Poeta Domingo Velázquez”, por *Segundas personas*, 1999.

XVII Premio “Ciudad de Getafe”, por *La última tumba*, 2013.

Premio “Hammett”, por *La estrategia del pequinés*, 2013.

Referencias sobre su obra

Agencia (2017), Alexis Ravelo presenta *Los milagros prohibidos*, Hoy, Plasencia (Cáceres), 03/03/2017.

Álamo, Victoriano S. (2013) “Crónica del desencanto: Nueva novela negra de Alexis Ravelo”, Las Palmas, Pleamar Cultura, *La Provincia*, 04/03/2013.

BC Negra (2015), “Primer Informe”, Revista *El País*, 30/01/2015.

Dávila, Jorge (2014), “¡Qué bien te sienta el negro!”, *La guía, El Día*, 10/7/2014, p. 39.

Dávila, Jorge (2015), “Interrogados”, *La guía, El Día*, 19/03/2015, p. 44.

- Dávila, Jorge (2015), “La pócima Alexis Ravelo sigue funcionando”, *La guía, El Día*, 25/02/2015, p. 49.
- Díaz, Alba (2017), “Si García Márquez puede escribir en colombiano, ¿por qué yo no puedo en canario”, *El Mundo*, Madrid, 02/03/2017.
- Domínguez Suria, Sinesio (2015), “Triángulo de la novela negra en Canarias”. En Àlex Martín Escribá y Javier Sánchez Zapatero (eds.) *El género negro de la marginalidad a la normalización*, Santiago de Compostela: Andavira Editora, pp. 141-149.
- EFE (2014), “Alexis Ravelo revela que es M.A. West, el autor americano de *El viento y la sangre*”, *20 Minutos* (15 días), 04/09/2014.
- Galindo, Juan Carlos (2013), “Alexis Ravelo gana el premio Hammett de novela negra”, *El País*, Cultura, 11/07/2013.
- Galindo, Juan Carlos (2016), “Alexis Ravelo: *No sé escribir sobre triunfadores. De eso se encargan Forbes y Hola*”, *El País*, Madrid, 11/03/2016.
- García Rojas, Eduardo (2013), “La última tumba, una novela de Alexis Ravelo”, *El Perseguidor, Diario de Avisos*, 03/11/2013, p. 4.
- García Rojas, Eduardo (2014), “La novela negra en Canarias, no es negra sino amarilla: La estrategia del pequinés”, *El Perseguidor, Diario de Avisos*, 20/07/2014, p. 3.
- García Rojas, Eduardo (2015), “Código criminal”, *El Perseguidor, Diario de Avisos*, 18/01/2015, p. 1.
- García Rojas, Eduardo (2015), “La semana más negra”, *El Perseguidor, Diario de Avisos*, Santa Cruz de Tenerife, 15/03/2015, p. 2.
- Garrido, Benito (2015), “Alexis Ravelo: a propósito de ¿Las flores no sangran?, su novela negra más salvaje”, *Revista Culturamas*, 20/02/2015.
- Kayena (2015), “Las flores no sangran, de Alexis Ravelo”, *Blog Negro sobre Blanco*, 1/4/2015.
- Lorenci, Miguel (2017), “Alexis Ravelo: En democracia no es sano vivir de la amnesia”, *Hoy*, Madrid, 03/03/2017.
- Mientras leo (2015), “*Las flores no sangran. Alexis Ravelo*”, *Entre Montones de Libros*, 23/01/2015,
<<http://entremontonesdelibros.blogspot.com.es/2015/01/flores-no-sangran-alexis-ravelo-mientrasleo.html>> .

- Navarro, Nora (2013), “La novela negra es un mundo en que Dios no existe”, Las Palmas, Cultura II/34, *La Provincia*, 09/08/2013.
- Navarro, Nora, (2015), “Ahora preparo un ensayo biográfico de Espinosa para editar su novela *Crimen*”, *Gente y Culturas*, El Día, 18/02/2015, p. 32.
- Navarro, Justo, (2016), Espectros literarios: Alexis Ravelo salta de la novela criminal al género fantástico en La otra vida de Ned Blackbird, *Babelia*, El País, 11/04/2016.
- Ravelo, Alexis (2015), “Eladio Monroy. Mis detectives favoritos”, 05/05/2015 <https://detectivesdelibro.blogspot.com.es/2015/05/eladio-monroy-alexis-ravelo.html> .
- Ravelo, Alexis (2014) “Cronopios como estos y una guagua ardiendo”, *El Perseguidor*, *Diario de Avisos*, 20/07/2014, p. 3,
- Ravelo, Alexis (2014), “El año que quise ser B. Traveño o cómo nació M.A. West”, *El Perseguidor*, *Diario de Avisos*, 01/09/2014, p. 1.
- Rivero Grandoso, Javier (2015), “Alexis Ravelo y la conquista del campo literario español”. En Álex Martín Escribá y Javier Sánchez Zapatero (eds.), *El género negro de la marginalidad a la normalización*, Santiago de Compostela: Andavira Editora, pp. 127-140.

3.2.14. Víctor Conde (Alfredo Moreno Santana)³⁰

Nació en Santa Cruz de Tenerife en 1973. Estudia Psicología e Imagen y Sonido, derivando sus preferencias hacia el guion cinematográfico y su narrativa hacia el género de ciencia ficción y de terror. Ha apostado también por la literatura juvenil y ha publicado relatos en Argentina, México y Bélgica. Es un escritor prolífico.

³⁰ Este autor no nos ha hecho llegar su Poética.

Bibliografía

Novela:

- Piscis de Zhintra*, Artifex Digital, 2002, juvenil.
- El tercer nombre del emperador*, Scyla/eBooks Digital, 2002
- Mystes*, Minotauro (Grupo Planeta), 2004
- El dragón estelar*, Timun Mas, 2003, juvenil.
- El teatro secreto*, Editorial Parnaso, 978-84-96662-44-5, 2008
- Naturaleza muerta*, Palma de Mallorca, Dolmen, 2009
- Crónicas del multiverso*, Minotauro (Grupo Planeta), 2010
- Los relojes de Alestes*, Granada, Editorial Ajec, 2010
- Heraldos de la luz*, Hidra, 978-84-92939-17-6, 2010, juvenil.
- Hija de lobos*, Minotauro (Grupo Planeta), 2010
- Oniromante*, Scyla/eBooks Digital, 2011
- Campamento vampiro*, Hidra, 978-84-937296-9-1, 2011, infantil.
- Heraldos de la oscuridad*, Hidra, 978-84-92939-40-4, 2011, juvenil.
- Heraldos del bien y del mal*, Hidra 978-84-929939-81-7, 2012, juvenil.
- Malpaís*, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Agüere-Ediciones Idea, 2012
- La ópera de la mente*, Scyla/eBooks, 2013
- He oído a los mares gritar mi nombre*, Palma de Mallorca, Dolmen, Colección Stocker, 2013
- Sangre berserker*, Kelonia Digital, 2014.
- El códice de las brujas*, Palma de Mallorca, Editorial Dolmen, Colección Stocker, 2015.
- Ecos*, Editorial Sportula Digital 978-84-15988-86-1, 2015.
- Las puertas del infinito*, Editorial Fantacsy, (Grupo Penguin Random House (Plaza y Jane), 2016.
- De las ciudades, vuestras tumbas*, Palma de Mallorca, Editorial Dolmen, Colección Stocker, 2017

Relato:

- El libro de las almas*, Eridano, 2010.
- Los nuevos mitos de Cthuihu*, 2012.

Premios

Finalista del Premio “Minotauro” de 2004 por la novela *Mystes*.

VIII Premio “Minotauro” 2010 por la novela *Crónicas del multiverso*.

Premio “Ignotus” 2011 por *Crónicas del multiverso*.

Referencias sobre su obra

Álamo, Alfredo (2013), “Celsius 232: Calor fantástico en Alavés”, *Lecturalia*, 26/06/2013.

Campbell, Gabriela (2012), “Libros veraniegos para jóvenes”, *Lecturalia*, 30/07/2012.

Campbell, Gabriela (2012), “La invasión zombi”, *Lecturalia*, 21/08/2012.

Generoso, Fausto (2010), “Víctor Conde, ganador del VIII Premio Minotauro” con *Crónicas del multiverso*”, *Papel en blanco, Digital ABP*, 11/02/2010.

Santamaría, José (2010), “Víctor Conde, Premio Minotauro 2010 por *Crónicas del multiverso*”, *Lecturalia*, 10/04/2010.

Santiago, Juan Manuel (2013), “La antología de ciencia ficción española”, *Lecturalia*, 01/01/2013.

3.2.15. Carlos Cruz

Nació en Los Realejos (Tenerife) en 1977. Comenzó sus estudios superiores de Derecho en la Universidad de La Laguna para después de dos años proseguirlos en la Universidad Complutense de Madrid. Se licenció en el año 2000 y de ahí pasó a realizar un Máster en Periodismo por la Universidad Autónoma de Madrid. Más tarde, en 2004, cursó un Máster en Producción de Cine y Televisión por la European Business School de Málaga. También estudió en 2009 el curso de Gestor Cultural que imparte la Universidad de La Laguna a través de la Fundación Pedro García Cabrera. Ha trabajado en diversos medios de comunicación en Madrid, así como en el periódico tinerfeño *La*

Opinión. Ha trabajado en diversas películas y series para televisión. Participa en la organización del Festival de cine Ecológico y de la Naturaleza de Canarias. Actualmente realiza gestiones culturales para el Gobierno de Canarias.

Poética, por Carlos Cruz

Al fin he comprendido en cierta manera que la literatura, o simplemente escribir, es una buena forma de encontrar respuestas a ciertas preguntas que se quedan botando como un balón, para siempre, en tu cabeza. Quizá es la más simple de las respuestas a por qué escribo, pero seguramente, ya lo dice Ockham, es la contestación real, más acertada, a esa pregunta que se le hace siempre a un escritor o peor aún, a un aspirante a escritor.

Huyo por tanto ya de la pregunta, ya contestada, e intento descifrar qué hago aquí. Tiene mucho que ver con encontrar personajes, a veces no tan inventados como uno quisiera, a los que dar una mejor vida. También sirvo para salvarles del infierno en el que viven, que a mí no me parece tanto, siempre que haya algo de comer y una cama que visitar, acompañado o no. Por eso desvisto ángeles y visto demonios. Me gustan más así, porque somos seres humanos y las historias, nos guste o no, nos josa o no, están compuestas por estos seres que son tan cretinos como nosotros.

Y no escribo sobre nihilismos. No, la vida es jodidamente hermosa incluso cuando no lo es. Por eso acercarse a esas personas y darles una voz, aunque sea la mía transfigurada, es todo un placer. Y allí en la imaginación de lo posible es donde se mueven estos personajes que no son felices, ¿pero quién carajo lo es?

Lo que viene en mi trayectoria no tiene mucho que ver con mi obra ya publicada. O sí, si queremos encontrar un eco en esos personajes que necesitan estar muertos para que se les haga justicia. Pero esa es otra historia que, espero, se empezará a contar en este futuro tan incierto que es el de los libros.

Bibliografía

Novelas:

h., Madrid, Editorial Dilema (Narradores XXI), 2010.

No es la noche, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Agüere-Ediciones Idea, 2012.

Referencias sobre su obra

Cultura Digital (2012), “El escritor y periodista Carlos Cruz presenta su novela *No es la noche*”, *El Día.es*, 29/06/2012.

García Rojas, Eduardo (2010), “En la carretera”, *El Perseguidor, Diario de Avisos*, 31/07/2010.

González, Leoncio (2010), “Yo y la carretera”, *Pleamar, Críticas de Literatura, Canarias* 7, 28/04/2010.

Goñi, Javier (2010), “*h*”, *El País*, 23/05/2010.

3.2.16. Eduardo Delgado Montelongo

Nació un martes 13 de enero de 1981 y los mejores recuerdos que tiene de cuando era pequeño son las conversaciones con personas mayores y las partidas al ajedrez en el Club Náutico santacrucero.

Sus primeros acercamientos a la Literatura vinieron de la mano de lecturas compulsivas de *Los cinco* de Enid Blyton y algunos libros de *El Barco de Vapor*. Pero, en realidad, no sería hasta el inicio de la adolescencia cuando aparecería la Literatura como un ciclón para quedarse definitivamente en su vida.

Tiene una lista de personas que lo han ayudado en su trayectoria cultural. Probablemente deba a Víctor Moreno, su mejor amigo, el surgimiento de la conciencia crítica y, sobre todo, del afán creador. Ha visto casi todas las películas que hay que ver de la historia oficial del cine. Le gustan Kubrick y Tarantino.

Fue gracias a Víctor Moreno que conoció al segundo gran pilar de su vocación literaria: Agustín Díaz Pacheco, que le recomendaba libros, hábitos de trabajo, estrategias narrativas y editoriales. Con él aprendió sobre todo el poder indestructible de la resistencia, la generosidad y el amor a la Literatura bajo cualquier circunstancia, por intempestiva que sea. Él le hablaba de Buzzati, de Mann y de Italo Calvino, y Montelongo los leía pero le gustaban más Cortázar, Bukowski y Ambrose Bierce.

Le une una buena amistad con Carlos Alemany (hijo de Luis, a quien admira por su obra exquisita y quien le hizo una reseña para la contraportada de su primer libro de cuentos, una reseña que en su momento le pareció bastante parca pero que ahora le parece extremadamente bondadosa).

José Carlos Cataño, que le guio sin saberlo en la ruta de sus lecturas primeras y en su adaptación a Barcelona con un afecto desprendido y familiar. Ernesto Delgado, su primo, del cual aprendió lo que era y lo que quería ser. Recuerda a Pepe Varos, que abría la puerta de su casa en Candelaria a los escritores jóvenes que iban allí a hacer lo que hacen los escritores jóvenes: beber y hablar como si fueran a prohibirlo. Y en fin, le quedan otros tantos por nombrar. Gracias a estas personas, aprendió y vivió una ética fraternal literaria muy útil.

En cuanto a sus lecturas, empezó con Cortázar, Jardiel Poncela y Ambrose Bierce, por citar tres de sus primeros escritores de cabecera. La obra de Luis Alemany también le influyó (y le enseñó desde bien pronto que no todos los clásicos son conocidos en todas partes). Pero el escritor que le ha dejado una huella más honda ha sido Roberto Bolaño. La lectura de su obra fue como presenciar por primera vez unos fuegos artificiales o un viaje futurista o al pasado más remoto y brillante, que lo dejó fascinado, recordando aquella frase de Panero de que “la derrota es la más resplandeciente de las victorias”. La manera de afrontar ese estilo discursivo y a la vez poético... Ha releído hasta la saciedad a Bolaño y a Borges. Bolaño con *Los Detectives Salvajes* y *2666* le cautivaron desde el principio. Le gusta mucho la trilogía de *Nocilla* de Agustín Fernández Mallo, en el sentido de que busca otros referentes y propone asumir lo poliédrico de nuestra realidad actual. Y, sobre todo, Manuel Vilas, del que dice que le parece un escritor sanísimo y genial, un escritor que le reconcilia con su propia condición y con la poesía como sustrato universal. Su obra poética es tremenda y su *Luminoso regalo* le parece de los primeros clásicos del siglo XXI. Cita a Spinoza,

Whitman y Bolaño como “su triángulo sagrado”, los tres vértices de la figura perfecta: Filosofía, Poesía y Narrativa.

Su primera obra completa fue un cuento largo llamado *El porqué de morir*. Lo escribió después de hacer un viaje a Asturias con sus padres y recuerda que hizo unas copias impresas que las grapó y las regaló a unos cuantos amigos y el resto las vendió en el rastro, “allí sentado, vendiendo aquellas hojitas impresas sobre una sábana roída de Iberia, ofreciéndose a firmar los pocos ejemplares que vendía”. Aquella era la típica historia negra con un detective protagonista y demás. En aquella época no paraba de escribir libros de aforismos, colecciones de cuentos cortos, diarios y lo que bautizó como “consideraciones”, que era un género inocente que creía haber inventado y que le daba mucho juego. Todo siempre impreso, grapado y regalado o puesto a la venta en el rastro. Con ese espíritu obtuvo el XXVI Premio Félix Francisco Casanova, en la isla de La Palma por su cuento *Las Líneas del Vacío*. “Con el dinero que le pagaron compró un ordenador portátil de segunda mano para seguir escribiendo”.

Se le abrió la oportunidad de publicar su primer libro de cuentos en la editorial El Lobey. Su editor, Alberto Linares, “es un estudioso de la Literatura cubana y un real visceralista de los de toda la vida”. En 2002 salió a la luz *El tiempo que perdí*.

Viaja a Barcelona a estudiar Psicología. Allí vino la elaboración de la primera novela, *Cristina y otros vicios* (2007) publicada por Ediciones Idea, con la que había quedado finalista del Premio ‘Jovellanos’ del Ateneo de Gijón. Después vino *Johanna* (2012) publicada por Baile del sol. En su elaboración agradeció la práctica anterior, es decir, “notó que el haber escrito otra novela antes, facilitaba las cosas, algo así como un segundo hijo, que dicen que se crían solos”. Vino la novela de viajes *Cuaderno Afortunado* (2011), publicada por Ediciones Idea, que respondió sobre todo a un impulso vital de reencuentro con sus orígenes. Acababa de trasladarse a Madrid por cuestiones laborales, frisaba los treinta y le entraron unas ganas terribles de volver a conocer Canarias, de recorrer las islas de nuevo de la misma manera que había ido recorriendo otros tantos sitios en viajes de mochilero. Así, recorrió todas las islas del archipiélago por espacio de casi tres meses y publicó el diario, *Cuaderno Afortunado*. La siguiente y última obra hasta ahora ha sido *El Centro del Gran Desconocido*, editada por Ediciones Agure en su colección ‘G-21’, una novela corta que es una exploración lírica sobre el advenimiento de “Lalo Cura”.

Paralelamente, ha ido publicado en diversas antologías relatos sueltos, colaborando en proyectos de todo tipo, cinematográficos, literarios, artísticos, fotográficos.

Lleva trece años viviendo fuera de Canarias. Ha vivido en Lisboa, Madrid y Barcelona, y estancias cortas en Londres y Buenos Aires. Ha viajado por la India, Nepal, Sudamérica, México, Israel, casi toda Europa y el norte de África.

Terminó Psicología en la Universitat Autònoma de Barcelona y trabaja con enfermos mentales con trastornos psicóticos y de personalidad. Hizo un Máster de Guion de Cine y TV, actualmente estudia Filosofía y elabora una novela “que va para largo”. Su vida gira en torno a “unas cuantas obsesiones que lo han acompañado siempre: la pasión, el ron, los viajes cercanos y lejanos, el ajedrez, el Barça, el boxeo, y más libros para más días”.

Poética, por Eduardo Delgado Montelongo

Escribir es, en mi caso, una actividad muy ligada al habla. Ligada en el sentido de sentir una necesidad parecida por ambas y una concepción de una y de la otra como entrecruzadas. En mi concepción de la Literatura hay siempre implícita esa consideración, que la Literatura no debería de alejarse nunca del habla sino que debe ser algo así como hablar bien y de buenas cosas (entendido bueno y bien como acertado a nivel subjetivo, interesante, novedoso, algo que merezca la pena ser dicho o escrito, nada más terrible que esos escritores y esas personas que parecen morderse la lengua constantemente o que apenas aportan nada más que un subrayado a lo anterior). Yo soy de mucho hablar (y de mucho escuchar, también). Eso por un lado. Por el otro tenemos a la soledad, el otro pilar de la Literatura. Y aquí ya hablamos de otro tipo de fuerzas, de otro matiz en las energías, más de escapar de cosas, de huir, que de lanzarse a por otras. Como dijo G. G. Márquez “sí, es el oficio más solitario del mundo”.

Es evidentemente jugar a ser un pequeño dios y luchar contra lo inexorable, contra a muerte de las historias y las ideas que se te vienen Escribir a la cabeza. En este sentido, escribir es un acto pretencioso por definición (pretencioso y dignificante a la vez, porque esa lucha sabiendo que vas a perder es un acto valiente por sí mismo).

Escribir, continuando con esta serie de aforismos, es viajar y pretender vivir otras vidas (siguiendo un poco la línea del pequeño dios omnipresente). Supone la oportunidad perfecta para escapar de la realidad compartida hacia otra que uno mismo proyecta a su antojo. Es un lujo, escribir. Luego está la obligación, también. Yo escribo muchas veces que no me apetece. Me obligo para completar obras, para continuar caminos que me había trazado porque citando a Rousseau “la libertad es la obediencia a la ley que uno mismo se ha trazado”. Si escribiera sólo lo que me apetece probablemente solo escribiría poesía, frases sueltas y consideraciones, cuentos brevísimos o incluso directamente no escribiría, ¿por qué no?, hablaría, nada más. De modo que esa disciplina lo es casi todo, al menos en mi caso. Es esa disciplina la que me distingue como escritor, según mi modo de verlo, la que me hace ser escritor más allá de los euros caprichosos que lleguen a mi bolsillo por el medio que sea. ¿Por qué esa disciplina?, porque compensa. No creo que ser escritor sea algo especialmente venerable ni imprescindible, pero sí creo que es algo concreto que modula tu forma de ver el mundo y que suele venir y llegar desde y hacia naturalezas insólitas e inconformistas. Por otro lado, creo que si uno ama la Literatura la Literatura te ama a ti y el mundo se despliega en clave literaria, y cuando eso ocurre ya apenas tienes elección (la Literatura te elige a ti, no tú a ella, por decirlo de algún modo). La vida es una inmensa novela por tomos y así la vemos los que amamos la ficción y los pliegues de la realidad y las ideas extraordinarias. Amar la excepción y los momentos brillantes de la existencia humana, esos que son pura poesía, ahí está la clave. Aportar tu granito de arena, sin miedos ni complejos, tomar la palabra, lanzarse a la aventura.

Bibliografía

Novela:

Cristina y otros vicios, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2007.

Cuaderno afortunado, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2011.

Johanna, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Baile del sol, 2012.

El centro del gran desconocido, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Agüere, 2013.

Relato:

El tiempo que perdí, Santa Cruz de Tenerife, El Lobey Ediciones, 2005.

Antologías y libros colectivos:

Las líneas del vacío, relato, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Pilar Rey-Cabildo Insular de La Palma, 2003.

La isla de las mentiras, 2050 kilómetros de palabras, Antología de relatos vasco-canarios, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Baile del sol, 2008.

El atraco de los poetas, De la saudade a la magua, Antología de relatos luso-canarios, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Baile del sol, 2009.

La risa de los muertos, Antología, Barcelona, Ediciones Orola, 2009.

Beneharo, Entre orientales y atlantes, Antología de relatos uruguayo-canarios, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Baile del sol, 2010.

Láminas intercaladas, Trece gramos de gofio estelar, Antología de Cuentos Canarios de Ciencia Ficción, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Agüere-Idea, 2010.

El invicto poeta Rayco Barreto, Entre el ahuehuatl y el drago, Antología de Relatos México-canarios, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Baile del sol, 2013.

Entrevista:

“La cultura a debate”, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2006.

Premios

XXVI Premio “Félix Francisco Casanova” 2002, Isla de La Palma, Cabildo Insular de La Palma por el cuento *Las líneas del vacío*.

Accésit Premio “Grau Miró” 2007 por *La risa de los muertos*.

Finalista del Premio de novela corta “Jovellanos” del Ateneo de Gijón 2007, Asturias por *Cristina y otros vicios*.

Referencias sobre su obra

- Álamo de la Rosa, Víctor (2011), “Cuaderno afortunado”, *El Perseguidor, Diario de Avisos*.
- Alemany, Luis y VV. AA. (2005), *El tiempo que perdí*, Contraportada, El Baile del sol.
- Díaz Pacheco, Agustín (Prólogo) (2005), *El tiempo que perdí*, El Baile del sol.
- García Rojas, Eduardo (2012), “Johanna, una novela de piratas, de Eduardo Delgado Montelongo”, *El Perseguidor, Diario de Avisos*, 04/2013.
- García Rojas, Eduardo (2012), “Un año de narrativa en canarias”, *El Escobillón*, 12/2012.
- García Rojas, Eduardo (2012), “*El Centro del gran desconocido*, una novela de Eduardo Delgado Montelongo”, *El Escobillón*, 03/2013.

3.2.17. Daniel (Hernández) María

Nació en Agulo, isla de La Gomera, en 1985. Escritor, actor, guionista y uno de los críticos literarios con más futuro de Canarias. Él mismo publica en su biografía (2016) que ha trabajado en cortometrajes como *Roedores*, *Cabeza de familia*, *Las musas reparten alcohol* y *Coreografía* (protagonizado junto a la actriz Emma Cohen), así como en los espectáculos de monólogos *MonoloGordo* y *Endanimoniado*, Monologuistas de La Guancha, Tenerife, en 2006) y ha codirigido la Escuela José Manuel Cervino de Teatro y Cine de Arafo hasta su cierre en 2009. Ha impartido diversos talleres de interpretación.

Publica artículos sobre literatura y cine en *Qué Leer*, *Travelarte*, *Tarántula*, *La Página*, *Fogal*, *Revista literaria de la Academia Canaria de la Lengua* y el suplemento cultural *El Perseguidor* del *Diario de Avisos*, entre otros medios.

Ha publicado los poemarios *Hilo de cometa* (2009) y *Flor que nace en los raíles* (2015), y el libro de cuentos *(De)función cómica* (2009). Es responsable de la edición y novelización del guion literario de la película *El extraño viaje*, de Pedro Beltrán (2011), con prólogo de Luis G. Berlanga, y de la edición de *Los casos de Cargel Blaston*

(2013), a raíz de su investigación sobre el autor de novelas policiacas de los años 50. Es autor, asimismo, del estudio crítico *El caso de la película imposible: El extraño viaje* (2011), que recoge su investigación sobre la película de culto dirigida por Fernando Fernán Gómez, y de *El misterio de los filii christi de Agulo* (2016), fruto de su investigación sobre esta congregación teosófica e intelectual de los años veinte.

El hombre que ama a Gene Tierney, 2011, es su primera novela, a la que le siguió *Un crimen lejos de París*, que apareció en 2014 en la colección G-21. *Narrativa Canaria Actual*.

Fue secretario de redacción de la revista cultural *La Página* (2009-2012) y editor de varios números, de entre los que destacan los dedicados a la película *El extraño viaje*, a la insularidad en la literatura hispánica y a la obra de Narciso Ibáñez Serrador, respectivamente. Ha publicado a autores como Pedro García Cabrera, Roberto Arlt, Juan José Plans, Francisco Regueiro, Manuel Ruiz-Castillo, Andre Thirion, Mariana Alcoforado, Santiago Moncada y Emma Cohen.

Ha impartido conferencias sobre literatura y sobre cine en la Universidad de La Laguna, el Instituto de Estudios Hispánicos del Puerto de la Cruz, la Sala Domingo Pérez Minik de Santa Cruz de Tenerife, el Instituto de Estudios Canarios, el Ateneo de La Laguna, el Círculo de Bellas Artes de Santa Cruz de Tenerife, el Archivo Insular de La Gomera, la Casa-Museo Pintor Aguiar de Agulo, el Salón de Actos del Cabildo Insular de La Gomera, la Casa Salazar de La Palma, la Casa de la Cultura de Santa María de Guía de Gran Canaria, la Biblioteca Insular de Fuerteventura, el Casino de Valverde (El Hierro), el Archivo de Arrecife (Lanzarote), la Fundación Antonio Saura de Cuenca, el Espacio Canarias de Madrid, el Círculo de Bellas Artes de Madrid, entre otros espacios.

En 2009 actualizó y amplió la sección de literatura canaria de la *Gran Enciclopedia Virtual de las Islas Canarias* (GEVIC). Ha elaborado los perfiles biobibliográficos de José Rivero Vivas e Isabel Medina para la Academia Canaria de la Lengua

Como dramaturgo estrenó la obra *Piso Shivá* (Compañía de Ramón Perera) en el Museo de Historia de los Judíos de Girona en el marco del XIII Festival Internacional

de Teatro Amateur de Girona. Entre 2013 y 2015 entrevistó a cincuenta y tres escritores canarios en el ciclo *Entre Palabras*.

En el ámbito de la gestión cultural destacan sus trabajos en la coordinación del I y II Encuentro de Joven Crítica Canaria, Jornada de Cine Canario Villa de Arafo, el seminario *Pedro García Cabrera y su tiempo*, el Curso *5+5 Literatura española actual*, la mesa redonda *Sobre generaciones y miradas en la literatura canaria* y el IV Congreso de Poesía Canaria. Actualmente es Presidente de la Sección de Literatura del Ateneo de La Laguna (Tenerife).

Tiene una extensa bibliografía como articulista de prensa, conferenciante y crítico literario.

Poética, por Daniel María

Poética en tránsito

Para un escritor de apenas treinta años, cuyo desarrollo creativo se encuentra en un periodo de exploración y continuo descubrimiento, se impone el hecho de establecer una poética como un testimonio del tránsito, del devenir que experimenta y que -no se sabe- quizás nunca llegue a agotarse o, en cambio, se vea interrumpido un día. En este *podría ser* en que se desenvuelve la marcha de un proyecto de escritura que es concebido -así lo siento- como un largo y lento caminar, sin prisas, pero exigente, con ánimo de sorpresa y un continuo pulso de fascinación, un proyecto de escritura así, digo, está basado sobre tres pilares sólidos: la lectura, la creación y la destrucción.

No recuerdo si fue Vila Matas quien dijo que estaba más orgulloso de los libros leídos que de los escritos. Aplaudo la reflexión y me apropio de ella. Con todo, el impulso de crear se presenta como un hecho que no me reclama ninguna explicación y que tampoco desea explicarse. Escribo, nada más. Sin embargo, transitar diversos espacios de la literatura, entre ellos la crítica literaria, invita a cavilar de vez en cuando sobre la creación, y más concretamente, sobre la creación propia. En este caso, la reflexión temo que se vuelva autobiografía. Escribir es vivir en mí, vivir mi vida, sentir de este modo la existencia, no admitir otro modelo o proyecto vital que no sea la

creación artística. Por lo tanto, vida y escritura están unidas sin pedirse cuentas, sin acotar espacios ni tiempos. Casi sin hablarse están íntimamente comunicadas.

Ahora bien, una poética exige, o eso creo, plantear unas coordenadas sobre las que trazar la hoja de ruta de la escritura propia. Estas coordenadas son señaladas por las lecturas que nos emocionan y que, luego, nos forman como escritores. Sin embargo, pese a identificar claramente aquellas lecturas que han supuesto un punto de inflexión en mi formación como escritor, también puedo indicar cuáles creo que no se reflejan en mi escritura. En la mayoría de las ocasiones, las lecturas de cabecera, las grandes lecturas que quedan en mí, no ejercen una influencia de estilo directa, aunque envuelvan mi vida de escritor o mi escritura vivida.

No obstante, confío en el porvenir. Otras lecturas llegarán que serán claves para mí. En este presente puedo decir que la obra -y me circunscribo exclusivamente a la narrativa- de Tolstoi, Galdós, Marguerite Yourcenar, Virginia Woolf, Kawabata, Cortázar, Mujica Lainez, Dickens, Colette, Proust, Flaubert, Carmen Martín Gaité, Pessoa, Marguerite Duras, Hesse, Zweig, Nathaniel Hawthorne, Cormac McCarthy, Bolaño, Capote, Faulkner, Poe, Isaac de Vega, Agustín Espinosa, Terenci Moix, Luis Mateo Díez, Max Aub, Vila-Matas, Larra, Macedonio Fernández... han marcado un antes y un después en mi concepción amplia y profunda de la literatura. Con todo, Ramón Gómez de la Serna es el escritor cuya obra, en su conjunto, supone mi mayor inspiración.

Antes de continuar quisiera hacer hincapié en un elemento fundamental de la nómina expuesta más arriba. Me refiero a los puntos suspensivos, pues ellos representan el porvenir ya aludido, la mirada abierta y receptiva, las múltiples posibilidades que podrían establecerse.

Cuando un escritor plantea una poética puede aludir a los caminos que ha recorrido o bien a los que recorre actualmente. Mas lo único probatorio es la obra ya publicada. De las secretas galerías de su escritura mucho puede decir, pero nada demostrar, a no ser que adjunte un texto inédito, circunstancia que no suele producirse. Lo ya publicado en mi caso no tiene otra definición que la de textos de juventud, primeros textos, obra primeriza, primera etapa... Un variado plantel de alusiones a la obra recién nacida.

En lo que a narrativa se refiere, he publicado tres libros. *(De)función cómica* apareció en 2009. Se trata de un libro de cuentos donde conviven relatos y microrrelatos que giran alrededor de un tema claramente identificable: la muerte desde el humor negro. En algunos casos se muestra un pretendido costumbrismo actualizado y en otras se adoptan diversos trazos como el relato policíaco, la prosa poética, el juego de palabras, incluso el absurdo, siempre sobre el telón de fondo de la comicidad. Se presta este libro, más que ningún otro, a una cuidada revisión que lo desprenda de cierto exceso demostrativo, aunque en dicha desproporción pueda habitar lo que de salvable contenga.

En 2011, el Premio de Novela “Benito Pérez Armas” declaró finalista a mi novela, o no-novela, *El hombre que ama a Gene Tierney*, y le concedió, aunque no constaba en las bases del galardón, un Premio de Edición. La obra esperó hasta 2013 para ver la luz, y fue reeditada (revisada y corregida) en 2014. La escritura de esta novela -que podría ser una no-novela si admitiéramos que se ha decidido no transitar los espacios del principio, nudo y desenlace ya convenidos como propios del género- es ante todo un resultado libre y libertario en el que conviven el teatro, el guion de cine, la autoficción, el diario, el cuento y hasta la crítica literaria, en un convoy íntimo, como saludó Emma Cohen en el prólogo de la segunda edición. La escritura de *El hombre que ama a Gene Tierney* fue un ejercicio feliz, una reunión de mitomanías, referencias, vivencias y exploraciones narrativas que estaban iluminadas secretamente por Laurence Sterne, George Perec, Max Aub o Gómez de la Serna.

Ya en 2014, en la colección *G-21: Narrativa Canaria Actual*, apareció *Un crimen lejos de París*. En esta ocasión quise trabajar estructuralmente lo contrario que había desarrollado en *El hombre que ama a Gene Tierney*. Me sometí a los dictados que exige una novela de misterio -que no una novela negra- y sucumbí voluntariamente a la creación de unos personajes protagonistas y otros secundarios, una trama central acompañada de una serie de subtramas y un desarrollo cronológico y lineal. El modelo a seguir fueron las novelas de misterio de Agatha Christie. En mi caso, la protagonista es una investigadora amateur, Margarita María González, gobernanta de un hotel, e hija de un juez, que cuenta con el apoyo paterno para inmiscuirse en el asesinato de Inocencio Cruz. A través de su enorme intuición logrará desentrañar el enigma. Mientras, la novela tomará color gracias a los familiares de Margarita y al entorno de la víctima del

crimen. Si algo la hermana a mi novela anterior es el despliegue mitómano, de referencias musicales, literarias y cinematográficas, que pululan por la narración.

Como colofón a esta poética en tránsito, aludiré al tercer pilar de mi escritura: la destrucción. Lo escrito es lo vivido en la escritura y lo publicado es lo que se desea compartir, aunque posteriormente el autor anhele intervenir de nuevo en lo ya compartido para corregir, cambiar, moldear o definir. La destrucción de materiales que acaban por decepcionar o hartar a su autor es imprescindible en esta convivencia íntima, silenciosa y arriesgada con la creación artística. Lo que queda por el camino también forma parte de la obra. La pervivencia de los textos es otro asunto. Escribir es lo importante.

Bibliografía

Novela:

El hombre que ama a Gene Tierney, Santa Cruz de Tenerife, CajaCanarias en coedición con *La Página Ediciones*, 2013. Premio de Edición del Premio de Novela “Benito Pérez Armas” 2011.

El hombre que ama a Gene Tierney, 2ª edición en Neys Book Ediciones, 2014.

Un crimen lejos de París, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Agüere-Ediciones Idea, 2014.

Relato:

(De)función cómica, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2009.

Poesía:

Hilo de cometa, Santa Cruz de Tenerife, La Página Ediciones, 2009.

Flor que nace en los raíles, Madrid, Fundación Mapfre, 2015.

Obra Colectiva y Antologías:

La manzana que froté en tu jersey, [poesía] incluido en *Catálogo Certamen Macaronésico para Jóvenes Artistas* (Cabildo de Lanzarote, 2005)

Piedad por las calles [cuento] incluido en *Cuánto cuento* (Publicaciones Acumán, Toledo, 2005)

Una muerte para todos [cuento] incluido en *XIII Certamen Cruzarte 2006* (Ayuntamiento Puerto de la Cruz, Tenerife, 2007)

Memorias de la alegría [cuento] incluido en *I Concurso Literario de Relatos Cortos Mujeresisla* (Cabildo Insular de la Gomera, 2008)

Futilidad severa [poesía] incluido en *Premio Félix Francisco Casanova 2007* (Cabildo Insular de La Palma, 2008)

Al otro lado de todo [poesía] incluido en *Poesía y Narrativa. Premios Juventud y Cultura 2009* (Dirección General de Juventud del Gobierno de Canarias, 2010)

Garabato de Lucía [poesía] incluido en *La Galla Ciencia. Revista de Poesía* número 5 (Murcia, 2016).

Selección poética y nota bio-bibliográfica incluida en *Poesía canaria actual. Antología 1960-1992*. Edición de Cecilia Domínguez (*La manzana poética*, Córdoba, 2016).

Edición de libros, antologías y prólogos:

“El extraño viaje: el caso de la película imposible”, *La Página*, 81-82, 2009.

Coedición del número 88 de *La Página (La fascinación insular)*, 2010, junto a Iris M. Zavala y Domingo-Luis Hernández.

Coedición del número 94-95 de *La Página, (Narciso Ibáñez Serrador)*, junto a Isaac Hernández, 2012.

Prólogo en *La voz de Ángel*, de Ángel Morales (Ediciones Idea, 2013).

Edición e introducción de *Los casos de Cargel Blaston*, Santa Cruz de Tenerife: La Página Ediciones, 2013.

Selección de poemas y coordinación de la edición de *Yo poeta declaro*, Antología de Agustín Millares Sall, Día de las Letras Canarias 2014, Gobierno de Canarias.

Edición e introducción, junto a Covadonga García Fierro, de *I Encuentro de Joven Crítica Canaria*, Ateneo de La Laguna, 2015.

El misterio de los filiichristi de Agulo, Santa Cruz de Tenerife: Baile del Sol, 2016.

Edición y presentación, junto a Pablo Jerez Sabater, de *Sombras*, poemario de Bohemia Pulido Salazar, Ayuntamiento de Vallehermoso, 2016.

Edición e introducción de *Nada más que esa luz. Poesía completa*, de Pino Betancor, Ediciones La Palma, Ateneo de La Laguna e Instituto de Estudios Canarios (en prensa).

Artículos en prensa, revistas y libros:

“Visiones del fenómeno de los setenta”, *La Página (¿Bajo el volcán?)*, 76.

“Debate sobre las condiciones literarias del insular” (en colaboración con Kateryn Lorenzo Abalo), cuestionario realizado a J. J. Armas Marcelo, Juan Cruz, Sabas Martín, José Rivero Vivas y Víctor Ramírez.

“Introducción”, el artículo *Una radiografía en los huesos* y las entrevistas realizadas a Jesús Franco, Carlos Larrañaga, Sara Lezana, Luis Marín, Luis Berraquero, Cristóbal Halffter y Cecilia Pineño.

“Armas Marcelo y la disposición insular”, *La Página*, 86 (*J. J. Armas Marcelo*), 2010.

“Insularidad y literatura”, *La Página*, 88, (*La fascinación insular*), 2010):

“Desmontando a Cargel Blaston”, *La Página*, 89 (*Anatomía de la novela policial*), 2011.

“Los robots se buscarán el sexo: Historia de la frivolidad”, *La Página*, 94-95 (*Narciso Ibáñez Serrador*), 2012.

Artículos en *El Perseguidor*, Suplemento cultural de *Diario de Avisos*, Tenerife:

“José Rivero Vivas: Fundador de puertos” (4 de noviembre de 2012, núm. 121)

“Isla y letra” (16 de diciembre de 2012, núm. 128)

“Una fuga interior: “Merodeadores de orilla” de María Teresa de Vega” (27 de enero de 2013, núm. 134)

“Covadonga García: Material sensible” (31 de marzo de 2013, núm. 143)

“La desnudez del diablo: about Yeray Barroso” (7 de abril de 2013, núm. 144)

“Ánimo de bisturí, amor de sastre: Daniel Bernal Suárez” (21 de abril de 2013, núm. 146)

“Lo imprevisto” (28 de abril de 2013, núm. 147)

“Entrevista a Juan Manuel García Ramos” (26 de mayo de 2013, núm. 151)

“Cuenca en el abismo” (junto a Covadonga García Fierro) 18 de agosto de 2013, núm. 163

“El engaño y la novela” (15 de septiembre, núm. 167)

“Entrevista a Víctor Álamo de la Rosa y La devastación de Isla Nada” (22 de septiembre de 2013, núm. 168)

“Un pedestal para el olvido” (6 de octubre de 2013, núm. 170)

“La ternura de escuchar: El zahorí del Valbanera” (20 de abril de 2014, núm. 198)

“A la espera del alba” (28 de septiembre de 2014, núm. 221).

Conferencias:

“Fernando Fernán Gómez: escritor y cineasta” impartida en la Asignatura “Literatura y Cine” de la Facultad de Filología de la Universidad de La Laguna (15 de diciembre de 2011)

“El sueño de la vanguardia” impartido en el Instituto de Estudios Hispánicos del Puerto de la Cruz (Tenerife, 12 de noviembre 2012)

“El caso de la película imposible: *El extraño viaje* de Fernando Fernán Gómez” impartido en la Asignatura “Literatura y Cine” de la Facultad de Filología de la Universidad de La Laguna (30 de noviembre de 2012)

Invitado al Congreso “Contextos Críticos. Poesía canaria contemporánea” celebrado en Santa María de Guía (Gran Canaria) entre los días 6 y 8 de diciembre de 2012 y organizado por el VI Festival Internacional de Literatura “Las 3 orillas”. Lectura de la ponencia titulada “¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?”.

“Los sueños de la vanguardia: acción cultural y literatura en *gaceta de arte*”, impartida junto a Covadonga García Fierro en la Fundación Antonio Saura durante la I Semana cultural canaria en Castilla La Mancha (31 de julio de 2013)

- “Pino Betancor, volcada hacia la vida” impartida en la Sala Domingo Pérez Minik de Santa Cruz de Tenerife durante el I Encuentro Joven Crítica Canaria (5 de noviembre de 2013).
- “Yo poeta declaro: Agustín Millares en el Día de las Letras Canarias 2014” impartida en Casa Salazar (La Palma), Archivo Insular de La Gomera e IES Garoé de El Hierro.
- “A la espera del alba: seis poetas canarias del s. XX” impartida en las V Jornadas de Jóvenes Creadores e Investigadores del IEHC (8 de abril de 2014).
- “Inventario de huellas: Agulo y sus escritores” impartida en las VI Jornadas de Estudios Interdisciplinarios de Agulo (26 de abril de 2014).
- “Pino Betancor” en el Ciclo Galería de Ingenios del Ayuntamiento de Adeje (29 de agosto de 2014).
- “Tinta rodada: literatura y cine en España” impartido en la Asignatura “Literatura y Cine” de la Facultad de Filología de la Universidad de La Laguna (17 de septiembre de 2014).
- “Cine y autoría: Hitchcock y Capote” impartido en la Asignatura “Literatura y Cine” de la Facultad de Filología de la Universidad de La Laguna (19 de septiembre de 2014).
- “Agulo, un taller literario” impartido en la Casa del Pintor José Aguiar de Agulo (27 de septiembre de 2014).
- “El misterio de los filiichristi. El círculo místico de Agulo en los años 20” en el II Encuentro Canarias Territorio del Misterio (Santa María de Guía, Gran Canaria) el 14 de marzo de 2015.
- “El siglo de Max Aub” impartida en las VI Jornadas del IEHC de Jóvenes Investigadores y Creadores el 29 de abril de 2015.
- “Cronología de una fascinación: Agustín Espinosa y las letras canarias” impartida en el Círculo de Bellas Artes de Santa Cruz de Tenerife el 29 de mayo de 2015.
- “Las posibilidades de una isla” impartida en el Salón de Plenos del Cabildo Insular de La Gomera en la entrega de los XVIII Premios Pedro García Cabrera el 4 de junio de 2015.

- “Versos para Vallehermoso: de Bohemia Pulido al primer Pedro García Cabrera” impartida junto a Pablo Jerez en la Casa de la Cultura Pedro García Cabrera de Vallehermoso (La Gomera) el 26 de junio de 2015.
- “El misterio de los filiichristi de Agulo” impartida en el Auditorio Benedicto Negrín de Agulo el 18 de septiembre de 2015.
- “Las multiescrituras de Fernando Fernán Gómez” impartida en la Asignatura “Literatura y Cine” de la Facultad de Filología de la Universidad de La Laguna (11 de noviembre de 2015).
- “El misterio de los filiichristi. Nuevos datos” en el III Encuentro Canarias Territorio del Misterio (Ateneo de La Laguna, Tenerife) el 5 de diciembre de 2015.
- “Félix Casanova de Ayala: solitario poeta solo” en Homenaje a Félix Casanova de Ayala en el centenario de su nacimiento (Archivo Insular de La Gomera, 22 de enero de 2016).
- “Tinta en los guantes: apuntes sobre boxeo y literatura” impartida en las VII Jornadas del IEHC de Jóvenes Investigadores y Creadores el 5 de abril de 2016.
- “Viaje literario por las islas Canarias” impartida en la Fundación Vallecas Todo Cultura (Madrid) el 18 de abril de 2016.
- “Entra la libertad y tú. Testimonio y ficción” impartida en el Seminario Isabel Medina (Centro Cultural de Hermigua, La Gomera) el 30 de abril de 2016.
- “Huellas y enigmas de Pascasio Trujillo” impartida en el Centro Cultural de Hermigua, La Gomera (9 de septiembre de 2016).
- “Viaje literario por las islas Canarias” impartida en el Salón de Actos de la isla de La Graciosa el 21 de noviembre de 2016.
- “Narrativa española y cine” impartido en la Asignatura “Literatura y Cine” de la Facultad de Filología de la Universidad de La Laguna (30 de noviembre de 2016).

Premios

Segundo Premio de Poesía “Municipio de Antigua” (Fuerteventura) 2005, por *Isla interior*.

Primer Premio “Ciudad de Güímar” (Tenerife) de Relato 2005, por *Allí donde nacen y*

crecen...

Premio del Público y Premio del Jurado Certamen de Relatos “Noche de San Juan” (Canarias7, Las Palmas de Gran Canaria) 2005, por *Ceniza en los cristales*.

Premio Internacional “Jóvenes de la Macaronesia” de Poesía 2005, por *La manzana que froté en tu jersey*.

Primer Premio de Cuentos “Letras Líricas” de Santiago del Teide (Tenerife) 2005, por *Elvira y las últimas noticias del Valle*.

Finalista VI Certamen de Relatos Hiperbreves Publicaciones Acumán (Toledo) 2005, por *Piedad por las calles*.

Primer Premio Certamen “Cruzarte” de Relato Corto (Tenerife) 2006, por *Una muerte para todos*.

Primer Premio de Relato Corto “Ciudad de Tacoronte” (Tenerife) 2007, por *Ese trozo de calle que va*.

Accésit I Concurso Literario de Relatos Cortos “Mujeresisla” (La Gomera) 2007, por *Memorias de la alegría*.

Premio de Poesía “Félix Francisco Casanova” 2007, por *Futilidad severa*.

Tercer Premio de Relato Corto “Ayuntamiento de El Rosario” (Tenerife) 2008, por *Fotingo fúnebre*.

Segundo Premio de Poesía “Juventud y Cultura” 2009 (Dirección General de Juventud del Gobierno de Canarias), por *Al otro lado de todo*.

Premio Teatro de Autor Escuela Municipal de Teatro de Santa Cruz de La Palma 2009, por *A los que no vinieron*.

Finalista y Premio de Edición “Benito Pérez Armas” de Novela 2011, por *El hombre que ama a Gene Tierney*.

Joven Promesa del VII Premio “Paco Rabal” de Periodismo Cultural (Fundación Aisge) 2013, por *Voz de actriz*.

XLIV Premio de Periodismo “Leoncio Rodríguez” 2013, por *Un pedestal para el olvido*.

Premio de Relato Corto “Bohemia Pulido Salazar” 2015, por *La dama y la niebla*.

Premio de Periodismo “Juan Torres Grueso” 2016

Referencias sobre su obra

- Álamo de la Rosa, Víctor (2013), “El hombre que ama a Gene Tierney, una novela de Daniel María”, *El Escobillón*, 23/02/2013 <<http://www.escobillon.com/2013/02/el-hombre-que-ama-a-gene-tierney-una-novela-de-daniel-maria/>>.
- Barroso, Yeray (2014), “El hombre que ama a Gene Tierney o el texto de textos”, *El hombre que ama a Gene Tierney*, Neys Book Ediciones.
- Castells Molina, Isabel (2013), “El hombre que ama a Gene Tierney, de Daniel María”, *Latente* (revista), Vol. 11.
- Cohen, Emma (2014), “Prólogo”, *El hombre que ama a Gene Tierney*, Neys Book Ediciones.
- De Vega, María Teresa (2014), “El hombre que ama a las mujeres. Un apunte sobre la narrativa de Daniel María”, *El Perseguidor, Diario de Avisos*, 01/06/2014, p. 4.
- García Fierro, Covadonga (2013), “El hombre que ama a Gene Tierney”, *El Perseguidor, Diario de Avisos*, 25/8/2013.
- García Rojas, Eduardo (2013), “El hombre que ama a Gene Tierney, una novela de Daniel María”, *El Perseguidor, Diario de Avisos*, 19/02/2013.
- García Rojas, Eduardo (2014), “Un crimen lejos de París, una novela de misterio de Daniel María”, *El Perseguidor, Diario de Avisos*, 25/02/2014.
- Machancoses, Ana (2013), “El hombre que ama a Gene Tierney”, *Anika entre libros*, 7/1/2015, <<http://www.anikaentrelibros.com/el-hombre-que-ama-a-gene-tierney>>.
- Morales, Gregorio, (2014), “El lector brujo”, *Lo real invisible*, 18/11/2014, <<http://lorealinvisible.blogspot.com.es/p/lecturas.html>>.
- Muñoz Díez, Luis (2014), “*El hombre que ama a Gene Tierney* es la primera novela de Daniel María”, *Revista Tarántula*, 22/10/2014, <<http://revistatarantula.com/el-hombre-que-ama-gene-tierney-es-la-primera-novela-de-daniel-maria/>>.
- Sánchez, Ángel (2014), “Palabras previas”, *El hombre que ama a Gene Tierney*, Neys Book Ediciones.

CAPÍTULO 4. TEMAS Y GÉNEROS DE LA NARRATIVA CANARIA DEL SIGLO XXI: LOS NUEVOS NARRADORES

*Nadie se acuesta medieval
y se levanta renacentista.*

Luis Alemany

4.1. PRELIMINARES

En la Historia, los cambios que se producen, ya sean sociales, económicos, artísticos, geográficos o políticos, etc., son paulatinos, progresivos. En la Narrativa, los cambios se han producido de igual modo. Y, a escala no sabemos cuántas veces menor, en el rincón geográfico de Canarias las señas de identidad de la narrativa del siglo XX no se perdieron de repente en el tiempo y surgieron otras al amparo del siglo XXI sin motivación, sin una multiplicidad de causas.

Y la pregunta es casi obligada: ¿es que los narradores canarios del siglo XX no escriben ya en el siglo XXI? La respuesta, obviamente, es que casi todos siguen escribiendo en el presente siglo y aún muchos siguen inmersos en las señas de identidad de la narrativa canaria del siglo XX (*vid.* Capítulo 2). Y ¿cuáles son las de la narrativa de los primeros diecisiete años del XXI? La respuesta a esta última cuestión es el objetivo de este Capítulo. De la misma forma que utilizamos textos de los escritores pasados para establecer las señas de identidad del siglo XX, utilizaremos ahora los textos de los diecisiete nuevos narradores que hemos seleccionado como G-21³¹.

De estos diecisiete autores que conforman G-21, hay cuatro nacidos entre 1948 y 1960, fecha esta última que proponemos como punto de partida para los escritores de la nueva generación. Precisamente estos autores ejemplifican la afirmación previa de que

³¹ Los textos seleccionados se hallan recogidos como corpus textual de referencia en el apartado II del Apéndice.

señalar una frontera en las etapas históricas o de cualquier otra índole es inútil; que existe una imbricación temporal, que, como decíamos antes, no se pueden separar las generaciones. Así están María Teresa de Vega y Cecilia Domínguez Luis (ambas de 1948), poetas, Damián Hernández Estévez y David Galloway (ambos de 1960). Cada uno por razones diferentes: María Teresa de Vega por su regreso de estancias fuera de las islas; Cecilia Domínguez porque su abrumadora y constante creatividad poética parece que le exigía una variante de su producción, una necesaria incursión en el campo de la narrativa, como señala ella misma en su *Poética* (vid. Capítulo 3); Damián Hernández Estévez por una vocación tardía nacida quizá al socaire de su labor como profesor de Lengua y Literatura en la enseñanza media; y David Galloway, que después de una época fructífera como narrador tuvo un paro vital del que resurgió como narrador de G-21. Por estas razones, estos autores nacidos antes de 1960 ocupan un puesto dentro del llamado G-21. Los demás, como se desprende de sus biografías, son nacidos después de ese año 1960 que hemos tomado como frontera entre los autores del siglo XX y los del XXI.

4.2. EL NUEVO ESPACIO INSULAR, EL NUEVO ESCENARIO, EL NUEVO PAISAJE

4.2.1. La isla imaginaria

En la tradición histórica y en la folclórica, se cita la leyenda de la isla de san Borondón como una más de las Canarias, que aparece y desaparece, que tiene forma de ballena de color negro y que algunos marinos de aquellos siglos de la conquista decían que habían visto. Bautizada así en honor de san Brandon³² que, según esa misma tradición, llegó a abordarla. Los científicos señalan que bien pudiera ser un espejismo de La Palma que se produjera por efecto de la reverberación del sol en la superficie

³² San Brandon o san Brandan de Cionfert. Según la leyenda, san Borondón estaría situada a 550 kilómetros de El Hierro en dirección oeste-noroeste y a 220 kilómetros de La Palma en dirección oeste-sudoeste. Otros la sitúan entre La Gomera, El Hierro y La Palma. Torriani, el célebre historiador y cartógrafo a quien Felipe II encargó el mapa de las Islas Canarias y sus fortificaciones, llegó a dibujarla. El grupo folclórico *Los Sabandeiros* le canta: “Es la encantada que desapareció [sic], la negra ballena de san Borondón”. En 1953 el diario *ABC* dio la noticia de su aparición.

marina. Lo que parece cierto es que ese espejismo se sitúa siempre en el mismo sitio, según cuentan los visionarios de aquella época.

En un orden de cosas similar, está la tradición de la narrativa universal de crear un espacio en donde desarrollan sus historias algunos narradores -*Vetusta* de Leopoldo Alas, *Macondo* de García Márquez, *Yoknapatawpha* de Faulkner, *Comala* de Juan Rulfo, *Celama* de Luis Mateo Díez, etc. -. En planos narrativos canarios, están *Salbago*, de J. J. Armas Marcelo (véanse [32] y [33]), que parece un remedo de Las Palmas de Gran Canaria, o *Nacaria* (anagrama de Canaria), de Sabas Martín, que se encuadran en esos espacios imaginarios. Son espacios idealizados en los que se señalan montes, calles, plazas y viviendas donde el paisanaje se realiza y va a trabajar todos los días. Espacios vitales, comunes.

Una afección al pasado, entre pocas, la encontramos en David Galloway, uno de los narradores revividos en G-21, en su novela *Agua de arroz y flores* (1991):

[70]

Sosegado, implícito el beneplácito de la luna, amaneció. Minuto arriba, minuto abajo, quince estuvo el viento dándole la extremaunción a la madrugada. Luego, a eso de las siete, de pronto que amaina hasta que ni pizca y hasta el aliento del silencio anestesia a los gallos, que al igual que grillos y ranas sufría los brotes de una epidemia de afonía que desde el mes anterior asolaba los contornos. Despuntada el alba, como besitos en los párpados los primeros rayos, bailan en la coronilla de la montaña vecina y en línea recta a la casa, coronada por dos gibas, como un camello (p. 50).

Damián Hernández Estévez, otro de los narradores tardíos, inventor de la isla de *Lotavia*, en una entrevista firmada por José Ramón Sampeyo Rodríguez (2013) da razones de su origen:

Muchas veces cuando un novelista inventa un territorio lo dota de características míticas, por ejemplo García Márquez convierte a Macondo en ese lugar donde se forjó la historia y la cultura de Sudamérica. Pero a mí me seduce más el territorio ficticio de Yoknapatawpha porque el autor norteamericano trata ese espacio como si fuera real³³.

³³ <https://es-es.facebook.com/InfoTeguste/photos/a.174570509285612.43390.111376175605046/524218994320760/>, consultado el 23/09/2013.

Y compara el Parque Guandiantor de *Lotavia* con el Parque García Sanabria de Santa Cruz de Tenerife; La Pared, con el risco de la Aldea y la carretera que la atraviesa, y la ciudad de San José, la capital de su isla, con un número de habitantes superior a los de Las Palmas de Gran Canaria y Santa Cruz de Tenerife juntas.

Damián Hernández Estévez acaba de indicarlo: su isla es ficticia, como el lugar inventado por Faulkner. En su novela *Quién como yo* (2015) define parcialmente la isla y lo hace con la precisión de un poético geógrafo:

[68]

La mañana amanece muy calurosa y muy húmeda en este miércoles 21 de julio de 2010; se hace difícil respirar. El bochorno presagiaba ya una jornada intransitable, más para quienes, como Miguel Monteverde, hacen transcurrir sus horas en las calles de Lotra, la segunda población de *Lotavia* después de San José, ciudad capital de la isla. La maresía arrastra el olor acre de las embarcaciones, fondeadas en medio de la ensenada del Conde de Teria, o atracadas en el Puerto Nuevo de San José, en la ribera opuesta, y rocía las calles con el polvo de los desiertos africanos y con el salitre impregnado del humo de las chimeneas de los barcos que llegan o parten de la isla [...]. Anoche, cuando empujó la puerta del cajero bancario de la Avenida de la Costa, que le suele servir de dormitorio, el cubículo no estaba vacío. Es el embate pestilente que percibe en el interior lo que lo avisa de que el lugar está ocupado, antes de entrever en la penumbra, detrás del batiente acristalado, el bulto tendido en el suelo. Se encuentra demasiado borracho para buscar otra habitación donde pernoctar. De él no puede decirse que ande bienoliente. Hace más de un mes que no pasa por los baños del Centro de san Vicente de Paul de la calle santa Petra, por más que los voluntarios lo han amenazado con que o se ducha y se afeita de cuando en cuando o no le dan comida, pero sabe que se trata de un amago; de manera que se acerca por allí cuando lo cree imprescindible (pp. 16-17).

Es una isla con caracteres volcánicos, porque en el texto siguiente Damián Hernández Estévez nombra el circo de lavas, el malpaís³⁴ e inventa el Corro de los Volcanes, que son características originarias y típicas de las erupciones magmáticas. En la misma novela, prosigue el autor:

[67]

Desde su exacto centro, Leandro Soto contempla el Corro de los Volcanes. Anoche, al descubrir este paraje en un mural del hotel donde se aloja, otro calambre le atravesó el abdomen. Ahora, frente a ellos, comprende que el dolor fue un aviso; estas montañas de morfología

³⁴ (Indigenismo hispánico) Terreno cubierto de lava e improductivo (Corrales, Corbella y Álvarez, 1996: III, 1761-1762 s.v. *malpaís*).

tortuosa que abrazan un circo de lavas son un trasunto mineral de sus entrañas dolientes. Desde aquí un desolado malpaís se expande hasta cerrarse en un sistema de lomas superpuestas de las que emergen cinco conos que parecen danzar de la mano y cuyos perfiles desdibuja la calima que asedia el archipiélago (p. 11).

Graciliana Montelongo Amador³⁵, en el acto de la presentación de ...*En el aire queda* (2012), también de Damián Hernández Estévez, dijo refiriéndose al autor y a la obra:

Nos describe con un lenguaje amplio, una historia que nos lleva a todos a sumergirnos en un mundo diferente. A un lugar diferente por donde, quizá todos, hemos transitado alguna vez. Es el capitán del barco, el que fijó, tal vez en una tarde y en la soledad del escritor, el rumbo. Nos embarca a todos. A todos los que quieran navegar otras vidas... Y lo hace a bordo de este libro. Nos lleva a la isla de Lotavia [...]. Sin negar que *Cien años de soledad*, publicada en 1967 y el paradigma Macondo pudiera haber influido en Damián H. Estévez, como lo hizo en casi todos los escritores y lectores de su generación, el universo propio que nos ocupa es de otra naturaleza bien distinta, hondamente relacionado con aquel otro de Fetasa, 1ª edición de 1955, por lo tanto más antiguo, la inmortal obra de Isaac de Vega, a quien tuvo que conocer y tratar nuestro autor en sus años de estudiante en la Universidad de La Laguna, me atrevo a afirmar.

Por otra parte, la isla mítica de Isaac lo es por la añoranza y el sentido de propiedad de Juan, su personaje. Recuérdense [2] y [7]:

[2]

–Es estéril –dijo–, pero no siempre fue así. En tiempos anteriores existió una gran riqueza. Cedros superiores a los del Líbano la cubrían completamente y dejaban apenas pequeñas zonas para los cultivos.

[7]

–Así la encontré yo. Estéril y abrupta. Seca. Nadie vive en ella sino yo, y ya es mía para siempre.

La *Lotavia* de Damián Hernández Estévez es una tierra con caracteres de isla perteneciente a un archipiélago, que el autor tiene dibujada y en la que expresa sus

³⁵ La Laguna, 1962. Fundó el Colectivo Cultural Viera y Clavijo en Los Realejos (Tenerife). Participa en el periódico *La Opinión de Tenerife* con su columna “El vuelo de la pardela”, y colabora en *Radio Realejos* con su programa “Rincón Literario”.

montes, sus bosques, sus ciudades, sus barranqueras, y donde los personajes isleños viven, sueñan y pululan:

[65]

Al llegar al lugar por donde desapareció el hombre, arrimas el coche al arcén y paras el motor. Contemplas desde el asiento la llanura a ambos de la carretera por entre las brechas de los árboles, que no forman un bosque espeso, y se le antoja que la tierra amarillenta ha modificado su color. No logras discernir en qué consiste con exactitud esa transformación, solo que los colores devienen más oscuros, verdes y grises. Bajas del coche y te acercas al borde. Aquí, en vez de la zanja que habías imaginado, se abre a tus pies el altísimo precipicio. El mar, abajo, bate tenaz y colérico contra las rocas donde enseguida descubres el coche, vuelto del revés, humeante a pesar de las olas. Notas tu corazón agitado por la discusión, por la carrera, mientras te aferras al drago para contrarrestar el vértigo. Después de un instante en que te saturas de la maresía, te vuelves y te parece que los cardones encarapitados en la ladera menean convulsos sus brazos para ahuyentarte.

Vuelves al coche, y, antes de ponerlo en marcha, consideras que tal vez debas regresar a ver los riscos de *Lotavia*, a oler el mar (pp. 20-21).

En Víctor Álamo de la Rosa, tal vez el narrador canario con mayor proyección interior y exterior en la actualidad, hay también cierta inclinación, muy reprimida por la infrecuencia del uso, a renombrar las islas con sus connotaciones geográficas. Así, en *El humilladero* (1994), tiene un esbozo mínimo. *Masilva* parece la isla de El Hierro, *la Isla Mayor*, como la nombra, es Tenerife y el *Mar de las Calmas* es un lugar inconfundible de la isla de El Hierro, famoso por la erupción volcánica submarina³⁶. Así:

[130]

El General no parecía muerto. “¡Tiene cara de ángel!”, comentó el cura Benito cuando lo vio porque el General parecía dormido tan dulce y beatíficamente, tan como si se hubiese muerto feliz y no violentamente asesinado por el cruel cabo Serafín.

En realidad, nadie en *Masilva* supo a ciencia cierta cómo había sido perpetrado el crimen. Cuando llegó el barco que se llevaría a la Isla Mayor el cuerpo incorrupto, límpido, blanco, feliz, del General, todos comentaban el asesinato. Gabino el Fotógrafo llegó a contar diecisiete versiones del suceso, pero todas tan contradictorias e incongruentes que acabó librando de toda responsabilidad en su fuero interno al cabo Serafín [...]. Porque el Mar de las Calmas estaba tieso la embarcación esperada lo surcaba, lo cortaba rebanada a rebanada con la facilidad de un cuchillo. El nuevo

³⁶ La erupción comenzó en octubre de 2011 y se dio por terminada en marzo de 2012. Es el volcán 1803-02. 18 señala el país (España), 03 la región (Canarias) y 02 el número del volcán. El 01 es el volcán Teneguía, en la isla de La Palma y el 03, curiosamente porque es el más antiguo, El Teide.

General estaba de pie sobre la proa, a solas con su pensamiento, observando el oleaje breve, las ondas de mar que se expandían brevemente tras nacer en la proa.

Era la primera vez que visitaba aquella isla de su jurisdicción recién estrenada después de que lo nombraran nuevo General de la Isla Mayor [...]. El contorno de la isla se fue aclarando. Primero había sido sombra opaca sobre un horizonte azul que después se fue llenando de detalles. El basalto brillaba en los acantilados humedecidos por el mar. Algún destello de sol refractado en los charcos, algún pino, alguna higuera, unas sabinas echadas sobre la ladera para guarecerse de los días de viento. Las casitas de Masilva desparramadas díscolamente, el campanario puntiagudo de la iglesia. El pequeño muelle. Las gentes (pp. 108-110).

También Víctor Álamo de la Rosa, en su novela *Isla Nada*, hace un intento que quizá provoca de manera consciente, de renombrar los espacios insulares, basándose en historias antiguas. Así, podemos leer:

[131]

La Restinga era un pueblo pequeñajo situado en el sur de la isla de El Hierro, también conocida, en algunos mapas, libros antiguos y novelas, como Isla Menor. La Restinga, pueblucho también llamado Rijalbo en las memorias de los más viejos, prestaba nombre a unas pocas casas pobres hechas de bloques de cemento, la mayoría sin enlucir, arrinconadas por un malecón de unos setenta metros que servía para descargar el pescado que capturaba una flota artesanal de unas veintipocas embarcaciones. A La Restinga había que sumarle tres bares, un estrecho varadero y una bonita playa de arena roja de unos trescientos metros cuadrados a ojo de buen cubero, las señas de identidad de ese poblado que, sin embargo, era el único de aquella isla que podía presumir de tener un precioso hostal propiedad de un extranjero.

Junto a la playa, construida sobre la roca, se alzaba imponente la Casa del Alemán, una edificación enorme pintada de rojo chillón y blanco y con pintorescas macetas azules y amarillas situadas en las intersecciones de los muros [...]. El dueño del caserón, que vivía allí con sus extraños hijos, rara vez había sido visto, salvo, como mucho, alguna silueta robada tras un ventanuco. Según las versiones más socorridas, a la casa-hostal se la llamaba Cada del Alemán porque el extranjero había sido un aviador nazi que huyó a ese lugar remoto en los confines de El Hierro para no ser juzgado por crímenes de guerra cuando en Europa se había desatado la obsesión por atrapar a los gerifaltes de la dictadura de Hitler (pp. 10-11).

4.2.2. El paisaje desde las azoteas

La morfología arquitectónica en los barrios de muchas ciudades de Canarias y todavía más en los pueblos diseminados por la geografía isleña presenta casas de una o dos plantas, unifamiliares que, por circunstancias del clima, se rematan en cubiertas planas en donde se desarrolla parte de la vida doméstica. En esas azoteas se disponen cuartos de lavar y planchar, palomares y macetas o pequeños parterres con plantas curativas (manzanilla, romero, greña millo³⁷) o de especias aromáticas de uso culinario (perejil, cilantro, hierbahuerto³⁸). A veces, en esas azoteas³⁹ se construyen alpendes y sombreros bajo los que se crean zonas de descanso.

Algunos narradores perciben las azoteas de las casas donde viven o han vivido como un *locus amoenus* que les hacen expresar las sensaciones intimistas de sus recuerdos. Eso ha propiciado que su narrativa tenga un carácter privativo y muy personal, íntimo, una mirada introspectiva que alimenta sus novelas. En esas azoteas encuentran el sosiego y la soledad para escribir sus creaciones, la azotea es su escenario. Es una atalaya desde donde observan el mundo, un mundo urbano. El escenario ahora es la ciudad, los pueblos y los entornos urbanos de las islas o los campos del exterior, vistos desde la azotea de las casas. Son lugares que traen recuerdos y sensaciones que sirven de trasfondo escénico para sus argumentos.

Los paisajes de María Teresa de Vega, otra de las narradoras tardías, son los que percibe desde las azoteas de las casas donde ha vivido que le hacen expresar las intimidad de sus recuerdos. Los padres de María Teresa de Vega fueron maestros nacionales y eso los llevó a un periplo por las islas: La Gomera, El Hierro, Tenerife..., lo que ha propiciado que su narrativa tenga un carácter privativo y muy personal, íntimo, una mirada introspectiva que va desde la posguerra, por su edad, hasta el presente. Las azoteas de las varias casas en las que vivió son el *locus amoenus* de sus

³⁷ *Cynodon doctylon persoon*. En Canarias, hierba medicinal diurética y contra las obstrucciones de hígado y bazo, así como para lavar los pies de los reumáticos (O'Shanahan, 1995: 591 s.v. *greña*).

³⁸ Nombre que en las islas se le da a la hierbabuena (Corrales, Corbella y Álvarez, 1996: II, 1511 s.v. *hierba (de) huerto*).

³⁹ En la publicidad de un programa de TVAC (Televisión Autónoma Canaria) denominado *Noveleros* (temporada 2017-2018), un señor, desde una azotea, exclama: "Las azoteas son el corazón de los canarios".

novelas. En ellas encuentra el sosiego de sus desorientaciones juveniles. El texto que sigue es de *Merodeadores de orilla* (2012):

[46]

Andrés subió a la azotea por amor a Lavinia. Antes de acceder a ella, había que pasar por una zona ocupada por cuartos trasteros, que pertenecían cada uno a una vivienda. Él también tendría uno. Se paró a escuchar. Quieto, en actitud expectante, lo encontró una vecina que salió de uno de los trasteros y lo miró sorprendida. (p. 71).

En *Divisa de las hojas*, también de María Teresa de Vega, según dijo Damián Hernández Estévez (2014) en la presentación de la novela:

La azotea es un afuera que yace bajo el sol y la noche, pero que está emocionalmente dentro, con el corazón de la casa; un espacio de libertad en la altura, por encima de los tejados, que le da una consistencia de pájaro en sintonía con el entorno, un pájaro tranquilo, que no espera nada del mundo. En su imaginario, pues, está la azotea primordial, como el mar, el monte, ese alto pico que nos vigila.

En efecto, María Teresa de Vega, en esa novela, pone en las acciones de su personaje Rafael, en sus ratos de ocio, ese espacio de libertad cuando escribe:

[49]

Cuando Rafael está de vacaciones se tiende a leer novelas en cualquier parte, en la cama, en la azotea, en el monte, en sus claros o bajo las sombras de los árboles. No le molesta la soledad (p. 19).

Para Cecilia Domínguez Luis, que es, básicamente, poeta y que también es una narradora tardía, el escenario está dividido, claramente, entre la ciudad y el paisaje insular. En su novela *Si hubieras estado aquí* (2013) divisa el mar desde lo urbano:

[57]

Desde la azotea de nuestra casa se veía el mar. A mí me gustaba contemplarlo, sobre todo en los amaneceres o en las tardes de verano. Aquel color azul y su placidez me tranquilizaban; sin embargo, cuando lo cubría una bruma o se tornaba de un gris oscuro como las nubes amenazadoras de borrascas, me llenaba de miedo imaginando cómo la niebla se iría acercando hasta cubrirme y nadie me encontraría, o cómo un ogro saliendo de la nube más oscura me atrapaba con sus manazas y me llevaba con él, y bajaba corriendo de la azotea (p. 74).

Más adelante, en la misma novela, con un lenguaje absolutamente poético, el personaje habla de un paisaje isleño no urbano divisado desde el mar. Es el contraste: el mar desde la urbe en el texto anterior y, por el contrario, el paisaje desde el mar en el siguiente. Siempre están presentes la azotea y el mar:

[59]

Al día siguiente de mi regreso, se me ocurrió recorrer la isla. Al principio lo hice en barco, bordeando la costa. Fue terrible y hermoso a la vez el encuentro con el mar fuerte del norte, después de haber estado avanzando por las aguas quietas y azules de la parte meridional. Pasé un mal rato y estuve a punto de vomitar. Luego, de pronto el mar se calmó y pudimos atracar en el pequeño muelle y desembarcamos. Anoheció y el ocaso pintaba de un naranja algo desvaído las casas blancas de la costa. No conocía a nadie. Era un barco que se alquilaba por grupos [...]. La mayoría eran extranjeros: alemanes e ingleses sobre todo. ¿Ahora? No lo sé. Todo me resulta extraño y no sólo las distancias tan cortas de un extremo al otro de la isla; incluso los amaneceres, cuando el volcán proyecta su enorme sombra, como una amenaza, o como señalador de nuestra pequeñez. Esta mañana, por ejemplo, me levanté casi de noche para ver amanecer y volver a otras auroras que recordaba imprecisas, con una luz a veces glauca, otras veces de una palidez fría. Subí a la azotea. Primero fue una luz blanca en forma de pez alargado que anunciaba el alba. Luego, el sol empezó a elevarse entre los macizos de la costa, derramando una luz naranja sobre los pequeños cirros que limitaban el horizonte. Imaginé el ruido sordo del mar al morir, suave, sobre la arena. No hubo decepción, pero tampoco fue como esperaba (p. 98).

María Teresa de Vega y Cecilia Domínguez Luis son tinerfeñas y ambas pertenecen a lo que hemos llamado el nexo de unión entre la narrativa del siglo XX y la del siglo XXI. En cambio, Nicolás Melini Concepción está separado de ellas por veinte años y por algunos kilómetros de distancia, los que separan las islas de Tenerife y la de La Palma. Es relevante, por tanto, que este hable de las azoteas igual que aquellas, pues demuestra la coincidencia de ciertos paisajes o escenarios en los autores que hemos llamado el nexo entre el siglo XX y G-21. Veamos dos muestras en su novela *Cuaderno de mis mayores* (2006):

[123]

Cuando tenía unos cuatro años presencié desde la azotea de mi casa un gran incendio en el monte. Era de noche. El monte entero ardía. Un infierno magnífico que se reflejaba en mis ojos.

A los cinco años me meaba mientras dormía. Era insoportable. El escozor. La vergüenza. Todo.

Y más tarde, cumplidos los ocho, comencé a tener unas pesadillas horribles. Bueno, tal vez no se tratase exactamente de pesadillas. En realidad nunca llegaba a dormirme. Ése era el problema, que el terror llegaba antes que el sueño.

Veía bichos por todas partes [...]

Mi madre, respaldada por mi abuela P. y alentada, posiblemente, por algunas vecinas, urdió la posible solución de llevarme a una curandera que vivía cerca de casa. No sé cómo mi padre accedió, pero lo hizo.

La curandera nos recibió, a mí y a mi madre, en su casa. Hizo el paripé de brujería con agua que regó en forma de cruz sobre mi torso descubierto. Luego fue recorriendo la cruz con su mano temblorosa y exorcizante, y provocaba un chasquido, entrechocando sus dedos, al final de cada operación, como si estuviese expulsando algún mal recogido en mi interior. Cada vez que se producía el fuerte chasquido se me ponían los pelos de punta.

La curandera le dijo a mi madre: este niño presencié un gran incendio. Y mi madre se quedó pensando que a lo mejor la mujer sabía lo que se hacía, pues recordó el incendio en el monte que yo había visto desde la azotea de casa (pp. 9-12).

La azotea es un punto neurálgico de la casa en donde fluye y se resuelve gran parte de la vida doméstica, al menos adonde acuden gran parte de los recuerdos de cualquier índole que sirven para adornar y justificar ese tipo de vida. Bien es verdad que a medida que el personaje crece, la azotea va perdiendo su importancia:

[125]

Recordé que siendo bastante joven, casi un niño, había venido a parir a nuestra azotea una gata que no nos pertenecía. Un día descubrí que sobre unos cartones de allí arriba, al final de la escalera, había unos gatitos recién nacidos. La gata no se encontraba en aquel momento, pues creyéndolos a buen recaudo debía de haber salido cualquiera sabe adónde, pero me la tropecé al bajar a mi casa, cuando ella pretendía acceder a sus crías, con tan mala suerte que se me coló en casa presa del sobresalto (p. 26).

4.2.3. La isla como centro vital

Hay que destacar que la inmensa mayoría de los narradores canarios de G-21 nombran a las islas en casi todos sus trabajos. Es una característica de una enorme fortaleza que el paisaje de las islas adquiera tanta relevancia. Primero, es un paisaje rural o, al menos, externo a las ciudades, y es tan significativo como el camino que conduce a ellas. Después, una vez en la ciudad, los autores se recrean en lugares,

edificios y entornos reconocidos, y, finalmente, aparece, casi siempre, el personaje. Paisaje, ciudad, personaje, en ese orden o en el inverso.

En *Divisa de las hojas* (2014), María Teresa de Vega nos muestra un ejemplo de lo que exponemos:

[54]

La Gomera es una isla chica. En San Sebastián⁴⁰ podría decirse que la hora la marcan los maestros en su camino de la escuela por las mañanas, o su salida al mediodía. Se asoman los vecinos a las ventanas para comprobar sus suposiciones horarias, y se admiran sobre todo de la maestra rubia, con su melena cayéndole por encima de un ojo. Es vampiresilla, guapa de verdad, con ese signo de delicadeza que es una nariz pequeña y bien formada [...]

En La Gomera, donde pasa varias temporadas al año, Rafael tiene dos amigos: Juan y Elisa, o Elisita, como la llaman familiarmente, la chica de la melena dorada. Es su amiga, no están enamorados, se conocen desde pequeños, y su amistad permite las confesiones, las comparaciones entre las experiencias de un hombre y de una mujer (pp. 198-199).

Asimismo, en *Si hubieras estado aquí* (2013), Cecilia Domínguez Luis apunta otro texto en el que el personaje, a su regreso a la isla después de una estancia larga en el exterior, compara lo que recuerda con la realidad presente:

[55]

La isla de nuevo, frágil y terrible a la vez. El macizo del este⁴¹, contemplado en tantos amaneceres, los valles que se duermen suavemente al ocaso, las rocas de la playa, los lentos movimientos de las barcas y el ladeado vuelo de las gaviotas [...]. Me parecía absurda la idea de regresar para enfrentarme a los recuerdos -y aún me lo parece-.

Realmente la ciudad no ha cambiado tanto como creía. Han cerrado algunos cines -los de toda la vida- y han abierto centros comerciales donde los multicines, de techos bajos, olores indefinidos (una mezcla a palomitas y coca-cola) y el frío del aire acondicionado -aparte de las películas, casi todas americanas y comerciales- no me suponen atractivo alguno. También han arreglado las calles, sobre todo las del centro, algunas con parterres de escaso gusto, pero los barrios continúan con las mismas carencias que el paso del tiempo las han hecho más evidentes. El puerto está más vacío y la avenida marítima sigue adornada de laureles y venenosas adelfas. Las palomas siguen dejando sus huellas en las estatuas y en las calles y, de vez en cuando, un mirlo nos sorprende con su canto vespertino (pp. 9-10).

⁴⁰ San Sebastián, en este caso, es la capital de la isla.

⁴¹ Se refiere al macizo de Anaga, paraje singular de la isla de Tenerife, declarado por la UNESCO el 9 de junio de 2015 Reserva de la Biosfera.

De la misma autora, de su novela *La muchacha del ajenjo* (2016), es este otro texto en el que contempla a vista de pájaro, en un viaje aéreo, una isla que reconoce como su lugar para vivir, pero de la que tiene que alejarse para ir a trabajar fuera. En este sentido, en general, los canarios sienten una carencia por su tierra, quizá derivada de la necesidad de emigrar para buscar su sustento. Esta sensación nos recuerda el sentimiento del complejo de prisión y de la rebeldía del prisionero como dejamos reflejado en 2.1.6. Es inevitable el diálogo entre siglos:

[60]

La despedida empezó con una inclinación de la isla hacia la izquierda. Los macizos que se alzaban a un lado de la ciudad y el puerto parecían recortarse sobre un lecho situado en un punto indefinido entre las nubes y el mar, y la playa era solo una línea dorada y oblicua junto a un océano inmóvil, sin olas. Hasta hacía solo unos días no se me había pasado por la cabeza que pudiera vivir en otro sitio que no fuera la isla y ahora... Apenas tuve tiempo para una última mirada. Y de pronto el mar, solo el mar, insólitamente quieto y blanquecino con la incipiente claridad de un amanecer que a mí se me antojaba desolador.

El ruido de los motores pareció amortiguarse, o tal vez ya me había acostumbrado, a pesar de que hacía solo unos minutos que habíamos despegado. Yo había cerrado los ojos y me había agarrado con fuerza a los brazos de mi asiento. Sentí un cosquilleo en el estómago cuando empezó a elevarse, lo que, por unos instantes, me hizo olvidar lo que dejaba atrás. Luego, aquella última mirada a una isla que se inclinaba en el adiós (p. 9).

A veces, sin hacer referencia explícita a la isla, se puede colegir una situación expresa cuando se nombran accidentes geográficos típicos de lugares abruptos como resultado de pasadas erupciones volcánicas: senderos zigzagueantes entre abismos y barrancos, como apunta el palmero Anelio Rodríguez Concepción en *El león de Mr. Sabas* (2004):

[87]

Hace años, cuando aún no se había trazado la carretera del norte ni nada que se le pareciese, para ir desde esta loma a la ciudad salvando el abismo repetido de los barrancos no quedaba más remedio que subir y subir, monte a través, y bordear la cumbre hasta el descenso final por las Breñas⁴². Durante dos o tres jornadas en cuestas y senderos zigzagueantes, los hombres llevaban un saco al hombro y las mujeres una cesta de mimbre a la cabeza, casi siempre cargando boniatos, ñame y trigo para trocar por

⁴² Lugar de la isla de La Palma cercano a su capital, Santa Cruz de La Palma. Existen Breña Baja y Breña Alta.

almendras, café o tejidos estampados. Luego, en la capital habría oportunidad de visitar a algún pariente y darse una vuelta memorable por los alrededores de la plaza de España. Poco más tarde el regreso, no menos penoso que la ida, al menos ofrecía tiempo de sobra para sopesar el valor de lo conseguido. Algo es algo (p. 17).

Otras veces se plantea un aspecto de la isla o de sus personajes -cuando estos son agricultores- que tiene que ver con un sector económico que fue importante, cuando los que aman el campo luchan contra la especulación y contra las triquiñuelas de los poderosos para convertir un terreno productivo en un erial que sirva más tarde para levantar bloques de apartamentos turísticos. Ángel Vallecillo, porque conoce a los depredadores del sector de la construcción -no en vano es arquitecto técnico- lo plasma en una cita en su novela *9 horas para morir* (2014):

[121]

Los agricultores que quedan en esta isla, los que siembran tomates, plátanos, papas o papayas, se niegan a regar las huertas con agua que proceda del mar. Aseveran con hartazgo que es otra argucia de políticos y especuladores para desecar las tierras y seguir tapizándolas de hormigón. No exageran. No porque el agua desalada vaya a secar sus campos, sino porque haber solucionado el problema de la producción de agua en un lugar donde naturalmente es limitada no hará sino que puedan venir más hombres, y es este exceso humano lo que desforesta, lo que arrasa (p. 14).

Eduardo Delgado Montelongo, encuadrado entre los narradores más jóvenes de G-21, en su *Cuaderno afortunado* (2011), una novela de viajes, ofrece, sin duda por su edad, una forma de narrar desenfadada, al menos para nuestro parecer, como corresponde a la época en que le ha tocado escribir. No obstante, lleva a la isla consigo:

[167]

Mi madre lloró la primera vez que salí de Tenerife. Lloró y no me dijo por qué, pero me llevó en coche al aeropuerto y deslizó unos cuantos billetes en mi bolsillo. Dijo que me abrigara y yo no le hice caso. Era pleno diciembre y mi maleta iba llena de modelitos hawaianos, cholas y blusas para salir por la noche. Despilfarré además los billetes que me había dado en discotecas y así acabé, amaneciendo borracho y con cuarenta de fiebre junto a una estudiante de periodismo a la que jamás he vuelto a ver... (p. 15).

En la misma novela, Eduardo Delgado Montelongo, como si se tratara de un cronista viajero, hace un rápido recorrido por la isla en el que, con cierta admiración por

un paisaje que parece cortado a hachazos, deja constancia de una peculiaridad isleña, internacionalmente reconocida: el silbo gomero⁴³:

[169]

La Gomera era una estrella, mi madre lo clavó. Valles, acantilados, montañas incomunicadas entre sí. Se perdían las palabras entre cumbres y barrancos. El silbo fue un recurso estrictamente necesario, si no hubiese existido, habría que haberlo inventado. Una estrella con silencio amordazado, que diría el poeta⁴⁴. ¿Y cómo sería una Literatura del silbo? Pues eso, un silencio amordazado.

Recogida en un valle junto al mar yacía La Villa, San Sebastián. Casas bajas, palmeras, abundantes guiris respetuosos. Tenía puerto deportivo y playa, y en el muelle danzaban un montón de peces gigantes del tamaño de una barra de pan. La calle principal custodiaba cierta escultura de Cristóbal Colón (p. 50).

4.2.4. El paisaje urbano canario: las ciudades y los pueblos

La isla ha quedado atrás, aunque no olvidada. La isla siempre está ahí, pero ahora, el narrador atiende y cita las ciudades y los rincones más conocidos de las mismas, como si su subconsciente fuera un agente turístico publicitario. Desde luego, siente el orgullo de su procedencia y de las bellezas de los núcleos habitados de su tierra y es conocedor de los pueblos del interior y de sus restaurantes y guachinches⁴⁵, adonde va de visita los días de fiesta. El clima, el sol, lo ayuda a salir y a no quedarse en casa. A veces se dirige a los pueblos de la costa, a las playas, otras veces a los de los montes. Algunos lugares⁴⁶ y ciudades⁴⁷ son Patrimonio de la Humanidad y todas las islas son

⁴³ Lenguaje de silbidos tonales propio de la isla de La Gomera con el que los isleños salvan las distancias que provoca la intrincada orografía de la isla. Fue declarado Patrimonio Inmaterial de la Humanidad el 30 de septiembre de 2009.

⁴⁴ Pedro García Cabrera (1905, Vallehermoso, La Gomera - 1981, Santa Cruz de Tenerife), autor entre otros del poemario *Las islas en que vivo* (1971) en el que se incluye el poema que comienza con “Un día habrá una isla/que no sea silencio amordazado” (1964), dedicado a su sobrina María de los Ángeles García Soto.

⁴⁵ “En Tenerife reservan para determinadas casas de comidas las voces buachinche / guachinche [...] su carta es reducida, aunque especializada [...]. En todos, por supuesto, vino de la tierra y un buen plato de papas bonitas del Norte” (Guerra Aguiar, 2010).

⁴⁶ El Parque Nacional de El Teide (Tenerife), La Caldera de Taburiente (La Palma) y el Parque de Timanfaya (Lanzarote).

⁴⁷ San Cristóbal de La Laguna fue declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en 1999 por ser la única ciudad colonial no amurallada de Europa.

reserva de la biosfera⁴⁸. También el canario se mueve dentro de su territorio más que un peninsular en el suyo, esto es, al habitante de Canarias no le cuesta nada recorrer cien kilómetros, o más, en el mismo día para ir a su trabajo por la mañana y regresar al atardecer. Diariamente, centenares de automóviles se trasladan desde los pueblos del Norte de las islas, sobre todo las capitalinas⁴⁹, hacia el sur, es decir, desde el lugar de su domicilio hasta el lugar de su trabajo.

En *Divisa de las hojas* (2014), María Teresa de Vega presenta dos ejemplos de lo que exponemos:

[50]

Me gustaría que tú también expusieras tus reflexiones sobre el cine, y que, cuando vengas a esta capital, movida por las varias razones que imagino, causarán esta decisión -y yo gozaré de tu rostro de estrella cinematográfica- me permitieras acompañarte al cine, ya sea en uno cualquiera de los de Santa Cruz, o en el citado Parque Victoria⁵⁰ de La Laguna (p. 23-24).

[53]

Rafael vuelve a su padre, los paseos con él, de niño. Subían a La Laguna, allí iban a ver el Instituto Provincial en el antiguo convento de San Agustín, donde quizá él iría a estudiar el bachillerato. En La Orotava iban al Jardín Botánico, llamado también Jardín de Aclimatación, pues plantas exóticas, de los trópicos se aclimataban en él, que en otros lugares de España no medraban; en Santa Cruz, al edificio del Teatro Guimerá, donde había que observar, en la fachada, los balcones con rejerías y las cartelas que los remataban (p. 157).

En *Agua de arroz y flores* (1991) de David Galloway, el último de los que hemos considerado como nexo de unión de los dos siglos, y en *El León de Mr. Sabas* (2004) de Anelio Rodríguez Concepción, encontramos circunstancias parecidas: la compra de un piso los lleva a hacer un recorrido por la geografía física y por la geografía social, respectivamente, de las tres ciudades más significativas de la isla de Tenerife: La Laguna (ciudad universitaria), Puerto de la Cruz (ciudad turística) y Santa Cruz (ciudad capital):

⁴⁸ Las islas de Lanzarote (1993), La Palma (2002), Gran Canaria (2005), Fuerteventura (2009), La Gomera (2012) y El Hierro (2014) fueron declaradas Geoparque Global por la UNESCO.

⁴⁹ Tenerife y Gran Canaria, cuyas capitales, Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas de Gran Canaria respectivamente, comparten capitalidad autonómica.

⁵⁰ Hoy desaparecido. En su patio montaba la carpa la compañía de teatro de María Teresa Monzón en la década de los 50.

[72]

Lograron ahorrar y dieron la entrada para un pisito de protección oficial en La Laguna. Primitivo tocaba bastante bien la guitarra española y con lo del boom del turismo consiguió un sobresueldo en un tablao flamenco de un bar en el Puerto de la Cruz, miércoles, jueves, viernes y sábados. Unos lo piensan, otros lo hacen, pocos lo piensan y lo hacen. El estado físico de Primitivo se resintió, pero al año siguiente ya estaba pagado el piso y en la puerta un coche, “quiero que algún día mis hijos disfruten de todo lo que yo no tuve”. Como todo tiene su precio, Asunción empezó a notar cierto tufo a perfumes de extranjeras en los cuellos de las camisas rojas y verdes a lunares de su marido. Lo hablaron, no estaba dispuesta a consentirlo, y él juró que no despegaba sus dedos de las cuerdas y que no tenía la culpa si se abalanzaban, “si vieras las borracheras que se agarran” (además no soy de piedra) (p. 102).

[89]

Pues que vendimos la casa y la finca y el lagar de tea y las acciones de agua. Y nos fuimos a Santa Cruz.

Pero los pisos abajo, cerca de la avenida marítima, son demasiado caros. No nos alcanzaba ni con la millonada del alemán. Y los pisos en la zona de las Ramblas no se le quedan atrás, ¿no? Y entonces, tuvimos que subir y subir, y venga para arriba y para arriba, en busca de algo más asequible, hasta llegar a un tramo a mitad de La Cuesta, quizá más cerca de La Laguna que de Santa Cruz, donde conseguimos de chiripa un piso con salón y dos dormitorios en un cacho edificio de diez plantas. El nuestro es el sexto derecha. Da para la carretera y estamos rodeados de vecinos gritones. Parece mentira cómo puede vivir tanta gente apiñada en un bloque de esos. Además, fíjese usted, gente que vive junta y que apenas se conoce ni se saluda, ni siquiera en el ascensor (pp. 45-46).

Y, en otra ocasión, en *El perfil de las esquinas* (2012) David Galloway describe el paseo por calles y lugares de su ciudad-capital, Santa Cruz de Tenerife, que hace uno de sus personajes, un mendigo, cargado con una buena dosis de ironía:

[75]

Písenme la cabeza que ahí no tengo callos, musitó el mendigo mientras devolvía al suelo a su amigo del alma y, manos en los bolsillos, comenzó a deambular por las calles de Santa Cruz al objeto de bajar la comida.

En un bar de la calle La Rosa compró un tetrabrik que por las circunstancias olvidó pedir a Gerardo, se bebió un par de rones y defendió a capa y espada los intereses deportivos del Club Deportivo Tenerife, del que siempre sería incondicional estuviese en primera división o en el quinto coño y no como otros que solo están a las maduras. En la Plaza del Príncipe disfrutó, estirado en un banco, de una siesta napoleónica. Luego, en el bar Celona, apuró un café aguado que le supo a rayos, compró un paquete de Kruger, en un periódico ojeó los horarios de misas que se celebraban en las iglesias de los alrededores, y decidió que le venía de perillas la misa de

siete pues, así, mientras cenaba en el Arete, le daba tiempo de ver casi entero el Barça-Madrid.

En la calle del Pilar se entretuvo contemplando escaparates y aprovechó para venderles un par de estampas a unas monjas que por la forma de mirarlo, de arriba abajo y viceversa, parecía que, más que de él, se apiadaban de su aspecto, siervas de Dios que, tras bendecirlo con la señal de la cruz dibujada en el aire, le hacían jurar que no malgastaría en alcohol los tres euros dados a cambio de las benditas estampas.

Y así, detenido un momento aquí y otro poquito allí, el mendigo llegó al bar situado junto al reloj de flores del Parque García Sanabria donde sonaban las señales horarias de las cinco de la tarde (pp. 75-76).

Y sobre la capital vecina, Las Palmas de Gran Canaria, Santiago Gil García, en *La costa de los ausentes* (2016), hace un recorrido sobre los recuerdos que tiene de su ciudad. En esencia, el texto se asemeja en algo a [55] (Cecilia Domínguez Luis, *Si hubieras estado aquí*), al menos, en el tono:

[96]

No tenía nada que ver la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria con lo que ella recordaba de niña. Entonces le parecía Nueva York cada vez que llegaba de Agaete después de un trayecto de hora y media entre curvas y precipicios. Aún no habían construido los puentes ni los túneles que conectan a la ciudad con el norte de la isla. La capital eran los grandes almacenes y el espectáculo de Las Canteras llena de extranjeros que bajaban a la playa o que paseaban por la avenida recién salidos de los barcos pesqueros. En eso era muy Nueva York, en lo cosmopolita y en lo mestizo, y ahora seguía siéndolo. Calles como Albareda, Juan Rejón, Presidente Alvear o León y Castillo podrían colocarse directamente en Manhattan que no llamarían la atención por su diferencia. Solo faltarían los rascacielos. El paisanaje sería muy parecido, sobre todo ahora que Nueva York se ha vuelto tan hispana y tan latina. A veces Nieves se dejaba llevar por las calles cercanas a Las Canteras, o bien se iba a pasear por la Avenida Marítima, o se aventuraba por Vegueta o Triana recorriendo la historia más Colonial de la isla a través de los edificios y de los horizontes que aún seguían mirando a su pasado lejano. Bajar a la capital era la mayor aventura que podía vivir en su infancia (p. 59)

Tanto el texto [55] como este relatan el cambio que experimentan las dos capitales canarias durante la ausencia de sus protagonistas, que lo comparan con los recuerdos que de ellas conservaban. Permítasenos regresar a lo que dijimos en 2.1.6: al canario le cuesta salir de su tierra y alejarse de ella. Quizá lo atraiga el arrullo del mar, ese ruido presentido de movimiento repetido de todas las noches lo que imanta la mente del hombre de aquí. Si no, no se comprendería ese síndrome o ese complejo humano

que no terminamos de precisar ni de definir. Sin embargo, lo sentimos como un componente más de nuestra esencia. Cuando estamos fuera de casa necesitamos saber en qué dirección está el mar, por muy lejano que esté.

En el siguiente texto, Eduardo Delgado Montelongo, a quien citamos anteriormente, en su novela *Cuaderno afortunado* (2011), que calificamos como de viajes (véanse [167] y [169]), habla de la capital tinerfeña, de sus rincones y calles con cierto carácter didáctico, e incluye personajes históricos de relevancia en la historia de la ciudad:

[168]

Santa Cruz era un atrezzo de mujeres extraordinarias, dulces, risueñas, elegantes, inocentes y ligeras de ropa. Conservadoras, eso sí, muy conservadoras. Sirenas de mírame y no me toques, hologramas que desaparecerían al ponerles una mano encima.

Escondido en un cruce se ubicaba el monumento al general Gutiérrez. Aquel Gutiérrez que derrotara al célebre Nelson⁵¹ y sus tropas inglesas doscientos años atrás. Tenerife era ahora española por su culpa, en definitiva. Allí estaba su escultura, diminuta e intrascendente, orinada por un perro y curioseada por guiris precisamente ingleses.

Bajando por la Weyler me encontré con Eladio. Iba en bicicleta, se bajó y dijo: ¿Qué haces tú aquí?, mirándome como a un espíritu del otro mundo. Vine por el cumpleaños de mi madre, mentí, y fuimos a tomar unas cervezas a la calle de la Noria (p. 37).

En *Un crimen lejos de París* (2014) de Daniel María, el más joven de los escritores de G-21, cita a La Laguna y algunos puntos urbanos reconocidos:

[180]

De camino a la Casa Lercaro de La Laguna, una de las sedes del Museo de Historia y Antropología de Tenerife, donde se celebrará el acto de presentación [de la novela] madre e hija comentaban el buen tiempo que acompañaba en la Ciudad Patrimonio, e insistían sin cesar en el mechón de pelo que una y otra habrían de colocar en el sitio justo de su peinado. En esta tarea se encontraban cuando el coche que envió la editorial a casa de la escritora se adentró en la calle Nava y Grimón. Ambas mujeres se persignaron al pasar frente al Convento de Santa Catalina donde descansan los restos incorruptos de Sor María de Jesús, conocida popularmente como la Siervita de Dios, a la espera de su elevación oficial a los altares. [...] La Casa Lercaro estaba ya muy cerca una vez que habían dejado atrás el Palacio del Obispado. Se percibía con claridad el numeroso grupo de personas que charlaban en la puerta del Museo (pp. 130-132).

⁵¹ El 25 de julio de 1797, el almirante Horacio Nelson perdió el brazo derecho en una intentona de ataque a Tenerife, cuya capital fue defendida por el General Gutiérrez.

4.2.5. Otros escenarios

Quizá sea el narrador canario quien más aprecie el paisaje de sus islas y lo sitúe como el lugar de la acción de sus novelas. Creemos que no hay un narrador de otras latitudes que nombre tanto los paisajes que le son propios como el canario. Dicho de otro modo, los narradores canarios se sirven de sus propios paisajes más que los narradores de cualquier otro sitio de España. La razón puede estar en que su escenario visual es mucho más reducido que otro narrador de cualquier otro sitio.

Sin embargo, el narrador canario del siglo XXI ha tenido la oportunidad de viajar mucho o de vivir fuera, tanto en la Península como en el extranjero. No es de extrañar, entonces, que puedan situar sus ficciones en paisajes que no tengan nada que ver con los suyos.

Así, de los diecisiete escritores seleccionados para el estudio de este Trabajo, ocho han situado alguna de sus acciones en el exterior: María Teresa de Vega; Cecilia Domínguez; Santiago Gil; Cristo Hernández; Nicolás Melini; Víctor Álamo de la Rosa; Carlos Cruz; y Eduardo Delgado Montelongo. Y de ellos, siete han situado la acción en el extranjero y uno, Carlos Cruz, en la Península.

María Teresa de Vega, en *Merodeadores de orilla* (2012), tiene esta alusión familiar a uno de sus personajes secundarios:

[48]

Entonces sí que Damiana levantó la cabeza. Conocía la historia del encuentro entre tío judío y sobrino. Y de la invitación que le había hecho de irse a trabajar con él. Cayó en la cuenta de que Salónica era la ciudad en que había nacido y vivía. Miró a los ojos entonces inexpresivos de Stefen, y sin que ella lo supiera, los suyos lucieron más abiertos, más anchos, como si, ciertamente, abarcaran el Egeo, el Danubio, ese río que iba a dar al mismo mar, que después de estrecharse en Estambul, iba a amodorrarse en el golfo de Salónica.

– Hay magníficas plazas y calles. Y el revoltijo suculento de lo griego, lo turco, lo bizantino y lo romano (p.134).

Y en *Divisa de las hojas* (2014) narra el paisaje que le suscita Liverpool a otro de sus personajes, que ahora vive en la isla de La Gomera:

[51]

¡Qué puerto el de Liverpool! Atrás quedaron los remolcadores a la salida, evocó Anne, el marco de los edificios ennegrecidos por el humo. A la derecha del río, la fortaleza con sus temibles cañones, la Torre Victoria, las multiplicadas dársenas, los navíos numerosos, las infatigables banderas puestas a ondear y la imparcialidad del aire, su boca besando todas las naciones. Atrás la niebla y la humedad, y el fango de la ciudad fabril (p. 38).

En *Si hubieras estado aquí* (2013), de Cecilia Domínguez, encontramos este texto que dice uno de sus personajes desde Tenerife, recordando su estancia en el extranjero:

[56]

“Ah, sí, mis años en Alemania. Allí empecé yo, sí, señor. Mi padre quería que aprendiera a abrirme camino en la vida yo solito, empezando desde abajo y me mandó para allá sin un duro y con cuatro palabras mal aprendidas del idioma. También es verdad que me había conseguido un contrato en una industria de automóviles [...]. No, no me imagines en una oficina, de niño bonito, no señor. Mi puesto estaba en la sección de chapas, niquelados y todo lo que constituye el acabado de los coches. Era duro (p. 47).

En otro texto de Cecilia Domínguez, de su novela *La muchacha del ajeno* (2016), que narra la historia de una familia tinerfeña que emigra a París por motivos de trabajo, la protagonista dice:

[64]

Salí de Notre Dame cuando el sol anaranjaba los muelles de los Orfebres y de las Flores e imprimía un color misterioso al Sena y a todos los que surcaban sus aguas. Se me ocurrió coger el metro que me dejaba frente al Museo de Orsay. Sabía que no podía entrar porque no tenía dinero suficiente, pero me pareció que la muchacha [la del cuadro *L'Absent*, de Degas] me agradecería aquella visita incompleta (p. 160).

Santiago Gil García, mientras su personaje -Nieves Rivero- de *La costa de los ausentes* (2016) pasea por la playa, haciendo cábalas sobre las diferencias horarias en diferentes ciudades del mundo, enhebra este texto de carácter nostálgico, de alguien que regresa a su tierra pero guarda profundos recuerdos de cuando vivía fuera de las islas. El que sigue, en la playa de Famara (Lanzarote):

[93]

A esa hora en que aquí nace la vida, Londres estará amaneciendo entre la bruma y yo camino como una autómatas por sus calles. Salgo de Queen's Gate y me voy callejeando hasta la galería de King' Road variando las rutas cada mañana, unos días por Fulham Road y otras subiendo mucho más arriba hasta aparecer por Sloane Square. Ahora habrá otras muchas mujeres caminando por las mismas calles. Siempre ha habido gente caminando por las calles antiguas que nosotros recorreremos como si las estrenáramos cada mañana; y si no había calles habría solares abandonados llenos de ratas y de bichos a los que no ponemos nombres, o parques con árboles y flores luminosas. Nunca estrenamos nada en el mundo, y los lugares en los que habitamos siguen teniendo vida sin nosotros. A esta hora está cerrada la galería de la avenida Lexington de Nueva York y todos los empleados estarán durmiendo. Dentro de un rato, cuando ellos abran las puertas, yo me estaré dando un baño en la playa o ya estaré comiendo en el pueblo alguno de los pescados que llevan esas falúas que aún se siguen asomando por el horizonte. Ni en Londres ni en Nueva York estarán pensando en Famara en estos momentos, o igual sí, a lo mejor hay alguien que la recuerda; nunca hay que descartar todas las posibilidades, ni tampoco ningún milagro (p. 11).

Y este otro, de la misma novela, en el que el mismo personaje, la protagonista, habla desde su otra isla, Gran Canaria, sobre las decisiones de su padre: para ella es muy significativo que él, habiendo estudiado la carrera en Madrid y habiendo tenido la oportunidad de quedarse a vivir en la capital, prefiriera regresar a la isla. Son una inmensidad los que no regresan:

[94]

Primero murió su padre, hace ya diez años. Estaba muy unida a él. Nunca entendió por qué no se marchó lejos de las islas o por qué no se quedó fuera cuando estudiaba la carrera de Medicina en Madrid. Le tiró el amor y se quedó en Gran Canaria trabajando lejos de los sueños que había alimentado en la Complutense durante años. Así y todo fue un hombre feliz. Estaba muy enamorado de su madre y sabía apreciar la belleza de Agaete, sobre todo antes de que construyeran el muelle y llenaran de cemento y hormigón toda la costa. Ella aprendió a mirar a través de sus ojos. Se llamaba Enrique Rivero. Nieves perdió el apellido cuando se casó en Londres con Steve Fitzgerald. Ahora trataba de recuperarlo y volverse a llamar Nieves Rivero, pero todo su círculo de amigos y conocidos la seguía llamando Mrs. Fitzgerald. Solo en Agaete volvía a ser Nieves, que es como mismo se llamaba su madre. Llegando al pasado desde Famara ha empezado a entender las razones de su padre. Le anclaron el amor y la belleza. Visto lo visto, ella también hubiera hecho lo mismo (p. 13).

Cristo Hernández sitúa en el escenario de Nueva York al personaje protagonista de su relato -narrador homodiegético- *Unidades libres* (2014) y, por lo que cuenta, es un paisaje que le es muy conocido y cotidiano:

[101]

Para cuando subí al vagón de cola en la estación de Lexington Avenue todavía no había hilvanado mi plan. Tenía espacio por delante para decidirlo antes de llegar al World Trade Center, estación terminal de la línea E que une Queens con Manhattan. Al subir al metro estaba sudoroso, exhausto y confundido –ese estado físico y mental idóneo para plegarse a la voluntad del dado– y no estaba en condiciones de discurrir ningún plan (p. 11).

Algo semejante ocurre con el personaje de Nicolás Melini en *Cuaderno de mis mayores* (2006): el personaje, también homodiegético, está inmerso en el escenario, es un componente más del paisaje. Es curiosa la atracción que en este texto siente el personaje, que es canario, por el agua:

[124]

Pues bien, encontrándome muchos años después en Estados Unidos, viajé con un amigo y su mujer desde Ohio hasta Michigan, con el propósito de pescar en los lagos y visitar a un amigo de la pareja que acababa de fijar la fecha de su boda. Yo no sabía pescar. No tenía ni idea. A pesar de haber nacido en una isla, a pie de mar, no me había sentido atraído en absoluto por el deporte de la pesca, de modo que lo más gracioso de todo era sorprenderme en camino, realizando un viaje tan largo, casi ocho horas de coche entre inmensas plantaciones de maíz, las piñas de maíz más bien encaradas que he visto jamás, para hacer precisamente eso, pescar. Cuando llegamos junto al lago y mi amigo detuvo el coche no pude menos que bajarme y salir corriendo hasta la orilla, a probar el agua: no podía creer que todo aquello fuera agua dulce (p. 20).

Por su parte, Víctor Álamo de la Rosa, en su novela *Isla Nada* (2013), un relato coral exponente de la narrativa de viajes, nos regala este texto en el que sus personajes recorren buena parte del globo terráqueo para hacer una singladura en las Islas Canarias, lo cual añade un punto de humor o de ironía:

[136]

Mejor trazar ya de una vez, para no liarnos con tanta ola, el itinerario que realizará el Veterano, el barco que capitanea Sebastián Sagastizábal, siempre y cuando los planes no se tuerzan. Desde el puerto canadiense de Québec descenderán hasta América del Sur, atracarán el navío en el puerto

de Río de Janeiro, en la bahía de Guanabara, desde donde después partirán, cruzando el Atlántico, hacia Sierra Leona. Una vez en África, bordeando las costas del continente negro y haciendo escala en las Islas Canarias, volverán al punto de partida, San Sebastián, aunque el punto final del viaje ideado por Vernerg no está en la bonita ciudad española sino más en el interior, en el Parque del Retiro madrileño. Pero el porqué de este capricho, este parque en medio de la capital española, es celoso secreto guardado por Vernerg [...] Ambos amigos, Vernerg y Sagastizábal, sostienen una animada charla todavía en el mismo local de Québec donde meses atrás habían sellado su amistad duradera: el restaurante de Vaclav Larsson, otra vez encantado de tenerlos allí, degustando las manjares que salían de su cocina, esperando esta vez la sorpresa del postre, un licor de hierbas aromáticas que había importado de Alemania. Mañana, por fin, partirían (pp. 115-116).

Carlos Cruz en su novela *h.* (2009), narra el viaje que hace un padre con su hijo enfermo desde Estados Unidos a Canadá con la intención de internarlo en un sanatorio. Ambos personajes, miméticos con el escenario, se integran en los diferentes paisajes que cruzan:

[161]

Así que le sonrío a aquel hombre grande y negro. Me busco en el bolsillo el dólar que mi padre me había dado y se lo enseño. No le digo nada pero él sigue de buen humor. Me gusta. Tiene los dientes blancos y, claro, no tiene *brackets*. No tiene edad. Me dice que pase, que ya veremos qué podemos hacer con ese dólar. Yo le digo que es mi primer dólar del viaje. ¿Adónde vas? Voy con mi padre a Canadá, le digo. ¿Le ha pasado algo a tu padre? No, digamos que no, que sólo está durmiendo con la cabeza en un asiento y el culo en el otro. ¿El culo en el otro? Bueno, sí, lo siento, el trasero en el otro. ¿Qué te gusta? Los caramelos, el chocolate, las patatas fritas... Eh, eh, para, que sólo tienes un dólar. Así que tienes que elegir una sola cosa, me dice. Pero yo tengo hambre. ¿Y tu padre, no te da de comer? Mi padre me da un dólar. ¿Te parece que es un buen trato? ¿Un trato? Sí, no te da de comer pero a cambio te da un dólar. Bueno, en realidad sí me da de comer, pero yo soy un niño y tengo hambre a muchas horas, no como él que sólo come una vez al día (pp. 59-60).

En su segunda novela, *No es la noche* (2012), Cruz crea un personaje, una mujer policía destinada a Canarias desde la Península, que enseña a su madre en un mapa dónde están las islas. Este sentimiento que tiene el canario del desconocimiento general que se tiene, o que no se tiene, de las islas le incomoda. Es un sentimiento muy antiguo, como ya señalamos (*vid.* 2.1.4):

[164]

Mucha luz por la noche y aire limpio y el sol y el cielo azul por el día. Canarias. Mejor sueldo, pensé. Salir de aquí, me convencí. ¿Canarias, pensó mi madre? Le tuve que señalar el lugar exacto en el mapa. Mi madre no lo tenía muy claro. Y todo por los mapas meteorológicos que dejaban a Canarias en medio del Mediterráneo allí donde solo hay mar en un lugar indeterminado entre España, Marruecos y Argelia [...]. Espléndido, qué guay, en las islas, en medio del mar, cerca del Teide, donde las pateras, ten cuidado, las mafias, los alisios, los rusos, los aviones, los guiris, las playas, el turismo..., me hice un resumen de lo que al parecer iba a encontrar (p. 15).

En *El centro del gran desconocido* (2013), novela de Eduardo Delgado Montelongo, un millonario encarga a un detective, el protagonista, la búsqueda de una mujer -Katia- que se ha marchado al extranjero:

[171]

Tengo dinero y caprichos, lo que no tengo es tiempo, le doy medio kilo por encontrar a una persona. Y me empieza a contar. Una admiración sincera. Alguien que ha marcado su existencia. Alguien muy importante, dice, y cambia el tono serio por una devoción sin límites. Y quién será esa persona, ¿un futbolista, un cantante, una estrella del cine u otro millonario más millonario que él?, y entonces le pregunto, y responde, y algo debe notar porque enseguida aclara, era actriz, no puta. Vuelve la seriedad a su rostro. Explica lo que quiere saber de ella, conocerla en persona, pagarle por un polvo. Lo repite varias veces eludiendo esto último, lo del polvo, usando el eufemismo “concertar una cita remunerada”. Pagarle por un polvo, en definitiva. Y me da el sobre y queda conmigo en un mes y lo demás es eso, Katia. Budapest y unas cuantas fotos porno (p. 10).

Con tan poca información, el detective se lanza a la búsqueda de Katia, lo cual lo lleva a otro escenario, a otra ciudad del extranjero y a una situación no más esclarecedora. Pareciera que al autor lo que le importa es narrar un viaje más que una búsqueda:

[172]

Suelo verde segmentado y un manto de nubes grises, las casitas de *playmobil*, el río como una serpiente en celo. Llegábamos a Budapest.

Lo primero que me sorprende de Budapest fue una camiseta de Puskas. Estaba junto a otras camisetas de futbolistas, en la tienda de *souvenirs* del aeropuerto [...]. Lo segundo que me sorprendió de Budapest fue la velocidad de sus escaleras mecánicas. Iban a velocidad de vértigo, te expulsaban con desprecio al llegar a su destino. Y lo tercero que me

sorprendió fue ser millonario: cambié los euros a florines y me hice millonario (p. 17).

Nuestro protagonista llega a Viena, pero dice que estuvo en ella solo un día. Se cansó de ver monumentos. Y por si fuera poco, no encontró a Katia. Salta a Bratislava, una ciudad que sí le agrada. Otro escenario extranjero y lejano de la isla (¿amplitud de horizontes?). Encuentra a Katia y se enamora de ella.

[173]

Mi visita a Viena me dejó el poso de los actos fallidos. Llegué un día por la mañana y esa misma noche me largué de allí. Pasé la jornada caminando, mirando fachadas, palacios, catedrales, óperas y castillos. Aquella ciudad era un parque temático de la aristocracia. Recorrí la RingStrasse dos veces con la boca abierta y el ceño fruncido y cuando quise darme cuenta ya me estaba acostumbrando a tanta belleza antigua. Por lo demás, la gente me pareció de una mezquindad insólita. No encontré a un maldito vienés que me dirigiera una palabra sin un gesto de repugnancia. Mucha palabra seca, demasiado sordos [...] Bratislava fue el contraste, una bendición. Obviando el techo oscuro típico del Este se trataba de un lugar perfecto: gente guapa y amable en bicicleta, paseando a la vera del río (el río Danubio en su parte más dócil), la llanura verdosa de un otoño inagotable, callejuelas adoquinadas y cúpulas de casas con mohos, carros con bebés de ojos azules y madres para quitar el hipo. Pasé tres noches en Bratislava (p. 57).

Regresa para dar cuenta a quien lo contrató de que Katia vive en Bratislava y que no va a volver. Él, que sigue enamorado de ella, parece resignado a perderla porque no tiene la intención de regresar a Bratislava. Al menos, eso se desprende del final. La isla vuelve a ganar en el ánimo de los narradores canarios.

4.3. EL MAR

Desde cualquier lugar de las Islas Canarias, excepto si nos encontramos en medio de un bosque o en el fondo de un barranco, se ve el mar, que, en este caso, es océano. Desde que se nace, ese océano se instala en las retinas de los canarios. En cualquier época del año y desde cualquiera que sea el itinerario, se distingue ese panorama azul, generalmente encrespado en las zonas del norte de las islas y tranquilo

en las zonas del sur donde están, por el extraordinario y bondadoso clima, la mayoría de las playas turísticas.

En Canarias no hay trenes (excepto en Santa Cruz de Tenerife capital en donde hay un metropolitano que la une con La Laguna) y todos los recorridos se realizan en guagua⁵², en automóvil o en moto. Sí es cierto que todas las islas (excepto La Gomera y El Hierro) tienen excelentes autopistas que, por razones orográficas, tienen que trazarse en las zonas bajas, porque las zonas de medianías y altas son abruptas y montañosas, con profundos barrancos, lo que hace inviable económicamente su construcción, tal sería la cantidad de túneles y puentes que habría que realizar. Por estos motivos, las autopistas están, en la mayoría de los casos, a cinco, diez -máximo quince- kilómetros de distancia del mar en las zonas de suaves laderas. Y lo mismo ocurre con los núcleos poblacionales. Son escasos los pueblos que viven en las alturas, casi todos dedicados a la agricultura y a la precaria ganadería de que disponemos. Queremos señalar, casi con insistencia, que el mar se ve desde cualquier parte; vamos en el coche y a la vuelta de una ligera curva aparece el mar y continuamos viéndolo durante kilómetros.

Por él se fueron muchas esperanzas hacia tierras americanas en épocas de sequías o hambrunas que obligaron al canario a emigrar a Cuba o a Venezuela⁵³. El mar representa para el canario una referencia y un paisaje más.

En cualquier instante, como en el cuadro del renacentista Boticelli, puede surgir del mar, en la playa, una hermosa Venus desnuda sobre una concha marina. En *Merodeadores de orilla* (2012), María Teresa de Vega lo pone de manifiesto en la ensoñación de uno de sus personajes:

[47]

Pero aquí, en la roca, no hay imposibilidad alguna. Incluso cree que el mar, más cuando está en calma que cuando se agita, cuando el sedal se mantiene lejano, va a salir una mujer desnuda, de tamaño un poco mayor que el natural, para que puedan verla bien. Lleva una gran concha ocultando el vello que tiene bajo el vientre, y sobre el pecho izquierdo, tapándolo, una hermosa cabellera (p. 103).

⁵² Canarias, Antillas y Guinea. Vehículo automotor que presta servicio urbano o interurbano en un itinerario fijo (*DLE s.v. guagua*¹).

⁵³ No en vano a Venezuela se la denomina en Canarias “la octava isla”. Al dinero que regresó de Venezuela le debe Santa Cruz de Tenerife su eclosión urbana de los años sesenta del siglo pasado.

El mar puede provocar sensaciones encontradas y puede marcar, en las personas reales y en los personajes literarios y, en la mayoría de las ocasiones, su carácter, el del sosiego y la calma o el del enardecimiento. Según está el mar, así el personaje, en un efecto de contagio. Damián Hernández lo expresa así en *Quién como yo* (2015):

[69]

El mar apenas bate contra las rocas, pero no es una mar transparente. Está tranquila, sí, pero no transmite tranquilidad. Esta confusa sensación es la que Leandro Soto trata de explicar a sus contertulios, su colega Amílcar Febles y el dueño de la casa en cuyo jardín se encuentran, Anselmo Hernández, anfitrión de ambos.

–Siempre he pensado que el mar en calma comunicaría su sosiego. No cabe duda que mi experiencia con el mar se puede valorar como escasa, pero creo tener la percepción de que en las otras ocasiones en que me he asomado a él, en estas islas o en otras costas, no se ha mostrado discordante, como ahora me parece. Si estaba tormentoso, me ensombrecía el espíritu, si en calma, me sosegaba, pero no ahora (p. 38).

O también puede provocar la complacencia, como señala Santiago Gil García en *La costa de los ausentes* (2016), haciendo referencia a personajes relevantes que vivieron o nacieron en Lanzarote:

[95]

Yo venía de niña cuando en Playa Blanca solo había un bar pegado a la orilla y cuatro o cinco casas de pescadores. Este paisaje ni siquiera lo pudo ver Saramago, pero sí lo defendió César Manrique. Desde su muerte no hay quien frene este desastre. Menos mal que Famara, por lo menos cerca de la playa, sigue casi como estaba cuando vine con mis padres de niña. Llegar aquí en coche era una aventura de muchas horas y de muchas averías; pero mi padre decía que había paisajes que compensaban el paso por el planeta y por caminos casi intransitables (p. 27).

Todas las capitales insulares y la mayoría de las ciudades importantes están junto al mar, en la costa o en sus proximidades y sus calles están orientadas hacia él, como si representara el principal punto cardinal para los habitantes de las islas. Lo señala Ángel Vallecillo en su novela *9 horas para morir* (2014):

[122]

El corazón mercantil de Santa Cruz empieza a bombear actividad en las arterias: la calle Villalba Hervás, San Francisco, San José, Castillo, y alcanzo la Plaza de la Candelaria, primera puerta de la Plaza de España,

donde se abren los muelles y el puerto, y Santa Cruz deja de ser ciudad para transformarse en mar tras un pantalán de cemento. Pierdo la vista hasta donde no alcanza la mirada (p. 23).

Desde el punto de vista contrario, el de la visión de la ciudad o la isla desde el mar, Nicolás Melini, en *El futbolista asesino* (2012), relata esta realidad mientras reina la oscuridad. La escena que describe mira desde el mar hacia su inconfundible isla de La Palma:

[126]

Bajamos caminando por la carretera. Hay un rielar muy cursi en el mar. Es el reflejo de la luna, pero también se reflejan, abajo, las luces de la avenida. O sea, que el mar es una fuente de luz en la noche. Y además están las luces de un par de buques y unos cuantos pesqueros. Me pregunto cómo verán los pescadores, desde mar adentro, la ciudad. La oscuridad está salpicada por las luces de las casas que se desperdigan en el campo. Trepan la ladera de la noche hacia el cielo, y se concentran, como inmensas galaxias, en pequeñas poblaciones. La pista del aeropuerto también es toda luces junto al mar (p. 19).

Para Carlos Cruz (1977), en su novela *h.* (2009), en la que padre e hijo hacen un viaje desde Estados Unidos a Canadá, el mar es, obviamente, otro, pero aporta las mismas sensaciones peculiares. El mar huele a yodo y, al poco de estar junto a él, los labios saben a sal:

[163]

¿El mar? Le pregunto a mi padre. Él me dice que estamos muy cerca. ¿Lo hueles? ¿Cómo lo voy a oler si ni siquiera lo he visto? Mi padre cierra los ojos y aspira muy fuerte. Yo sí lo huelo, me dice. Me da envidia. Tengo que ver ese mar. Tengo que verlo. Pero mi padre dice la palabra paciencia y yo me impaciento aún más. Vuelve a girar y esta vez cogemos una carretera muy recta [...]. Es como el desierto, pero ya no era amarillo, sino que es gris. No es nada. Seguí yendo a casa de S. Me di cuenta de que su cuarto era gris. Era muy feo. Ya no estaba ella. Pero al menos sabía cómo olía. Y eso me tranquilizaba. Me sentaba en el suelo que era de madera y hacía ruido. Siempre parecía que iba a volver. El ruido la hubiera delatado. Siempre había ruido en la casa de S. Ahora menos. Un pájaro, el viento, el sol que se colaba por las ventanas que ahora estaban desnudas. Era una casa de madera desnuda. Sólo quedaba el suelo, el ruido y una mesa. Me la intenté llevar pero no cabía por ninguna puerta. ¿Por dónde la entraron? Era una mesa donde S se subía. Era su escenario. Allí recitaba o simplemente hacía la idiota. ¡Qué idiota! ¿Dónde se habrá ido? ¿Por qué no vuelve? Me

quedé como un idiota mirando la mesa y el hueco de la puerta. No pude hacer nada más (pp. 118-119).

El mar es un paisaje que se vuelve algunas veces, agresivo y que, también a veces, reclama un sacrificio. Por el mar llegaron algunas desgracias. Las islas tienen 1.500 kilómetros de costa y hasta junio del año 2017 se habían producido, en lo que iba de año, 157 accidentes con 40 muertes por ahogamiento⁵⁴. David Galloway, en *Agua de arroz y flores* (1991), avisa de lo peligroso que puede ser el mar:

[71]

Este detalle, y los ladridos de la perra en la orilla aconsejándole que nunca diera la espalda a la mar, debieron alertar a algún curioso, que a su vez corrió la voz y a la noche siguiente se presentaron las amigas que le habían visto medio brazo en la plaza, cuando se remangó y quedaron al descubierto veintitantos verrugas. Al verlo desnudo lo imitaron y jugaban a salpicarse, y a quedar, y a las ahogaduras pero flojitas, “no seas bruto, Marcelo, que nos chivamos...” (p. 55).

El accidente es inevitable. Quizá sea David Galloway el autor de G-21 que recupere con más fervor el recuerdo de los narradores *fetasianos* del siglo anterior, de Isaac de Vega y, sobre todo, de Rafael Arozarena que refería accidentes en el mar (véanse [24] y [27] en 2.1.3). En la misma novela, *Agua de arroz y flores*, relata:

[73]

Al final, Asunción dio el visto bueno, pero una extraña sensación que le oprimía el pecho le decía que no debían aceptar, que algo malo ocurriría. “Manías tuyas, mujer”. La casa quedaba a dos pasos de la playa y los niños no paraban todo el santo día de entrar y salir del agua. De piel blanquísima, Asunción sufría horrores con un sol que rajaba las paciencias, pero Alejandrillo “tres años y lo golfo que es” era un auténtico temerario y aquella playa tenía “mucho arrastre”, no se quedaba tranquila aunque insistiera molesto en que él, Primitivo, se bastaba y sobraba para cuidarlos.

Como se turnaban, aquel día le tocaba a ella preparar la comida y bajaría una hora más tarde a la playa. Primitivo jugaba en una mesita plegable al dominó con unos amigos a la sombra de una sombrilla, de vez en cuando les echaba un vistazo a los niños, entretenidos con una pelota de plástico en la orilla. La partida se animó y los padres se distrajeron.

Terminadas las faenas, Asunción se puso el bañador y delante del espejo se esmeraba en que la crema solar protectora se extendiera cubriéndola toda

⁵⁴ Informe Nacional de Ahogamientos que elabora la Real Federación Española de Salvamento y Socorrismo, periódico *La Provincia*, 28 de junio de 2017. Solo entre abril y junio de ese año hubo 19 ahogamientos.

la cara, unas manchas rojizas debajo de los párpados la preocupaban hacía tiempo. Entornó el espejo y en ese momento, sobre su superficie, cobró vida una imagen, fugaz pero nítida. Una ola de las repentinas, de las que nacen y mueren en la misma orilla, arrastró a Alejandrino. Asunción se sobresaltó y salió disparada directa a la playa, sin ni siquiera plantearse que aquella imagen no era un reflejo; la ventana del cuarto de baño estaba en una esquina, cerrada y opaco el cristal. Cuando, chillando desesperada, asomó por la escalera, los niños ya habían alertado a los mayores y Primitivo nadaba como un loco, intentando acercarse al niño, pero el oleaje se lo impedía, cada dos brazadas seis de retroceso, y en un tris estuvo de parecer también él en el intento. Rastrearón la zona, pero nunca recuperaron el cadáver.

Temían lo peor, con lo sensible que era, temían que Asunción se hundiera en la puta miseria. Pero no, rompiendo pronósticos, reaccionó con una entereza brutal, “la vida sigue adelante y tengo a otros hijos a los que cuidar”. Lo que son las cosas, se invirtieron los papeles y resulta que fue Primitivo quien se vino abajo (p. 105).

Daniel María, en su novela “experimental” *El hombre que ama a Gene Tierney* (2014), le da al mar una cualidad misteriosa y casi mágica. Esa llanura azul que se mete en el cuerpo del canario y se aloja en su retina cuando nace es consustancial a él:

[174]

El pueblo donde Daniela ha vivido siempre, del que nunca se marchó, es Marianagua. Este pueblo se encuentra pegado al mar. Se diría que nació en él. No obstante, parte de su territorio yace ahora bajo las aguas. Cada 16 de octubre se celebra la bajada de la Virgen Nuestra Señora de Marianagua para rogarle, embarcada al atardecer, que el mar no continúe engullendo la tierra. Según Dolita Crusanta, santiguadora del pueblo, el mar devora la tierra porque sube la marea cuando la Virgen derrama muchas lágrimas por sus hijos muertos en injusticias del Hombre.

El mar continúa creciendo [...] El desorden de los días. Transcurre la vida. Cómo transcurre. ¿Posibilidad de un demiurgo? La isla se sostiene con primor en el océano y, desde lo alto, el Teide produce una enorme envidia de perfección alcanzada.

Yo no quiero ser perfecto. Me basta con intentarlo. A veces, con negar lo que deseo. El principio inagotable de amar como se sueña ser amado (pp. 39-40).

Hay más textos que hablan o, al menos, nombran al mar, como los textos que usamos para ilustrar los escenarios del apartado anterior (*vid.* [55], [57], y [59]). Y ello es, volvemos a insistir, por la enorme importancia que tiene el mar para el escritor canario de todos los tiempos.

4.4. LOS PERSONAJES. LAS SITUACIONES

El carácter de los personajes de los narradores canarios no debería ser distinto del de los personajes de los narradores de cualquier otro lugar. No debería ser, pero, intuimos que por la cortedad del espacio en el que vivió el personaje de las novelas de la narrativa canaria del siglo pasado, frente a la apertura de la que dispone el personaje de la narrativa actual, se ha establecido un plus de intensidad, como si los autores de hoy necesitaran recuperarse de aquellos pequeños -o grandes- traumas que leyeron y conocieron de sus antecesores y hubieran decidido no igualarles. Eso se advierte en los autores que hemos llamado el nexo de unión entre las narrativas de los dos siglos, que siguen manteniendo cierto aire de admiración a lo antiguo. Desde luego, entre los escritores más jóvenes de G-21 hay más desenfado y más libertad que en los más antiguos de la misma generación.

Hemos querido hacer esta necesaria distinción y creemos que estos matices que hemos expuesto se verán claramente en el modo de decir de los personajes y en sus situaciones. No es el mismo carácter ni el mismo tono de personaje en María Teresa de Vega, Cecilia Domínguez Luis, Damián Hernández Estévez y David Galloway que en los más jóvenes. Y aún más: entre los jóvenes autores de G-21 hay, todavía, otro nexo entre los más antiguos y los más modernos. En este grupo se encuentran autores de la misma generación que estudiamos, pero que fueron narradores precoces, como son los casos de Anelio Rodríguez Concepción y Víctor Álamo de la Rosa.

En María Teresa de Vega y en su novela *Divisa de las hojas* (2014), que es una historia intimista y familiar donde se narra el pasado en la posguerra franquista, un trozo de vida de unos jóvenes en aquella época precaria y que coincide con la juventud de sus padres, es muy importante el tiempo narrativo, que sintoniza con el tratamiento del espacio. Apreciamos el sosiego del parlamento de uno de ellos. Son palabras de una narrativa particular:

[52]

Yo me enamoré de tu abuela, que era una canaria–inglesa, por sangre, llena de iniciativas, que se peleaba con los bárbaros de los ayuntamientos, pues no en vano era de la raza de mujeres, aquellas que se contaron entre las primeras sufragistas.

Te decía que estos extranjeros llegaban, recogían plantas, cómo le gustan las plantas a los ingleses, aunque creo que más bien es el

conocimiento lo que les encanta, los deja hipnotizados y luego marchan en medio de su hipnosis por el mundo, a descubrir orígenes de ríos, lugares nunca hollados, hojas, flores, lagartos, al Teide a ver su violeta, se van a Las Cañadas donde pareciera que están en Marte (p. 50).

En *Si hubieras estado aquí* (2013), remedo de lo que dice una de las hermanas del bíblico Lázaro en el momento de su resurrección, Cecilia Domínguez Luis trata el enfrentamiento de dos hermanas, María y Marta, que comparten nombres con las del resucitado. María y Marta son hijas de distinto padre. El padre de María murió y su viuda contrajo nuevas nupcias. De este segundo matrimonio nace Marta, pero su padre prefiere la dulzura de su hijastra. Aunque siempre hubo rivalidad entre las hermanas, la situación se vuelve más tensa cuando Marta descubre una infidelidad de su padre, lo que hace que se vaya de casa y se marche al extranjero. La novela comienza cuando, al cabo de los años, Marta regresa y termina con la reconciliación de las hermanas. En el texto siguiente, contemplamos cierta reflexión y nostalgia del personaje, Habla Manuel, el marido de María:

[58]

María me ha pedido que saliera a buscar el pan para el desayuno. “Así también te das una vuelta por el barrio, que ya sé que te gusta”.

Es cierto, me gustan los domingos porque las calles están semivacías y puedo recorrerlas a placer, sin rumbo fijo. Por costumbre, desemboco en algún parque y entro en él para llenarme de sus olores, siempre diferentes según la estación del año. Desde chico lo hacía con mis amigos. Nos daba para ir a los barrios de la periferia, pasar por calles estrechas que nunca habíamos pisado, subir de dos en dos las escalinatas de alguna plazoleta. A veces tocábamos en una casa elegida al azar y preguntábamos por alguien cuyo nombre inventábamos sobre la marcha; en más de una ocasión nos traicionaba la risa de alguno y teníamos que salir corriendo. Al regreso íbamos alegres, ligeros, inventando historias o proponiendo nuevos juegos para el próximo domingo. La adolescencia nos llegó con una mezcla confusa de sentimientos, con el descubrimiento entre inconsciente y ansioso de nuestros propios cuerpos, de las muchachas que empezaban a sonreírnos (p.77).

...*En el aire queda* (2012), de Damián Hernández Estévez, tiene un personaje que es un habitante de *Lotavia*, la isla inventada por el autor. Este *lotaviano*, que espera volver a su isla, descubre en la terminal del aeropuerto, la belleza de una compatriota, que lo obnubila:

[66]

La mujer que se acercó al mostrador era hermosa, demasiado hermosa para aquella hora y demasiado atractiva para aquel sitio. Yo siempre había experimentado que las mujeres así solo existían al atardecer y durante la noche y que se movían en espacios que subrayaran su condición, que eran éstos los dominios de la belleza y el atractivo femeninos, y que éstos sin remedio se desvanecían durante las mañanas y no aparecían nunca por ciertos lugares [...]. Sin embargo, esa mañana fue imposible no admirar a aquella mujer; sus ojos luminosos pero detenidos en una leve expresión de tristeza deslizaron mis prejuicios y me sorprendí mirándola sin pesadumbre durante nuestro breve encuentro: me estremeció la impresión de que ella no miraba mis ojos, sino que parecía buscar detrás de ellos [...]. Su comportamiento fue tan turbador como su mirada. La hermosa mujer se había concentrado en depositar una valija, [...] y sólo cuando se hubo asegurado de que no corría el riesgo de que cayera al suelo, pareció darse cuenta de mi presencia y me preguntó con visible y afectada inquietud por las causas del retraso del avión a Lotavia (pp. 99-100).

En *El perfil de las esquinas* (2012), de David Galloway, último de los narradores que hemos señalado como el nexo de unión entre los escritores del siglo XX y del XXI, se describe así al personaje del mendigo que elige la hora de misa en la iglesia donde puede obtener más dinero de limosnas (*vid.* [75] en 4.2.4.):

[74]

Ante el espejo Arturito revisó a conciencia su aspecto y en un poco frecuente acto de sinceridad se reconoció que iba siendo hora de cambiar de camisa, repleta de manchones de grasa y diminutos orificios hechos por las brasas de los cigarros; además, tampoco el pantalón, de color definitivamente indefinido, ni ajado el abrigo tres cuartos que consiguiera en Cáritas, están ya para muchos trotes. Sólo siente orgullo de su cruz de plata colgada sobre su pecho, que gracias a los puntuales bruñidos con bicarbonato conserva como nueva desde la primera comunión, y de eso ya hace algo más de cincuenta años (pp. 65-66).

Como hemos indicado con anterioridad, hay un segundo grupo de autores de G-21 al que pertenecen Anelio Rodríguez Concepción y Víctor Álamo de la Rosa. Este último ya se estrenaba en el mundo de las letras en 1988 con *Hacia el agua, el fuego* en Cuadernos del Sur, revista de Filosofía y Literatura en la Laguna, Tenerife. Y Anelio Rodríguez Concepción lo seguía en 1994, cuando publicaba *Ocho relatos y un diálogo*, que había sido Premio de Cuentos Ciudad de Santa Cruz de Tenerife en 1992, cuyo Ayuntamiento era el promotor del premio y de la publicación. Así pues, estos autores

contaban desde 1988 y desde 1994 con obra publicada en la que ya se advierte una tendencia literaria equiparable a la de la narrativa del siglo XX.

Sirva como ejemplo el siguiente fragmento de *El león de Mr. Sabas* (2004) de Anelio Rodríguez Concepción, que tiene un cierto toque mágico:

[88]

La mano del hombre era grande y callosa. Sin embargo, no tenía presencia de labrador, ni de cabrero. Así lo describiría el chico al volver sano y salvo al caserío. Todos alertados hacía rato por Charo, lo esperaban tras la tormenta, vociferando el nombre de Blas, Blas y venga Blas. Se enteraron hasta los vecinos del barrial más próximo a la playa. El padre acertó al suponer que el mocetón que lo trajo al castaño grande era uno de los alzados republicanos, fugitivos de la justicia desde la llegada de “Canalejas”.

El niño regresó aletargado, con la mirada turbia de un tísico, o casi. En pocas horas se le había llenado la cabeza del fluido dulce y zumbón que invita a los ancianos a esbozar sutiles acertijos y callar las obviedades. Con su mismo cuerpo menudo, con su voz atiplada y sus piernuchas, aquel día Blasito se había convertido para siempre en un anciano, y lo cierto es que nadie, con reconocerlo en aquella apariencia de chiquillo frágil, fue ajeno al prodigio (pp. 26-27).

Igualmente, en *El humilladero* (1994) Víctor Álamo de la Rosa comparte matiz narrativo con Anelio Rodríguez o, al menos, así nos parece, por las palabras que usa en torno al personaje de un niño y por la adjetivación. No es de extrañar la influencia de la narrativa canaria del siglo XX y la del *boom* latinoamericano que tanto influyó, por su parentesco lingüístico-histórico, en aquella:

[128]

Aquel aciago día Pancho Rubio había puesto a su hijo a la sombra de la pared del pajar, para ahuyentar en lo posible los zarpazos del calor. Berto dormitaba placenteramente en la cuna que su padre le había improvisado: una caja de madera de esas que usaba para guardar la fruta, rellena mullidamente con pieles de cabra. El niño, desnudo, tenía el cuerpo ligeramente sonrosado. Profundamente dormido, cara al cielo, el pequeño había vomitado cierta cantidad de leche materna que le discurría pescuezo abajo, dulzona, espesa debido a los efectos de una defectuosa digestión.

Debió ser el olor a la leche lo que atrajo hasta la cuna a una pequeña cría de lagarto. Movía lenta, torpemente, su cuerpo semitransparente aguijoneada por el hambre que había empezado a saciar libando el arroyuelo de leche que nacía en la boca de Berto [...]. Con la experiencia de haber amamantado seis hijos pendiendo de sus espaldas Candelarita jamás pensó que sufriría tanto. Y es que la pobre nunca sospechó –siquiera intuyó– que de sus ubres rebosantes bebían dos bocas hambrientas, la del

hijo y la de la lagartija, cuyo instinto de supervivencia la había mantenido adherida a las paredes del estómago de Berto [...]. Sólo había encontrado un verdadero momento de peligro que aprendió instintivamente a sortear, acurrucándose en su morada, a cubierto de tanto triperío sonoro que a cada poco tiempo se alborotaba estruendoso, ensordecedor, violento, maloliente (pp. 14-18).

En *Isla Nada* (2013), la otra novela de Víctor Álamo que hemos escogido para este estudio, aún conserva el autor el modo antiguo de narrar. Entre esta novela y la anterior han pasado diecisiete años, pero el estilo, las palabras y la motivación narrativa es la misma. *Isla Nada* es una novela coral. Desde 1991 en que aparece *Las mareas brujas*, este autor está dedicado enteramente a la literatura. Es poeta, crítico y narrador. Estudió en la Universidad de La Laguna con Juan José Delgado Hernández, escritor, poeta crítico, ensayista, conocedor como hemos dicho de la obra *fetasiana*, al que perdimos en septiembre de 2017. Conoció nuestro autor a Isaac de Vega y a Rafael Arozarena, fue componente de la tertulia de la Cafetería *Arkaba* de los años 80, como muchos de nosotros, como Cecilia Domínguez, como Anelio Rodríguez Concepción cuando recalaba por Santa Cruz de Tenerife, como Agustín Díaz Pacheco, etc. Queremos decir con ello que tuvo una buena simiente para conocer y conocerse narrativamente hablando. Es ordenado en la escritura, sus líneas van surgiendo con claridad y la exposición de sus ideas no puede ser más precisa.

En *Isla Nada*, Luisón Montoto, un tenor famoso venido a menos, llega a la isla de El Hierro huyendo de su vida y de un amor engañoso. Su esposa Janine le ha sido infiel:

[132]

Tenía las entrañas calcinadas por el desamor.

Cuando arribó a la isla, todavía tenía hasta las mismísimas tripas incendiadas por el desamor. Luisón Montoto, no te engañes, qué es lo que han hecho de ti estos años sufridores, estos años suplicio, estos años cárcel, en qué te has convertido, desgraciado.

El barco llegó a El Hierro de la mano del amanecer, desnudada ya la última sombra, después de haber navegado durante toda la noche. Cuando embarcó en el puerto de Santa Cruz de Tenerife, a las diez y media, habría jurado que el viaje no iba a ser tan agotador [...]. El cochambroso ferry maniobró durante casi media hora para poder atracar en el muelle de La Estaca, desierto a esas horas madrugadas [...]. Se agarró a la barandilla de estribor y respiró el aire del mar. Aire que venía de lejos, aire como el aire del origen. Se llenó los pulmones, oxigenándose para volver a sentir la vida y desentumecerse, porque durante la travesía apenas había dormido y le

dolían todos los huesos [...]. En realidad, prefería no haberse dormido, al menos así aquella noche no había sufrido la pesadilla que lo mordía desde hacía años, desde que se había separado de su esposa.

La primera. La única. Janine (p. 17).

Gradualmente, con la frase exacta, Víctor Álamo nos va metiendo en la historia. Con una narrativa ágil, va desgranando sus ideas, las que quiere poner sobre la mesa. Tanto en el texto narrado como en el dialogado, su palabra es justa y medida. El tenor, que viene derrotado, hace amistad con la gente de El Hierro, con el dueño de la pensión donde vive y con el mesonero que le da de comer, a los que confiesa que su intención es montar una escuela de piano:

[134]

–Buenas tardes.

–Buenas tardes.

–Ya le echábamos de menos.

–¿Cómo? ¿A mí?

–Pues claro, ¿es que usted no come?

–Sí, sí, a eso vengo, claro [...]

–¿Quiere sentarse en la barra o en la mesa?

–Pues... – dudó.

–Quédese aquí en la barra y así charlamos. Ya le dije a mi mujer que le preparara unas viejas. ¿Le gusta el pescado?

–Sí, sí, mucho.

–Pues viejas guisadas⁵⁵ con papas y unas lapas a la plancha es el menú de hoy y el de mañana, que la pesca se dio bien. Están a punto de salir –dijo Alpidio al mismo tiempo que le servía un vaso de vino y cortaba medio pan en rodajas que depositó en un plato (p. 31).

En El Hierro vive también Phillip Vernerg, un aviador alemán de la Segunda Guerra mundial, que posee una casa en la isla -la casa del alemán-, que tiene la idea de montar un zoológico con animales y con humanos junto con su amigo Sebastián Sagastizábal y con la ayuda de Domingo Machina, un cabrero de la isla y gran conocedor de la vida animal. Para ello, recorren el mundo en el barco Veterano, buscando animales tropicales (*vid.* [136]). Casualmente, sin que se sepa hasta el final de la novela, el piano que Luisón Montoto lleva a El Hierro para dar las clases lo compró en un comercio adonde lo había llevado el alemán Phillip para empeñarlo. Casualmente,

⁵⁵ La vieja (*sparisoma cretense*) de la familia de los escáridos es un “pez del grupo de las doradas, común en las islas Canarias y de carne muy apreciada” (*DLE, s.v. vieja*). Se puede comer a la plancha, frita y como pastel de pescado, pero la manera más general y tradicional es comerla cocida (*guisada* se diría en la provincia de Santa Cruz de Tenerife, y *sancochada* en la de Las Palmas).

también, conocen a Luisón Montoto en un recital del tenor celebrado, durante sus viajes, en Río de Janeiro:

[135]

Y perdimos la primera guerra, y perdimos la segunda, y hay rabias dentro de mí que por ahora prefiero no enfrentar. Creo que ha llegado el momento de cambiar de aires, abandonar estos hielos que me están abrasando. Voy a llevarme para mi proyecto científico a una pequeña familia inuit: un hombre joven, de unos veinticinco años, su esposa y su único hijo. Prefiero exhibir familias, es más auténtico. Nos llevaremos sus atuendos típicos, también sus máscaras rituales [...]. También nos llevaremos un par de kayaks y un trineo. Ahora tendrán que usar sus máscaras también cuando empiece el espectáculo. Y subirán a sus trineos arrastrados por una trailla de perros cuando empiecen a sonar las músicas de fanfarria y circo [...]. Los pensamientos de Phillip relinchaban, corrían desbocados, no había modo de embridarlos. Empezaba a echar de menos algunas comodidades. Era una vida demasiado dura. Pronto llegará la primavera y Sagastizábal vendrá a buscarlo. (p. 97)

Montan el espectáculo de animales y de inuits en el Parque de El Retiro con un gran éxito y luego en la ciudad de Saint Maló. Aquí ocurre una desgracia:

[139]

–¿Pero qué demonios pasa, hombre?

–Es que las cacatúas tienen mocos.

–¿Qué?

Phillip ordenó a Arari que abriera la puerta.

–¿Puedo pasar, señor?

–Adelante.

–Es que vengo de la bodega y las aves están llenas de mocos. Venga a verlo con sus propios ojos. No lo entiendo [...]

El periódico local de Saint Malo recogió en portada el suceso increíble con grandes letras capitulares: UN MONSTRUO ATACA EL MUSEO VIVIENTE. Y no se habló de otra cosa en la coqueta ciudad (pp. 339-348).

Los dos amigos, ante la pérdida del zoológico, deciden cancelar el negocio y volver a casa: Sebastián Sagastizábal al País Vasco y Phillip Verner a la isla de El Hierro, a su casa -la casa del alemán- conocida por todos los habitantes:

[140]

–¿Y qué propones, Sebastián?

–¿Qué has pensado tú, Phillip?

–La verdad es que estoy confuso. Me habría gustado finalizar la gira con el museo viviente, ir a mi país, al menos. El otro día Domingo Machina me dijo que volvamos todos a El Hierro, que en aquella isla se vive bien, que es lugar más tranquilo del mundo [...]

–¿Entonces? –preguntó Sebastián porque quería que fuese Phillip quien lo dijera. Y lo dijo:

–Entonces vamos a clausurar el zoo humano. Se acabó. Ponemos rumbo a la isla y allí nos quedaremos, al menos, Arari, Domingo Machina y yo.

–De acuerdo, pero, ¿qué haremos con los demás?

–Lo que prefieran. Les damos a escoger [...]

–Está bien. Pondré rumbo hacia Canarias y os dejaré en El Hierro, pero yo volveré a San Sebastián. Con todo este dinero quiero hacerme una casita donde un día echar raíces y, además, meter en los astilleros a Veterano, que buena falta le está haciendo (pp. 355-356).

En cuanto a los autores nacidos bien entrados los años sesenta y siguientes, tenemos el protagonista de *Yo debería estar muerto*, de Santiago Gil, un periodista en peligro de ser despedido de su trabajo que padece una enfermedad ficticia que su mujer trata de quitarle de la cabeza:

[92]

No sé por qué diablos soy del Real Madrid. Me identifico mucho más con el *seny* y con la elegancia de la mayoría de los culés que con estos garrulos fanáticos y patrióticos. He intentado cambiarme de equipo, pero me traiciona el subconsciente y los muchos años insistiendo en la pasión por el color blanco.

Lo que no sé es cómo presintiendo, o suponiendo, que la vida son tres días, y que a mí no me quedan más que nueve meses, puedo perder el tiempo siguiendo a veintidós tíos corriendo detrás de un balón. Sería incapaz de levantarme y de dejar este partido a medias. Y encima estoy cada vez más borracho. Mañana estaré hecho polvo. El pedazo de dios que se supone que va conmigo se estará meando de la risa entre la tierra y el cielo, o aquí, al lado mismo de donde ese cabrón, que dice que hay que despedir sobre la marcha a media plantilla del periódico, da saltos y corea los cánticos de los Ultra Sur como si fueran himnos revolucionarios [...] He perdido el domingo. Y además he cambiado el sueño y los biorritmos. Conociéndome, esta noche no me entrarán ganas de dormir hasta las tantas, y si logro levantarme mañana lunes a las cinco de la mañana para escribir estaré desorientado y poco creativo. Me conozco de sobra para saber esas cosas, aunque lo que no sé es por qué decidí volver sabiendo lo que hay. Supongo que necesitamos confiar en los milagros. Y estando donde estaba y cómo estaba lo veía toda más claro. También pensaba que aún era posible controlar la rutina y la mediocridad cotidiana (pp. 19-20).

En *h.* (2009), de Carlos Cruz, el personaje del niño que va de viaje con su padre (*vid.* [161] y [163]) se siente extrañado y enclorado ante todo lo que sucede:

[162]

Toco una de esas casas con ruedas. Son de metal. Frías. Son lo más parecido a un coche pero con cocina y una niña. Mira al suelo todo el rato. Es morena. Hola, le digo. Ella no me contesta. Hola, repito. Y añadido, soy Harold, bueno, pero mis amigos me llaman H. Sigue sin decir nada. Sigue mirando fijamente al suelo como si se le hubiera caído algo. ¿Se te ha caído algo?, le pregunto. Me agacho y empiezo a buscar. Pero encontrar algo que no sabes lo que es, es una de las cosas más difíciles del mundo. Así que insisto, pero no hay manera de que diga algo. Me levanto y la toco en el hombro. De repente, sale llorando por la puerta. Yo me quedo asombrado. Es la primera vez que me pasaba una cosa así. Mi padre, que por fin se ha terminado el café, me pregunta qué es lo que ha pasado. Yo se lo explico con todo detalle. Mi padre no me deja terminar y me toca la cabeza. Me despeina. Me dice que no me preocupe, que no tiene importancia. Ahora la niña está cogida a las faldas de la señora E y de ahí no se va a mover. Nosotros sí nos movemos. Yo ya estoy subido en la camioneta. Me pongo cómodo. La luz del sol está allá arriba y empieza a hacer un poco de calor. Mi padre se queda hablando un rato con la señora E mientras yo le sigo mirando desde aquí. Se ha portado muy bien con nosotros. Hasta yo me duché con agua caliente y me limpié con jabón [...] Le da las gracias a la señora E, la besa en la mejilla e intenta darle unos cuantos billetes. Pero la señora E no los quiere coger así que mi padre insiste. Y entonces pasa una cosa curiosa. Mi padre se queda mirando a la niña. Y la niña le da un beso. Mi padre se agacha y la niña le estampa un beso en la mejilla. Esto no sé si lo puedo explicar pero me entran unos celos terribles. ¡Cómo que aquella niña que por lo visto era estúpida le daba un beso a mi padre sin mi permiso! (pp. 93-94).

Carlos Cruz, en la segunda novela de su autoría que hemos elegido, *No es la noche* (2012), cuenta las vicisitudes de una mujer policía que viene destinada a Canarias a prestar sus servicios (*vid.* [164]). Es acosada por un superior, Cazorla (véase [165]), pero ella se sobrepone y se reafirma en su puesto. En paralelo, existe otro personaje casi principal: un joven, Juan, que ha matado a su esposa. Este texto refleja las escenas finales de la novela:

[166]

Me dirijo a las taquillas. Están todas cerradas. Bajo llave. Menos la mía. La que pone Eva. Solo el nombre. Pone *Eva* con un rotulador azul que ha desteñido por la humedad, casi no se ve, pero mi apellido no se ve por ningún lado. No es la letra de María. Esa ya no soy yo. Descubro un papel. Es todo lo que hay en esa taquilla que ya no es mía. Ese folio mal escrito,

peor hablado, no lo quiero terminar de leer [...]. Y me siento y escribo y no paro. Parezco una máquina que ha encontrado electricidad y que simplemente no tiene horario que marca su calendario. Noto que las lágrimas caen cuando la luz permite sombras. Ya la mano va sola y mi pensamiento se detiene cuando esa sombra posa su mano en mi hombro. Solo hace falta firmarla. Es el jefe que me mira por encima del hombro, hasta que me levanto y me pongo a su altura. Apenas le digo buenos días. Le muestro el folio arrugado, amenazante, todavía caliente y el otro, menos arrugado, pero igual de sórdido, oscuro, húmedo de lágrimas que ya han desaparecido [...]. El jefe se sienta y yo ya salgo de ese despacho [...]. Empecemos por el principio, interrumpe Cazorla. ¿Su nombre? Juan Monzón. He matado a mi mujer. ¿Juan, disculpa? He matado a mi mujer. ¿El apellido? Monzón. Y he matado a mi mujer. Ahora sí, Cazorla levanta la vista. ¿Doctor? ¿Está bien? Juan se ha puesto pálido y empieza a agitar las manos en sus bolsillos. De ahí ha sacado una pistola. Ahora tiene un arma en la mano derecha. ¡He matado a mi mujer! Cazorla grita. ¡Un arma! Juan agita el arma ante el griterío de todos los policías de la sala que sacan sus armas. Todos permanecen sentados y se ocultan detrás de sus respectivas pantallas planas de su ordenador. La agente Cano, la única que no va de uniforme en aquella sala de la comisaría central, camina hacia la mesa de Cazorla y ya ha sacado su arma de esa mochila que no puede cerrar [...]. No puede fallar, se repite a sí misma. En efecto, Juan cae fulminado. El jefe, que por fin ha salido de su despacho, grita que no disparen haciendo aspavientos con la mano. Demasiado tarde pues. La agente Cano grita no, no. El grito es ensordecedor. El jefe la coge por la cintura y le tapa la cara. No quiere que mire. De los dos el más agitado parece el jefe.

[...] Juan gime en el suelo. La agente Cano ha disparado pero ha errado el tiro. El agente Cazorla tiene una herida a la altura de la entrepierna. Se ha interpuesto en la trayectoria del disparo... [...]. El jefe apura voz en grito a todos a que llamen a una ambulancia [...]

Los sanitarios aplican unos cables al pecho del agente Cazorla. Parece que mueve uno de sus ojos. Los sanitarios llaman a otros compañeros que esperan en el aparcamiento de la comisaría central de policía [...]. A Juan le dirigen hacia los calabozos. Mientras, la agente recoge su arma del suelo y se la entrega al jefe. El jefe se la devuelve y mirando a los otros compañeros que forman detrás de la agente Cano le dice que puede quedársela [...]

La agente Cano permanece sola al lado de su mesa. Ya se puede decir que es su mesa. Ella está allí. No grita. No llora. Es ella. Por fin es ella. Ya es de día. Por fin (pp. 129-135).

Los viajes entre islas en Canarias se pueden hacer por aire o por mar⁵⁶, naturalmente, pero el viaje marítimo permite trasladarse de una isla a otra con automóvil. El viaje por mar entre Gran Canaria y Tenerife tiene una duración de hora y

⁵⁶ El viaje aéreo lo realizan Binter Canarias, una empresa participada mayoritariamente por la compañía Iberia, con comunicaciones rápidas y muy regulares, y CanaryFly, de iniciativa privada. El viaje marítimo lo realizan Naviera Fred Olsen y Naviera Armas en modernos barcos con estabilizadores que hacen las travesías muy cortas y muy agradables.

media, y entre Tenerife y La Gomera cincuenta minutos. Las líneas con más duración son Gran Canaria - Lanzarote, que hace escala en Fuerteventura) y Tenerife - El Hierro. Eduardo Delgado Montelongo, en su novela de viaje *Cuaderno afortunado* (2011), recrea varias singladuras entre las islas y el tráfico de personas y animales que viajan en los barcos:

[170]

La Palma-Gran Canaria, una odisea en el Atlántico. *Barco 1º: Santa Cruz de La Palma-La Gomera*.

La manada luchaba por los sillones libres. Niños, perros, movimiento generalizado [...]. Llamaron a alguien por el megáfono pero no por su nombre sino por la matrícula de su coche. Apareció una mulata igual que Lola Flores, subió las escaleras, agarró un micro y dijo Buenas tardes, soy cubana y cantante y espero hacerles pasar un buen viaje. El aplauso fue rotundo.

[...] *Barco 1º* (mismo barco en distinto trayecto, aunque no se vaya dos veces en el mismo barco, que diría Confucio): *San Sebastián de La Gomera-Los Cristianos*.

¿Cómo está el gato de Carmen?, le preguntaron a la niña y contestó Vivo todavía. Venga carcajadas familiares.

[...] Guagua Los Cristianos-Santa Cruz de Tenerife.

Bajamos en fila india y nos quedamos esperando en la explanada como tontos. Alguien subió a una guagua aparcada y le seguimos.

[...] *Barco 2 ó 3º* (nunca se sabe con Confucio): Santa Cruz de Tenerife-Las Palmas de Gran Canaria.

Me tumbé como un zombi con legañas en el primer sofá que encontré. Santa Cruz se alejaba en una nube de humo, cemento y chatarra. El barco iba casi vacío (pp. 103-105).

Daniel María, el más joven de los autores seleccionados en este trabajo y al que auguramos un futuro prometedor, en la segunda novela elegida, *Un crimen lejos de París* (2014), en el que una gobernanta de hotel, hija de un magistrado, hace las pesquisas para esclarecer un crimen, detecta una buena técnica narrativa, no en vano es un estudioso de la narrativa canaria del siglo pasado con magníficos artículos y conferencias:

[178]

Margarita es una mujer de físico proporcionado, con exceso de grasa en las caderas y los glúteos. La cintura marcada y los brazos cortos. Las piernas definidas y el cuello turgente, robusto, perfecto para el cristal de Murano. El pelo cortísimo, rubio, flequillo descendente, ladeado a la derecha del rostro. La completa su caminar decidido, los hombros

descansados y los zapatos de medio tacón hasta las cuatro de la tarde. Blanca de piel, sensible al sol y a las traiciones [...]

Vive en un chalet adosado situado en una zona residencial que advertimos inferior para su posición económica, pues puede permitirse una vivienda más cara en una parcela exclusiva. Sin embargo, reside en un barrio dormitorio de la periferia, atravesado por una avenida colapsada de locales comerciales que le ofrecen, en conjunto, todo lo necesario para el día a día [...]

Margarita adora inspeccionar las revistas del corazón y las de misterio, encerrada en el baño mientras engulle, directamente de la bolsa, las almendras de su marca favorita de frutos secos [...]

En cuanto a la cocina, las normas son muy claras y desde hace muchísimo tiempo se cumplen con indiscutible voluntad por ambos cónyuges. Él cocina entre semana y los sábados y domingos comen fuera. Margarita tiene una mano mágica para el arte culinario, pero no le da gana cocinar cuando llega del trabajo o dedicarse a hacer comida para congelar los fines de semana. Es por ello que solo cocina los días festivos y en vacaciones, que divide entre la Semana Santa, una quincena de agosto y otra quincena de diciembre.

Su marido trabaja en casa, pegado al ordenador, los rotuladores y las láminas de dibujo. Domina los guisos e incluso le ha cogido el punto a la *termomix*. No es un chef, pero sí un manitas de los fogones, y los últimos veintisiete años de matrimonio le han valido para adquirir una soltura envidiable. Margarita lo ama (pp. 13-16).

[179]

El señor juez [padre de Margarita] espera sentado en una de las mesas del piano bar con su habitual cruce de piernas, mientras danza entre los dedos de la mano derecha la boquilla que descansaba en el bolsillo interior de su chaqueta gris. Nunca ha intentado dejar de fumar. Aprendió en la niñez, a los doce o trece años, cuando pasaba largas tardes en el muelle de Santa Cruz entre cambulloneros y pescadores. Se dedicaba a echar una mano en lo que hiciera falta. Pronto destacó en el grupo de muchachos que bajaban a la mar a ganarse un puñado de monedas. Uno de aquellos capitanes sucios, malolientes y leales le propuso embarcarse con él para aprender a vivir sobre las aguas. A su mujer y a sus hijos nunca les ha contado la aventura de los diez días en alta mar y el naufragio cerca de la costa mauritana. Por entonces se enteró su padre de lo ocurrido a través de las emisoras clandestinas que pululaban por las cantinas del muelle, a donde cada dos por tres se acercaba el hombre para informarse de lo acontecido más allá de la línea del horizonte, donde su hijo decidió marcharse para buscarse la vida.

Al regresar el señor juez de aquel naufragio, no contó nada a la familia, pero en los ojos del padre halló el resplandor del orgullo por su supervivencia y decidió, como él, olvidar el asunto para evitar que su madre le prohibiera volver al mar [...] La pasión por las leyes y la actuación de Charles Laughton en *Testigo de cargo* avivaron su interés por la abogacía (pp. 103-104).

4.5. EL HUMOR EN LA NARRATIVA CANARIA

No es el humor una de las características de la narrativa canaria. El narrador, quizá sumergido en otros temas u otras preocupaciones, no es muy dado a ello. Ni en el siglo XX ni en el actual hay autores destacables en esta tradición.

Salvo la narrativa costumbrista e, incluso, en la tradición oral, en la que sí existen muestras contundentes de personajes casi folclóricos, no constan otras manifestaciones relevantes por lo humorístico. En Canarias, en la mayoría de los casos, se cuentan los chistes, llamemos universales, que salen o se escuchan o se ven en los medios de comunicación, o en la calle. Son comunes aquellos chistes “de gomeros”⁵⁷, el habitante originario de la isla de La Gomera, como el típico ignorante sobre el que recae cualquier acción graciosa. Aunque, por otro lado, se dice que el gomero más tonto es abogado. Y debe ser cierto, porque el gomero ha tenido la habilidad de tener una isla ordenada, limpia, visitable, amable y rica.

Desde luego, este tipo de chiste no despierta la carcajada, si acaso una sonrisa constante o, a lo más, un golpe de diafragma que se distiende pronto.

Cristo Hernández, en su obra *Envasados al vacío* (2005), muestra cierto gracejo en los dos párrafos siguientes:

[98]

De la puerta del “Prostíbulo de Alejandría” colgaba un cartelito que decía: *Prohibida la entrada a menores y a ignorantes.*

El Prostíbulo de Alejandría era una casa de heteras y efebos bastante digna y edificante, oculta en los bajos del antiguo Cine Aguerre a la incultura del pueblo y al olvido de las instituciones. Tal vez fuera debido a que, junto a aquel cartelito, rezaba otro con lo siguiente: *Abstenerse quienes no hayan leído a los clásicos.*

En aquella casa de lenocinio no se ejercía la prostitución, sino que allí acudía toda suerte de intelectuales a departir con las heteras o los efebos en amenos y reveladores diálogos acerca del pasado, presente y futuro de la cultura.

–¿Pero aquí no se puede echar un casquete?

–No, señor. Se ha equivocado de institución.

–Pues ahí fuera dice “prostíbulo” y los prostíbulos son para pijar.

–En este, concretamente, no. Aquí solo analizamos los clásicos y el futuro de la cultura occidental.

–Vaya, hombre, menuda inutilidad.

–Sentimos no poder atenderle, señor

⁵⁷ Similares a los chistes “de Lepe” en la Península.

- ¿Y no sabe de alguna casa de putas por aquí cerca?
–No, señor (pp. 67-68).

[99]

Yo me había pasado media vida, desde los nueve años de edad a la que mi abuelo (profesor de Literatura Universal en la Universidad) me dio a leer la *Odisea* de Homero, leyendo la literatura de los antiguos griegos y romanos, acaso inspirado por la ingeniosidad del intrépido Ulises, lecturas que yo aderezaba con clases de Literatura Comparada en las que mi abuelo me demostraba a cada paso que la Historia de la cultura del hombre es un eterno retorno a los Clásicos. [...]

- No hay ninguna diferencia entre Pericles y Montesquieu, hijo –yo era huérfano de padre y madre y vivía con mi abuelo viudo.
–Ni entre Filípides y Mariano Haro, abuelo (p. 70).

También en Víctor Álamo de la Rosa y en su novela *Isla Nada* (2013) hay una escena que nos causa una sonrisa. En este caso, el texto nos reseña el paisaje, el personaje y el humor:

[133]

- Buenos días.
–Buenos días.
–¿Es usted quien atiende la pensión?
–¿Quién lo pregunta?
–Sí, verás, es que quiero hospedarme aquí unos días. Soy Luisón Montoto, para servirle. Vengo de Barcelona y soy profesor de canto y música. ¿Tiene habitaciones?
–Pues claro, ¡cómo no voy a tener si esto es una pensión!
–Quiero decir habitaciones libres...
–Pues claro, ¿hubiera estado abierta la puerta si no tuviera nada que ofrecer?
–¡Bien! ¡Perfecto! ¿Cómo le pago? ¿Por adelantado?
–No se preocupe tanto, hombre. Relájese. Cuando se vaya arreglaremos cuentas. Suba la escalera. Primera puerta a la izquierda.
–Muy bien, de acuerdo. ¿Me da la llave?
–¿Qué llave?
–La llave de la habitación.
–No hay.
–¿No hay?
–No, hombre, no. No se preocupe. Tranquilícese. Ahora aquí solo vivimos usted y yo. No tema. Aquí nunca pasa nada.
–Sí, sí, de acuerdo. Disculpe. La costumbre, ya sabe. Gracias. Muchas gracias.
–¿Profesor de música? ¿De Barcelona? ¿Y qué se le ha perdido aquí, en El Hierro, si puede saberse?
–Es que me gusta la isla, ya sabe, quiero vivir en un lugar tranquilo.

–Entonces ha elegido usted bien. Aquí tranquilidad es lo único que sobra. Si no estoy en mi habitación estoy ahí mismo, bajando la calle, a la derecha, en el bar de Alpidio. Solo le pido que no me gaste mucha agua, aquí escasea. Esta isla es más seca que el infierno (p. 27).

4.6. EL SEXO

Tampoco el sexo llama la atención de nuestros narradores canarios. Se escribe poco sobre ello y, además, no es un tema recurrente. Solo se ve en algunas ocasiones, muy escasas, y el número de narradores que usa del sexo en sus novelas es, igualmente, muy escaso. No podemos, por más que lo hemos intentado, encontrar una razón plausible. ¿Que el canario es de natural caliente y no necesita de ningún estímulo sexual extraordinario para plantear una situación apropiada? Pues no lo sabemos, pero sería una postura lógica. ¿Que debido al lugar de condición “afortunada” donde desarrolla su vida ama el mar, la vida al aire libre, el paisaje, el volcán, la naturaleza en definitiva? ¿O que debido a los años de una juventud en la que están inmersos todavía no echan tanto en falta el sexo, que es más cosa de mayores? Son preguntas a las que no sabemos qué contestar. En este tono casi ligero en el que nos hacemos estas preguntas que no tienen respuesta, vamos a analizar las pocas muestras que hemos encontrado entre los diecisiete autores seleccionados.

Así, el protagonista de *Envasados al vacío* (2005), de Cristo Hernández, acude al “Prostíbulo de Alejandría” con intenciones, sin duda, libidinosas, y se encuentra el cartel de que en el interior solo se lee a los clásicos y no está permitida la entrada de ignorantes. Calíope tiene cierta inclinación hacia el protagonista y, con el tiempo, después de varias visitas de este, lo lleva a su casa y rompe con el mensaje del prostíbulo. Lo hace con un protagonista homodiegético y con una pincelada de humor:

[100]

A veces dejaba que sus dientes me infligieran un castigo adicional y dulcísimo, y los hacía rechinar contra el relieve de mi intonso prepucio.

–¿No te han operado de fimosis? –Calíope me auscultó con la pericia de un cirujano y descubrió mi intonsura.

–No.

–Pues yo lo acabo de hacer –decía, mientras un reguerillo de saliva cárdena le corría por la comisura de los labios.

–¿Cómo?

–No te asustes, pero te acabo de hacer la circuncisión. Ahora podrás joder mejor (p. 90).

Es la muestra más suave sobre el sexo que hemos encontrado y Víctor Álamo de la Rosa en su obra *Isla Nada* (2013) no se queda atrás, llegando a narrar situaciones explícitas, quizá demasiado, suavizando con algo de humor, eso sí, un texto con grandes dosis de erotismo. Janine, la prometida del tenor Luisón Montoto, acude a un congreso con dos de sus profesores:

[137]

[...] ya que tanto a Daniel como a Dominique se les estaban escapando sus respectivas excitaciones, a uno por la parte superior de su minúsculo bañador y al otro a través de la bragueta del pantalón corto, ambas prendas incapaces de contener tanta hinchazón. A Janine la sola contemplación de esos resultados le engordaba la autoestima, por eso gateó hacia Daniel para proponerle un nuevo antojo.

–Quiero que me des órdenes, que para eso eres mi jefe.

Daniel sintió en el centro volcánico de sus testículos los pinchazos de la lujuria.

–Ladra, quiero que ladres -porque fue lo primero que se le ocurrió.

–Guau, guau, guau -ladró Janine en tono mimoso, más propio del maullido de una gata que del ladrido de una perra en celo.

[...]

–Ven, perrita, ven, mira al pajarito -dijo Dominique pulsando el botón (de la cámara).

–Ven a comer, ven, mira lo que tengo para ti. En vez de un hueso toda esta salchicha -bromeó Dominique sacándose su miembro gordezuelo por la abertura de su pantalón.

Janine levantó las manos ladrando, como hacen los cachorros con sus patas delanteras. Arrodillada, se dejó caer, abriendo mucho la boca, sobre el miembro de Dominique, que permanecía sentado en la silla con las piernas abiertas para que la perrita pudiera hacerlo [...]

–¿Soy una perrita buena? Preguntó mirando desde abajo las facciones desfiguradas por el placer de Dominique.

–La mejor de todas. Sigue comiendo, no pares

Daniel, al otro lado de la mesa, se agarraba a su miembro y lo apretaba para contener las palpitaciones de la lujuria, exacerbadas por tanta obscenidad. No se esperaba eso, no se esperaba tanto. Un segundo fulgurante pasó por su cabeza, cual exhalación, el nombre de Luisón Montoto. Estaba seguro de que el tenor desconocía ese siniestro lado de su prometida. Borracho de lascivia, se puso detrás de Janine, contempló los lápices en el trasero y sin más prolegómenos añadió su propio lápiz, su rabo tras el rabo de la perra, muy expeditivo en busca de alojarse en la entraña caliente de la hembra, que no dijo ni mu ni guau ni nada porque no podía, que para eso tenía la boca llena y hablar con la boca llena es de muy mala educación (pp. 182-183).

En la misma novela, el tenor Luisón Montoto se toma la justicia por su mano y, antes de marchar definitivamente a la isla de El Hierro a sus clases de canto y piano, ocasiona este texto donde se venga de la viciosa Janine. Dentro de su dureza, acaba con un toque de humor:

[138]

–¿Qué te ocurre, Luisón?

–Nada. Quiero follarte y quiero que me llames Manuel García, así como te digo, con nombre y apellido.

–¿Manuel García? ¿Te has vuelto loco?

–Me has vuelto loco, tú me has vuelto loco. Has convertido mi vida en una gran mentira. Ya nunca sabré lo que es real y lo que no, perra mentirosa [...]

Ya era hora de tener huevos. De ser un hombre. Manuel García, su voz cavernosa, le hablaba al oído y le gobernaba desde dentro con pulso firme.

Luisón sudaba. Hipaba y tenía lagrimones pendiendo de sus ojos. Acometida tras acometida, empellón tras empellón, duraba y duraba, quizá por culpa del mucho alcohol ingerido, sin que apareciera el desfallecimiento. Adentraba su pene en busca de toda la información. Eso es, saca huevos, sé un hombre, no me avergüences. Janine soportaba los empujones y lo llamaba Manuel, Manuel, Manuel García [...]

Y dentro de él oía las respuestas de Manuel García y su risa monstruosa. Escuchaba sus palabras enfadadas, su furia retumbando, sus propias locuras mezcladas hasta la náusea.

Por eso cogió el cuchillo [...]. Y amenazó a Janine con ira descomunal y la insultó gritándole zorra, lo sé todo, mentirosa, siempre lo he sabido todo. Y Janine pensó por un momento que la mataría que hasta aquí había llegado su vida.

Pero no, Luisón, con unos ojos en los que ardía el infierno entero, se sentó en la cama, se agarró los testículos y se los cortó de un solo tajo rápido.

Antes de desmayarse pudo escuchar la voz borracha de Manuel García diciéndole que estaba orgulloso, que ya no era un cobarde sino un valiente, que mucho había aguantado, que ya era libre y que a partir de ahora podría volver a cantar como los ángeles (pp. 289-292).

Santiago Gil, en su novela *La costa de los ausentes* (2016), escribe sobre el sexo sin ambages. La protagonista, hija de un médico, acaba de divorciarse de Mr. Fitzgerald y recalca en Gran Canaria y en Lanzarote para tratar de olvidarse de su contrariedad. Tiempo más tarde, conoce a Suso, un vividor, y vive algunas escenas tórridas con él:

[97]

La perra se quedó plácidamente dormida tras el baño, amarrada a una piedra enorme que sobresalía en la parte más alejada de la cala. Ellos,

mientras tanto, siguieron dejándose llevar por la excitación de los cuerpos. Fue Suso quien primero se acercó acariciándole la espalda y moldeando sensualmente la piel de unas nalgas erizadas por el frío del agua y la excitación de esa primera caricia inesperada. Luego sintió su lengua rebuscando en la nuca mientras le pellizcaba sus pezones o tanteaba en su pubis con suaves cadencias. Ella se aferró a su falo y terminó besándolo y chupándolo como si fuera un asidero que le permitía seguir viva en medio del infierno de los últimos meses. Se enredaron en el agua y terminaron follando como animales en celo en la arena negra que se extendía junto a una de las dos pequeñas grutas que acababan hundidas bajo el agua cuando llenaba la marea [...] Jamás había disfrutado del sexo de aquella manera. Se acercó al clímax cuatro o cinco veces reprimiendo las ganas de moverse alocadamente para seguir disfrutando de aquel falo enorme y ardiente que recorría sus carnes más sensuales, tanteando los rincones más ocultos y regalándole un placer que nunca antes había disfrutado (pp. 115-116).

De nuevo en clave de humor, elegimos estos dos fragmentos de la novela *La abuela de Caperucita* (2008) de Anelio Rodríguez Concepción. La primera complementa y explica la segunda, sobre Pedri (Pedro) que es un hombre, un vago, que no conserva ningún trabajo y piensa emigrar:

[90]

Pedri llegaba a la conclusión de que ya había planeado muchas veces marcharse a Venezuela, y que debía ponerme en su lugar, que, por aquí se le esfuman a uno las oportunidades de hacer algo provechoso, ma, la vida dura un soplo de nada, y, tal como veo el patio, a este paso me quedo en fuera de juego para siempre, joder. ¿A Venezuela?, pregunté. Él sabía desde hacía años por donde paraba su padre, mala pulga lo muerda, y siempre había querido ir a su encuentro. Está en Caracas, declaró con la cara vuelta a la ventana. En Caracas, ya, pues sí, le dije con la mayor serenidad, y añadí: ¡En Caracas! No me opuse al plan, de hecho era la única salida posible de aquella película de suspense, pero el viaje de momento parecía del todo improbable porque ninguno de los dos teníamos ahorrado ni para el taxi al aeropuerto (pp 49-50).

Pedro (Piero) sigue tanteando varios trabajos. Se emplea como vendedor de ropa en una tienda de Vía Veneto, se hace modelo y tiene otras ocupaciones en las que no dura, pero acaba como actor en la película pornográfica *Caperucita X*:

[91]

Ahora bien, en el primero de sus encuentros con Piero delante de la cámara, sin ensayarlo y sin anunciarlo, se involucró en el asunto hasta las cachas. Ambos acabaron como mandan los cánones, adoptando la postura del monje, que dirían las sexólogas, las manos entrelazadas, jadeando con

la sinceridad de los amantes furtivos, dejando el mundo olvidado en otra parte que no convenía recordar hasta bien pasado el punto de ebullición. Uf, Piero, me has convencido a la primera, le dijo al oído Mary Pomppis, aún sudorosa y estremecida. Hasta el rabo, todo es toro, explicó él con idéntico volumen de voz (p 233).

No es el sexo, en efecto, tema al que acudan los narradores canarios estudiados en este Trabajo: cuatro de entre los diecisiete escogidos. Y podemos decir, a tenor de los ejemplos aquí presentados, que todos suavizan la crudeza de sus situaciones de sexo con humor.

4.7. LA VIOLENCIA DE GÉNERO

Siempre en la narrativa ha habido violencia. Por eso, en la mayoría de las novelas, por no decir en todas, ha habido un protagonista y un antagonista que muchas veces se han mostrado cualquier variedad de la aversión, de la enemistad, del odio o de las ansias de asesinar al otro. Y debemos añadir la violencia de género.

Tenemos pocas situaciones en la narrativa canaria. Muy pocas. Pero baste como muestra el inicio de *El año de la seca* (1997)⁵⁸ de Víctor Álamo de la Rosa:

Y Gloria piensa que es un alivio, apenas un pequeño consuelo, que los tenga cerrados, porque así no ve afuera una realidad que es Cándido gritando desgañitado sobre su joven madre aún en pie pero con las piernas abiertas, apoyándose ahora con la espalda en la pared de la habitación, dejándose resbalar doblada de dolor hacia el suelo, mirando directo a su padre a la cara mientras recibe brutales bofetones por puta, plof, porque te dije que no parieras, plaf, que no me traigas bastardos al mundo, cacho de puta, mirándolo mientras sabe porque lo siente que por su entrepierna va escapando sin poder impedirlo su hijo, [...] ahora cuando Efigenia lo agarró para desentrañárselo, para tirando de él desalojarlo expeditivamente de sus adentros doloridos [...]. Desde el suelo los ojos del niño vieron los ojos de Cándido que en ese segundo fugaz en que ambas miradas se encontraron sintió plena la duda [...]. Se vieron los mutuos ojos, unos rojeando nervios, los otros grismente vidriosos [...]. La navaja no se detuvo hasta clavarse en el suelo de la habitación porque Cándido nunca pensó que el corazón de un recién nacido fuera tan tierno [...]. El grito anunciador murió en el mismo

⁵⁸ Aunque no hemos seleccionado *El año de la seca* entre las novelas de análisis de Víctor Álamo de la Rosa, creemos necesario incluir en este apartado su texto inicial, que retrata de la manera más cruda una escena de violencia doméstica.

momento en que la navaja lo atravesó; ni un inaprehensible instantillo más le alcanzó y casi podría escribirse que no bastó siquiera para decir que anduvo vivo entre los vivos porque instantáneamente murió.

Murió dejando los ojitos en blanco.

La boquita abierta (pp. 14-16).

En *El humilladero* (1994), también de Víctor Álamo de la Rosa, se narra el abuso del poder colonizador y el dolor sin límite de una madre que asiste, sin poder defenderla, a la violación de su hija. La acción se sitúa en la isla de El Hierro:

[129]

Y la sangre muy roja y el silencio muy hondo y la impotencia muy gélida, allí, en la Hoya del Humilladero, allí, en el justo centro de la escena.

La sangre del himen rasgado le discurría muslos abajo, riachuelo a riachuelo [...]

Y la madre de Marteli que se dobla, con pánico, con dolor, con rabia, y se desploma, sin sístoles y diástoles el corazón, sin dignidad la pobre vieja, la pobre viuda, la pobre madre que ve ya muriéndose a la guapa hija, orgullo de familia [...]

Y quería morir, pero no moría.

En la Hoya del Humilladero, a ambos lados de la escena, dos pelotones de guardias cuadrados, firmes, rígidos, empalmados contemplando el empalamiento de Marteli por el General, [...] y ahora ya ese silencio tan compacto que sólo rompe el bramido de placer y poder del General, falo en mano, apuntando a la cara de Marteli, chispa a chispa, chorro a chorro [...], aunque ellos firmes, rígidos, cuadrados, empalmados contemplando, empalmados con los testículos doloridos [...] contemplando firmes, rígidos, parapetados a ambos lados de la escena.

Muslos abajo.

Riachuelo a riachuelo (pp. 46-47).

En *No es la noche* (2012), de Carlos Cruz, Eva, la policía que ha sido trasladada desde la Península a Canarias, sufre el acoso de su veterano compañero Cazorla:

[165]

Se mira en su espejo interior. Se atusa el pelo. Yo miro el reloj del coche. Son las cinco de la mañana. Y seguimos dando vueltas por este nuestro barrio, sin un alma. Sin alma. No encuentro la salida de este barrio que se repite cada sesenta metros. ¿Dónde está la salida? Cazorla guarda silencio. Noto su mano. Está más allá del freno de mano. Y la pistola está en su sitio. No me digas que no te gusta. Te gusta, ¿verdad? Deja la mano ahí, me aprieta con fuerza y baja aún más. Cierro mis piernas, pero todavía me acuerdo del parto. Me duele. Él lo sabe. Se sonrío [...] Se está tocando. Se ha desabrochado unos botones de su pantalón. Dime que te gusta. Sacó

un kleenex de la guantera. Y paro delante de un semáforo. Está en verde. Abre los ojos. ¿Qué coño haces? Conduce mujer. Respiro hondo. Miro su mano. Miro su polla. Vuelvo a respirar. No. Me digo no. Pero él ya se está corriendo. Sí. Sí. Dice que sí. Yo digo que no. Acelero. Busco la luz, pero en esa carretera oscura y mal asfaltada no la encuentro (pp. 111-112).

4.8. LA EMIGRACIÓN

Canarias ha sido siempre una región con una base económica exageradamente cambiante. Es una zona con una baja industrialización y con un campesinado que empezó siendo suficiente, con una agricultura de vaivén que atendió primero al vino en los siglos XVII y XVIII, con unos malvasías de fama shakespeariana; más tarde, en el XIX se centró en la cochinilla, tan importante en los tintes; luego, el plátano y el tomate en la mayor parte del siglo XX; al final, la agricultura floral, también tan famosa que el adorno floral del escenario de dos conciertos de Año Nuevo en Viena fue canario. Esta economía ondulante provocó desde siempre una corriente migratoria muy importante. En el siglo XIX existió una emigración hacia Cuba y en mucha menor escala a Brasil, sobre todo desde las islas menores: La Palma, La Gomera y El Hierro. Esa corriente persistió durante las cuatro primeras décadas del siglo XX y luego, a partir de los años cuarenta de ese siglo, el país preferido fue Venezuela. Esa nueva corriente ya absorbió a las gentes de todas las islas, especialmente de la provincia de Santa Cruz de Tenerife. El idioma de estas naciones era el mismo y, en el caso del portugués, era un idioma reconocible, fácil de aprender y, por tanto, de hablar.

Desde finales del siglo pasado y en el presente siglo, la emigración ha cambiado de dirección: primero, por el empobrecimiento de aquellos países de acogida y, luego, por el florecimiento de los países europeos y la facilidad que ha proporcionado la libre circulación de personas.

En la narrativa canaria de G-21 hay muy pocas muestras de esta emigración. Creemos que el narrador canario del siglo XXI no es proclive ahora a este tema, a diferencia del narrador del siglo XX. Todos nuestros autores, salvo alguna rara excepción han sido universitarios y han tenido la oportunidad de aprovechar las becas para viajar a vivir y estudiar en el extranjero. Aunque la estancia en algún país de

Europa no haya sido con carácter migratorio, la vuelta a la casa es siempre muy significativa por lo que tiene de reencuentro con la familia, los amigos, el entorno. Así como en el siglo pasado el viaje fue un viaje de ida, hoy el viaje es el de la vuelta a casa como ha mostrado Cecilia Domínguez en *Si hubieras estado aquí* ([56] y [59]) o Santiago Gil en *La costa de los ausentes* ([96]).

Sin embargo, *La muchacha del ajenjo* (2016) es una novela que cuenta el viaje migratorio de una familia canaria de cuatro miembros -el matrimonio y dos hijos, uno de cada sexo- a París por la necesidad de encontrar un medio de subsistencia. Cecilia Domínguez Luis es su autora y conoce muy bien la emigración moderna⁵⁹:

[61]

El día de la despedida mi madre tenía el rostro tenso y los ojos brillantes. Sabía que estaba haciendo esfuerzos por no llorar y por eso evité mirarla. Mi hermano y yo experimentamos ese aturdimiento que nos salva a veces del dolor, y ni siquiera hubiéramos podido decir cómo estaba vestido mi padre. Imagino que con el traje de las grandes ocasiones y, colgado de su brazo, un abrigo que se había comprado aprovechando la liquidación de una tienda de ropa de las muchas que han tenido que cerrar con esto de la crisis. Tampoco recuerdo sus palabras de despedida. Seguro que no faltaron las recomendaciones: que ayudásemos en casa, que no perdiéramos el tiempo y sacáramos el curso, que menos salidas y llamadas a los amigos, que teníamos que ahorrar [...] (p. 16).

Es obvio que las dificultades en una ciudad desconocida se presentan desde el primer día: la estancia, el idioma, el buscar colegios en el caso de una familia con hijos en edad escolar, las nuevas amistades, las relaciones, etc., son barreras que hay que saltar y vencer. Encontrar un lugar donde vivir:

[62]

Eran pisos pequeños, de solo dos habitaciones. Una de ellas, la que estaba destinada a mi hermano y a mí, había sido dividida en dos por un tabique de chapa de madera pintada de blanco [...] Yo lo prefería así porque él solía quedarse hasta muy tarde viendo la televisión o con el ordenador, con la excusa de algún trabajo; aunque ahora, al no tener línea telefónica, tendría que contentarse con los juegos que había bajado al PC de su portátil. (p 25).

⁵⁹ Vid., al respecto, [56], que es un texto de la novela *Si hubieras estado aquí* (2013).

Y el sistema sanitario, las condiciones y requerimientos de las consultas médicas, los centros donde relacionarse con otros jóvenes, el sistema de enseñanza. Todo es una complicación añadida para un emigrante:

[63]

El Centro Social estaba a dos manzanas. Realmente era un piso que habían acondicionado: las habitaciones las habían convertido en aulas, en despachos o salas de reuniones y en el salón se podían ver algunas mesas y sillas, varios sillones, un televisor y un ordenador. A la entrada y detrás de un mostrador, una mujer joven nos recibió: *Bonjour!*

–Buenos días –contestamos.

–¡Ah, españoles! –nos respondió con ese acento francés del que tanto nos habíamos reído cuando lo oíamos en las películas (p. 38).

4.9. LA NOVELA “EXPERIMENTAL”

Tenemos solo una muestra, pero es muy significativa. Al Premio de Novela “Benito Pérez Armas”, que convoca la antigua CajaCanarias -ahora La Caixa- de la provincia de Santa Cruz de Tenerife, que es hoy por hoy el premio más apreciado de Canarias, se presentó en el año 2011 Daniel María con la novela *El hombre que ama a Gene Tierney*. Obtuvo el premio de edición, es decir, quedó finalista.

Cecilia Domínguez Luis, una de nuestras narradoras de lo que hemos llamado el nexo de unión entre la narrativa del siglo XX y la del XXI, que mereció el Premio Canarias de Literatura por su dilatada y magnífica obra poética, fue miembro del Jurado y nos comentaba, varios días después de producirse el fallo, que era una ¿novela? - se preguntaba- que sorprendió a los miembros del mismo y que tenía gran mérito. Primero, porque estaba bien escrita y, segundo, porque, sin tener una trama aparentemente clara, combinaba muchos episodios que, siendo dispares, venían a tener una uniformidad, un mismo camino y una misma idea.

Nosotros nos aferramos a estos últimos criterios y queremos ser simples transcritores de tres textos, que también nos sorprendieron:

[175]

Sin hache de Sarah [Obra teatral]

Es de noche. Daniel habla por el teléfono móvil en una parada de taxi. A mitad del monólogo entra Sarah en escena. A la izquierda del escenario hay

un panel que simula la señal de la parada. Este panel será retirado posteriormente por un atrezzista, vestido totalmente de negro, que aparecerá en varias ocasiones a lo largo de la obra actuando en absoluto silencio.

DANIEL: ¿Cómo que no has hecho la cena? No. Me niego. No vuelvo a comer una pizza más en mi vida. Diego, no me calientes. Esta noche te tocaba prepararla... ¿Y el planning de obligaciones? De acuerdo. Haz lo que quieras, yo cenaré por ahí. Sí, solo. ¡Que compartamos alquiler no implica que te importe mi soledad!

SARAH: Tu chico no ha hecho la cena.

DANIEL: Mi... No, no. Es mi compañero de piso. Solteros y heterosexuales.

SARAH: ¿Sois un club? Yo, Sarah. Soltera y presidenta. (*Le ofrece la mano*)

DANIEL: Daniel. Militante. (*Se saludan*)

SARAH: ¿Daniel? (*Busca en el bolso*) ¿Daniel Cruz Fariña?

DANIEL: El mismo.

SARAH: (*Con un libro en la mano*) Me encanta la novela. Me tienes pillada. Quiero decir, enganchada. Siento lo de la soltería (pp. 46-47).

[176]

[Guion cinematográfico]

Madre e hija están acostadas en la cama viendo la tele y comiendo kotufas.

HIJA

Tú eres madre soltera, ¿verdad?

MADRE

¡Niña!

HIJA

Entonces yo también soy soltera.

MADRE

Tú eres soltera porque tienes ocho años.

HIJA

¿Por qué no te casaste con papá?

MADRE

Porque no era el momento.

HIJA

¿Y ahora?

MADRE

Tampoco lo es. ¿Quieres parar ya? ¿Qué perra te ha entrado hoy?

HIJA

Quiero saber de mi pasado.

MADRE

Vaya por Dios.

Rien (p. 95).

[177]

Carta a mi tío Pepe García. Agulo, La Gomera, 10 de julio de 2011

Querido tío:

Ahora que pareces dormido, y durante la madrugada del velatorio albergo la esperanza de que despiertes al amanecer, respóndeme, por favor, ¿dónde volveré a ser niño cuando tu casa sea la tierra? (p. 169).

4.10. LOS GÉNEROS

4.10.1. La novela negra

Pudiera colegirse que Canarias no es lugar propicio para la recreación de motivos de suspense. El archipiélago se vende como un paraíso de sol y playas al que acuden catorce millones de turistas al año, en donde no pudiera ni sospecharse que se dieran tramas e intrigas ocultas y delictivas. Nada más lejos de la realidad. La especulación sobre los terrenos, las amenazas de compradores sin escrúpulos, los pelotazos bancarios que fueron el pan nuestro de cada día en los años previos a la crisis y que, como consecuencia de esta, proliferaron en las islas fueron caldo de cultivo propicio a la maldad, a la venganza y al asesinato. Por otro lado, los 1.500 kilómetros de costa son puerta de entrada de drogas provenientes de Sudamérica que llegaban en yates de lujo o que hacen el trasvase en alta mar con otras naves de lujo e, incluso, que entran por los puertos oficiales en los barcos de carga envueltas en paquetes de café colombiano o de frutas. Bien es verdad que esa vida del hampa y delictiva no se aprecia en el normal convivir de los isleños; es un submundo movido por otros ejes y que, solo de vez en cuando, altera la vida cotidiana con alguna noticia en la prensa de que alguien ha sido hallado muerto o de que la policía ha incautado un importante alijo de droga que, siempre, es el mayor de los capturados hasta el momento.

No hay antecedentes claros de este género de novela negra como la entendemos hoy en la narrativa canaria. Citamos a Rivero Grandoso (2013: 387-405), que dice:

La novela criminal se adecuaba tardíamente a la realidad de las Islas. Si el género en España no se normaliza hasta la década de los 70, todavía tardaría más en adaptarse a la geografía canaria. Aunque podemos citar algunas obras como referentes lejanos que los propios autores canarios han reconocido como influencias en su prosa, estas no deben ser consideradas como pertenecientes al género criminal, ya que no cumplen las características del mismo [...] y *Calima* (1979), de J. J. Armas Marcelo,

novela que parte del suceso real del secuestro y asesinato de Eufemiano Fuentes en 1976 en Gran Canaria. Sin embargo, Armas Marcelo, con un estilo deudor de la narrativa hispanoamericana del boom, fabula sobre el suceso en el imaginario archipiélago de Inla.

Para encontrar la primera novela que pertenece propiamente al género criminal hay que esperar a 1988, cuando Luis León Barreto publica *Los días perdidos* -una obra híbrida ya que aborda la corrupción en Canarias y conjuga los mitos insulares-, y, sobre todo, a 1991, cuando se editan dos obras [...] *Negra hora menos* y *El caso del cliente de Nouakchott*.

El primer título, de Carlos J. Álvarez, es una colección de relatos [...]. Aunque soriano de nacimiento, lleva muchos años afincado en Gran Canaria [...], consiguió en el año 2000 el Premio ‘Benito Pérez Armas’, [...] por *La pluma del arcángel*. En 2011 ha publicado *Si le digo le engaño*, de género criminal, y en 2012 la novela histórica *La señora* [...].

La otra obra fundacional, *El caso del cliente de Nouakchott*, de Jaime Mir, resultó ganadora del Premio de Edición ‘Benito Pérez Armas’ 1990. Se trata de una novela de juventud [...] y ha resultado ser el único testimonio literario del autor [...].

A pesar de estos comienzos, la novela criminal tampoco tuvo mucho éxito durante esa década y hay que esperar al nuevo siglo para que los autores apuesten decididamente por el género. Es en estos años cuando surgen los tres principales representantes de la novela criminal en Canarias: Antonio Lozano, Losé Luis Correa y Alexis Ravelo.

Llegados a este punto, y teniendo en cuenta que hoy la nómina de narradores de G-21 ha aumentado la de los escritores del género negro, podemos considerar que los cuatro puntos cardinales de la novela negra en Canarias son José Luis Correa, Javier Hernández Velázquez, Alexis Ravelo Betancor y Ángel Vallecillo⁶⁰. A Antonio Lozano (Tánger) no lo podemos considerar en nuestra lista de seleccionados porque, primero, no cumple con los criterios de selección de autores señalados en la “Introducción” y, segundo, porque su narrativa ha derivado a problemas de la inmigración o de la política africanos, como sucede con su novela *El caso Sankara* donde aborda la personalidad del presidente de Burkina Faso.

⁶⁰ En las *Actas* del XI Congreso de Novela y Cine Negro (Sánchez Zapatero y Martín Escribà, 2016), celebrado en la Universidad de Salamanca en 2015 aparecen dos artículos dedicados a estos autores (Domínguez Suria, 2016; Rivero Grandoso, 2016). También vinculado a este congreso, que va ya por su decimocuarta edición (abril, 2018), debemos destacar la presencia de José Luis Correa en la antología *La lista negra* (Sánchez Zapatero y Martín Escribà, 2009), la de Ángel Vallecillo en *Sospechosos habituales* (Sánchez Zapatero y Martín Escribà, 2012) y la de Alexis Ravelo en *Diez negritos* (Sánchez Zapatero y Martín Escribà, 2015).

4.10.1.1. La ciudad como escenario

Los cuatro narradores sitúan la acción en ciudades, en centros urbanos. José Luis Correa y Alexis Ravelo relatan las peripecias de sus personajes en la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, mientras que Javier Hernández lo hace, en mayor medida, en Santa Cruz de Tenerife y, luego, con menor frecuencia, en otras, como Madrid, o Seattle, y Ángel Vallecillo centra su acción en Jackson, capital de Misisipi, en los Estados Unidos de América.

Así, José Luis Correa en su novela *Nuestra Señora de la Luna* (2012) nos dice:

[76]

Él [Álvarez, el inspector de policía] andaba enmarañado organizando media docena de denuncias que se apelotonaban ese día: dos sobre violencia de género, el robo con arma blanca en un supermercado, la desaparición de un periodista, una riña de senegaleses en el Parque de Santa Catalina a cuenta de una partida de elefantitos de madera y una manifestación contra la crisis que acabó a trompada limpia (p. 8).

Correa hace uso de enclaves urbanos muy concurridos en el archipiélago. El Parque de Santa Catalina es uno de los centros neurálgicos de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria. En ese parque se celebran, entre otros, los actos del Carnaval y la Gala Drag Queen. En este otro texto ratifica el paisaje de sus novelas: su ciudad natal.

[79]

El cubano me cobró con una sonrisa y un movimiento de su hombro sano. Me dejó enfrente del teatro Pérez Galdós, a medio camino entre mi oficina y el Museo Diocesano. Tenía, pues, un minuto para decidir qué rumbo iba a tomar [...]. Uno es libre de decidir si gira a la derecha o a la izquierda, por ejemplo, en Triana. Libre como el taxista de quedarse en La Habana o emigrar a Las Palmas, de donde probablemente fuera un abuelo indiano muerto hace treinta años (p. 155).

En *El detective nostálgico* (2017) nos regala un texto sobre el paisaje urbano donde coloca las aventuras de sus personajes:

[81]

Así que la primera tarde que salí a pasear (cuarenta minutos: bajé por Escaleritas y Paseo de Chil y llegué hasta los aledaños de mi casa) regresé

con una docena de huevos como desagravio [...]. El semáforo se puso en verde y a mí me importó una vaina que se me saltaran los puntos del hombro. Crucé la Avenida de Mesa y López en cinco pasos y tomé un taxi en la Victoria. Susana me vio llegar con los huevos y la respiración a medio vuelo y me echó la bronca, Cónchale, Ricardo. Aún no estás bueno para tanto trajín; olvídate de salir en tres o cuatro días por lo menos (p.37).

Alexis Ravelo, como José Luis Correa, encuadra su acción en la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, donde vive y con la que se identifica. En su novela *La última tumba* (2013) nos cuenta la evolución urbanística de la ciudad a través de uno de sus personajes, que acaba de salir de la cárcel después de cumplir una condena de veinte años:

[144]

Voy, poco a poco, descubriendo que ya no existe el Excalextric, aquel carril elevado que ocultaba el mar más allá del Puente Palo, que se puede caminar la avenida Marítima desde la Playa de Alcaravaneras hasta la de La Laja casi sin interrupciones; [...] que ninguna de las discotecas a las que yo iba en el Puerto sigue abierta y el Edificio Elder es un museo. Enfrente, en el lado del Muelle, también han puesto un centro comercial (hay centros comerciales por todos lados: rodean la ciudad como los leones a una cebra enferma), cerca de donde atracaba el Jet Foil. Y allí ya no atraca ningún Jet Foil, porque, sencillamente, ya no hay Jet Foils: ahora la gente, para ir a Tenerife, suele llegar a Agaete y coger un ferry rápido (pp. 30-31).

En la misma novela hace un recorrido por la ciudad, a la que convierte en escenario y paisaje de los intrigantes pensamientos de sus personajes:

[145]

Las Palmas de Gran Canaria es una de esas ciudades en las que los pobres fingen ser de clase media y los privilegiados se disfrazan de proletarios. Pasar del país de la completa miseria al de la más absoluta opulencia es solo cuestión de caminar por los barrios que pueblan las laderas, desde los bloques de El Lasso a los caserones de Vegueta; desde las exiguas viviendas de Las Rehoyas a los apartamentos residenciales y aislados de La Minilla. Allí, a La Minilla, se había ido a vivir Nono el Batata, a ese barrio que cuando yo entré en el talego no existía (p. 47).

De la misma manera, Javier Hernández toma la isla y la ciudad como escenario de su novela *El sueño de Goslar* (2013). En este fragmento hace referencia solapada a la

estatua que se erigió en Santa Cruz de Tenerife a la figura del dictador Franco en un enclave principal de la ciudad:

[105]

Encontró tráfico en la autopista. Tenerife estaba atestada de gente que va a algún sitio y acelera para llegar antes. En veinte minutos estaba en Santa Cruz, una ciudad que, como él, se encontraba fuera de ordenación [...] Detuvo el vehículo en el bulevar de la Avenida de Anaga, frente al cuartel de Almeida. A su derecha, el ángel exterminador de las izquierdas insulares mantenía la piedra fría, verde y sedienta. Era un consuelo perverso que los políticos estuvieran dispuestos a defender los Principios fundamentales del Movimiento y, por el contrario, dejar morir los símbolos como la Plaza de Toros (p. 58).

En su obra *Los ojos del puente* (2014), el mismo autor dinamiza el escenario que abarca varias ciudades, algunas del extranjero. El personaje, en este caso el antagonista, va en busca de una novela perdida:

[106]

Se acerca a una oficina del servicio postal y envía un libro a la dirección de correo de la nuera de Cabanas en Madrid. Se hace con un Dodge A 100. Cambia la placa de la matrícula y toma la Pacific Coast Highway hasta la residencia veraniega de Cabanas en Pacific Palisades. Un vecindario privilegiado, cercano a los enclaves de L.A.: Bel Air, Beverly Hills o Hollywood. Lo inteligente es irse, pero no va a decantarse por la opción prudente cuando la sangre reclama más sangre (p. 15).

El autor alterna los escenarios que recorre su personaje, pero todos son ciudades importantes, centros urbanos de nombre reconocible:

[107]

La Gran Vía es una avenida de luz, pero Madrid ya no es una ciudad segura. Barrera no articula un discurso circular, sino un acercamiento al miedo. Un destino al que llega para recoger un libro. La puerta del zaguán está abierta. Sube por las escaleras hasta el segundo piso. Toca el timbre. Ella abre. Su cara brilla (p. 17).

Otra vez en Estados Unidos, esta vez en Seattle. Toni Barrera, ese es el nombre del antagonista, que se adivina un hombre desencantado de la existencia. También de la suya:

[108]

Cierra los ojos. Al abrirlos está en Seattle. Han transcurrido dos semanas. Una niebla espesa oculta el lago Washington y la bahía de Puget Sound, aunque puede oler el salitre de del océano Pacífico. De entre las nubes salen peces. Toni Barrera navega hacia su destino. Reconstruye los sueños. Los perdedores cuentan con la ventaja de tenerse que reinventar continuamente. Los ganadores ni siquiera perciben que son mortales. Él escogió. No puede seguir todos los caminos y ningún sendero es garantía de éxito. Dicen que Seattle era una ciudad fantástica. Por él, la mandarían a la mierda (p. 20).

Por fin, recalca en Santa Cruz de Tenerife, el lugar donde va a resolver sus pesquisas, donde conoce a la gente, a sus contactos, a sus amigos y a su enemigo fundamental, a Mat Fernández, el detective protagonista. En las dos citas siguientes, la ciudad no parece gustarle:

[110]

Salió a la calle, volvía a cogerle el pulso a Santa Cruz. Cualquier sitio es mejor que la cárcel. Santa Cruz es una ciudad dramática. Hay que tener un espíritu trágico para poder quererla. Ramón la odiaba, pero sobre todo detestaba a uno de sus transeúntes: Mat Fernández. ¿El resto? Ni bueno, ni malos. Solo gente que tiene dinero y gente que no lo tiene. Y él haría negocios con los primeros. Y pasaría factura después (p. 35).

[112]

Duggi, conocido como El Monturrio, estaba limitado por el Barranco de Santos, la Avenida de las Asuncionistas, la Rambla de Pulido y el Puente Galcerán. El barrio debía su nombre a Luis Duggi, uno de los próceres santacruceños de finales del siglo XVIII, propietario de la mayoría de los solares y cuya leyenda negra rezaba que se enriqueció con el comercio esclavista con destino a Cuba (p. 59).

Ángel Vallecillo, el último de los narradores dedicados a la novela negra que reseñamos en este estudio, en su obra *Bang bang Wilco Wallace* (2014) coloca la acción en el extranjero, no en vano su detective es un hombre de color que no parece prestar mucha atención al sitio donde vive y del que parece desarraigado:

[115]

El bar de Moe remataba la esquina de la calle Emerald con Sandorz, junto a la estación de bomberos de Bauer, el barrio más miserable de Jackson si exceptuamos Folsom Creek. Bauer, el muelle sur de Jackson, fue un barrio de estibadores hasta que construyeron el gran puerto de Obald. La

mayor parte de los barcos de carga que entran o salen del delta usan hoy esos muelles, así que Bauer agonizó como un pantalán para barcos desvencijados o arruinados [...]

El hipódromo de Tallulah está al pie de la colina, media milla al norte de Jackson, entre Sarasota Bay y los pantanos de Colina Verde. Es un hipódromo viejo de gradas de madera, con una cuerda larga de milla y doscientas noventa yardas y una curva que discurre tan cerca del pantano que los cocodrilos saltan a los tobillos de los caballos. Conozco el Trauser de Malibú, el Gran Peralta de Albuquerque, La Joya en Crystal City, Tejas, pero no hay otro hipódromo más emocionante ni peligroso que Tallulah (p. 17).

El escenario, por tanto, aun siendo diferente, es del mismo tono que en la novela negra tradicional. La Habana puede ser reconocida gracias a la novelística de Leonardo Padura. Y lo mismo sucede con el San Francisco de *El halcón maltés* o la ciudad de Nueva York de *El hombre delgado*. El escenario de los escritores canarios son las ciudades capitalinas de las islas, que rondan en sus áreas metropolitanas el medio millón de habitantes cada una. Evidentemente no son como esas multitudinarias ciudades norteamericanas donde Hammet desarrolla sus acciones, pero sí alcanzan, a otra escala, el mismo matiz. Desde luego, no son como el escenario de *Los hombres que no amaban a las mujeres*, primer libro de la trilogía *Millenium* del sueco Stieg Larsson, que coloca la acción en el medio rural del pequeño pueblo de Hedestad, al igual que Åsa Larsson, que la sitúa en el pueblo minero de Kiruna, o Camilla Läckberg, que la coloca en Fjällbacka. En resumen, estos narradores canarios emulan, quizá inconsciente y miméticamente, a los grandes autores norteamericanos del género, pero con el tamiz de su lugar de nacimiento.

4.10.1.2. Los personajes

También los protagonistas investigadores tienen trazas similares, que no iguales, a los detectives de la novela norteamericana. Los personajes principales de la narrativa negra en Canarias son tipos duros, pero con una dureza y una consideración diferentes de la de Sam Spade, que es capaz de camelarse a la esposa de su socio, o a la de Nick Charles, su hermanastro de padre. Necesitan rodearse de algunos afectos porque saben

que solos no alcanzarán lo que buscan. No tienen esa sequedad en los diálogos, ni reticencia alguna sobre los motivos que investigan. Tienen un baño de insularidad, como el Mario Conde de Padura que deambula por una Habana destrozada que le marca el carácter. También estos policías y detectives están marcados por el oleaje oceánico que los rodea. Ellos saben que, cerrando puertos y aeropuertos, los asesinos, los culpables, los hampones, no se les van a escapar ni traspasar fronteras terrestres. Ya caerán en sus redes. El clima y la humedad relativa del archipiélago canario obligan a tomar las cosas con tranquilidad. ¿Para qué andar con prisas, entonces?

El Ricardo Blanco de José Luis Correa (1962) es un hombre sentimental que sale de copas nocturnas con Beatriz, una amiga que su socio Miguel Moyano y su esposa le han buscado como compañía (*vid.* [77]), y que visita a su abuelo Colacho, con el que degusta platos deliciosos a lo Pepe Carvalho (*vid.* [78]). En *El detective nostálgico* (2017) tiene este momento de reflexión:

[82]

Me serví un ron a pelo, la primera copa en muchos días. Y abrí la caja de Pandora para descubrir que, en efecto, aquella era mi casa y que aquel era yo.

Y que nací un viernes.

Que tuve familia. Que tuve infancia. Que viví en un hogar feliz. Que me tomé una foto sentado en uno de los perros de la Plaza de Santa Ana, con un cucurucho de turrón en la mano. Que hice la primera comunión en la iglesia de Santo Domingo, vestido de almirante de marina. Que mi mejor regalo de reyes fue una máquina de escribir en la que compuse los peores poemas de la historia. Que jugué a la pelota con el equipaje del Bilbao en una plazoleta en cuyo corazón se levantaba un laurel de indias. Que mi padre se parecía a Alfredo Kraus. Que mi madre se parecía a Gina Lollobrigida. Que yo no me parecía a ninguno de los dos.

Y que fui un niño solitario, un viejo prematuro. Que estudié en un colegio de curas. Que saqué unas notas aceptables hasta llegar a la universidad. Que no destacué en nada. Que mi primer coche fue un Citroën. Que mi primer amor se llamaba Malena. Que hice la mili en León: casi pierdo la nariz y dos dedos del pie izquierdo en la garita, en una de mis guardias, por culpa de la nieve. Que fracasé en varios empleos. Que me salvó la vida un viejo cascarrabias socarrón: mi abuelo Colacho. Que no sabría decir cuántas cosas había heredado de él. Que no sabría encontrar su tumba ni la de nadie de mi familia en San Lázaro. Y que volvía a estar solo (pp. 39-40).

Algo distinto es el Mat Fernández de Javier Hernández Velázquez (1968), que posee un extraño sentido del humor, que se deleita saboreando un Jack Daniel's, su

Tennessee Whisky de siempre, que escudriña en *El sueño de Goslar* (2013) la exposición de esculturas de la ciudad de Santa Cruz de Tenerife. Mat Fernández, un tanto engreído y pagado de sí, se deshace por las mujeres:

[104]

Allí me encontré con Sara [...] Con la misma parsimonia deliberada se alzó de puntillas, mojó sus labios con la lengua y acercó mi boca a la suya. Fue un beso húmedo, suave y tentador, como si probara el jugo de un melocotón antes de comprar el lote. Satisfecha se separó con otro gesto impreso en sus labios.

–Gracias, Mat –me dijo y sonrió–. Me sería mucho más fácil odiarte que amarte.

–¿Y qué es peor, nena?

[...]

–¿Qué te pongo, Mat? –me recibió desde el otro lado de la barra Mina.

Mina es diferente a Sara. Unos veinte años más joven (de hecho, más joven de lo que yo he sido nunca) [...]

–Café solo, doble, muy cargado y un matahambre de manzana.

Se quedó mirándome sin pestañear [...]

–¿Qué más quieres, nena?

–Por querer, me gustaría que me besaras.

Amanecía un día besucón. No tenía respuesta para aquella proposición y ella la esperaba [...]

–Acabo de besar a Sara.

Contrariada, puso delante de mí la dosis de cafeína que me permitiría llegar a mediodía y el pastiche de bollería [...]

–¡Vaya con la mosquita muerta! No es tu tipo, Mat (pp. 27-29).

Este Mat Fernández en la novela *Los ojos del puente* (2014) del mismo autor, continúa con esa manera de ser un tanto chulesca y soberbia. En palabras de su secretaria, “pareces un buen tío, pero la multitud se separa de ti como el mar Rojo ante Moisés”:

[111]

Mi vida no ha sido ninguna maravilla durante estos últimos años. Aspiré una profunda bocanada de humo y exhalé formando aritos en el aire. A veces, siento que estoy solo en medio del océano. Aislado. Subido en una barca. Lucho por instinto pero no tengo nada con que luchar, ni por qué hacerlo. Al final, agotado, me dejo llevar y dejo de remar. Entonces, aunque no quiera reconocerlo, mi secretaria, Irene, me ancla a la realidad.

–¿Qué dicen los demás de sí, señorita?

–¡Vaya, Mat! Siempre me preguntas sobre pintalabios, sujetadores y desodorantes, y ahora quieres saber mi opinión de cómo te ve la gente. Quizá lo que te voy a decir no te va a gustar. A ver... ¡cómo decírtelo!,

pareces un buen tío, pero la multitud se separa de ti como el mar Rojo ante Moisés.

–La vida en mi casa era dura. Cuando mi padre me preguntaba algo, yo trataba de responderle lo que pensaba que él quería oír. El problema era que no había respuesta correcta. La cosa se ponía fea dijera lo que dijera, y nunca admití que estaba muerto de miedo.

–Tampoco eres un buen partido. Las mujeres buscamos seguridad y tú no la inspiras. En todo caso, eres un buen polvo, no una pareja con la que despertarse cada mañana [...]

– ...¡Qué curiosa naturaleza! Me mata suavemente tu sinceridad, Irene. Me está obligando a sentir lástima.

–¿Y eso le molesta, señor Fernández? A veces yo también me doy lástima, eso me ayuda a levantar el ánimo.

–Pero tú eres mujer....

–¿Y cuál es la deferencia, señor macho?

–No querrás que te la diga, ¿verdad?

–¡Ves! A eso me refiero. En ocasiones, deberías mantener cerrada tu boquita, Mat (pp. 36-37).

Mientras tanto, aparcado a un lado, el detective Eladio Monroy de las primeras novelas de Alexis Ravelo, que se emplea en extraer de los bajos fondos a los hampones, a los desheredados para hacerlos protagonistas, como sucede en *La última tumba* (2013) con el exconvicto Adrián Miranda Gil, que acaba de salir de prisión y mastica su venganza en estas dos citas casi continuas:

[141]

El primero en morir será Felo. Sé quién será el último aunque no sepa su nombre. Tampoco sé cuántos son. Puede que solo dos, contando con Felo. Puede que sean más. ¿Tres? ¿Cuatro? ¿Cinco tipos? Cuántos y quiénes. Eso es lo que tengo que averiguar. Los porqués me la sudan. (p. 13).

[142]

Eso sí, antes de cargarme a Felo (porque me lo voy a cargar, eso está claro), hay un porqué importante: por qué me jodió. Eso es lo primero que hay que averiguar; ¿por qué coño ese maricón de mierda dijo que no me había visto en todo ese fin de semana? Cuando sepa eso, sabré quién. Y lo demás me va a dar lo mismo (p. 15).

En la novela *Las flores no sangran* (2015), Alexis Ravelo desgana una galería de personajes desnortados y socialmente desarraigados, delincuentes que hacen de sus

trampas y trapiches su modo de vida. El autor es un verdadero maestro en el desarrollo de esas personalidades:

[146]

Paco el Salvaje aseguró la carretilla y echó un último vistazo al botín situado al fondo: con la modelo Chicago eran cuatro máquinas tragaperras (a una por bar), seguramente llenas hasta las trancas, a juzgar por el peso. Descendió de la caja del vehículo y gastó solo un par de movimientos expertos en plegar la rampa y cerrar las puertas. Con la manga de la camisa se enjugó el sudor de la frente y contempló por unos instantes la fachada del centro comercial y, algo más allá, la playa, tranquila, como lo está siempre cualquier playa un martes a media mañana, por muy turística que sea. Unos cuantos bañistas aislados, algunos corredores solitarios enchufados a sus auriculares, varias parejas de jubilados, todos guiris, todos ancianos, paseando por la orilla o por la avenida, donde los camareros comenzaban a instalar las mesas de terraza. Eso era todo, salvo los dos policías locales que conversaban con la dependienta de una heladería en el otro extremo del paseo [...]

—De acuerdo. Nos vemos enseguida.

Lola colgó, apagó el fuego y tapó el caldero. Se felicitó por su decisión de hacer un plato de cuchara. Eran cuatro a comer y aún les quedaba mucha tela que cortar esa mañana.

Lola fue el recibidor y se encontró al Flipao, con su cuerpito flaco y paliducho, viendo un documental en la tele. En cuanto podía, Felo se enchufaba a los canales de documentales. De naturaleza, de historia, de literatura o de política, le importaba tres pepinos la materia: él sintonizaba el canal y se quedaba ahí, ante la caja tonta, absorto, durante hora. Ni se inmutó cuando Lola apareció en el umbral; continuó allí, sentado en el borde del sofá, con las manos juntas en actitud de oración y los codos apoyados en las rodillas [...]

De ordinario hacían timos cortos, cosas rápidas que no daban mucho beneficio pero podían hacerse muchas veces sin que te pillaran. Cosa como lo de las máquinas implicaban al menos una semana de trabajo, la colaboración del Salvaje y el Flipao y mucho esfuerzo. Además, aquello no era la Península, no podías irte cien kilómetros más allá y volver a hacerlo. En la Isla se corría la voz enseguida y los primos se enteraban y no se dejaban tangar. Y, por supuesto, el Margarito les sacaba una pasta por el furgón. No: palos como aquel solo podían darlos una vez cada dos o tres años (pp. 33-35).

Estos personajes son canarios, tienen su punto de soledad y de distancia, que casi con seguridad podemos conectar con lo que expusimos en [25] del apartado 2.1.2 y con [45] del 2.1.7. Los detectives, los investigadores, los policías están marcados algunas veces por la impotencia, que se la da la forma de ser o de hablar; los hampones tienen el carácter de los expresidarios, que lo obtienen del lenguaje barriobajero y la

desesperanza. Ambos grupos, los protagonistas y antagonistas, los buenos y los malos, parecen personajes de andar por casa, sin demasiadas concesiones, imbuidos de su propio contexto social.

Ángel Vallecillo, en su novela *Bang Bang Wilco Wallace* (2014), se acerca al prototipo de detective norteamericano, no en vano es un experto en la novela negra de Hammet y parece dominar la escena literaria de este género con el diálogo y la situación. Su protagonista es afroamericano, como lo son los protagonistas de Chester Himes (Ataúd Ed Johnson y Sepulturero Jones), o de Walter Mosley (Easy Rawlins):

[114]

La primera vez que vi a la rubia yacía desnuda sobre una alfombra roja, con la mejilla hundida en un charco de vómito y la cabellera desparramada, como si acabaran de estallar contra el suelo una botella de champán.

Nunca me había enamorado de un cadáver.

–Yo nunca he estado aquí, Wilco.

Lo miré como si acabara de saldar mi deuda. Lo malo no es deberle la vida a alguien; la verdadera desgracia es que te la salve el tipo equivocado, un tarado como Milton Avery, un muchacho que nunca debió salir de los pantanos de Josh y que, podía jurarlo, no iba a cumplir los treinta y tres años. Me acuclillé junto a la rubia y apoyé la oreja en su pecho. Estaba fría. Su corazón parecía latir unas veces y otras no.

–¿Quién es?

Milton le pegó un trago a la cerveza y la balanceó entre las pantorrillas.

[...]

–Una puta yonqui [...]

Levanté a la rubia por las axilas.

–Ayúdame.

La habitación apestaba a vómito y a vino de cuarto de dólar, pero su pecho desprendía una fragancia dulce a flor de cactus, como si se hubiera criado en el regazo del desierto, a la sombra de los sahuarios. Muerta o no, era una preciosidad. La dejamos caer en la bañera. Milton pareció tomar conciencia del problema.

–¿Está muerta?

Pasé los dedos bajo el chorro y abrí dos vueltas más el grifo del agua caliente (p. 9).

Véase esta otra cita de la misma novela en la que, con pocas pinceladas, describe una escena en un hipódromo donde el detective va a entrevistarse con el antagonista:

[116]

Bajé la escalera y salí al picadero. Crines al sol. Cuando vi al primer caballo se me encogió el estómago. No hay nada más emocionante en este mundo que pasear entre pura sangres. Un personaje de Sherwood Anderson

aseguraba que sabía si un caballo iba a ganar una carrera si al mirarlo se atragantaba. Qué tío el Sherwood. Me remangué el pantalón y entré en el césped embarrado. Vi a Mario ayudando a ensillar un caballo negro de cuello largo, pero no lo reconocí. Me esperaba al Mario de camisola sucia y los bolsillos de los pantalones abultados por libretas y manojos de billetes. Llevaba un traje azul marino con delgadas líneas rojas y un sombrero tejano de paja, de verano, con una cinta azul y el borde forrado de marmolina.

–Don Mario...

Se volvió indeciso, como si no hubiera reconocido mi voz.

–¿Wilco? ¡Amigo mío! –me abrazó, dio un paso atrás y me miró de cuerpo entero–. ¡Joder, tienes un aspecto cojonudo, Wilco!

Llevaba una corbata amarilla, con el nudo ladeado, y unos gemelos de oro a juego con un alfiler de corbata con forma de fusta.

–Lo mismo, don (p. 20).

En cuanto a los personajes secundarios, hay que señalar que la secretaria de Ricardo Blanco, el abuelo Colacho Arteaga, el socio Miguel Moyano y su esposa, el inspector Álvarez, personajes de José Luis Correa en *Nuestra Señora de la Luna*; Paul Chapman, Iris Valentín, Elizabet Mercer, Alberto Morín alias Perro Negro, personajes de Javier Hernández en *El sueño de Goslar*; los hampones y perdedores de Alexis Ravelo, que toman nombres y apodos tan sonoros como Manolo el Tuerto, Fernando el Cabugui, Chana, Tomás el de Gloria y Ginés el Cholo en *La última tumba*, o Lola, el Flipao, Paco el Salvaje, el Margarito de *Las flores no sangran* tienen esa pátina marina del agua del océano, a veces violento, a veces sosegado que rodea a las islas y que condiciona la forma de pensar y la forma pausada de ser de sus habitantes.

4.10.1.3. El sexo

El sexo en este género de los narradores no es equiparable al del resto de la narrativa canaria de la primera quincena del siglo XXI. Es una manifestación más ligera que nos hace recordar al sexo de los personajes de los cómics o al de las películas que tienen como protagonistas a las figuras de los primeros. Recordemos las cintas de Tarzán: sus personajes parecen asexuados. Algo similar sucede con el tratamiento del sexo en la novela negra. Se habla de él, pero no es tan explícito como el que hemos comentado para la narrativa de G-21 (*vid.* 4.5).

En *El detective nostálgico* (2017) José Luis Correa describe con bastante discreción una escena de sexo:

[85]

Tenía un cuerpo en el que poder confiar. Hecho a base de sudor y llanto. Dos partos, un aborto, una cesárea. Dolor y sufrimiento. Desengaños hasta llenar el cupo. Y sin embargo su tacto era cálido, conocido. La sensación de volver a casa después de un largo viaje. Ella debió de notar mi emoción porque me preguntó varias veces por qué la miraba así. ¿Acaso había olvidado cómo era desnuda? No. Nunca. La recordaría incluso con los ojos cerrados. Lo que no recordaba era lo dichoso que me hacía sentir. Beatriz amazona, su cuerpo cabalgándome. El cabello llorando sobre sus hombros blancos. Su vientre despezándose contra mi ingle. El horizonte de su sexo sobre el mío. La piel sobre la piel como si de un instante a otro fuese a amanecer (p. 84).

También Javier Hernández, en *Los ojos del puente* (2014), muestra una escena de sexo quizá con menos discreción:

[109]

Ella se tumba frente al espejo. Puede verlo todo. Le da la espalda, se acucilla, mira hacia atrás y sonrío cuando se acomoda en su cuerpo. Están solos, y ella es suya. La coge por el cuello con una mano, le arranca el vestido con la otra y le baja las bragas a la altura de las rodillas. La agarra de los hombros para marcar el ritmo al penetrarla. Observa como cimbrea su cintura ante las embestidas. La sangre bombeada se comulga en ríos ascendentes de espuma. Cuando el puente que se tiende entre ellos agota los latidos, ella lo aprieta y él se estremece al correrse (p. 25).

Alexis Ravelo, en *Las flores no sangran* (2015) nos plantea, en dos citas relacionadas entre sí, que los delincuentes tienen su código de honor. Se puede ser un hampón pero no un delator, con un código de silencio y de respeto hacia la mujer. En la segunda cita, Paco el Salvaje demuestra que es un hombre de honor:

[147]

–Oye, una cosa: ¿es verdad que tú a la Ruth te la follaste?

El Salvaje hizo un mohín de sorpresa.

–Pero, ¿tú que dices, subnormal?

–Hombre, no te mosquees... Di: ¿te la tiraste o no?

–¿A qué viene eso ahora?

–No, hombre, a nada. Pero me llegó el chisme por ahí y me pareció raro.

–¿El chisme? A ver si me vas a buscar un problema con el Margarito por la cara. ¿Quién carajo anda diciendo eso?

–Se dice el pecado pero no el pecador.

Paco el Salvaje aprovechó que el semáforo del Puente de Piedra se había puesto en rojo para mirarlo a la cara y decirle:

–Lo que no se dice son las veinte hostias que te voy a meter, hijo de puta. ¿Quién anda diciendo eso?

–A mí me lo dijeron en lo de Nolasco. Me lo dijo Pepe el Chepa. Y a él se lo dijo Lolo el Batata. Pero yo no sé. Paco, de verdad... Por eso te preguntaba.

El disco cambió a verde y el Salvaje continuó conduciendo en silencio. Descendieron por la desembocadura del Guiniguada y, al pasar el teatro Pérez Galdós, se internaron en el tráfico de Rafael Cabrera. Solo entonces el Salvaje dijo:

–No me la tiré. Tuvimos un medio lío, cuando éramos unos chiquillajes, pero no nos llegamos a acostar. Y, además, eso fue antes de que estuviera con el Margarito. Éramos muy pibes. ¿Está claro?

–Sí, claro, Salvaje (p.45).

[149]

Había comenzado a anochecer sobre el pasaje de las Chapas, pero ellos, tras las ventanas cerradas, dormitando después del revolcón, no se habían dado cuenta. El Salvaje abrió los ojos y observó a su lado el cuerpo desnudo, la piel morena, casi color café con leche; los pechos de areolas grandes y oscuras, pero hermosos; el vientre y las caderas con algunas estrías y sospechas de flacidez, aunque siempre igualmente deseables.

El Salvaje nunca lo hubiera dicho así, pero amaba aquel cuerpo cansado, de juventud sacrificada y dolor, que podría haber dormido a su lado todos aquellos años y, en cambio, lo hacía junto a un elemento que no la trataba ni medio bien. Con la punta de los dedos recorrió arriba y abajo ese cuerpo amado. Lo hizo lentamente, sin prisa, demorándose en la base del cuello, en el vientre, en el nacimiento del pubis, hirsuto y fragante. Ruth se desperezó, se giró y se lo quedó mirando, antes de dar un suspiro y decirle:

–Como sigas así, me vas a poner otra vez.

–¿Y dónde está el problema, chiquilla?

Ruth sonrió.

–El problema está en que debería vestirme y salir corriendo. Deben de ser las tantas, y ya sabes cómo se pone el inútil cuando no tiene la cena puesta a su hora.

Con un mohín de disgusto, el Salvaje le dio la espalda sentándose al borde de la cama y encendió un cigarrillo del paquete que había en la mesa de noche.

–¡Chacha! Siempre la misma mierda... (p. 49).

4.10.1.4. La intriga

Como señalamos en 4.9.1., varios motivos hacen que las islas sean lugares idóneos para las intrigas, las pistolas y las muertes sospechosas. Si en *Nuestra Señora de la Luna* (2012) la intriga gira alrededor del robo de un cuadro -que da título a la novela-, de la desaparición de un periodista en Las Palmas de Gran Canaria y la presencia de un individuo desarrapado en la carretera de Tafira, barrio del pueblo de Santa Brígida de Gran Canaria, que resuelve el detective Ricardo Blanco, en *El detective nostálgico* (2017) un Ricardo Blanco más envejecido es tiroteado en la puerta de su casa:

[80]

La primera bala destrozó el quinto azulejo contando por la izquierda. La segunda rebotó en un peldaño y fue a incrustarse en el buzón del ático B. La tercera me atravesó la clavícula, dejando tras de sí un dolor silencioso y un olor a carne quemada del que me costó Dios y ayuda desprenderme. El hombre alto me persiguió después por las escaleras durante lo que me pareció una eternidad. Noté sus pasos ahogados, fugaces, acaso subiendo los escalones de dos en dos. Escuché un jadeo ronco, el del depredador que busca rematar a su presa, quizá escupirle a la cara el peor de los insultos o explicarle despacito, para que lo entienda bien, por qué va a morir como un perro en el zaguán de su casa. Pensé que era el final. Entonces se me apareció la virgen del primero derecha, mi vecina habanera, linda Elizabeth, que había confundido uno de los disparos con el timbre y se apresuró a abrirme la puerta y a salvarme la vida (p. 11).

La trama de esta novela es la búsqueda de quién quiere tan mal a Ricardo Blanco. La escena final, con todo resuelto es la que sigue:

[86]

Fue una celebración extraña, acaso porque no había nada que celebrar. El agujero de mi hombro había llegado para quedarse. El médico me aseguró que no iba a poder levantar el brazo como antes, que perdurarían las secuelas: una languidez traumática o un trauma lánguido, no recuerdo bien. Habían muerto cuatro personas y un juez indigno iba a quedar impune de su infamia, castigado tan solo con una jubilación anticipada.

Las autopsias de Katia y Pérez de Sepúlveda ya se habían efectuado, solo quedaba por rellenar la identidad de su asesino y de eso se encargó la Guardia Civil. La de Delia reveló que el primero de los golpes en la nuca había sido el definitivo, los otros dos no llegó ni a sentirlos. Estaba muerta antes de caer al suelo. Y la del Lindo Socas vino acompañada de un informe clínico que desvelaba una enfermedad terminal. Cáncer. Dieciocho

años enclaustrado en una cueva, expuesto al gas radón, habían acabado por joderle, además del juicio, los pulmones.

Cáncer. El médico que se lo diagnosticó y le propuso un remedio temporal -el paciente había rehusado operarse, había declinado la quimioterapia, necesitaba tener despiertos todos sus sentidos para culminar su obra- no sabría nunca que, sin quererlo, había sido el causante de tres muertes inútiles. Cáncer. Elizabeth no sabría nunca que sus tres balazos sólo habían precipitado el final de un lunático [...]. Susana, Inés y Concha intentaban sin éxito consolar a Elizabeth, que necesitaba olvidar más que comer. Beatriz necesitaba de una vez por toda una vida sin sobresaltos. Gervasio que alguien le explicara quien había ejecutado al final a Martín Socas. Y yo, que se disipara la melancolía.

Nada que celebrar. Una fiesta aquella con demasiados muertos (pp. 214-215).

En diciembre de 1973 se organiza en la ciudad de Santa Cruz de Tenerife la Exposición Internacional de Esculturas en la calle, a la que acuden, por préstamos de museos extranjeros, escultores de todo el mundo. Sobre una de esas esculturas, *El guerrero de Goslar*, de Henry Moore, enhebra el escritor Javier Hernández Velázquez una de sus novelas, *El sueño de Goslar* (2012), que tiene como trama el intento de robo de esa escultura:

[103]

-Está bien -le dije-. Pero, entiéndame, cuanto más sepa menos platos romperé. Al menos me dirá de qué se trata, ¿no?

Me puso una fotografía delante.

-Robar esto.

Nos miramos fijamente.

-¿Habla en serio? (p. 25).

En *Los ojos del puente* (2014), Hernández recrea la búsqueda de una famosa novela perdida, lo que permite al autor hacer referencia a narradores canarios⁶¹ de la segunda mitad del siglo XX:

[113]

Dejé el arma entre mi cinturón. Ruth sirvió dos vasos. Cogí el mío y lo miré. Bajo la luz que entraba por la ventana, el zumo era espeso y tenía un color rojo oscuro. Coloqué el vaso sobre una mesilla.

-¿Le pasa algo al zumo?

⁶¹ Narradores del grupo fetasiano (*vid.* 1.2.4.). De nuevo, se adivina la enorme influencia de este grupo en los narradores canarios de finales del siglo XX y en los del siglo XXI: “ellos eran el mito”, escribe Javier Hernández en esta cita.

–No -volví a cogerlo y bebí. Sabía a zumo de tomate-. Tenemos que hablar [...] La historia de ese libro es increíble, ¿por qué lo hace?

–Por Bermejo. La memoria es una losa y él fue el sustento de los fetasianos [...] Es ilusorio pensar en Arozarena, o De Vega, sin Bermejo. Viví y conocí a personajes marginales de Santa Cruz. Estuve presente en muchas charlas con ellos que demostraban el poder de la palabra. Bermejo se convirtió en un personaje de sus relatos, y el alcoholismo y la opresión le hicieron emprender una huida sin retorno. Cuando lo conocí, su soledad resultaba oscura y su expresión era lacónica y ultraterrena. Vivía en un paisaje desolado, fantasmagórico, cubierto de cielos plomizos y nebulosos, mientras ocultaba sus inclinaciones por miedo a la aplicación de la ley de vagos y maleantes.

–¿Una huida hacia *Fetasa*?

–Fue un mecanismo activado y puesto en marcha. Huir. Padrón huyó a Latinoamérica, como en una operación de fuga de cerebros; Isaac de Vega escapó hacia Ijuana, un territorio inverosímil; Bermejo hacia el alcoholismo y la autodestrucción. Pasó del cielo al infierno para acabar en el purgatorio de su barrio santacruzero. Uno de mis últimos recuerdos es su academia de matemáticas y el carro de tiro que usaba de dormitorio en la bodega Batista. *Fetasa* fue la construcción de una ficción. Ellos eran el mito. La vuelta a la isla que concluye con una partida de ajedrez en el pico del Teide. ¡No me hagan reír! No estaban ni para andar un par de kilómetros (p. 187).

Adrián Miranda Gil, el personaje de *La última tumba* de Alexis Ravelo, inicia la búsqueda de Felo (*vid.* [141] y [142]) cuando sale del presidio para llevar a cabo una venganza por los veinte años de cárcel que ha padecido, según él, injustamente. En *Las flores no sangran* (2015), los protagonistas son delincuentes y expresidarios que, junto con El Zurdo, planean raptar a la hija de un hombre importante y pedir un rescate. Alexis Ravelo comienza la trama con una conversación en la comisaría de policía donde, en un *flashback* cinematográfico, se habla de las muertes que, como consecuencia de la intriga, ya se han producido. En la segunda cita se aclara el origen del porqué de la conversación entre el comisario y su visitante:

[150]

En ese momento llamaron a la puerta y el comisario dio permiso para entrar. Inmediatamente, un cincuentón de cabello escaso y traje demasiado oscuro para la época del año dio un paso hacia el interior de la sala de reuniones. El comisario le hizo la fiesta:

–Ah, Serrano... Precisamente hablábamos de usted –dijo cordial, levantándose para hacer las presentaciones –. Aquí, Marcos Perera, un buen amigo. Te presento al inspector jefe Emilio Serrano, de lo mejorcito que tenemos en el Cuerpo [...]

–Cuando vino usted, le iba a explicar al señor Perera que llevamos un mes tremendo. -Ahora se volvió hacia él-. Imagínate, Marcos: siete

fallecidos. ¡Lo que nunca! Para que te hagas a la idea: el año pasado hubo en total trece homicidios. Eso en toda la provincia e incluyendo la violencia machista. Lo mejor sería que no hubiera ninguno, pero comparando con otras regiones, esto es el Paraíso. O lo era, porque ahora, de repente, es como la jodida Franja de Gaza. Fíjate: siete homicidios, casi al mismo tiempo. Y sin salir de la Isla. Estamos desbordados, Marcos.

–Yo, como te decía, estoy aquí para ayudarlos en lo que pueda (pp. 57-58).

[151]

–¿Cuánto puede haber en ese palo? -preguntó [Lola] a bocajarro.

El Zurdo se olvidó de sibaritismos cafeteros y se centró.

–Tanto como pueda reunir Isidro Padrón en una día. Y te puedo asegurar que ese hijo de puta, en un día, puede tener en las manos una millonada.

Ahora fue Diego quien pregunto:

–¿Y cuánta gente haría falta?

–La menos posible, pero seguramente ustedes y el Salvaje [...] Y fijo que hay que contar con el Margarito para la intendencia. Pero ese, cuanto menos sepa, mejor.

–¿No te fías del Margarito?

–Para esto no. Es un rollo muy gordo [...]

–Bueno, a ver los detalles -pidió Lola.

–Los detalles te los doy cuando digan que sí [...]

[Habla Eusebio el Zurdo] –Y encima el jodío Padrón es aficionado a la cacería y tiene los suficientes cojones para coger cualquiera de las escopetas que colecciona y pegarle un tiro al que se le cuele en la casa. Así que para entrar a dar un palo, habría que tener un comando entero de boinas verdes. Es mucho para nosotros.

–¿Entonces?

–¿Les dije que tiene una hija, verdad? [...] Diana se llama. Trabaja en una de las empresas del padre. Vivía con un muchacho, por lo visto, pero el tío se piró. La piba vive en Las Palmas, sola, en un ático por la zona de El Terrero. Lo sé porque alguna vez he tenido que ir para llevarle mandados de parte del padre.

–¿La vamos a tangar a ella?

–No la vamos a tangar a ella. Ya te dije que no va de eso. Lo que vamos a hacer es trincarla.

–¿Trincarla? -preguntó Diego.

–Sí. Lo haría yo pero estoy demasiado cerca. Lo tiene que hacer otra persona. Pero eso tiene un lado bueno: como yo estoy dentro de la casa, puedo estar al loro y avisar si hay alguna jugada.

–Vamos a ver, ¿de qué coño estás hablando, viejo? ¿De un amarre?

–Pues claro, joder. De un amarre (pp. 66-68).

En *Bang Bang Wilco Wallace* (2014) que, según hemos indicado, se desarrolla en Jackson, Misisipi, Ángel Vallecillo desgrana una trama en la que una rubia,

desobedeciendo a un truhan al que llaman el Gordo, que le da el dinero para la apuesta, lo hace por un caballo distinto al que él le dice. La rubia acierta y el Gordo le reclama el dinero ganado:

[117]

Puse cara de estreñido y me encendí un cigarro.

–Estoy buscando a alguien.

–No te acerques ni a las chicas ni a la botella, muchacho. Nunca te había visto mejor.

– Es por trabajo.

–Deja esa mierda de despacho. Ya tuviste bastante en el cuerpo -volvió a mirar por los prismáticos-. Atiende -me los cedió-: mira lo que hace con la cabeza -enfoqué los cajones: Sunstreak levantaba el hocico sobre la presa como si venteara la dirección del viento o buscara la sombra de los otros caballos. Sonó la campa y saltaron los cajones. Mario manoseó nervioso la barandilla-. ¿Quién es la chica? -preguntó.

Cruzaron como un grupo compacto por línea de meta. Era una doble milla. Sunstreak pasó quinto, con las manos livianas como si hubiera salido de paseo.

–Una rubia muerta en Folsom Creek [...]

Sunstreak cruzó la meta con cincuenta yardas de ventaja. El jockey no había vuelto a fustigarlo desde la segunda curva [...]

Para empezar la rubia no está muerta. Y la pasta, amigo -dijo con fatalidad-, se la debe al Gordo de Chicago. Anteayer estaban sentados aquí mismo, él y la rubia. Dios... Esa cara de ángel tiene las mejores tetas de América -chascó la lengua-. No sé muy bien porqué, pero el Gordo le dio mil pavos para que apostara por Quicktime, pero, Dios sabe por qué demonios, esa chica apostó por Rowalto (pp. 23-25).

La rubia, represaliada, aparece herida en su casa (*vid.* [114]) y Wilco Wallace, llamado por un delincuente amigo de ella, acude a la casa, pero cuando la lleva a la bañera y abre el agua caliente, oye a la policía y huye. En un pabellón deportivo dedicado al boxeo, Wilco Wallace se tropieza con el Gordo al que acompaña la rubia:

[118]

Me encanta ver a un negro pegándole duro a un blanco⁶².

Bilford Saratoga rindió la rodilla en la lona y desmayó la frente en el guante. Yo creo que rezaba. El árbitro contó como si se le estuviera enfriando la cena. En su rincón, Tool Morgan giraba el cuello sin dejar de bailar, fresco como el aliento de un ángel. Saratoga se puso de pie y se dolió del hígado. La izquierda de Morgan le había entrado llena como un cubo de grava. El árbitro abrió los párpados de Saratoga, le pegó un cachete en la mejilla y estiró los brazos para ofrecerle el centro del ring. Tool

⁶² El protagonista de Vallecillo es un investigador afroamericano, *vid.*, al respecto, 4.10.1.2.

Morgan se golpeó los guantes como si calentara un motor, dio tres pasos de baile, amagó una derecha alta y se sacó de la cartuchera, otra vez, un rápido gancho de izquierda que demolió el hígado de Saratoga.

Las cuatro gradas se encogieron; hasta un ciego hubiera encogido la tripa [...] El árbitro levantó en alto el guante de Morgan y estalló una nueva tormenta de fogonazos. La rubia no se había movido en todo el combate. Llevaba un vestido azul celeste de tirantes, unos zapatitos blancos y una diadema trenzada con su cabellera rubia, a modo de corona. Parecía una obra de arte expuesta en un basurero. Tenía un labio partido y no se preocupaba por ocultarlo. El lápiz de labios brillaba como un corazón de rubíes. Me acerqué hasta ella y le pedí fuego a uno de los gorilas que la protegían; miré a la rubia de reojo.

—Lárgate -me dijo el matón.

—Está bien, amigo.

Le pedí fuego al otro guardaespaldas. En el trayecto había cruzado la mirada con la rubia; llegué al otro lado con escarcha en las pestañas.

—¿No has oído? Largo [...]

Me crucé con el Gordo. Pareció no reconocirme, pero oí que le decía a uno de los negros:

—Vaya, Wilco Wallace parece recién planchado [...]

El Gordo salió escoltado por el pasillo de autoridades. La rubia se volvió en el último suspiro y me miró fijamente como si me reconociera, como si tratara de decirme algo.

Como si pidiera ayuda (pp. 27–29).

El capitán de policía interroga a Wilco Wallace. De la conversación se desprende que el detective negro había sido policía. El capitán, por supuesto, sabe todo sobre la vida y milagros del detective. Al final, le pide que colabore:

[119]

El capitán Dimebag había cambiado el despacho del jefe Roberts por uno más moderno, aunque bien pudiera ser que simplemente lo hubiera ordenado: al jefe Roberts no le veías tras la barricada de expedientes que se amontonaban sobre su mesa; quizá por eso sólo logro recordarle hablándome de pie [...]

—La vida fuera de la policía rejuvenece... -dijo el capitán Dimebag-. Tienes buen aspecto, Wallace.

—Supongo que ahora debo tenerlo un poco peor.

—¿Y eso?

—Estoy esperando que usted me lo diga.

El capitán Dimebag se estiró la quijada con disgusto y echó el cuerpo sobre el canto de la mesa.

—Pretendía ser amable [...]

—¿Se me acusa de algo, capitán?

Dimebag se frotó la mejilla, miró a Everett de reojo y trató de tranquilizarme.

—No se te acusa de nada. Pero, por favor, trata de colaborar. ¿Dónde estabas entre la una y las dos de la mañana?

–Estuve en Folsom Creek [...]

–¿Qué sabes de una rubia en Folsom Creek [...] La encontraron en su apartamento con una parada respiratoria por consumo de estupefacientes. Estaba desnuda, sin signos de violencia. Alguien la había metido en una bañera caliente. El grifo estaba abierto cuando llegó la policía.

Le miré fijamente a los ojos.

–Ya me echaron por eso, capitán. ¿Van a llamarme cada vez que encuentren a una rubia desnuda? [...]

–No compliques las cosas.

–Deme dos o tres días (pp. 33-37).

Véase el final en el que Josh, el hermano de Wilco Wallace, ataca al Gordo y lo hiere. La escena tiene una enorme crueldad, con tintes cinematográficos tarantinianos:

[120]

El Gordo se removió como un hipopótamo herido y rodó panza arriba. Josh se incorporó, desenterró el bate por segunda vez, se acercó al Gordo y alzó el bate sobre su cabeza como si aguardara una orden.

–¡Mátale! -gritó mi padre.

–¡Mátale! -le grité a Josh.

–¡Mátale! -gritó la rubia.

Josh manoseó la caña como si acumulara fuerzas. El viento cesó definitivamente y el silencio pareció gritar una orden. Josh descargó un mazazo en la crisma del Gordo que sonó como un ladrillazo en la arena [...]

La rubia se echó sobre el cuerpo del Gordo y le registró los bolsillos.

–Put a -masculló el Gordo.

La rubia se sacó el revólver de la culera, le apoyó el cañón en la frente y le vació el cargador (pp. 183 -184).

La novela negra que se desarrolla en Canarias tiene, por lo expuesto, sus peculiaridades por lo social o lo geográfico, pero poco más. El escenario, los personajes y la intriga son similares a la novela negra norteamericana, no en vano los cuatro autores (José Luis Correa, Javier Hernández, Alexis Ravelo y Ángel Vallecillo) han bebido de las fuentes de Hammet, Chandler, Mac Donald y Spillane, o los más modernos Hartan Coben, Tom Clancy o Craig Russell. Pero tiene, afortunadamente, ciertas características sociales y geográficas que la diferencian.

4.10.2. La novela de ciencia ficción

Es un género infrecuente en la narrativa canaria. Nunca ha sido el narrador canario proclive a esta modalidad literaria porque es persona muy apegada al terreno y a la realidad con lo que se separa o se aparta de todo aquello que no le parece real. En el siglo pasado, Andrés Servando (1949) escribió *Informes vanos*, una novela que mereció el Premio de Novela Corta “Ciudad de La Laguna” 1982 en la que relata las peripecias de unos personajes dominados y ordenados por guardadores, inductores, precipitadores, que eran instancias exteriores y superiores a los personajes de a pie: Alberto Fumero, María, su esposa que no se fía de la capacidad de su hijo Albertito, Nacho el ingeniero industrial atosigado por su mujer en cuestiones de su trabajo, Encarnita, empaquetadora de plátanos y después camarera y limpiadora de pisos en Playa de Las Américas, Carmelo el fotógrafo, o Ursulita, la niña soñadora que jugaba a establecer negocios en las cuatro esquinas del asiento trasero del coche de su padre. Pero al igual que ocurrió, como dijimos, con Luis León Barreto y *Las espiritistas de Telde* (1981) con respecto al género negro, tampoco la novela de Andrés Servando representaba al género de ciencia ficción, toda vez que parecía más un juego literario que una verdadera incursión en la novela de este género.

Entre los elegidos de G-21 para este trabajo, solo tenemos un escritor que se dedique a este género, Víctor Conde, seudónimo de Alfredo Moreno Santana. Excepcionalmente, contamos con un pequeño escaqueo de Cristo Hernández, en su obra *Unidades libres* (2014), cuyo protagonista escapa de la consulta de un extraño médico que lo ha convertido en un ser con una fuerte personalidad gracias a una rara terapia:

[102]

Durante la fuga iba pensando en los beneficios que me estaban proporcionando los cambios de personalidad a que me había sometido, en las últimas fechas, la dulce tiranía del dado. El papel que había adoptado para la ocasión de este ejercicio práctico me hacía sentir un superhombre: apartaba a la gente con suma facilidad mientras corría a una velocidad imposible de calcular por ningún velocímetro de la NASA, saltaba sobre la muchedumbre sin necesidad de una capa hortera de un color ridículo, veía a través de los cuerpos de los transeúntes el camino diáfano que me conducía hasta el andén en donde me esperaba el vagón de metro en el que debía realizar el trabajo de campo encomendado por el Dr. Rhinehart. Yo siempre había sido un tipo tímido, un acojonado social, una de esas piltrafas urbanas a las que la gente pisa y humilla con total desinterés, sin ni siquiera pararse

a pensar por qué. Pero la terapia en la consulta del Dr. Rhinehart y, posteriormente, mi ingreso en el *Centro para la Experimentación en Entornos Totalmente Maleables* me habían convertido en otra persona. Los ejercicios de cambio de personalidad a instancias del dado me habían mutado, primero, en un sujeto flexible y dúctil hacia mi entorno, un sujeto capaz de enfrentar cualquier situación con garantías de triunfo o al menos sin darle la oportunidad a nadie que me pisoteara; pero, además, conseguí que aquella veterana ñoñez y pusilanimidad de mi antigua vida se convirtiera en una personalidad firme y apabullante (p. 17-18).

Pero quien se dedica de lleno al género de ciencia ficción es Víctor Conde, que en su novela *Crónicas del multiverso* (2010) recrea una escena con un lenguaje cuando menos curioso y unos personajes singulares:

[152]

Otras personas entraron en el bar. Exploradores. Gusanos del Margen, los llamaban. Era fácil reconocerlos por su aire de desorientación constante y por sus ojos, radicalmente distintos a los suyos, lastimados, como si su encuentro con la consabida mujer fatal ya hubiese tenido lugar. Justo la clase de personas con las que necesitaba charlar.

Los gusanos también debieron de reconocerlo como uno de los suyos porque se aproximaron (tras echarle sólo dos o tres miradas de soslayo) y sin pedir permiso, ocuparon las sillas libres. El viajero los miró (p. 16).

Palabras nuevas, en efecto, y en la mayoría de las ocasiones se fundan espacios nuevos, efectos físicos que pueden ser reales o figurados, agujeros negros, frentes electromagnéticos y cantidades desorbitadas de años. Se requiere toda una especialización para tratar estos temas literarios. Nosotros solo damos fe de ellos:

[153]

Había colocado a la *Eurídice* al acecho, cabalgando la onda de choque de un lejano quásar. Se había pasado jornadas enteras en vela elucubrando un complejo plan de aproximación al convoy, que incluía mover de su sitio un púlsar y hacerlo estallar para que el frente electromagnético confundiera sus antenas. Pero se llevó una grata sorpresa cuando la cognoscitiva la puso al día de los fenómenos locales: un anillo de agujeros negros se había desplomado cincuenta mil años atrás en las proximidades de Calipsos, enviando una onda de choque en todas direcciones. Casualmente, esa onda iba a alcanzar al convoy en menos de doscientas horas (p. 35).

El que un ser no humano, pero inteligente, tenga un “respirador humano favorito” no deja de ser una idea sorprendente; además, Zhinz y su respirador apuestan

unos litros de una bebida desconocida para los “respiradores” mortales que, potencialmente, deben de ser nuestros descendientes:

[154]

Zhinz extrajo los prismáticos de su marsupio y se los colocó frente a los ojos. Odiaba las noches sin luna. Deseó poseer la tecnología necesaria para explorar la oscuridad como si estuviese a plena luz del día, como había visto hacer una vez a su respirador de oxígeno favorito, un humano llamado Jules Van Zan, con quien había apostado unos litros de veluvona a que jamás volvería a poner las patas en aquel lugar (p. 45).

Las escenas están llenas de fantasías, de fotones y de artefactos que despiden ozono al desplazarse y el humano Jules corta el aire. Las figuras literarias son raramente asumibles por la comprensión actual, pero no dejan de ser atrayentes. Desde luego, es una nueva estética en la narrativa del archipiélago la que se muestra en los dos textos siguientes:

[155]

–Dime, Jules-maestro-de-serpientes, ¿qué premio fantástico estamos buscando/escru-tando?

El musculoso humano ignoró la pregunta y se acercó con precaución a la montaña de cadáveres. El artefacto alienígena había estado allí hacía unos segundos, no cabía duda: aún se advertía ozono en el aire, cierto paroxismo de color en los fotones del ambiente. Pero se había volatilizado. Sin más. Sin fognazos simétricos ni generación de calor ni ninguno de los efectos colaterales de la desintegración de la materia. Jules cortó el aire con sus manos en la zona que había ocupado el objeto y sintió una sensación extraña en la piel, como si éste se congelara y bullese en pequeños segmentos microscópicos (p. 88).

[156]

Con el paso de los años, Lina se deshizo de aquel vetusto primer carguero. Geishel y Neir se reconciliaron. Llegó la época de la piratería. Las incursiones contra los convoyes *urtianos* le reportaron mucho dinero, que empleó en adquirir la astronave de sus sueños: aquella en la que ya montaban su hermana y ella a los doce años, en el patio de atrás. La llamó a *Eurídice* en honor al sobrenombre que Geishel empleaba cuando enviaba mensajes en clave a los piratas de la Espingarda (el suyo, menos majestuoso, era *Dardo azul*). Era la mejor nave corsaria que jamás había surcado el Bolzai, con la más sofisticada tecnología de las diferentes especies impulsando su contorno de flecha, y suficiente armamento como para enfrentarse a cualquier peligro (p 137).

Y alcanzamos la más alta cota con la exposición de un verbo numérico que otorga extrañeza al texto. Este solo es inteligible a medias si prescindimos de los números:

[157]

[...] según nuestras mediciones, ya que densos flujos de partículas continúan emanando en el Mar de Bolz0011010111010100101010000111001111011raídos por las breñas estelares del entorno. Esto provoca interferencias de gran magnitud en la telaraña de comunicaciones. Solicitam10101010101011101101así como el cese de estas actividades peligrosas (p. 217).

En la otra novela de Víctor Conde, la titulada *Malpaís* (2012), los personajes tienen características especiales. Son criaturas olvidadas capaces de viajar cósmicamente. En la siguiente cita el autor nos introduce en su mundo:

[158]

¿Sabes por qué las alas de los ángeles son blancas? Porque están hechas con papel de máquina de escribir.

Me lo dijo en cierta ocasión un oráculo. Lo curioso es que yo lo había consultado a tenor de un asunto de dinero. Y él me salió con esas. ¿Me estaba tomando el pelo? ¿Había bebido más éter de la cuenta en sus periplos cósmicos? Lo cierto es que me encantó la frase. Desde aquel día la tengo enmarcada en mi habitación, y es lo último que miro antes de acostarme. Cada noche le encuentro un significado distinto.

¿Qué te sugiere a ti, Gran Dictador? (p. 15).

Esos personajes se mueven como figuras de una película de dibujos animados, como si su existencia dependiera solo de una voluntad humana en la que no hay ni un vestigio de intervención divina. Desde luego, la capacidad de invención del autor es extraordinaria, tanto en los argumentos como en la expresión del lenguaje. Queda patente en las dos citas que siguen:

[159]

Mi objetivo principal al llegar a Tenerife es reunirme con los Bichos Despreocupados. Los Bichos son un grupo de vivalavidas medio pasados de rosca en cuya religión militaron mis padres antes de coger los bártulos y largarse a explorar las fronteras de Pangea. No son mala gente, o al menos, mis padres me los han descrito siempre así. Son criaturas olvidadas por el tiempo, monstruos de eras remotas que todavía se mueven por animación fotograma a fotograma, Harryhausen, no están generados por ordenador

como los de hoy en día. Son un grupo de para-hippies fugados de los años setenta que aún creen que la utopía distópica a la que le entregaron sus años mozos puede ser cierta.

No seré yo quien los juzgue por intentar vivir un sueño (p. 27).

[160]

Más detalles sobre la película porno de Margarita (está escribiendo el guion, y va por la página doscientos diez):

Paul Wazzo, el prota, y su media naranja de Interpol, la aguerrida (y buenorra) Nymh Phowmann, logran apagar el transfusionador que está convirtiendo en plan gang bang a todo el mundo en zombis caníbales, pero no antes de que en una última emisión de ondas, los principales líderes políticos del mundo vean transformadas sus ondas cerebrales por influencia del aparato en cuestión. Estos pseudo-zombis con corbata se reúnen en Tartademanzana, Oklahoma, en un búnker secreto de la CIA, para diseñar un plan cuyo objetivo final sería la decadencia económica del mundo, lo cual explica la actual crisis económica, que es solo la primera fase (p. 73).

4.11. EL HABLA CANARIA

Una característica temática importante en los narradores de G-21 es la inclusión en sus novelas, de manera absolutamente intencionada, de la modalidad del habla autóctona: los canarismos, los anglicismos y lusismos que se han convertido ya en canarismos y los giros dialectales propios de la variedad de habla canaria. El archipiélago ha sido tierra de paso y de asentamiento de extranjeros, tanto ingleses como portugueses y alemanes que han dejado su impronta. Sin ánimo de exhaustividad, muchos son los préstamos en el habla de Canarias, como *fotingo*, *chercha*, *nife*, *petudo*, *cachimba*. A los coches usados o, también, antiguos y los que se han quedado viejos y fuera de moda se les llama *fotingos*. Ello viene de la propaganda del antiquísimo y rentable modelo Ford T que decía *Foot and go* (*footandgo* > *fotingo*) porque era de los primeros en disponer de la palanca de embrague. La *chercha* es el agujero que hacen en la tierra los niños cuando juegan a las canicas (en Canarias *boliches*). Ese agujero representaba la pérdida del boliche para el jugador que cayera en el agujero, que era como la muerte del boliche. En los cementerios, había una iglesia para la religión protestante, que era la *church* (> *chercha*). También lusismos, como *petudo* por

jorobado⁶³, *cachimba*⁶⁴ por pipa de fumar, fueron calando en el habla del canario, que las adoptó.

En *La última tumba* (2013), Alexis Ravelo incluye el término *pisquito*:

[143]

El hombre era nacido y criado en La Isleta. Había sido calderero en el Muelle durante cuarenta y siete años, imagínese usted y ahora, con los chiquillos criados y los nietos ya grandes y dos bisnietos, qué iba a hacer, pues venir todas las tardes un ratito, después de la siesta, a echarse un pisquito (p. 24).

“Echarse un pisquito”, esto es, “echarse un pizco” no es tumbarse un momento a hacer la siesta (puesto que en el relato el personaje ya ha sesteado), sino tomarse un trago de ron. En la provincia de Las Palmas, un *pisco* (en la de Santa Cruz de Tenerife un *fisco*) denota cantidad, ‘poco’: de ahí, un poco de ron es “un pisquito de ron”.

José Luis Correa, por su parte, también introduce en la novela *Nuestra Señora de la Luna* (2012) algunos canarismos o giros del lenguaje isleño que provienen del inglés:

[77]

He de reconocer que, mientras Miguel me hablaba de no sé qué negocio que tenía en marcha, yo intentaba alongarme a la conversación de las mujeres (p. 106).

“Alongar(me)” es un indigenismo hispánico (Corrales, Corbella y Álvarez, 1996: 200 s.v. *alongar*), aunque podría ser también un anglicismo, hacer(me) largo, alargar el cuello, la cabeza, (*to along*), para oír una conversación o alargar el cuerpo, sacándolo peligrosamente por encima del peto o de la barandilla de un balcón. También, en *Nuestra Señora de la Luna*, podemos apreciar otro ejemplo:

[78]

El domingo lo pasé en casa de Colacho. Para que mi abuelo no anduviera en la cocina, y dado que yo no tengo idea ni interés en aprender a guisar, me encargué de llevar la comida de un restaurante de La Puntilla, uno especializado en sancocho (p. 117).

⁶³ Corrales, Corbella y Álvarez (1996: III, 2115 s.v. *petudo*).

⁶⁴ Corrales, Corbella y Álvarez (1996: I, 597 s.v. *cachimba*).

En la provincia oriental, es decir, Las Palmas, el *sancocho* es un guiso de pescado. En la provincia occidental, Santa Cruz de Tenerife, se le llama “pescado guisado”. No se dice “pescado cocido” porque los canarios sesean y se confundiría el verbo “cocer” con el verbo “coser”. Se usan también en *Nuestra Señora de la Luna* el término “cambado” (p. 13), que significa ‘torcido’ o ‘que se tuerce’; “totorota” (p. 165), que significa ‘torpe, atontado, ignorante’; este también aparece en *La última tumba* de Alexis Ravelo (p. 164).

Es muy común en Canarias, como en el español americano, pues comparten esta variedad diatópica, el uso de diminutivos con valores opuestos: unas veces, denotan cariño: “Ricardillo” o “niñito”. También “llamita, bolsita” y “viejecita” (Melini, *El futbolista asesino*, p. 69). Otras, denotan desdén: “Ricardito, calladita, rusita o bobito”. También “numerito” y “clarito” (Ravelo, *La última tumba*, p. 156 y p. 168, respectivamente), y “hostalucho” (Delgado Montelongo, *El centro del gran desconocido*, p.20).

En esta cita de *El detective nostálgico* (2017), José Luis Correa nos ofrece varios ejemplos del habla canaria:

[83]

Elizabeth me vio en el rellano, renqueante, la camisa empapada de babas y de sangre, y jaló de mí hacia el interior de su apartamento. [...] Fuerte guineo, oiga; no sé qué parte de la urgencia no entendieron. Elizabeth enjuagó el trapo enchumbado de sangre, en una escudilla de loza blanca y descascarillada [...] Y preguntaba a bocajarro, sin tirria pero sin piedad. (pp. 11-13).

“Jalar” se produce por una aspiración de la hache del verbo halar, “jaló de mí”, ‘tiró de mí’. “Guineo” vino de América y era un baile de negros y el canto monótono que lo acompañaba⁶⁵. “Enchumbar”, ‘ensopar, empapar de agua’, es dialectalismo común a Canarias, México, Antillas, Panamá, Uruguay y Venezuela (RAE, *s.v. enchumbar*).

También en *Los puercos de Circe*, de Luis Alemany, tenemos otra muestra de la hache aspirada, en boca de uno de los personajes canarios:

⁶⁵ Corrales, Corbella y Álvarez (1996: II, 1470 *s.v. guineo*). Según la RAE (DLE, *s.v. guineo*), su procedencia es africana, de Guinea.

[40]

-En este puñetero país -protesta Rafa-, hace un calor insoportable siempre, trescientos sesenta y cinco días al año.

-Estos godos -dice Martínez mirando a Rafa- se creen que son los dueños de las islas. Si nadie los mandó venir, jediondos.

-No sé qué sería de vosotros sin los godos -dice Rafa bebiendo un trago de whisky y mirando a las muchachas que entran de la terraza luminosa (p. 78).

De *El detective nostálgico*, de José Luis Correa, nos llega “pibe”, probablemente venido de América, de la variedad rioplatense (> “pebete”, y este del catalán “pevet” - RAE, s.v. *pibe* y *pebete*):

[84]

El agente de guardia era un pibe que no llegaba a los treinta. [...] El pibe titubeó (p. 59).

También lo cita Nicolás Melini en su novela *El futbolista asesino* (2012):

[127]

El que se encuentra junto a mí se pone de pie y camina por el borde del estanque haciendo equilibrios entre el agua y los cinco metros de caída hasta la carretera. Llega junto a Silvia. Oigo que dice: “Oye, piba”, y luego no escucho más (p. 57).

Junto a los dialectalismos propios de la variedad geográfica, se cuelean términos procedentes de la jerga de la delincuencia Veamos un ejemplo de *Las flores no sangran* (2015), de Alexis Ravelo (las cursivas son nuestras):

[148]

Después buscó un número en la agenda de su móvil. Al otro lado, se escuchó una voz de hombre que intentaba hacerse oír sobre un estruendo de música tecnocaribeña.

-¿Qué fue?

-Nada, Ñato, que a ver si nos podíamos ver.

-¿Tienes lo mío?

-¿Dónde estás?

-En el coche -dijo el Ñato, como si con eso contestara a la pregunta.

Luego repitió -: ¿Tienes lo mío?

-Todo no. Una parte.

-¿Cómo una parte, *tron*?

-La mitad.

-¿La mitad? ¿Cómo la mitad?

–Bueno, más o menos.

–¿Más o menos? *Loco*, al final me voy a terminar calentando. Quedamos en que me pasabas lo mío ya, que me debes perras desde hace un *fleje* tiempo (p. 46).

El narrador del siglo XXI no tiene ninguna traba para expresarse y escribir como lo hace la calle, porque él es testigo de lo que se dice y de cómo se utiliza. Es un narrador que no tiene inconveniente en plasmar un lenguaje real y cotidiano propiamente canario. En esa libertad de expresión aventaja al narrador del siglo pasado que prefería un léxico más estándar. Y en otros temas (la isla, la soledad, el complejo de lejanía, el sexo y el resto de los temas que hemos planteado) compite también con los narradores del XX. Enfrentaremos y confrontaremos esa competencia.

CAPÍTULO 5. COMPARACIÓN DE LOS TEMAS DE LA NOVELA DEL SIGLO XX Y DEL SIGLO XXI

Cincuenta o sesenta años de diferencia dan para mucho. Hemos mostrado en los Capítulos 2 y 4 que los conceptos de la narrativa de cada siglo difieren. Es muy significativo, y lo es en todo el país, el avance de las infraestructuras, la economía, las comunicaciones, la electrónica, la informática, etc. El modo de la vida ha dado un cambio radical. Y esas circunstancias, más palpables en Canarias que en la Península, han determinado que los temas de la narrativa canaria de aquella época estuvieran dominados por unos condicionantes (geográficos y sociales) tan distintos a los de ahora.

Por consiguiente, entre los narradores de los dos siglos, bien es verdad que del XXI solo han transcurrido dieciocho años, hay nuevos y viejos temas que configuran una identidad narrativa canaria.

5.1. LAS COMPARACIONES NO SON ODIOSAS

Al contrario de esta máxima axiomática, podemos comparar, sin sorprendernos, las características de las narrativas del XX y del XXI, asumiendo que el tiempo ha pasado -afortunadamente- y que uno de los objetivos de este trabajo es el de determinar la identidad novelística de los autores de la Generación 21 y si esta ha tenido en cuenta o se ha contaminado de la propia de la novela canaria anterior -la del siglo XX-; o si, por el contrario, la ha soslayado, actuando al margen de los conceptos que, históricamente, la han conformado y confirmado -*vid.* lo señalado en la “Introducción”-. Se trata, en definitiva, decíamos allí, de determinar también si han conseguido alcanzar

una identidad propia. Para lograr este fin no hay otro modo que el de confrontar la narrativa de los dos siglos.

Recordemos el esquema inicial de las características de la narrativa del siglo XX que constituyeron el Capítulo 2:

- 2.1.1. La isla y la condición archipelágica. La isla como espacio insular.
- 2.1.2. La soledad, la angustia.
- 2.1.3. El mar como barrera y el mar como istmo que nos une a la Península
- 2.1.4. El hecho geográfico.
- 2.1.5. Difusión producción y distribución.
- 2.1.6. El complejo de lejanía y de abandono, el complejo de prisión y la rebeldía del prisionero.
- 2.1.7. El rechazo a lo que proceda del exterior, la conciencia de ser diferente.
- 2.1.8. La bipolaridad en la escritura: escribir dentro o escribir fuera de Canarias.

En paralelo, recordemos lo que hemos detallado en el Capítulo 4, para poder determinar si nuestro objetivo es alcanzable:

- 4.2. El nuevo espacio insular, el nuevo escenario, el nuevo paisaje.
 - 4.2.1. La isla imaginaria.
 - 4.2.2. El paisaje desde las azoteas.
 - 4.2.3. La isla como centro vital.
 - 4.2.4. El paisaje urbano canario: las ciudades y los pueblos.
 - 4.2.5. Otros escenarios.
- 4.3. El mar.
- 4.4. Los personajes. Las situaciones.
- 4.5. El humor en la narrativa canaria.
- 4.6. El sexo.
- 4.7. Violencia de género.
- 4.8. La emigración.
- 4.9. La novela “experimental”.

4.10. Los géneros.

4.10.1. La novela negra.

4.10.1.1. El escenario.

4.10.1.2. Los personajes.

4.10.1.3. El sexo.

4.10.1.4. La intriga.

4.10.2. La novela de ciencia ficción.

4.11. El habla canaria.

Tratamos ahora de reunirlos para estudiar en qué son iguales o en qué difieren y tratar de buscar cuál es la causa, si la hubiera, de esa diferencia.

5.2. LA ISLA

Comparamos aquí la isla como espacio insular (2.1.1.) frente al nuevo espacio insular, el nuevo escenario, el nuevo paisaje (4.2.). Así, la primera comparación que debemos hacer es la de la isla mítica de los narradores del siglo XX y la de la isla imaginaria de los narradores de G-21.

La isla, la insularidad, sigue existiendo, naturalmente. Lo que ha cambiado es la visión de la misma, su influencia en el ser nuevo que la ve desde una perspectiva distinta. Para lo único que hay que contar con la insularidad es para la economía política del territorio y de la Comunidad Autónoma. No cabe la menor duda que el archipiélago no puede autoabastecerse y tiene que depender de la aportación del exterior en todos los sectores: alimenticio, sanitario, vivienda e infraestructuras (carreteras), industrial y muy dependiente en las cuestiones bancarias, fiscales y comerciales. Eso lo compra el canario -lo canjea- con los ingresos del turismo. Para los narradores, como tales, esa circunstancia es prescindible, no les incumbe y, además, el turista no es comprador de su obra.

Antes, la isla era un espacio mítico cantado por los narradores con palabras llenas de emoción. Es de Isaac de Vega de quien parte la idea -el concepto- de la isla

mítica, como sucede en su narrativa de forma principal. La isla es un espacio que cada uno considera como propio y para siempre:

[1]

–Me llamo Juan -le dijo-. *Toda la isla es mía y en ella permaneceremos por muchos años, casi por una eternidad.* Mientras dure el sol alumbrando los espacios y siga batiendo el mar estas rocas estaremos aquí. *La isla forma parte de mí.* Me agrada sentir el paso fatal de las estaciones por sus llanos y barrancos, el sonido del mar, el cruzar de las nubes arrastrando sus sombras sobre la tierra, el susurro del viento al deslizarse por las colinas (p. 83)⁶⁶.

Juan, el personaje de *Fetasa*, veía la isla con una hermosura desfigurada, irreal, con una veneración inusitada en donde hasta los cedros, permisivos, dejaban crear espacios cultivables, en vez de cubrirlo todo con su frondosidad. Al final, la isla es estéril, pero así y todo, la isla forma parte del personaje. Más propia que antes. Juan renuncia a abandonarla.

[(Fragmento de) 2]

Tomaron el sendero que lleva a lo alto de la colina. Desde allí se domina toda la isla. Apenas si tiene cien kilómetros cuadrados. La mañana diáfana permitía determinar claramente todo su contorno y observar *la espuma del oleaje al chocar contra la costa.* Estaban situados en el centro. No se destacaban irregularidades notables. Algunos barrancos surcaban el paisaje casi llano, cubierto de matorrales y de algunos árboles aislados. Juan miraba en silencio, dejando posar la vista en cada palmo de terreno.

–Es estéril -dijo-, pero no siempre fue así. En tiempos anteriores existió una gran riqueza. Cedros superiores en calidad a los nombrados del Líbano la cubrían completamente y dejaban apenas pequeñas zonas para los cultivos. Durante una centuria representaron una corriente caudalosa de dinero, que los propietarios iban a gastar alegremente en Roma, como entonces era costumbre entre los bien nacidos [...]. Pero se acabaron los cedros y los ricos propietarios que iban a pasar en otro tiempo sus vacaciones en Roma marcharon a América para fundirse con las gentes aquellas o murieron [...]. Una generación más tarde la isla había desaparecido como factor humano [...]

Se volvió hacia él. En sus negros ojos había una luz fanática y apasionada. Lo miró de frente.

–Así la encontré yo. Estéril y abrupta. Seca. Nadie vive en ella sino yo, y ya es mía para siempre (pp. 85-86).

⁶⁶ Usaremos las cursivas para resaltar las partes de los textos que queremos comparar.

En Agustín Díaz Pacheco, la visión asombrada de los viajeros hacía que las naves se detuvieran en el mar y toda la marinería boquiabriera la imaginación -en nuestra opinión, una hermosa figura literaria- ante el espectáculo de la isla, que parecía flotar en el aire. Son imágenes que solo pueden darse bajo una impresión enaltecida, una atracción de la isla que los llama:

[10]

Contaban los viajeros que *las naves se detenían en alta mar*. El asombro tensaba los cuerpos, acallaba mástiles y velas, y sobrecogidos por el paisaje que se divisaba, los tripulantes, escogían la solidez de las regatas de babor o estribor, según por donde surgiera la sorpresa, o subidos como aves expectantes en las cúspides de las embarcaciones, pugnaban por ocupar las reducidas y vertiginosas cofas, *boquiabrían la imaginación* y por su cerebro corría una voz espectral.

Callaba hasta el aire, que tiene la tenacidad de su aliento, y se aquietaba el agua para poder mejor ver desde la mansedumbre. *Una isla, siempre lejana, dando la impresión de estar suspendida en el aire*, interrumpiendo la recta imaginaria del horizonte, se decoraba con un misterioso bosque de brumas.

Entusiasmada, la marinería afinaba catalejos, precisaba la vista e intercambiaba frases de admiración, mientras se extasiaba en una contemplación inédita. Tozudas, las naves, presintiendo tal vez la dificultad, se negaban a emprender rumbo a la isla. Tajamares dormidos, velas asombradas, en un mar calmo que también ojeaba a la isla con leves e irónicas olas, hasta que liberados de la pesada y húmeda alforja de pavor, y animadas por un viento imprevisto, emprendían veloz carrera, galope náutico al encuentro de la misteriosa tierra (p. 13).

Para el personaje, la isla navega de norte a sur sin un ancla que la detenga. ¿Cómo es posible pensar en esa figura? ¿Cómo va a ser una isla movediza? Sin embargo, el personaje lo acepta. También Agustín Díaz Pacheco, que conoció a Isaac de Vega como tantos escritores de las décadas de los 80-90 -la “Generación del silencio”- reconoce la isla como algo mítico y misterioso:

[11]

Simón Toledo indaga en los ojos del médico una respuesta ante aquella insólita situación, porque las ideas se le enmarañan en la mente, le maniatan la voluntad. Busca alguna razón que rellene aquel vacío.

–Bien, y qué pretenden encontrar en la isla.

Se teje un silencio que recuerda al mármol, a la parálisis definitiva, y ha de ser el propio Simón Toledo quien los saque de su ahogo:

–*La isla corre, se evade*; he leído que viene de norte a sur. En esa trayectoria esconde algo, explica algún enigma, algún misterio que

comienza a mortificar. Qué importancia guarda aquel pedazo de tierra, sin áncora que la sujete al fondo del océano.

El capitán Montelongo lo interrumpe:

–Señor, *la isla, movediza* y observadora, tan fisgona que intuye en la proa de las naves abordajes e invasiones, tiene la misma sensación que la mayor parte de los hombres y mujeres que se atreven a formular una pregunta.

–¿Cuál es esa sensación, capitán? –interroga algo cohibido Simón Toledo.

–Miedo, y si la isla posee un temor hondo, lleno de negrura, imagínese usted el pánico del hombre durante la travesía. Ahí está el misterio, señor Toledo (p. 32).

La cita de Andrés Servando nos trae a la memoria la estrofa del poema *Canarias*, de Nicolás Estévez, que cantaba “mi patria es de un almendro la dulce, fresca, inolvidable sombra”. Quien lo declama es un anciano personaje que vive en un convento dedicado a residencia de la tercera edad, donde la familia lo ha abandonado y lo visita rara vez. Es curioso observar en el texto cómo Andrés Servando recrea casi la misma figura literaria que Isaac de Vega en [2], el choque de las olas contra la costa -o las rocas-:

[8]

Resiste el tiempo acodado sobre la baranda, embelesado con el *estruendo de las olas contra las rocas* y el pie de este muro enorme que sostiene al convento y a la plaza sobre el horizonte, o recorriendo la villa en el mapa de sus tejados, las torres de los conventos, las sombras de sus calles tramadas en idas y venidas. ¿Se fijó? Solemos pasear en esta plaza acompañados por esa fuente incansable que destila horas interminables sobre las ñameras. Mire, los parterres no son vistosos por culpa de la frondosidad de los laureles que les roban luz, pero a nosotros nos libra del calor. Preferimos el bullicio de la pajarera –así llamamos a la arboleda– a la vistosidad de las flores [...]. Por detrás, al pie del volcán –familiar pero dicen que de aspecto amenazante–, las plataneras, los canales de agua cruzando la ladera, los pinos que bajan desde el monte... Disculpe mi entusiasmo pero es nuestra patria. No se ría. A nuestra edad *la patria se reduce a una sombra fresca*, al saludo de los gorriones, a lo palpable por nuestras articulaciones gastadas, a lo que nos dispensa el escaso afecto, a lo que nos entretiene la espera, en resumen (pp. 21-22).

También Emilio González Déniz habla de la isla, aunque este autor lo hace desde el lado historicista. En su novela *Tiritaña* recrea los primeros días de la conquista,

cuando la isla aún no había sido conquistada. No cabe la menor duda de que aporta una visión mágica y mítica de la isla. Recordamos su cita:

[14]

Antes de mí, mucho antes, *cuando esta tierra era virgen y sus habitantes incorruptos por la ingenuidad de su nobleza*, antes de la llegada de los europeos a estos lugares atlánticos, para ellos malditos, ya estabas tú entre el rumor de las palmeras y el olor de la resina forestal, sobre las piedras mojadas de la costa y en las arcillosas laderas de las montañas.

Bajaste para vivir tu nueva vida en las orillas del mar de una isla vecina; tomaste el nombre que yo te di. El de una playa de piedras; te llamé Tiritaña, que probablemente signifique “Playa de piedras” en el marino lenguaje de la impetuosa espuma que conviertes en humedad y que en ese tiempo pasado del que te hablé me dio cobijo misericordioso contra la noble agresión de los habitantes de tu isla (p. 85).

También en la misma novela, González Déniz aporta la leyenda de los dos amantes que prefirieron inmolarsse antes de perder la libertad de su raza y de su amor, frente a la presión de la familia y de los conquistadores. Lo legendario contribuye a crear lo mítico:

[15]

En ese conjunto insular, contado por el mágico siete, dos se parecen: La Gomera y Gran Canaria, ambas de origen ignorado y belleza inusitada, con profundo barrancos y encrespados acantilados defensores.

Allá en La Gomera, una morena aborigen, que eras tú, y que entonces te llamabas Gara, recogías el nombre de la piedra, igual que ahora, y amabas la libertad hasta negarte a ti misma con tal de no claudicar.

En contra de la voluntad de su padre, Gara se prendió en la mirada de Jonai, un hermoso guanche, descendiente directo del dios Atlante. Se vieron en la intrincada impunidad del frondoso bosque, en los espacios arenosos de las playas de roca, en la oscuridad de la limitada llanura gomera, llanura que se recorría con una onda y que, estando juntos, poseía la infinitud del universo.

Delatados, heridos y condenados a una vida sin libertad de elegir, unidos en un solo cuerpo, se arrojaron desde el roque nominado desde entonces con el apócope de sus nombres: “Garajonai” (p. 85-86).

Estas manifestaciones podemos contrastarlas con la *Lotavia* de Damián Hernández Estévez, de G-21: su isla imaginaria, con características físicas, geográficas, de lugar real. No es una isla mítica, como sucede en los narradores del XX que acabamos de reseñar:

[(Fragmento de) 68]

La mañana amanece muy calurosa y muy húmeda en este miércoles 21 de julio de 2010; se hace difícil respirar. El bochorno presagiaba ya una jornada intransitable, más para quienes, como Miguel Monteverde, hacen transcurrir sus horas en las calles de Lotra, la segunda población de Lotavia después de San José, ciudad capital de la isla. La maresía arrastra el olor acre de las embarcaciones, fondeadas en medio de la ensenada del Conde de Teria, o atracadas en el Puerto Nuevo de San José, en la ribera opuesta, y rocía las calles con el polvo de los desiertos africanos y con el salitre impregnado del humo de las chimeneas de los barcos que llegan o parten de la isla [...]. Anoche, cuando empujó *la puerta del cajero bancario de la Avenida de la Costa, que le suele servir de dormitorio*, el cubículo no estaba vacío. (pp. 16-17).

En la cita, algo tan prosaico y nada mítico, porque nos ancla en el mundo real, como un cajero automático. El mismo Damián Hernández Estévez nos da las claves de este lugar donde él sitúa la acción de sus narraciones. *Lotavia* tiene su historia y el propio autor nos desvela que no considera su isla como mítica. Veamos su *Poética*:

Lotavia es un territorio ficticio, otra isla canaria que junto con San Borondón, formaría una tercera provincia. Me atraen los lugares imaginarios, aquellos que, junto a los personajes y sus historias, crean los escritores [...]. Los referentes inmediatos, para mí, son el condado de Yoknapatawpha, donde Faulkner ambienta sus historias del profundo sur de Estados Unidos, y, por supuesto, Macondo, el lugar que para García Márquez representa el mundo mágico de toda Sudamérica [...].

Lotavia no es un territorio mítico, característica a la que tienden con frecuencia estos territorios ficticios. Es un lugar realista, que reúne características en su geografía y su Historia, comunes con el resto de las islas canarias.

Su larga historia y de la de su ciudad capital, San José, fundada el 19 de marzo de 1407. Algunos estudiosos sostienen que la isla fue conquistada por el conde de Arcipes, natural de Sevilla; don Cristóbal Montés de Tería, desdoblándolo, otorgaría su primer apellido a lo que desde su fundación hasta hoy constituye la arteria principal de la ciudad, la Alameda del Conde de Montés (por donde transitan muchos de los personajes de mis relatos), y el segundo a la Ensenada del Conde de Tería, el estrecho golfo que separa las dos partes de la isla convirtiéndola en un remedo de las otras dos islas mayores de nuestro archipiélago. Otros historiadores han defendido que se trataba de dos militares diferentes, el uno de noble abolengo y el otro un arribista, que además de disputarse las glorias de la invasión, se repartieron la toponimia [...].

¿Para qué inventarse un territorio entonces, por qué no situar mis historias en Santa Cruz o en Los Llanos o en Artenara? Creo que por el gusto de crear, simplemente, con el mismo objetivo con que creo personajes y sus historias.

Digamos que en el plano de lo real, Lotavia está sometida a las mismas características que el resto del archipiélago. Pero, en un plano literario, Lotavia es una isla independiente de todas las otras, que me permite inventar montes, pueblos, calles... como dije antes, por el placer de crear. Hay, sin embargo, algunas cosas más sobre Lotavia que, por ahora, prefiero no desvelar.

En Víctor Álamo de la Rosa también hay una clara tendencia a considerar su isla de El Hierro como un lugar imaginario -*Masilva*- donde desarrolla su narrativa. Pero sigue teniendo la calidad de un lugar imaginario, no mítico. Y bien hubiera podido darle un carácter de isla mítica, ya que conoció profundamente a Isaac de Vega y a Rafael Arozarena, los *fetasianos*, pero demostró su tremenda personalidad para, a pesar de ello, crear su obra con un toque mágico, si se quiere, pero nunca mítico:

[(Fragmento de) 130]

Era la primera vez que visitaba aquella isla de su jurisdicción recién estrenada después de que lo nombraran nuevo General de la Isla Mayor [...]

El contorno de la isla se fue aclarando. Primero había sido sombra opaca sobre un horizonte azul que después se fue llenando de detalles. El basalto brillaba en los acantilados humedecidos por el mar. Algún destello de sol refractado en los charcos, algún pino, alguna higuera, unas sabinas echadas sobre la ladera para guarecerse de los días de viento. *Las casitas de Masilva desparramadas díscolamente, el campanario puntiagudo de la iglesia. El pequeño muelle. Las gentes* (pp. 108-110).

Volviendo al siglo XX, el *fetasiano* Rafael Arozarena ve la isla como un espacio que tiene atributos animales. Este autor conoció la isla de Lanzarote por razones laborales y narró su obra más conocida y difundida, *Mararía*, a partir de sus vivencias en esa isla, la más oriental de las Canarias, si exceptuamos el hasta ahora islote de La Graciosa, en el que viven unas setecientas cincuenta personas y que está empezando a despuntar como lugar turístico. Lanzarote, volcánica, seca, con montañas que no sobrepasan los 650 metros de altitud⁶⁷, pudo parecerle un perro flaco:

[21]

Entorné los párpados. Me vencía el calor, la modorra de la tarde. A mis espaldas, al otro lado de las casas, el mar murmuraba monótono y suave.

⁶⁷ La montaña de Femés donde se desarrolla la acción de la novela *Mararía*, de Rafael Arozarena, tiene una altitud de 608 metros.

Ahora estaba en Lanzarote, la más oriental de las Islas Canarias y era como si estuviera *sobre el lomo de aquel perro flaco, aquel perro de cal y arena* (p. 45).

O, en otra ocasión y en la misma novela, la isla pudiera parecerle otro animal tan distinto del perro: el camello, que en Lanzarote sirve como montura de los turistas que visitan las montañas de Timanfaya⁶⁸:

[22]

Al fin salimos de Arrecife, hacia el campo abierto, hacia la inmensa llanura. El camión emprendió un galope desenfrenado por una carretera recta y terrosa que se perdía lejana en un horizonte de montañas azules y rojizas. A nuestra izquierda, la llanura terminaba en el mar y a la derecha se limitaba por una *cordillera arenosa, dorada, de curva suave como la giba de un camello*. El motor hacía un ruido monótono, continuo, adormecedor. El aire era caliente y el sol que avanzaba en su descenso, se nos metía en los ojos (p. 49).

David Galloway Rodríguez, uno de los autores de G-21 que compone lo que hemos llamado el nexo entre las generaciones interseculares, que conoció también a los *fetasianos*, tiene una sensación parecida:

[(Fragmento de) 70]

Luego, a eso de las siete, de pronto que amaina hasta que ni pizca y hasta el aliento del silencio anestesia a los gallos, que al igual que grillos y ranas sufría los brotes de una epidemia de afonía que desde el mes anterior asolaba los contornos. Despuntada el alba, como besitos en los párpados los primeros rayos, bailan en la coronilla de la montaña vecina y en línea recta a la casa, *coronada por dos gibas, como un camello* (p. 50).

La isla ya no es mítica para los narradores del siglo XXI. Cualquier indicio de mitificarla ha desaparecido, aunque queden vestigios entre los narradores menos jóvenes de G-21. La isla ahora es real, aunque algunos autores, como Damián Hernández Estévez o Víctor Álamo de la Rosa tengan sus islas imaginarias. Pero estas, lo hemos leído, tienen calles, casitas, muelle, campanario de iglesia, gentes... Y cajeros automáticos.

⁶⁸ Timanfaya, montaña-volcán formada por las erupciones sucedidas en la isla de Lanzarote entre 1730 y 1738 y también en 1824. El conjunto volcánico recibe el nombre de Montañas del Fuego.

El paisaje desde las azoteas (*vid.* 4.2.2.) y la isla como centro vital (*vid.* 4.2.3.) son variantes del epígrafe general contenido en el espacio insular, aunque conviene añadir algunas precisiones: el narrador del siglo XXI es consciente de que la isla ha sido reconocida por los organismos mundiales como un lugar de imponente belleza que hay que conservar y, sobre todo, preservar. A nadie se le escapa que las Islas Canarias eran unas desconocidas, de las que no se sabía si todavía sus habitantes iban en taparrabos, algo así como la idea que nosotros podríamos tener de los habitantes de las Islas Hawai. El canario hoy habla de su tierra, de sus islas como centros de los que hay que presumir y estar orgulloso. Los escritores de G-21 escriben en las islas, aprovechan el peso específico que estas han adquirido, pero reconocen que la isla está ahí, que es un accidente geográfico que, si bien antes era difícil vencer en el sentido del viaje, hoy ha dejado de ser un obstáculo: es más fácil para un canario llegar a Berlín que para un peninsular de capitales de provincias, excluyendo Madrid, Barcelona, Palma de Mallorca y alguna más.

No es de extrañar, por tanto, que cualquier narrador considere la azotea como una atalaya desde la que descubrir cualquier circunstancia que pueda ser narrada. Repasemos que en María Teresa de Vega hay dos citas del paisaje de la isla visto desde las azoteas (véanse [46] y [49]), que en Cecilia Domínguez ocurre lo mismo (véanse [57] y [59]) y que en Nicolás Melini, que vive a kilómetros de distancia de estas dos autoras, se da la misma coincidencia (véanse [123] y [125]).

En el mismo sentido, cuando hablamos de la isla como centro vital, constatamos la preocupación del habitante canario ante las circunstancias isleñas, pero que no son propias solamente de las islas, sino de cualquier lugar. El narrador canario del siglo XXI, naturalmente, habla de las suyas. El narrador del XX se preocupaba más de contemplar la isla como un conjunto, como un lugar indiviso y único. Incluso, cada narrador hablaba de su isla prescindiendo de las demás. La idiosincrasia de los narradores de G-21, en su calidad de amigos que se conocen, que todos defienden a todos, que todos hablan con todos, quizá haya consagrado una unión que, por ahora, perdura.

Así, María Teresa de Vega habla de una escena en San Sebastián de La Gomera que a ella, como docente que fue, le produce curiosidad: los maestros, con su camino a la escuela por las mañanas y el de la salida a mediodía, son los que marcan las horas:

[(Fragmento de) 54]

La Gomera es una isla chica. En San Sebastián podría decirse que la hora la marcan los maestros en su camino de la escuela por las mañanas, o su salida al mediodía. Se asoman los vecinos a las ventanas para comprobar sus suposiciones horarias, y se admiran sobre todo de la maestra rubia, con su melena cayéndole por encima de un ojo (p.198).

En las dos novelas de Cecilia Domínguez seleccionadas para este Trabajo, hallamos personajes que, o bien regresan a la isla tras una estancia en el extranjero - [55]-, o bien se despiden de ella desde el avión cuando toda la familia emigra a París - [60]-. El personaje que regresa relata los cambios que se han producido en su escenario vital:

[(Fragmento de) 55]

Realmente la ciudad no ha cambiado tanto como creía. Han cerrado algunos cines -los de toda la vida- y han abierto centros comerciales donde los multicines, de techos bajos, olores indefinidos (una mezcla a palomitas y coca-cola) y el frío del aire acondicionado -aparte de las películas, casi todas americanas y comerciales- no me suponen atractivo alguno. También han arreglado las calles, sobre todo las del centro, algunas con parterres de escaso gusto, pero los barrios continúan con las mismas carencias que el paso del tiempo las han hecho más evidentes. El puerto está más vacío y la avenida marítima sigue adornada de laureles y venenosas adelfas. Las palomas siguen dejando sus huellas en las estatuas y en las calles y, de vez en cuando, un mirlo nos sorprende con su canto vespertino (pp. 9-10).

Anelio Rodríguez Concepción dice de una carretera que mejora las comunicaciones de su isla de La Palma -[87]-, y Ángel Vallecillo, acérrimo amante de la naturaleza, habla de los agricultores, que ven mermar sus fincas y sus cultivos:

[(Fragmento de) 121]

Los agricultores que quedan en esta isla, los que siembran tomates, plátanos, papas o papayas, se niegan a regar las huertas con agua que proceda del mar. Aseveran con hartazgo que es otra argucia de políticos y especuladores para desecar las tierras y seguir tapizándolas de hormigón. No exageran. No porque el agua desalada vaya a secar sus campos, sino porque haber solucionado el problema de la producción de agua en un lugar donde naturalmente es limitada no hará sino que puedan venir más hombres, y es este exceso humano lo que desforesta, lo que arrasa (p. 14)

Todos ellos presencian la isla como una entidad que hay que salvaguardar, que goza de pequeñas ventajas que deben conservarse en bien del entorno en donde viven.

Con respecto al paisaje urbano, las ciudades y los pueblos (*vid.* 4.2.4.), el narrador canario del siglo XXI es proclive a detallar esos espacios, frente al del XX que no lo es. Pruebas de ello tenemos en que, de los textos escogidos para ejemplificar nuestra teoría, González Déniz escribe sobre La Gomera y Gran Canaria -[15]-, Juan Jesús de Armas Marcelo sobre *Salbago* -en [31], [32] y [33]-, y solo Luis León Barreto se centra en una ciudad, Telde -en [16]-, porque su novela más difundida se desarrolla allí. También Rafael Arozarena menciona una ciudad y un pueblo -Arrecife en [22] y Femés en [23]-, pero solo para situarse en Lanzarote como isla.

Por contra, María Teresa de Vega relata la visita que hacía al Parque Victoria cuando iba a La Laguna -en [50]-; o relata sus visitas a lugares emblemáticos de ciudades importantes de la isla de Tenerife, a las que viajaba con su padre:

[53]

Rafael vuelve a su padre, los paseos con él, de niño. Subían a *La Laguna*, allí iban a ver el *Instituto Provincial en el antiguo convento de San Agustín*, donde quizá él iría a estudiar el bachillerato. En *La Orotava iban al Jardín Botánico*, llamado también Jardín de Aclimatación, pues plantas exóticas, de los trópicos se aclimataban en él, que en otros lugares de España no medraban; en *Santa Cruz, al edificio del Teatro Guimerá*, donde había que observar, en la fachada, los balcones con rejerías y las cartelas que los remataban (p. 157).

En [75], David Galloway relata cómo su personaje, el mendigo, pasaba la tarde sopesando en qué bar podría almorzar al tiempo que veía el partido de fútbol entre el Madrid y el Barcelona, qué misa sería la más rentable para recaudar sus limosnas, o adónde ir, si a la Plaza del Príncipe o a la calle del Pilar a ver escaparates, dos enclaves de Santa Cruz de Tenerife. Igualmente, Santiago Gil habla de Las Palmas de Gran Canaria -en [96]- como un lugar que le recuerda a Nueva York por su carácter cosmopolita; y lo mismo hace Eduardo Delgado Montelongo con respecto a la ciudad de Santa Cruz de Tenerife:

[168]

Santa Cruz era un atrezzo de mujeres extraordinarias, dulces, risueñas, elegantes, inocentes y ligeras de ropa. Conservadoras, eso sí, muy

conservadoras. Sirenas de mírame y no me toques, hologramas que desaparecerían al ponerles una mano encima.

Escondido en un cruce se ubicaba el monumento al general Gutiérrez. Aquel Gutiérrez que derrotara al célebre Nelson y sus tropas inglesas doscientos años atrás. Tenerife era ahora española por su culpa, en definitiva. Allí estaba su escultura, diminuta e intrascendente, orinada por un perro y curioseada por guiris precisamente ingleses.

Bajando por la [Plaza de] Weyler me encontré con Eladio. Iba en bicicleta, se bajó y dijo: ¿Qué haces tú aquí?, mirándome como a un espíritu del otro mundo. Vine por el cumpleaños de mi madre, mentí, y fuimos a tomar unas cervezas a la calle de la Noria (p. 37).

Hay una intención clara en los narradores de G-21 de hablar y mostrar sus ciudades, de convertirlas en sus escenarios y de marcar las diferencias entre antes y ahora. Y razón tienen, porque ambas ciudades capitalinas han crecido en los últimos quince años hasta el punto de poseer autopistas de circunvalación, mejores comunicaciones y dotaciones, tanto sociales como culturales y comerciales.

Con otra intención, como es la de crear un telón de fondo donde situar sus argumentos o, si se quiere, con otro carácter, los narradores de la novela de género negro aprovechan las ciudades, ya sean canarias como otras del exterior, sobre todo del extranjero, para sus intrigas. Es absolutamente necesario que estas novelas de género tengan un espacio ciudadano donde desarrollarse, donde haya calles, hospitales, puertos, etc., enclaves todos entre luces y sombras. Ya dijimos (*vid.* 4.10.1.1) que el escenario de los autores canarios es similar al de esas grandes ciudades norteamericanas donde la novela negra tiene su cuna (Chicago, San Francisco, Nueva York), aunque con ciertos matices comprensiblemente diferenciadores. En ese sentido, José Luis Correa, en *Nuestra Señora de la Luna -vid. infra [79]-* y en *El detective nostálgico*; Alexis Ravelo, en *La última tumba* y *Las flores no sangran*, y Javier Hernández, en *El suelo de Goslar* y *Los ojos del puente*, cantan a Las Palmas de Gran Canaria, los dos primeros, y a Santa Cruz de Tenerife, el tercero, mientras que Ángel Vallecillo sitúa la acción de *Bang bang Wilco Wallace* en una ciudad norteamericana:

[79]

El cubano me cobró con una sonrisa y un movimiento de su hombro sano. *Me dejó enfrente del teatro Pérez Galdós, a medio camino entre mi oficina y el Museo Diocesano.* Tenía, pues, un minuto para decidir qué rumbo iba a tomar. [...] Uno es libre de decidir si gira a la derecha o a la izquierda, por ejemplo, *en Triana.* Libre como el taxista de quedarse en La

Habana o emigrar a *Las Palmas*, de donde probablemente fuera un abuelo indiano muerto hace treinta años (p. 155).

Si los narradores del XX no nombraban casi a sus ciudades en sus novelas, menos lo hacían con las del exterior, ya fueran nacionales o internacionales. En cambio, los narradores de G-21, que todos han pasado por la universidad y han tenido la oportunidad de viajar, no tienen inconveniente, todo lo contrario, en plasmar alguno de sus argumentos en otros escenarios [vid. 4.2.5] de conocidas ciudades foráneas. Así, recordemos en María Teresa de Vega el periplo de su personaje por Salónica y el Egeo en [48], o la salida del puerto de Liverpool en [51]; en Cecilia Domínguez, el regreso a Canarias de una de las protagonistas, que regresa después de unos años en Alemania, o las andanzas de la protagonista por París adonde ha emigrado su familia -[64]-; en Santiago Gil, las citas de Londres y sus enclaves -[93]-, o el relato sobre Nieves Rivero en [98], cuyo padre estudió en Madrid, que se casó y vivió en Londres; el protagonista de Cristo Hernández se desenvuelve en el centro de Nueva York en [101]; el personaje de Nicolás Melini en [124] viaja con unos amigos desde Ohio a Michigan; Víctor Álamo desarrolla en [136] el periplo del alemán y su amigo Sagastizábal por el mundo; o Eduardo Delgado Montelongo habla de Budapest en [172] y de Viena y Bratislava en [173]. La diferencia con los narradores del siglo XX es evidente.

5.3. LA SOLEDAD Y LA ANGUSTIA

La soledad es una consecuencia, casi un diagnóstico, del aislamiento, un fenómeno que tiene arraigo en la isla. Como una variante de esa consecuencia tenemos la angustia. Los narradores del siglo XX estaban aislados, encerrados en sí mismos: la isla pesaba en sus corazones.

En Isaac de Vega, la pérdida de la luz, ya lo dijimos en 2.1.2, le hace entrar en un mundo diferente en el que su determinación es vencida por el temor y la angustia:

[4]

A los pocos pasos se apagó la linterna y todo fue sombras sin relieve, sintiéndose transportado a un mundo diferente. Tuvo entonces el conocimiento certero -como si hubiera caído sobre su espíritu una luz

cegadora e ideal- de que su relación con la isla y con Juan había terminado. Que ellos se hundieron en el vacío, desapareciendo de la realidad. No obstante, no lo abandonó el temor de su futuro incierto. *Todos sus deseos de decisión y fortaleza fueron, de nuevo, suplantados por el miedo y la angustia.* Tiene el presentimiento de que no llegará a sitio alguno, ni aun retrocediendo a la ciudad recién abandonada (p.103).

Agustín Díaz Pacheco habla claramente de soledad con la que hay que conformarse. La soledad es la patria:

[12]

–Conforme, capitán. *Conténtese entonces con la soledad.* Escoja su patria y su bandera. Una esposa y varios hijos y muy pocos amigos. El hogar y la fidelidad. El aislamiento y el amor, una satisfacción triste. La travesía le ha servido para medir el horror de las multitudes, la fiebre pesarosa de la demagogia de los pueblos. *La soledad, capitán, sería su himno, su código. La soledad, solo la soledad, es lo que nos aguarda.* Estaremos siempre acompañados de ella. Aunque algunos lo nieguen. *La soledad, sí, la soledad, esa es nuestra patria, capitán* (p. 176).

Y Rafael Arozarena, quizá con resignación, habla del fin del que nadie ha de venir a rescatarnos. Aguarda, casi contemplativo, a que se apaguen sus ojos y que se enfríe el volcán:

[(Fragmento de) 25]

– [...] Entonces es bueno sentarse a la vera del camino y estar, sencillamente. La felicidad o la desgracia pasan bajo mi ventana. Las llevan otras personas, con el saquito de esperanzas a cuestas.

[...] Me divierte observar el óxido que día tras día va destruyendo el hierro, el fruto que se pudre, la flor que se aja, la piel que se arruga, el viento que deshace la piedra hasta convertirla en polvo, los cuerpos que se encorvan, la tierra que se vuelve yerma, el sol blanqueando los huesos de lo que fue un magnífico ejemplar y, allá al final del desierto, el horizonte vacío años tras años por donde nadie ha de venir a salvarnos porque sería ridículo. *Esta es mi condena y aún me queda por ver cómo se apagan unos ojos, cómo se enfría del todo un volcán* (pp. 154-155).

Al contrario que los escritores del siglo anterior, muy al contrario, los novelistas de principios de este siglo, los narradores de G-21, no tienen en cuenta la soledad ni se sienten angustiados por algo que no les afecta. Están dentro de la isla, pero tienen a su disposición las redes sociales y cualquier elemento que les permite comunicarse en

tiempo real con cualquier parte y con cualquier persona. Y, sobre todo, tienen la amistad de los de su generación, con la que se conjuraron. La tecnología, y especialmente la tecnología informática, ha roto una barrera que antes representaba una dificultad comunicativa. Incluso, esa apertura que les ha proporcionado la tecnología les permite crear nuevos lenguajes, explorar otros espacios, como el extraterrestre. Así lo retrata el G-21 Víctor Conde en su novela *Crónicas del multiverso*, en un escenario imaginado nunca visitado por la narrativa del siglo XX:

[157]

Según nuestras mediciones, ya que densos flujos de partículas continúan emanando en el Mar de Bolz00110101110101001010100000111001111011 raídos por las breñas estelares del entorno. Esto provoca interferencias de gran magnitud en la telaraña de comunicaciones. Solicitan 10101010101011101101 así como el cese de estas actividades peligrosas (p. 217).

5.4. EL MAR

El mar es una referencia. Es el mismo mar de siempre. Puede cambiar el siglo, los siglos, pero el mar es un elemento constante, vivificador, a veces amistoso y otras un enemigo visceral que extrae de sus entrañas, donde quiera que las tenga, un peligro. A pesar de todo, el hombre canario de cualquier tiempo lo ama. Y lo ama porque siempre es distinto y tiene que reconocerlo permanentemente, momento a momento, igual que sus olas que van y vienen, que no paran. Como si a cada instante tuviéramos que redescubrirlo. Isaac de Vega, narrador fundamental del siglo XX, decía:

[3]

El mar acababa por parecerle como algo lejano, difuminado, pálido, y los peces unos seres de existencia más imaginaria que real. Juan combatía la frialdad nocturna con unos tragos de aguardiente, que el mismo destilaba en un rudimentario alambique, y le obligaba a hacer lo mismo. Allí, en la orilla del mar, se sumía en borracheras nocturnas. Borracheras melancólicas, como las estrellas que los alumbraban, con los ojos semicerrados, sin ver nada, y sin cerrarlos del todo porque el Universo comenzaba a dar vueltas (p. 89).

Damián Hernández, uno de los escritores de G-21, a través de su personaje, adopta y adapta su carácter al del mar -que lo tiene-, se mimetiza con él:

[(Fragmento de) 69]

El mar apenas bate contra las rocas, pero no es una mar transparente. Está tranquila, sí, pero no transmite tranquilidad. Esta confusa sensación es la que Leandro Soto trata de explicar a sus contertulios, [...]

–*Siempre he pensado que el mar en calma comunicaría su sosiego*. No cabe duda que mi experiencia con el mar se puede valorar como escasa, pero creo tener la percepción de que en las otras ocasiones en que me he asomado a él, en estas islas o en otras costas, no se ha mostrado discordante, como ahora me parece. *Si estaba tormentoso, me ensombrecía el espíritu, si en calma, me sosegaba*, pero no ahora (p. 38).

El mar es invariable para las generaciones de narradores, no hay diferencia entre edades. Incluso, como sucede en otras ocasiones y con otros elementos, las figuras literarias son recurrentes. Comparemos el texto de *Guad*, de Alfonso García-Ramos - [39]-, con el de *Merodeadores de orilla*, de María Teresa de Vega -[47]-:

[39]

Los viejos tenían más miedos y cuentos. Les gustaba dar por el pico en las escalinatas de la Hoya hablando de cosas que oyeron contar a sus abuelos. *Hasta decían que en otros mares aparecían sirenas que cantaban y miraban a los marineros con sus ojos verdes y los dejaban tan alhelados que se iban al fondo con ellas*. Cuentos misteriosos que debieron aprender en cualquier película. Lo de las brujas sí era más serio. *Se aparecen desnudas en las playas* desiertas y tientan a los marineros. Que lo diga padre que vio a una muy hermosa y echó vela para huir de allí porque enseguida vio que tenía parte con el diablo. Tío Polo se reía de estas cosas, el muy tunante creía que las brujas eran mujeres con ganas de macho y retozar que, por miedo a las lenguas y a los palos, acudían a tales artimañas. Hasta presumía el muy bragado de *estarse beneficiando a una de las mujeres desnudas que le esperaba siempre en la playa de Las Salvajes*. Dijo que era mujer y bien mujer, con marido en América y mucho recato y disimulo en el pueblo donde vivía. No se ha vuelto a saber del Tío Polo, ni si es vivo o muerto, si hubo o no hubo maleficio. Su barca apareció rota cerca de la playa de sus juergas y eso que la mar estaba esa noche quieta como un plato (p. 204).

[47]

Pero aquí, en la roca, no hay imposibilidad alguna. Incluso cree que el mar, más cuando está en calma que cuando se agita, cuando el sedal se mantiene lejano, *va a salir una mujer desnuda, de tamaño un poco mayor que el natural, para que puedan verla bien*. Lleva una gran concha

ocultando el vello que tiene bajo el vientre, y sobre el pecho izquierdo, tapándolo, una hermosa cabellera (p. 103).

También es recurrente en el suceso triste: otra comparación que, irremediablemente, surge porque dos narradores de diferente siglo tienen la misma imagen del mar cuando es traicionero e inmisericorde. Félix Casanova de Ayala (*El collar de caracoles*) en [36] y Rafael Arozarena (*Mararía*) en [24], narradores del XX, narran la desgracia, mientras David Galloway, narrador del XXI, cuenta su versión (*Agua de arroz y flores*) en [73]:

[36]

Intentaron desesperadamente gobernar aquel cascarón de nuez. El mar se había convertido en una escarpada montaña de la que rodaban vertiginosamente al abismo. Las rachas parecían arrancarles en tiras la piel. Botaron al agua los cestones de pescado, los aparejos, todo lo que pudiera estorbarles en la maniobra suprema de salvar sus vidas. Ya solo esperaban un milagro. ¡Sí! Allá en la costa gomera, a dos horas de buena travesía estaba la playa de Puntallana, y en ella el santuario de la Virgen de Guadalupe, su Patrona. Chano pensó en su madre y lloró silenciosamente. Era el más joven de los tres, casi un muchacho. *Recordó el día, siendo niño, en que se ahogó su padre. En parecidas circunstancias, según dijeron. Recordó a su madre en aquellos dramáticos momentos, estrujándolo contra su pecho. Y aquellas palabras suyas que aún le aullaban en los oídos, porque no las había podido olvidar: “¡No quiero que mi hijo muera así! ¡No quiero que sea pescador! ¡Ayúdanos, Madre mía!”* (p. 8).

[24]

La mujer de señor Sebastián trabó la aguja en el pantalón y se arregló el nudo del pañuelo. Luego me dijo:

–Estos trapos son de mi hijo. Son los que se pone en las faenas de a bordo. Con el salitre se acartonan y los remiendos se pasan. ¡Ay -suspiró cansada-, cuánto mejor estaría aquí, cerquita de nosotros! El padre se empeñó en que se fuese a la mar, que trabajase en los barcos, porque la mar, dice mi Sebastián, hace a los hombres duros para el trabajo y resignados para la vida. Les tiembla los ánimos.

[...] –¡Ay, Señor! ¡Lo que más pido a los santos es que nunca tenga que ir a la Bahía de Ávila para ver a mi hijo!

–Pues, ¿qué hay en la Bahía de Ávila? –pregunté.

La mujer del señor Sebastián me miró por encima de sus lentes.

–¿No sabe usted? Es la bahía de los ahogados.

Hizo una pausa y prosiguió en tono más bajo y misterioso.

–Es la bahía de los ahogados. La bahía a donde vienen para que sus familiares los vean. Una vez que fui a ver a mi padre se apareció también el marido de seña Carmen, el padre de Isidro, que tuvo muerte en la mar.

–¿Y los vio usted, señora?

–¡Ay! ¡Que si los vi! ¡Y con mis propios ojos y tan clarito como lo estoy viendo a usted ahora!

–Cualquier día por la noche. Cuando uno quiera ir a verles. Aquella vez vino a buscarme seña Carmen y me dijo si quería acompañarla a la costa para ver a su marido. Yo aproveché para ver a mi padre y cogimos unas antorchas y nos fuimos a la bahía. Una no tiene que hacer nada sino ponerse en la orilla y esperar a que sea bien cerrada la noche y luego encender la antorcha y sentarse en un risco y aguardar (pp. 87-88).

[(Fragmento de) 73]

Al final, Asunción dio el visto bueno, pero una extraña sensación que le oprimía el pecho le decía que no debían aceptar, que algo malo ocurriría. “Manías tuyas, mujer”. La casa quedaba a dos pasos de la playa y los niños no paraban todo el santo día de entrar y salir del agua. De piel blanquísima, Asunción sufría horrores con un sol que rajaba las paciencias, pero Alejandrino “tres años y lo golfo que es” era un auténtico temerario y aquella playa tenía “mucho arrastre”, no se quedaba tranquila aunque insistiera molesto en que él, Primitivo, se bastaba y sobraba para cuidarlos.

Como se turnaban, aquel día le tocaba a ella preparar la comida y bajaría una hora más tarde a la playa [...]

Terminadas las faenas, Asunción se puso el bañador y delante del espejo se esmeraba en que la crema solar protectora se extendiera cubriéndola toda la cara, unas manchas rojizas debajo de los párpados la preocupaban hacía tiempo. Entornó el espejo y en ese momento, sobre su superficie, cobró vida una imagen, fugaz pero nítida. *Una ola de las repentinas, de las que nacen y mueren en la misma orilla, arrastró a Alejandrino*. Asunción se sobresaltó y salió disparada directa a la playa, sin ni siquiera plantearse que aquella imagen no era un relejo; la ventana del cuarto de baño estaba en una esquina, cerrada y opaco el cristal. *Cuando, chillando desesperada, asomó por la escalera, los niños ya habían alertado a los mayores y Primitivo nadaba como un loco, intentando acercarse al niño, pero el oleaje se lo impedía, cada dos brazadas seis de retroceso, y en un tris estuvo de perecer también él en el intento. Rastrearón la zona, pero nunca recuperaron el cadáver* (p. 105).

Estamos todos de acuerdo en que el mar es nuestra mirada, el fondo de nuestras retinas. El mar goza de innumerables referencias (*vid.* [55], [57], [59], [71], [95], [122], [126], [163] y [174]) entre los narradores de los dos siglos. El mar puede ser el puerto, el malecón del muelle donde el canario se sentaba a pescar, la playa, la costa y sus rompientes. En Canarias, en general, el mar en las zonas sur de las islas suele ser sosegado y tranquilo: es la zona de playas y del turismo. El mar de las zonas norte es bravo, fuerte y casi siempre se muestra enfurecido. Si miramos al Este desde Lanzarote

podemos adivinar África y si miramos al Oeste desde El Hierro⁶⁹ sabemos que en la lejanía está América. Somos océano.

5.5. LOS OTROS TEMAS DEL SIGLO XX

Actualmente, en la primera quincena del siglo XXI, estos temas ya están superados, no tienen prácticamente vigencia alguna. Después de 1980-1985, con el cambio y la apertura política y el auge de los autogobiernos de las autonomías, las regiones han ido asumiendo su personalidad y se han colocado en el lugar que les corresponde en el mundo nacional e internacional. Los canarios de este tiempo somos conscientes de quiénes somos y de dónde estamos y los viejos traumas que pesaban sobre nosotros se han soslayado.

La producción de libros en general (novela, poesía, teatro, ensayo) ha aumentado considerablemente. Las editoriales canarias (Nace, Anroart, Baile del Sol, Idea, Aguerre, DelMedio, por citar las más importantes) han editado en los últimos cinco años unos dos mil títulos de narrativa. Raro es el día de la semana que no haya una o dos presentaciones de libros. Y la distribución ha mejorado. Se reparte en las librerías más conocidas de las islas.

Pero lo que es más importante aún es que los narradores de G-21 editan sus libros en la Península, con lo que su conocimiento y difusión rebasa las fronteras insulares, sempiterno lamento de los novelistas del siglo XX. Editoriales como Alfaguara (Madrid), que ha editado la narrativa juvenil de Cecilia Domínguez; Tropo (Zaragoza), que edita a Víctor Álamo de la Rosa; Alba (Barcelona), que edita a José Luis Correa; Mercurio (Madrid), que edita a Santiago Gil; M.A.R. (Madrid), que edita a Javier Hernández Velázquez; Difícil (Valladolid), que edita a Ángel Vallecillo; Casa de Cartón (Madrid), que edita a Nicolás Melini; Alrevés (Barcelona) y Siruela (Madrid), que editan a Alexis Ravelo; Minotauro (Grupo Planeta), que edita a Víctor Conde; y Dilema (Madrid), que edita a Carlos Cruz, han confiado en la obra de estos narradores.

⁶⁹ En la Punta de Orchilla, en El Hierro, tuvimos el meridiano cero desde 1634, hasta que la Conferencia de Washington en 1885 señalara a Greenwich y nos arrebatara ese honor. Por esa razón a El Hierro se le llama la "Isla del Meridiano".

Son once editoriales (sobre treinta y cuatro libros estudiados) que publican la obra de diez componentes de G-21 (sobre los diecisiete seleccionados).

No existe tampoco complejo alguno de lejanía. El mar, que antes nos separaba por la distancia con la Península, apenas se usa para los viajes. Si acaso, un viaje de vacaciones o de placer, un medio para transportar el automóvil, pero aun así, el viajero prefiere enviarlo por barco y viajar en avión a Sevilla. No hay más lejanía, ya lo hemos dicho, que la de un vecino de Gijón o de Ponferrada. El canario ya no se siente preso en su tierra. Hoy, con los medios técnicos que existen, se maqueta una novela en una semana, se envía a la Península por cualquier sistema electrónico y en dos semanas más la tenemos terminada. El transporte a Canarias tarda dos días, con lo que ese sufrimiento de antaño por la espera ha desaparecido.

Otro tema superado es el rechazo a lo que viene del exterior. Desde los años 60-70 afluyen a Canarias individuos de todas las naciones y de todas las razas como turistas y son recibidos con los brazos abiertos. Ingleses, alemanes, irlandeses, franceses, italianos, nórdicos, suizos, peninsulares y, últimamente, rusos, acuden a Canarias cada cual con sus razones⁷⁰. Desde esa década hasta ayer, les hemos construido hoteles de cinco estrellas, apartamentos, villas de lujo en las que se incluye el mayordomo, campos de golf, parques temáticos, teleférico en el Teide, playas naturales y artificiales y hemos ampliado los puertos para recibir a los cruceros de las compañías más punteras del sector del ocio. Los canarios no han hecho más que preparar carreteras, miradores de paisajes, restaurantes, paradores, buscar declaraciones de parques naturales y nombramientos de ciudades patrimonio de la Humanidad y, en definitiva, montar una infraestructura turística más que adecuada para atraer a estas gentes venidas del exterior. Ya no hay fronteras ni periferia. Con fecha de enero a noviembre de 2017 habían entrado en Canarias 14 millones de turistas, contando naturalmente con el turismo peninsular, que, durante la crisis, ha sido el de menor afluencia. En Canarias hay una población aproximada de dos millones doscientas mil habitantes y todos los años esa cantidad se multiplica por siete.

Recuérdese este fragmento de *Agua de arroz y flores*, del G-21 David Galloway, sobre el auge turístico y sus consecuencias:

⁷⁰ No estamos refiriéndonos, claro está, a los inmigrantes sudamericanos o del Oriente más empobrecido de Europa, que vienen en busca de trabajo.

[72]

Lograron ahorrar y dieron la entrada para un pisito de protección oficial en La Laguna. Primitivo tocaba bastante bien la guitarra española y con lo del boom del turismo consiguió un sobresueldo en un tablao flamenco de un bar en el Puerto de la Cruz, miércoles, jueves, viernes y sábados. Unos lo piensan, otros lo hacen, pocos lo piensan y lo hacen. El estado físico de Primitivo se resintió, pero al año siguiente ya estaba pagado el piso y en la puerta un coche, “quiero que algún día mis hijos disfruten de todo lo que yo no tuve”. Como todo tiene su precio, Asunción empezó a notar cierto tufo a perfumes de extranjeras en los cuellos de las camisas rojas y verdes a lunares de su marido. Lo hablaron, no estaba dispuesta a consentirlo, y él juró que no despegaba sus dedos de las cuerdas y que no tenía la culpa si se abalanzaban, “si vieras las borracheras que se agarran” (además no soy de piedra) (p. 102).

Convivimos como dos mundos distintos: las ciudades viven, laboran y duermen, frente a los polos turísticos, que no laboran y no duermen. No tenemos industria, no tenemos ganadería, la agricultura es inapreciable y solo la del plátano y la del vino se resisten a desaparecer. Solo nos queda el turismo. ¿Quién se atrevería a revertir ese orden, quién a matar a la *gallina de los huevos de oro*?

5.6. LOS OTROS TEMAS DEL SIGLO XXI

Señalamos en el Capítulo 4 que estos temas, excepto el primero, cobraron su importancia en la narrativa de los escritores que componen G-21 y de otros que no fueron seleccionados para este trabajo.

Con respecto a los personajes y las situaciones de la narrativa (*vid.* 4.4.) la diferencia que encontramos estriba, fundamental pero no únicamente, en que los protagonistas y antagonistas de las novelas del siglo XX tenían más carácter introspectivo, miraban más su interior y, quizá, las situaciones eran más íntimas. Son personajes como Juan de *Fetasa* (*vid.* [1] a [7]); como el anciano asilado en el convento de la tercera edad de *Especulaciones fugitivas* (*vid.* [8]); los viajeros de *El camarote de la memoria* (*vid.* [10] a [13]); los personajes y situaciones de *Mararía* (*vid.* [21] a [26]); los de *Nos dejaron el muerto* (*vid.* [36] y [37]); el Chano, enamorado, de *El collar de caracoles* (*vid.* [38] a [40]); o los personajes de *Los puercos de Circe* (*vid.* [41] a [45]):

[41]

Pero ahora, (de las tres mil pesetas no dices nada, gruñe casi en voz alta,) desde hace unos minutos, desde que nos sentamos, ¡mucho antes!, (que es lo que éramos y somos nosotros para ti en realidad,) vosotros (o ustedes), (y las tres mil pesetas del lunes) como dicen por acá, con ese giro tan peculiar y, paradójicamente, tan entrañable), (y las tres mil pesetas del martes, y colorín colorado:) vosotros sois un grupo magnífico, (delante de Alberto, Linares, el catedrático de literatura,) *un grupo que no parece encerrado en una isla*, (parece seriamente interesado en las palabras del Notable Poeta,) *que no parece encontrarse ajeno del territorio español..., peninsular, quiero decir: (¿qué se habrá creído este tipo?, mira instintivamente a Carlos, esperando que salte de un momento a otro llamando). Nunca sospeché vuestra humanidad, (godo jediondo, y con razón, piensa Alberto, al tipo este de...) vuestra simpática humanidad o vuestra humana simpatía, como preferáis (pp. 97-98).*

Los personajes de G-21 son abiertos, variados, viajeros, habitantes del mundo, de los que no parece necesario repetir sus características, pero sí decir que son de múltiples caracteres y propiedades. Eduardo Delgado Montelongo, en *El centro del gran desconocido*, nos ofrece una buena muestra:

[173]

Mi visita a Viena me dejó el poso de los actos fallidos. Llegué un día por la mañana y esa misma noche me largué de allí. Pasé la jornada caminando, mirando fachadas, palacios, catedrales, óperas y castillos. Aquella ciudad era un parque temático de la aristocracia. Recorrí la RingStrasse dos veces con la boca abierta y el ceño fruncido y cuando quise darme cuenta ya me estaba acostumbrando a tanta belleza antigua. Por lo demás, la gente me pareció de una mezquindad insólita. No encontré a un maldito vienés que me dirigiera una palabra sin un gesto de repugnancia. Mucha palabra seca, demasiado sordos [...]

Bratislava fue el contraste, una bendición.

Obviando el techo oscuro típico del Este se trataba de un lugar perfecto: gente guapa y amable en bicicleta, paseando a la vera del río (el río Danubio en su parte más dócil), la llanura verdosa de un otoño inagotable, callejuelas adoquinadas y cúpulas de casas con moho, carros con bebés de ojos azules y madres para quitar el hipo. *Pasé tres noches en Bratislava (p. 57).*

De las novelas de género negro hay que destacar, ya lo expresamos, el carácter de sus personajes: el Ricardo Blanco, detective de las novelas de José Luis Correa; el Eladio Monroy en las primeras de Alexis Ravelo y sus hampones en las siguientes; el Mat Fernández, de Javier Hernández; y el detective afroamericano Wilco Wallace, de

Ángel Vallecillo, tienen las características especiales que el género requiere. Son eficaces, atrevidos, resolutivos pero al mismo tiempo son enamoradizos y algo machistas. Nos parece que el más humano es Ricardo Blanco, el detective de José Luis Correa:

[82]

Me serví un ron a pelo, la primera copa en muchos días. Y abrí la caja de Pandora para descubrir que, en efecto, aquella era mi casa y que aquel era yo.

Y que nací un viernes.

Que tuve familia. Que tuve infancia. Que viví en un hogar feliz. Que me tomé una foto sentado en uno de los perros de la Plaza de Santa Ana, con un cucurucho de turrón en la mano. Que hice la primera comunión en la iglesia de Santo Domingo, vestido de almirante de marina. Que mi mejor regalo de reyes fue una máquina de escribir en la que compuse los peores poemas de la historia. Que jugué a la pelota con el equipaje del Bilbao en una plazoleta en cuyo corazón se levantaba un laurel de indias. Que mi padre se parecía a Alfredo Kraus. Que mi madre se parecía a Gina Lollobrigida. Que yo no me parecía a ninguno de los dos.

Y que fui un niño solitario, un viejo prematuro. Que estudié en un colegio de curas. Que saqué unas notas aceptables hasta llegar a la universidad. Que no destaqué en nada. Que mi primer coche fue un Citroën. Que mi primer amor se llamaba Malena. Que hice la mili en León: casi pierdo la nariz y dos dedos del pie izquierdo en la garita, en una de mis guardias, por culpa de la nieve. Que fracasé en varios empleos. Que me salvó la vida un viejo cascarrabias socarrón: mi abuelo Colacho. Que no sabría decir cuántas cosas había heredado de él. Que no sabría encontrar su tumba ni la de nadie de mi familia en San Lázaro. Y que volvía a estar solo (pp. 39-40).

Dijimos también (*vid.* 4.5.) que nunca fue interesante destacar el humor en la narrativa canaria ni del siglo XX ni del XXI, aunque en la narrativa actual haya alguna incidencia y una apariencia más vivas que en la pasada, como sucede en Cristo Hernández Morales, y algún toque de ironía, como muestra José Luis Correa Santana en sus novelas.

El sexo (*vid.* 4.6.) es tema que está más explícito y con mayor crudeza en la narrativa de G-21 que en la del siglo pasado (*vid.* [90], [91], [97], [100], [137] y [138]). Y con la violencia de género (*vid.* 4.7.) sucede lo mismo. Ambos temas fueron mucho más laxos en la narrativa del siglo pasado, mucho más escondidos, no sabemos si por la perspicaz censura o por la propia iniciativa de los autores. Al menos, con el sexo sucedía así -incluso en el cine- y de manera más oscura y solapada, seguramente por la

visión machista franquista, posfranquista y secular, sobre la violencia de género. Comparemos [34] de *Nos dejaron el muerto*, de Víctor Ramírez, autor de la Generación del 70, la del *boom* del siglo XX, con [138], de *Isla Nada*, del G-21 Víctor Álamo de la Rosa:

[34]

Eloisita Peralta no procedía de aquí en la isla. Había nacido en la península, muy adentro de la península, y no conocía el mar cuando tuvo que subir al barco para venirse acá. *Se casó jovencita, casi niña, a causa del hambre cuando la guerra, se casaron allá. Dijo en una ocasión que don Lucio se había hecho malo después de volver a pisar su tierra, cuando hubo de ponerse la camisa azul. Allá era cariñoso y atento, y cantaba y reía fuerte, con ganas. Aquí ya no le vi cantar jamás, ni reír saludable.* (p. 24)

[138]

—¿Qué te ocurre, Luisón?

—Nada. Quiero follarte y quiero que me llames Manuel García, así como te digo, con nombre y apellido.

—¿Manuel García? ¿Te has vuelto loco?

—Me has vuelto loco, tú me has vuelto loco. Has convertido mi vida en una gran mentira. Ya nunca sabré lo que es real y lo que no, perra mentirosa [...]

Ya era hora de tener huevos. De ser un hombre. Manuel García, su voz cavernosa, le hablaba al oído y le gobernaba desde dentro con pulso firme.

Luisón sudaba. Hipaba y tenía lagrimones pendiendo de sus ojos. *Acometida tras acometida, empujón tras empujón, duraba y duraba*, quizá por culpa del mucho alcohol ingerido, sin que apareciera el desfallecimiento. *Adentraba su pene en busca de toda la información.* Eso es, saca huevos, sé un hombre, no me avergüences. *Janine soportaba los empujones y lo llamaba Manuel, Manuel, Manuel García [...]*

Y dentro de él oía las respuestas de Manuel García y su risa monstruosa. Escuchaba sus palabras enfadadas, su furia retumbando, sus propias locuras mezcladas hasta la náusea.

Por eso cogió el cuchillo [...] Y amenazó a Janine con ira descomunal y la insultó gritándole zorra, lo sé todo, mentirosa, siempre lo he sabido todo. Y Janine pensó por un momento que la mataría que hasta aquí había llegado su vida.

Pero no, Luisón, con unos ojos en los que ardía el infierno entero, se sentó en la cama, *se agarró los testículos y se los cortó de un solo tajo rápido.*

Antes de desmayarse pudo escuchar la voz borracha de Manuel García diciéndole que estaba orgulloso, que ya no era un cobarde sino un valiente, que mucho había aguantado, que ya era libre y que a partir de ahora podría volver a cantar como los ángeles (pp. 289-292).

De forma similar, la emigración (*vid.* 4.8.) es un tema de la narrativa del siglo XX que se retoma en la del XXI, como consecuencia de las dificultades que la crisis nos ha dejado. Pero en lugar de ser una emigración a los países sudamericanos o centroamericanos, como en las pasadas décadas 40-50 del siglo XX, la dirección actual es la de Europa. Y el carácter de los emigrantes es distinto. Si bien el del siglo pasado era una persona sin trabajo ni cualificación, los emigrantes actuales son, en su inmensa mayoría, titulados universitarios, personas cualificadas. Compárense, al efecto, este fragmento [2] de *Fetasa*, de Isaac de Vega, con [63], de *La muchacha del ajeno*, de Cecilia Domínguez -poeta del siglo XX, pero G-21 como narradora-:

[(Fragmento de) 2]

Una generación más tarde la isla había desaparecido como factor humano [...]

–Completamente desaparecido –continuó–. Vinieron las sequías, y [...] las plantas se llenaron de enfermedades y pasaron a los hombres. No quedó sino barrancos estériles y los llanos que fueron ocupando matorrales espinosos, y ruinas de muchas casas. *Pueblos enteros en ruinas*. Edificios en los que faltaban las puertas y ventanas, de magnífico y curado cedro, que fueron arrancadas a medida que *la gente se fue en una última y desesperada exportación. Luego las muchachas acabaron por exportarse ellas mismas, y hoy yacen en variados cementerios del mundo entero, la mayoría sin lápidas y sin nombres* (pp. 85-86).

[63]

El Centro Social estaba a dos manzanas. Realmente era un piso que habían acondicionado: las habitaciones las habían convertido en aulas, en despachos o salas de reuniones y en el salón se podían ver algunas mesas y sillas, varios sillones, un televisor y un ordenador. A la entrada y detrás de un mostrador, una mujer joven nos recibió: *Bonjour!*

–Buenos días -contestamos.

– ¡Ah, españoles! –nos respondió con ese acento francés del que tanto nos habíamos reído cuando lo oíamos en las películas (p. 38).

Para concluir, son tres las novedades que queremos destacar en la narrativa de G-21:

5.6.1. La novela “experimental” (vid. 4.9.)

Desde la novela surrealista de Agustín Espinosa, que publicó en 1929 *Lancelot 28°-7° (Guía integral de una isla atlántica)*, en 1933 *Media hora jugando a los dados*, o *Crimen* en 1934 (vid. 1.2.2.), no habíamos conocido una novela-no novela, *El hombre que ama a Gene Tierney*, de la que dice Daniel María, el autor, en su Poética:

En 2011, el Premio de Novela Benito Pérez Armas declaró finalista a mi novela, o no-novela, *El hombre que ama a Gene Tierney*, y le concedió aunque no constaba en las bases del galardón, un Premio de Edición. La obra esperó a 2013 para ver la luz, y fue reeditada (revisada y corregida) en 2014. La escritura de esta novela –que podría ser una no-novela si admitiéramos que se ha decidido no transitar los espacios del principio, nudo y desenlace ya convenidos como propios del género– es ante todo un resultado libre y libertario en el que conviven el teatro, el guion de cine, la autoficción, el diario, el cuento y hasta la crítica literaria, es un convoy íntimo, como saludó Emma Cohen en el prólogo de la segunda edición. La escritura de *El hombre que ama a Gene Tierney* fue un espacio feliz, una reunión de mitomanías, referencias, vivencias y exploraciones narrativas que estaban iluminadas secretamente por Laurence Sterne, George Perec, Max Aub o Gómez de la Serna.

5.6.2. La novela negra (vid. 4.10.)

Si bien hemos reseñado que no es una tendencia nueva en las islas, la profusión de este género nos lleva a considerarlo dentro de los temas de la narrativa de G-21.

5.6.3. La novela de ciencia ficción (vid. 4.10.2.)

Lo mismo sucede con la novela de ciencia ficción, las obras de Víctor Conde, que son una tendencia novísima sin punto de comparación con ninguna otra en lo que a la narrativa canaria se refiere:

[153]

Había colocado a la Eurídice al acecho, cabalgando la onda de choque de un lejano quásar. Se había pasado jornadas enteras en vela elucubrando un complejo plan de aproximación al convoy, que incluía mover de su sitio un púlsar y hacerlo estallar para que el frente electromagnético confundiera sus antenas. Pero se llevó una grata sorpresa cuando la cognoscitiva la puso al día de los fenómenos locales: un anillo de agujeros negros se había desplomado cincuenta mil años atrás en las proximidades de Calipsos, enviando una onda de choque en todas direcciones. Casualmente, esa onda iba a alcanzar al convoy en menos de doscientas horas (p. 35).

En resumen, son más los temas que separan a G-21 de la narrativa del siglo pasado que los que los unen a ella, como sucede siempre con la iconoclastia de cualquier nueva generación literaria. Es obvio, por lo natural, y opinamos que ello es debido a la propia evolución de la realidad y del entorno del escritor, de los nuevos tiempos que han proporcionado nuevas oportunidades y conocimientos y de la propia evolución del género narrativo: nuevos temas, nuevos soportes, nuevas formas de leer novela. No estamos hablando de estilos, lógicamente, sino de los temas de cada siglo. Como decíamos al principio del capítulo, cincuenta o sesenta años de diferencia dan para mucho.

CONCLUSIONES

Tal como señalamos en la “Introducción”, a lo largo de esta Tesis nos hemos marcado como objetivo el análisis de los temas de la producción novelística de la *Generación 21*, o *G-21*, un conjunto de novelistas canarios nacidos alrededor de los años sesenta y cinco del siglo XX y que han ido consolidando su trayectoria literaria desde los inicios del siglo XXI. Nos interesaba descubrir, a través de sus temas, cuáles podían considerarse sus señas de identidad y relacionarlas con las de los autores del siglo XX, para determinar si existen similitudes o si han surgido nuevos temas.

También en la “Introducción” establecimos que llamamos *narrativa canaria* aquella que se hace en Canarias por canarios o por quien, siendo de otro lugar, se ha establecido en las islas y es narrador, así como por canarios que viven en la Península pero que mantienen una estrecha relación con las islas.

Recordemos cómo surge el término de *Generación 21*:

En 2010 se cumplieron cuarenta años desde que la historia de la literatura canaria registrara el último hito de nuestra narrativa, la llamada Generación del 70 o boom de la narrativa canaria. Aquel importante fenómeno significó indudablemente un despertar de la narrativa de Canarias, una especie de gran patada a ese tópico que todavía se escucha a veces y que refiere que Canarias es tierra casi exclusivamente de poetas [...] Cumplida la primera década del siglo XXI, podemos decir sin temor a equivocarnos que *nuestra literatura ha consolidado una novísima (y potente) generación de novelistas que, solo para ubicarnos, llamaré Generación 21, precisamente por situar su brillante eclosión en la primera década del siglo XXI*⁷¹ (Morales, 2011: 7-8).

⁷¹ La cursiva es nuestra.

1. PROCESO DE RECOPIACIÓN DE DATOS

Para el análisis de los temas que caracterizan la narrativa canaria del siglo XX y la del siglo XXI, hemos elaborado un corpus textual de referencia compuesto por 180 fragmentos de novelas -43 del siglo XX y 137 del siglo XXI-, que ilustran y muestran, o demuestran, lo que cada tema analizado anuncia. De las novelas que forman el corpus de los narradores del siglo XX, hemos optado por aquellas más conocidas, mejor distribuidas. Algunas han sido traducidas a otros idiomas, síntoma de su mayor difusión no solo dentro de Canarias sino también fuera, en el resto del panorama literario nacional y en el internacional; otras, se convirtieron durante años en objeto curricular de la enseñanza media de los centros educativos canarios.

Para la selección de las novelas que conforman el corpus textual del siglo XXI, no olvidamos que la mayoría de los autores estudiados comenzaron su andadura literaria hace escasamente quince o veinte años, por lo que algunos de ellos están actualmente creando su tercera o cuarta novela. No obstante, y para poder apuntar una cierta prospectiva de cuál podría ser su futuro literario, tuvimos en cuenta que todos los autores seleccionados contaran, al menos, con dos obras publicadas y que alguna de ellas, no necesariamente las escogidas para esta Tesis, hubiera sido publicada o bien en la antología *Generación 21: Nuevos novelistas canarios*, o bien en la colección posterior de treinta títulos que terminó de editarse en 2017.

Algunos de los escritores seleccionados para G-21 ya escribían y publicaban a finales del siglo XX, como es el caso de dos autoras, María Teresa de Vega y Cecilia Domínguez Luis, que pertenecen, en sus comienzos literarios, al siglo pasado, especialmente en géneros distintos a la novela. Asimismo, hay dos autores, Damián Hernández Estévez y David Galloway Rodríguez, nacidos en el límite cronológico que nos marcamos (1965), que comparten con ellas el hecho de ser nexos de unión con los escritores del siglo XX. De los tres primeros autores hemos seleccionado sus novelas iniciáticas y del cuarto aquellas que representan la evolución estilística del mismo autor entre su publicación de finales de siglo XX y la de entrada el siglo XXI.

2. ANÁLISIS

Las islas entraron en la historia en 1496, cuando terminó la conquista de Tenerife, y es natural que esa historia se ocupara de contar los sacrificios y méritos de los conquistadores. Por tanto, es también natural que lo primordial de las narraciones fueran la geografía de las islas, sus nativos, el gobierno del territorio descubierto, sin olvidar que las primeras islas fueron conquistadas bajo el dominio de los señoríos y las últimas, y luego todas, fueron de realengo. Los Reyes Católicos tenían que saberse dueños de un territorio de ultramar. Fue la época de las historias de las islas de Abreu Galindo, las definiciones de las fortificaciones que Felipe II encargó al ingeniero italiano Torriani, los mapas de este, la historia general de Canarias del ilustrado Viera y Clavijo y los poemas y endechas que cantaban los hechos heroicos. Entonces, la narrativa que hemos dado en llamar *narrativa canaria* no existió hasta la época del Regionalismo y el Costumbrismo de finales del XIX y del Modernismo posterior. Luego se suceden las diferentes épocas del siglo XX: la vanguardia de antes de la Guerra Civil, la posguerra con la *Generación del traje virado* de los años 50, el *Grupo fetasiano*, el *boom* de la narrativa canaria de los 70 y la *Generación del silencio* de los 80-90. Acompaña a esta reseña historiográfica una rica lista de autores y obras.

El Capítulo 2 se dedicó al estudio de los temas de la narrativa canaria del siglo XX tomando como referencia, como hemos señalado, los textos de los autores. Así, hemos mostrado la isla como centro mítico, tan propio de la novela *Fetasa* de Isaac de Vega: era casi una obligación seleccionar *Fetasa*, porque significó un antes y un después en la narrativa canaria, porque es una obra que mitifica a la isla y porque dio nombre a un grupo generacional y de pensamiento literario de mediados del siglo XX, el *grupo fetasiano*, cuya teoría se basaba principalmente en realizar la escritura desde el punto de vista de la emoción; la soledad y la angustia del narrador que crea su obra en un espacio tan constreñido.

Hemos analizado el tratamiento del mar como tema casi permanente en la narrativa canaria, que es una barrera, pero al mismo tiempo es un istmo que nos une a la Península. También son recurrentes en la narrativa del siglo XX otros temas, como el sentimiento de ser desconocidos fuera de nuestras fronteras, que no sepan cómo somos; el complejo de lejanía, la sensación de estar en una prisión y la rebeldía del prisionero.

Estas circunstancias se reflejaban en la obra de los narradores del XX y marcaban sus señas de identidad.

Si en los Capítulos 1 y 2 se trató la narrativa canaria del siglo XX, los Capítulos 3 y 4 se convirtieron en el núcleo de esta Tesis: en ellos se analizó la novela canaria de los primeros diecisiete años del siglo XXI, tomando como referencia la obra de G-21.

En el Capítulo 3, además de indicar cuáles fueron los criterios de selección de los narradores que se incluyen en esta Tesis, se aportan los datos bio-bibliográficos de cada autor: biografía, bibliografía, referencias sobre su obra. Pero debemos destacar, pues consideramos que constituye la mayor aportación de este Capítulo, que la mayoría de los autores estudiados nos ha “regalado” una Poética, lo que supone un añadido especial que, en nuestra opinión, tiene mucha importancia por tratarse de obra inédita - corta, pero inédita-. Confesé en la Introducción y lo he de repetir ahora, que, como escritor perteneciente a la *Generación del silencio*, tengo la enorme fortuna de ser conocido por todos los autores que son objeto de estudio de esta Tesis, con quienes comparto tertulias, conferencias y seminarios en los centros académicos y culturales de Tenerife (principalmente en las ciudades de La Laguna y Santa Cruz), presentaciones de libros, colaboraciones en los suplementos literarios de los periódicos de las islas y cuantos eventos literarios nos suelen congregar; igualmente, me precio de conocer al editor artífice del término G-21, Ángel Morales. Todos ellos han tenido en todo momento noticia de esta investigación y fueron ellos mismos los que me aportaron la mayoría de datos biográficos y bibliográficos que se incluyeron en el Capítulo 3. Mis principales fuentes son, pues, excepcionalmente, las de los protagonistas de esta nómina de autores.

En el Capítulo 4, y con una idéntica metodología a la que aplicamos en el Capítulo 2 con los narradores del siglo XX, expusimos las características de la novela canaria del siglo XXI, para lo que usamos citas de los textos de las novelas de los autores de G-21 seleccionados. Con ellas, mostramos que las señas de identidad de la narrativa del siglo pasado, como las sensaciones que la isla ocasionaba a los escritores, la soledad y la angustia que los embargaban han cambiado: así, aparecen temas nuevos, deudores de la época en la que viven y escriben los narradores de G-21, como son la emigración, o la violencia de género. Y los géneros más actuales, como la novela negra

o de ciencia ficción, así como la novela “experimental”, llenan las expectativas de los nuevos narradores.

Finalmente, dedicamos el Capítulo 5 a la comparación entre los temas de la novela del siglo XX con los del siglo XXI, representada en esta selección de G-21. Relacionamos las opiniones que los narradores mostraban sobre la isla, antes mítica, ahora exenta de cualquier connotación mítica y, si acaso, imaginaria, como es el caso de Damián Hernández y de Víctor Álamo; los aspectos de la soledad y la angustia, que han desaparecido; el mar, que ya no representa una barrera y es más istmo que antes, un istmo que nos une a la Península, aunque ahora a través del aire, del viaje aéreo; el sexo, antes implícito, solapado, sobreentendido y ahora descarnado y explícito; el humor, que nunca fue un tema acariciado por los narradores porque el canario parece tener un cierto signo de lo negativo, etc.

Del análisis de los temas que aparecen en las treinta y cuatro novelas de los diecisiete autores de G-21 que hemos seleccionado, podemos extraer algunas conclusiones finales sobre la narrativa canaria de los primeros diecisiete años del siglo XXI:

1. Describiremos esta G-21 como haríamos con cualquier generación literaria: es un grupo de narradores heterogéneo en el que tienen cabida tanto los generalistas como los de novelas de género, ya sea el llamado género negro o el de ciencia ficción, que empezaron a publicar en los primeros años del siglo XXI.

2. Será muy dispar y muy impreciso tratar de agrupar tendencias entre estos narradores. Sería cuestión de agruparlos y crear varias facciones:

a) una pudiera ser la del nexo entre siglos, el de los cuatro escritores que ya publicaban en el siglo XX, aunque cultivando otros géneros como la poesía, en el caso de María Teresa de Vega y Cecilia Domínguez Luis, las dos únicas mujeres que hemos analizado en G-21, o de Damián Hernández Estévez, principalmente escritor de relatos, y David Galloway, cuya novela *Testigo* ganó en 1985 el Certamen de Novela Corta Canaria. Ambos nacieron en 1960, cinco años antes de la fecha tomada como límite para los autores de G-21 (1965);

b) otra, incluiría tres escritores, Anelio Rodríguez Concepción, Nicolás Melini y Víctor Álamo de la Rosa, que ya publicaban sus primeras novelas antes de finalizar el siglo pasado, porque fueron escritores precoces. En los tres, que conocieron al *Grupo fetasiano* y participaron en sus tertulias, perviven algunos de los temas de la narrativa del siglo XX;

c) una tercera, por los narradores de novela negra: José Luis Correa Santana, Javier Hernández Velázquez, Alexis Ravelo y Ángel Vallecillo. En sus novelas aparecen los nuevos temas de la narrativa canaria, además de la novedad que supone cultivar un género hasta ahora poco frecuentado en la novela local. Los nuevos escenarios, urbanos, las nuevas tramas, los nuevos personajes, encarnados en las figuras de los detectives, de los policías, de los expresidarios, de los personajes que viven en el mundo del hampa; el sexo explícito, la violencia; estos cuatro escritores constituyen una facción absolutamente novedosa y simultánea, gracias al enorme desarrollo de las comunicaciones que permiten a los escritores canarios dejar de estar aislados, con las tendencias narrativas mundiales;

d) una penúltima, para el autor de la novela “experimental” *El hombre que ama a Gene Tierney*, Daniel María, el más joven de los narradores seleccionados, y para Víctor Conde, exponente de la novela de ciencia ficción;

e) y una última, constituida por el resto de los narradores, Santiago Gil, Cristo Hernández Morales, Carlos Cruz y Eduardo Delgado Montelongo, que no se adscriben a ningún género narrativo en particular.

Así desgajaríamos G-21, en tanto que *Generación 21*. La Generación del 98, quiérase o no, tenía en común la sensación negativista de un país en ruinas. No tenían mucho que ver Unamuno con Pío Baroja, ni Azorín con Valle-Inclán. La Generación del 14 tenía una preocupación por el futuro de España, un acercamiento hacia lo esteticista y un cierto intelectualismo, aunque nada en común tenía Ortega y Gasset con Gabriel Miró o con Ramón Pérez de Ayala. Ni Juan Ramón Jiménez con Ramón Gómez de la Serna. Los componentes de la Generación del 27 tuvieron una cohesión y

relaciones personales nacidas al amparo de la Residencia de Estudiantes, aunque no fue lo mismo Lorca que Altolaguirre, ni Emilio Prados que Alberti. Y la Generación del 50 estaba compuesta por personas que habían pasado por la universidad, gozaban de un alto nivel intelectual, llevaban el estigma de la Guerra Civil, sus temas eran tan realistas como los horrores que habían vivido pero cada uno tenía su propio estilo.

Las características de G-21, salvando las distancias entre las generaciones citadas y esta que es nueva y joven, son similares a las de las demás generaciones literarias en el aspecto más general: los une la época de nacimiento, los conceptos de la isla y el del mar, porque ni siquiera el género literario sirve para agruparlos. Lo que sí parece otra característica satisfactoria es la amistad que los aglutina. Cuando Ángel Morales, editor-propietario de Ediciones Agüere, publicó su antología en 2011, terminó reuniéndolos a todos alrededor de una mesa festiva y los conjuró, al igual que sucedió con la Generación de los años 70, la del llamado *boom* de la narrativa canaria, a escribir y hablar bien los unos de los otros. Además de ese conjuro y de los complejos ya ancestrales, los une la narrativa y el amor a la literatura.

No es poco mérito el del editor Ángel Morales, que mantiene vivo el fuego de esa generación de narradores. Así, en la XVII Feria del Libro de Santa Cruz de Tenerife, celebrada entre el 30 de abril y el 4 de mayo de 2015, presentó una de las enésimas ediciones de su antología. En ella pusimos sobre la mesa, entre otras cuestiones, que no se había incluido a ninguna mujer narradora. El editor remedió esa carencia, porque en la colección de 30 novelas que fue publicando entre 2011 y 2017, año en que terminó la colección, se preocupó de editar a siete escritoras: María Teresa de Vega, Ana Joyanes, Cecilia Domínguez Luis, Pilar Escalona, Maca Martínón, Cristi Cruz Reyes y Candelaria Pérez Galván. De ellas, dos están incluidas en esta Tesis: María Teresa de Vega y Cecilia Domínguez (ambas de 1948), que pertenecen al que hemos llamado nexos de unión entre los narradores del siglo XX y XXI. Las demás no cumplían uno de nuestros criterios de selección, el de tener al menos dos novelas publicadas.

El 27 de abril de 2017 se celebró en Santa Cruz de Tenerife la presentación conjunta de estas mujeres narradoras. Tuve la suerte de ser elegido por el editor para escribir esta presentación, que titulé *G-21: Mujeres en la narrativa canaria actual*. Fue una especie de reparación por no haber incluido en la antología inicial a ninguna mujer.

3. FINAL

El 26 de febrero de 2017, Ángel Morales me encargó, con motivo de haber finalizado la colección de las treinta novelas publicadas entre Ediciones Agüere y Ediciones Idea bajo el nombre de “G-21”, un artículo que aparece en *El Perseguidor*, sección de cultura del *Diario de Avisos* al cuidado del crítico Eduardo García Rojas, que titulamos “G-21: 30 novelas. Objetivo cumplido”, en el que hacíamos una síntesis de lo que había significado editar a la pléyade de narradores que habían empezado a publicar en el presente siglo. De él me gustaría tomar esta cita:

Es imposible cortar como si fuera un queso lo que es nuevo y lo que es anterior a lo nuevo en nuestra (y en toda) narrativa. Decía Luis Alemany (y no sé si la acotación es enteramente suya) que “nadie se acuesta medieval y se levanta renacentista”. Hay escritores en esa lista confeccionada por Ángel Morales, que ya eran notoriamente conocidos en los años 90 del pasado siglo. Los escritos de Víctor Álamo de la Rosa, David Galloway y Anelio Rodríguez Concepción ya habían destacado mucho antes de la primera década del siglo XXI. No obstante, y no por esa circunstancia y más por las fechas de nacimiento, merecen con creces estar en esa antología.

Es natural suponer que no todos los narradores de G-21 tienen el mismo número de obras, ni la misma calidad, ni la misma difusión. Me atrevo en este punto a expresar mis preferencias por Cecilia Domínguez Luis, José Luis Correa, Víctor Álamo de la Rosa y Daniel María. La primera ya es suficientemente conocida y es Premio Canarias de Literatura por su larga, enorme y fructífera obra poética. En algún acto literario de los que hoy proliferan la he denominado “una potente voz de la poesía española”; el segundo, porque lo considero el autor canario de novela negra que mejor ha asimilado el espíritu del género; y los dos últimos porque, además de su calidad, me parece que son los que tienen mayor y mejor proyección. Hay otros escritores que aún tienen que consolidar su presencia.

Y debemos concluir: ha llegado el momento de la globalización, del uso del *skype*, de las *videoconferencias*, de las redes sociales, de los *blogs*, de la *tablet* y del *whatsapp* y ya casi no hacen falta los viajes aéreos diarios a Madrid y Barcelona -cuyos billetes y tarjetas de embarque, para mayor facilidad, se pueden adquirir de inmediato a través de *Internet*-. A menos que uno quiera hacer turismo o atender alguna necesidad

familiar, la comunicación, las viejas barreras que impedían manifestarse a los canarios han caído. El viaje es una anécdota y la soledad y la angustia, si existen, no se diferencian en nada de las de otras personas, en Canarias o en cualquier parte del país, que abarcan otras ramas del arte, de la industria, de la sociedad, en definitiva.

No obstante, sigue siendo conveniente salir de la isla, de las islas, y escribir en los centros de producción y de difusión, pero no más conveniente que para otros escritores de ciudades peninsulares. No por bipolaridad geográfica alguna, sino por la razón práctica. En esta cuestión de vivir fuera, el canario, en líneas generales, es bastante renuente a salir de su tierra; pero el que se queda ya sabe que no se puede quejar a la postre de no haber salido.

Salvo excepciones, la idea de los escritores canarios del siglo XX sobre la isla mítica, el espacio insular mítico y la onerosa insularidad, han desaparecido en la actualidad. Sigue existiendo, es obvio, la insularidad en los ambientes políticos, sociales, económicos y geográficos que llamamos, generalmente, periféricos, pero es algo que no preocupa tanto a los narradores del siglo XXI como para plasmarlo en sus creaciones con un carácter de protagonismo catastrófico o de insalvable pesadumbre. Se nombra, se cita y se referencia a la isla, pero como un lugar común, como el sitio que habitas. Aquella vieja obsesión, de los *fetasianos* sobre todo, de que la isla era un insondable misterio ya no existe. Aquella vieja intención de Juan (*Fetasa*, de Isaac de Vega) de creerse propietario de la isla, su espacio vital, o la imaginada joroba de un camello de Pedro *El Geito* (*Mararía*, de Rafael Arozarena), no afectan ya a los jóvenes narradores canarios; o como J. J. Armas Marcelo tiene una isla imaginaria llamada *Salbago*, o Sabas Martín habla de su *Nacaria* (anagrama de Canaria), Damián Hernández Estévez (1960) habla de su *Lotavia* al estilo de las dichas.

Permítasenos traer de nuevo una columna editorial aparecida en *La Gaceta de Canarias*, titulada “El Pirineo azul”, donde señalé (Domínguez Suria, 1993:1):

Es lo de siempre, el mar. Para gentes de tierra adentro quizá sea un aliciente y una curiosidad, pero para quienes lo ven día tras día y lo llevan en las retinas, tal vez sea una mera anécdota que termina siendo hasta un obstáculo. El mar, un istmo. En este caso, no es un istmo que une, sino que separa. Existen en Canarias, en todos los órdenes del Arte, artistas muy capaces. No solo en aquellas viejas Artes que nos enseñaron como una retahíla, sino, incluso, en las Artes casi nuevas y casi de este siglo, existen por aquí personas con la sensibilidad necesaria para progresar en este

mundillo tan duro aunque tan gratificante. ¡Ah, si estuvieran en la Península! ¡Ah, si estuvieran...! Es una verdad que se sufre por aquí. Y es un lamento. Cuesta mucho vencer esa distancia. Y, en cierto modo, también es una excusa: por eso los artistas canarios no salen, por eso la distribución de las obras es deficiente, por eso...

En el campo de las letras, es normal que solo se impriman y se vendan, si es que se venden, quinientos ejemplares de un libro; mil es ya una cantidad respetable y dos mil es ser afortunado, y valga el símil con la tan cacareada condición afortunada de las islas. Queda el consuelo de que así, con el esfuerzo añadido, el artista es más artista y más auténtico. Y, también, más resignado: Quien puede, no quiere y viceversa. *Hay que dejar las dificultades a un lado y a ver si se abren ya las aguas de este mar y se salva esa lejanía y se derrota al istmo. Para el siglo que se nos viene, al menos, debería conseguirse.*

Hace veinticinco años de esta advertencia de esperanza para el mundo del arte en Canarias. Y, consecuentemente, para su narrativa. Debemos hacer dos cosas: o dejarla sin efecto, olvidarla, o considerarla como un sueño profético cumplido.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

I. NOVELAS ESTUDIADAS:

(Citamos la edición consultada para este trabajo).

Álamo de la Rosa, Víctor (1994), *El humilladero*, Madrid: Ediciones La Palma.

Álamo de la Rosa, Víctor (2013), *Isla Nada*, Zaragoza: Tropeo Editores.

Alemany Colomé, Luis (1983), *Los puercos de Circe*, Santa Cruz de Tenerife: Interinsular.

Armas Marcelo, Juan Jesús (1995), *El árbol del bien y del mal*, Barcelona: Seix Barral (Biblioteca Breve)

Arozarena Doblado, Rafael (1983), *Mararía*, Santa Cruz de Tenerife: Interinsular.

Arozarena Doblado, Rafael (1984), *Cerveza de grano rojo*, Santa Cruz de Tenerife: Interinsular

Casanova de Ayala, Félix (1981), *El collar de caracoles*, Santa Cruz de Tenerife: Centro de la Cultura popular Canaria.

Conde, Víctor (2010), *Crónicas del Multiverso*, Barcelona: Editorial Minotauro.

Conde, Víctor (2012), *Malpaís*, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Agüere-Ediciones Idea.

Correa Santana, José Luis (2012), *Nuestra Señora de la Luna*, Barcelona: Alba Editorial.

Correa Santana, José Luis (2017), *El detective nostálgico*, Barcelona: Alba Editorial.

Cruz, Carlos (2009), *h.*, Madrid: Dilema.

Cruz, Carlos (2012), *No es la noche*, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Agüere-Ediciones Idea.

Delgado Hernández, Juan José (1992), *Canto de verdugos y ajusticiados*, Madrid: Ediciones Libertarias.

- Delgado Montelongo, Eduardo (2011): *Cuaderno afortunado*, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea.
- Delgado Montelongo, Eduardo (2013), *El centro del gran desconocido*, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Aguiere-Ediciones Idea.
- De Vega, Isaac (2006), *Fetasa* (ed. Juan José Delgado), Santa Cruz de Tenerife: CajaCanarias.
- De Vega, María Teresa (2012), *Merodeadores de orilla*, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Aguiere-Ediciones Idea.
- De Vega, María Teresa (2014), *Divisa de las hojas*, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Aguiere-Ediciones Idea.
- Díaz Pacheco, Agustín (1987), *El camarote de la memoria*, Madrid: Cátedra.
- Domínguez Luis, Cecilia (2013), *Si hubieras estado aquí*, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Aguiere-Ediciones Idea.
- Domínguez Luis, Cecilia (2016), *La muchacha del ajeno*, Santa Cruz de Tenerife: Diego Pun Ediciones.
- Galloway Rodríguez, David (1991), *Agua de arroz y flores*, Santa Cruz de Tenerife: Viceconsejería de Cultura y Deportes (Nuevas Escrituras Canarias).
- Galloway Rodríguez, David (2012), *El perfil de las esquinas*, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Aguiere-Ediciones Idea.
- García Ramos, Alfonso (1983), *Guad*, Santa Cruz de Tenerife: Interinsular.
- Gil García, Santiago (2011), *Yo debería estar muerto*: Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea.
- Gil García, Santiago (2016), *La costa de los ausentes*, Madrid: Mercurio Editorial.
- González Déniz, Emilio (1985), *Tiritaña*, Santa Cruz de Tenerife: Consejería de Cultura del Gobierno de Canarias.
- Hernández Estévez, Damián (2012), *...En el aire queda*, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Aguiere-Ediciones Idea.
- Hernández Estévez, Damián (2015), *Quién como yo*, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Aguiere-Ediciones Idea.
- Hernández María, Daniel (2014), *El hombre que ama a Gene Tierney*, La Laguna: Neys Books Ediciones.
- Hernández María, Daniel (2014), *Un crimen lejos de París*, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Aguiere-Ediciones Idea.

- Hernández Morales, Cristo (2005), *Envasados al vacío*, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Idea.
- Hernández Morales, Cristo (2014), *Unidades libres*, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Aguire-Ediciones Idea.
- Hernández Velázquez, Javier (2013), *El sueño de Goslar*, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Aguire-Ediciones Idea.
- Hernández Velázquez, Javier (2014), *Los ojos del puente*, Madrid: M.A.R. Editor.
- León Barreto, Luis (1983), *Las espiritistas de Telde*, Las Palmas: Edirca
- Melini Concepción, Nicolás (2006), *Cuaderno de mis mayores*, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Idea.
- Melini Concepción, Nicolás (2012), *El futbolista asesino*, Madrid: Casa de Cartón.
- Ramírez Rodríguez, Víctor (1984), *Nos dejaron el muerto*, Las Palmas: Edición propia.
- Ravelo Betancor, Alexis (2013), *La última tumba*, Madrid: Edaf.
- Ravelo Betancor, Alexis (2015), *Las flores no sangran*, Barcelona: Alrevés.
- Rodríguez Concepción, Anelio (2004), *El león de Mr. Sabas*, Santa Cruz de Tenerife: InterSeptem.
- Rodríguez Concepción, Anelio (2008), *La abuela de Caperucita*, Santa Cruz de Tenerife: La Caja Literaria.
- Servando Llopis, Andrés (2009), *Especulaciones fugitivas*, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Idea.
- Vallecillo, Ángel (2014), *Bang bang Wilco Wallace*, Valladolid: Difácil.
- Vallecillo, Ángel (2014), *9 horas para morir*, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Aguire-Ediciones Idea.

II. OBRAS DE CONSULTA

- Academia Canaria de la Lengua (2006), *Discursos de ingreso*, Canarias, <<http://www.academiacanarialengua.org/publicaciones/discursos-de-ingreso/>>.
- Álamo de la Rosa, Víctor (2011), *El año de la seca*, (Prólogo de José Saramago), Zaragoza: Tropo Ediciones, pp. 13-16.
- Alemaný Colomé, Luis (1975), “La narrativa canaria de posguerra”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 303, pp. 609-633.
- Amodou Ndoye, El Hadji (1998), *Estudios sobre Narrativa Canaria*, Santa Cruz de Tenerife: Baile del Sol.
- Arencibia, Yolanda (1994), “La *Vida del noticioso Jorge Sargo* en el diálogo de la novela picaresca”, Coloquio Internacional *Unidad y diversidad en el mundo hispánico del siglo XVIII*, Salamanca, 9-11 de junio de 1994, organizado por la Fundación Duques de Soria.
- Arencibia, Yolanda (2008), “Literatura canaria del siglo XIX”, *La Página*, 76, pp. 81-93.
- Bal, Mieke (1990), *Teoría de la narrativa (Una introducción a la narratología)*, Madrid: Cátedra.
- Betancort, Sonia (2012), “José Saramago y la insularidad. Una lectura de ‘El cuento de la isla desconocida’”, *Guaragua*, 39, pp. 9-24.
- Celma, Pilar (2012), “Más allá de Castilla, espacios reales y espacios imaginarios en la narrativa castellana última”. En Morán Rodríguez, Carmen (coord.). *Los nuevos mapas: espacios y lugares en la última narrativa de Castilla y León*, Valladolid: Editorial Cátedra Miguel Delibes, pp. 153-168.
- Corrales Zumbado Cristóbal, Corbella Díaz, Dolores y Álvarez Martínez, M^a Ángeles (1996), *Tesoro lexicográfico del español de Canarias*, Canarias: Viceconsejería de Cultura del Gobierno de Canarias.
- Cruz Ruiz, Juan (1973), “Fetasa, una reflexión sobre la isla”, *La Provincia*, 02/12/1973
- Delgado, Juan José (1996), “Años 80: ¿Continuidad o ruptura?”, *II Encuentro de Narrativa Canaria. Narradores canarios hacia fin de siglo*, La Laguna: Publicación del Ateneo de La Laguna, pp. 57-60.
- Delgado, Juan José (2004), “Apuntes para una aproximación a la narrativa canaria última”, *La Página*, 25-26, pp. 133-139.

- Delgado, Juan José (2004), “La isla como conflicto”, *Actas del XI Congreso Internacional de la Asociación Española de Semiótica*, Vol I, Tomo I, La Laguna, pp. 251-257.
- Delgado, Juan José (ed.) (2006), *Fetavianos*, Santa Cruz de Tenerife: Caja General de Ahorros de Canarias.
- Delgado, Juan José, (2008), “Novela y regionalismo en el primer cuarto del siglo XX (1900-1925)”, *La Página*, 76, pp. 95-105.
- Díaz Pacheco, Agustín (2010), “Neocensura”, *La Opinión de Tenerife*, 21 de noviembre de 2010.
- Díaz Pacheco, Agustín (2012), “El calor”, *La Opinión de Tenerife*, 30 de junio de 2012.
- Domínguez Jaén, Sergio (1998), “Los poetas en busca de la poesía”, *Cuadernos del Ateneo*, 4, pp. 29-32.
- Domínguez Suria, Sinesio (1993), “El Pirineo azul”, *La Gaceta de Canarias* (suplemento de Cultura), 12 de junio de 1993.
- Domínguez Suria, Sinesio (1996), “Producción, difusión, crítica y otras cuestiones sobre narrativa canaria”, *II Encuentro de Narrativa Canaria. Narradores canarios hacia fin de siglo*, La Laguna: Publicación del Ateneo de La Laguna, pp. 97-99.
- Domínguez Suria, Sinesio (2016), “Triángulo de la novela negra en Canarias”, en Javier Sánchez Zapatero y Álex Martín Escribà (eds.), *El género negro. De la marginalidad a la normalización*, A Coruña: Andavira Editora, pp. 141-150.
- Domínguez Suria, Sinesio (2017), “G-21: 30 novelas. Objetivo cumplido”, *El Perseguidor*, Diario La Opinión de Tenerife, pp. 84-85, 26 de febrero de 2017.
- Duque, Daniel (1996), “Un libro para el II Encuentro de narrativa canaria”, *Cuadernos del Ateneo*, 1, pp. 46-47.
- Espinosa, Agustín (2007), *Crimen*, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea/La Página.
- Ette, Ottmar (2005), “Una literatura sin residencia fija. Insularidad, historia y dinámica sociocultural en la Cuba del siglo XX”, *Revista de Indias*, vol. LXV, 235, pp. 729-754.
- Fernández Hernández, Rafael (2008), “De los orígenes al siglo XIX”, *La Página*, 76, pp. 29-80.

- García, Eduardo Pedro (2014), “Cecilia Domínguez Luis”, *La gaveta de Agüere*, 30 de junio de 2014, <http://lagavetadeaguere.blogspot.com.es/2014/06/cecilia-dominguez-luis.html>>.
- García Ramos, Juan Manuel (1979), “Narrativa Canaria: ocho años de actividad”, *Fablas*, 74, <<https://dialnet.unirroja.es/descarga/articulo/91808.pdf>>, consultado en noviembre de 2017.
- Guerra Aguiar, Pedro (2010), “Bochinchés, buachinchés, guachinchés”, *Fundéu*, 29 de octubre de 2010, en <<http://www.fundeu.es/noticia/bochinchés-buachinchés-guachinchés-6237/>>, consultado en septiembre de 2017.
- Guimerá Peraza, Marcos (1978), *Antonio Saviñón. Constitucionalista (1768-1814)*, Las Palmas de Gran Canaria: Excma. Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas, ed. digitalizada por la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, 2009, <<http://mdc.ulpgc.es/cdm/singleitem/collection/MDC/id/43907/rec/83>>.
- Hernández, Domingo-Luis (2008), “En la frontera”, *La Página*, 76 (“Bajo el volcán”), pp. 3-27.
- Hernández, Domingo-Luis (2010), “Agustín Espinosa y la trama insular”, *La Página*, 88 (“La fascinación insular”), pp. 191-212.
- Hernández, Pedro (dir.): *Gran Enciclopedia Virtual de las Islas Canarias (GEVIC)*, <<http://www.gevic.net/>>
- Hernández Estévez, Damián (2014), *Texto de presentación de Divisa de las hojas, de María Teresa de Vega*, en <<http://angheltorales.blogspot.com.es/2014/09/texto-de-presentacion-divisa-de-las.html>> consultado en agosto de 2017.
- Hernández María, Daniel (2008), “Visiones sobre el fenómeno de los setenta”, *La Página*, 76, pp. 197-211. También en <http://aclrevistaliteraria.academiacanarialengua.org/visiones-de-la-narrativa-canaria-de-los-setenta/>>.
- Hernández María, Daniel y Lorenzo Abano, Kateryn (2008), “Debate sobre las condiciones literarias del insular”, *La Página*, 76, pp. 279-289.
- Hernández María, Daniel (2016), “Recomendación 58: Aldecoa, Young Sánchez, Camus”, *La galla ciencia*, 14 de febrero de 2016, <<http://literaturaycine.lagallaciencia.com/2016/02/recomendacion-58-aldecoa-young-sanchez.html>>.

- Hernández Pedrero, Vicente (1992), “Ética, estética y felicidad: A propósito de una generación canaria de escritores”, *Nuevas escrituras canarias. Un panorama crítico*, Consejería de turismo, cultura y deportes: SOCAEM, pp. 157-171.
- Huxley, Aldous (2007), *La isla*, Barcelona: Edhasa (Colección Diamante).
- Jung, Carl Gustav (1999), *Recuerdos, sueños, reflexiones*, Barcelona: Seix-Barral.
- Kierkegaard, Soren (2007), *El concepto de la angustia*, Madrid, Alianza Editorial.
- Ledesma Ramos, Ramiro (1931), “El concepto de la angustia”, *La Gaceta Literaria*, 98, p. 15.
- Llarena, Alicia (1996), “Perspectivas periféricas en la narrativa actual: notas para una reflexión posible”, *II Encuentro de Narrativa Canaria. Narradores canarios hacia fin de siglo*, La Laguna: Publicación del Ateneo de La Laguna, pp. 103-106.
- Martín, Sabas (2008), “Narrativa canaria de los 80 y su proyección al siglo XXI, ¿qué hay de nuevo, viejo?”, *La Página*, 76, pp. 213-220.
- Martínez Hernández, Marcos (2010), “Islas utópicas”, *La Página*, 88, pp. 3-42.
- Micó, José María (1990), “Góngora a los diecinueve años: modelo y significación de la *Canción Esdrújula*”, *Criticón*, 49, pp. 21-30.
- Morán, Carmen (2012), *Alcores y Simulacros: evolución del tratamiento espacial en la narrativa de Ángel Vallecillo*, Valladolid: Editorial Universidad de Valladolid-Cátedra Miguel Delibes-Llibros del Peixe.
- Morales, Ángel, (ed.) (2011), *Generación 21: Nuevos novelistas canarios*, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Agüere y Ediciones Idea.
- Moro, Tomás (2007), *Utopía*, Madrid, Alianza Editorial.
- O’Shanahan, Alfonso (1995), *Gran Diccionario del habla canaria*, Islas Canarias: Centro de la Cultura Popular Canaria.
- Padorno, Eugenio (2004), “Insularidad, Vanguardia, Modernidad”, *Actas del XI Congreso Internacional de la Asociación Española de Semiótica*, Vol. I, Tomo I, La Laguna, pp. 143-147.
- Padrón, José Antonio (1988), “Lo fetasiano”, *Fetasa* (revista), 1, pp. 8-17.
- Pérez Minik, Domingo (1973), “La posible descolonización de la narrativa canaria”, *El Día*, 18-25 de marzo de 1973.

- Quevedo García, Francisco Juan (1994), *Constantes temáticas y formales de la Narrativa Canaria de los años setenta*, Tesis Doctoral del Departamento de Filología española de la Universidad de La Laguna.
- <<https://www.educacion.gob.es/teseo/mostrarRef.do?ref=146685>> consultado en junio de 2017.
- Quintana, Pablo (1989), *La narrativa canaria: Estudio de su historia (1500-1930)*, Tesis Doctoral del Departamento de Filología española de la Universidad de La Laguna. <<https://www.educacion.gob.es/teseo/mostrarRef.do?ref=66873>> consultado en junio de 2017
- Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, edición del tricentenario. Actualizado en 2017. <dle.rae.es>.
- Rivero Grandoso, Javier (2013), “La novela criminal en Canarias: delitos y asesinatos en el paraíso” en Parra Membrives, Eva (ed.) (2013), *Trivialidades literarias. Reflexiones en torno a la literatura de entretenimiento*, Madrid, Visor Libros, pp. 387-405.
- Rivero Grandoso, Javier (2016), “Alexis Ravelo y la conquista del campo literario español”, en Sánchez Zapatero, Javier y Martín Escribà, Álex (eds.), *El género negro. De la marginalidad a la normalización*, A Coruña: Andavira Editora, pp. 127-140.
- Rodríguez Padrón, Jorge (1975), *Una aproximación a la nueva narrativa en Canarias*, Santa Cruz de Tenerife: Cabildo de Tenerife.
- Rodríguez Padrón, Jorge (1982), *La Nueva Narrativa Canaria*, Las Palmas de Gran Canaria: Mancomunidad de Cabildos, Plan Cultural y Museo Canario.
- Rodríguez Padrón, Jorge (1983), “Una ojeada a la historia”, Prólogo de *Guad*, de Alfonso García-Ramos, Santa Cruz de Tenerife: Interinsular Canaria.
- Rodríguez Padrón, Jorge (2002), *Narrativa en Canarias, Compromiso y dimisiones*, Santa Cruz de Tenerife, Tauro (La Condición Insular-5).
- Rodríguez Padrón, Jorge (2002), *Salvando las distancias*, Tenerife: Ediciones KA.
- Rodríguez Padrón, Jorge (2008), “Variaciones sobre el asunto”, *La Página*, 76, pp. 271-277.
- Rodríguez Padrón, Jorge (2006), “Isaac de Vega, ahora”, en Delgado, Juan José (ed.) (2008), *Fetasianos*, Santa Cruz de Tenerife: CajaCanarias, pp. 43-55.

- Salvador Caja, Gregorio (1977): “*Cuatro conferencias de tema canario*”, Las Palmas: Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria.
- Sampeyo Rodríguez; José Ramón (2013), *Tercera sesión del libro Fórum canario*, 23/09/2013, <https://es-es.facebook.com/InfoTegueste/photos/a.174570509285612.43390.111376175605046/524218994320760/>>.
- Sánchez Zapatero, Javier y Martín Escribà, Álex (eds.) (2009), *La lista negra. Nuevos culpables del policial español*, Madrid: Salto de página.
- Sánchez Zapatero, Javier y Martín Escribà, Álex (eds.) (2012), *Sospechosos habituales. Tras la pista de la nueva novela negra española*, Valladolid: Difácil.
- Sánchez Zapatero, Javier y Martín Escribà, Álex (eds.) (2015), *Diez negritos. Nuevas voces del género negro español*, Barcelona: Alrevés.
- Sánchez Zapatero, Javier y Martín Escribà, Álex (eds.) (2016), *El género negro. De la marginalidad a la normalización*, A Coruña: Andavira Editora.
- Santana Sanjurjo, Victoriano (2008), *Análisis paratextual de Ninfas y pastores de Henares, de Bernardo González de Bobadilla: la órbita previa*, Las Palmas: Anroart Ediciones.
- Torres Stinga, Manuel (1983), “Aproximación a la estructura narrativa de Mararúa”, Prólogo de *Mararúa*, de Rafael Arozarena, Santa Cruz de Tenerife: Interinsular Canaria.
- Trapero, Maximiliano (1992), “La novela de los años 80: el papel del narrador canario en la novela española actual”. En Trapero, Maximiliano (coord.), *Escrituras Canarias. Un panorama crítico*, Canarias: Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, pp. 65-85.

APÉNDICE

I. CORPUS TEXTUAL DE REFERENCIA DE LOS AUTORES DEL SIGLO XX (CAPÍTULO 2)

1. Isaac de Vega (Granadilla, Tenerife, 1920-Santa Cruz de Tenerife, 2004), *Fetasa*, 2006, (ed. Juan José Delgado), Santa Cruz de Tenerife: CajaCanarias.

[1]

–Me llamo Juan –le dijo–. Toda la isla es mía y en ella permaneceremos por muchos años, casi por una eternidad. Mientras dure el sol alumbrando los espacios y siga batiendo el mar estas rocas estaremos aquí. La isla forma parte de mí. Me agrada sentir el paso fatal de las estaciones por sus llanos y barrancos, el sonido del mar, el cruzar de las nubes arrastrando sus sombras sobre la tierra, el susurro del viento al deslizarse por las colinas..., (p. 83).

[2]

Tomaron el sendero que lleva a lo alto de la colina. Desde allí se domina toda la isla. Apenas si tiene cien kilómetros cuadrados. La mañana diáfana permitía determinar claramente todo su contorno y observar la espuma del oleaje al chocar contra la costa. Estaban situados en el centro. No se destacaban irregularidades notables. Algunos barrancos surcaban el paisaje casi llano, cubierto de matorrales y de algunos árboles aislados. Juan miraba en silencio, dejando posar la vista en cada palmo de terreno.

–Es estéril –dijo–, pero no siempre fue así. En tiempos anteriores existió una gran riqueza. Cedros superiores en calidad a los nombrados del Líbano la cubrían completamente y dejaban apenas pequeñas zonas para los cultivos. Durante una centuria representaron una corriente caudalosa de dinero, que los propietarios iban a gastar alegremente en Roma, como entonces era costumbre entre los bien nacidos. [...] Pero se acabaron los cedros y los ricos propietarios que iban a pasar en otro tiempo sus vacaciones en Roma marcharon a América para fundirse con las gentes aquellas o murieron. El centenar de artistas y poetas que la isla tenía empapándose de cultura pasaron a engrosar su contingente de inadaptados y mendigos, hasta que años después el gobierno de la ciudad los expulsó, o los obligó a entrar en las tropas coloniales. Una generación más tarde la isla había desaparecido como factor humano. [...]

–Completamente desaparecido –continuó–. Vinieron las sequías, y [...] las plantas se llenaron de enfermedades y pasaron a los hombres. No quedó sino barrancos estériles y los llanos que fueron ocupando matorrales espinosos, y ruinas de muchas casas. Pueblos enteros en ruinas. Edificios en los que faltaban las puertas y ventanas, de magnífico y curado cedro, que fueron arrancadas a medida que la gente se fue en una última y desesperada exportación. Luego las muchachas acabaron por exportarse ellas mismas, y hoy yacen en variados cementerios del mundo entero, la mayoría sin lápidas y sin nombres.

Se volvió hacia él. En sus negros ojos había una luz fanática y apasionada. Lo miró de frente.

–Así la encontré yo. Estéril y abrupta. Seca. Nadie vive en ella sino yo, y ya es mía para siempre (pp. 85-86).

[3]

El mar acababa por parecerle como algo lejano, difuminado, pálido, y los peces unos seres de existencia más imaginaria que real. Juan combatía la frialdad nocturna con unos tragos de aguardiente, que el mismo destilaba en un rudimentario alambique, y le obligaba a hacer lo mismo. Allí, en la orilla del mar, se sumía en borracheras nocturnas. Borracheras melancólicas, como las estrellas que los alumbraban, con los ojos semicerrados, sin ver nada, y sin cerrarlos del todo porque el Universo comenzaba a dar vueltas (p. 89).

[4]

A los pocos pasos se apagó la linterna y todo fue sombras sin relieve, sintiéndose transportado a un mundo diferente. Tuvo entonces el conocimiento certero –como si hubiera caído sobre su espíritu una luz cegadora e ideal– de que su relación con la isla y con Juan había terminado. Que ellos se hundieron en el vacío, desapareciendo de la realidad. No obstante, no lo abandonó el temor de su futuro incierto. Todos sus deseos de decisión y fortaleza fueron, de nuevo, suplantados por el miedo y la angustia. Tiene el presentimiento de que no llegará a sitio alguno, ni aun retrocediendo a la ciudad recién abandonada (p.103).

[5]

–Después de todo... Es el castigo de mi cobardía. He estado muchos años viviendo, aguantando los fríos y calores, los vientos, las lluvias. Un día tras otro subyugado cobardemente, violentando mi vocación

Y mi horror... ¡Dios mío!... Parece increíble: diez, quince años entregado a la labor que exige el más completo renunciamiento, la más absoluta entrega... Pero nada se hace impunemente, y ahora me encuentro aquí porque toda la maldición ha caído sobre mi cabeza (p. 104).

[6]

Iba despacio, con paso seguro y sin vacilaciones. Aquel túnel fue obra de los hombres. De otros hombres que picaron bajo el sol, de otra raza de hombres, ya perdida, que habitaron los subterráneos y horadaron grutas bajo la tierra. Era algo maravilloso: no se podía suponer cómo fueran sus pensamientos, ni siquiera que hubiesen existido. ¡Había una lejanía terrible que lo separaba de la Humanidad! Las nuevas gentes aún están en gestación en su cerebro, presas en sus surcos... (p. 105).

[7]

Ahora estoy debajo de la tierra. Por encima, en la superficie, puede haber una ciudad. Estas plantas son hongos, seguro que de una nueva especie, a las cuales, según creo, me está permitido bautizar. Son hongos porque viven sin la ayuda del sol y porque no pueden arrancar sus alimentos de las rocas. Necesitan sustancias creadas por otras vidas, sus cadáveres en descomposición. Estos hongos viven en los detritus de una gran ciudad, de las filtraciones de sus pozos negros.

Por fin estaba prendido en su conciencia un punto de partida. Después de unos pasos vacilantes se detuvo. Escogiendo un lugar seco, sin plantas, se sentó en el suelo, adosando su espalda a la pared.

–Si arriba hay pozos negros, es probable que el poblado se encuentre lejos del mar. Por lo mismo que sus filtraciones llegan hasta aquí y porque no he notado pendiente alguna, debo estar cerca de la superficie. Tal vez más adelante encuentre una chimenea que me lleve hasta arriba, o que, de improviso, esto termine en un valle o barranco, o quizá enlace con una nueva alcantarilla de otro poblado. De todas formas, es preciso seguir (p. 112).

2. Andrés Servando Llopis (Santa Cruz de Tenerife, 1949), *Especulaciones fugitivas*, 2009, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Idea.

[8]

Resiste el tiempo acodado sobre la baranda, embelesado con el estruendo de las olas contra las rocas y el pie de este muro enorme que sostiene al convento y a la plaza sobre el horizonte, o recorriendo la villa en el mapa de sus tejados, las torres de los conventos, las sombras de sus calles tramadas en idas y venidas. ¿Se fijó? Solemos pasear en esta plaza acompañados por esa fuente incansable que destila horas interminables sobre las ñameras. Mire, los parterres no son vistosos por culpa de la frondosidad de los laureles que les roban luz, pero a nosotros nos libra del calor. Preferimos el bullicio de la pajarera –así llamamos a la arboleda– a la vistosidad de las flores. [...] Por detrás, al pie del volcán –familiar pero dicen que de aspecto amenazante–, las plataneras, los canales de agua cruzando la ladera, los pinos que bajan desde el monte... Disculpe mi entusiasmo pero es nuestra patria. No se ría. A nuestra

edad la patria se reduce a una sombra fresca, al saludo de los gorriones, a lo palpable por nuestras articulaciones gastadas, a lo que nos dispensa el escaso afecto, a lo que nos entretiene la espera, en resumen (pp. 21-22).

[9]

Oye, escucha, antes de nada, ¿cómo está la familia? Bien, hombre, bien, cuánto me alegro. La familia de Canarias, ¿cómo está? ¿Quién te queda en el paraíso? ¡Ah, tu padre, nada más! Bueno, pero tendrás primos, tíos, alguien ¡digo yo! Hombre pues sí, no me extraña que te resulte chocante mi interés. No, no quiero ningún favor. ¿De viaje? ¡Qué va! Ya sé que me sentaría un descanso, allá, tendido al sol en la playa, comiendo pescado en sal y papas estropeadas. ¿Cómo? ¡Ah, sí!, pescado salado y papas arrugadas. Perdona, chico, no quise ofender a las peculiaridades. Bueno, a lo que iba. No, no es un asunto político, ni europeo, perdona que lo haya planteado así. Pero al tratarse de un asunto familiar, preferí dar un rodeo. Para que no te escurrieras. ¡Estáis siempre tan ocupados! No, no te alarmes. Es solo una aclaración. No te alarmes todavía. Ya habrá tiempo. Entonces, volviendo a lo que te decía, ¿no te ha llamado ningún pariente? ¿Ni siquiera la dirección regional, ni la insular, ni el comité local? Asombroso. Voy a mandar un fax rápidamente para que se agilicen las comunicaciones entre los órganos de base y sus representantes a cualquier nivel. Entonces, si tampoco has leído la prensa, ¿no te has enterado que tu padre está retenido en un hospital por la Guardia Civil? (p. 111).

3. Agustín Díaz Pacheco (La Laguna, Tenerife, 1952), *El camarote de la memoria*, 1987, Madrid: Ediciones Cátedra.

[10]

Contaban los viajeros que las naves se detenían en alta mar. El asombro tensaba los cuerpos, acallaba mástiles y velas, y sobrecogidos por el paisaje que se divisaba, los tripulantes, escogían la solidez de las regatas de babor o estribor, según por donde surgiera la sorpresa, o subidos como aves expectantes en las cúspides de las embarcaciones, pugnaban por ocupar las reducidas y vertiginosas cofas, boquiabrían la imaginación y por su cerebro corría una voz espectral.

Callaba hasta el aire, que tiene la tenacidad de su aliento, y se aquietaba el agua para poder mejor ver desde la mansedumbre. Una isla, siempre lejana, dando la impresión de estar suspendida en el aire, interrumpiendo la recta imaginaria del horizonte, se decoraba con un misterioso bosque de brumas.

Entusiasmada, la marinería afinaba catalejos, precisaba la vista e intercambiaba frases de admiración, mientras se extasiaba en una contemplación inédita. Tozudas, las naves, presintiendo tal vez la dificultad, se negaban a emprender rumbo a la isla. Tajamares dormidos, velas asombradas, en un mar calmo que también ojeaba a la isla con leves e irónicas olas, hasta que liberados de la pesada y húmeda alforja de pavor, y

animadas por un viento imprevisto, emprendían veloz carrera, galope náutico al encuentro de la misteriosa tierra (p. 13).

[11]

Simón Toledo indaga en los ojos del médico una respuesta ante aquella insólita situación, porque las ideas se le enmarañan en la mente, le maniatan la voluntad. Busca alguna razón que rellene aquel vacío.

–Bien, y qué pretenden encontrar en la isla.

Se teje un silencio que recuerda al mármol, a la parálisis definitiva, y ha de ser el propio Simón Toledo quien los saque de su ahogo:

–La isla corre, se evade; he leído que viene de norte a sur. En esa trayectoria esconde algo, explica algún enigma, algún misterio que comienza a mortificar. Qué importancia guarda aquel pedazo de tierra, sin áncora que la sujete al fondo del océano.

El capitán Montelongo lo interrumpe:

–Señor, la isla, movediza y observadora, tan fisgona que intuye en la proa de las naves abordajes e invasiones, tiene la misma sensación que la mayor parte de los hombres y mujeres que se atrevan a formular una pregunta.

–¿Cuál es esa sensación, capitán? –interroga algo cohibido Simón Toledo.

–Miedo, y si la isla posee un temor hondo, lleno de negrura, imagínese usted el pánico del hombre durante la travesía. Ahí está el misterio, señor Toledo (p. 32).

[12]

–Conforme, capitán. Conténtese entonces con la soledad. Escoja su patria y su bandera. Una esposa y varios hijos y muy pocos amigos. El hogar y la fidelidad. El aislamiento y el amor, una satisfacción triste. La travesía le ha servido para medir el horror de las multitudes, la fiebre pesarosa de la demagogia de los pueblos. La soledad, capitán, sería su himno, su código. La soledad, solo la soledad, es lo que nos aguarda. Estaremos siempre acompañados de ella. Aunque algunos lo nieguen. La soledad, sí, la soledad, esa es nuestra patria, capitán (p. 176).

[13]

–¿Cómo está el reloj, Peñate?

–Las ampolletas, capitán, las ampolletas...

–Sí, qué sucede con las ampolletas, no dude tanto.

El primer piloto titubea, anda su voz por las ramas de la decisión, hasta que dice:

–La arena ha desaparecido de las ampolletas. Están vacías.

El capitán se contiene y fuerza la voz:

–¿Y el reloj de arena de proa?

Grita lastimosamente Carmelo Peñate a un anciano que está junto al reloj de proa.

–¿Cómo está ese reloj, Sebastián?

Y el anciano levanta una mano y parece borrar horizontalmente el aire, luego cierra los puños y segundos después los abre, como disparando los dedos. Sebastián China, el segundo piloto del *Hades*, ha contestado.

–Tampoco hay arena en el reloj de proa –indica Carmelo Peñate.

El anciano capitán Montelongo se estremece en aquel mundo hueco, ante una inmensa extensión de vacuidad e incomprensible quietud, y no ataja un comentario.

–Si hubiera un relojero.

[...]

–Junto a la popa del *Hades* está esa barca, y un anciano hace gestos, quiere subir. Su rostro me resulta familiar.

–Ayúdelo, ayúdelo a subir, Peñate.

El primer piloto le tiende una escalerilla y el anciano de la barca sube por ella. Sus pasos estremecen aún más al capitán Montelongo. La lechuza de la anciana se prepara para emprender el vuelo, el verdino aúlla, y la voz del recién llegado sobrecoge.

–Capitán Montelongo, estos relojes no se pueden arreglar.

Solo le queda a la nave un pedazo de noche. El abatimiento de los cuerpos. Pero no cabe la preocupación por esa extraña oscuridad. Es la que siempre han tenido (p. 182).

4. Emilio González Déniz (Gran Canaria, 1951), *Tiritaña*, 1985, Consejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias.

[14]

Antes de mí, mucho antes, cuando esta tierra era virgen y sus habitantes incorruptos por la ingenuidad de su nobleza, antes de la llegada de los europeos a estos lugares atlánticos, para ellos malditos, ya estabas tú entre el rumor de las palmeras y el olor de la resina forestal, sobre las piedras mojadas de la costa y en las arcillosas laderas de las montañas.

Bajaste para vivir tu nueva vida en las orillas del mar de una isla vecina; tomaste el nombre que yo te di. El de una playa de piedras; te llamé Tiritaña, que probablemente signifique “Playa de piedras” en el marino lenguaje de la impetuosa espuma que conviertes en humedad y que en ese tiempo pasado del que te hablé me dio cobijo misericordioso contra la noble agresión de los habitantes de tu isla (p. 85).

[15]

En ese conjunto insular, contado por el mágico siete, dos se parecen: La Gomera y Gran Canaria, ambas de origen ignorado y belleza inusitada, con profundo barrancos y encrespados acantilados defensores.

Allá en La Gomera, una morena aborigen, que eras tú, y que entonces te llamabas Gara, recogías el nombre de la piedra, igual que ahora, y amabas la libertad hasta negarte a ti misma con tal de no claudicar.

En contra de la voluntad de su padre, Gara se prendió en la mirada de Jonai, un hermoso guanche, descendiente directo del dios Atlante. Se vieron en la intrincada impunidad del frondoso bosque, en los espacios arenosos de las playas de roca, en la oscuridad de la limitada llanura gomera, llanura que se recorría con una onda y que, estando juntos, poseía la infinitud del universo.

Delatados, heridos y condenados a una vida sin libertad de elegir, unidos en un solo cuerpo, se arrojaron desde el roque nominado desde entonces con el apócope de sus nombres: "Garajonai" (p. 85-86).

5. Luis León Barreto (Los Llanos de Aridane, La Palma, 1949), *Las espiritistas de Telde*, 1983, Las Palmas de Gran Canaria: Edirca.

[16]

–Más alantito es la casa de los señores. ¿Y qué se le ofrece allí? –le miraba incrédulo el hombre sentado en un poyo del camino sin cesar de liar su cigarro junto al sacho, el cuchillo de mango labrado en su cintura, sus ojos desconfiados bajo el sombrero.

–Tenga cuidado, cristiano, que en esta tierra los muertos se comen a los vivos y los vivos se comen entre sí (pp. 64-65).

[17]

Le impresiona el lento discurrir del aire, esa pachorra densa que apreció desde que desembarcara en Gando, en la capa plomiza de panza de burro que se forma a lo largo del litoral igual que una telaraña, en los gestos de los conductores y en el de los peatones que cruzan por cualquier parte, en la lasitud de los camareros y, en fin, en esa calma santa de un pueblo que parece indiferente... (p.67).

[18]

Y hablaron los vecinos que veían la hacienda desde sus azoteas, y el barbero que tenía su industria no lejos del camino, y los guardias que habían sido requeridos por la vecindad al oír los lamentos de procedían de aquella casa tras la muerte de Jacinto, y los cronistas atacaban la falta de instrucción en que vive la isla por la falta de escuelas y remedios, Tamarán⁷¹ tan distante como incomprendida pese a que desde sus playas partió la conquista del Nuevo Mundo y sus hombres se dieron a la fundación de un sinfín de ciudades para mayor gloria de la Corte (p. 109).

[19]

Le daba la razón a don Miguel de Unamuno cuando en su destierro majorero llegó a la conclusión de que esta soñarrera insular, el estado belicoso en que viven los

⁷¹ Nombre *guanche* de la isla de Gran Canaria.

seres cercados por el océano, se curarán con comunicaciones más rápidas e intensas con España y con el resto de Europa y América, pues con ello se olvidarían de sus rivalidades mezquinas, del abatimiento de sus espíritus: –Sois islas dentro de islas, dijo Enrique sintiéndola respirar cerca, como si les aproximara la lluvia fina que golpea los cristales frente al mar turbio... (p. 111).

[20]

Viven cabalgando desde lejos las trece generaciones que marcaron la isla durante trescientos cincuenta años, una legión de soldados para el rey, visionarios para las Indias Occidentales, monjas y mercaderes, expósitos y primogénitos marcados por el estigma de los Van de Valle, sus ramificaciones y mixturas en las tierras del Alto México, la multitud de sus bastardos en las Antillas, sus enlaces con las últimas nietas de Maninidra que se libraron de ser vendidas en el puerto de Valencia, su fundición de sangre con moriscos que buscaban refugio de la persecución del rey Felipe, sus expósitos que llevan la marca de Guinea, sus enlaces de interés con otros emigrantes del continente, sus conciertos con los Wangüemert, los Porlier, los Van Baumberghen, los O'Daly, los Poggio, los Groenemborch o Monteverde y los Tabares; avalancha de aventureros de Flandes, Normandía, Escocia, Malta, Irlanda, Génova, Nápoles y Portugal cuya esencia se ha trasmutado tras las sucesivas expediciones de extremeños, andaluces y vascones que vinieron a poblar las tierras ganadas por la Corona en la primavera de 1496, tras noventa y cinco años de desembarcos y treguas que precisaron continuos esfuerzos, en prolongados asedios cuya certeza ponen en duda los historiadores,... (pp. 201-201).

6. Rafael Arozarena, (Santa Cruz de Tenerife, 1923-2009), *Mararía*, 1983, Santa Cruz de Tenerife: Interinsular.

[21]

Entorné los párpados. Me vencía el calor, la modorra de la tarde. A mis espaldas, al otro lado de las casas, el mar murmuraba monótono y suave. Ahora estaba en Lanzarote, la más oriental de las Islas Canarias y era como si estuviera sobre el lomo de aquel perro flaco, aquel perro de cal y arena (p. 45).

[22]

Al fin salimos de Arrecife, hacia el campo abierto, hacia la inmensa llanura. El camión emprendió un galope desenfrenado por una carretera recta y terrosa que se perdía lejana en un horizonte de montañas azules y rojizas. A nuestra izquierda, la llanura terminaba en el mar y a la derecha se limitaba por una cordillera arenosa, dorada, de curva suave como la giba de un camello. El motor hacía un ruido monótono, continuo, adormecedor. El aire era caliente y el sol que avanzaba en su descenso, se nos metía en los ojos (p. 49).

[23]

En Femés no hay gallos para cantar la madrugada; en Femés este oficio es para los perros, que perros sí que hay, delgados, asustadizos, con las orejas puntiagudas y más de cuatro garrapatas en el cuello. En Femés, los perros son los amos porque son muy dueños de sus vidas, porque son los amos de sus amos, aunque de patadas, piedras y variscazos tengan el lomo más que satisfecho. Los perros de Femés son amigos de las moscas, a quienes nunca espantan por verdes que estas sean. Los perros en el pueblo son los señores, porque si es verdad que no comen, también es verdad que no trabajan. Los hombres y los perros cuando se cruzan por los caminos se saludan interiormente con una reverencia porque ambos se saben guardadores de secretos especiales (p. 61).

[24]

La mujer de señor Sebastián trabó la aguja en el pantalón y se arregló el nudo del pañuelo. Luego me dijo:

–Estos trapos son de mi hijo. Son los que se pone en las faenas de a bordo. Con el salitre se acartonan y los remiendos se pasan. ¡Ay –suspiró cansada–, cuánto mejor estaría aquí, cerquita de nosotros! El padre se empeñó en que se fuese a la mar, que trabajase en los barcos, porque la mar, dice mi Sebastián, hace a los hombres duros para el trabajo y resignados para la vida. Les tiembla los ánimos.

[...]

–¡Ay, Señor! ¡Lo que más pido a los santos es que nunca tenga que ir a la Bahía de Ávila para ver a mi hijo!

–Pues, ¿qué hay en la Bahía de Ávila? –pregunté.

La mujer del señor Sebastián me miró por encima de sus lentes.

–¿No sabe usted? Es la bahía de los ahogados.

Hizo una pausa y prosiguió en tono más bajo y misterioso.

–Es la bahía de los ahogados. La bahía a donde vienen para que sus familiares los vean. Una vez que fui a ver a mi padre se apareció también el marido de seña Carmen, el padre de Isidro, que tuvo muerte en la mar.

–¿Y los vio usted, señora?

–¡Ay! ¡Que si los vi! ¡Y con mis propios ojos y tan clarito como lo estoy viendo a usted ahora!

–Cualquier día por la noche. Cuando uno quiera ir a verles. Aquella vez vino a buscarme seña Carmen y me dijo si quería acompañarla a la costa para ver a su marido. Yo aproveché para ver a mi padre y cogimos unas antorchas y nos fuimos a la bahía. Una no tiene que hacer nada sino ponerse en la orilla y esperar a que sea bien cerrada la noche y luego encender la antorcha y sentarse en un risco y aguardar (pp. 87-88).

[25]

– [...] Entonces es bueno sentarse a la vera del camino y estar, sencillamente. La felicidad o la desgracia pasan bajo mi ventana. Las llevan otras personas, con el saquito de esperanzas a cuestras.

–Es usted un espectador –le dije.

–Pero de un espectáculo singular. Yo no soy un santo. Nunca tuve materia de redentorista. En verdad soy un malvado, un ser ahíto de ruindad que a los setenta y más años se sostiene por ver el fin de una condena. Me divierte observar el óxido que día tras día va destruyendo el hierro, el fruto que se pudre, la flor que se aja, la piel que se arruga, el viento que deshace la piedra hasta convertirla en polvo, los cuerpos que se encorvan, la tierra que se vuelve yerma, el sol blanqueando los huesos de lo que fue un magnífico ejemplar y, allá al final del desierto, el horizonte vacío años tras años por donde nadie ha de venir a salvarnos porque sería ridículo. Esta es mi condena y aún me queda por ver cómo se apagan unos ojos, cómo se enfría del todo un volcán (pp. 154-155).

[26]

– [...] Al viejo le pasaba lo que a mí. Como no habíamos sido marinos ignorábamos la geografía práctica y por vagas asociaciones ubicábamos a las Canarias, climatológicamente, unos grados más al Sur.

Mi esposa prefirió quedarse y esperar a que yo me estableciera y le diese a conocer algunos pormenores de estas islas, para luego decidir si valía o no la pena de compartir la existencia a mi lado, en sitios que a su parecer tenían trazas de salvajes.

No tengo que confesar ninguna decepción. Mis ideas sobre negros, cocoteros y recibimientos con cantos y flores me fueron disipados en la travesía, gracias al capitán del barco, don Francisco Jordán, natural de Fuerteventura, buen conocedor del archipiélago y de los vericuetos del espíritu humano. Él señaló la isla de Lanzarote como lugar idóneo para mi anclaje, cambiando cuidadosamente en su charla la copra por las tamaras, la orquídea por el tuno, la desnudez por el embozo y el ukelele por el timple. Así, al desembarcar, ya sabía yo que mi pie no se hundiría en verdes alfombras de helechos y no fue sorpresa pisar sobre la piel ocre, dura y rapada de este animal muerto que es la isla, de este camello que permanece ahogado en el Atlántico (pp. 160-161).

Rafael Arozarena, *Cerveza de grano rojo*, 1984, Santa Cruz de Tenerife: Interinsular.

[27]

El soplo cae sobre nosotros hinchando la vela y escuchamos el grito de la mar lastimada. Las embarcaciones navegan muy cerca una de la otra. Apenas ocho metros nos separan. Los patrones agitan sus brazos, se insultan, dan puñetazos en la borda. Veo con claridad en rostro congestionado del Rey del Atún. Me asombra su rostro enrojecido, su barba amarilla. Amenaza con el puño en alto, chillando en alemán. Su voz encrespa las olas. A bordo lleva dos niñas que ríen y nos saludan alborozadas. Una de ellas va erguida en la proa y sostiene las riendas de dos hermosos caballos que parecen

sacados de las cuadras líricas del poeta Marinetti. Las gaviotas chillan con entusiasmo sobre nuestras cabezas. De pronto...

–¿Cómo ocurrió, señor Jacobo?

–Fue un golpe de mar. Una ola desfasada. La barca hundió mucho la proa y al levantarla de nuevo... [...]

Entre dos aguas ya, en un descenso lento hacia las profundidades, un cuerpo delicado, con los brazos en alto, parece decirme adiós bajo la superficie. Unos ojos de niña me miran con espanto. Se hunde. Algo mío se hunde también en un espacio oscuro y profundo. Recojo todo el dolor posible, todo mi susto infantil ante la escena.

El señor Jacobo sigue hablando y rompe:

–Me lancé al agua y nadé unas brazas hacia el fondo. Logré asirla por los cabellos y llevarla a la superficie. Fue entonces cuando sentí el tironazo en mi pierna. ¡Un escualo gigante, compañero!

Mi cuerpo atraviesa cortinas de niebla, masas traslúcidas y gelatinosas tratando de alcanzar el borde de la cama de Sir Jacob. Las sábanas de Holanda forman un solo caballón, una única ola. Es cierto. El cuerpo no se bifurca después del tronco.

–¿Y la niña? –pregunto con timidez porque espero, como siempre, que el señor Jacobo me ponga el lazo doloroso, el dogal que me ata a su voz.

–La niña se salvó, muchacho. Con el tiempo se hizo una bella mujer.

Al llegar a este punto de la narración tengo por costumbre levantar uno de mis pies, dejarlo flojamente en el aire, hacerme liviano tratando de guardar el equilibrio. Lo hago siempre cuando presiento alguna sensación dolorosa.

El viejo Jacobo aspira con fuerza de la pipa. La cazoleta cruje con las hierbas ardientes. La estancia se llena de corpúsculos luminosos, cegadores. Una noche de humo procura el escozor en mis ojos.

–Llegó a ser tu madre –termina el anciano (p. 44-45).

[28]

N. Wennofer N. convertido en carroña para los buitres. ¡Ni pensarlo!

Y ya lo traen. Descienden dos hombres arrastrando un saco cerrado con el bulto dentro. Y va entero, parece, aunque enroscado en sí mismo, como una pescadilla comiéndose la cola, pienso. Lo bajan a tirones y con prisa. Rasss y rassss, rozando el pedreguillo que bordea la escalera. Detrás viene el abuelo, a pequeños saltitos, deteniéndose, mirando al cielo unas veces y otras al mar.

Siento un algo de consuelo cuando deslizan el bulto por la arena de la playa. El Rey del Atún se detiene junto a nosotros y se enfrenta con Issatus:

–¿Eres tú Rafael?

Pregunta con voz autoritaria y las erres suenan como las cadenas de un barco en el momento de fondear.

Issatus no contesta. Se le queda mirando provocativo con la boca cerrada y sonrisa de conejo.

Rápido y brillante el entierro. Se van en la chalana hasta la “Barracuda”. El Rey del Atún, erguido en la proa, parece muy atento al cielo.

Masticamos tallos de hinojo. Escuchamos el tambor lento del mar. Olemos intensamente a incienso. Rápido y brillante el entierro. Pero no. Issatus dice que no ha sido entierro, que no se le ha dado tierra. ¿Cómo llamarlo? Rapto. Bueno, rapto. Seguimos masticando hinojo y siento un sabor de ceremonia grande, de algo que se celebra en una catedral sin techo. Inundado de luz es más el desconsuelo que el dolor. Una gran belleza se instala en el espíritu cuando es más intenso el perfume de inciensos y lavándulas. Nada fúnebre. ¿Porras fúnebres! Envidia sí, mucha, deseando penetrar en el concierto de la muerte fría y el sol caliente. Alguien besará el brazo blanquísimo de tía Nut. Esta noche. Y blum, blum, rompiendo el pensamiento, los motores en marcha ya. Y nosotros echando los ojos adelante y Nito que levanta el brazo despidiéndose y el Rey del Atún que da un puntapié a la chalana y la deja al garete. Adiós (p. 61).

[29]

La línea de flotación está sumergida. Es mucha carga para la “Barracuda” que parece va a estallar de un momento a otro. Uno de los tripulantes grita: “¡No podemos con más, patrón! ¡Nos hundiremos!”.

–¿Quién dijo? –salta el viejo– ¡Al agua con todo lo que no sea atún! ¡Fuera las anclas! ¡Lancen al mar sus botas, la ropa, las hebillas, los ganchos, las garruchas! ¡Fuera peso! ¡Por los cuernos del diablo! ¡Tenemos que embarcar peces!

El mismo comienza a desnudarse. Se queda con la gorra y los calzoncillos largos de lana que llegan hasta los pies. Se descalza y lanza al mar sus pesadas botas germánicas. Los demás seguimos las órdenes y el ejemplo del abuelo y da gusto estar como Dios nos echó al mundo y sentirnos inmersos y triunfadores de la gran batalla contra el mar y el atún, sintiendo la protesta airada de los pájaros, los coletazos agónicos de los monstruos, el embate de la brisa en nuestros cuerpos, la metralla hiriente de la espuma. Manos a la obra. El abuelo se encara con el saco que contiene el cadáver de N. Wennofer N., lo levanta con esfuerzo, lo coloca sobre la banda de babor, le engancha el pico de un áncora y, metiendo los brazos por debajo, toma impulso y lo tira al mar (pp. 79-80).

[30]

Es noche sin luna. Nut, antes de sumergirse del todo en el mar, trata de interpretar los signos celestes. Casiopea colgada cabeza abajo por su orgullo, y Perseus con la pierna derecha luminosa parece descansar junto a su caballo. Lejana, la luz de Betelgeuse. La gran ballena Cetus desaparece en el horizonte tras las huellas de Andrómeda. Es entonces el mes de marzo, cuando Neptuno dirige su carro hacia Nut y ella deja que su hermoso cuerpo se hunda en el océano.

Es su primera profundidad en el escalofrío de la caricia, en el volteo rítmico de las algas, entre cintas, cabellos y brazos y piernas lisas, desnudas, blandas manos que la rozan y la dirigen en el interior de la grande y misteriosa ciudad repleta de luces, entre

ventanas iluminadas y semáforos verdes y rojos y verdes para indicar el camino libre del cuerpo de Nut, el nácar admirado por tantos ojos sin párpados, apetecido en el frío del fondo, en el salón de las espirales, donde la orquesta suena siempre con el mismo dancón y la maraca insiste atrayéndola envuelta en las burbujas ascendentes del champán que surge de las copas invertidas de las medusas y los encendidos falos erectos o curvos o simples cintajos salomónicos que la fustigan suave, medrosos, guiándola con respeto hacia lechos de esponjas en la mejor habitación del W. Astoria, por ejemplo, puede pensar ella, pero no es así, que es más, por la luz glauca que la rodea y la soledad y el espacio y el sueño de América que nunca tuvo y sí este deseo de ahora en el fondo del mar y en el fondo de su alma, viendo las delicadas lenguas de cristal de las ascidias y las más ondulantes de las planarias que una y otra vez resbalan por el cuerpo, lamen sus senos, con el son desangelado de la orquesta, de los razonamientos de los callaos, las maracas insistidoras, distantes y cansinas. Que así sí, que siempre lo soñó con N. Wennofer N., fuerte en el abrazo, como este de ahora cuando se siente inmovilizada con la pretina de un reloj del Octopus mientras indefensa y gustosa nota la hombría de Neptuno penetrando en su cuerpo ansioso, haciéndola recibir el máximo placer del encuentro con un sueño que hasta entonces había estado prisionero de una lágrima tan grande como el océano mismo. Que así sí, mientras el brazo que le atenaza la garganta le sublima los ojos con los cristales de sal que van cortando la piel, desgarrando las entrañas de un pasado tan sometido a la voluntad de los dioses, a los proyectos futuros de glorias y vanidades, que ahora sí que se rompen como su cuerpo se deshace y rehace entre las ondas de fucos y luminarias danzarinas ante la presencia y acecho del holotúrido que al fin cede su gelatina blanca y azulenca como de cielo pegajoso para recomponer las nuevas formas de un futuro más cierto y acorde con su destino de mujer.

Y asciende, levita ya, hacia un techo traslúcido de jade, con la nueva esperanza de la luz, exánime y dejándose llevar por una escolta de espadas brillantes a través de la fiesta de los fósforos encendidos y miradas de asombro y caballos amarillos con cuerpo de sirena y bellos guerreros embutidos en corazas de plata que abren el paso en medio de un tráfico de carrozas extraordinariamente laqueadas y cabelleras rubias y antorchas, atravesando la lluvia densa del confeti luminoso de las noctilucas (p. 265-266).

7. Juan Jesús Armas Marcelo (Las Palmas de Gran Canaria, 1946), *El árbol del bien y del mal*, 1995, Barcelona: Seix Barral (Biblioteca Breve).

[31]

Soñaba con el imposible estudio de todas aquellas enfermedades que nunca llegaron a tener nombre científico alguno, porque los médicos las creían ya desaparecidas de la isla para siempre. Todavía le esperaba la terrible realidad de la neumonía atípica que, como todos los males de Salbago, vino de fuera. La llamaron la

enfermedad del síndrome tóxico, para salir del paso que no entendían ni en los hospitales, y fue un mal que asoló la isla luego de la muerte de Franco, [...] (p. 27).

[32]

Todo acabó con la misma fuerza que había empezado, como un rayo repentino en un cielo azul y abierto a todos los vientos. El Duque de Tormes, personaje sumamente influyente en la Corte española, amenazó con acercarse a la isla de Salbago y saldar las cuentas de honor manchado mandando matar a aquel plebeyo con suerte. “Si voy –le hizo saber a Blanca Francisca de Tormes a través de un mensajero de toda su confianza–, es para que ese criollo palurdo no pueda ni contar su epopeya”. Blanca Francisca entendió a la perfección el aristocrático gesto de su marido (p. 38).

[33]

Cuando la calima africana asoló una vez más la isla de Salbago, los campos de labranza, los barrancos, las presas vacías, las cumbres, las carreteras, los pueblos, las medianías, los cementerios, los puertos de mar, la ciudad y los barrios aledaños a ella no escaparon a los tentáculos de la ventolera, sino que sintieron en sus carnes la picadura venenosa de la arenisca, quedaron teñidos de polvo seco y fueron barridos por la metralla fulminante de un terrible golpe de calor. Ocurrieron además en un mismo día varios episodios, que marcaron con claridad solar el comienzo de un nuevo ciclo de disturbios y cataclismos (p. 74).

8. Víctor Ramírez (Las Palmas de Gran Canaria, 1944), *Nos dejaron el muerto*, 1984, Las Palmas de Gran Canaria: Edición propia.

[34]

Eloisita Peralta no procedía de aquí en la isla. Había nacido en la península, muy adentro de la península, y no conocía el mar cuando tuvo que subir al barco para venirse acá. Se casó jovencita, casi niña, a causa del hambre cuando la guerra, se casaron allá. Dijo en una ocasión que don Lucio se había hecho malo después de volver a pisar su tierra, cuando hubo de ponerse la camisa azul. Allá era cariñoso y atento, y cantaba y reía fuerte, con ganas. Aquí ya no le vi cantar jamás, ni reír saludable. (p. 24)

[35]

Mi padre no había regresado aún de la costa. Lo esperábamos desde cuatro días antes, pero sus retrasos no nos extrañaban, ya conocíamos a la mar y sus caprichos. Era cocinero del barco cuando eso y regresó a la mañana siguiente, tempranito y a tiempo de tropezarse él también con el cuerpo presente de don Lucio Falcón, allí en medio de la alcoba y junto a la cama de matrimonio. (p. 50)

9. Félix Casanova de Ayala (San Sebastián de La Gomera, 1915-Santa Cruz de Tenerife, 1990), *El collar de caracoles*, 1981, Santa Cruz de Tenerife: Centro de la Cultura Popular Canaria.

[36]

Intentaron desesperadamente gobernar aquel cascarón de nuez. El mar se había convertido en una escarpada montaña de la que rodaban vertiginosamente al abismo. Las rachas parecían arrancarles en tiras la piel. Botaron al agua los cestones de pescado, los aparejos, todo lo que pudiera estorbarles en la maniobra suprema de salvar sus vidas. Ya solo esperaban un milagro. ¡Sí! Allá en la costa gomera, a dos horas de buena travesía estaba la playa de Puntallana, y en ella el santuario de la Virgen de Guadalupe, su Patrona. Chano pensó en su madre y lloró silenciosamente. Era el más joven de los tres, casi un muchacho. Recordó el día, siendo niño, en que se ahogó su padre. En parecidas circunstancias, según dijeron. Recordó a su madre en aquellos dramáticos momentos, estrujándolo contra su pecho. Y aquellas palabras suyas que aún le aullaban en los oídos, porque no las había podido olvidar: “¡No quiero que mi hijo muera así! ¡No quiero que sea pescador! ¡Ayúdanos, Madre mía!” (p. 8).

[37]

Chano, acodado en la borda, taladraba la oscuridad con ojos alucinados. Aquel resplandor rojizo, fluctuante, visible tan pronto abandonaron la costa, no podía ser otro que el de la hoguera de Roque. Coincidió el lugar en la sombra nocturna de la isla. Y hasta le pareció ver, durante un fugaz destello ígneo, el ondular de un trapo blanco en señal de despedida. Estuvo a punto de gritar por Cayaya, en la ilusión de ser oído. Pero había gente a su lado (p. 27).

[38]

Antes de las siete remaba ya rumbo a Tenerife. Comenzaba a levantarse la brisa e izó la vela. No había nadie en el mar. Solo Juan, parado en la orilla, cada vez más lejana.

Un hermoso resplandor naranja, con franjas verdes y azules, reflejándose en el agua, preludiaba la inminente salida del sol. Poco después, una vivísima estría dorada abrió el cielo por encima del pico del Teide. El globo solar emergió en escasos instantes pasando del rojo intenso al amarillado deslumbrador. Daba la sensación de un inmenso trompo bailando. Los rayos de luz, decantados en la enrarecida atmósfera, serpenteaban en todas direcciones como cintas rutilantes. Ningún espectáculo tan grandioso como ese orto solar en pleno océano (pp. 51-52).

10. Alfonso García Ramos (Santa Cruz de Tenerife, 1930-La Laguna, Tenerife, 1980), *Guad*, 1983, Santa Cruz de Tenerife: Interinsular.

[39]

Los viejos tenían más miedos y cuentos. Les gustaba dar por el pico en las escalinatas de la Hoya hablando de cosas que oyeron contar a sus abuelos. Hasta decían que en otros mares aparecían sirenas que cantaban y miraban a los marineros con sus ojos verdes y los dejaban tan alelados que se iban al fondo con ellas. Cuentos misteriosos que debieron aprender en cualquier película. Lo de las brujas sí era más serio. Se aparecen desnudas en las playas desiertas y tientan a los marineros. Que lo diga padre que vio a una muy hermosa y echó vela para huir de allí porque enseguida vio que tenía parte con el diablo. Tío Polo se reía de estas cosas, el muy tunante creía que las brujas eran mujeres con ganas de macho y retozar que, por miedo a las lenguas y a los palos, acudían a tales artimañas. Hasta presumía el muy bragado de estarse beneficiando a una de las mujeres desnudas que le esperaba siempre en la playa de Las Salvajes. Dijo que era mujer y bien mujer, con marido en América y mucho recato y disimulo en el pueblo donde vivía. No se ha vuelto a saber del Tío Polo, ni si es vivo o muerto, si hubo o no hubo maleficio. Su barca apareció rota cerca de la playa de sus jurgas y eso que la mar estaba esa noche quieta como un plato (p. 204).

11. Luis Alemany Colomé (Barcelona, 1944), *Los puercos de Circe*, 1983, Santa Cruz de Tenerife: Interinsular.

[40]

–En este puñetero país –protesta Rafa–, hace un calor insoportable siempre, trescientos sesenta y cinco días al año.

–Estos godos –dice Martínez mirando a Rafa– se creen que son los dueños de las islas. Si nadie los mandó venir, jediondos...

–No sé qué sería de vosotros sin los godos –dice Rafa bebiendo un trago de whisky y mirando a las muchachas que entran de la terraza luminosa, [...] (p. 78).

[41]

Pero ahora, (de las tres mil pesetas no dices nada, gruñe casi en voz alta,) desde hace unos minutos, desde que nos sentamos, ¡mucho antes!, (que es lo que éramos y somos nosotros para ti en realidad,) vosotros (o ustedes), (y las tres mil pesetas del lunes) como dicen por acá, con ese giro tan peculiar y, paradójicamente, tan entrañable), (y las tres mil pesetas del martes, y colorín colorado;) vosotros sois un grupo magnífico, (delante de Alberto, Linares, el catedrático de literatura,) un grupo que no parece encerrado en una isla, (parece seriamente interesado en las palabras del Notable Poeta,) que no parece encontrarse ajeno del territorio español..., peninsular, quiero decir: (¿qué se habrá creído este tipo?, mira instintivamente a Carlos, esperando que salte de un momento a otro llamando). Nunca sospeché vuestra humanidad, (godo jediondo, y con

razón, piensa Alberto, al tipo este de...) vuestra simpática humanidad o vuestra humana simpatía, como preferáis; [...] (p. 97-98).

[42]

–¡Qué bonito, qué bonito es esto! –dice pausadamente el Notable Poeta mientras el Alfa Romeo de Manolito Trujillo desciende por la sinuosa carretera de Las Cañadas, cortada casi a pico sobre mares de nubes y flanqueada por raquílicas retamas–. ¿Sabéis qué me recuerda este paisaje? Me recuerda a Jaén.

Alberto, recostado sobre una de las portezuelas de detrás, emite un gruñido extraño. Siente escalofríos, modorra y malhumor, y el Notable Poeta hace un rato que le parece insoportable. Maldice cada vez más la hora en que Manolito lo llevó a su casa la noche anterior, después de la cena, y las copas de más que debía tener Manolito para proponer esta excursión, y no comprende cómo Manolito puede estar tan alegre y tan despejado después de lo de anoche.

–¿A Jaén? –pregunta Alberto con los ojos entornados–. ¿Tú has visto alguna vez retamas en Jaén, coño?

–Bueno, hombre –interviene Manolito Trujillo saliendo al quite del Notable Poeta–. Pepe tiene razón en parte –Manolito y Alberto tutean al Notable Poeta desde que se tomaron juntos la primera copa en el bar del Mencey; y lo llaman Pepe desde la hora del almuerzo–: estos paisajes del Teide se parecen a muchos paisajes a la vez; nuestra isla, en realidad, se parece a toda España un poco, ¿no crees? (pp. 127-128).

[43]

[...] porque todo, todo, todo, empieza y termina entre estas cuatro costas que nos unen, que nos separan, que nos limitan, ¡esa!, esa es la palabra: que nos limitan, que nos constriñen, que nos marcan la falsilla a la cual debemos atenernos forzosamente, nos basta con eso..., estamos excusados de todo lo que vaya más allá del terreno que podemos recorrer con los zapatos, nada –nada verdaderamente importante, queda claro– puede trascender en absoluto por encima de las aguas azuladas: nada puede caminar por encima de las olas sin hundirse, sin anularse definitivamente: es necesario que todo quede entre nosotros, que nos pertenezca verdaderamente, para que podamos utilizarlo a nuestro placer, para que podamos manejarlo como creamos más conveniente, para que podamos darle la forma que nos apetezca, [...] ... posturas susceptibles de ser adoptadas llegado el momento, pero que empiezan y terminan entre nosotros, entre Anaga y Los Cristianos, entre Tenos y Bajamar, entre San Marcos y El Médano, entre cunas húmedas y nichos subtropicales, y que, como tales formas, se reducen a una sola llegado el momento, como ahora (pp. 328-329).

12. Juan José Delgado Hernández (Arona, Tenerife, 1949 - La Laguna, 2017), *Canto de verdugos y ajusticiados*, 1992, Madrid: Ediciones Libertarias.

[44]

La isla entró en la historia la jornada antes a la del conquistador poner los pies en la orilla. Nada dicen las crónicas de la silueta aumentada en el catalejo del navegante, con la costa en los ojos y a unas diez millas de distancia. Soplaba competente el viento, y el capitán, equilibrado en el puente de mando, no bien la supo a su alcance, reencendiósele la vocación conquistadora y de futuro señor de la próxima tierra y de otros piélagos que hubieren y se le cruzasen por los contornos. Mitigaba así la pena de haber ido a parar al paraje más longicuo de todos los reinos, en el mismo culo – opinaban muchos– de los de su graciosa majestad.

Los conquistadores, desde que pisaron orilla de arena, se ordenaron en cautelosa formación; apretaron nalga contra nalga como glúuticos janos para evitar caer en la consuetudinaria emboscada que urden los pueblos incivilizados. Se mantuvieron en tal prevención hasta que las patrullas regresaron de fisgonear los alrededores. Se ordenó doble centinela, y ya tranquilizados, estimaron picar lanzas y plantar pendones. Tomaron posesión con modestísima parafernalia, y un misionero bautizó santamente el lugar, viniéndolo a llamar de la Santa Cruz, e imploró a su Dios conceder a sus soldados una buena ventura y matanza de indígenas (pp. 17-18).

[45]

Finiquitando el siglo XVI llegó a la ciudad de los Adelantados, capital de la isla por aquel entonces, un visitador cargado de misiones secretas. Tan reservado y plenipotenciario se calificaba el asunto que hasta el propio gran funcionario temblaba del carácter de su misión. En verdad su cargo era el de Intendente General y podía nombrar o incluso, si motivos encontrase que lo dispusieran, nombrarse nuevo Gobernador y Capitán General de la Colonia.

A su llegada se le facilitaron los libros buenos para supervisarlos, se le desfiló por logros y construcciones diligenciadas por el Ayuntamiento; se le encaminó por calles urgentemente remozadas, que fijara la vista en la pujanza evidente de la cosa pública. En pocos días se le mareó suficientemente y de tal modo que no advirtiera nada que no fuera bueno.

El hecho fue que, satisfecho de su encargo de fiscal, se embarcó de nuevo a la Metrópoli con vítores, salvas de cañón de bronce y tras un brindis que los dignatarios del Excelentísimo Ayuntamiento habían organizado en su honor. (p. 71).

II. CORPUS TEXTUAL DE REFERENCIA DE LOS AUTORES DEL SIGLO XXI (CAPÍTULO 4)

1. María Teresa de Vega (La Laguna, Tenerife, 1948), *Merodeadores de orilla*, 2012, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Agüere–Ediciones Idea.

[46]

Andrés subió a la azotea por amor a Lavinia. Antes de acceder a ella, había que pasar por una zona ocupada por cuartos trasteros, que pertenecían cada uno a una vivienda. Él también tendría uno. Se paró a escuchar. Quieto, en actitud expectante, lo encontró una vecina que salió de uno de los trasteros y lo miró sorprendida (p. 71).

[47]

Pero aquí, en la roca, no hay imposibilidad alguna. Incluso cree que el mar, más cuando está en calma que cuando se agita, cuando el sedal se mantiene lejano, va a salir una mujer desnuda, de tamaño un poco mayor que el natural, para que puedan verla bien. Lleva una gran concha ocultando el vello que tiene bajo el vientre, y sobre el pecho izquierdo, tapándolo, una hermosa cabellera (p. 103).

[48]

Entonces sí que Damiana levantó la cabeza. Conocía la historia del encuentro entre tío judío y sobrino. Y de la invitación que le había hecho de irse a trabajar con él. Cayó en la cuenta de que Salónica era la ciudad en que había nacido y vivía. Miró a los ojos entonces inexpresivos de Stefen, y sin que ella lo supiera, los suyos lucieron más abiertos, más anchos, como si, ciertamente, abarcaran el Egeo, el Danubio, ese río que iba a dar al mismo mar, que después de estrecharse en Estambul, iba a amodorrarse en el golfo de Salónica.

– Hay magníficas plazas y calles. Y el revoltijo succulento de lo griego, lo turco, lo bizantino y lo romano (p.134).

María Teresa de Vega, *Divisa de las hojas*, 2014, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Agüere–Ediciones Idea.

[49]

Cuando Rafael está de vacaciones se tiende a leer novelas en cualquier parte, en la cama, en la azotea, en el monte, en sus claros o bajo las sombras de los árboles. No le molesta la soledad (p. 19).

[50]

Me gustaría que tú también expusieras tus reflexiones sobre el cine, y que, cuando vengas a esta capital, movida por las varias razones que imagino, causarán esta decisión –y yo gozaré de tu rostro de estrella cinematográfica– me permitieras acompañarte al cine, ya sea en uno cualquiera de los de Santa Cruz, o en el citado Parque Victoria de La Laguna (p. 23-24).

[51]

¡Qué puerto el de Liverpool! Atrás quedaron los remolcadores a la salida, evocó Anne, el marco de los edificios ennegrecidos por el humo. A la derecha del río, la fortaleza con sus temibles cañones, la Torre Victoria, las multiplicadas dársenas, los navíos numerosos, las infatigables banderas puestas a ondear y la imparcialidad del aire, su boca besando todas las naciones. Atrás la niebla y la humedad, y el fango de la ciudad fabril (p. 38).

[52]

Yo me enamoré de tu abuela, que era una canaria–inglesa, por sangre, llena de iniciativas, que se peleaba con los bárbaros de los ayuntamientos, pues no en vano era de la raza de mujeres, aquellas que se contaron entre las primeras sufragistas.

Te decía que estos extranjeros llegaban, recogían plantas, cómo le gustan las plantas a los ingleses, aunque creo que más bien es el conocimiento lo que les encanta, los deja hipnotizados y luego marchan en medio de su hipnosis por el mundo, a descubrir orígenes de ríos, lugares nunca hollados, hojas, flores, lagartos, al Teide a ver su violeta, se van a Las Cañadas donde pareciera que están en Marte [...] (p. 50).

[53]

Rafael vuelve a su padre, los paseos con él, de niño. Subían a La Laguna, allí iban a ver el Instituto Provincial en el antiguo convento de San Agustín, donde quizá él iría a estudiar el bachillerato. En La Orotava iban al Jardín Botánico, llamado también Jardín de Aclimatación, pues plantas exóticas, de los trópicos se aclimataban en él, que en otros lugares de España no medraban; en Santa Cruz, al edificio del Teatro Guimerá, donde había que observar, en la fachada, los balcones con rejerías y las cartelas que los remataban (p. 157).

[54]

La Gomera es una isla chica. En San Sebastián podría decirse que la hora la marcan los maestros en su camino de la escuela por las mañanas, o su salida al mediodía. Se asoman los vecinos a las ventanas para comprobar sus suposiciones horarias, y se admiran sobre todo de la maestra rubia, con su melena cayéndole por encima de un ojo. Es vampiresilla, guapa de verdad, con ese signo de delicadeza que es una nariz pequeña y bien formada. [...]

En La Gomera, donde pasa varias temporadas al año, Rafael tiene dos amigos: Juan y Elisa, o Elisita, como la llaman familiarmente, la chica de la melena dorada. Es su amiga, no están enamorados, se conocen desde pequeños, y su amistad permite las confesiones, las comparaciones entre las experiencias de un hombre y de una mujer (pp. 198-199).

2. Cecilia Domínguez Luis (La Orotava, Tenerife, 1949), *Si hubieras estado aquí*, 2013, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Agüere–Ediciones Idea.

[55]

La isla de nuevo, frágil y terrible a la vez. El macizo del este, contemplado en tantos amaneceres, los valles que se duermen suavemente al ocaso, las rocas de la playa, los lentos movimientos de las barcas y el ladeado vuelo de las gaviotas. [...] Me parecía absurda la idea de regresar para enfrentarme a los recuerdos –y aún me lo parece–.

Realmente la ciudad no ha cambiado tanto como creía. Han cerrado algunos cines –los de toda la vida– y han abierto centros comerciales donde los multicines, de techos bajos, olores indefinidos (una mezcla a palomitas y coca-cola) y el frío del aire acondicionado –aparte de las películas, casi todas americanas y comerciales– no me suponen atractivo alguno. También han arreglado las calles, sobre todo las del centro, algunas con parterres de escaso gusto, pero los barrios continúan con las mismas carencias que el paso del tiempo las han hecho más evidentes. El puerto está más vacío y la avenida marítima sigue adornada de laureles y venenosas adelfas. Las palomas siguen dejando sus huellas en las estatuas y en las calles y, de vez en cuando, un mirlo nos sorprende con su canto vespertino (pp. 9-10).

[56]

“Ah, sí, mis años en Alemania. Allí empecé yo, sí, señor. Mi padre quería que aprendiera a abrirme camino en la vida yo solito, empezando desde abajo y me mandó para allá sin un duro y con cuatro palabras mal aprendidas del idioma. También es verdad que me había conseguido un contrato en una industria de automóviles. [...] No, no me imagines en una oficina, de niño bonito, no señor. Mi puesto estaba en la sección de chapas, niquelados y todo lo que constituye el acabado de los coches. Era duro (p. 47).

[57]

Desde la azotea de nuestra casa se veía el mar. A mí me gustaba contemplarlo, sobre todo en los amaneceres o en las tardes de verano. Aquel color azul y su placidez me tranquilizaban; sin embargo, cuando lo cubría una bruma o se tornaba de un gris oscuro como las nubes amenazadoras de borrascas, me llenaba de miedo imaginando cómo la niebla se iría acercando hasta cubrirme y nadie me encontraría, o cómo un ogro

saliendo de la nube más oscura me atrapaba con sus manazas y me llevaba con él, y bajaba corriendo de la azotea (p. 74).

[58]

María me ha pedido que saliera a buscar el pan para el desayuno. “Así también te das una vuelta por el barrio, que ya sé que te gusta”.

Es cierto, me gustan los domingos porque las calles están semivacías y puedo recorrerlas a placer, sin rumbo fijo. Por costumbre, desemboco en algún parque y entro en él para llenarme de sus olores, siempre diferentes según la estación del año. Desde chico lo hacía con mis amigos. Nos daba para ir a los barrios de la periferia, pasar por calles estrechas que nunca habíamos pisado, subir de dos en dos las escalinatas de alguna plazoleta. A veces tocábamos en una casa elegida al azar y preguntábamos por alguien cuyo nombre inventábamos sobre la marcha; en más de una ocasión nos traicionaba la risa de alguno y teníamos que salir corriendo. Al regreso íbamos alegres, ligeros, inventando historias o proponiendo nuevos juegos para el próximo domingo. La adolescencia nos llegó con una mezcla confusa de sentimientos, con el descubrimiento entre inconsciente y ansioso de nuestros propios cuerpos, de las muchachas que empezaban a sonreírnos (p.77).

[59]

Al día siguiente de mi regreso, se me ocurrió recorrer la isla. Al principio lo hice en barco, bordeando la costa. Fue terrible y hermoso a la vez el encuentro con el mar fuerte del norte, después de haber estado avanzando por las aguas quietas y azules de la parte meridional. Pasé un mal rato y estuve a punto de vomitar. Luego, de pronto el mar se calmó y pudimos atracar en el pequeño muelle y desembarcamos. Anochecía y el ocaso pintaba de un naranja algo desvaído las casas blancas de la costa. No conocía a nadie. Era un barco que se alquilaba por grupos [...]. La mayoría eran extranjeros: alemanes e ingleses sobre todo. ¿Ahora? No lo sé. Todo me resulta extraño y no sólo las distancias tan cortas de un extremo al otro de la isla; incluso los amaneceres, cuando el volcán proyecta su enorme sombra, como una amenaza, o como señalador de nuestra pequeñez. Esta mañana, por ejemplo, me levanté casi de noche para ver amanecer y volver a otras auroras que recordaba imprecisas, con una luz a veces glauca, otras veces de una palidez fría. Subí a la azotea. Primero fue una luz blanca en forma de pez alargado que anunciaba el alba. Luego, el sol empezó a elevarse entre los macizos de la costa, derramando una luz naranja sobre los pequeños cirros que limitaban el horizonte. Imaginé el ruido sordo del mar al morir, suave, sobre la arena. No hubo decepción, pero tampoco fue como esperaba (p. 98).

Cecilia Domínguez Luis, *La muchacha del ajenjo*, 2016, Santa Cruz de Tenerife: Diego Pun Ediciones.

[60]

La despedida empezó con una inclinación de la isla hacia la izquierda. Los macizos que se alzaban a un lado de la ciudad y el puerto parecían recortarse sobre un lecho situado en un punto indefinido entre las nubes y el mar, y la playa era solo una línea dorada y oblicua junto a un océano inmóvil, sin olas. Hasta hacía solo unos días no se me había pasado por la cabeza que pudiera vivir en otro sitio que no fuera la isla y ahora... Apenas tuve tiempo para una última mirada. Y de pronto el mar, solo el mar, insólitamente quieto y blanquecino con la incipiente claridad de un amanecer que a mí se me antojaba desolador.

El ruido de los motores pareció amortiguarse, o tal vez ya me había acostumbrado, a pesar de que hacía solo unos minutos que habíamos despegado. Yo había cerrado los ojos y me había agarrado con fuerza a los brazos de mi asiento. Sentí un cosquilleo en el estómago cuando empezó a elevarse, lo que, por unos instantes, me hizo olvidar lo que dejaba atrás. Luego, aquella última mirada a una isla que se inclinaba en el adiós (p. 9).

[61]

El día de la despedida mi madre tenía el rostro tenso y los ojos brillantes. Sabía que estaba haciendo esfuerzos por no llorar y por eso evité mirarla. Mi hermano y yo experimentamos ese aturdimiento que nos salva a veces del dolor, y ni siquiera hubiéramos podido decir cómo estaba vestido mi padre. Imagino que con el traje de las grandes ocasiones y, colgado de su brazo, un abrigo que se había comprado aprovechando la liquidación de una tienda de ropa de las muchas que han tenido que cerrar con esto de la crisis. Tampoco recuerdo sus palabras de despedida. Seguro que no faltaron las recomendaciones: que ayudásemos en casa, que no perdiéramos el tiempo y sacáramos el curso, que menos salidas y llamadas a los amigos, que teníamos que ahorrar... (p. 16).

[62]

Eran pisos pequeños, de solo dos habitaciones. Una de ellas, la que estaba destinada a mi hermano y a mí, había sido dividida en dos por un tabique de chapa de madera pintada de blanco [...] Yo lo prefería así porque él solía quedarse hasta muy tarde viendo la televisión o con el ordenador, con la excusa de algún trabajo; aunque ahora, al no tener línea telefónica, tendría que contentarse con los juegos que había bajado al PC de su portátil (p 25).

[63]

El Centro Social estaba a dos manzanas. Realmente era un piso que habían acondicionado: las habitaciones las habían convertido en aulas, en despachos o salas de

reuniones y en el salón se podían ver algunas mesas y sillas, varios sillones, un televisor y un ordenador. A la entrada y detrás de un mostrador, una mujer joven nos recibió: *Bonjour!*

–Buenos días –contestamos.

– ¡Ah, españoles! –nos respondió con ese acento francés del que tanto nos habíamos reído cuando lo oíamos en las películas (p. 38).

[64]

Salí de Notre Dame cuando el sol anaranjaba los muelles de los Orfebres y de las Flores e imprimía un color misterioso al Sena y a todos los que surcaban sus aguas. Se me ocurrió coger el metro que me dejaba frente al Museo de Orsay. Sabía que no podía entrar porque no tenía dinero suficiente, pero me pareció que la muchacha [la del cuadro *L'Absente*, de Degas] me agradecería aquella visita incompleta (p. 160).

3. Damián Hernández Estévez (Los Realejos, Tenerife, 1960), ...*En el aire queda*, 2012, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Agüere–Ediciones Idea.

[65]

Al llegar al lugar por donde desapareció el hombre, arrimas el coche al arcén y paras el motor. Contemplas desde el asiento la llanura a ambos de la carretera por entre las brechas de los árboles, que no forman un bosque espeso, y se le antoja que la tierra amarillenta ha modificado su color. No logras discernir en qué consiste con exactitud esa transformación, solo que los colores devienen más oscuros, verdes y grises. Bajas del coche y te acercas al borde. Aquí, en vez de la zanja que habías imaginado, se abre a tus pies el altísimo precipicio. El mar, abajo, bate tenaz y colérico contra las rocas donde enseguida descubres el coche, vuelto del revés, humeante a pesar de las olas. Notas tu corazón agitado por la discusión, por la carrera, mientras te aferras al drago para contrarrestar el vértigo. Después de un instante en que te saturas de la maresía, te vuelves y te parece que los cardones encarapitados en la ladera menean convulsos sus brazos para ahuyentarte.

Vuelves al coche, y, antes de ponerlo en marcha, consideras que tal vez debas regresar a ver los riscos de Lotavia, a oler el mar (pp. 20-21).

[66]

La mujer que se acercó al mostrador era hermosa, demasiado hermosa para aquella hora y demasiado atractiva para aquel sitio. Yo siempre había experimentado que las mujeres así solo existían al atardecer y durante la noche y que se movían en espacios que subrayaran su condición, que eran ésos los dominios de la belleza y el atractivo femeninos, y que éstos sin remedio se desvanecían durante las mañanas y no aparecían nunca por ciertos lugares. [...] Sin embargo, esa mañana fue imposible no admirar a aquella mujer; sus ojos luminosos pero detenidos en una leve expresión de

tristeza deslieron mis prejuicios y me sorprendí mirándola sin pesadumbre durante nuestro breve encuentro: me estremeció la impresión de que ella no miraba mis ojos, sino que parecía buscar detrás de ellos [...]

Su comportamiento fue tan turbador como su mirada. La hermosa mujer se había concentrado en depositar una valija, [...] y sólo cuando se hubo asegurado de que no corría el riesgo de que cayera al suelo, pareció darse cuenta de mi presencia y me preguntó con visible y afectada inquietud por las causas del retraso del avión a Lotavia (pp. 99-100).

Damián Hernández Estévez, *Quién como yo*, 2015, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Agüere–Ediciones Idea.

[67]

Desde su exacto centro, Leandro Soto contempla el Corro de los Volcanes. Anoche, al descubrir este paraje en un mural del hotel donde se aloja, otro calambre le atravesó el abdomen. Ahora, frente a ellos, comprende que el dolor fue un aviso; estas montañas de morfología tortuosa que abrazan un circo de lavas son un trasunto mineral de sus entrañas dolientes. Desde aquí un desolado malpaís se expande hasta cerrarse en un sistema de lomas superpuestas de las que emergen cinco conos que parecen danzar de la mano y cuyos perfiles desdibuja la calima que asedia el archipiélago (p. 11).

[68]

La mañana amanece muy calurosa y muy húmeda en este miércoles 21 de julio de 2010; se hace difícil respirar. El bochorno presagiaba ya una jornada intransitable, más para quienes, como Miguel Monteverde, hacen transcurrir sus horas en las calles de Lotra, la segunda población de Lotavia después de San José, ciudad capital de la isla. La maresía arrastra el olor acre de las embarcaciones, fondeadas en medio de la ensenada del Conde de Teria, o atracadas en el Puerto Nuevo de San José, en la ribera opuesta, y rocía las calles con el polvo de los desiertos africanos y con el salitre impregnado del humo de las chimeneas de los barcos que llegan o parten de la isla. [...] Anoche, cuando empujó la puerta del cajero bancario de la Avenida de la Costa, que le suele servir de dormitorio, el cubículo no estaba vacío. Es el embate pestilente que percibe en el interior lo que lo avisa de que el lugar está ocupado, antes de entrever en la penumbra, detrás del batiente acristalado, el bulto tendido en el suelo. Se encuentra demasiado borracho para buscar otra habitación donde pernoctar. De él no puede decirse que ande bienoliente. Hace más de un mes que no pasa por los baños del Centro de San Vicente de Paul de la calle Santa Petra, por más que los voluntarios lo han amenazado con que o se ducha y se afeita de cuando en cuando o no le dan comida, pero sabe que se trata de un amago; de manera que se acerca por allí cuando lo cree imprescindible (pp. 16-17).

[69]

El mar apenas bate contra las rocas, pero no es una mar transparente. Está tranquila, sí, pero no transmite tranquilidad. Esta confusa sensación es la que Leandro Soto trata de explicar a sus contertulios, su colega Amílcar Febles y el dueño de la casa en cuyo jardín se encuentran, Anselmo Hernández, anfitrión de ambos.

–Siempre he pensado que el mar en calma comunicaría su sosiego. No cabe duda que mi experiencia con el mar se puede valorar como escasa, pero creo tener la percepción de que en las otras ocasiones en que me he asomado a él, en estas islas o en otras costas, no se ha mostrado discordante, como ahora me parece. Si estaba tormentoso, me ensombrecía el espíritu, si en calma, me sosegaba, pero no ahora (p. 38).

4. David Galloway Rodríguez (Santa Cruz de Tenerife, 1960), *Agua de arroz y flores*, 1991, Nuevas Escrituras Canarias (Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias).

[70]

Sosegado, implícito el beneplácito de la luna, amaneció. Minuto arriba, minuto abajo, quince estuvo el viento dándole la extremaunción a la madrugada. Luego, a eso de las siete, de pronto que amaina hasta que ni pizca y hasta el aliento del silencio anestesia a los gallos, que al igual que grillos y ranas sufría los brotes de una epidemia de afonía que desde el mes anterior asolaba los contornos. Despuntada el alba, como besitos en los párpados los primeros rayos, bailan en la coronilla de la montaña vecina y en línea recta a la casa, coronada por dos gibas, como un camello (p. 50).

[71]

Este detalle, y los ladridos de la perra en la orilla aconsejándole que nunca diera la espalda a la mar, debieron alertar a algún curioso, que a su vez corrió la voz y a la noche siguiente se presentaron las amigas que le habían visto medio brazo en la plaza, cuando se remangó y quedaron al descubierto veintitantas verrugas. Al verlo desnudo lo imitaron y jugaban a salpicarse, y a quedar, y a las ahogaduras pero flojitas, “no seas bruto, Marcelo, que nos chivamos...” (p. 55).

[72]

Lograron ahorrar y dieron la entrada para un pisito de protección oficial en La Laguna. Primitivo tocaba bastante bien la guitarra española y con lo del boom del turismo consiguió un sobresueldo en un tablao flamenco de un bar en el Puerto de la Cruz, miércoles, jueves, viernes y sábados. Unos lo piensan, otros lo hacen, pocos lo piensan y lo hacen. El estado físico de Primitivo se resintió, pero al año siguiente ya estaba pagado el piso y en la puerta un coche, “quiero que algún día mis hijos disfruten de todo lo que yo no tuve”. Como todo tiene su precio, Asunción empezó a notar cierto

tufo a perfumes de extranjeras en los cuellos de las camisas rojas y verdes a lunares de su marido. Lo hablaron, no estaba dispuesta a consentirlo, y él juró que no despegaba sus dedos de las cuerdas y que no tenía la culpa si se abalanzaban, “si vieras las borracheras que se agarran” (además no soy de piedra) (p. 102).

[73]

Al final, Asunción dio el visto bueno, pero una extraña sensación que le oprimía el pecho le decía que no debían aceptar, que algo malo ocurriría. “Manías tuyas, mujer”. La casa quedaba a dos pasos de la playa y los niños no paraban todo el santo día de entrar y salir del agua. De piel blanquísima, Asunción sufría horrores con un sol que rajaba las paciencias, pero Alejandrito “tres años y lo golfo que es” era un auténtico temerario y aquella playa tenía “mucho arrastre”, no se quedaba tranquila aunque insistiera molesto en que él, Primitivo, se bastaba y sobraba para cuidarlos.

Como se turnaban, aquel día le tocaba a ella preparar la comida y bajaría una hora más tarde a la playa. Primitivo jugaba en una mesita plegable al dominó con unos amigos a la sombra de una sombrilla, de vez en cuando les echaba un vistazo a los niños, entretenidos con una pelota de plástico en la orilla. La partida se animó y los padres se distrajeron.

Terminadas las faenas, Asunción se puso el bañador y delante del espejo se esmeraba en que la crema solar protectora se extendiera cubriéndola toda la cara, unas manchas rojizas debajo de los párpados la preocupaban hacía tiempo. Entornó el espejo y en ese momento, sobre su superficie, cobró vida una imagen, fugaz pero nítida. Una ola de las repentinas, de las que nacen y mueren en la misma orilla, arrastró a Alejandrito. Asunción se sobresaltó y salió disparada directa a la playa, sin ni siquiera plantearse que aquella imagen no era un relejo; la ventana del cuarto de baño estaba en una esquina, cerrada y opaco el cristal. Cuando, chillando desesperada, asomó por la escalera, los niños ya habían alertado a los mayores y Primitivo nadaba como un loco, intentando acercarse al niño, pero el oleaje se lo impedía, cada dos brazadas seis de retroceso, y en un tris estuvo de perecer también él en el intento. Rastrearón la zona, pero nunca recuperaron el cadáver.

Temían lo peor, con lo sensible que era, temían que Asunción se hundiera en la puta miseria. Pero no, rompiendo pronósticos, reaccionó con una entereza brutal, “la vida sigue adelante y tengo a otros hijos a los que cuidar”. Lo que son las cosas, se invirtieron los papeles y resulta que fue Primitivo quien se vino abajo (p. 105).

David Galloway Rodríguez, *El perfil de las esquinas*, 2012, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Idea.

[74]

Ante el espejo Arturito revisó a conciencia su aspecto y en un poco frecuente acto de sinceridad se reconoció que iba siendo hora de cambiar de camisa, repleta de

manchones de grasa y diminutos orificios hechos por las brasas de los cigarros; además, tampoco el pantalón, de color definitivamente indefinido, ni ajado el abrigo tres cuartos que consiguiera en Cáritas, están ya para muchos trotes. Sólo siente orgullo de su cruz de plata colgada sobre su pecho, que gracias a los puntuales bruñidos con bicarbonato conserva como nueva desde la primera comunión, y de eso ya hace algo más de cincuenta años (pp. 65-66).

[75]

Písenme la cabeza que ahí no tengo callos, musitó el mendigo mientras devolvía al suelo a su amigo del alma y, manos en los bolsillos, comenzó a deambular por las calles de Santa Cruz al objeto de bajar la comida.

En un bar de la calle La Rosa compró un tetrabrik que por las circunstancias olvidó pedir a Gerardo, se bebió un par de rones y defendió a capa y espada los intereses deportivos del Club Deportivo Tenerife, del que siempre sería incondicional estuviese en primera división o en el quinto coño y no como otros que solo están a las maduras. En la Plaza del Príncipe disfrutó, estirado en un banco, de una siesta napoleónica. Luego, en el bar Celona, apuró un café aguado que le supo a rayos, compró un paquete de Kruger, en un periódico ojeó los horarios de misas que se celebraban en las iglesias de los alrededores, y decidió que le venía de perillas la misa de siete pues, así, mientras cenaba en el Arete, le daba tiempo de ver casi entero el Barça-Madrid.

En la calle del Pilar se entretuvo contemplando escaparates y aprovechó para venderles un par de estampas a unas monjas que por la forma de mirarlo, de arriba abajo y viceversa, parecía que más que de él se apiadaban de su aspecto, siervas de Dios que, tras bendecirlo con la señal de la cruz dibujada en el aire, le hacían jurar que no malgastaría en alcohol los tres euros dados a cambio de las benditas estampas.

Y así, detenido un momento aquí y otro poquito allí, el mendigo llegó al bar situado junto al reloj de flores del Parque García Sanabria donde sonaban las señales horarias de las cinco de la tarde (pp. 75-76).

5. José Luis Correa Santana (Las Palmas de Gran Canaria, 1962), *Nuestra Señora de la Luna*, 2012, Barcelona: Alba Editorial.

[76]

Él [Álvarez, el inspector de policía] andaba enmarañado organizando media docena de denuncias que se apelotonaban ese día: dos sobre violencia de género, el robo con arma blanca en un supermercado, la desaparición de un periodista, una riña de senegaleses en el Parque de Santa Catalina a cuenta de una partida de elefantitos de madera y una manifestación contra la crisis que acabó a trompada limpia (p. 8) .

[77]

He de reconocer que, mientras Miguel me hablaba de no sé qué negocio que tenía en marcha, yo intentaba *alongarme* a la conversación de las mujeres (p. 106).

[78]

El domingo lo pasé en casa de Colacho. Para que mi abuelo no anduviera en la cocina, y dado que yo no tengo idea ni interés en aprender a guisar, me encargué de llevar la comida de un restaurante de La Puntilla, uno especializado en *sancocho* (p. 117).

[79]

El cubano me cobró con una sonrisa y un movimiento de su hombro sano. Me dejó enfrente del teatro Pérez Galdós, a medio camino entre mi oficina y el Museo Diocesano. Tenía, pues, un minuto para decidir qué rumbo iba a tomar. [...] Uno es libre de decidir si gira a la derecha o a la izquierda, por ejemplo, en Triana. Libre como el taxista de quedarse en La Habana o emigrar a Las Palmas, de donde probablemente fuera un abuelo indiano muerto hace treinta años (p. 155).

José Luis Correa Santana, *El detective nostálgico*, 2017, Barcelona: Alba Editorial.

[80]

La primera bala destrozó el quinto azulejo contando por la izquierda. La segunda rebotó en un peldaño y fue a incrustarse en el buzón del ático B. La tercera me atravesó la clavícula, dejando tras de sí un dolor silencioso y un olor a carne quemada del que me costó Dios y ayuda desprenderme. El hombre alto me persiguió después por las escaleras durante lo que me pareció una eternidad. Noté sus pasos ahogados, fugaces, acaso subiendo los escalones de dos en dos. Escuché un jadeo ronco, el del depredador que busca rematar a su presa, quizá escupirle a la cara el peor de los insultos o explicarle despacito, para que lo entienda bien, por qué va a morir como un perro en el zaguán de su casa. Pensé que era el final. Entonces se me apareció la virgen del primero derecha, mi vecina habanera, linda Elizabeth, que había confundido uno de los disparos con el timbre y se apresuró a abrirme la puerta y a salvarme la vida (p. 11).

[81]

Así que la primera tarde que salí a pasear (cuarenta minutos: baje por Escaleritas y Paseo de Chil y llegué hasta los aledaños de mi casa) regresé con una docena de huevos como desagravio. [...] El semáforo se puso en verde y a mí me importó una vaina que se me saltaran los puntos del hombro. Crucé la Avenida de Mesa y López en cinco pasos y tomé un taxi en la Victoria. Susana me vio llegar con los huevos y la respiración a medio vuelo y me echó la bronca, Cónchale, Ricardo. Aún no estás bueno para tanto trajín; olvídate de salir en tres o cuatro días por lo menos (p.37).

[82]

Me serví un ron a pelo, la primera copa en muchos días. Y abrí la caja de Pandora para descubrir que, en efecto, aquella era mi casa y que aquel era yo.

Y que nació un viernes.

Que tuve familia. Que tuve infancia. Que viví en un hogar feliz. Que me tomé una foto sentado en uno de los perros de la Plaza de Santa Ana, con un cucurucho de turrón en la mano. Que hice la primera comunión en la iglesia de Santo Domingo, vestido de almirante de marina. Que mi mejor regalo de reyes fue una máquina de escribir en la que compuse los peores poemas de la historia. Que jugué a la pelota con el equipaje del Bilbao en una plazoleta en cuyo corazón se levantaba un laurel de indias. Que mi padre se parecía a Alfredo Kraus. Que mi madre se parecía a Gina Lollobrigida. Que yo no me parecía a ninguno de los dos.

Y que fui un niño solitario, un viejo prematuro. Que estudié en un colegio de curas. Que saqué unas notas aceptables hasta llegar a la universidad. Que no destacué en nada. Que mi primer coche fue un Citroën. Que mi primer amor se llamaba Malena. Que hice la mili en León: casi pierdo la nariz y dos dedos del pie izquierdo en la garita, en una de mis guardias, por culpa de la nieve. Que fracasé en varios empleos. Que me salvó la vida un viejo cascarrabias socarrón: mi abuelo Colacho. Que no sabría decir cuántas cosas había heredado de él. Que no sabría encontrar su tumba ni la de nadie de mi familia en San Lázaro. Y que volvía a estar solo (pp. 39-40).

[83]

Elizabeth me vio en el rellano, renqueante, la camisa empapada de babas y de sangre, y *jaló* de mí hacia el interior de su apartamento. [...]

Fuerte *guineo*, oiga; no sé qué parte de la urgencia no entendieron. Elizabeth enjuagó el trapo enchumbado de sangre, en una escudilla de loza blanca y descascarillada. [...] Y preguntaba a bocajarro, sin tirria pero sin piedad (pp. 11-13).

[84]

El agente de guardia era un *pibe* que no llegaba a los treinta. [...] El *pibe* titubeó. (p. 59).

[85]

Tenía un cuerpo en el que poder confiar. Hecho a base de sudor y llanto. Dos partos, un aborto, una cesárea. Dolor y sufrimiento. Desengaños hasta llenar el cupo. Y sin embargo su tacto era cálido, conocido. La sensación de volver a casa después de un largo viaje. Ella debió de notar mi emoción porque me preguntó varias veces por qué la miraba así. ¿Acaso había olvidado cómo era desnuda? No. Nunca. La recordaría incluso con los ojos cerrados. Lo que no recordaba era lo dichoso que me hacía sentir. Beatriz amazona, su cuerpo cabalgándome. El cabello llorando sobre sus hombros blancos. Su vientre desperezándose contra mi ingle. El horizonte de su sexo sobre el mío. La piel sobre la piel como si de un instante a otro fuese a amanecer (p. 84).

[86]

Fue una celebración extraña, acaso porque no había nada que celebrar. El agujero de mi hombro había llegado para quedarse. El médico me aseguró que no iba a poder levantar el brazo como antes, que perdurarían las secuelas: una languidez traumática o un trauma lánguido, no recuerdo bien. Habían muerto cuatro personas y un juez indigno iba a quedar impune de su infamia, castigado tan solo con una jubilación anticipada.

Las autopsias de Katia y Pérez de Sepúlveda ya se habían efectuado, solo quedaba por rellenar la identidad de su asesino y de eso se encargó la Guardia Civil. La de Delia reveló que el primero de los golpes en la nuca había sido el definitivo, los otros dos no llegó ni a sentirlos. Estaba muerta antes de caer al suelo. Y la del Lindo Socas vino acompañada de un informe clínico que desvelaba una enfermedad terminal. Cáncer. Dieciocho años enclaustrado en una cueva, expuesto al gas radón, habían acabado por joderle, además del juicio, los pulmones.

Cáncer. El médico que se lo diagnosticó y le propuso un remedio temporal –el paciente había rehusado operarse, había declinado la quimioterapia, necesitaba tener despiertos todos sus sentidos para culminar su obra– no sabría nunca que, sin quererlo, había sido el causante de tres muertes inútiles. Cáncer. Elizabeth no sabría nunca que sus tres balazos sólo habían precipitado el final de un lunático. [...]

Susana, Inés y Concha intentaban sin éxito consolar a Elizabeth, que necesitaba olvidar más que comer. Beatriz necesitaba de una vez por toda una vida sin sobresaltos. Gervasio que alguien le explicara quien había ejecutado al final a Martín Socas. Y yo, que se disipara la melancolía.

Nada que celebrar. Una fiesta aquella con demasiados muertos (pp. 214-215).

6. Anelio Rodríguez Concepción (Santa Cruz de La Palma, 1963), *El león de Mr. Sabas*, 2004, Santa Cruz de Tenerife: InterSeptem.

[87]

Hace años, cuando aún no se había trazado la carretera del norte ni nada que se le pareciese, para ir desde esta loma a la ciudad salvando el abismo repetido de los barrancos no quedaba más remedio que subir y subir, monte a través, y bordear la cumbre hasta el descenso final por las Breñas. Durante dos o tres jornadas en cuevas y senderos zigzagueantes, los hombres llevaban un saco al hombro y las mujeres una cesta de mimbre a la cabeza, casi siempre cargando boniatos, ñame y trigo para trocar por almendras, café o tejidos estampados. Luego, en la capital habría oportunidad de visitar a algún pariente y darse una vuelta memorable por los alrededores de la plaza de España. Poco más tarde el regreso, no menos penoso que la ida, al menos ofrecía tiempo de sobra para sopesar el valor de lo conseguido. Algo es algo (p. 17).

[88]

La mano del hombre era grande y callosa. Sin embargo, no tenía presencia de labrador, ni de cabrero. Así lo describiría el chico al volver sano y salvo al caserío. Todos alertados hacía rato por Charo, lo esperaban tras la tormenta, vociferando el nombre de Blas, Blas y venga Blas. Se enteraron hasta los vecinos del barrial más próximo a la playa. El padre acertó al suponer que el mocetón que lo trajo al castaño grande era uno de los alzados republicanos, fugitivos de la justicia desde la llegada de “Canalejas”.

El niño regresó aletargado, con la mirada turbia de un tísico, o casi. En pocas horas se le había llenado la cabeza del fluido dulce y zumbón que invita a los ancianos a esbozar sutiles acertijos y callar las obviedades. Con su mismo cuerpo menudo, con su voz atiplada y sus piernuchas, aquel día Blasito se había convertido para siempre en un anciano, y lo cierto es que nadie, con reconocerlo en aquella apariencia de chiquillo frágil, fue ajeno al prodigio (pp. 26-27).

[89]

Pues que vendimos la casa y la finca y el lagar de tea y las acciones de agua. Y nos fuimos a Santa Cruz.

Pero los pisos abajo, cerca de la avenida marítima, son demasiado caros. No nos alcanzaba ni con la millonada del alemán. Y los pisos en la zona de las Ramblas no se le quedan atrás, ¿no? Y entonces, tuvimos que subir y subir, y venga para arriba y para arriba, en busca de algo más asequible, hasta llegar a un tramo a mitad de La Cuesta, quizá más cerca de La Laguna que de Santa Cruz, donde conseguimos de chiripa un piso con salón y dos dormitorios en un cacho edificio de diez plantas. El nuestro es el sexto derecha. Da para la carretera y estamos rodeados de vecinos gritones. Parece mentira cómo puede vivir tanta gente apiñada en un bloque de esos. Además, fíjese usted, gente que vive junta y que apenas se conoce ni se saluda, ni siquiera en el ascensor (pp. 45-46).

Anelio Rodríguez Concepción, *La abuela de Caperucita*, 2008, Santa Cruz de Tenerife: La Caja Literaria.

[90]

Pedri llegaba a la conclusión de que ya había planeado muchas veces marcharse a Venezuela, y que debía ponerme en su lugar, que por aquí se le esfuman a uno las oportunidades de hacer algo provechoso, ma, la vida dura un soplo de nada, y, tal como veo el patio, a este paso me quedo en fuera de juego para siempre, joder. ¿A Venezuela?, pregunté. Él sabía desde hacía años por donde paraba su padre, mala pulga lo muerda, y siempre había querido ir a su encuentro. Está en Caracas, declaró con la cara vuelta a la ventana. En Caracas, ya, pues sí, le dije con la mayor serenidad, y añadí: ¡En Caracas! No me opuse al plan, de hecho era la única salida posible de aquella

película de suspense, pero el viaje de momento parecía del todo improbable porque ninguno de los dos teníamos ahorrado ni para el taxi al aeropuerto (pp. 49-50).

[91]

Ahora bien, en el primero de sus encuentros con Piero delante de la cámara, sin ensayarlo y sin anunciarlo, se involucró en el asunto hasta las cachas. Ambos acabaron como mandan los cánones, adoptando la postura del monje, que dirían las sexólogas, las manos entrelazadas, jadeando con la sinceridad de los amantes furtivos, dejando el mundo olvidado en otra parte que no convenía recordar hasta bien pasado el punto de ebullición. Uf, Piero, me has convencido a la primera, le dijo al oído Mary Pomppis, aún sudorosa y estremecida. Hasta el rabo, todo es toro, explicó él con idéntico volumen de voz (p. 233).

7. Santiago Gil García (Santa María de Guía, Gran Canaria, 1967), *Yo debería estar muerto*, 2011, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Idea.

[92]

No sé por qué diablos soy del Real Madrid. Me identifico mucho más con el *seny* y con la elegancia de la mayoría de los culés que con estos garrulos fanáticos y patrióticos. He intentado cambiarme de equipo, pero me traiciona el subconsciente y los muchos años insistiendo en la pasión por el color blanco.

Lo que no sé es cómo presintiendo, o suponiendo, que la vida son tres días, y que a mí no me quedan más que nueve meses, puedo perder el tiempo siguiendo a veintidós tíos corriendo detrás de un balón. Sería incapaz de levantarme y de dejar este partido a medias. Y encima estoy cada vez más borracho. Mañana estaré hecho polvo. El pedazo de dios que se supone que va conmigo se estará meando de la risa entre la tierra y el cielo, o aquí, al lado mismo de donde ese cabrón, que dice que hay que despedir sobre la marcha a media plantilla del periódico, da saltos y corea los cánticos de los Ultra Sur como si fueran himnos revolucionarios. [...]

He perdido el domingo. Y además he cambiado el sueño y los biorritmos. Conociéndome, esta noche no me entrarán ganas de dormir hasta las tantas, y si logro levantarme mañana lunes a las cinco de la mañana para escribir estaré desorientado y poco creativo. Me conozco de sobra para saber esas cosas, aunque lo que no sé es por qué decidí volver sabiendo lo que hay. Supongo que necesitamos confiar en los milagros. Y estando donde estaba y cómo estaba lo veía toda más claro. También pensaba que aún era posible controlar la rutina y la mediocridad cotidiana (pp. 19-20).

Santiago Gil García, *La costa de los ausentes*, 2016, Madrid: Mercurio Editorial.

[93]

A esa hora en que aquí nace la vida, Londres estará amaneciendo entre la bruma y yo camino como una autómatas por sus calles. Salgo de Queen's Gate y me voy callejeando hasta la galería de King' Road variando las rutas cada mañana, unos días por Fulham Road y otras subiendo mucho más arriba hasta aparecer por Sloane Square. Ahora habrá otras muchas mujeres caminando por las mismas calles. Siempre ha habido gente caminando por las calles antiguas que nosotros recorreremos como si las estrenáramos cada mañana; y si no había calles habría solares abandonados llenos de ratas y de bichos a los que no ponemos nombres, o parques con árboles y flores luminosas. Nunca estrenamos nada en el mundo, y los lugares en los que habitamos siguen teniendo vida sin nosotros. A esta hora está cerrada la galería de la avenida Lexington de Nueva York y todos los empleados estarán durmiendo. Dentro de un rato, cuando ellos abran las puertas, yo me estaré dando un baño en la playa o ya estaré comiendo en el pueblo alguno de los pescados que llevan esas falúas que aún se siguen asomando por el horizonte. Ni en Londres ni en Nueva York estarán pensando en Famara en estos momentos, o igual sí, a lo mejor hay alguien que la recuerda; nunca hay que descartar todas las posibilidades, ni tampoco ningún milagro (p. 11).

[94]

Primero murió su padre, hace ya diez años. Estaba muy unida a él. Nunca entendió por qué no se marchó lejos de las islas o por qué no se quedó fuera cuando estudiaba la carrera de Medicina en Madrid. Le tiró el amor y se quedó en Gran Canaria trabajando lejos de los sueños que había alimentado en la Complutense durante años. Así y todo fue un hombre feliz. Estaba muy enamorado de su madre y sabía apreciar la belleza de Agaete, sobre todo antes de que construyeran el muelle y llenaran de cemento y hormigón toda la costa. Ella aprendió a mirar a través de sus ojos. Se llamaba Enrique Rivero. Nieves perdió el apellido cuando se casó en Londres con Steve Fitzgerald. Ahora trataba de recuperarlo y volverse a llamar Nieves Rivero, pero todo su círculo de amigos y conocidos la seguía llamando Mrs Fitzgerald. Solo en Agaete volvía a ser Nieves, que es como mismo se llamaba su madre. Llegando al pasado desde Famara ha empezado a entender las razones de su padre. Le anclaron el amor y la belleza. Visto lo visto, ella también hubiera hecho lo mismo (p. 13).

[95]

Yo venía de niña cuando en Playa Blanca solo había un bar pegado a la orilla y cuatro o cinco casas de pescadores. Este paisaje ni siquiera lo pudo ver Saramago, pero sí lo defendió César Manrique. Desde su muerte no hay quien frene este desastre. Menos mal que Famara, por lo menos cerca de la playa, sigue casi como estaba cuando vine con mis padres de niña. Llegar aquí en coche era una aventura de muchas horas y

de muchas averías; pero mi padre decía que había paisajes que compensaban el paso por el planeta y por caminos casi intransitables (p. 27).

[96]

No tenía nada que ver la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria con lo que ella recordaba de niña. Entonces le parecía Nueva York cada vez que llegaba de Agaete después de un trayecto de hora y media entre curvas y precipicios. Aún no habían construido los puentes ni los túneles que conectan a la ciudad con el norte de la isla. La capital eran los grandes almacenes y el espectáculo de Las Canteras llena de extranjeros que bajaban a la playa o que paseaban por la avenida recién salidos de los barcos pesqueros. En eso era muy Nueva York, en lo cosmopolita y en lo mestizo, y ahora seguía siéndolo. Calles como Albareda, Juan Rejón, Presidente Alvear o León y Castillo podrían colocarse directamente en Manhattan que no llamarían la atención por su diferencia. Solo faltarían los rascacielos. El paisanaje sería muy parecido, sobre todo ahora que Nueva York se ha vuelto tan hispana y tan latina. A veces Nieves se dejaba llevar por las calles cercanas a Las Canteras, o bien se iba a pasear por la Avenida Marítima, o se aventuraba por Vegueta o Triana recorriendo la historia más Colonial de la isla a través de los edificios y de los horizontes que aún seguían mirando a su pasado lejano. Bajar a la capital era la mayor aventura que podía vivir en su infancia (p. 59).

[97]

La perra se quedó plácidamente dormida tras el baño, amarrada a una piedra enorme que sobresalía en la parte más alejada de la cala. Ellos, mientras tanto, siguieron dejándose llevar por la excitación de los cuerpos. Fue Suso quien primero se acercó acariciándole la espalda y moldeando sensualmente la piel de unas nalgas erizadas por el frío del agua y la excitación de esa primera caricia inesperada. Luego sintió su lengua rebuscando en la nuca mientras le pellizcaba sus pezones o tanteaba en su pubis con suaves cadencias. Ella se aferró a su falo y terminó besándolo y chupándolo como si fuera un asidero que le permitía seguir viva en medio del infierno de los últimos meses. Se enredaron en el agua y terminaron follando como animales en celo en la arena negra que se extendía junto a una de las dos pequeñas grutas que acababan hundidas bajo el agua cuando llenaba la marea. [...] Jamás había disfrutado del sexo de aquella manera. Se acercó al clímax cuatro o cinco veces reprimiendo las ganas de moverse alocadamente para seguir disfrutando de aquel falo enorme y ardiente que recorría sus carnes más sensuales, tanteando los rincones más ocultos y regalándole un placer que nunca antes había disfrutado (p. 115-116).

8. Cristo Hernández Morales (La Laguna, Tenerife, 1968), *Envasados al vacío*, 2005, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Idea.

[98]

De la puerta del “Prostíbulo de Alejandría” colgaba un cartelito que decía: *Prohibida la entrada a menores y a ignorantes*.

El Prostíbulo de Alejandría era una casa de heteras y efebos bastante digna y edificante, oculta en los bajos del antiguo Cine Agüere a la incultura del pueblo y al olvido de las instituciones. Tal vez fuera debido a que, junto a aquel cartelito, rezaba otro con lo siguiente: *Abstenerse quienes no hayan leído a los clásicos*.

En aquella casa de lenocinio no se ejercía la prostitución, sino que allí acudía toda suerte de intelectuales a departir con las heteras o los efebos en amenos y reveladores diálogos acerca del pasado, presente y futuro de la cultura.

–¿Pero aquí no se puede echar un casquete?

–No, señor. Se ha equivocado de institución.

–Pues ahí fuera dice “prostíbulo” y los prostíbulos son para pijar.

–En este, concretamente, no. Aquí solo analizamos los clásicos y el futuro de la cultura occidental.

–Vaya, hombre, menuda inutilidad.

–Sentimos no poder atenderle, señor

–¿Y no sabe de alguna casa de putas por aquí cerca?

–No, señor (pp. 67-68).

[99]

Yo me había pasado media vida, desde los nueve años de edad a la que mi abuelo (profesor de Literatura Universal en la Universidad) me dio a leer la *Odisea* de Homero, leyendo la literatura de los antiguos griegos y romanos, acaso inspirado por la ingeniosidad del intrépido Ulises, lecturas que yo aderezaba con clases de Literatura Comparada en las que mi abuelo me demostraba a cada paso que la Historia de la cultura del hombre es un eterno retorno a los Clásicos. [...]

–No hay ninguna diferencia entre Pericles y Montesquieu, hijo –yo era huérfano de padre y madre y vivía con mi abuelo viudo.

–Ni entre Filípides y Mariano Haro, abuelo (p. 70).

[100]

A veces dejaba que sus dientes me infligieran un castigo adicional y dulcísimo, y los hacía rechinar contra el relieve de mi intonso prepucio.

–¿No te han operado de fimosis? –Calíope me auscultó con la pericia de un cirujano y descubrió mi intonsura.

–No.

–Pues yo lo acabo de hacer –decía, mientras un reguerillo de saliva cárdena le corría por la comisura de los labios.

–¿Cómo?

–No te asustes, pero te acabo de hacer la circuncisión. Ahora podrás joder mejor (p. 90).

Cristo Hernández Morales, *Unidades libres*, 2014, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Agüere–Ediciones Idea.

[101]

Para cuando subí al vagón de cola en la estación de Lexington Avenue todavía no había hilvanado mi plan. Tenía espacio por delante para decidirlo antes de llegar al World Trade Center, estación terminal de la línea E que une Queens con Manhattan. Al subir al metro estaba sudoroso, exhausto y confundido –ese estado físico y mental idóneo para plegarse a la voluntad del dado– y no estaba en condiciones de discurrir ningún plan (p. 11).

[102]

Durante la fuga iba pensando en los beneficios que me estaban proporcionando los cambios de personalidad a que me había sometido, en las últimas fechas, la dulce tiranía del dado. El papel que había adoptado para la ocasión de este ejercicio práctico me hacía sentir un superhombre: apartaba a la gente con suma facilidad mientras corría a una velocidad imposible de calcular por ningún velocímetro de la NASA, saltaba sobre la muchedumbre sin necesidad de una capa hortera de un color ridículo, veía a través de los cuerpos de los transeúntes el camino diáfano que me conducía hasta el andén en donde me esperaba el vagón de metro en el que debía realizar el trabajo de campo encomendado por el Dr. Rhinehart. Yo siempre había sido un tipo tímido, un acojonado social, una de esas piltrafas urbanas a las que la gente pisa y humilla con total desinterés, sin ni siquiera pararse a pensar por qué. Pero la terapia en la consulta del Dr. Rhinehart y, posteriormente, mi ingreso en el *Centro para la Experimentación en Entornos Totalmente Maleables* me habían convertido en otra persona. Los ejercicios de cambio de personalidad a instancias del dado me habían mutado, primero, en un sujeto flexible y dúctil hacia mi entorno, un sujeto capaz de enfrentar cualquier situación con garantías de triunfo o al menos sin darle la oportunidad a nadie que me pisoteara; pero, además, conseguí que aquella veterana ñoñez y pusilanimidad de mi antigua vida se convirtiera en una personalidad firme y apabullante [...] (p. 17-18).

9. Javier Hernández Velázquez (Santa Cruz de Tenerife, 1968), *El sueño de Goslar*, 2013, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Agüere–Ediciones Idea.

[103]

–Está bien –le dije–. Pero, entiéndame, cuanto más sepa menos platos romperé. Al menos me dirá de qué se trata, ¿no?

Me puso una fotografía delante.

–Robar esto.

Nos miramos fijamente.

–¿Habla en serio? (p. 25).

[104]

Allí me encontré con Sara. [...] Con la misma parsimonia deliberada se alzó de puntillas, mojó sus labios con la lengua y acercó mi boca a la suya. Fue un beso húmedo, suave y tentador, como si probara el jugo de un melocotón antes de comprar el lote. Satisfecha se separó con otro gesto impreso en sus labios.

–Gracias, Mat –me dijo y sonrió–. Me sería mucho más fácil odiarte que amarte.

–¿Y qué es peor, nena?

[...]

–¿Qué te pongo, Mat? –me recibió desde el otro lado de la barra Mina.

Mina es diferente a Sara. Unos veinte años más joven (de hecho, más joven de lo que yo he sido nunca). [...]

–Café solo, doble, muy cargado y un matahambre de manzana

Se quedó mirándome sin pestañear. [...]

–¿Qué más quieres, nena?

–Por querer, me gustaría que me besaras.

Amanecía un día besucón. No tenía respuesta para aquella proposición y ella la esperaba. [...]

–Acabo de besar a Sara.

Contrariada, puso delante de mí la dosis de cafeína que me permitiría llegar a mediodía y el pastiche de bollería. [...]

–¡Vaya con la mosquita muerta! No es tu tipo, Mat (pp. 27-29).

[105]

Encontró tráfico en la autopista. Tenerife estaba atestada de gente que va a algún sitio y acelera para llegar antes. En veinte minutos estaba en Santa Cruz, una ciudad que, como él, se encontraba fuera de ordenación. [...] Detuvo el vehículo en el bulevar de la Avenida de Anaga, frente al cuartel de Almeida. A su derecha, el ángel exterminador de las izquierdas insulares mantenía la piedra fría, verde y sedienta. Era un consuelo perverso que los políticos estuvieran dispuestos a defender los Principios fundamentales del Movimiento y, por el contrario, dejar morir los símbolos como la Plaza de Toros (p. 58).

Javier Hernández Velázquez, *Los ojos del puente*, 2014, Madrid: M.A.R. Editor.

[106]

Se acerca a una oficina del servicio postal y envía un libro a la dirección de correo de la nuera de Cabanas en Madrid. Se hace con un Dodge A 100. Cambia la placa de la matrícula y toma la Pacific Coast Highway hasta la residencia veraniega de Cabanas en Pacific Palisades. Un vecindario privilegiado, cercano a los enclaves de L.A.: Bel Air, Beverly Hills o Hollywood. Lo inteligente es irse, pero no va a decantarse por la opción prudente cuando la sangre reclama más sangre (p. 15).

[107]

La Gran Vía es una avenida de luz, pero Madrid ya no es una ciudad segura. Barrera no articula un discurso circular, sino un acercamiento al miedo. Un destino al que llega para recoger un libro. La puerta del zaguán está abierta. Sube por las escaleras hasta el segundo piso. Toca el timbre. Ella abre. Su cara brilla (p. 17).

[108]

Cierra los ojos. Al abrirlos está en Seattle. Han transcurrido dos semanas. Una niebla espesa oculta el lago Washington y la bahía de Puget Sound, aunque puede oler el salitre de del océano Pacífico. De entre las nubes salen peces. Toni Barrera navega hacia su destino. Reconstruye los sueños. Los perdedores cuentan con la ventaja de tenerse que reinventar continuamente. Los ganadores ni siquiera perciben que son mortales. Él escogió. No puede seguir todos los caminos y ningún sendero es garantía de éxito. Dicen que Seattle era una ciudad fantástica. Por él, la mandarían a la mierda (p. 20).

[109]

Ella se tumba frente al espejo. Puede verlo todo. Le da la espalda, e acuclilla, mira hacia atrás y sonríe cuando se acomoda en su cuerpo. Están solos, y ella es suya. La coge por el cuello con una mano, le arranca el vestido con la otra y le baja las bragas a la altura de las rodillas. La agarra de los hombros para marcar el ritmo al penetrarla. Observa como cimbreo su cintura ante las embestidas. La sangre bombeada se comulga en ríos ascendentes de espuma. Cuando el puente que se tiende entre ellos agota los latidos, ella lo aprieta y él se estremece al correrse (p. 25).

[110]

Salió a la calle, volvía a cogerle el pulso a Santa Cruz. Cualquier sitio es mejor que la cárcel. Santa Cruz es una ciudad dramática. Hay que tener un espíritu trágico para poder quererla. Ramón la odiaba, pero sobre todo detestaba a uno de sus transeúntes: Mat Fernández. ¿El resto? Ni bueno, ni malos. Solo gente que tiene dinero y gente que no lo tiene. Y él haría negocios con los primeros. Y pasaría factura después (p. 35).

[111]

Mi vida no ha sido ninguna maravilla durante estos últimos años. Aspiré una profunda bocanada de humo y exhalé formando aritos en el aire. A veces, siento que estoy solo en medio del océano. Aislado. Subido en una barca. Lucho por instinto pero no tengo nada con que luchar, ni por qué hacerlo. Al final, agotado, me dejo llevar y dejo de remar. Entonces, aunque no quiera reconocerlo, mi secretaria, Irene, me ancla a la realidad.

–¿Qué dicen los demás de sí, señorita?

–¡Vaya, Mat! Siempre me preguntas sobre pintalabios, sujetadores y desodorantes, y ahora quieres saber mi opinión de cómo te ve la gente. Quizá lo que te voy a decir no te va a gustar. A ver... ¡cómo decírtelo!, pareces un buen tío, pero la multitud se separa de ti como el mar Rojo ante Moisés.

–La vida en mi casa era dura. Cuando mi padre me preguntaba algo, yo trataba de responderle lo que pensaba que él quería oír. El problema era que no había respuesta correcta. La cosa se ponía fea dijera lo que dijera, y nunca admití que estaba muerto de miedo.

–Tampoco eres un buen partido. Las mujeres buscamos seguridad y tú no la inspiras. En todo caso, eres un buen polvo, no una pareja con la que despertarse cada mañana.

[...]

–...¡Qué curiosa naturaleza! Me mata suavemente tu sinceridad, Irene. Me está obligando a sentir lástima.

–¿Y eso le molesta, señor Fernández? A veces yo también me doy lástima, eso me ayuda a levantar el ánimo.

–Pero tú eres mujer....

–¿Y cuál es la deferencia, señor macho?

–No querrás que te la diga, ¿verdad?

–¡Ves! A eso me refiero. En ocasiones, deberías mantener cerrada tu boquita, Mat (pp. 36-37).

[112]

Duggi, conocido como El Monturrio, estaba limitado por el Barranco de Santos, la Avenida de las Asuncionistas, la Rambla de Pulido y el Puente Galcerán. El barrio debía su nombre a Luis Duggi, uno de los próceres santacruceros de finales del siglo XVIII, propietario de la mayoría de los solares y cuya leyenda negra rezaba que se enriqueció con el comercio esclavista con destino a Cuba (p. 59).

[113]

Dejé el arma entre mi cinturón. Ruth sirvió dos vasos. Cogí el mío y lo miré. Bajo la luz que entraba por la ventana, el zumo era espeso y tenía un color rojo oscuro. Coloqué el vaso sobre una mesilla.

–¿Le pasa algo al zumo?

–No –volví a cogerlo y bebí. Sabía a zumo de tomate–. Tenemos que hablar.
[...] La historia de ese libro es increíble, ¿por qué lo hace?

–Por Bermejo. La memoria es una losa y él fue el sustento de los fetasianos. [...] Es ilusorio pensar en Arozarena, o De Vega, sin Bermejo. Viví y conocí a personajes marginales de Santa Cruz. Estuve presente en muchas charlas con ellos que demostraban el poder de la palabra. Bermejo se convirtió en un personaje de sus relatos, y el alcoholismo y la opresión le hicieron emprender una huida sin retorno. Cuando lo conocí, su soledad resultaba oscura y su expresión era lacónica y ultraterrena. Vivía en un paisaje desolado, fantasmagórico, cubierto de cielos plomizos y nebulosos, mientras ocultaba sus inclinaciones por miedo a la aplicación de la ley de vagos y maleantes.

–¿Una huida hacia *Fetasa*?

–Fue un mecanismo activado y puesto en marcha. Huir. Padrón huyó a Latinoamérica, como en una operación de fuga de cerebros; Isaac de Vega escapó hacia Ijuana, un territorio inverosímil; Bermejo hacia el alcoholismo y la autodestrucción. Pasó del cielo al infierno para acabar en el purgatorio de su barrio santacruzero. Uno de mis últimos recuerdos es su academia de matemáticas y el carro de tiro que usaba de dormitorio en la bodega Batista. *Fetasa* fue la construcción de una ficción. Ellos eran el mito. La vuelta a la isla que concluye con una partida de ajedrez en el pico del Teide. ¡No me hagan reír! No estaban ni para andar un par de kilómetros (p. 187).

10. Ángel Vallecillo (Valladolid, 1968), *Bang bang Wilco Wallace*, 2014, Valladolid: Difácil.

[114]

La primera vez que vi a la rubia yacía desnuda sobre una alfombra roja, con la mejilla hundida en un charco de vómito y la cabellera desparramada, como si acabaran de estallar contra el suelo una botella de champán.

Nunca me había enamorado de un cadáver.

–Yo nunca he estado aquí, Wilco.

Lo miré como si acabara de saldar mi deuda. Lo malo no es deberle la vida a alguien; la verdadera desgracia es que te la salve el tipo equivocado, un tarado como Milton Avery, un muchacho que nunca debió salir de los pantanos de Josh y que, podía jurarlo, no iba a cumplir los treinta y tres años. Me acuclillé junto a la rubia y apoyé la oreja en su pecho. Estaba fría. Su corazón parecía latir unas veces y otras no.

–¿Quién es?

Milton le pegó un trago a la cerveza y la balanceó entre las pantorrillas. [...]

–Una puta yonquí. [...]

Levanté a la rubia por las axilas.

–Ayúdame.

La habitación apestaba a vómito y a vino de cuarto de dólar, pero su pecho desprendía una fragancia dulce a flor de cactus, como si se hubiera criado en el regazo del desierto, a la sombra de los sahuarios. Muerta o no, era una preciosidad. La dejamos caer en la bañera. Milton pareció tomar conciencia del problema.

–¿Está muerta?

Pasé los dedos bajo el chorro y abrí dos vueltas más el grifo del agua caliente (p. 9).

[115]

El bar de Moe remataba la esquina de la calle Emerald con Sandorz, junto a la estación de bomberos de Bauer, el barrio más miserable de Jackson si exceptuamos Folsom Creek. Bauer, el muelle sur de Jackson, fue un barrio de estibadores hasta que construyeron el gran puerto de Obald. La mayor parte de los barcos de carga que entran o salen del delta usan hoy esos muelles, así que Bauer agonizó como un pantalán para barcos desvencijados o arruinados. [...]

El hipódromo de Tallulah está al pie de la colina, media milla al norte de Jackson, entre Sarasota Bay y los pantanos de Colina Verde. Es un hipódromo viejo de gradas de madera, con una cuerda larga de milla y doscientas noventa yardas y una curva que discurre tan cerca del pantano que los cocodrilos saltan a los tobillos de los caballos. Conozco el Trauser de Malibú, el Gran Peralta de Albuquerque, La Joya en Crystal City, Tejas, pero no hay otro hipódromo más emocionante ni peligroso que Tallulah (p. 17).

[116]

Bajé la escalera y salí al picadero. Crines al sol. Cuando vi al primer caballo se me encogió el estómago. No hay nada más emocionante en este mundo que pasear entre pura sangres. Un personaje de Sherwood Anderson aseguraba que sabía si un caballo iba a ganar una carrera si al mirarlo se atragantaba. Qué tío el Sherwood. Me remangué el pantalón y entré en el césped embarrado. Vi a Mario ayudando a ensillar un caballo negro de cuello largo, pero no lo reconocí. Me esperaba al Mario de camisola sucia y los bolsillos de los pantalones abultados por libretas y manojos de billetes. Llevaba un traje azul marino con delgadas líneas rojas y un sombrero tejano de paja, de verano, con una cinta azul y el borde forrado de marmolina.

–Don Mario...

Se volvió indeciso, como si no hubiera reconocido mi voz.

–¿Wilco? ¡Amigo mío! –me abrazó, dio un paso atrás y me miró de cuerpo entero–. ¡Joder, tienes un aspecto cojonudo, Wilco!

Llevaba una corbata amarilla, con el nudo ladeado, y unos gemelos de oro a juego con un alfiler de corbata con forma de fusta.

–Lo mismo, don (p. 20).

[117]

Puse cara de estreñido y me encendí un cigarro.

–Estoy buscando a alguien.

–No te acerques ni a las chicas ni a la botella, muchacho. Nunca te había visto mejor.

– Es por trabajo.

–Deja esa mierda de despacho. Ya tuviste bastante en el cuerpo –volvió a mirar por los prismáticos –. Atiende –me los cedió–: mira lo que hace con la cabeza –enfoqué los cajones: Sunstreak levantaba el hocico sobre la presa como si venteara la dirección del viento o buscara la sombra de los otros caballos. Sonó la campa y saltaron los cajones. Mario manoseó nervioso la barandilla –. ¿Quién es la chica? –preguntó.

Cruzaron como un grupo compacto por línea de meta. Era una doble milla. Sunstreak pasó quinto, con las manos livianas como si hubiera salido de paseo.

–Una rubia muerta en Folsom Creek. [...]

Sunstreak cruzó la meta con cincuenta yardas de ventaja. El jockey no había vuelto a fustigarlo desde la segunda curva. [...]

–Para empezar la rubia no está muerta. Y la pasta, amigo –dijo con fatalidad–, se la debe al Gordo de Chicago. Anteayer estaban sentados aquí mismo, él y la rubia. Dios... Esa cara de ángel tiene las mejores tetas de América –chascó la lengua–. No sé muy bien porqué, pero el Gordo le dio mil pavos para que apostara por Quicktime, pero, Dios sabe por qué demonios, esa chica apostó por Rowalto (pp. 23-25).

[118]

Me encanta ver a un negro pegándole duro a un blanco.

Bilford Saratoga rindió la rodilla en la lona y desmayó la frente en el guante. Yo creo que rezaba. El árbitro contó como si se le estuviera enfriando la cena. En su rincón, Tool Morgan giraba el cuello sin dejar de bailar, fresco como el aliento de un ángel. Saratoga se puso de pie y se dolió del hígado. La izquierda de Morgan le había entrado llena como un cubo de grava. El árbitro abrió los párpados de Saratoga, le pegó un cachete en la mejilla y estiró los brazos para ofrecerle el centro del ring. Tool Morgan se golpeó los guantes como si calentara un motor, dio tres pasos de baile, amagó una derecha alta y se sacó de la cartuchera, otra vez, un rápido gancho de izquierda que demolió el hígado de Saratoga.

Las cuatro gradas se encogieron; hasta un ciego hubiera encogido la tripa. [...]

El árbitro levantó en alto el guante de Morgan y estalló una nueva tormenta de fogonazos. La rubia no se había movido en todo el combate. Llevaba un vestido azul celeste de tirantes, unos zapatitos blancos y una diadema trenzada con su cabellera rubia, a modo de corona. Parecía una obra de arte expuesta en un basurero. Tenía un labio partido y no se preocupaba por ocultarlo. El lápiz de labios brillaba como un corazón de rubíes. Me acerqué hasta ella y le pedí fuego a uno de los gorilas que la protegían; miré a la rubia de reojo.

–Lárgate –me dijo el matón.

–Está bien, amigo.

Le pedí fuego al otro guardaespaldas. En el trayecto había cruzado la mirada con la rubia; llegué al otro lado con escarcha en las pestañas.

–¿No has oído? Largo. [...]

Me crucé con el Gordo. Pareció no reconocerme, pero oí que le decía a uno de los negros:

–Vaya, Wilco Wallace parece recién planchado. [...]

El Gordo salió escoltado por el pasillo de autoridades. La rubia se volvió en el último suspiro y me miró fijamente como si me reconociera, como si tratara de decirme algo.

Como si pidiera ayuda (pp. 27–29).

[119]

El capitán Dimebag había cambiado el despacho del jefe Roberts por uno más moderno, aunque bien pudiera ser que simplemente lo hubiera ordenado: al jefe Roberts no le veías tras la barricada de expedientes que se amontonaban sobre su mesa; quizá por eso sólo logro recordarle hablándome de pie. [...]

–La vida fuera de la policía rejuvenece... –dijo el capitán Dimebag –. Tienes buen aspecto, Wallace.

–Supongo que ahora debo tenerlo un poco peor.

–¿Y eso?

–Estoy esperando que usted me lo diga.

El capitán Dimebag se estiró la quijada con disgusto y echó el cuerpo sobre el canto de la mesa.

–Pretendía ser amable. [...]

–¿Se me acusa de algo, capitán?

Dimebag se frotó la mejilla, miró a Everett de reojo y trató de tranquilizarme.

–No se te acusa de nada. Pero, por favor, trata de colaborar. ¿Dónde estabas entre la una y las dos de la mañana?

–Estuve en Folsom Creek. [...]

–¿Qué sabes de una rubia en Folsom Creek. [...] La encontraron en su apartamento con una parada respiratoria por consumo de estupefacientes. Estaba desnuda, sin signos de violencia. Alguien la había metido en una bañera caliente. El grifo estaba abierto cuando llegó la policía.

Le miré fijamente a los ojos.

–Ya me echaron por eso, capitán. ¿Van a llamarme cada vez que encuentren a una rubia desnuda? [...]

–No compliques las cosas.

–Deme dos o tres días (pp. 33-37).

[120]

El Gordo se removi6 como un hipop6tamo herido y rod6 panza arriba. Josh se incorpor6, desenterr6 el bate por segunda vez, se acerc6 al Gordo y alz6 el bate sobre su cabeza como si aguardara una orden.

–¡Mátale! –gritó mi padre.

–¡Mátale! –le grité a Josh.

–¡Mátale! –gritó la rubia.

Josh manose6 la caña como si acumulara fuerzas. El viento ces6 definitivamente y el silencio pareci6 gritar una orden. Josh descarg6 un mazazo en la crisma del Gordo que son6 como un ladrillazo en la arena. [...]

La rubia se ech6 sobre el cuerpo del Gordo y le registr6 los bolsillos.

–Puta –mascull6 el Gordo.

La rubia se sac6 el rev6lver de la culera, le apoy6 el cañ6n en la frente y le vaci6 el cargador (pp. 183 -184).

Ángel Vallecillo, *9 Horas para morir*, 2014, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Agüere–Ediciones Idea.

[121]

Los agricultores que quedan en esta isla, los que siembran tomates, plátanos, papas o papayas, se niegan a regar las huertas con agua que proceda del mar. Aseveran con hartazgo que es otra argucia de políticos y especuladores para desecar las tierras y seguir tapizándolas de hormig6n. No exageran. No porque el agua desalada vaya a secar sus campos, sino porque haber solucionado el problema de la producci6n de agua en un lugar donde naturalmente es limitada no har6 sino que puedan venir m6s hombres, y es este exceso humano lo que desforesta, lo que arrasa (p. 14).

[122]

El coraz6n mercantil de Santa Cruz empieza a bombear actividad en las arterias: la calle Villalba Hervás, San Francisco, San Jos6, Castillo, y alcanzo la Plaza de la Candelaria, primera puerta de la Plaza de España, donde se abren los muelles y el puerto, y Santa Cruz deja de ser ciudad para transformarse en mar tras un pantalán de cemento. Pierdo la vista hasta donde no alcanza la mirada (p. 23).

11. Nicolás Melini Concepción (Santa Cruz de La Palma, 1969), *Cuaderno de mis mayores*, 2006, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Idea.

[123]

Cuando tenía unos cuatro años presencié desde la azotea de mi casa un gran incendio en el monte. Era de noche. El monte entero ardía. Un infierno magnífico que se reflejaba en mis ojos.

A los cinco años me meaba mientras dormía. Era insoportable. El escozor. La vergüenza. Todo.

Y más tarde, cumplidos los ocho, comencé a tener unas pesadillas horribles. Bueno, tal vez no se tratase exactamente de pesadillas. En realidad nunca llegaba a dormirme. Ése era el problema, que el terror llegaba antes que el sueño.

Veía bichos por todas partes.

[...]

Mi madre, respaldada por mi abuela P. y alentada, posiblemente, por algunas vecinas, urdió la posible solución de llevarme a una curandera que vivía cerca de casa. No sé cómo mi padre accedió, pero lo hizo.

La curandera nos recibió, a mí y a mi madre, en su casa. Hizo el paripé de brujería con agua que regó en forma de cruz sobre mi torso descubierto. Luego fue recorriendo la cruz con su mano temblorosa y exorcizante, y provocaba un chasquido, entrechocando sus dedos, al final de cada operación, como si estuviese expulsando algún mal recogido en mi interior. Cada vez que se producía el fuerte chasquido se me ponían los pelos de punta.

La curandera le dijo a mi madre: Este niño presencié un gran incendio. Y mi madre se quedó pensando que a lo mejor la mujer sabía lo que se hacía, pues recordó el incendio en el monte que yo había visto desde la azotea de casa (pp. 9-12).

[124]

Pues bien, encontrándome muchos años después en Estados Unidos, viajé con un amigo y su mujer desde Ohio hasta Michigan, con el propósito de pescar en los lagos y visitar a un amigo de la pareja que acababa de fijar la fecha de su boda. Yo no sabía pescar. No tenía ni idea. A pesar de haber nacido en una isla, a pie de mar, no me había sentido atraído en absoluto por el deporte de la pesca, de modo que lo más gracioso de todo era sorprenderme en camino, realizando un viaje tan largo, casi ocho horas de coche entre inmensas plantaciones de maíz, las piñas de maíz más bien encaradas que he visto jamás, para hacer precisamente eso, pescar.

Cuando llegamos junto al lago y mi amigo detuvo el coche no pude menos que bajarme y salir corriendo hasta la orilla, a probar el agua: no podía creer que todo aquello fuese agua dulce (p. 20).

[125]

Recordé que siendo bastante joven, casi un niño, había venido a parir a nuestra azotea una gata que no nos pertenecía. Un día descubrí que sobre unos cartones de allí arriba, al final de la escalera, había unos gatitos recién nacidos. La gata no se encontraba en aquel momento, pues creyéndolos a buen recaudo debía de haber salido cualquiera sabe adónde, pero me la tropecé al bajar a mi casa, cuando ella pretendía acceder a sus crías, con tan mala suerte que se me coló en casa presa del sobresalto (p. 26).

Nicolás Melini Concepción, *El futbolista asesino*, 2012, Madrid: Editorial Casa de Cartón, S.L.

[126]

Bajamos caminando por la carretera. Hay un rielar muy cursi en el mar. Es el reflejo de la luna, pero también se reflejan, abajo, las luces de la avenida. O sea, que el mar es una fuente de luz en la noche. Y además están las luces de un par de buques y unos cuantos pesqueros. Me pregunto cómo verán los pescadores, desde mar adentro, la ciudad. La oscuridad está salpicada por las luces de las casas que se desperdigan en el campo. Trepan la ladera de la noche hacia el cielo, y se concentran, como inmensas galaxias, en pequeñas poblaciones. La pista del aeropuerto también es toda luces junto al mar (p. 19).

[127]

El que se encuentra junto a mí se pone de pie y camina por el borde del estanque haciendo equilibrios entre el agua y los cinco metros de caída hasta la carretera. Llega junto a Silvia. Oigo que dice: “Oye, piba”, y luego no escucho más (p. 57).

12. Víctor Álamo de la Rosa (Santa Cruz de Tenerife, 1969), *El humilladero*, 1994, Madrid: Ediciones La Palma.

[128]

Aquel aciago día Pancho Rubio había puesto a su hijo a la sombra de la pared del pajar, para ahuyentar en lo posible los zarpazos del calor. Berto dormitaba placenteramente en la cuna que su padre le había improvisado: una caja de madera de esas que usaba para guardar la fruta, rellena mullidamente con pieles de cabra. El niño, desnudo, tenía el cuerpo ligeramente sonrosado. Profundamente dormido, cara al cielo, el pequeño había vomitado cierta cantidad de leche materna que le discurría pescuezo abajo, dulzona, espesa debido a los efectos de una defectuosa digestión.

Debió ser el olor a la leche lo que atrajo hasta la cuna a una pequeña cría de lagarto. Movía lenta, torpemente, su cuerpo semitransparente agujoneada por el hambre

que había empezado a saciar libando el arroyuelo de leche que nacía en la boca de Berto. [...]

Con la experiencia de haber amamantado seis hijos pendiendo de sus espaldas Candelarita jamás pensó que sufriría tanto. Y es que la pobre nunca sospechó –siquiera intuyó– que de sus ubres rebosantes bebían dos bocas hambrientas, la del hijo y la de la lagartija, cuyo instinto de supervivencia la había mantenido adherida a las paredes del estómago de Berto. [...] Sólo había encontrado un verdadero momento de peligro que aprendió instintivamente a sortear, acurrucándose en su morada, a cubierto de tanto triperío sonoro que a cada poco tiempo se alborotaba estruendoso, ensordecedor, violento, maloliente (pp. 14-18).

[129]

Y la sangre muy roja y el silencio muy hondo y la impotencia muy gélida, allí, en la Hoya del Humilladero, allí, en el justo centro de la escena.

La sangre del himen rasgado le discurría muslos abajo, riachuelo a riachuelo. [...]

Y la madre de Marteli que se dobla, con pánico, con dolor, con rabia, y se desploma, sin sístoles y diástoles el corazón, sin dignidad la pobre vieja, la pobre viuda, la pobre madre que ve ya muriéndose a la guapa hija, orgullo de familia [...]

Y quería morir, pero no moría.

En la Hoya del Humilladero, a ambos lados de la escena, dos pelotones de guardias cuadrados, firmes, rígidos, empalmados contemplando el empalamiento de Marteli por el General, [...] y ahora ya ese silencio tan compacto que sólo rompe el bramido de placer y poder del General, falo en mano, apuntando a la cara de Marteli, chispa a chispa, chorro a chorro [...], aunque ellos firmes, rígidos, cuadrados, empalmados contemplando, empalmados con los testículos doloridos [...] contemplando firmes, rígidos, parapetados a ambos lados de la escena.

Muslos abajo.

Riachuelo a riachuelo (pp. 46-47).

[130]

El General no parecía muerto. “¡Tiene cara de ángel!”, comentó el cura Benito cuando lo vio porque el General parecía dormido tan dulce y beatíficamente, tan como si se hubiese muerto feliz y no violentamente asesinado por el cruel cabo Serafín.

En realidad, nadie en Masilva supo a ciencia cierta cómo había sido perpetrado el crimen. Cuando llegó el barco que se llevaría a la Isla Mayor el cuerpo incorrupto, límpido, blanco, feliz, del General, todos comentaban el asesinato. Gabino el Fotógrafo llegó a contar diecisiete versiones del suceso, pero todas tan contradictorias e incongruentes que acabó librando de toda responsabilidad en su fuero interno al cabo Serafín. [...]

Porque el Mar de las Calmas estaba tieso la embarcación esperada lo surcaba, lo cortaba rebanada a rebanada con la facilidad de un cuchillo. El nuevo General estaba de

pie sobre la proa, a solas con su pensamiento, observando el oleaje breve, las ondas de mar que se expandían brevemente tras nacer en la proa.

Era la primera vez que visitaba aquella isla de su jurisdicción recién estrenada después de que lo nombraran nuevo General de la Isla Mayor. [...]

El contorno de la isla se fue aclarando. Primero había sido sombra opaca sobre un horizonte azul que después se fue llenando de detalles. El basalto brillaba en los acantilados humedecidos por el mar. Algún destello de sol refractado en los charcos, algún pino, alguna higuera, unas sabinas echadas sobre la ladera para guarecerse de los días de viento. Las casitas de Masilva desparramadas díscolamente, el campanario puntiagudo de la iglesia. El pequeño muelle. Las gentes (pp. 107-110).

Víctor Álamo de la Rosa, *Isla Nada*, 2013, Zaragoza: Tropo Editores.

[131]

La Restinga era un pueblo pequeñajo situado en el sur de la isla de El Hierro, también conocida, en algunos mapas, libros antiguos y novelas, como Isla Menor. La Restinga, pueblucho también llamado Rijalbo en las memorias de los más viejos, prestaba nombre a unas pocas casas pobres hechas de bloques de cemento, la mayoría sin enlucir, arrinconadas por un malecón de unos setenta metros que servía para descargar el pescado que capturaba una flota artesanal de unas veintipocas embarcaciones. A La Restinga había que sumarle tres bares, un estrecho varadero y una bonita playa de arena roja de unos trescientos metros cuadrados a ojo de buen cubero, las señas de identidad de ese poblado que, sin embargo, era el único de aquella isla que podía presumir de tener un precioso hostel propiedad de un extranjero.

Junto a la playa, construida sobre la roca, se alzaba imponente la Casa del Alemán, una edificación enorme pintada de rojo chillón y blanco y con pintorescas macetas azules y amarillas situadas en las intersecciones de los muros. [...] El dueño del caserón, que vivía allí con sus extraños hijos, rara vez había sido visto, salvo, como mucho, alguna silueta robada tras un ventanuco. Según las versiones más socorridas, a la casa-hostal se la llamaba Cada del Alemán porque el extranjero había sido un aviador nazi que huyó a ese lugar remoto en los confines de El Hierro para no ser juzgado por crímenes de guerra cuando en Europa se había desatado la obsesión por atrapar a los gerifaltes de la dictadura de Hitler (pp. 10-11).

[132]

Tenía las entrañas calcinadas por el desamor.

Cuando arribó a la isla, todavía tenía hasta las mismísimas tripas incendiadas por el desamor. Luisón Montoto, no te engañes, qué es lo que han hecho de ti estos años sufridores, estos años suplicio, estos años cárcel, en qué te has convertido, desgraciado.

El barco llegó a El Hierro de la mano del amanecer, desnudada ya la última sombra, después de haber navegado durante toda la noche. Cuando embarcó en el

puerto de Santa Cruz de Tenerife, a las diez y media, habría jurado que el viaje no iba a ser tan agotador. [...] El cochambroso ferry maniobró durante casi media hora para poder atracar en el muelle de La Estaca, desierto a esas horas madrugadas. [...]

Se agarró a la barandilla de estribor y respiró el aire del mar. Aire que venía de lejos, aire como el aire del origen. Se llenó los pulmones, oxigenándose para volver a sentir la vida y desentumecerse, porque durante la travesía apenas había dormido y le dolían todos los huesos. [...] En realidad, prefería no haberse dormido, al menos así aquella noche no había sufrido la pesadilla que lo mordía desde hacía años, desde que se había separado de su esposa.

La primera. La única. Janine (p. 17).

[133]

–Buenos días.

–Buenos días.

–¿Es usted quien atiende la pensión?

–¿Quién lo pregunta?

–Sí, verá, es que quiero hospedarme aquí unos días. Soy Luisón Montoto, para servirle. Vengo de Barcelona y soy profesor de canto y música. ¿Tiene habitaciones?

–Pues claro, ¡cómo no voy a tener si esto es una pensión!

–Quiero decir habitaciones libres...

–Pues claro, ¿hubiera estado abierta la puerta si no tuviera nada que ofrecer?

–¡Bien! ¡Perfecto! ¿Cómo le pago? ¿Por adelantado?

–No se preocupe tanto, hombre. Relájese. Cuando se vaya arreglaremos cuentas.

Suba la escalera. Primera puerta a la izquierda.

–Muy bien, de acuerdo. ¿Me da la llave?

–¿Qué llave?

–La llave de la habitación.

–No hay.

–¿No hay?

–No, hombre, no. No se preocupe. Tranquilícese. Ahora aquí solo vivimos usted y yo. No tema. Aquí nunca pasa nada.

–Sí, sí, de acuerdo. Disculpe. La costumbre, ya sabe. Gracias. Muchas gracias.

–¿Profesor de música? ¿De Barcelona? ¿Y qué se le ha perdido aquí, en El Hierro, si puede saberse?

–Es que me gusta la isla, ya sabe, quiero vivir en un lugar tranquilo.

–Entonces ha elegido usted bien. Aquí tranquilidad es lo único que sobra. Si no estoy en mi habitación estoy ahí mismo, bajando la calle, a la derecha, en el bar de Alpidio. Solo le pido que no me gaste mucha agua, aquí escasea. Esta isla es más seca que el infierno (p. 27).

[134]

–Buenas tardes.

–Buenas tardes.

–Ya le echábamos de menos.

–¿Cómo? ¿A mí?

–Pues claro, ¿es que usted no come?

–Sí, sí, a eso vengo, claro. [...]

–¿Quiere sentarse en la barra o en la mesa?

–Pues... - dudó.

–Quédese aquí en la barra y así charlamos. Ya le dije a mi mujer que le preparara unas viejas. ¿Le gusta el pescado?

–Sí, sí, mucho.

–Pues viejas guisadas con papas y unas lapas a la plancha es el menú de hoy y el de mañana, que la pesca se dio bien. Están a punto de salir –dijo Alpidio al mismo tiempo que le servía un vaso de vino y cortaba medio pan en rodajas que depositó en un plato (p. 31).

[135]

Y perdimos la primera guerra, y perdimos la segunda, y hay rabias dentro de mí que por ahora prefiero no enfrentar. Creo que ha llegado el momento de cambiar de aires, abandonar estos hielos que me están abrasando. Voy a llevarme para mi proyecto científico a una pequeña familia inuit: un hombre joven, de unos veinticinco años, su esposa y su único hijo. Prefiero exhibir familias, es más auténtico. Nos llevaremos sus atuendos típicos, también sus máscaras rituales. [...] También nos llevaremos un par de kayaks y un trineo. Ahora tendrán que usar sus máscaras también cuando empiece el espectáculo. Y subirán a sus trineos arrastrados por una trailla de perros cuando empiecen a sonar las músicas de fanfarria y circo. [...] Los pensamientos de Phillip relinchaban, corrían desbocados, no había modo de embridarlos.

Empezaba a echar de menos algunas comodidades. Era una vida demasiado dura. Pronto llegará la primavera y Sagastizábal vendrá a buscarlo (p. 97).

[136]

Mejor trazar ya de una vez, para no liarnos con tanta ola, el itinerario que realizará el Veterano, el barco que capitanea Sebastián Sagastizábal, siempre y cuando los planes no se tuerzan. Desde el puerto canadiense de Québec descenderán hasta América del Sur, atracarán el navío en el puerto de Río de Janeiro, en la bahía de Guanabara, desde donde después partirán, cruzando el Atlántico, hacia Sierra Leona. Una vez en África, bordeando las costas del continente negro y haciendo escala en las Islas Canarias, volverán al punto de partida, San Sebastián, aunque el punto final del viaje ideado por Verner no está en la bonita ciudad española sino más en el interior, en el Parque del Retiro madrileño. Pero el porqué de este capricho, este parque en medio de la capital española, es celoso secreto guardado por Verner. [...]

Ambos amigos, Verner y Sagastizábal, sostienen una animada charla todavía en el mismo local de Québec donde meses atrás habían sellado su amistad duradera: el restaurante de Vaclav Larsson, otra vez encantado de tenerlos allí, degustando las manjares que salían de su cocina, esperando esta vez la sorpresa del postre, un licor de hierbas aromáticas que había importado de Alemania. Mañana, por fin, partirían (pp. 115-116).

[137]

...ya que tanto a Daniel como a Dominique se les estaban escapando sus respectivas excitaciones, a uno por la parte superior de su minúsculo bañador y al otro a través de la bragueta del pantalón corto, ambas prendas incapaces de contener tanta hinchazón. A Janine la sola contemplación de esos resultados le engordaba la autoestima, por eso gateó hacia Daniel para proponerle un nuevo antojo.

–Quiero que me des órdenes, que para eso eres mi jefe.

Daniel sintió en el centro volcánico de sus testículos los pinchazos de la lujuria.

–Ladra, quiero que ladres – porque fue lo primero que se le ocurrió.

–Guau, guau, guau –ladró Janine en tono mimoso, más propio del maullido de una gata que del ladrido de una perra en celo.

[...]

–Ven, perrita, ven, mira al pajarito –dijo Dominique pulsando el botón (de la cámara).

–Ven a comer, ven, mira lo que tengo para ti. En vez de un hueso toda esta salchicha –bromeó Dominique sacándose su miembro gordezuelo por la abertura de su pantalón.

Janine levantó las manos ladrando, como hacen los cachorros con sus patas delanteras. Arrodillada, se dejó caer, abriendo mucho la boca, sobre el miembro de Dominique, que permanecía sentado en la silla con las piernas abiertas para que la perrita pudiera hacerlo. [...]

–¿Soy una perrita buena? Preguntó mirando desde abajo las facciones desfiguradas por el placer de Dominique.

–La mejor de todas. Sigue comiendo, no pares

Daniel, al otro lado de la mesa, se agarraba a su miembro y lo apretaba para contener las palpitations de la lujuria, exacerbadas por tanta obscenidad. No se esperaba eso, no se esperaba tanto. Un segundo fulgurante pasó por su cabeza, cual exhalación, el nombre de Luisón Montoto. Estaba seguro de que el tenor desconocía ese siniestro lado de su prometida. Borracho de lascivia, se puso detrás de Janine, contempló los lápices en el trasero y sin más prolegómenos añadió su propio lápiz, su rabo tras el rabo de la perra, muy expeditivo en busca de alojarse en la entraña caliente de la hembra, que no dijo ni mu ni guau ni nada porque no podía, que para eso tenía la boca llena y hablar con la boca llena es de muy mala educación (pp. 182-183).

[138]

–¿Qué te ocurre, Luisón?

–Nada. Quiero follarte y quiero que me llames Manuel García, así como te digo, con nombre y apellido.

–¿Manuel García? ¿Te has vuelto loco?

–Me has vuelto loco, tú me has vuelto loco. Has convertido mi vida en una gran mentira. Ya nunca sabré lo que es real y lo que no, perra mentirosa. [...]

Ya era hora de tener huevos. De ser un hombre. Manuel García, su voz cavernosa, le hablaba al oído y le gobernaba desde dentro con pulso firme.

Luisón sudaba. Hipaba y tenía lagrimones pendiendo de sus ojos. Acometida tras acometida, empellón tras empellón, duraba y duraba, quizá por culpa del mucho alcohol ingerido, sin que apareciera el desfallecimiento. Adentraba su pene en busca de toda la información. Eso es, saca huevos, sé un hombre, no me avergüences. Janine soportaba los empujones y lo llamaba Manuel, Manuel, Manuel García. [...]

Y dentro de él oía las respuestas de Manuel García y su risa monstruosa. Escuchaba sus palabras enfadadas, su furia retumbando, sus propias locuras mezcladas hasta la náusea.

Por eso cogió el cuchillo. [...] Y amenazó a Janine con ira descomunal y la insultó gritándole zorra, lo sé todo, mentirosa, siempre lo he sabido todo. Y Janine pensó por un momento que la mataría que hasta aquí había llegado su vida.

Pero no, Luisón, con unos ojos en los que ardía el infierno entero, se sentó en la cama, se agarró los testículos y se los cortó de un solo tajo rápido.

Antes de desmayarse pudo escuchar la voz borracha de Manuel García diciéndole que estaba orgulloso, que ya no era un cobarde sino un valiente, que mucho había aguantado, que ya era libre y que a partir de ahora podría volver a cantar como los ángeles (pp. 289-292).

[139]

–¿Pero qué demonios pasa, hombre?

–Es que las cacatúas tienen mocos.

–¿Qué?

Phillip ordenó a Arari que abriera la puerta.

–¿Puedo pasar, señor?

–Adelante.

–Es que vengo de la bodega y las aves están llenas de mocos. Venga a verlo con sus propios ojos. No lo entiendo. [...]

El periódico local de Saint Malo recogió en portada el suceso increíble con grandes letras capitulares: UN MONSTRUO ATACA EL MUSEO VIVIENTE. Y no se habló de otra cosa en la coqueta ciudad (pp. 339-348).

[140]

–¿Y qué propones, Sebastián?

–¿Qué has pensado tú, Phillip?

–La verdad es que estoy confuso. Me habría gustado finalizar la gira con el museo viviente, ir a mi país, al menos. El otro día Domingo Machina me dijo que volviéramos todos a El Hierro, que en aquella isla se vive bien, que es lugar más tranquilo del mundo. [...]

–¿Entonces? –preguntó Sebastián porque quería que fuese Phillip quien lo dijera. Y lo dijo:

–Entonces vamos a clausurar el zoo humano. Se acabó. Ponemos rumbo a la isla y allí nos quedaremos, al menos, Arari, Domingo Machina y yo.

–De acuerdo, pero, ¿qué haremos con los demás?

–Lo que prefieran. Les damos a escoger. [...]

–Está bien. Pondré rumbo hacia Canarias y os dejaré en El Hierro, pero yo volveré a San Sebastián. Con todo este dinero quiero hacerme una casita donde un día echar raíces y, además, meter en los astilleros a Veterano, que buena falta le está haciendo (pp. 355-356).

13. Alexis Ravelo Betancor (Las Palmas de Gran Canaria, 1971), *La última tumba*, 2013, Madrid: Edaf.

[141]

El primero en morir será Felo. Sé quién será el último aunque no sepa su nombre. Tampoco sé cuántos son. Puede que solo dos, contando con Felo. Puede que sean más. ¿Tres? ¿Cuatro? ¿Cinco tipos? Cuántos y quiénes. Eso es lo que tengo que averiguar. Los porqués me la sudan (p. 13).

[142]

Eso sí, antes de cargarme a Felo (porque me lo voy a cargar, eso está claro), hay un porqué importante: por qué me jodió. Eso es lo primero que hay que averiguar; ¿por qué coño ese maricón de mierda dijo que no me había visto en todo ese fin de semana? Cuando sepa eso, sabré quién. Y lo demás me va a dar lo mismo (p. 15).

[143]

El hombre era nacido y criado en La Isleta. Había sido calderero en el Muelle durante cuarenta y siete años, imagínese usted y ahora, con los chiquillos criados y los nietos ya grandes y dos bisnietos, qué iba a hacer, pues venir todas las tardes un ratito, después de la siesta, a echarse un pisquito (p. 24).

[144]

Voy, poco a poco, descubriendo que ya no existe el Excalextric (sic), aquel carril elevado que ocultaba el mar más allá del Puente Palo, que se puede caminar la avenida Marítima desde la Playa de Alcaravaneras hasta la de La Laja casi sin interrupciones;

(...) que ninguna de las discotecas a las que yo iba en el Puerto sigue abierta y el Edificio Elder es un museo. Enfrente, en el lado del Muelle, también han puesto un centro comercial (hay centros comerciales por todos lados: rodean la ciudad como los leones a una cebra enferma), cerca de donde atracaba el Jet Foil. Y allí ya no atraca ningún Jet Foil, porque, sencillamente, ya no hay Jet Foils: ahora la gente, para ir a Tenerife, suele llegarse a Agaete y coger un ferry rápido (pp. 30-31).

[145]

Las Palmas de Gran Canaria es una de esas ciudades en las que los pobres fingen ser de clase media y los privilegiados se disfrazan de proletarios. Pasar del país de la completa miseria al de la más absoluta opulencia es solo cuestión de caminar por los barrios que pueblan las laderas, desde los bloques de El Lasso a los caserones de Vegueta; desde las exiguas viviendas de Las Rehoyas a los apartamentos residenciales y aislados de La Minilla. Allí, a La Minilla, se había ido a vivir Nono el Batata, a ese barrio que cuando yo entré en el talego no existía (p. 47).

Alexis Ravelo Betancor, *Las flores no sangran*, 2015, Barcelona: Editorial Alrevés.

[146]

Paco el Salvaje aseguró la carretilla y echó un último vistazo al botín situado al fondo: con la modelo Chicago eran cuatro máquinas tragaperras (a una por bar), seguramente llenas hasta las trancas, a juzgar por el peso. Descendió de la caja del vehículo y gastó solo un par de movimientos expertos en plegar la rampa y cerrar las puertas. Con la manga de la camisa se enjugó el sudor de la frente y contempló por unos instantes la fachada del centro comercial y, algo más allá, la playa, tranquila, como lo está siempre cualquier playa un martes a media mañana, por muy turística que sea. Unos cuantos bañistas aislados, algunos corredores solitarios enchufados a sus auriculares, varias parejas de jubilados, todos guiris, todos ancianos, paseando por la orilla o por la avenida, donde los camareros comenzaban a instalar las mesas de terraza. Eso era todo, salvo los dos policías locales que conversaban con la dependienta de una heladería en el otro extremo del paseo. [...]

–De acuerdo. Nos vemos enseguida.

Lola colgó, apagó el fuego y tapó el caldero. Se felicitó por su decisión de hacer un plato de cuchara. Eran cuatro a comer y aún les quedaba mucha tela que cortar esa mañana.

Lola fue el recibidor y se encontró al Flipao, con su cuerpecito flaco y paliducho, viendo un documental en la tele. En cuanto podía, Felo se enchufaba a los canales de documentales. De naturaleza, de historia, de literatura o de política, le importaba tres pepinos la materia: él sintonizaba el canal y se quedaba ahí, ante la caja tonta, absorto, durante hora. Ni se inmutó cuando Lola apareció en el umbral; continuó allí, sentado en

el borde del sofá, con las manos juntas en actitud de oración y los codos apoyados en las rodillas. [...]

De ordinario hacían timos cortos, cosas rápidas que no daban mucho beneficio pero podían hacerse muchas veces sin que te pillaran. Cosa como lo de las máquinas implicaban al menos una semana de trabajo, la colaboración del Salvaje y el Flipao y mucho esfuerzo. Además, aquello no era la Península, no podías irte cien kilómetros más allá y volver a hacerlo. En la Isla se corría la voz enseguida y los primos se enteraban y no se dejaban tangar. Y, por supuesto, el Margarito les sacaba una pasta por el furgón. No: palos como aquel solo podían darlos una vez cada dos o tres años (pp. 33-35).

[147]

–Oye, una cosa: ¿es verdad que tú a la Ruth te la follaste?

El Salvaje hizo un mohín de sorpresa.

–Pero, ¿tú que dices, subnormal?

–Hombre, no te mosquees... Di: ¿te la tiraste o no?

–¿A qué viene eso ahora?

–No, hombre, a nada. Pero me llegó el chisme por ahí y me pareció raro.

–¿El chisme? A ver si me vas a buscar un problema con el Margarito por la cara.

¿Quién carajo anda diciendo eso?

–Se dice el pecado pero no el pecador.

Paco el Salvaje aprovechó que el semáforo del Puente de Piedra se había puesto en rojo para mirarlo a la cara y decirle:

–Lo que no se dice son las veinte hostias que te voy a meter, hijo de puta.

¿Quién anda diciendo eso?

–A mí me lo dijeron en lo de Nolasco. Me lo dijo Pepe el Chepa. Y a él se lo dijo Lolo el Batata. Pero yo no sé. Paco, de verdad... Por eso te preguntaba.

El disco cambió a verde y el Salvaje continuó conduciendo en silencio. Descendieron por la desembocadura del Guiniguada y, al pasar el teatro Pérez Galdós, se internaron en el tráfico de Rafael Cabrera. Solo entonces el Salvaje dijo:

–No me la tiré. Tuvimos un medio lío, cuando éramos unos chiquillajes, pero no nos llegamos a acostar. Y, además, eso fue antes de que estuviera con el Margarito. Éramos muy pibes. ¿Está claro?

–Sí, claro, Salvaje (p.45).

[148]

Después buscó un número en la agenda de su móvil. Al otro lado, se escuchó una voz de hombre que intentaba hacerse oír sobre un estruendo de música tecnocaribeña.

–¿Qué fue?

–Nada, Ñato, que a ver si nos podíamos ver.

–¿Tienes lo mío?

–¿Dónde estás?

–*En el coche* –dijo el Ñato, como si con eso contestara a la pregunta. Luego repitió –: *¿Tienes lo mío?*

–Todo no. Una parte.

–*¿Cómo una parte, tron?*

–La mitad.

–*¿La mitad? ¿Cómo la mitad?*

–Bueno, más o menos.

–*¿Más o menos? Loco, al final me voy a terminar calentando. Quedamos en que me pasabas lo mío ya, que me debes perras desde hace un fleje tiempo* (p. 46).

[149]

Había comenzado a anochecer sobre el pasaje de las Chapas, pero ellos, tras las ventanas cerradas, dormitando después del revolcón, no se habían dado cuenta. El Salvaje abrió los ojos y observó a su lado el cuerpo desnudo, la piel morena, casi color café con leche; los pechos de areolas grandes y oscuras, pero hermosos; el vientre y las caderas con algunas estrías y sospechas de flacidez, aunque siempre igualmente deseables.

El Salvaje nunca lo hubiera dicho así, pero amaba aquel cuerpo cansado, de juventud sacrificada y dolor, que podría haber dormido a su lado todos aquellos años y, en cambio, lo hacía junto a un elemento que no la trataba ni medio bien. Con la punta de los dedos recorrió arriba y abajo ese cuerpo amado. Lo hizo lentamente, sin prisa, demorándose en la base del cuello, en el vientre, en el nacimiento del pubis, hirsuto y fragante. Ruth se desperezó, se giró y se lo quedó mirando, antes de dar un suspirito y decirle:

–Como sigas así, me vas a poner otra vez.

–¿Y dónde está el problema, chiquilla?

Ruth sonrió.

–El problema está en que debería vestirme y salir corriendo. Deben de ser las tantas, y ya sabes cómo se pone el inútil cuando no tiene la cena puesta a su hora.

Con un mohín de disgusto, el Salvaje le dio la espalda sentándose al borde de la cama y encendió un cigarrillo del paquete que había en la mesa de noche.

–¡Chacha! Siempre la misma mierda... (p. 49).

[150]

En ese momento llamaron a la puerta y el comisario dio permiso para entrar. Inmediatamente, un cincuentón de cabello escaso y traje demasiado oscuro para la época del año dio un paso hacia el interior de la sala de reuniones. El comisario le hizo la fiesta:

–Ah, Serrano... Precisamente hablábamos de usted –dijo cordial, levantándose para hacer las presentaciones –. Aquí, Marcos Perera, un buen amigo. Te presento al inspector jefe Emilio Serrano, de lo mejorcito que tenemos en el Cuerpo. [...]

–Cuando vino usted, le iba a explicar al señor Perera que llevamos un mes tremendo. – Ahora se volvió hacia él–. Imagínate, Marcos: siete fallecidos. ¡Lo que nunca! Para que te hagas a la idea: el año pasado hubo en total trece homicidios. Eso en toda la provincia e incluyendo la violencia machista. Lo mejor sería que no hubiera ninguno, pero comparando con otras regiones, esto es el Paraíso. O lo era, porque ahora, de repente, es como la jodida Franja de Gaza. Fíjate: siete homicidios, casi al mismo tiempo. Y sin salir de la Isla. Estamos desbordados, Marcos.

–Yo, como te decía, estoy aquí para ayudarlos en lo que pueda (pp. 57-58).

[151]

–¿Cuánto puede haber en ese palo? –preguntó [Lola] a bocajarro.

El Zurdo se olvidó de sibaritismos cafeteros y se centró.

–Tanto como pueda reunir Isidro Padrón en una día. Y te puedo asegurar que ese hijo de puta, en un día, puede tener en las manos una millonada.

Ahora fue Diego quien pregunto:

–¿Y cuánta gente haría falta?

–La menos posible, pero seguramente ustedes y el Salvaje. [...] Y fijo que hay que contar con el Margarito para la intendencia. Pero ese, cuanto menos sepa, mejor.

–¿No te fías del Margarito?

–Para esto no. Es un rollo muy gordo. [...]

–Bueno, a ver los detalles –pidió Lola.

–Los detalles te los doy cuando digan que sí. [...]

[Habla Eusebio el Zurdo] –Y encima el jodío Padrón es aficionado a la cacería y tiene los suficientes cojones para coger cualquiera de las escopetas que colecciona y pegarle un tiro al que se le cuele en la casa. Así que para entrar a dar un palo, habría que tener un comando entero de boinas verdes. Es mucho para nosotros.

–¿Entonces?

–¿Les dije que tiene una hija, verdad? [...] Diana se llama. Trabaja en una de las empresas del padre. Vivía con un muchacho, por lo visto, pero el tío se piró. La piba vive en Las Palmas, sola, en un ático por la zona de El Terrero. Lo sé porque alguna vez he tenido que ir para llevarle mandados de parte del padre.

–¿La vamos a tangar a ella?

–No la vamos a tangar a ella. Ya te dije que no va de eso. Lo que vamos a hacer es trincarla.

–¿Trincarla? –preguntó Diego.

–Sí. Lo haría yo pero estoy demasiado cerca. Lo tiene que hacer otra persona. Pero eso tiene un lado bueno: como yo estoy dentro de la casa, puedo estar al loro y avisar si hay alguna jugada.

–Vamos a ver, ¿de qué coño estás hablando, viejo? ¿De un amarre?

–Pues claro, joder. De un amarre (pp. 66-68).

14. Víctor Conde (Alfredo Moreno Santana, Santa Cruz de Tenerife, 1973), *Crónicas del Multiverso*, 2010, Barcelona: Editorial Minotauro, Grupo Planeta.

[152]

Otras personas entraron en el bar. Exploradores. Gusanos del Margen, los llamaban. Era fácil reconocerlos por su aire de desorientación constante y por sus ojos, radicalmente distintos a los suyos, lastimados, como si su encuentro con la consabida mujer fatal ya hubiese tenido lugar. Justo la clase de personas con las que necesitaba charlar.

Los gusanos también debieron de reconocerlo como uno de los suyos porque se aproximaron (tras echarle sólo dos o tres miradas de soslayo) y sin pedir permiso, ocuparon las sillas libres. El viajero los miró (p. 16).

[153]

Había colocado a la *Eurídice* al acecho, cabalgando la onda de choque de un lejano quásar. Se había pasado jornadas enteras en vela elucubrando un complejo plan de aproximación al convoy, que incluía mover de su sitio un púlsar y hacerlo estallar para que el frente electromagnético confundiera sus antenas. Pero se llevó una grata sorpresa cuando la cognoscitiva la puso al día de los fenómenos locales: un anillo de agujeros negros se había desplomado cincuenta mil años atrás en las proximidades de Calipsos, enviando una onda de choque en todas direcciones. Casualmente, esa onda iba a alcanzar al convoy en menos de doscientas horas (p. 35).

[154]

Zhinz extrajo los prismáticos de su marsupio y se los colocó frente a los ojos. Odiaba las noches sin luna. Deseó poseer la tecnología necesaria para explorar la oscuridad como si estuviese a plena luz del día, como había visto hacer una vez a su respirador de oxígeno favorito, un humano llamado Jules Van Zan, con quien había apostado unos litros de veluvona a que jamás volvería a poner las patas en aquel lugar (p. 45).

[155]

–Dime, Jules-maestro-de-serpientes, ¿qué premio fantástico estamos buscando/escrutando?

El musculoso humano ignoró la pregunta y se acercó con precaución a la montaña de cadáveres. El artefacto alienígena había estado allí hacía unos segundos, no cabía duda: aún se advertía ozono en el aire, cierto paroxismo de color en los fotones del ambiente. Pero se había volatilizado. Sin más. Sin fognazos simétricos ni generación de calor ni ninguno de los efectos colaterales de la desintegración de la materia. Jules cortó el aire con sus manos en la zona que había ocupado el objeto y sintió una sensación extraña en la piel, como si éste se congelara y bullese en pequeños segmentos microscópicos (p. 88).

[156]

Con el paso de los años, Lina se deshizo de aquel vetusto primer carguero. Geishel y Neir se reconciliaron. Llegó la época de la piratería. Las incursiones contra los convoyes *urtianos* le reportaron mucho dinero, que empleó en adquirir la astronave de sus sueños: aquella en la que ya montaban su hermana y ella a los doce años, en el patio de atrás. La llamó *Eurídice* en honor al sobrenombre que Geishel empleaba cuando enviaba mensajes en clave a los piratas de la Espingarda (el suyo, menos majestuoso, era *Dardo azul*). Era la mejor nave corsaria que jamás había surcado el Bolzai, con la más sofisticada tecnología de las diferentes especies impulsando su contorno de flecha, y suficiente armamento como para enfrentarse a cualquier peligro (p 137).

[157]

[...] según nuestras mediciones, ya que densos flujos de partículas continúan emanando en el Mar de Bolz00110101110101001010100000111001111011raídos por las breñas estelares del entorno. Esto provoca interferencias de gran magnitud en la telaraña de comunicaciones. Solicitam10101010101011101101así como el cese de estas actividades peligrosas (p. 217).

Víctor Conde, *Malpaís*, 2012, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Agüere–Ediciones Idea.

[158]

¿Sabes por qué las alas de los ángeles son blancas? Porque están hechas con papel de máquina de escribir.

Me lo dijo en cierta ocasión un oráculo. Lo curioso es que yo lo había consultado a tenor de un asunto de dinero. Y él me salió con esas. ¿Me estaba tomando el pelo? ¿Había bebido más éter de la cuenta en sus periplos cósmicos? Lo cierto es que me encantó la frase. Desde aquel día la tengo enmarcada en mi habitación, y es lo último que miro antes de acostarme. Cada noche le encuentro un significado distinto.

¿Qué te sugiere a ti, Gran Dictador? (p. 15).

[159]

Mi objetivo principal al llegar a Tenerife es reunirme con los Bichos Despreocupados. Los Bichos son un grupo de vivalavidas medio pasados de rosca en cuya religión militaron mis padres antes de coger los bártulos y largarse a explorar las fronteras de Pangea. No son mala gente, o al menos, mis padres me los han descrito siempre así. Son criaturas olvidadas por el tiempo, monstruos de eras remotas que todavía se mueven por animación fotograma a fotograma, Harryhausen, no están generados por ordenador como los de hoy en día. Son un grupo de para-hippies fugados

de los años setenta que aún creen que la utopía distópica a la que le entregaron sus años mozos puede ser cierta.

No seré yo quien los juzgue por intentar vivir un sueño (p. 27).

[160]

Más detalles sobre la película porno de Margarita (está escribiendo el guion, y va por la página doscientos diez):

Paul Wazzo, el prota, y su media naranja de Interpol, la aguerrida (y buenorra) Nymh Phowmann, logran apagar el transfusionador que está convirtiendo en plan gang bang a todo el mundo en zombis caníbales, pero no antes de que en una última emisión de ondas, los principales líderes políticos del mundo vean transformadas sus ondas cerebrales por influencia del aparatejo en cuestión. Estos pseudo-zombis con corbata se reúnen en Tartademanzana, Oklahoma, en un búnker secreto de la C.I.A., para diseñar un plan cuyo objetivo final sería la decadencia económica del mundo, lo cual explica la actual crisis económica, que es solo la primera fase (p. 73).

15. Carlos Cruz (Los Realejos, Tenerife, 1977), *h.*, 2009, Madrid: Ediciones Dilema.

[161]

Así que le sonrío a aquel hombre grande y negro. Me busco en el bolsillo el dólar que mi padre me había dado y se lo enseño. No le digo nada pero él sigue de buen humor. Me gusta. Tiene los dientes blancos y, claro, no tiene *brackets*. No tiene edad. Me dice que pase, que ya veremos qué podemos hacer con ese dólar. Yo le digo que es mi primer dólar del viaje. ¿Adónde vas? Voy con mi padre a Canadá, le digo. ¿Le ha pasado algo a tu padre? No, digamos que no, que sólo está durmiendo con la cabeza en un asiento y el culo en el otro. ¿El culo en el otro? Bueno, sí, lo siento, el trasero en el otro. ¿Qué te gusta? Los caramelos, el chocolate, las patatas fritas... Eh, eh, para, que sólo tienes un dólar. Así que tienes que elegir una sola cosa, me dice. Pero yo tengo hambre. ¿Y tu padre, no te da de comer? Mi padre me da un dólar. ¿Te parece que es un buen trato? ¿Un trato? Sí, no te da de comer pero a cambio te da un dólar. Bueno, en realidad sí me da de comer, pero yo soy un niño y tengo hambre a muchas horas, no como él que sólo come una vez al día (pp. 59-60).

[162]

Toco una de esas casas con ruedas. Son de metal. Frías. Son lo más parecido a un coche pero con cocina y una niña. Mira al suelo todo el rato. Es morena. Hola, le digo. Ella no me contesta. Hola, repito. Y añado, soy Harold, bueno, pero mis amigos me llaman H. Sigue sin decir nada. Sigue mirando fijamente al suelo como si se le hubiera caído algo. ¿Se te ha caído algo?, le pregunto. Me agacho y empiezo a buscar. Pero encontrar algo que no sabes lo que es, es una de las cosas más difíciles del mundo. Así que insisto, pero no hay manera de que diga algo. Me levanto y la toco en el

hombro. De repente, sale llorando por la puerta. Yo me quedo asombrado. Es la primera vez que me pasaba una cosa así. Mi padre, que por fin se ha terminado el café, me pregunta qué es lo que ha pasado. Yo se lo explico con todo detalle. Mi padre no me deja terminar y me toca la cabeza. Me despeina. Me dice que no me preocupe, que no tiene importancia. Ahora la niña está cogida a las faldas de la señora E y de ahí no se va a mover. Nosotros sí nos movemos. Yo ya estoy subido en la camioneta. Me pongo cómodo. La luz del sol está allá arriba y empieza a hacer un poco de calor. Mi padre se queda hablando un rato con la señora E mientras yo le sigo mirando desde aquí. Se ha portado muy bien con nosotros. Hasta yo me duché con agua caliente y me limpié con jabón. [...]

Le da las gracias a la señora E, la besa en la mejilla e intenta darle unos cuantos billetes. Pero la señora E no los quiere coger así que mi padre insiste. Y entonces pasa una cosa curiosa. Mi padre se queda mirando a la niña. Y la niña le da un beso. Mi padre se agacha y la niña le estampa un beso en la mejilla. Esto no sé si lo puedo explicar pero me entran unos celos terribles. ¡Cómo que aquella niña que por lo visto era estúpida le daba un beso a mi padre sin mi permiso! (pp. 93-94).

[163]

¿El mar? Le pregunto a mi padre. Él me dice que estamos muy cerca. ¿Lo hueles? ¿Cómo lo voy a oler si ni siquiera lo he visto? Mi padre cierra los ojos y aspira muy fuerte. Yo sí lo huelo, me dice. Me da envidia. Tengo que ver ese mar. Tengo que verlo. Pero mi padre dice la palabra paciencia y yo me impaciento aún más. Vuelve a girar y esta vez cogemos una carretera muy recta. [...] Es como el desierto, pero ya no era amarillo, sino que es gris. No es nada. Seguí yendo a casa de S. Me di cuenta de que su cuarto era gris. Era muy feo. Ya no estaba ella. Pero al menos sabía cómo olía. Y eso me tranquilizaba. Me sentaba en el suelo que era de madera y hacía ruido. Siempre parecía que iba a volver. El ruido la hubiera delatado. Siempre había ruido en la casa de S. Ahora menos. Un pájaro, el viento, el sol que se colaba por las ventanas que ahora estaban desnudas. Era una casa de madera desnuda. Sólo quedaba el suelo, el ruido y una mesa. Me la intenté llevar pero no cabía por ninguna puerta. ¿Por dónde la entraron? Era una mesa donde S se subía. Era su escenario. Allí recitaba o simplemente hacía la idiota. ¡Qué idiota! ¿Dónde se habrá ido? ¿Por qué no vuelve? Me quedé como un idiota mirando la mesa y el hueco de la puerta. No pude hacer nada más (pp. 118-119).

Carlos Cruz, *No es la noche*, 2012, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Agüere–Ediciones Idea.

[164]

Mucha luz por la noche y aire limpio y el sol y el cielo azul por el día. Canarias. Mejor sueldo, pensé. Salir de aquí, me convencí. ¿Canarias, pensó mi madre? Le tuve que señalar el lugar exacto en el mapa. Mi madre no lo tenía muy claro. Y todo por los mapas meteorológicos que dejaban a Canarias en medio del Mediterráneo allí donde solo hay mar en un lugar indeterminado entre España, Marruecos y Argelia. [...] Espléndido, qué guay, en las islas, en medio del mar, cerca del Teide, donde las pateras, ten cuidado, las mafias, los alisios, los rusos, los aviones, los guiris, las playas, el turismo..., me hice un resumen de lo que al parecer iba a encontrar (p. 15).

[165]

Se mira en su espejo interior. Se atusa el pelo. Yo miro el reloj del coche. Son las cinco de la mañana. Y seguimos dando vueltas por este nuestro barrio, sin un alma. Sin alma. No encuentro la salida de este barrio que se repite cada sesenta metros. ¿Dónde está la salida? Cazorla guarda silencio. Noto su mano. Está más allá del freno de mano. Y la pistola está en su sitio. No me digas que no te gusta. Te gusta, ¿verdad? Deja la mano ahí, me aprieta con fuerza y baja aún más. Cierro mis piernas, pero todavía me acuerdo del parto. Me duele. Él lo sabe. Se sonrío. [...] Se está tocando. Se ha desabrochado unos botones de su pantalón. Dime que te gusta. Sacó un kleenex de la guantera. Y paro delante de un semáforo. Está en verde. Abre los ojos. ¿Qué coño haces? Conduce mujer. Respiro hondo. Miro su mano. Miro su polla. Vuelvo a respirar. No. Me digo no. Pero él ya se está corriendo. Sí. Sí. Dice que sí. Yo digo que no. Acelero. Busco la luz, pero en esa carretera oscura y mal asfaltada no la encuentro (pp. 111-112).

[166]

Me dirijo a las taquillas. Están todas cerradas. Bajo llave. Menos la mía. La que pone Eva. Solo el nombre. Pone *Eva* con un rotulador azul que ha desteñido por la humedad, casi no se ve, pero mi apellido no se ve por ningún lado. No es la letra de María. Esa ya no soy yo. Descubro un papel Es todo lo que hay en esa taquilla que ya no es mía. Ese folio mal escrito, peor hablado, no lo quiero terminar de leer. [...] Y me siento y escribo y no paro. Parezco una máquina que ha encontrado electricidad y que simplemente no tiene horario que marca su calendario. Noto que las lágrimas caen cuando la luz permite sombras. Ya la mano va sola y mi pensamiento se detiene cuando esa sombra posa su mano en mi hombro. Solo hace falta firmarla. Es el jefe que me mira por encima del hombro, hasta que me levanto y me pongo a su altura. Apenas le digo buenos días. Le muestro el folio arrugado, amenazante, todavía caliente y el otro, menos arrugado, pero igual de sórdido, oscuro, húmedo de lágrimas que ya han desaparecido. [...] El jefe se sienta y yo ya salgo de ese despacho. [...]

Empecemos por el principio, interrumpe Cazorla. ¿Su nombre? Juan Monzón. He matado a mi mujer. ¿Juan, disculpa? He matado a mi mujer. ¿El apellido? Monzón. Y he matado a mi mujer. Ahora sí, Cazorla levanta la vista. ¿Doctor? ¿Está bien? Juan se ha puesto pálido y empieza a agitar las manos en sus bolsillos. De ahí ha sacado una pistola. Ahora tiene un arma en la mano derecha. ¡He matado a mi mujer! Cazorla grita. ¡Un arma! Juan agita el arma ante el griterío de todos los policías de la sala que sacan sus armas. Todos permanecen sentados y se ocultan detrás de sus respectivas pantallas planas de su ordenador. La agente Cano, la única que no va de uniforme en aquella sala de la comisaría central, camina hacia la mesa de Cazorla y ya ha sacado su arma de esa mochila que no puede cerrar. [...] No puede fallar, se repite a sí misma. En efecto, Juan cae fulminado. El jefe, que por fin ha salido de su despacho, grita que no disparen haciendo aspavientos con la mano. Demasiado tarde pues. La agente Cano grita no, no. El grito es ensordecedor. El jefe la coge por la cintura y le tapa la cara. No quiere que mire. De los dos el más agitado parece el jefe.

[...]

Juan gime en el suelo. La agente Cano ha disparado pero ha errado el tiro. El agente Cazorla tiene una herida a la altura de la entrepierna. Se ha interpuesto en la trayectoria del disparo... [...] El jefe apura voz en grito a todos a que llamen a una ambulancia. [...]

Los sanitarios aplican unos cables al pecho del agente Cazorla. Parece que mueve uno de sus ojos. Los sanitarios llaman a otros compañeros que esperan en el aparcamiento de la comisaría central de policía. [...] A Juan le dirigen hacia los calabozos. Mientras, la agente recoge su arma del suelo y se la entrega al jefe. El jefe se la devuelve y mirando a los otros compañeros que forman detrás de la agente Cano le dice que puede quedársela. [...]

La agente Cano permanece sola al lado de su mesa. Ya se puede decir que es su mesa. Ella está allí. No grita. No llora. Es ella. Por fin es ella. Ya es de día. Por fin (pp. 129-135).

16. Eduardo Delgado Montelongo (Santa Cruz de Tenerife, 1981), *Cuaderno afortunado*, 2011, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Idea.

[167]

Mi madre lloró la primera vez que salí de Tenerife. Lloró y no me dijo por qué, pero me llevó en coche al aeropuerto y deslizó unos cuantos billetes en mi bolsillo. Dijo que me abrigara y yo no le hice caso. Era pleno diciembre y mi maleta iba llena de modelitos hawaianos, cholas y blusas para salir por la noche. Despilfarré además los billetes que me había dado en discotecas y así acabé, amaneciendo borracho y con cuarenta de fiebre junto a una estudiante de periodismo a la que jamás he vuelto a ver... (p. 15).

[168]

Santa Cruz era un atrezzo de mujeres extraordinarias, dulces, risueñas, elegantes, inocentes y ligeras de ropa. Conservadoras, eso sí, muy conservadoras. Sirenas de mírame y no me toques, hologramas que desaparecerían al ponerles una mano encima.

Escondido en un cruce se ubicaba el monumento al general Gutiérrez. Aquel Gutiérrez que derrotara al célebre Nelson y sus tropas inglesas doscientos años atrás. Tenerife era ahora española por su culpa, en definitiva. Allí estaba su escultura, diminuta e intrascendente, orinada por un perro y curioseada por guiris precisamente ingleses.

Bajando por la Weyler me encontré con Eladio. Iba en bicicleta, se bajó y dijo: ¿Qué haces tú aquí?, mirándome como a un espíritu del otro mundo. Vine por el cumpleaños de mi madre, mentí, y fuimos a tomar unas cervezas a la calle de la Noria (p. 37).

[169]

La Gomera era una estrella, mi madre lo clavó. Valles, acantilados, montañas incomunicadas entre sí. Se perdían las palabras entre cumbres y barrancos. El silbo fue un recurso estrictamente necesario, si no hubiese existido, habría que haberlo inventado. Una estrella con silencio amordazado, que diría el poeta. ¿Y cómo sería una Literatura del silbo? Pues eso, un silencio amordazado.

Recogida en un valle junto al mar yacía La Villa, San Sebastián. Casas bajas, palmeras, abundantes guiris respetuosos. Tenía puerto deportivo y playa, y en el muelle danzaban un montón de peces gigantes del tamaño de una barra de pan. La calle principal custodiaba cierta escultura de Cristóbal Colón (p. 50).

[170]

La Palma-Gran Canaria, una odisea en el Atlántico. *Barco 1º: Santa Cruz de La Palma-La Gomera.*

La manada luchaba por los sillones libres. Niños, perros, movimiento generalizado. [...] Llamaron a alguien por el megáfono pero no por su nombre sino por la matrícula de su coche. Apareció una mulata igual que Lola Flores, subió las escaleras, agarró un micro y dijo Buenas taldes, soy cubana y cantante y espero hacerles pasal un buen viaje. El aplauso fue rotundo.

[...]

Barco 1º (mismo barco en distinto trayecto, aunque no se vaya dos veces en el mismo barco, que diría Confucio): *San Sebastián de La Gomera-Los Cristianos.*

¿Cómo está el gato de Carmen?, le preguntaron a la niña y contestó Vivo todavía. Venga carcajadas familiares.

[...]

Guagua Los Cristianos-Santa Cruz de Tenerife.

Bajamos en fila india y nos quedamos esperando en la explanada como tontos. Alguien subió a una guagua aparcada y le seguimos.

[...]

Barco 2 ó 3º (nunca se sabe con Confucio): *Santa Cruz de Tenerife-Las Palmas de Gran Canaria*.

Me tumbé como un zombi con legañas en el primer sofá que encontré. Santa Cruz se alejaba en una nube de humo, cemento y chatarra. El barco iba casi vacío (pp. 103-105).

Eduardo Delgado Montelongo, *El centro del gran desconocido*, 2013, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Agüere–Ediciones Idea.

[171]

Tengo dinero y caprichos, lo que no tengo es tiempo, le doy medio kilo por encontrar a una persona. Y me empieza a contar. Una admiración sincera. Alguien que ha marcado su existencia. Alguien muy importante, dice, y cambia el tono serio por una devoción sin límites. Y quién será esa persona, ¿un futbolista, un cantante, una estrella del cine u otro millonario más millonario que él?, y entonces le pregunto, y responde, y algo debe notar porque enseguida aclara, era actriz, no puta. Vuelve la seriedad a su rostro. Explica lo que quiere saber de ella, conocerla en persona, pagarle por un polvo. Lo repite varias veces eludiendo esto último, lo del polvo, usando el eufemismo “concertar una cita remunerada”. Pagarle por un polvo, en definitiva. Y me da el sobre y queda conmigo en un mes y lo demás es eso, Katia. Budapest y unas cuantas fotos porno (p. 10).

[172]

Suelo verde segmentado y un manto de nubes grises, las casitas de *playmobil*, el río como una serpiente en celo. Llegábamos a Budapest.

Lo primero que me sorprende de Budapest fue una camiseta de Puskas. Estaba junto a otras camisetas de futbolistas, en la tienda de *souvenirs* del aeropuerto. [...] Lo segundo que me sorprendió de Budapest fue la velocidad de sus escaleras mecánicas. Iban a velocidad de vértigo, te expulsaban con desprecio al llegar a su destino. Y lo tercero que me sorprendió fue ser millonario: cambié los euros a florines y me hice millonario (p. 17).

[173]

Mi visita a Viena me dejó el poso de los actos fallidos. Llegué un día por la mañana y esa misma noche me largué de allí. Pasé la jornada caminando, mirando fachadas, palacios, catedrales, óperas y castillos. Aquella ciudad era un parque temático de la aristocracia. Recorrí la RingStrasse dos veces con la boca abierta y el ceño fruncido y cuando quise darme cuenta ya me estaba acostumbrando a tanta belleza antigua. Por lo demás, la gente me pareció de una mezquindad insólita. No encontré a

un maldito vienés que me dirigiera una palabra sin un gesto de repugnancia. Mucha palabra seca, demasiado sordos. [...]

Bratislava fue el contraste, una bendición.

Obviando el techo oscuro típico del Este se trataba de un lugar perfecto: gente guapa y amable en bicicleta, paseando a la vera del río (el río Danubio en su parte más dócil), la llanura verdosa de un otoño inagotable, callejuelas adoquinadas y cúpulas de casas con mohos, carros con bebés de ojos azules y madres para quitar el hipo. Pasé tres noches en Bratislava (p. 57).

17. Daniel (Hernández) María (Agulo, La Gomera, 1985), *El hombre que ama a Gene Tierney*, 2014, La Laguna: Neys Books Ediciones.

[174]

El pueblo donde Daniela ha vivido siempre, del que nunca se marchó, es Marianagua. Este pueblo se encuentra pegado al mar. Se diría que nació en él. No obstante, parte de su territorio yace ahora bajo las aguas. Cada 16 de octubre se celebra la bajada de la Virgen Nuestra Señora de Marianagua para rogarle, embarcada al atardecer, que el mar no continúe engullendo la tierra. Según Dolita Crusanta, santiguadora del pueblo, el mar devora la tierra porque sube la marea cuando la Virgen derrama muchas lágrimas por sus hijos muertos en injusticias del Hombre.

El mar continúa creciendo. [...]

El desorden de los días. Transcurre la vida. Cómo transcurre. ¿Posibilidad de un demiurgo? La isla se sostiene con primor en el océano y, desde lo alto, el Teide produce una enorme envidia de perfección alcanzada.

Yo no quiero ser perfecto. Me basta con intentarlo. A veces, con negar lo que deseo. El principio inagotable de amar como se sueña ser amado (pp. 39-40).

[175]

Sin hache de Sarah [Obra teatral]

Es de noche. Daniel habla por el teléfono móvil en una parada de taxi. A mitad del monólogo entre Sarah en escena. A la izquierda del escenario hay un panel que simula la señal de la parada. Este panel será retirado posteriormente por un atrezzista, vestido totalmente de negro, que aparecerá en varias ocasiones a lo largo de la obra actuando en absoluto silencio.

DANIEL: ¿Cómo que no has hecho la cena? No. Me niego. No vuelvo a comer una pizza más en mi vida. Diego, no me calientes. Esta noche te tocaba prepararla... ¿Y el planning de obligaciones? De acuerdo. Haz lo que quieras, yo cenaré por ahí. Sí, solo. ¡Que compartamos alquiler no implica que te importe mi soledad!

SARAH: Tu chico no ha hecho la cena.

DANIEL: Mi... No, no. Es mi compañero de piso. Solteros y heterosexuales.

SARAH: ¿Sois un club? Yo, Sarah. Soltera y presidenta. (*Le ofrece la mano*)

DANIEL: Daniel. Militante. (*Se saludan*)

SARAH: ¿Daniel? (*Busca en el bolso*) ¿Daniel Cruz Fariña?

DANIEL: El mismo.

SARAH: (*Con un libro en la mano*) Me encanta la novela. Me tienes pillada. Quiero decir, enganchada. Siento lo de la soltería (pp. 46-47).

[176]

[*Guion cinematográfico*]

Madre e hija están acostadas en la cama viendo la tele y comiendo kotufas.

HIJA

Tú eres madre soltera, ¿verdad?

MADRE

¡Niña!

HIJA

Entonces yo también soy soltera.

MADRE

Tú eres soltera porque tienes ocho años.

HIJA

¿Por qué no te casaste con papá?

MADRE

Porque no era el momento.

HIJA

¿Y ahora?

MADRE

Tampoco lo es. ¿Quieres parar ya? ¿Qué perra te ha entrado hoy?

HIJA

Quiero saber de mi pasado.

MADRE

Vaya por Dios.

Ríen (p. 95).

[177]

Carta a mi tío Pepe García. *Agulo, La Gomera, 10 de julio de 2011*

Querido tío:

Ahora que parece dormido, y durante la madrugada del velatorio albergo la esperanza de que despiertes al amanecer, respóndeme, por favor, ¿dónde volveré a ser niño cuando tu casa sea la tierra? (p. 169).

Daniel María, *Un crimen lejos de París*, 2014, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Agüere–Ediciones Idea.

[178]

Margarita es una mujer de físico proporcionado, con exceso de grasa en las caderas y los glúteos. La cintura marcada y los brazos cortos. Las piernas definidas y el cuello turgente, robusto, perfecto para el cristal de Murano. El pelo cortísimo, rubio, flequillo descendente, ladeado a la derecha del rostro. La completa su caminar decidido, los hombros descansados y los zapatos de medio tacón hasta las cuatro de la tarde. Blanca de piel, sensible al sol y a las traiciones. [...]

Vive en un chalet adosado situado en una zona residencial que advertimos inferior para su posición económica, pues puede permitirse una vivienda más cara en una parcela exclusiva. Sin embargo, reside en un barrio dormitorio de la periferia, atravesado por una avenida colapsada de locales comerciales que le ofrecen, en conjunto, todo lo necesario para el día a día. [...]

Margarita adora inspeccionar las revistas del corazón y las de misterio, encerrada en el baño mientras engulle, directamente de la bolsa, las almendras de su marca favorita de frutos secos. [...]

En cuanto a la cocina, las normas son muy claras y desde hace muchísimo tiempo se cumplen con indiscutible voluntad por ambos cónyuges. Él cocina entre semana y los sábados y domingos comen fuera. Margarita tiene una mano mágica para el arte culinario, pero no le da la gana cocinar cuando llega del trabajo o dedicarse a hacer comida para congelar los fines de semana. Es por ello que solo cocina los días festivos y en vacaciones, que divide entre la Semana Santa, una quincena de agosto y otra quincena de diciembre.

Su marido trabaja en casa, pegado al ordenador, los rotuladores y las láminas de dibujo. Domina los guisos e incluso le ha cogido el punto a la *termomix*. No es un chef, pero sí un manitas de los fogones, y los últimos veintisiete años de matrimonio le han valido para adquirir una soltura envidiable. Margarita lo ama (pp. 13-16).

[179]

El señor juez [padre de Margarita] espera sentado en una de las mesas del piano bar con su habitual cruce de piernas, mientras danza entre los dedos de la mano derecha la boquilla que descansaba en el bolsillo interior de su chaqueta gris. Nunca ha intentado dejar de fumar. Aprendió en la niñez, a los doce o trece años, cuando pasaba largas tardes en el muelle de Santa Cruz entre cambulloneros y pescadores. Se dedicaba a echar una mano en lo que hiciera falta. Pronto destacó en el grupo de muchachos que bajaban a la mar a ganarse un puñado de monedas. Uno de aquellos capitanes sucios, malolientes y leales le propuso embarcarse con él para aprender a vivir sobre las aguas. A su mujer y a sus hijos nunca les ha contado la aventura de los diez días en alta mar y el naufragio cerca de la costa mauritana. Por entonces se enteró su padre de lo ocurrido a través de las emisoras clandestinas que pululaban por las cantinas del muelle, a donde

cada dos por tres se acercaba el hombre para informarse de lo acontecido más allá de la línea del horizonte, donde su hijo decidió marcharse para buscarse la vida.

Al regresar el señor juez de aquel naufragio, no contó nada a la familia, pero en los ojos del padre halló el resplandor del orgullo por su supervivencia y decidió, como él, olvidar el asunto para evitar que su madre le prohibiera volver al mar. [...] La pasión por las leyes y la actuación de Charles Laughton en *Testigo de cargo* avivaron su interés por la abogacía (pp. 103-104).

[180]

De camino a la Casa Lercaro de La Laguna, una de las sedes del Museo de Historia y Antropología de Tenerife, donde se celebrará el acto de presentación [de la novela] madre e hija comentaban el buen tiempo que acompañaba en la Ciudad Patrimonio, e insistían sin cesar en el mechón de pelo que una y otra habrían de colocar en el sitio justo de su peinado. En esta tarea se encontraban cuando el coche que envió la editorial a casa de la escritora se adentró en la calle Nava y Grimón. Ambas mujeres se persignaron al pasar frente al Convento de Santa Catalina donde descansan los restos incorruptos de Sor María de Jesús, conocida popularmente como la Siervita de Dios, a la espera de su elevación oficial a los altares. [...]

La Casa Lercaro estaba ya muy cerca una vez que habían dejado atrás el Palacio del Obispado. Se percibía con claridad el numeroso grupo de personas que charlaban en la puerta del Museo (pp. 130-132).